
Seminario 5
Las formaciones del inconsciente

Indice General de los Seminarios



Este año hemos tomado como tema de nuestro seminario las formaciones del inconsciente. Aquellos de ustedes -y creo que es el caso de la mayoría- que estuvieron anoche en nuestra sesión científica, ya están en la onda, a saber, que saben que las cuestiones que vamos a plantear conciernen esta vez de un modo directo a la función en el inconsciente de lo que nosotros, en el curso de los años precedentes, hemos elaborado como siendo el rol del significante.

Cierto número de ustedes —me expreso así porque mis ambiciones son modestas—, espero, han leído el articulo que está en el tercer número de La Psychanalyse, que he hecho circular bajo el titulo de La instancia de la letra en el inconsciente los que hayan tenido ese coraje estarán bien ubicados, incluso mejor ubicados que los demás, para seguir lo que se va a tratar. En cuanto a los demás, me parece que es una pretensión modesta la que puedo tener, la de que ustedes, que se toman el trabajo de escuchar lo que yo digo se tomen también el trabajo de leer lo que yo escribo, puesto que en suma es para ustedes que lo escribo. Aquéllos que no lo hayan hecho, pues, harán mejor de todos modos remitiéndose a él, más aún en tanto que voy a referirme a él todo el tiempo. Me veo forzado a suponer conocido lo que ya ha sido enunciado una vez.

En fin, para aquellos que no hayan tenido ninguna de estas preparaciones, voy a decirles aquello a lo que me voy a limitar hoy, lo que será el objeto de esta lección de introducción a nuestro propósito.

Voy a recordarles en un primer tiempo, de un modo forzosamente breve, forzosamente alusivo, ya que no puedo volver a empezar, algunos puntos que puntúan de algún modo aquello que en los años precedentes esboza, anuncia, lo que tengo que decirles sobre la función del significante en el inconsciente. Luego, para tranquilidad del espíritu de aquéllos a los que este breve resumen podría dejar un poco sin aliento, voy a explicarles lo que significa este esquema(1), al que tendremos que referirnos en toda la continuación de nuestra experiencia teórica de este año.

Por último, tomaré un ejemplo, el primer ejemplo del que se sirve Freud en su libro sobre El chiste, no para ilustrarlo, sino para trabajarlo, porque no hay sino chiste particular, no hay chiste en el aire, abstracto. Y comenzaré mostrándoles cómo, a este respecto, el chiste resulta ser le mejor entrada a nuestro objeto, a saber, las formaciones del inconsciente. No solamente es la mejor entrada, sino que yo diría también que es la forma más deslumbrante bajo la cual Freud mismo nos indica las relaciones del inconsciente con el significante y sus técnicas. Les recuerdo entonces, ante todo, puesto que esas son mis tres partes, y ustedes saben pues qué atenerse acerca de lo que voy a explicarles, lo que les permitirá de paso ordenar vuestro esfuerzo mental, que el primer año de mi seminario consistió esencialmente, a propósito de los escritos técnicos de Freud, en introducirles la noción de la función de lo simbólico como la única capaz de dar cuenta de lo que se puede

llamar la determinación en el sentido, siendo este la realidad que debemos mantener como fundamental de la experiencia freudiana.

Así, les recuerdo, no siendo en esta ocasión la determinación en el sentido otra cosa que una definición de la razón, les recuerdo que esta razón se encuentra en el principio mismo de la posibilidad del análisis, y que es muy precisamente porque algo ha sido anudado a algo semejante a la palabra (parole), que el discurso puede desanudarlo.

A este respecto, les he señalado la distancia que separa a esta palabra en tanto que está llenada por el ser del sujeto, del discurso vacío que murmura bajo los actos humanos, ellos mismos vueltos impenetrables por la imaginación de esos motivos vueltos irracionales, precisamente en tanto que no son racionalizados más que en la perspectiva yoica del desconocimiento.

Que el yo mismo sea función de la relación simbólica, y pueda ser afectado por ello en su densidad, en sus funciones de síntesis, todas igualmente hechas de un espejismo, pero de un espejismo cautivante, se los he recordado igualmente en el primer año, esto es posible solamente en razón de la hiancia abierta en el ser humano por la presencia biológica original en él, de la muerte, en función de lo que he llamado la prematuración del nacimiento.

Este es el punto de impacto de la intrusión simbólica, y fue ahí que llegamos cuando mi primer seminario terminaba para dar paso al segundo. El segundo seminario, les recordaré que valorizó ese factor de la insistencia repetitiva como viniendo del inconsciente, consistencia repetitiva que hemos identificado a la estructura de una cadena significante. Y esto es lo que intenté hacerles entreverándoles un modelo, bajo la forma de la sintaxis llamada de las ? ??????????de la que ustedes tienen una exposición que, a pesar de las criticas que ha recibido, algunas motivadas —hay dos pequeñas faltas que convendría corregir en una edición ulterior—, me parece que es un resumen sumario sobre el tema de esta sintaxis, que debe poder, y aún por mucho tiempo, servirles.

Incluso estoy persuadido que se modificará al envejecer, y que encontrarán menos dificultades para remitirse a ella dentro de algunos meses, incluso al fin de este año, que ahora.

Esto para recordarles aquello de lo que se trata en esta sintaxis llamada ? ??????????para responder también a los loables esfuerzos que algunos han hecho para reducir su alcance, lo que en todo caso es para ellos una ocasión de ponerse a experimentarla; ahora bien, esto es precisamente todo lo que busco, de suerte que al fin de cuentas cualquier impase que allí hayan encontrado, es sin embargo para eso que les habrá servido, para esta gimnasia que tendremos :la ocasión de encontrar en lo que habrá lugar de mostrarleseste año. Les haré observar que seguramente, como aquéllos que se han tomado el trabajo me lo han subrayado, e incluso escrito, cada uno de estos términos de las abcd están marcados por una ambigüedad funda mental, pero es precisamente esta ambigüedad la que constituye el valor del ejemplo.

Por otra parte, hemos entrado así en estos agrupamientos, en la vía de lo que hace actualmente la especulación de lo que se llama las investigaciones sobre los grupos y los conjuntos, estando esencialmente fundado su punto de partida sobre el principio de partir de estructuras complejas en las cuales las estructuras simples no se presentan más que como casos particulares. Ahora bien, precisamente, no les recordaré cómo fueron engendradas las pequeñas letras, pero es seguro que concluiremos, tras las manipulaciones que permitan definirlas, en algo muy simple, estando definida cada una de esas letras por las relaciones entre ellos de los dos términos de dos parejas, la pareja de lo simétrico y de lo disimétrico, de lo disimétrico y de lo simétrico, y a continuación de lo semejante a lo desemejante, y de lo desemejante a lo semejante(2).

Tenemos ahí, pues, este grupo mínimo de cuatro significantes que tienen por propiedad que cada uno de ellos sea analizable en función de sus relaciones con los otros tres, es decir, para confirmar el pasaje de los analistas —Jakobson y además su propia tirada cuando lo encontré recientemente—, que el grupo mínimo de significantes necesarios para que estén dadas las condiciones primeras, elementales, de lo que se puede llamar el análisis lingüístico. Ahora bien, lo verán, este análisis lingüístico tiene la relación más estrecha con lo que nosotros llamamos el análisis a secas, e incluso se confunden; si lo miramos de cerca, no son esencialmente otra cosa.

En el tercer año de mi seminario hablamos de la psicosis en tanto que ella está fundada sobre una carencia significante primordial, y mostramos lo que sobreviene como subducción de lo real cuando, acarreado por la invocación vital, éste viene a tomar su lugar en esta carencia del significante de la que se hablaba anoche bajo el término de Verwerfung, y que, convengo en ello, no es algo que no presente algunas dificultades. Es por eso que tendremos que volver a ello este año, pero pienso que lo que ustedes han comprendido en ese seminario sobre la psicosis, es que, si no es su último resorte, al menos es el mecanismo esencial de esta reducción del Otro, del gran Otro, del Otro como sede de la palabra, al otro imaginario, esta suplencia de lo simbólico por lo imaginario, e incluso cómo podemos concebir el efecto de total extrañeza de lo real que se produce en los momentos de ruptura de ese diálogo del delirio, por el cual solamente el psicótico puede sostener en sí mismo lo que llamaremos una cierta intransitividad del sujeto, cosa que, en cuanto a nosotros, nos parece del todo natural; "pienso, luego soy", decimos intransitivamente. Pero seguramente ésa es la dificultad para el psicótico, precisamente la medida de esta reducción de la duplicidad del Otro, con la A mayúscula, y del otro, con la a minúscula(3), del Otro sede de la palabra y garante de la verdad, y del otro dual que es aquél frente al cual se encuentra como siendo su propia imagen. Esta desaparición de esa dualidad es precisamente lo que da al psicótico tantas dificultades para mantenerse en un real humano, es decir en un real simbólico.

Finalmente, recordaré que en ese tercer año ilustra esta dimensión de lo que llamo el dialogo en tanto que permite al sujeto sostenerse, ni más ni menos que con el ejemplo de la primera escena de Atalía. Es un seminario que me hubiera gustado retomar para escribirlo, si hubiese tenido tiempo: pienso sin embargo que ustedes no han olvidado el extraordinario diálogo de este Abner, quien se revela aquí como el prototipo del falso hermano y del agente doble, que de alguna manera llega para tantear el terreno con el primer anuncio de:

"Sí, vengo en su templo..." y que hace resonar no sé qué tentativa de seducción: ¡admiren qué extraordinario! Es verdad, por supuesto, que la manera en que lo hemos coronado nos

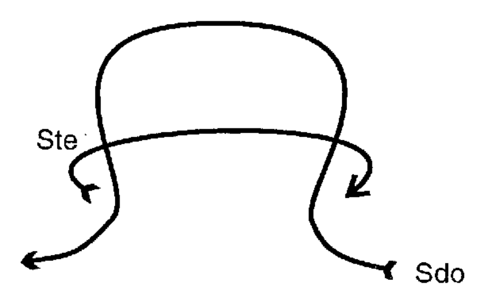
hace olvidar un poco todas esas resonancias; y les he subrayado cómo el gran sacerdote iba con algunos significantes esenciales: "los dioses permanecen fieles", "en todas sus amenazas", "promesa del cielo", "¿por qué renuncia?". El término cielo, y algunas otras palabras tan sentidas, no son necesariamente otra cosa que significantes puros. Les he subrayado su vacío absoluto. El ensarta, si puedo decir, a su adversario, al punto de ya no hacer de él, en adelante, sino ese irrisorio gusano de tierra que ha ido a volver a ocupar, como yo les decía, su puesto en la procesión, y servir de cebo a Atalía, la que en ese jueguito terminará, como sabemos, por sucumbir.

Esta relación del significante con el significado, tan visible, tan sensible en ese dialogo dramático, es algo a propósito de lo cual les he hablado, como referencia, del célebre esquema de Ferdinand de Saussure: la corriente, o más exactamente el doble oleaje paralelo —es así como él nos lo representa— del significante y del significado, como siendo distintos y consagrados a un perpetuo deslizamiento de uno sobre otro.

Sdo

Ste

Es a propósito de esto que les he forjado las imagenes de la técnica del colchonero, del punto de capitón, en el que es preciso que, en algún punto, el tejido de uno se fije en el tejido del otro.



Para que sepamos a qué atenernos, al menos sobre los limites posibles de esos deslizamientos, los puntos de capitón dejan alguna elasticidad en los lazos entre los dos términos.

Es sobre esto que vamos a retomar, cuando les haya evocado también la función de mi cuarto seminario, cuando les haya dicho que, en suma, parare la y simétricamente a esto, y a aquello en lo que concluía el diálogo entre Joad y Abner, no hay verdadero sujeto que se sostenga, sino aquél que habla en el nombre de la palabra (parole). Ustedes no han olvidado el plano en el que habla Joad:

"He aquí cómo este dios os responde por mi boca".

No hay otro sujeto más que en la referencia a este Otro. Esto es simbólico de lo que existe en toda palabra valedera. Igualmente, en el cuarto año de seminario, quise mostrarles que no hay objeto, sino metonímico, pues el objeto del deseo es el objeto del deseo del otro, y el deseo siempre deseo de otra cosa, muy precisamente de lo que falta al objeto primordialmente perdido, en tanto que Freud nos lo muestra como siendo siempre a rehallar. Del mismo modo, no hay sentido, sino metafórico, o sentido que sólo surge de la sustitución de un significante a un significante en la cadena simbólica.

Esto es precisamente lo que está connotado en el trabajo del que les hablaba recién, y al cual los invitaba a remitirse, sobre La instancia de la letra en el inconsciente. En los símbolos siguientes, respectivamente de la metáfora y de la metonimia(4), S está ligado, en la combinacion de la cadena, a S1 , todo en relación a S2, lo que desemboca en que S, en su función metonímica, esta en cierta relación metonímica con s en la significación.

F(S...S1) S2 = S(-)s

f (S....S') = (-)s

Igualmente, es en la sustitución de S1 en relación a S2, relación de sustitución en la metáfora, que tenemos esto que está simbolizado por la relación de S a S1, que aquí indica —es más fácil de decir en el caso de la metonimia— la función de surgimiento, de creación del sentido.

$$F\left(\frac{S}{S_1}\right)S_2 \cong S\,(+)\,s$$

$$f\left(\frac{S'}{S}\right)S \cong S\,(+)\,s$$

He aquí, pues, a dónde hemos llegado, y ahora vamos a abordar lo que va a constituir el objeto de nuestras búsquedas este año. Para abordarlo, les he construido ante todo un esquema, y les voy a decir ahora lo que, al menos hoy, nos va a servir para connotar.

Si debemos encontrar un medio de aproximarnos más a las relaciones de la cadena del significante con la cadena del significado, es por esta grosera imagen del punto de capitón. Pero es evidente que, para que fuera válido, habría que preguntarse donde está

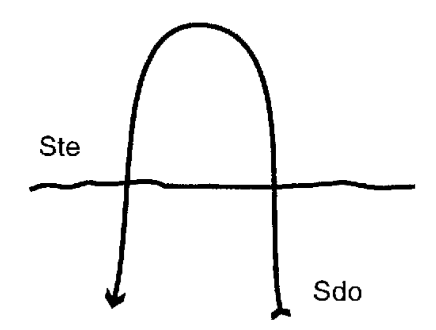
el colchonero. Evidentemente, está en alguna parte; el lugar en que podríamos situarlo en este esquema seria sin embargo un poco por demás infantil.

Puede ocurrírseles que, puesto que lo esencial de las relaciones de la cadena significante en relación a la corriente del significado es algo como un deslizamiento recíproco, y que a pesar de este deslizamiento es preciso que captemos dónde ocurre la ligazón, la coherencia entre estas dos corrientes, puede ocurrírseles que este deslizamiento, si hay deslizamiento, es forzosamente un deslizamiento relativo: el desplazamiento de cada uno produce un desplazamiento del otro? Y también debe ser por relación a una suerte de presente ideal, en algo como el entrecruzamiento en sentido inverso de las dos líneas, que debemos encontrar algún esquema ejemplar.

Ustedes lo ven, es alrededor de algo como esto que podríamos agrupar nuestra especulación.

Esta noción de presente va a ser extremadamente importante, pero un discurso no es justamente un acontecimiento puntiforme a lo Russell, si puedo decir; un discurso es algo que tiene un punto, una materia, una textura, y no solamente algo que toma tiempo, que tiene una dimensión en el tiempo, un espesor, que hace que no podamos absolutamente contentarnos con el presente instantáneo, pero del que además toda nuestra experiencia, todo lo que hemos dicho y todo lo que somos capaces de presentificar inmediatamente por la experiencia —está bien claro que, por ejemplo, si yo comienzo una frase, ustedes no comprenden su sentido sino cuando la haya terminado, porque a pesar de todo es completamente necesario, es la definición de la frase, que haya dicho su última palabra para que comprendan dónde esta la primera— nos muestra en el ejemplo más tangible lo que se puede llamar la acción (nachträglich) del significante, es decir, precisamente, lo que les digo sin cesar en el texto de la experiencia analítica misma, como siéndonos dado a una escala infinitamente más grande en la historia del pasado.

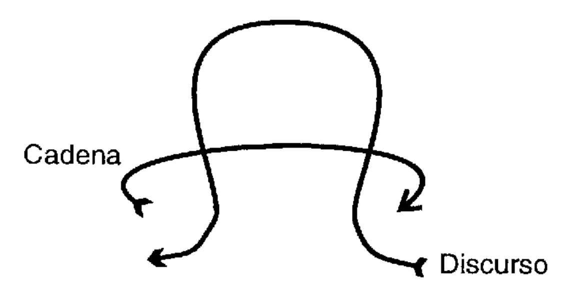
Por otra parte, está claro —¡es una manera de expresarse!—, pienso que ustedes se han percatado de esto, en todo caso lo vuelvo a subrayar en mi artículo sobre La instancia de la letra en el inconsciente, de un modo completamente preciso y al que provisoriamente les ruego remitirse, esta cosa que les he expresado bajo esta forma de metáfora topológica, si puedo decir. Es imposible representar en el mismo plano el significante, el significado y el sujeto. Esto no es misterioso ni opaco, está demostrado de una manera muy simple a propósito de la referencia al cogito cartesiano. Me abstendré de volver a ello ahora porque vamos, muy simplemente, a volverlo a encontrar bajo otra forma. Esto es simplemente para justificarles las dos líneas que vamos a manipular ahora, y que son ésta: el tapón (bouchon) quiere decir el comienzo de un recorrido, y la punta de la flecha es su fin;

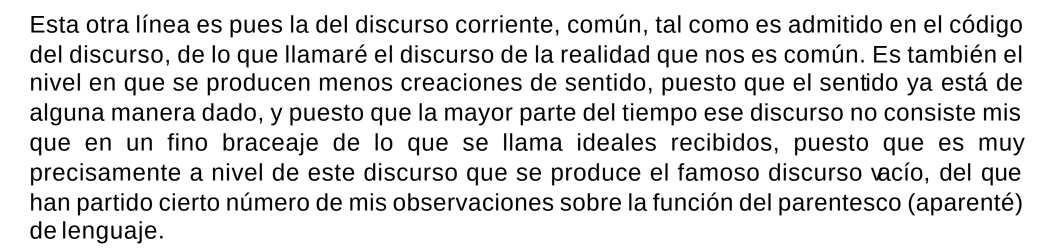


ustedes reconocen mi primera línea aquí, y la otra que viene a enganchar sobre ella luego de haberla atravesado dos veces. Señalo simplemente que no podrían confundir lo que representan aquí estas dos líneas: a saber, el significante y el significado, con lo que representan aquí, que es ligeramente diferente, y van a ver por qué.

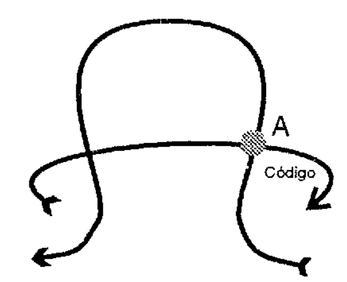
En efecto, nosotros nos situamos enteramente en el plano del significante. Los efectos sobre el significado están en otra parte, no están directamente representados en este esquema. Se trata de los dos estados, de las dos funciones que podemos aprehender de una serie significante. En el primer tiempo de esta primera línea, tenemos la cadena significante en tanto que permanece enteramente permeable a los efectos propiamente significantes de la metáfora y de la metonimia, lo que implica la actualización posible de los efectos significantes a todos los niveles, a saber, particularmente hasta el nivel fonemático, hasta el nivel del elemento fonológico de lo que funda el retruécano (calembour), el juego de palabras, en resumen, lo que en el significante es ese algo con lo que nosotros, analistas, tenemos que jugar sin cesar, pues pienso que, salvo los que llegan aquí por primera vez, ustedes deben tener que recordar cómo ocurre eso en el juego de palabras y en el retruécano. Es precisamente además por eso que hoy vamos a comenzar a entrar en el tema del inconsciente por el chiste (trait d'esprit) y el Witz.

La otra línea es la del discurso racional, en el que ya están integrados un cierto número de puntos de referencia, de cosas fijas, esas cosas que, en la ocasión, no pueden estrictamente ser captadas más que a nivel de lo que se llama los empleos del significante, es decir lo que concretamente, en el uso del discurso, constituye unos puntos fijos que, como saben, están muy lejos de responder de una manera unívoca a una cosa. No hay un sólo semantema que corresponda a una sola cosa o a cosas la mayor parte del tiempo muy diversas. Nos detenemos aquí al nivel del semantema, es decir de lo que está fijado y definido por un empleo.

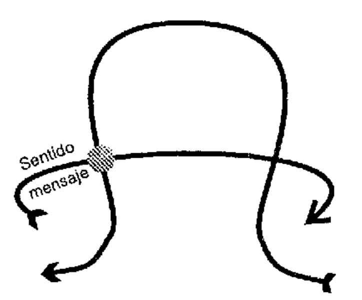



Esta otra línea es pues la del discurso corriente, común, tal como es admitido en el código del discurso, de lo que llamaré el discurso de la realidad que nos es común. Es también el nivel en que se producen menos creaciones de sentido, puesto que el sentido ya está de alguna manera dado, y puesto que la mayor parte del tiempo ese discurso no consiste mis que en un fino braceaje de lo que se llama ideales recibidos, puesto que es muy precisamente a nivel de este discurso que se produce el famoso discurso vacío, del que han partido cierto número de mis observaciones sobre la función del parentesco (aparenté) de lenguaje.

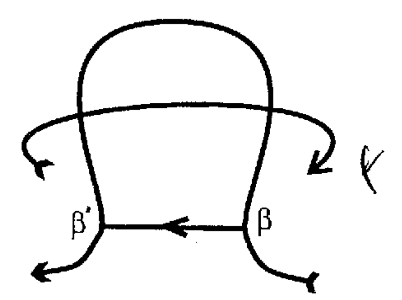
Entonces, ustedes Lo ven bien: éste es el discurso concreto del sujeto individual, de aquél que habla y se hace escuchar. Es ese discurso que se puede grabar en un disco. El otro es lo que todo eso incluye como posibilidad de descomposición, de reinterpretación, de resonancia, de efecto metafórico y metonímico. Uno va en el sentido contrario del otro, por la simple razón, justamente, de que deslizan uno sobre otro, pero uno recorta al otro, y ambos se recortan en dos puntos perfectamente reconocibles. Si partimos del discurso, el primer punto en que el discurso encuentra a la otra cadena que llamaremos la cadena propiamente significante, es, desde el punto de vista del significante, lo que acabo de explicarles, a saber, el haz de los empleos, dicho de otro modo: lo que llamaremos el código; y es muy necesario que el código este en alguna parte para que allí pueda haber audición de ese discurso. Este código, este muy evidentemente en el gran A que este ahí, es decir en el Otro en tanto que es el compañero de lenguaje Este Otro, es absolutamente necesario otra cadena que llamaremos la cadena propiamente significante, es, desde el punto de vista del significante, lo que acabo de explicarles, a saber, el haz de los empleos, dicho de otro modo: lo que llamaremos el código; y es muy necesario que el código está, en alguna parte para que allí pueda haber audición de ese discurso. Este código, está muy evidentemente en el gran A que est ahí, es decir en el Otro en tanto que es el compañero de lenguaje Este Otro, es absolutamente necesario que exista, y en esta ocasión les ruego que observen que no hay absolutamente necesidad de llamarlo con ese nombre imbécil y delirante que se llama la conciencia colectiva. Un Otro es un Otro, basta con uno sólo para que una lengua está viva, basta incluso de tal modo con uno solo, que est Otro por sí sólo puede ser también el primer tiempo. Que haya allí uno que quede y que pueda hablarse a sí mismo en su lengua, esto basta para que allí lo haya, y no solamente un Otro, sino incluso dos otros, en todo caso uno que lo comprenda. Uno puede continuar haciendo chistes en una Lengua, aún cuando uno es su único poseedor.



He aquí pues, el encuentro primero, a nivelde lo que hemos llamado el código Y en el, otro, el segundo encuentro que cierra el bucle que constituye, hablando propiamente , el sentirlo, que lo constituye a partir del código que ha encontrado ante todo, es ese punto de conclusión. Ven ustedes dos flechas que concluyen, y yo me dispensaré, hoy de decirles cual es la segunda flecha que concluye aquí en este punto gamma; éste es el resultado de esta conjunción del discurso con el significante como soporte creador del sentido, es el mensaje.

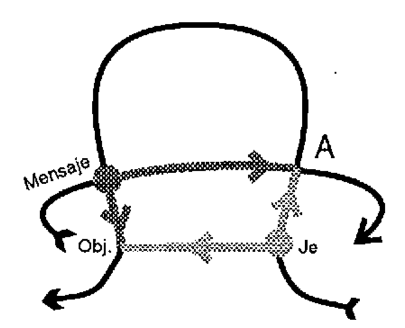


Aquí viene a manifestarse el sentido, la verdad que hay para anunciare si hay verdad, esta ahí, en el mensaje. La mayor parte del tiempo ninguna verdad se anuncia, por la simple razón de que el discurso no pasa en absoluto a través de la cadena significante, porque es el puro y simple ronroneo de la repetición y del molino de palabras, y pasa en alguna parte en cortocircuito, por aquí, entre b y b' entonces el discurso no dice absolutamente nada, salvo al señalarles que yo soy un animal hablante. Es el discurso común de esas palabras para no decir nada, gracias a lo cual uno se asegura de que no tiene que enfrentarse simplemente con lo que es; el natural del, hombre, a saber, una bestia feroz.



Estos dos puntos, ? ?y ?', como mínimo de nudos en el cortocircuito del discurso, son muy fácilmente reconocibles. Son, precisamente, por una parte el objeto, en el sentido del objeto metonímico del que les he hablado el año pasado, y por otra parte el yo (je), en tanto que indica, en el discurso mismo, el lugar de aquél que habla.

Observen bien que, en este esquema, ustedes pueden palpar de una manera sensible, a la vez lo que liga y lo que distingue a :la verdad perfecta e inmediatamente accesible a la experiencia. Lingüística, pero que la experiencia freudiana del análisis recorta de la distinción, al, menos de principio, que hay entre ese yo (je), que no es otra cosa que el lugar de aquél que habla en la cadena del discurso, que además no tiene incluso necesidad de ser designado por un yo (je), y por otra parte el mensaje, es decir esta cosa que por lo menos necesita absolutamente del aparato de este esquema para existir. Es totalmente imposible hacer salir un mensaje cualquiera ni una palabra (parole) de un modo de alguna manera irradiante y concéntrico, de la existencia de un sujeto cualquiera, si no existe toda esta complejidad No hay palabra posible por la buena razón de que :la palabra supone necesariamente la existencia de una cadena significante, lo que es una cosa cuya génesis está lejos de ser simple de obtener —nosotros pasamos un año para: Llegar a ello—, y lo que supone la existencia de una red de los empleos, dicho de otro modo: del uso de una lengua; lo que supone además todo ese mecanismo que hace que cualquier cosa que digan, pensándola o no, sea lo que sea lo que formulen, una vez que han entrado en la rueda del molino de palabras, vuestro discurso dice siempre m s de lo que dicen, y muy evidentemente fundándose, por el sólo hecho de que es palabra (parole), sobre la existencia en alguna parte de ese término de referencia que es el plano de la verdad; de la verdad, en tanto que distinta de la realidad, y algo que hace entrar en juego el surgimiento posible de nuevos sentidos introducidos en el mundo, cuya realidad introduce en él literalmente, no los sentidos que están allí sino los sentidos que ella hace surgir en él.



Tienen ahí, irradiando por una parte del mensaje, por otra parte del *yo (je)*, el sentido de esos pequeños alerones que ven ahí; dos sentidos divergentes, uno que va del *yo (je)* hacia el Otro, y la línea que va del *yo (je)*, hacia el objeto metonímico, y hacia el Otro(5) al que corresponde simetricamente el mensaje por la vía del retorno del discurso, la dirección del mensaje hacia el objeto metonímico, y hacia el Otro, todo esto provisoriamente —les ruego ponerlo de relieve. Sobre el esquema ustedes verán que esto nos será de gran utilidad, lo que puede parecerles ir de suyo la línea que va del *yo (je)* hacia el objeto metonímico(6) y verán a que corresponden las otras dos líneas, formidablemente apasionantes y plenas de interés, que van del mensaje hacia el código, por una parte —pues precisamente esta línea de retorno existe: si ella no existiera no habría, como el propio esquema se los indica, la menor esperanza de creación de sentido.



Es precisamente en el Interjuego(7) entre el mensaje y el código, y también en el retorno del código al mensaje, que va a jugar la dimensión esencial en la cual nos introduce de lleno el chiste. Es ahí que durante un cierto número de lecciónes, pienso, nos mantendremos, para ver todo Lo que puede ocurrir allí de extraordinariamente sugestivo e indicativo. Por otra parte, eso nos dará una ocasión más de captar la relación de dependencia en la que está el objeto metonímico, ese famoso objeto que no es nunca ese objeto, siempre situado en otra parte, que es siempre otra cosa, del que hemos empezado a ocuparnos el año pasado

Ahora abordemos este Witz. El Witz, ¿que quiere decir? Se lo ha traducido por trait d'esprit, se ha dicho el mot d'esprit(8). Paso enseguida sobre las razones por las que prefiero el trait d'esprit. El Witz, sin embargo, también quiere decir el esprit(9). El esprit, para decirlo todo, ha sido en seguida el aporte que se nos presenta en una extrema ambigüedad, pues al fin de cuentas un chiste (trait d'esprit) es el objeto, en ocasiones, de alguna deprecición, es ligereza, falta de seriedad fantasía, capricho. En cuanto al esprit uno se detiene, uno mira allí dos veces antes de hablar de la misma manera del esprit. A pesar de todo, el ingenio (esprit), en el sentido de un hombre ingenioso (spirituel), no tiene

una excesivamente buena reputación. Sin embargo, es alrededor de eso que gira el centro de gravedad de la noción del esprit, y conviene dejarle todas sus ambigüedades, hasta comprender allí el espíritu (esprit) en el sentido amplio, ese espíritu que evidentemente demasiado a menudo sirve de pabellón para mercancías dudosas, el espíritu del espiritualismo.

Este esprit nosotros podemos centrarlo sobre el chiste (trait d'esprit), es decir sobre ese algo que parece en sí mismo lo mis contingente , lo más caduco, lo más ofrecido a La crítica. Está en el genio del psicoanálisis hacer cosas así, y es por eso, ya, que no tenemos que asombrarnos de que sea en suma el único punto de Ia obra de Freud en que sea mencionado, propiamente hablando, lo que por otra parte se condecora con una gran mayúscula, a saber, el Esprit. Sin embargo, no queda menos todavía este parentesco entre los dos polos del término esprit, y dado desde siempre a marcadoras discusiones.

En verdad, seria divertido evocarles, por ejemplo en la tradición inglesa, donde está el término wit, que es todavía más netamente ambigüo que el Witz, e incluso que el espíritu en francés, las discusiones sobre el verdadero, el auténtico esprit, el buen esprit para decirlo todo, y luego el mal esprit, es decir, ese espkrit con el cual los hacedores de piruetas divierten al mundo. ¿Cómo distinguir esto? Las dificultades en las cuáles han entrado los críticos, son lo único a lo que habría que referirse. Y eso continúa todavía después del siglo XVIII, con Addison, Poe, etc., a comienzos del siglo XIX. En la escuela romántica inglesa, la cuestión del wit no ha podido no estar en el primer plano y a la orden del día, y a este respecto los escrito—, de Hazlitt son también algo muy significativo, y alguien del que tendremos ocasión de hablar Coleridge es todavía a el que ha ido más lejos en esta vía.

Igualmente podría decirles eso para la tradición alemana, y en particular de la conjunción de la promoción sobre el esprit al primer plano, del cristianismo literario, que ha seguido una evolución estrictamente paralela en Alemania, donde la cuestión esencial del, Witz está en el corazón de toda la especulación romántica alemana, es decir de algo que, desde el punto de vista histórico ,Y también desde el punto de Vista de la situación del análisis, tendré que retener nuevamente nuestra atención.

Lo que es completamente Sorprendente es hasta que, punto la critica alrededor de la función del Witz o del wit —con la cual, debo decir que no hay nada que corresponda en este lugar, y aunque ustedes lo sepan, las únicas personas que se hayan ocupado seriamente de ello fueron entre nosotros únicamente Los poetas, es decir que, en este período del siglo XIX, la cuestión no solamente esta viva, sino que está en el, corazón de Baudelaire y de Mallarmé; pero además nunca estuvo, incluso en los ensayos, más que desde el punto de vista crítico, quiero decir, desde el punto de vista de una formulación intelectual del problema.

El punto decisivo es éste: el hecho es que sea que ustedes lean sobre el tema del problema del Witz o del wit, llegarán siempre a impases extremadamente sensibles, que sólo el tiempo me impide desarrollarles hoy —volveré a ello—. Es preciso que borre esta parte de mi discurso, y que él testimonie —se los probaré ulteriormente— saltó, que, franca ruptura, que diferencia de calidad y de resultado están constituidos por la obra de Freud .

Freud no habla hecho esta encuesta a l a que acabo de hacer alusión, la que comprende toda la tradición europea sobre el tema del Witz. Aún he dejado de lado otra, la principal, la tradición española, porque ella es demasiado importante como para que no tengamos a continuación que volver a ella abundantemente. Freud no lo había hecho, él nos dice sus fuentes, que son claras: son tres libros muy sensatos, muy legibles, de esos buenos profesores alemánes de pequeñas universidades, que tenían tiempo para reflexionar apaciblemente y que hacían cosa para nada pedantes, y que se llamaban respectivamente Kuno Fischer, Theodor Vischer(10) y Theodor Lipps(11), profesor muniqués que por cierto ha escrito la mejor cosa de los tres y que va muy lejos, para decirlo todo, que verdaderamente va a tender los brazos al encuentro de la investigación freudiana. Simplemente, si el señor Lipps no hubiera estado tan preocupado por la respetabilidad de su Witz, si no hubiera querido que hubiese de ellos falsos y verdaderos, él hubiera llegado por cierto mucho más lejos.

Esto es lo que, por el contrario, no ha retenido en absoluto a Freud. Freud ya tenía la costumbre de arriesgarse y por eso vió mucho más claro; y también porque vió las relaciones estructurales que hay entre el Witz y el inconsciente.

¿Sobre qué plano las vio? Únicamente sobre el plano que se puede llamar formal. Formal, yo lo entiendo no en el sentido de las bellas formas, de las redondeces, de todo eso con lo que se trata de volver a sumergirlos en el más negro oscurantismo; hablo de la forma en el sentido en que se la entiende por ejemplo en la teoría literaria, porque hay todavía otra tradición, de la que no les he hablado, pero es también porque tendré que volver a ella a menudo, tradición nacida recientemente, la tradición checa. EL grupo que ha formulado el formalismo, del que no creamos aquí que esta referencia tiene un sentido vago, para nada —es simplemente vuestra ignorancia :la que les hace creer eso—, el formalismo es una escuela de critica literaria que tiene un sentido extremada mente preciso, y que la organización de estado que se ubica allá, del lado del Sputnik, persigue desde hace ya algún tiempo.

En fin, como sea, es a nivel precisamente de ese formalismo, es decir de una teoría estructural del significante como tal, que se sitúa de entra da Freud, y el resultado no es dudoso, es incluso completamente convincente: es una clave que va a permitir ir mucho más lejos. No tengo necesidad de pedirles, luego de haberles pedido que lean cada tanto mis artículos, que lean no obstante, puesto que este año les hablo del Witz, el libro de Freud. Eso me parece lo mínimo. Cuando vean la economía de ese libro, verán que está fundada sobre el hecho de que Freud parte de la técnica del chiste (mot d'esprit), y que vuelve siempre a ella, y que está apoyado en la técnica del chiste.

¿Qué quiere decir esto, para él? Eso quiere decir técnica verbal, como se dice, y como yo les digo más precisamente: técnica del significante

Es porque él habla de la técnica del significante, y vuelve a ella sin cesar, que verdaderamente desembrolla el problema. El hace aparecer allí planos, es decir que, de golpe se ve con la mayor nitidez lo que hay que saber reconocer y distinguir para no perderse en esas perpetuas confusiones del significado y de los pensamientos, que no permiten en absoluto salir de ahí. De golpe se ve que hay un problema del chiste (esprit),por ejemplo, y que hay un problema de lo cómico, que no son lo mismo, de igual

modo pasa con el problema de lo cómico y el problema de la risa. Eso, por más que cada tanto van juntos, e incluso los tres enredados, no es a pesar de todo el mismo problema.

El problema del chiste, para esclarecerse, parte en Freud de la técnica significante. Es de ahí que nosotros vamos a partir con el, y, vean qué curioso, esto que sucede a un nivel del que seguramente no esta inmediatamente indicado que sea el nivel del inconsciente, es precisamente de ahí, y por razones profundas que se sostienen de :la naturaleza misma de lo que se trata en el Wkitz, es precisamente al mirar ahí que veremos más sobre lo que no está completamente ahí, que está al lado, que es el inconsciente, y que justamente no se esclarece y no se entrega más que cuando uno la mira un poco de lado.

Además ustedes encuentran ahí algo que van a encontrar todo el tiempo en el Witz , es la naturaleza del Witz, que es así cuando miran ahí, es lo que les permite mirar donde eso no está.

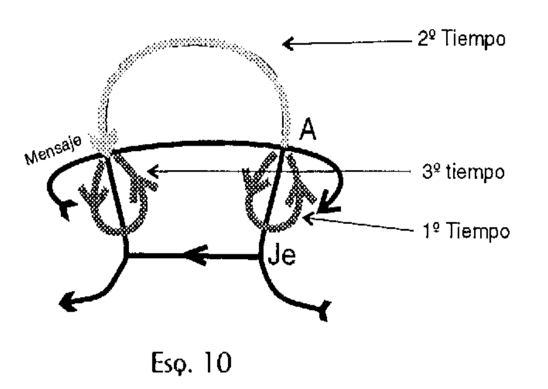
Comencemos, con Freud, por las claves de la técnica del significante. Freud no se rompió mucho para encontrar sus ejemplos. Casi todos los ejemplos que nos da, y que pueden parecerles un poco ramplones y de valor desigual, están tomados de sus profesores Kuno Fischer, Theodor Vischer y Theodor Lipps —es por eso que les he dicho la estima en que yo los tenía.

Hay sin embargo otra fuente, en la que Freud ha penetrado verdaderamente Es Heinrich Heine. Y es de ella que toma el primer ejemplo, que es esa palabra maravillosa que florece en la boca de Hirsch-Hyacinthe, recolector de Hamburgo, necesitado y famélico, que encuentra en los baños de Lucca. Si quieren hacer una lectura plena sobre el Witz seria necesario que lean las Reisebilder (Estampas de viaje(12)). Produce estupor que no sea un libro clásico. Se encuentra en las Reisebilder un pasaje, en la parte italiana, sobre los baños de Lucca, y es ahí que, con ese personaje inenarrable de Hirsch-Hyacinthe, sobre cuyas propiedades espero tener tiempo para decirles algo todavía, y hablando con él, él obtiene esa declaración de que él ha tenido el honor de cuidar los callos de los pies del gran Rothschild, Nathan el Sabio, y que durante ese tiempo él se decia, él, Hirsch-Hyacinthe, que él era un hombre importante, pues mientras le recortaba los callos pensaba que Nathan el Sabio preveía todos los correos que enviarla a los reyes, y que si él, Hirsch-Hyacinthe, le recortaba un poco de más el callo del pie, de ello resultarla en las alturas esa irritación que haría que Nathan recortara él también un poco más la piel de los reyes.

Y de una cosa a la otra, nos habla también de otro Rothschild que conoció, a saber, Salomón Rothschild, que un día en que él se anunciaba como Hirsch-Hyacinthe, añade, le fue respondido en un lenguaje bonachón: "¡Yo también soy recolector de (falta palabra), y no quiero que mi colega entre en la cocina!". "Y", se describe Hirsch-Hya cinthe, "me trató de un modo completamente famillonario".

He ahí sobre qué se detiene Freud, que es completado por este muy lindo: ¿qué es esto? ¿Un neologismo, un lapsus, un chiste? Es un chiste, seguramente, pero el hecho de que yo haya podido plantear las otras dos preguntas ya nos introduce en una ambigüedad, en el significante, en el inconsciente, el lapsus, y en efecto: ¿qué es lo que nos va a decir Freud? Reconocemos ahí el mecanismo de la condensación, materializada en el material del significante, una especie de embutido con ayuda de no sé qué máquina, entre dos líneas de cadena significante: "Salomón Rothschild me trató de un modo completamente familiar", y luego, por debajo —Freud hace también el esquema significante—, está el "millonario", y entonces está el ario de los dos lados, el mil también de los dos lados, eso se condensa, y en el intervalo aparece famillonario.

Intentemos ver un poco lo que eso da sobre este esquema. Estoy forzado a ir un poco rápido, pero sin embargo ahí tengo que puntuar algo.



Esq. 10

El discurso, es evidentemente lo que parte del yo (je), lo que va al Otro. Se lo puede esquematizar ahí yendo hacia el Otro. También se puede, lo que es más correcto, ver que todo discurso, partiendo del Otro, sea lo que sea que pensemos, parte y vuelve, se refleja sobre el yo (je) —porque es preciso que él esté comprometido en el asunto y enfila hacia el mensaje. Y esto simplemente quiere anunciar, en el segundo tiempo, la invocación de la otra cadena principal del discurso: "Yo estaba con Salomón Rothschild, completamente familiar", y retorno al Otro en el segundo tiempo.

Sin embargo, por la misteriosa propiedad de los mil y de los ario que están en uno y en otro, algo correlativamente -no se olviden de que esas dos líneas son sin embargo dos líneas que no tienen interés más que si las cosas circulan al mismo tiempo sobre esta línea. Si algo se emite, que es la conmoción de la cadena significante elemental como tal, y que va aquí, en el primer tiempo del esbozo del mensaje, a reflejarse sobre el objeto metonímico que es "mi millonario", pues de lo que se trata, para Hirsch-Tlyacinthe, es del objeto metonímico esquematizado de mi pertenencia, es su millonario el que al mismo tiempo no es su millonario, porque es más bien el millonario el que lo posee, de suerte que eso no pasa. Es precisamente porque eso no pasa que ese millonario viene a reflejarse en el segundo tiempo, es decir, al mismo tiempo que lo otro, el modo familiar, ha llegado ahí.

En el tercer tiempo, el millonario y el familiar vienen a encontrarse y a reunirse en el mensaje, para hacer el famillonario.

Eso puede parecerles completamente pueril de hallar, aunque es Porque yo soy quien hizo el esquema. Solamente cuando eso se haya fijado así durante todo el año, quizá ustedes se digan que el esquema sirve para algo. De todos modos tiene un interés y es que,

gracias a lo que nos presenta de exigencia topológica, nos permite medir nuestros pasos en cuanto a lo que concierne al significante, a saber, que tal como está hecho, y de cualquier manera que lo recorran, limita todos nuestros pasos. Quiero decir que cada vez que alguna cosa consista en dar un paso, él erigirá que no demos más de tres elementales.

Van a percibir que es a eso que tienden dos taponcitos de partida y las puntas de flechas, así como los alerones, los que conciernen a los segmentos que siempre deben estar en una posición segunda, intermedia —los otros son o bien iniciales o bien terminales.

Entonces, en tres tiempos, las dos cadenas, la del discurso y la del significante, han llegado a converger en el mismo punto, en el punto del mensaje. Eso hace que el señor Hirsch Hyacinthe ha ya sido tratado de un modo completamente famillonario. Este mensaje es completamente incongruente, en el sentido de no es recibido, no está en el código. Todo esta allí. El mensaje, en principio, está hecho para estar en cierta relación de distinción con el código, pero ahí es sobre el propio plano del significante que manifiestamente resulta una violación del código, por la definición que les propongo del chiste, en el sentido de que se trata de saber lo que sucede, cuál es la naturaleza de lo que ahí sucede, y el chiste está constituido por lo siguiente: que el mensaje que se produce en un cierto nivel de la producción chistósa contiene, por su diferencia, por su distinción respecto del código, él toma por esta distinción y esta diferencia, valor de mensaje. El mensaje se aloja en su misma diferencia respecto del código.

¿Cómo se sanciona esa diferencia? Este es el segundo plano de lo que se trata. Esta diferencia es sancionada como chiste por el Otro, y esto es indispensable, y esto está en Freud, pues hay dos cosas en el libro de Freud sobre el chiste: la promoción de la técnica significante, y la referencia expresa tal Otro como tercero --como yo les martilleo desde hace años. Esto esta absolutamente articulado por Freud, especialmente en la segunda parte de su obra, pero forzosamente desde el comienzo, perpetuamente, por ejemplo, Freud promueve constantemente que la diferencia entre el chiste y :lo cómico se sostiene en esto, por ejemplo: que lo cómico es dual. Como yo Lo digo, lo cómico es la relación dual, pero es necesario que esté el tercero —Otro para que haya chiste y, en efecto, esa sanción del tercero— otro, sea o no soportada por un individuo, es absolutamente esencial. El otro devuelve la pelota, es decir, ordena en el código en tanto que chiste, dice en el código que esto es un chiste. Esto es esencia, de modo que, si nadie lo hace, no hay chiste. Dicho de otro modo: el famillonario es un lapsus, si nadie lo percibe, eso no constituye un chiste. Pero es necesario que el Otro lo codifique como chiste.

Y, tercer elemento de la definición: él es inscripto en el código por esa intervención del otro. Ese chiste tiene una función que tiene una relación con algo completamente situado profundamente a nivel del sentido y —que es, no digo una verdad —les ilustraré, a propósito de este ejemplo, que no es en tanto que con famillonario hacemos sutiles alusiones a propósito de no sé qué que sería la psicología del millonario y del parásito, por ejemplo. Por supuesto, esto contribuye mucho a nuestro placer, y volveremos sobre ello, pero desde hoy les planteo que el chistó, si queremos buscarlo, es con Freud, porque Freud nos conducirá tan lejos como sea posible en el, sentido de dónde está la punta, pues se trata de punta y punta hay, y Su esencia se sostiene en algo que tiene relación con algo completamente radical en el sentido de La verdad, a saber, lo que he llamado en otra parte, en mi artículo sobre la instancia de la letra, algo que se sostiene esencialmente en la verdad, que se denomina la dimensión de coartada de la verdad. A saber, que en algún punto podamos, y entrañando para nosotros no sé qué diplopía mental, querer cernir de cerca lo que es el chiste.

De lo que se trata, es de lo que hace expresamente al chiste para designar, y siempre de costado, lo que no es visto sino precisamente mirando hacia otra parte. Es allí que retomaremos la próxima vez. Los dejo por supuesto con algo suspendido, con un enigma, pero creo al menos haber planteado los términos mismos a los que, a continuación les mostrara que debemos necesariamente volvernos.



Clase 2

Del 13 de Noviembre de 1957

Retomemos nuestra exposición en el punto en que la habíamos dejado la última vez, es decir, en el momento en que Hirech-Hyacinthe, hablando con el autor de Azebeder(13), a quien ha encontrado en los baños de Lucca, le dice: "tan cierto como que Dios debe darme todo lo que hay de bueno, yo estaba sentado completamente como un igual, completamente famillonariamente".

He ahí, pues de dónde partimos de la palabra famillonario que, en suma, ha tenido su fortuna.

Es conocida por el punto de partida que Freud toma en ella.

Es pues ahí que nosotros retomamos, y es ahí que voy ya a tratar de mostrarles la manera por la cual Freud aborda el chiste (trait d' esprit). El análisis es importante para nuestro propósito.

En efecto, la importancia de este punto ejemplar es manifestarnos —puesto que, ¡ay!, hay necesidad de ello—, de manera indudable, la importancia del significante en lo que nosotros podemos denominar, con él los mecanismos del inconsciente.

Evidentemente, es por completo sorprendente ver ya que el conjunto de aquellos cuya disciplina no los prepara especialmente para eso —quiero decir los neurólogos—, a medida que se colegial alrededor de ese tema delicado de la afasia, es decir del déficit de la palabra, día a día hacen progresos notorios en cuanto a aquello de lo que se trata, lo que se puede denominar su formación lingüística, pero que los psicoanalistas, para quienes todo su arte y toda su técnica reposan en el uso de la palabra, no la han tenido para nada en cuenta, mientras que lo que Freud nos muestra no es simplemente una especie de referencia humanista que manifiesta su cultura o sus lecturas en lo que es del dominio de la filología, sino una, referencia absolutamente interna orgánica.

Desde la ultima vez, espero que al menos la mayoría de ustedes habrá entreabierto su relación con lo inconsciente . Entonces se darán cuenta de que es muy precisamente alrededor de su referencia a la técnica del chiste (mot d' esprit) en tanto que técnica de lenguaje que gira siempre su argumentación, y que si lo que surge de sentido, de significación en el chiste, es algo que le parece que merece ser remitido a lo inconsciente , esto no está fundado —insistiré que todo lo que tenga que decir del chiste se relacióna con ello— más que sobre su función misma de placer, que gira y da vueltas siempre y únicamente en razón de las analogías de estructura que no se conciben salvo en el plano lingüístico, análogas de estructura entre lo que sucede en el chiste —quiero decir el lado técnico del chiste, digamos el lado verbal del chiste— y lo que sucede bajo diferentes nombres, que Freud ha descubierto; momentos bajo los diversos nombres, lo que es el mecanismo propio de lo inconsciente, a saber, mecanismos tales como la condensación, el desplazamiento. Por hoy me limito a esos dos.

He aquí, pues, adonde hemos llegado: Hirsch Hyacinthe, hablando con Heinrch Heine, o Hirsch Hyacinthe, ficción de Heinrich Reine, contando lo que le ha sucedido. Algo se ha producido en el punto de partida —para atenernos a este segmento que acabo de aislar—, algo muy neto , sobresaliente de alguna manera como para ponerlo en bandeja exaltarlo, lo que va a llegar, esta invocación al testigo universal y a las relaciones personales del sujeto con este testigo, es decir Dios. "Tan cierto como que Dios me debe todos los bienes", lo que es algo, irrefutablemente, a la vez significativo por su sentido, e irónico por lo que la realidad puede mostrar allí de desfalleciente, pero a partir de ahí la enunciación se produce: "yo estaba sentado al lado de Salomón Rothschild, completamente como un igual". He aquí el surgimiento del objeto: este completamente lleva en si algo que es bastante significativo. Cada vez que invocamos el completamente, la totalidad, es que no estamos completamente seguros de que esta totalidad esta verdaderamente cerrada, y, en efecto, esto se reencuentro en muchos niveles, y diría incluso que en todos los niveles del uso de esta. noción de totalidad.

Aquí, en efecto, él vuelve sobre este completamente, y dice: "completamente...", y aquí se produce el fenómeno la cosa inesperada, el escándalo de la enunciación, a caber ese mensaje inédito, ese algo del que no sabemos incluso todavía lo que es, que no podemos todavía nombrar, y que es "...famillonario", algo de lo que no sabemos si es un acto falido o un acto logrado, un resbalan o una creación poética. Vamos a verlo, Puede ser lo todo a la vez, pero precisamente conviene que nos detengamos en la formación, sobre el estricto plano del significante, del fenómeno, de lo que inmediatamente será retomado.

Voy a decirse los, y ya lo he anunciado la última vez: en una función significante que le es propia en tanto que significante que escapa al código, es decir, a todo lo que hasta entonces se ha acumulado de formaciones del significante en sus funciones de creación de significado, hay ahí algo nuevo que aparece, que puede ser anudado al resorte mismo de lo que se puede llamar el progreso de la lengua, su cambio.

Conviene ante todo que nos detengamos en este algo en su formación misma, quiero decir en el punto en que eso se sitúa en relación al mecanismo formador del significante. Conviene que nos detengamos allí para poder incluso continuar valederamente con lo que se va a mostrar que son las continuaciones del fenómeno, incluso sus acompañamientos, incluso todavía, dado el caso, sus fuentes, sus puntos de referencia. Pero el fenómeno esencial es ese nudo, ese punto donde aparece ese significante nuevo, paradojal, ese "famillonario" del cual Freud parte, y al cual vuelve sin cesar, sobre el cual nos ruega que nos detengamos, sobre al cual —ustedes lo verán— hasta el fin de su especulación sobre el chiste no deja de volver como designando el fenómeno esencial, el fenómeno técnico

que especifica al chiste, y que nos permite discernir lo que es el fenómeno central, por el cual nos enseña sobre el plano que es nuestro propio plano, a saber las relaciones con el. inconsciente, y lo que nos permite también de paso esclarecer desde una nueva perspectiva todo lo que lo rodea, todo lo que lo lleva en lo que se puede llamar las tendenz (tendencias), puesto que es el término tendenz el que es empleado en esta obra, de ese fenómeno de irradiación diversa, a lo cómico, a la risa, etc.; fenómenos que pueden irradiar de él.

Detengámonospues sobre el famillonario.

Hay varias maneras de abordarlo, ése es el fin no solamente de este esquema, sino de este esquema en tanto que les es dado para permitirles inscribir los diferentes planos de la elaboración signiticante -estando aquí especialmente elegido la palabra elaboración, puesto que está elegida expresamente, puesto que Freud la informa especialmente.

Detengámonos en eso y, para no sorprenderlos demasiado, comencemos percatándonos en que sentido se dirige esto. ¿Qué sucede cuando aparece famillonario? Se puede decir que algo se indica con ello, que sentimos como algo que apunta hacia el sentido; algo tiende a surgir de ahí, que es algo irónico, incluso satírico, algo también que aparece menos, pero que se desarrolla, si podemos decir así, en los contragolpes del fenómeno, en lo que va a propagarse en el mundo a continuación de eso. Es una especie de surgimiento de un objeto, él, que va más bien hacia lo cómico, hacia lo absurdo, hacia el sinsentido. Es el famillonario en tanto que él es la irrisión del millonario, tendiendo a tomar forma de figura, y no habría que hacer mucho para indicarles en qué dirección, en efecto, tiende a encarnarse.

Además, Freud nos señala al pasar que en alguna parte, también, Heinrich Heine, redoblando su chiste, llamará al millonario (en alemán: Millionär) el "Millionarr", lo que en alemán quiere decir el loquito millonario (en Francés: fou-fou millionnaire), o, como podríamos traducirlo además en francés, en la continuación y en la línea de sustantivación del famillonario del que hablaba hace unos instantes, el "fat (uo) millonario", con un guión (en francés: fat-millionnaire). Esto para decirles que ahí está la aproximación que hace que no sigamos siendo inhumanos.

No iremos mucho más lejos porque, a decir verdad, no es el momento; es justamente el tipo de paso que se trata de no precipitar, a saber: no comprender demasiado rápido, porque al comprender demasiado rápido no se comprende absolutamente nada. Eso no explica nunca el fenómeno que acaba de suceder ante él, a saber, en qué se relacióna a lo que podemos llamar la economía general de la función del significante.

Al respecto, es necesario sin embargo que yo insista para que todos ustedes tomen conocimiento de lo que he escrito en lo que he llamado la instancia de la letra en el inconsciente a saber, los ejemplos que he dado en ese texto de las dos funciones, que llamo las funciones esenciales del significante, en tanto que son aquellas por donde, si se puede decir, la reja del significante cava en lo real lo que se llama el significado, literalmente lo evoca, lo hace surgir, lo maneja, lo engendra; a saber, las funciones de la metáfora y de la metonimia.

Parece que a algunos, digamos que mi estilo les bloquea la entrada a este artículos lo lamento. Ante todo, yo no puedo hacer nada, mi estilo es lo que es. A este respecto, les pido que hagan un esfuerzo, pero quisiera simplemente añadir que, cualesquiera que sean las deficiencias que puedan intervenir en ello por mi culpa, hay también a pesar de todo, en las dificultades de ese estilo —quizá algunos puedan entreverlo—, algo que debe responder al objeto mismo del que se trata.

Si se trata en efecto, a propósito de las funciones creadoras que ejerce el significante sobre el significado, de hablar de una manera válida, no simplemente de hablar de la palabra, sino de hablar en el hilo de la palabra, si podemos decir así, para evocar sus funciones mismas, tal vez la continuación de mi exposición de este año les mostrará que hay necesidades internas de estilo, la concisión por ejemplo, la alusión, incluso la agudeza, que son tal vez elementos esenciales, completamente decisivos, para entrar en un campo del que ellas comandan no solamente las avenidas, si no toda la textura.

Volveremos pues a ello, a continuación, a propósito de cierto estilo que no vacilaremos incluso en llamar por su nombre, por ambigüo que pueda parecer, a saber el manierismo, y del que trataré de mostrarles que tiene tras él, no solamente una gran tradición, sino una función irremplazable.

Esto no es más que un paréntesis para volver a mi texto. En ese texto, entonces, ustedes verán que lo que denomino, después de otros —es Roman Jakobson quien lo ha inventado— la función metafórica y metonímica del lenguaje, están ligadas a algo que se expresa muy simplemente en el registro del significante, siendo las cáracterísticas del significante, como ya lo he enunciado varias veces en el curso de los años precedentes, las de la existencia de una cadena articulada, y —añadía yo en ese artículo— tendiendo a formar agrupamientos cerrados, es decir, formados por una serie de anillos que se enlazan unos a otros, para formar las cadenas, las cuales se enlazan ellas mismas a otras cadenas a la manera de anillos, lo que está un poco evocado también por la forma general de este esquema, pero que no está directamente presentado.

La existencia de estas cadenas, en su doble dimensión, implica que las articulaciones o enlaces del significante comportan dos dimensiones, la que podemos llamar de la combinación, de la continuidad, de la concatenación de la cadena, y la de las posibilidades de sustitución siempre implicadas en cada elemento de la cadena.

Este segundo elemento, absolutamente esencial, es ese elemento que, en la definición líneal que Freud daba de la relación del significante y del significado, es omitido. En otros términos, en todo acto de lenguaje, la dimensión diacrónica es esencial, pero hay una sincronía implicada, evocada por la posibilidad permanente de sustitución inherente a cada uno de los términos del significante. En otros términos, son las dos relaciones que voy a indicar:

$$F(S...S')S \quad y, \quad F\left(\frac{S'}{S}\right)S$$

dando, la una, el lazo de la combinación del lazo del significante, y la otra la imagen de la relación de sustitución siempre implícita en toda articulación significante.

No es necesario poseer extraordinarias posibilidades de intuición para percatarse de que debe haber al menos alguna relación entre lo que acabamos de ver producirse y lo que Freud nos esquematiza de la formación del famillionario, a saber sobre dos líneas diferentes, "yo estaba sentado... etc., de una forma completamente familiar", y, abajo, "millionario". Freud completa: ¿qué es lo que puede querer decir esto? Esto puede querer decir que hay alguna cosa que ha caído, que ha sido eludida, eso quiere decir en tanto que puede permitírselo, o que puede realizarlo o lograrlo un millonario. Algo ha caído en la articulación del sentido, algo ha permanecido: el millonario. Algo se ha producido que ha comprimido, embutido, el uno en el otro, el familiar y el millonario, para producir el famillonario.

Hay pues ahí algo que es una suerte de caso particular de la función de sustitución, caso particular del que, de alguna manera, quedan las huellas. La condensación, si ustedes quieren, es, una forma particular de lo que puede producirse al nivel de la función de sustitución.

Sería bueno que, desde ahora, tengan ustedes en mente el largo desarrollo que he hecho alrededor de una metáfora, aquella sobre la gavilla de Booz:

"Su gavilla no era avara ni rencorosa"

mostrando que es el hecho de que su gavilla reemplace el término de Booz el, que constituye ahí la metáfora, y que gracias a esta metáfora surge algo alrededor de la figura de Booz, algo que es un sentido, el sentido del advenimiento a su paternidad, con, incluso, todo lo que puede irradiar y brotar de nuevo alrededor, por el hecho de que él llega a eso —pero ustedes lo recuerdan bien— de una manera inverosímil, tardía, imprevista, providencial, divina, que es precisamente esta metáfora que está ahí para mostrar este advenimiento de un nuevo sentido alrededor del personaje de Booz, que en ella aparecía excluido, forcluído y que es también en una relación de sustitución, esencialmente, que nosotros debemos ver el resorte creador, la fuerza creadora, la fuerza de engendramiento —es el caso decirlo— de la metáfora.

Esta es una función completamente general, diría incluso que es por eso, que es por esta posibilidad de sustitución, que se concibe el engendramiento mismo, si puedo decirlo, del mundo, del sentido, que toda la historia de la lengua, a saber, los cambios de función gracias a los cuales se constituye una lengua, es ahí y no en otra parte que tenemos que comprenderla; que si alguna vez hubiera la posibilidad de darnos una especie de modelo o de ejemplo de lo que es la génesis de la aparición de una lengua en ese mundo inconstituído que podría ser el mundo antes de que se hable, nos es necesario suponer algo irreductible y original que es seguramente el mínimo de cadenas significantes, pero un cierto mínimo sobre el cual no insistiré hoy, aunque convendría hablar de ello. Pero ya les he dado suficientes indicaciones al respecto, sobre ese cierto mínimo, estando dado que es por la vía de la metáfora, o saber del juego de la sustitución de un significante a otro, en cierto lugar, que se crea, no solamente la posibilidad de desarrollo del significante, sino la posibilidad. de surgimiento de sentidos siempre nuevos, yendo siempre a ratificar, a complicar, y a profundizar, a dar su sentido de profundidad a lo que, en lo real, no es más que pura opacidad .

Les dejo buscar un ejemplo de esto para ilustrárselos, lo que se puede llamar lo que sucede en la evolución del sentido, y cuanto siempre, más o menos, reencontramos allí ese mecanismo de la sustitución. Como de costumbre en estos casos yo espero mis ejemplos del azar. Seguramente, no ha dejado de serme suministrado en mi círculo próximo, por alguien que, con vista traducción, había tenido que buscar en el dicciónario el sentido de la Palabra "aterrado", y que quedó sorprendido en el pensamiento de que jamás había comprendido bien el sentido de la palabra "aterrado", percatándose de que, contrariarnente a lo que esta persona creía, "aterrado" no tiene originalmente y en muchos de sus empleos el sentido de impresionado de terror, sino el de caído en tierra.

En Bossuet, "aterrado" quiere decir literalmente poner en tierra, y en otros textos un poquito posteriores vemos precisarse esta especie de peso de terror. En cuanto a nosotros, diríamos que incontestablemente los puristas contaminan desvían el sentido de la palabra "aterrado". No queda menos que aquí los puristas están completamente equivocados, no hay ninguna; especie de contaminación, e incluso si de paso, después de haberles recordado ese sentido etimológico de la palabra, de la palabra "aterrado", algunos de ustedes pueden tener la ilusión de que "aterrado" no es evidentemente otra cosa que volver a la tierra, que hacer tocar tierra, o que poner tan bajo como tierra, consternar en otros términos, no queda menos que el uso corriente de la palabra implica este trasfondo de terror.

¿Qué quiere decir esto? Esto quiere decir que si partimos de algo que tiene cierta relación con el sentido original por pura convención, porque no hay origen de la palabra "aterrado" en ninguna parte, salvo que sea la palabra ''abatidos" en tanto que ella evoca en efecto lo que la palabra "aterrado", en ese sentido pretendidamente puro, podría evocarnos, la palabra "aterrado" que la ha sustituido en principio como una metáfora, una metáfora que no parece serlo, porque partimos de esta hipótesis de que originariamente ambas quieren decir lo mismo: arrojar a tierra o contra la tierra, es eso lo que les ruego observar, es que no es en tanto que "aterrado" cambie como sea el sentido de "abatido" que va a ser fecundo, generador de un nuevo sentido, a saber, lo que quiere decir alguien con "aterrado". En efecto, es un nuevo sentido, es un matiz, que no es lo mismo que "abatido", y, por implicador de terror que sea no es tampoco aterrorizar, es algo nuevo.

De este nuevo matiz de terror, que eso introduce en el sentido psicológico y ya metafórico que tiene la palabra "abatido" —porque psicológicamente no somos ni "aterrados" ni "abatidos"—, hay algo que no podemos decir en tanto que no hay palabras, y estas palabras proceden de una metáfora, a saber, lo que sucede cuando un árbol es abatido, o cuando un luchador es echado por tierra, "aterrado", segunda metáfora.

Pero observen que no es para nada porque originariamente es eso que está ahí el interés de la cosa, que el "ser" que esta en el "aterrado" quiera decir terror, que el terror es introducido; que, en otros términos, la metáfora no es una inyección de sentido, como si eso fuera posible, como si los sentidos estuvieran en alguna parte aunque sea en un reservorio. La palabra "aterrado" no aporta el sentido en tanto que tiene una significación, sino en tanto que significante, es decir que, teniendo el fonema "ter", tiene el mismo

fonema que está en "terror". Es por la vía significante, es por la vía del equivoco, es por la vía de la homonimia, es decir de la cosa más sin sentido que pueda haber, que viene a engendrar este matiz de sentido, que va a introducir, que va a inyectar, en el sentido ya metafórico de "abatido", este matiz de terror.

En otros términos, es en la relación (S barra sobre S') es decir de un significante a un significante, que va a engendrarse una cierta relación (S barra sobre S), es decir, significante sobre significado. Pero la distinción entre las dos es esencial, es en la relación de significante a significante, en algo que enlaza el significante de aquí al significante que está allá, es decir en algo que es la relación puramente significante, es decir homonímica, de "ter" y de "terror", que va a poder ejercerse la acción de engendramiento de significación, a saber, de matizamiento por el terror de lo que ya existía como sentido sobre una base ya metafórica

Esto nos ejemplifica entonces lo que sucede al nivel de la metáfora. Yo quisiera, simplemente, indicarles algo que va a mostrarles cómo esto se reúne por un comienzo de sendero, con algo que va a interesarnos completamente, desde el punto de vista de lo que vemos que sucede en el inconsciente.

Otro tanto al nivel de fenómenos de creación de sentido normal por la vía sustitutiva, por la vía metafórica, que preside a la evolución y a la creación de la lengua, pero al mismo tiempo a la creación y a la evolución del sentido como tal, quiero decir del sentido en tanto que no es solamente percibido, sino que el sujeto se incluye en él, es decir, en tanto que el sentido enriquece nuestra vida.

Simplemente quiero hacerles observar esto: ya les he indicado que la función esencial de significante de la ganzúa (crochet) "ter", es decir, de algo que nos es necesario considerar como puramente significante, de la reserva homonímica con la cuál trabaja, lo veamos o no, la metáfora.

¿Qué ocurre, también? No sé si ustedes lo comprenderán inmediatamente, pero lo captaran mejor cuando vean el desarrollo. Esto no es más que un esbozo de una vía esencial. Es que a medida en que se afirma, en que se constituye el matiz de significación "aterrado", este matiz, obsérvenlo, implica cierta dominación y cierto domesticamiento del terror. Ahí, este terror, no solamente está nombrado, sino que, igualmente, está atenuado, y esto es lo que, además, permite conservarlo, para que ustedes continúen manteniendo en sus espíritus la ambigüedad de la palabra "aterrado" después de todo, ustedes se dicen que "aterrado" tiene en efecto una relación con la tierra, que el terror no es allí completo, que el abatimiento, en el sentido en el que no tiene para ustedes ambigüedad, guarda su valor prevalerte, que no es más que un matriz que, para decirlo todo, en esta ocasión el terror esta en penumbras.

En otros términos, es en la medida en que el terror no es observado de frente, está tomado por el sesgo intermediario de la depresión, que lo que sucede es completamente olvidado hasta el. momento en que —se los he recordado— el modelo está completamente, en tanto que tal, fuera del circuito. Dicho de otro modo, en la medida en que el matiz "aterrado" se ha establecido en el uso, en que ha devenido sentido y uso de sentido, el significante le es presentificado digamos la palabra: el significante esta reprimido, propiamente hablando. En todos los casos, desde que se ha establecido en su matiz actual el uso de la palabra "aterrado", el modelo, salvo recurso al dicciónario, al discurso sabio, no está más a vuestra disposición. Con respecto a la palabra "aterrado", está como "tierra", "terra", reprimido.

Con esto yo voy un poquito demasiado adelante porque es un modo de pensamiento al cual ustedes no están todavía muy habituados, pero creo que eso nos evitará un retorno. Ustedes van a ver hasta qué punto lo que yo les llamo el comienzo de las cosas es confirmado por el análisis de los fenómenos.

Volvamos a nuestro famillonario, al punto, pues, de conjunción o de condensación metafórica, en que lo habíamos visto formarse.

A ese nivel, separando la cosa de su contexto, a saber, del hecho de que es Hirsch Hyacinthe, es decir el espíritu de Heinrich Heine, quien lo ha engendrado, iremos ulteriormente a buscarlo mucho más lejos en su génesis, en los antecedentes de Hainrich Heine, en las relaciones de Heinrich Heine con la familia Rothschild. Incluso sería necesario volver a leer toda la historia de la familia Rothschild para estar bien seguros de no equivocarnos, pero no llegamos a eso.

Por el momento llegamos al famillonario. Aislémoslo un instante. Estrechemos, tanto como podamos, el campo de visión de la cámara alrededor de este famillonario. Después de todo, el podría haber nacido en otra parte que en la imaginación de Meinrich Heine quizá Heinrich Reine lo fabricó en un momento distinto que en el momento en que él estaba ante su papel en blanco y con la pluma en la mano; quizá fue una tarde, en una de sus deambulaciones parisinas que evocaremos, que eso se le ocurrió asi. Existen incluso todas las posibilidades de que eso haya ocurrido en un momento de fatiga, de crepúsculo. Para decirlo todo, este famillonario también podría haber sido un lapsus, lo que incluso es completamenteconcebible.

Ya he considerado un lapsus que recogí en flor de la boca de uno de mis pacientes. Tengo otros, pero vuelvo a éste porque es preciso volver siempre sobre las mismas cosas hasta que estén bien gastadas, y luego se pasa a otra cosa. Es el paciente que, en el curso del relato de su historia sobre mi diván, o de sus asociaciones, evocaba el tiempo en que, con su mujer, a la que había terminado por desposar ante el señor alcalde (monsieur le madre), él no hacía más que vivir "maritablemente" (maritablement).

Ya han visto todos ustedes que eso puede escribirse "maritalmente" (maritalement), lo que quiere decir que uno no se ha casado, y debajo algo en lo cual se conjuga perfectamente la situación de los casados y de los no casados: "miserablemente" (misérablement). Esto hace "maritablemente". Esto no está dicho, está mucho mejor que dicho. Ustedes ahí ven hasta qué punto el mensaje supera, no a aquél que llamara el mensajero —pues verdaderamente es el mensajero de los dioses el que habla por la boca de este inocente—, sino que supera el soporte de la palabra —el contexto, como diría Freud, excluye completamente que mi paciente haya hecho un chiste, y en efecto, ustedes no lo conocerían si en esta ocasión yo no hubiera sido el Otro con una gran A, es decir el oyente, y el oyente no solamente atento, sino el oyente que escucha, en el verdadero sentido del término. No queda menos que, puesto en su lugar, justamente en el Otro, es

un chiste particularmente sensacional y brillante.

En la Psicopatología de la vida cotidiana, Freud nos da innumerables ejemplos de esta aproximación entre el chiste y el lapsus, y a veces la subraya él mismo, y justamente muestra que se trata de algo que es de tal modo vecino del chiste, que él mismo se ve forzado a decirlo, y nosotros estamos forzados a creerle bajo palabra, que el contexto excluye que el o la paciente haya hecho esta creación a título de chiste.

En alguna parte de la Psicopatología de la vida cotidiana, Freud da el ejemplo de esa mujer que, hablando de la situación recíproca de los hombres y de las mujeres, dice: para que una mujer interese a los hombres, es preciso que sea linda —lo que no está al alcance de todo el mundo, implica ella en su frase—, pero, para un hombre, basta con que tenga sus cinco miembros derechos.

No siempre son plenamente traducibles tales expresiones, a menudo estoy obligado a hacer una transposición completa, es decir a recrear la palabra en francés. Ahí casi sería necesario emplear el término "todo tieso" (raide). La palabra "derecho" (droit) no es de uso corriente, tampoco corriente como en alemán. Hace falta que Freud establezca una ligazón entre los cuatro miembros y los cinco miembros para explicar la génesis de la cosa, que les da sin embargo la tendencia un poquito picaresca que no es dudosa.

Lo que en todo caso Freud nos muestra es que la palabra no va tan directamente a su objetivo, ni en alemán ni en francés, en que se la traduce como "cinco miembros derechos", y que por otra parte él da esto como textual, que el contexto excluye que la mujer parezca tan cruda. Es perfectamente un lapsus, pero ustedes ven cómo se parece a un chiste.

Entonces, lo vemos, eso puede ser un chiste, eso puede ser un lapsus, incluso diría mas: eso puede ser pura y simplemente una tontería, una ingenuidad lingüística. Después de todo, cuando yo califico eso en mi paciente, que era un hombre particularmente simpático, eso no era incluso en él verdaderamente un lapsus, la palabra "maritablemente" formaba parte perfectamente, para él, de su léxico; él no creía para nada decir algo extraordinario. Hay personas así que se pasean por la existencia, que a veces tienen situaciones muy elevadas, y que salen con palabras de ese tipo. Un célebre productor de cine, parece, producía toneladas de ellas por día. Por ejemplo, al concluir alguna de sus frases imperiosas, decía: "y luego es así, es signé (firmado) que non".

Eso no era un lapsus, era simplemente un hecho de ignorancia y estupidez.

Simplemente quiero mostrarles que conviene que nos detengamos un poco a nivel de esta formación y puesto que en suma hemos hablado del lapsus que de todo esto es lo que nos toca más de cerca, veamos un poco lo que sucede al nivel de los lapsus. Así como hemos hablado de "maritablemente" volvamos sobre el lapsus por el cual hemos pasado en varia retomas para subrayar justamente esta función esencial del significante, el lapsus , si puedo decirlo, original, en la base de la teoría freudiana, aquel que vuelve a inaugurar la Psicopatología de la vida cotidiana, después de haber sido además la primera cosa publicada, en una primera tirada, que es el olvido del nombre.

Ante todo, no son lo mismo un olvido y las cosas de las cosas que acabo de hablarles, pero si lo que estoy por explicarles tiene su alcance, a saber si es perfectamente el mecanismo, el metabolismo del significante, lo que está en el principio y en el resorte de las formaciones del inconsciente, debemos reencontrarlos todos en él y lo que se distingue en el exterior debe volver a encontrar su unidad en el interior. Ahora, entonces, en lugar de tener famillonario, nosotros tenemos lo contrario, tenemos algo que nos falta.

¿Qué es lo que nos muestra el análisis que hace Freud del olvido del nombre, del nombre propio, extranjero?

Esto no son más que esbozos de cosas sobre las cuales volveré, y a las cuales daré un desarrollo más tarde, pero debo señalarles, al pasar, la particularidad de este caso tal como Freud no los presenta.

El nombre propio es un nombre extranjero. Nosotros leemos la Psicopatología de la vida cotidiana como leemos el periódico, y sabemos tanto de ella que pensamos que no merece que nos detengamos en las cosas que, sin embargo, han sido los pasos de Freud; ahora bien, cada uno de estos pasos merece ser retenido, porque cada uno de estos pasos es portador de enseñanzas y rico de consecuencias.

Les señalo entonces, a este respecto, porque tendremos que volver a ello, que respecto de un nombre, y de un nombre propio, estamos al nivel del mensaje. Esto es algo cuyo alcance tendremos que reencontrar a continuación. Yo no puedo decirles todo a la vez, como los psicoanalistas de hoy que son tan sabios que dicen todo a la vez, que hablan del je y del moi como de cosas que no tienen ninguna complejidad, y que mezclan todo.

Lo que es importante, es que nos detengamos en lo que sucede. Que sea también un nombre extranjero, es otra cosa que el hecho de que sea un nombre propio. Es un nombre extranjero en tanto que sus elementos son extranjeros a la lengua de Freud, a saber, que Signor no es una palabra de la lengua alemana. Pero, si Freud lo señala, es justamente porque ahí nosotros estamos en una dimensión distinta que la del nombre propio como tal, el cual, si puedo decirlo, no sería absolutamente propio y particular, no tendría patria. Todos ellos están más o menos ligados a signos cabalísticos, y Freud nos subraya que esto no carece de importancia. El no nos dice por qué, pero el hecho de que lo haya aislado en un capitulo inicial, prueba que él piensa que ése es un punto particularmente sensible de la realidad que él aborda.

Hay otra cosa que Freud pone también de relieve, e inmediatamente, y sobre la cual estamos habituados a no detenemos, y es que lo que le parece notable en el olvido de los nombres, tal como comienza por evocarlos para abordar la Psicopatología de la vida cotidiana, es que este olvido no es un olvido absoluto, un agujero, una hiancia, sino que se presenta otra cosa en su lugar, otros nombres. Es ahí que se inicia lo que es el comienzo de toda ciencia, es decir, el asombro. Uno no podría verdaderamente asombrarse más que de lo que, aunque sea un poco, ya ha comenzado a recibir, si no uno no se detiene en ello para nada, porque uno no ha visto nada. Pero Freud, precisamente, prevenido por su experiencia de neurótico, ve ahí algo, ve que algo merece que se detenga en el hecho de que se producen sustituciones.

Aquí es necesario que àpresure un poco mis pasos, y que les haga. observar que toda la economía del análisis que va a ser hecho de este olvido del nombre, de este lapsus, en el sentido quedaríamos a la palabra lapsus, en cuanto que el nombre ha caído.

Todo va a centrarse alrededor de lo que se puede denominar una aproximación metonímica. ¿Por qué? Porque lo que ante todo va a resurgir son, pues, esos nombres de reemplazo: Boltraffio(14), Botticelli.

¿Cómo nos muestra Freud que él los comprende de una manera metonímica? Nosotros vamos a comprenderlo, y es por eso que yo hago este rodeo por el análisis de un olvido, en lo siguiente: en que la presencia de estos nombres, su surgimiento en el Lugar del Signorelli olvidado, se sitúa al nivel de una formación, ya no de sustitución, si no de combinación. En el análisis que Freud hará del caso, no hay ninguna relación perceptible entre Signorelli, Boltraffio y Botticelli, sino relaciones indirectas ligadas únicamente a fenomenos de signifícame. Botticelli, nos dice, y yo me atengo en principio a lo que nos dice.

Debo decir que ésta es una de las más claras demostraciones que Freud haya dado jamas de los mecanismos de análisis de un fenómeno de formación y de deformación, ligado al inconsciente. No deja absolutamente nada que desear en cuanto a claridad. Para claridad de mi exposición, yo estoy forzado a presentárselos de una manera indirecta, diciendo: es lo que Freud dice. Lo que Freud dice se impone en su rigor, en todo caso lo que el dice es de este orden, a saber que Botticelli está allí porque es el resto en su última mitad, y "elli" de Signorelli descompletado por el hecho de que el Signor está olvidado; "bo" es el resto, lo descompletado de Bosnia-Herzegovina, en tanto que el "Her" está reprimido. Del mismo modo para Boltraffio: es la misma represión del Her, la que explica que Boltraffio asocie el "Bo" de (Bosnia) Herzegovina al Trafoi, que es una localidad inmediatamente antecedente a las aventuras de este viaje, aquella en la que él se ha enterado del suicidio de uno de sus pacientes a causa de su impotencia sexual, es decir, el mismo término que había sido evocado en la conversación que precedía inmediatamente, con la persona que está en el tren, entre Ragusa y Herzegovina, y que le evoca a esos turcos, a esos musulmanes, que son personas tan simpáticas que, cuando el médico no ha tenido éxito en curarlos, le dicen: "Herr —señor— sabemos que usted ha hecho todo lo que ha podido, pero sin embargo" etc. El Herr, el peso propio, el acento significativo, a saber ese algo que está en el limite de lo decible, ese Herr absoluto que es la muerte, esa muerte —como dice La Roche foucauld— "que como al sol, no se podría mirar de frente", y que, efectivamente, Freud, no más que otros, no puede ya mirar de frente. Mientras que, por una parte, ella le es presentificada por su función de médico, por cierta ligazón también manifiestamente presente, por otra parte ella tiene un acento muy personal.

Esta ligazón, en ese momento, de una manera indudable en el texto, justamente entre la muerte y algo que tiene una relación muy estrecha con la potencia sexual, probablemente no esta únicamente en el objeto, es decir, en lo que le presentifica el suicidio de su paciente.

Ciertamente, esto va más lejos. ¿Qué quiere decir? Esto significa que todo lo que encontramos son las ruinas metonímicas a propósito de una pura y simple combinación de significantes: Bosnia, Herzegovina, son las ruinas metonímicas del objeto del que se trata, que está tras los diferentes elementos particulares que han venido a jugar ahí, y en un pasado inmediato que esta tras eso, el Herr absoluto, la muerte. Es en tanto que el Herr absoluto pasa a otra parte, se borra, retrocede, es rechazado (repoussé), es, hablando muy propiamente, unterdrückt, que hay dos palabras con las cuales Freud juega de una manera ambigüa. Este un terdruckt, ya se los he traducido como "caído en el fondo", en tanto que el Herr, aquí al nivel del objeto metonímico, enfiló para allí, y por una muy buena razón: que corría el riesgo de estar un poco demasiado presente en la continuación de esas conversaciones, por lo que, como "ersatz", reencontramos los restos, las ruinas del objeto metonímico, a saber ese "bo" que viene ahí a con ponerse con la otra ruina del nombre, que en ese momento está reprimido, a saber "elli", por no aparecer en el otro nombre de sustitución que es dado.

Esta es la huella, el indicio que tenemos delnivel metonímico, que nos permite reencontrar la cadena del fenómeno en el discurso, en lo que todavía puede ser presentificado en ese punto en que, en el análisis, esta situado lo que llamamos la asociación libre, en tanto que esta asociación libre nos permite seguir la pista del fenómeno inconsciente.

Pero esto no es todo, no queda menos que ni el Signorelli, ni el Signor, han estado nunca ahí donde encontramos las huellas, los fragmentos del objeto metonímico quebrado. Puesto que es metonimico, ya está quebrado. Todo lo que sucede en el orden del lenguaje ya está siempre cumplido. Si el objeto metonímico se quiebra ya tan bien, es porque ya, en tanto que objeto metonímico, no es más que un fragmento de la realidad que representa.

Si el Signor no es evocable, si es lo que hace que Freud no pueda reencontrar el nombre de Signorelli, es que él esta en juego. El esta en juego, evidentemente, de una manera indirecta, porque para Freud el Herr, que ha sido efectivamente pronunciado en un momento particularmente significativo de la función que puede tomar como Herr absoluto, como representante de esta muerte que en esta ocasión está unterdrückt, el Herr puede, simplemente, traducirse por Signor. Es aquí que reencontramos el nivel sustitutivo, ya que la sustitución es la articulación, el medio significante en el que se instaura el acto de la metáfora. Pero eso no quiere decir que la sustitución sea la metáfora. Si les enseño aquí a proceder en todos estos caninos de una manera articulada, no es precisamente para que ustedes se entreguen todo el tiempo a los abusos de lenguaje. Yo les dije que la metáfora se produce en el nivel de la sustitución esto quiere decir que la sustitución es una posibilidad de articulación del significante, y que la metáfora se ejerce allí con su función de creación de significado, en ese lugar donde la sustitución puede producirse. Son dos cosas diferentes. Del mismo modo, la metonimia y la combinación son dos cosas diferentes.

Se los preciso al pasar, porque es en estas indistinciones que se introduce lo que se llama un abuso de lenguaje, que se cárecteriza típicamente por esto: que en lo que se puede definir, en términos lógico-matemáticos, como un conjunto o un sub-conjunto, cuando no hay más que un sólo elemento, no hay que confundir el conjunto en cuestión, o el sub-conjunto, con ese elemento particular.

Esto puede servir a las personas que han hecho la critica de mis historias de la (falta en el original).

Volvamos pues a lo que sucede al nivel de Signor y de Herr.

Simplemente, algo tan simple como lo que, evidentemente, ocurre en toda traducción: el enlace sustitutivo del que se trata es una sustitución que se llama heteronomía. La traducción de un término en una lengua extranjera, sobre el plano del acto sustitutivo, en la comparación necesitada por la existencia, al nivel del fenómeno de lenguaje, de varios sistemas lingüísticos, se denomina sustitución heterónima.

Ustedes me dirán que esta sustitución heterónima no es una metáforas. Estoy de acuerdo, yo no tengo necesidad más que de una cosa, que sea una sustitución. No hago más que seguir lo que ustedes están forzados a admitir al leer el texto. En otros términos, quiero hacerles extraer de vuestro saber precisamente esto: que ustedes lo saben más todavía, yo no innovo, todo esto ustedes deben admitirlo si admiten el texto de Freud.

Entonces, si Signor está implicado en el juego, esto es porque hay algo que lo liga a eso de lo que les es signo el fenómeno de la descomposición metonímica en el punto en que se produce, y que se sostiene en que Signor es un sustituto del Herr.

No tengo necesidad de más para decirles que, si el Herr ha seguido por ahí, el Signor, como la dirección de las flechas lo indica, ha seguido por ahí. No solamente ha seguido por ahí, sino que hasta podemos admitir que haya vuelto allí, que es ahí que se pone a girar, es decir, que es reenviado como una pelota entre el código y el mensaje, que gira en redondo en lo que se puede llamar -recuerden lo que les dejé entrever en otra ocasión como posibilidad del mecanismo del olvido, y al mismo tiempo de la rememoración analítica, como siendo algo que debemos concebir como extremadamente imparentados a la memoria de una máquina, a lo que está en la memoria de una máquina, es decir, a lo que gira en redondo hasta que reaparece, hasta que se tenga necesidad de ello, y que está forzado a girar en redondo para constituir una memoria. No se puede imaginar de otro modo la memoria de una máquina, es algo cuya aplicación encontramos muy curiosamente en el hecho de que, si podemos concebir el Signor girando indefinidamente, hasta que sea reencontrado, entre el código y el mensaje, ustedes ven ahí de paso el matiz que podemos establecer entre lo unterdrückt; por una parte, y lo *verdrängt* por otra, pues si lo unterdrückt aquí no tiene necesidad de hacerse más que de una vez por todas, y en condiciones a las cuales el ser no puede descender, es decir al nivel de su condición mortal, por otro lado está claro que es de otra cosa que se trata, es decir que, si esto está mantenido en el circuito sin poder volver a entrar ahí durante un cierto tiempo, es necesario entonces que admitamos lo que admite Freud: la existencia de una fuerza especial que lo contiene y lo mantiene allí, es decir, hablando propiamente, una Verdrangung.

No obstante, después de haber indicado a dónde quiero llegar en lo que hace a este punto preciso y particular, les indico que, aunque en efecto no haya ahí sino sustitución, hay también metáfora. Cada vez que hay sustitución, hay efecto o inducción metafórica. No es completamente lo mismo, para alguien que es de lengua alemana, decir Signor o decir Herr. Diría incluso más: es completamente diferente que aquellos de nuestros pacientes que son bilingües, o que simplemente saben una lengua extranjera, y que en un momento dado tengan algo que decir, nos lo digan en otra lengua. Estén seguros de ello, eso les es siempre mucho más cómodo; nunca deja de haber razones para que un paciente pase de un registro a otro. Si es verdaderamente poliglota, eso tiene un sentido, si conoce imperfectamente la lengua a la que se refiere, eso no tiene naturalmente el mismo sentido, si es bilingüe de nacimiento eso tampoco tiene el mismo sentido. Pero en todos los casos eso tiene un sentido, y en todo caso, aquí, provisoriamente, en la sustitución de Signor a Herr, no habla metáfora, sino simplemente sustitución heterónima.

Vuelvo sobre eso para decirles que en esta ocasión Signor al contrario, por todo el contexto al cual se fija, es a saber Signorelli es decir precisamente el fresco de Orvieto, es decir que, como Freud mismo lo dice, la evocación de las cosas últimas históricamente representa precisamente la más bella de las elaboraciones que haya de esta realidad imposible de afrontar, que es la muerte. Es muy precisamente al contarnos mil ficciones —tomando aquí la ficción en el sentido más verídico— sobre el tema de los fines últimos, que nosotros metaforizamos, que domesticamos, que hacemos volver a entrar en ese lenguaje esta confrontación con la muerte.

Está pues bien claro que el Signor aquí en tanto que está ligado al contexto de Signorelli, es ese algo que representa bien una metáfora.

He aquí pues a lo que llegamos, Llegamos a que nos aproximamos a algo que nos permite volver a aplicar punto por punto, puesto que les encontramos una tópica común, el fenómeno del Witz. La producción positiva del famillonario, en el punto en que se ha producido, es un fenómeno de lapsus, de agujero. Yo podría retomar otro y rehacerles la demostración, podría darles como deber que se refieran al ejemplo siguiente que da Freud, a propósito de la frase latina evocada por uno de sus interlocutores: "Exoriar(e) ex nostris ossibus" (3)(15). Arreglando un poco las palabras, porque el ex está entre nostris y ossibus, y dejando caer la segunda palabra, indispensable para la escansión, aliquis, por lo cual no puede hacer surgir aliquis.

Ustedes no podrían verdaderamente comprenderlo más que al remitirlo a esta misma grilla, a este mismo esqueleto, con sus dos niveles, su nivel combinatorio, con este punto elegido donde se produce el objeto metonímico como tal, y su nivel sustitutivo, con este punto elegido donde él se produce, en el encuentro de las dos cadenas por una parte la del discurso, y por otra parte la de la cadena significante al estado puro, al nivel elemental, y que constituye el mensaje.

Lo hemos visto, el Signor está reprimido aquí, en el circuito mensaje-código, el Herr está unter drückt al nivel del discurso, pues es el discurso el que ha precedido, el que ha captado a este Herr, y lo que ustedes reencuentran, lo que les permite volver a ponerse sobre las huellas del significante perdido, son las ruinas metonímicas del objeto.

He aquí lo que nos ofrece el análisis del e jemplo del olvido del nombre en Freud. A partir de él, va a aparecernos más claramente lo que podemos pensar del famillonario.

El famillonario es algo que, lo hemos visto, tiene en sí mismo algo ambigüo y completamente del mismo orden que el de la producción de un síntoma. Si el olvido de un nombre es trasladable, superponible a lo que sucede en la economía significante de un síntoma de lenguaje, debemos encontrar a su nivel lo que completa, lo que les he hecho escuchar recién de su doble función, su función de intención por el lado del sentido, y su

función neológica trastornante, turbadora, por el lado de algo que se puede llamar una disolución del objeto, a saber, ya no: "me admitió a su lado como un igual, de un modo completamente famillonario", sino algo de donde surge lo que podemos llamar el famillonario, en tanto que personaje fantástico e irrisorio, que se emparenta con una de estas creaciones, como cierta poesía fantástica, que nos permite imaginar algo intermedio entre el loco-millonario (fou-millonnaire) y el cienpiés (mille-pattes), que a pesar de todo sería también una suerte de tipo humano tal como uno los imagina, que pasan, viven y cruzan en los intersticios de las cosas —un (palabra ilegible) o algo análogo, pero, incluso sin ir tan lejos—, pasar a la lengua a la manera por la que, desde hace algún tiempo, una "respetuosa" quiere decir una puta.

Esta suerte de creaciones son algo que tiene su valor propio, al introducir en algo hasta entonces inexplorado. Ellas hacen surgir algo que podríamos llamar un ser verbal, pero un ser verbal es también un ser a secas, y que tiende cada vez más a encarnarse. También el famillonario es algo que juega, me parece, o que ha jugado, bastantes papeles, no simplemente en la imaginación de los poetas sino en la historia. No tengo necesidad de evocarles que muchas cosas irían todavía más cerca que ese famillonario.

Gide, en Prometeo mal encadenado, hace girar toda su historia alrededor de lo que no es verdaderamente el dios, sino la máquina, el banquero, Zeus, a quien llama el Miglionnaire, cuya función esencial en la creación del chiste les mostraré en Freud. Sin que se sepa si hay que pronunciar el "Miglionnaire" de Gide a la italiana o a la francesa, creo por mi parte que debe ser pronunciado a la italiana.

En resumen, si nos inclinamos sobre famillonario vemos entonces, en la dirección que les indico, que no es alcanzado al nivel del texto de Heine en ese momento, que Heine no le da para nada su libertad, su independencia en el estado de sustantivo. Si incluso antes lo traduje como "completamente famillonariamente", fue precisamente para indicarles que ahí permanecemos al nivel del adverbio, puesto que incluso se puede jugar con las palabras, solicitar a la lengua la manera de ser y, al cortar las cosas entre las dos, ven ustedes toda la diferencia que hay entre la manera de ser y lo que estaba por indicarles como dirección, a saber, una manera de ser.

No hemos llegado hasta allí, pero ven que las dos están continuas. Heine permanece al nivel de la manera de ser, y él mismo tuvo el cuidado, al traducir su propio término de traducirlo justamente, no "de un modo completamente famillonario" sino, como yo lo he hecho recién, "completamente famillonariamente".

¿Qué es lo que este completamente famillonariamente soporta? Algo que es, sin que en modo alguno desemboquemos en este ser de poesía, algo extraordinariamente rico, hormigueante, pululante, justamente a la manera en que suceden las cosas al nivel de la descomposición metonímica. Aquí la creación de Heinrich Heine merece ser remitida a su texto, al texto de los baños de Lucca, al texto de esa familiaridad efectiva en la que vive Hirsch-Hyacinthe con el barón Cristóforo di Gumpelino(16), vuelto un hombre muy a la moda que se deshace en toda suerte de cortesías y asiduidades al lado de las bellas damas, y a la que se añade la familiaridad fabulosa, asombrosa, de Hirsch Hyacinthe enganchado a sus maletas. La función de parásito, de servidor, de doméstico, de mandadero de este personaje, nos evoca de golpe otra posible descomposición de la palabra famillonario, sin contar que, detrás, no quiero hacer alusión a la función dolorosa y desgarradora de las mujeres en la vida de este banquero caricatural que nos saca en esta ocasión Heine, sino seguramente, al costado hambriento de éxito, el hambre que ya no es el saincra fames(17), sino el hambre de satisfacer algo que, hasta ese momento de su ascenso a las más altas esferas de su vida, le ha sido rehusado.

Esto nos permitirá trazar todavía de otra manera la descomposición posible, la significación posible de esta palabra: fat (uo) millonario (fas-millionnaire). El fat (uo) millonario es a la vez Hirsch-Hyacinthe y el barón Christian... Y es también otra cosa, porque detrás de eso están todas las relaciones de la vida de Heinrich Heine, y también sus relaciones con los Rothschild, singularmente famillonarios.

Lo importante es que ustedes vean en este mismo chiste esas dos vertientes de la creación metafórica en un sentido, en el sentido del sentido, en el sentido en que esta palabra lleva, emite, es rica de significación psicológica, y en su momento hace blanco y nos retiene por su talento, en el limite de la creación poética, y cómo, por otra parte, en una suerte de reverso, que no es percibido forzosamente de inmediato, la palabra, en virtud de combinaciones que podríamos extender aquí indefinidamente, hormiguea de todo lo que, en esta ocasión, pulula de necesidades alrededor de un objeto.

He hecho alusión a fames(18). Habría también fama(19), a saber la necesidad de brillo y de fama que persigue el personaje del amo de HirschHyacinthe. Habría también la infamia fundamental de esta familiaridad servil que desemboca en la escena de esos baños de Lucca, en el hecho de que Hirsch-Hyacinthe dé, precisamente a su amo, una de esas purgas cuyo secreto posee, y que lo sumerge en las angustias del cólico en el preciso momento en que, finalmente, recibe el billete de la dama amada, que le permitiría, en otra circunstancia, llegar al colmo de sus anhelos.

Esta enorme escena bufada, si se puede decir, el secreto de esa familiaridad infame, y es algo que verdaderamente da su peso, su sentido, sus enlaces, su derecho y su revés, su lado metafórico y su lado metonímico, a esta formación del chiste, y que sin embargo no es su esencia, pues ahora que hemos visto sus dos caras, sus piezas y sus resultados, la creación de sentido de famillonario, que implica también un resto, es algo que está reprimido. Es forzosamente algo que está del lado de Heinrich Heine, algo que, como el Signor de recién, va a ponerse a dar vueltas entre el código y el mensaje. Cuando, por otra parte, tenemos también, por el lado de la cosa metonímica, todas esas caídas de sentido que son todos esos chispazos, todos los destellos que se producen alrededor de la creación de la palabra famillonario, y que constituyen su irradiación, su peso, lo que le da para nosotros su valor literario, no queda menos que lo único que importa es el centro del. fenómeno, a saber, lo que se ha producido al nivel de la creación significante, que es lo que, justamente, hace que eso sea un chiste, y no todo lo que está ahí, que se produce alrededor, que nos pone sobre la vía de su función en tanto centro de gravedad de todo ese fenómeno, que lo que constituye su acento y su peso debe ser buscado en el centro del fenómeno, es decir, al nivel de la conjunción de los significantes, por una parte, y, por otra parte, al nivel —ya se los he indicado— de la sanción que es dada por el Otro a esta creación misma, en tanto que es el Otro el que da a esta creación significante valor de significante en sí misma, valor de significante en relación al fenómeno de la creación significante.

Es en esto que consiste la distinción del chiste en relación a lo que es puro y simple fenómeno, relación de síntoma por ejemplo. Es en el pasaje a la función segunda que reside el chiste. Pero, por otra parte, si no existiera todo esto que acabo de decirles hoy, es decir, lo que sucede al nivel de la conjunción significante, que es su fenómeno esencial, y de lo que ella desarrolla como tal, en tanto que participa de las dimensiones esenciales del significante, a saber, la metáfora y la metonimia, no habría ninguna sanción posible, ninguna otra distinción posible del chiste. Por ejemplo, no habría ninguna distinción posible en relación a lo cómico, o en relación a la chanza? o en relación a un fenómeno bruto de risa.

Para comprender aquello de lo que se trata en el chiste en tanto que fenómeno de significante, es necesario que hayamos aislado sus caras, sus particularidades, sus ligazones, sus piezas y sus resultados al nivel del significante y que el hecho de que el S, algo que está a un nivel tan elevado de la elaboración del significante, Freud lo haya detenido para ver en él un ejemplo particular de las formaciones del inconsciente, es también esto lo que nos retiene, es también eso cuya importancia ustedes deben comenzar a entrever cuando les haya mostrado a este respecto cómo nos permite avanzar de una manera rigurosa en un fenómeno él mismo psicopatológico como tal, a saber, el lapsus.



Clase 3

20 de Noviembre de 1957

Henos aquí, pues, luego de haber entrado por la puerta del chiste (trait d'esprit), cuyo ejemplo princeps comenzamos a analizar la última vez, aquel que encajó Freud bajo la forma del chiste (mot d' esprit) "famillonario", imputado al mismo tiempo a Hirsch-Hyacinthe, es decir a esa creación poética plena de significación. Tampoco es por azar que sea sobre ese fondo de creación poética que Freud se encontrara habiendo elegido su ejemplo princeps, y que nosotros mismos nos encontráramos como por otra parte sucede de costumbre, con que este ejemplo princeps se revelaba particularmente apto para representar, para demostrarlo que aquí queremos demostrar.

Como sin duda ustedes lo han visto, esto nos lleva, en el análisis del fenómeno psicológico que está en cuestión a propósito del chiste, al nivel de una articulación significante que indudablemente, si les interesa, al menos espero que a una gran parte de ustedes, no es menos el objeto, es fácilmente imaginable, de algo que muy bien puede parecer desconcertante. Quiero decir que, sin ninguna duda, ese algo que sorprende, que desconcierta al espíritu, es también el nervio de esta retoma, que quiero hacer aquí con

ustedes, de la experiencia analítica, y concierne al lugar, y hasta cierto punto casi diría que a la existencia, del sujeto — como me planteaba la cuestión alguien que, por cierto, estaba lejos de ser alguien poco advertido: ni poco advertido de la cuestión, ni poco advertido, tampoco, de lo que intento aportar con ello.

Alguien me planteó la cuestión: Pero entonces, ¿qué deviene este sujeto? ¿Dónde está?

La respuesta es fácil cuando se trata de filósofos, puesto que era un filósofo quien me planteaba esta cuestión, en la Sociedad de Filosofía donde yo hablaba. Estuve tentado de responder: Pero sobre este punto, podría devolverle con gusto su pregunta, y decirle que, precisamente, dejo la palabra a los filósofos. Después de todo, no se trata de que me dejen reservado todo el trabajo.

Esta cuestión de la elaboración de la noción de sujeto requiere seguramente que sea revisada a partir de la experiencia freudiana. Si algo en ella debe ser modificado, eso tampoco es algo que deba sorprendernos. Sin otros términos, si Freud a portó algo esencial, ¿podíamos esperarnos ver a los espíritus, y particularmente a los de los psicoanalistas, aterrados(20), diría tanto más fuertemerte, a una noción del sujeto, la que se encarna en tal manera de pensar, simplemente el yo (moi), que no es más que un retorno a lo que podríamos llamar las confusiones gramaticales sobre la cuestión del sujeto, la identificación del yo con un poder de síntesis que seguramente ningún dato en la experiencia permite sostener? Incluso se puede decir que no hay necesidad de llegar a la experiencia freudiana, no hay necesidad de recurrir a ella porque una simple inspección sincera de lo que es la vida de cada uno nos permite entrever que este así llamado poder de síntesis más que fracasa, y que a decir verdad, salvo ficción, no hay verdaderamente nada que sea de experiencia más común que lo que podremos llamar no solamente la incoherencia de nuestros motivos, si no que incluso diría más: el sentimiento de su profunda inmotivación, de su alienación fundamental. Que si Freud nos aporta una noción de un sujeto que funciona más allá, como ese sujeto en nosotros tan difícil de asir, del que nos muestra sus resortes y su acción, es algo que seguramente desde siempre habría debido retener la atención que ese sujeto, en tanto que introduce una unidad oculta, una unidad secreta en lo que a nivel de la experiencia más común se nos aparece como nuestra profunda división, nuestra profunda fragmentación, nuestra profunda alienación en relación a nuestros propios motivos, que ese sujeto sea otro.

¿Es simplemente una especie de doble, de sujeto yo malo, como han dicho algunos, en tanto que en efecto encubre muchas sorprendentes tendencias? ¿o simplemente otro yo? ¿o, como todavía se podría creer que yo digo, verdadero yo? ¿Se trata de eso? ¿Es simplemente un forro, pura y simplemente un otro que podemos concebir estructurado como el yo (moi) de la experiencia?

He aquí la cuestión, he aquí también por qué la abordamos este año a nivel y bajo el título de las formaciones del inconsciente.

Seguramente la cuestión está ya presente, y ofrece una respuesta. No está estructurado de la misma manera: en ese yo de la experiencia, se presenta algo que tiene sus leyes propias. Para decirlo todo, hay una organización de sus formaciones que no solamente tiene un estilo, sino una estructura particular. A esta estructura, Freud la aborda y la desmonta al nivel de las neurosis, al nivel de los síntomas, al nivel de los sueros, al nivel de los actos falidos, al nivel del chiste. La reconoce única y homogénea. Todo el nervio de lo que nos expone al nivel del chiste, y es por eso que lo he elegido como puerta de entrada, reposa sobre eso; es su argumento fundamental para hacer del chiste una manifestación del inconsciente.

Esto es decirles que está estructurado, organizado, según las mismas leyes que aquellas que hemos encontrado en el sueño. A estas leyes, él las recuerda, las enumera, las articula, las reconoce en la estructura del chiste. Son las leyes de la condensación, son las leyes del desplazamiento; esencialmente y ante todo agrega otra cosa: él reconoce también allí lo que, al final de mi artículo, he llamado —para traducirlo— miramientos por las necesidades de la puesta en escena. El lo trae también como un tercer elemento.

Pero poco importa, por otra parte, nombrarlos; el nervio de lo que él aporta, la clave de su análisis, es este reconocimiento de leyes estructurales comunes; en esto se reconoce que un proceso, como él se expresa, fue atraído hacia lo inconsciente. Es lo que está estructurado según las leyes estructuradas según sus tipos. Es de eso que se trata cuando se trata del inconsciente.

¿Qué sucede? Sucede, a nivel de lo que les enseño, que ahora, es decir después de Freud, estamos en condiciones de reconocer este acontecimiento, tanto más demostrativo cuanto que, verdaderamente, tiene todo para sorprender. Que estas leyes, esta estructura del inconsciente, aquello en lo que se reconoce un fenómeno como perteneciente a las formaciones del inconsciente, sean estrictamente identificables, recubre —e incluso diría más: recubre de una manera exhaustiva— lo que el análisis lingüístico nos permite localizar como siendo los modos esenciales de formación del sentido, en tanto que este sentido es engendrado por las combinaciones del significante.

El término significante toma un sentido pleno a partir de cierto momento de la evolución de la lingüística, aquel en que es aislada la noción de elemento significante muy ligada en la historia, concreta al despegamiento de la noción de fonema.

Por supuesto, sólo localizada en esta noción, en tanto que nos permite tomar el lenguaje a nivel de cierto registro elemental, a la noción de significante podemos definirla doblemente, como cadena por una parte diacrónica y como posibilidad en el interior de esta cadena, posibilidad permanente de sustitución en el sentido sincrónico. Esta consideración a un nivel fundamental, elemental, de las funciones del significante, es el reconocimiento a nivel de esta función de una potencia original que es precisamente aquella donde podemos localizar un cierto engendramiento de algo que se llama el sentido, y algo que en si es muy rico de implicaciones psicológicas, y que recibe una suerte de complementación, incluso sin tener necesidad de empujar más lejos en sí mismo su vía, su búsqueda, de cavar más hondo su surco en lo que Freud mismo nos ha ya preparado, en este punto de unión del campo de la lingüística con el campo propio del psicoanálisis. Es mostrarnos que estos efectos psicológicos, que estos efectos de engendramiento del sentido, no son otra cosa, no se recubren exactamente más que con lo que Freud nos ha mostrado como siendo las formaciones del inconsciente.

Dicho de otro modo, podemos comprender que lo que permanece hasta ahí elidido en lo

que se puede llamar el lugar del hombre es precisamente esto: que la estrecha relación que hay entre el hecho de que para él existen objetos de una heterogeneidad, de una diversidad, de una variabilidad verdaderamente sorprendente en relación a los objetos biológicos —es decir lo que podemos esperar que le corresponde por su existencia de organismo viviente—, ese algo singular que presenta un cierto estilo, una cierta diversidad sobreabundante, lujuriosa —y al mismo tiempo incomprensible como tal, como objeto biológico—, del mundo de los objetos humanos, es algo que en esta coyuntura encontramos que debe ser estrecha e indisolublemente relaciónado a la sumisión, a la subducción del ser humano por el fenómeno del lenguaje.

Por supuesto, esto no había dejado de aparecer, pero hasta cierto punto y de cierta manera enmascarado; enmascarado en tanto que lo que es asible al nivel del discurso, del discurso concreto, se presenta siempre en relación a este engendramiento del sentido en una posición de ambigüedad, habiendo ya girado este lenguaje, en efecto, hacia los objetos que incluyen en sí mismos algo de la creación que han recibido del lenguaje mismo, y algo que ya ha podido constituir el objeto, precisamente, de toda una tradición, incluso de una retórica filosófica, la que se plantea la cuestión, en el sentido más general, de la Crítica del Juicio(21): ¿qué valor tiene ese lenguaje? ¿Qué representan esas conexiones en relación a las conexiones en las que parecen concluir? Que ella se plantea incluso para reflejar que son las conexiones de lo real.

En efecto, es en todo eso que desemboca una tradición crítica, una tradición filosófica cuya punta y cima podemos definir por Kant, y ya, en cierta manera, que se pueda interpretar, pensar la critica de Kant como el más profundo cuestionamiento de toda especie de real, en tanto que está sometido a las categorías a priori no solamente de la estética, sino también de la lógica, es algo que representa un punto pivote a nivel del cual la meditación humana vuelve a partir para reencontrar algo que no había sido percibido en esa manera de plantear la cuestión al nivel del discurso, al nivel del discurso lógico, al nivel de la correspondencia entre cierta sintaxis del círculo intencional en tanto que se cierre en toda frase, de retomarla por debajo y a través de ese libro de la crítica del discurso lógico, de retomar la acción de la palabra en esta cadena creadora en que ella es siempre susceptible de engendrar nuevos sentidos, por la vía de la metáfora, de la manera más evidente, y por la vía de la metonimia, de una manera que —les explicaré por qué cuando sea el momento— hasta una época muy reciente ha permanecido siempre profundamente enmascarada.

Esta introducción es ya suficientemente difícil como para que vuelva a mi ejemplo "famillonario", que nos esforzaremos aquí por completar.

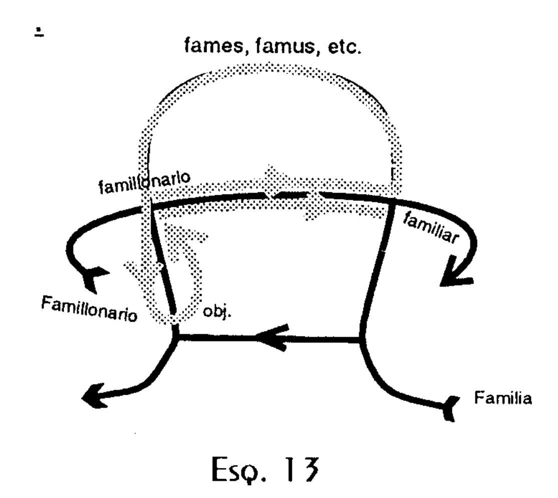
Hemos llegado a la noción de que en el curso de un discurso precisamente intencional, en el que el sujeto se presenta como queriendo decir algo, se produce algo que sobrepasa su querer, algo que se presenta como un accidente, como una paradoja, como un escándalo; esta neoformación se presentó con unos rasgos, no del todo negativos, de una suerte de tropiezo, de acto falido, como después de todo podría serlo —ya les he mostrado equivalentes de ello, cosas que se le parecen singularmente en el orden del puro y simple lapsus—, pero que, al contrario, en las condiciones en que este accidente se produce, lo encontramos registrado, valorizado al rango de fenómeno significativo, precisamente de engendramiento de un sentido a nivel de la neoformación significante, de una suerte de colapsus, de significantes que ahí se encuentran, como dice Freud, comprimidos uno con otro, embutidos uno en el otro, y que esta significación creada —ya les he mostrado sus matices y su enigma— ¿entre qué y qué? entre la evocación de manera de ser propiamente metafórica: "él me trataba de una manera completamente famillonaria", y la evocación de manera, especie de ser, de ser verbal muy cerca de tomar esa animación singular, cuyo fantasma ya he intentado agitar ante ustedes con el famillonario; el famillonario, en tanto que es su entrada en el mundo, como representativo de algo que para nosotros es muy susceptible de tomar una realidad y un peso infinitamente más consistentes que aquellos —mas desdibujados— del millonario, pero del que también les he mostrado cuánto tiene en su existencia algo suficientemente animador como para representar verdaderamente un personaje carácterístico de una época histórica. Y les he indicado que no había más que Heine para haberlo inventado, les he hablado del Prometeo mal encadenado de Gide y de su "miglionario".

Seria pleno de interés que nos detuviéramos un instante en la creación gideana del Prometeo mal encadenado. El "miglionario" del Prometeo mal encadenado es Zeus, el banquero, y nada es más sorprendente que la elaboración de este personaje. Yo no sé por qué en el recuerdo que nos deja la obra de Gide, eclipsada tal vez por el brillo inaudito de Paludes, del que sin embargo es una suerte de correspondencia y de doble, es el mismo personaje del que se trata en las dos. Hay muchos rasgos que están ahí para recortarlo: el millonario, en todos los casos, es alguien que muestra tener comportamientos singulares con sus semejantes, puesto que es ahí que vemos salir la idea del acto gratuito. Zeus el banquero, en la incapacidad en que está de tener con cualquier otro un verdadero y auténtico intercambio, en tanto que aquí él es identificado —si se puede decir— a la potencia absoluta, a ese costado de puro significante que hay en el dinero, cuestionando si puedo decirlo la existencia de toda especie de intercambio significativo posible, no encuentra otra cosa para salir de su soledad que proceder de la manera siguiente: como se expresa Gide, sale a la calle con, en una mano, un sobre que contiene lo que en la época tenía su valor, un billete de quinientos francos, y en la otra mano, si se puede decir así, una bofetada; él deja caer el sobre, y al sujeto que obligadamente lo recoge le propone que escriba un nombre en el sobre, mediando lo cual le da una bofetada, y no es por nada que es Zeus, una bofetada formidable que lo deja aturdido y lastimado; luego se va y envía el contenido del sobre a la persona cuyo nombre ha sido as! escrito por aquél que acaba de tratar tan rudamente

Así, se encuentra en una postura de no haber elegido nada por él mismo, de haber compensado, si se puede decir, un maleficio gratuito con un don que no le debe a sí mismo absolutamente nada, en tanto que su elección es restaurar, si se puede decir, por su acción, el circuito del intercambio, en el cual no puede introducirse él mismo de ninguna manera y bajo ningún sesgo, al participar en él de esta manera, si se puede decir por efracción, al engendrar una suerte de deuda en l a cual él no participa en nada y cuya única continuación además va a desarrollarse en la continuación de la novela, en el hecho de que los dos personajes no llegarán tampoco jamás a conjugar, si se puede decir, lo que se deben uno al otro: uno se volverá casi miserable y el otro morirá.

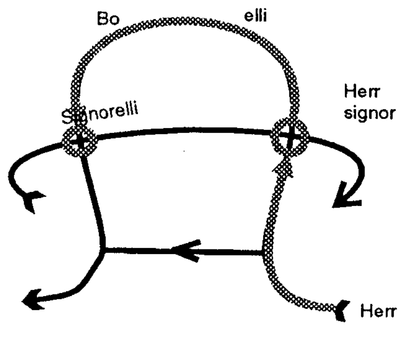
Esta es toda la historia de la novela, y parece que en cierta medida es una historia profundamente instructiva y moral, utilizable al nivel de lo que intentaremos mostrar.

He aquí pues a nuestro Heinrich Heine, quien se encuentra en posición de haber creado este personaje como fondo, pero, en este personaje, de haber hecho surgir con ese significante del famillonario la doble dimensión de la creación metafórica, y por otra parte, una suerte de objeto metonímico nuevo, el famillonario, cuya posición en suma podemos situar aquí y aquí.



Esq. 13

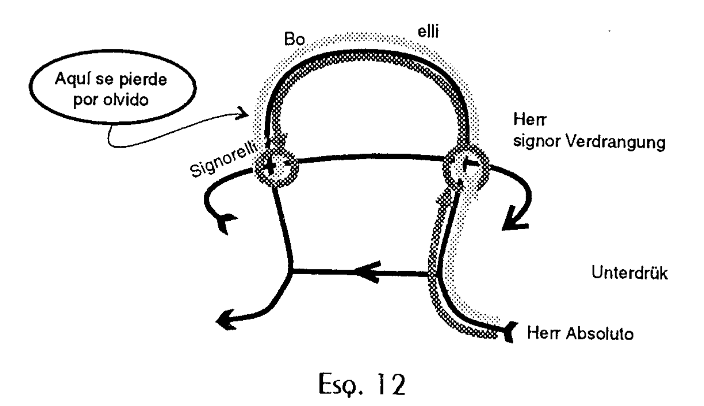
La última vez les he mostrado que, para concebir la existencia de la creación significante que se llama el famillonario, podíamos reencontrar aquí, aunque seguramente no hayamos atraído la atención sobre este aspecto, todos los restos, todos los residuos ordinarios de la reflexión de una creación metafórica sobre un objeto; a saber, todos los entretelones significantes, todas las partículas significantes en las que podemos fragmentar el término famillonario: la fames, la fama, la infamia, en fin, todo lo que ustedes quieran, el famulus, todo lo que efectivamente es Hirsch Hyacinthe para su patrón caricaturesco, Christian Gumpel(22). Y aquí, en este lugar, debemos buscar sistemáticamente, cada vez que nos ocupamos de una formación del inconsciente como tal, lo que he llamado los restos del objeto metonímico, que seguramente, por razones que son completamente claras a la experiencia, se revelan naturalmente particularmente importantes cuando la creación metafórica, si se puede decir, no es lograda. Quiero decir, cuando ella no ha desembocado en nada, como en el caso que les he mostrado, del olvido de un nombre; cuando el nombre Signorelli es olvidado, para reencontrar la huella de este hueco, de este agujero que encontramos a nivel de la metáfora, los restos metonímicos toman ahí toda su importancia.



Esq. 14

El hecho de que a nivel de la desaparición del término Herr hay algo que forma parte de todo el contexto metonímico en el cual ese Herr se ha aislado, a saber el contexto Bosnia Herzegovina, que nos permite restituirlo, toma aquí toda su importancia.

Pero volvamos a nuestro famillonario.



Esq. 12

Nuestro famillonario se ha producido, pues, a nivel del mensaje. Les he hecho observar que ahí debemos encontrarnos, a nivel del famillonario, con las correspondencias metonímicas de la formación paradojal que se ha producido a nivel del olvido del nombre. En el caso Signorelli, debemos encontrar también algo que responda al escamoteo o a la desaparición del Signor en el caso del olvida del nombre. Debemos encontrarlo también a nivel del chiste.

Quedamos en eso. ¿Cómo podemos concebir, reflexionar, sobre lo que sucede a nivel del famillonario, en tanto que la metáfora, aquí ingeniosa, tiene éxito? Hasta cierto punto, debe haber allí algo que corresponda, que de alguna manera señale el resto, digamos el residuo, de la creación metafórica.

Un niño lo diría inmediatamente. Si no estamos fascinados por el aspecto entificador que siempre nos hace manejar el fenómeno de lenguaje como si se tratara de un objeto, aprenderemos muy simplemente a decir cosas evidentes a la manera en que proceden los matemáticos cuando manejan sus pequeños símbolos con x, a y b, es decir sin pensar en nada, sin pensar en lo que significan, puesto que esto es justamente lo que buscamos, es lo que sucede al nivel del significante. Para saber lo que eso significa, no busquemos lo que eso significa; está completamente claro que lo que es rechazado (rejeté), lo que señala el resto a nivel de la metáfora, lo que sale, lo que queda como residuo de la creación metafórica, es la palabra familiar.

Si la palabra familiar no ha aparecido, y si famillonario ha venido en su lugar, debemos considerar que la palabra familiar ha pasado a alguna parte, como habiendo corrido la misma suerte que aquella que la última vez les designaba que había sido reservada al Signor de Signorelli, es decir, teniendo que proseguir su pequeño circuito circular en alguna parte en la memoria inconsciente. Es la palabra familiar.

Para nada nos asombramos de que sea así, por la simple razón de que esta palabra familiar es justamente lo que en la ocasión corresponde efectivamente al mecanismo de la represión en el sentido más habitual, en el sentido cuya experiencia tenemos a nivel de algo que corresponde a una experiencia pasada, a una experiencia digamos personal, a una experiencia histórica anterior, y remontándose muy lejos, donde, seguramente, ya no estaría el ser del propio Hirsch-Hyacinthe, en ese momento, sino el de su creador, a saber Heinrich Heine.

Si en la creación poética de Heinrich Heine ha florecido de una manera tan feliz la palabra famillonario, poco nos importa saber en qué circunstancias la encontró. Quizá la encontró en el transcurso de uno de sus paseos en una noche parisina que debía terminar solitario, luego de los encuentros que tenía, aproximadamente en los años de 1830, con el barón James Rothschild, quien lo trataba como un igual, y de un modo completamente "famillonario". Quizá fue en ese momento que la inventó, y no que la hubiera hecho caer de su pluma cuando estaba sentado a su mesa. Pero poco importa, él hizo este logro tan feliz, está bien.

Aquí yo no voy más lejos que Freud. Pasado aproximadamente un tercio del libro, después del análisis de famillonario, ustedes ven a Freud retomar el ejemplo a nivel de lo que llama las tendencias del chiste, e identificar en esta creación, en la formación de este chiste, identificar como ingeniosa invención esta creación de Heine. Es algo que tiene su sustento en su pasado, en sus relaciones personales de familia. Le es bien familiar, famillonario, porque detrás de Salomón Rothschild , que es el cuestionado en su ficción, no hay otra cosa que otro famillonario, que es de su, familia, el llamado Salomón Heine, su tío, el cual jugó en su vida el papel más oprimente, a todo lo largo de su existencia, tratándolo extremadamente mal, no simplemente rehusándole lo que se podía esperar de él sobre algún plano concreto, cualquiera que fuese, sino mucho más: encontrándose en posición de ser el hombre que rehusó, que fue el obstáculo, en la vida de Heine, a la realización de su mayor amor, del amor que él tenía por su prima, con quien precisamente no pudo casarse por esta razón esencialmente "famillonaria": que el tío era un millonario, y el no lo era. En suma, pues, Heine siempre consideró como una traición lo que no fue sino la consecuencia de este impase familiar, tan profundamente marcado de millonaridad.

Digamos que este familiar, que se encuentra siendo ahí lo que tiene la función significante mayor en la represión correlativa a la creación chistósa, es el significante que en el caso de Heine, poeta, artista del lenguaje, nos muestra de una manera evidente la subyacencia de una significación personal en relación a la creación aquí chistósa o poética. Esta subyacencia está ligada a la palabra (mot), y no a todo lo que puede haber confusamente acumulado la significación, permanente en la vida de Heine, de una insatisfacción y de una posición muy singularmente desequilibrada con respecto a las mujeres en general. Si algo de eso interviene aquí es por el significante familiar como tal. No hay ningún otro medio, en el ejemplo indicado, de tomar contacto con la acción, con la incidencia del inconsciente, si no es mostrando aquí la significación estrechamente ligada a la presencia del término significante familiar como tal.

Obviamente, tales observaciones están hechas para mostrarnos que, cuando hemos entrado en esta vía de ligar a la combinación significante toda la economía de lo que es registrado en lo inconsciente, esto nos lleva seguramente muy lejos, y en una regresión que podemos considerar, no como ad infinitum, sino hasta el origen del lenguaje. Es preciso que consideremos todas las significaciónes humanas como habiendo sido engendradas metafóricamente, en algún momento, por conjunciones significantes; y debo decir que consideraciones como ésta no están por cierto desprovistas de interés. Siempre tenemos mucho que aprender del examen de esta historia del significante.

Esta observación que les hago incidentalmente, está hecha simplemente para darles aquí una ilustración al pasar, a propósito de esta identificación del término familia como siendo lo que a nivel de la formación metafórica está reprimido, pues después de todo, salvo que hayan leído a Freud, o que simplemente tengan un poquito de homogeneidad entre la manera en que piensan mientras están en análisis y la manera en que leen un texto, ustedes no piensan en familia en el término famillonario como tal. En el término aterrado, cuyo análisis les hice la última vez, cuanto más hecha está la realización del término aterrado, más ella va en el sentido de terror, y más evitada queda la tierra, la que sin embargo es el elemento activo en la introducción significante del término metafórico aterrado.

Lo mismo ocurre aquí: cuanto más lejos van ustedes en el sentido de famillonario, más piensan en el famillonario, es decir, en el millonario que se ha vuelto trascendente, si se puede decir, que se ha vuelto algo que existe en el ser, y ya no pura y simplemente esta suerte de signo; pero más la familia misma tiende a ser, como término operante en la creación de la palabra famillonario, eludida. Pero si por un instante ustedes vuelven a interesarse en este término de familia, como yo lo he hecho al nivel del significante, es decir abriendo el diccionario Littré, del que el señor Chassé nos dice que era de ahí que Mallarmé tomaba todas sus ideas — seguro que tenía razón, pero por tener razón en cierto contexto, diría incluso que él también está allí capturado, no menos que sus interlocutores. El tiene el sentimiento de que con eso derriba una puerta. Por supuesto que la derriba, puesto que esa puerta no es abierta.

En efecto, si cada uno pensara en qué es la poesía, verdaderamente no habría nada sorprendente al darse cuenta de que Mallarmé debía interesarse vivamente en el significante. Simplemente, como nunca nadie verdaderamente ha incluso abordado lo que

es verdaderamente la poesía, es decir, que se vacila entre no si qué teoría vaga y cenagosa sobre la comparación, o, al contrario, la referencia a no sé qué términos musicales, con eso se quiere explicar la pretendida ausencia de sentido en Mallarmé, sin percatarse para nada de que debe haber algún modo de definir la poesía en función de las relaciones con el significante, que hay una fórmula tal vez un poco más rigurosa, y que, a partir del momento en que se da esta fórmula, es mucho menos sorprendente que, en sus sonetos más oscuros, Mallarmé esté en cuestión.

Dicho esto, ¡espero que nadie hará un día el descubrimiento de que yo también tomaba todas mis ideas del dicciónario Littré! No es porque yo lo abro que está ahí la cuestión.

Yo lo abro, pues, y puedo informarles lo que supongo que algunos de ustedes pueden conocer, pero que igualmente tiene todo su interés: que el término familial (familiar), en 1881, es un neologismo. Una consulta atenta en algunos buenos autores que se han detenido después en este problema, me ha permitido fechar en 1865 la aparición de la palabra familial. Lo que quiere decir que no se tenía el adjetivo familial antes de ese año. ¿Por qué no se lo tenía?

He aquí una cosa muy interesante. Al fin de cuentas, la definición que le da Littré es algo que se relacióna con la familia, al nivel, dice, de la ciencia política. Para decirlo todo, la palabra familiar está mucho más ligada a un contexto como el de, por ejemplo, los subsidios familiares, que a cualquier otra cosa. Es en tanto que en un momento dado la familia ha sido tomada, que se la ha podido abordar como objeto a nivel de una realidad política interesante, es decir precisamente en tanto que ya no estaba completamente en la misma relación, en la misma función estructurante con el sujeto que había tenido siempre hasta cierta época, es decir de alguna manera incluída, tomada en las bases y en los fundamentos mismos del discurso del sujeto, sin que incluso se piense aislarla por eso, es en tanto que ella fue sacada del nivel de objeto resistente, de objeto vuelto propósito de un tratamiento técnico particular, que apareció algo tan simple como el adjetivo correlativo al término familia; en lo cual ustedes no pueden dejar de percatarse que tal vez esto no es tampoco algo indiferente a nivel del uso mismo del significante familia.

Como sea, tal observación está hecha también para hacernos considerar que no debemos considerar lo que acabo de decirles de la puesta en el circuito de lo reprimido y del término familia a nivel del tiempo de Heinrich Heine, como teniendo absolutamente un valor idéntico al que puede tener en nuestro tiempo, puesto que el sólo hecho de que el término familiar no solamente no es usable en el mismo contexto, sino que incluso no existe en el tiempo de Heine, basta para cambiar, si se puede decir, el eje de la función significante ligada al término familia. Este es un matiz que se puede considerar, en esta ocasión, como no descuidable.

Por otra parte, es gracias a una serie de descuidos de esta especie que podemos imaginarnos que comprendemos los textos antiguos como los comprendían los contemporáneos. No obstante, todo nos anuncia que hay todas las chances de que una lectura ingenua de Homero no se corresponda absolutamente en nada con el verdadero sentido de Homero, y que por cierto no es por nada que la gente se consagra a una atenta exhaustivación del vocabulario homérico como tal, en la esperanza de volver a poner aproximadamente en su lugar la dimensión de significación de la que se trata en esos poemas. Pero el hecho de que conserven su sentido, a pesar de que según toda probabilidad una buena parte de lo que impropiamente se llama el mundo mental, el mundo de las significaciónes de los héroes homéricos, se nos escapa totalmente, y muy probablemente se nos deba escapar de una manera más o menos definitiva, está de todos modos sobre ese plano, el de la distancia del significante al significado, lo que nos permite comprender que, en una concatenación particularmente bien hecha, es eso lo que cáracteriza precisamente a la poesía: esos significantes a los cuales podríamos todavía, y probablemente indefinidamente, hasta el fin de los siglos, darles sentidos plausibles.

Henos aquí, pues, con nuestro famillonario, y creo haberle dado más o menos la vuelta a lo que se puede decir del fenómeno de creación del chiste, en su registro y en su orden propio. Esto quizá va a permitirnos ceñir un poco más la fórmula que podemos dar del olvido del nombre, del que les hablé la semana pasada.

¿Qué es el olvido del nombre? En esta ocasión, es que el sujeto ha planteado ante el Otro, y al Otro mismo en tanto que otro, la pregunta: ¿quién ha pintado el fresco de Orvieto? Y no encuentra nada.

Quiero hacerles notar, en esta ocasión, la importancia que tiene el cuidado que pongo en darles una formulación correcta, bajo pretexto de que el análisis descubre que, si él no evoca el nombre del pintor de Orvieto, es porque Signor falta que ustedes pueden pensar que Signor es lo que está olvidado. Esto no es verdad. Ante todo, porque no es Signor lo que él busca, es Signorelli lo que está olvidado, y Signor es el resto significante reprimido de algo que sucede en el lugar en el que no encuentra Signorelli.

Escuchen bien el carácter completamente riguroso de lo que les digo. No es absolutamente lo mismo acordarse de Signorelli o de Signor. Cuando ustedes han hecho con Signorelli la unidad que eso comporta, es decir, que han hecho con eso el nombre propio de un autor, la designación de un nombre particular, ustedes allí no piensan más en el Signor. Si el Signor ha sido desprendido del Signorelli, aislado en el Signorelli, es en relación a la acción de descomposición propia de la metáfora, y en tanto que Signorelli ha sido capturado en el juego metafórico que ha desembocado en el olvido del nombre, el que nos permite reconstituir el análisis.

Lo que nos permite reconstituir el análisis es la correspondencia de Signor con Herr, en una creación metafórica que apunta al sentido que hay más allá de Herr, el sentido que ha tomado Herr en la conversación con el personaje que acompaña en ese momento a Freud, en su viajecito hacia las bocas del Cattaro, y que hace que Herr haya devenido el símbolo de aquello ante lo cual fracasa su dominio (maîtrise) de médico, del amo (maître) absoluto, es decir el mal que él no cura, el personaje que se suicida a pesar de sus cuidados, y, para decirlo todo, la muerte y la impotencia que lo amenazan a él personalmente, a Freud. Es en la creación metafórica que se ha producido esta fragmentación de Signorelli, lo que ha permitido al Signor, que en efecto se encuentra allí como elemento, pasar a alguna parte. No hay que decir que es Signor lo que está olvidado, es Signorelli lo que está olvidado, y Signor es algo que encontramos al nivel del resto metafórico, en tanto que lo reprimido es ese resto significante. Signorestá reprimido, pero no está olvidado, no ha tenido que ser olvidado puesto que antes no existía. Si ha podido fragmentarse tan fácilmente, además, y desprenderse de Signorelli es porque Signorelli es justamente una palabra de un lenguaje

extranjero a Freud, y es completamente sorprendente, observable, y una experiencia que pueden hacer fácilmente, por poco que tengan la experiencia de una lengua extranjera, que ustedes disciernen mucho más fácilmente los elementos componentes del significante en una lengua extranjera que en la propia. Si ustedes comienzan a aprender una lengua, perciben entre las palabras elementos de composición, relaciones de composición, que omiten completamente en vuestra propia lengua. En vuestra lengua ustedes no piensan las palabras descomponiéndolas en radical y sufijo, mientras que lo hacen de la manera más espontánea cuando aprenden una lengua extranjera. Es por eso que una palabra extranjera es más fácilmente fragmentable y usables en sus elementos y sus descomposiciones significantes, que cualquier palabra en vuestra propia lengua. Esto no es más que un elemento coadyuvante del proceso que también puede producirse con las palabras de vuestra propia lengua, pero si Freud comenzó por este examen del olvido de un nombre extranjero, es porque éste es particularmente accesible y demostrativo.

Entonces, ¿qué hay a nivel del lugar en que ustedes no encuentran el nombre de Signorelli ? Esto quiere decir precisamente que ha habido tentativas, en este lugar, de una creación metafórica. El olvido del nombre, lo que se presenta como olvido del nombre, es lo que se aprecia en el lugar de famillonario. No hubiera habido allí nada de nada si Heinrich Heine hubiera dicho: "él me recibió completamente como un igual, completamente...ts. .ts...ts ."

Eso es exactamente lo que sucede en el nivel en que Freud busca su nombre de Signorelli, es algo que no sale, que no ha creado, es ahí que él busca a Signorelli, lo busca ahí indebidamente. ¿Por qué? Porque en el nivel en que él debe buscar a Signorelli, debido al hecho de la conversación precedente, es aguardada y llamada una metáfora la que concierne a ese algo que está destinado a hacer de mediación entre aquello de lo que se trata en el curso de la conversación que Freud tiene en ese momento, y lo que él rehusa (refuse) de eso, a saber la muerte. Es justamente de eso que se trata cuando él vira su pensamiento hacia el fresco de Orvieto, a saber lo que él mismo llama las cosas últimas, la elaboración si se puede decir escatológica, que es la única manera por la que él puede abordar esta suerte de término aborrecible, de término impensable, si se puede decir, de sus pensamientos, ese algo en lo cual él debe, de todos modos, detenerse. La muerte existe, lo que limita su ser de hombre, lo que limita también su acción de médico, y lo que le da también un límite (mojón) absolutamente irrefutable a todos sus pensamientos.

Es en tanto que ninguna metáfora le llega por la vía de la elaboración de esas cosas como siendo las cosas últimas, en tanto que Freud se rehusa a toda escatología, salvo bajo la forma de una admiración por el fresco pintado de Orvieto, que nada le llega, y que en el lugar en que él busca a su autor —pues al fin de cuentas es del autor que se trata, de nombrar al autor— no se produce nada, porque ninguna metáfora se alcanza, ningún equivalente del Signorelli es dable en ese momento, porque el Signorelli ha tomado una necesidad, es llamado en ese momento bajo una forma significante muy distinta que la de su simple nombre, el que en ese momento es sin embargo solicitado para entrar en juego, a la manera en que, en aterrado, juega su función el radical ter, es decir, que se quiebra y que se elide. La existencia en alguna parte del término Signor es la consecuencia de la metáfora no lograda, que Freud llama en ese momento en su ayuda. Es por eso que ustedes ven los mismos efectos que les he señalado que deben existir a nivel del objeto metonímico, a saber, en ese momento, del objeto del que se trata, del objeto representado, pintado, sobre las cosas últimas Freud lo señala: "No solamente no encontraba el nombre de Signorelli, sino que jamás me he acordado tan bien, nunca como en ese momento he visualizado tan bien el fresco de Orvieto, yo —dice— que no soy" —y se lo sabe por toda suerte de otros rasgos, en particular por la forma de sus sueños "yo, que no soy tan imaginativo".

Si Freud pudo hacer todos esos hallazgos, es muy probablemente en el sentido en que estaba mucho más abierto, mucho más permeable al juego simbólico que al juego imaginario; y él mismo observa esta intensificación de la imagen a nivel delrecuerdo, esta reminiscencia más intensa del objeto del que se trata, a saber de la pintura, y hasta del rostro del propio Signorelli, que está ahí en la posición en que aparecen, en los cuadros de esa época, los donantes, a veces el autor. Signorelli está en el cuadro, y Freud lo visualiza. No hay, pues, una suerte de olvido puro y simple, masivo si se puede decir, del objeto; al contrario, hay una relación entre la reviviscencia, la intensificación de algunos de estos elementos, y la pérdida de otros elementos, elementos significantes a nivel simbólico, y nosotros encontramos enese momento el signo de lo que sucede a nivel del objeto metonímico, al mismo tiempo que podemos entonces formular lo que sucede en esta fórmula del olvido del nombre, más o menos algo así:

$$\frac{x}{Signor} \qquad \frac{Signor}{Herr}$$

Reencontramos ahí la fórmula de la metáfora, en tanto que se ejerce por un mecanismo de sustitución de un significante S a otro significante S'.

¿Qué sucede como consecuencia de esta sustitución del significante S a otro significante S´? Se produce esto: que a nivel de S' se produce un cambio de sentido, a saber que el sentido de S', digamos s', deviene el nuevo sentido que llamaremos s, en tanto que corresponde a esta gran S.

Pero en verdad, para no dejar subsistir la ambigüedad en vuestro espíritu, a saber, ustedes pueden creer que ahí se trata de esta topología, que la pequeña s es el sentido de la gran S, y que es necesario que el S haya entrado en relación con S' para que la pequeña s pueda producir, a este titulo solamente, lo que llamo s" . Es la creación de este sentido que es el fin, el funcionamiento de la metáfora. La metáfora siempre es lograda, en tanto que, habiendo sido ejecutada, habiendo sido realizado el sentido, habiendo entrado el sentido en función en el sujeto, S y s, exactamente como en una fórmula de multiplicación de fracciónes, se simplifican y se anulan.

Es en tanto que aterrado termina por significar lo que es verdaderamente para nosotros en la práctica, a saber más o menos "herido de terror", que el ter, que ha servido de intermediario entre aterrado y abatido por una parte —lo que hablando propiamente es la

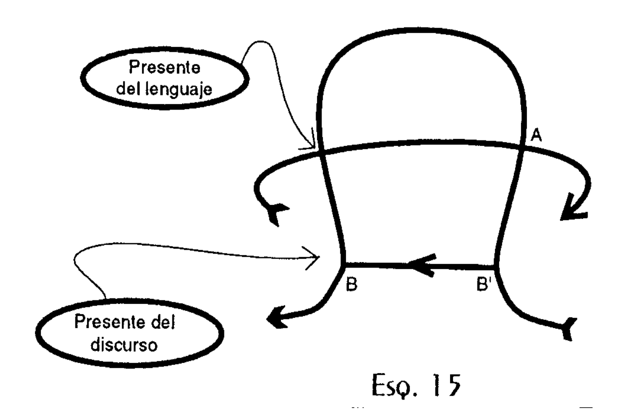
distinción más absoluta, no hay ninguna razón para que aterrado reemplace a abatido, sino que el ter, que está aquí por haber servido a título homonímico, ha aportado este terror—, que el ter, en los dos casos, puede simplificarse. Es un fenómeno del mismo orden el que se produce a nivel del olvido del nombre.

Si quieren, comprendan que de lo que se trata no es de una pérdida del nombre de Signorelli, es de una x, que yo les introduzco aquí porque vamos a aprender a reconocerla y a servirnos de ella; esta x es ese llamado de la creación significativa, cuyo lugar encontraremos en la economía de otras formaciones inconscientes. Para decírselos inmediatamente, es lo que sucede a nivel de lo que se llama el deseo del sueño. Yo les mostraré cómo lo volvemos a encontrar, pero ahí lo vemos de una manera simple, en el lugar en que Freud debería reencontrar a Signorelli. El no encuentra nada, no simplemente porque Signorelli ha desapareciclo, sino porque a ese nivel es necesario que él cree algo que satisfaga a lo que es la cuestión para él, a saber las cosas últimas, y en tanto que esta x está presente, tiende a producirse algo que es la formación metafórica, y podemos verlo en esto: que el término Signor aparece a nivel de dos términos significantes opuestos, de dos veces el valor S', y que es en virtud de esto que él sufre la represión en tanto que Signor ya que a nivel de la x no se ha producido nada, y es por eso que él no encuentra el nombre, y que el Herr juega el rol del lugar que tiene como objeto metonímico, como objeto que no puede ser nombrado, como objeto que no es nombrado más que por algo que está en sus conexiones. La muerte es el Herr absoluto. Pero cuando se habla del Herr no se habla de la muerte, porque no se puede hablar de la muerte, porque la muerte es muy precisamente a la vez el límite, y probablemente también el origen de donde parte toda palabra.

He aquí pues a qué nos lleva la comparación, la puesta en relación término a término de la formación del chiste con esta formación inconsciente, cuya forma ahora ven aparecer mejor, en tanto que es aparentemente negativa. No es negativa. Olvidar un nombre, no es simplemente una negación, es una falta, pero una falta —siempre tenemos la tendencia de ir demasiado rápido— de ese nombre. No es porque ese nombre no es atrapado que está la falta, es la falta de ese nombre lo que hace que, al buscar el nombre, falte en el lugar en que ese nombre deberla ejercer esa función, en el que ya no puede ejercerla pues se requiere un nuevo sentido, lo que exige una nueva creación metafórica. Es por eso que el Signorelli no se encuentra, pero que, por el contrario, los fragmentos son encontrados en alguna parte, ahí donde deben ser reencontrados en el análisis, ahí donde juegan la función del segundo término de la metáfora, a saber del término elidido en la metáfora.

Esto puede parecerles chino, pero qué importa, si simplemente ustedes se dejan conducir como parece. A pesar de lo chino que pueda parecerles enun caso particular, esto es completamente rico en consecuencias, en lo siguiente: que si ustedes se acuerdan de ello cuando sea necesario que se acuerden, esto les permitirá esclarecer lo que sucede en el análisis de tal o cual formación inconsciente, dar cuenta de ella de un modo satisfactorio, y, al contrario, percatarse de que, elidiéndolo, no teniéndolo en cuenta, se ven llevados a lo que se llama las entificaciones o a identificaciones completamente groseras, sumarias, sino generadoras de errores, al menos que vienen a confluir y tienden a sostener los errores de identificaciones verbales que juegan un papel tan importante en la construcción de cierta psicología de la desidia, precisamente.

Volvamos una vez más a nuestro chiste, y a lo que es preciso pensar de él. Quisiera introducirlos en otro tipo de distinción, que de alguna manera vuelve sobre aquello con lo que comencé, a saber sobre la cuestión del sujeto.



Esq. 15

La cuestión del sujeto, ¿qué quiere decir? Si lo que les he dicho recién es verdadero, si sin embargo el pensamiento siempre vuelve a hacer del sujeto aquél que se designa como tal en el discurso, les haré observar que lo que distingue, lo que lo aísla, lo que se le opone, es algo que podemos definir como la oposición de lo que yo llamaría el decir del presente con el presente del decir.

Esto tiene el aspecto de un juego de palabras, pero no es para nada un juego de palabras. Decir del presente quiere decir que lo que se dice yo (je) en el discurso —por otra parte en común con una serie de otras partículas, con el Herr podríamos poner, aquí , ahora, y otras palabras tabú en nuestro vocabulario psicoanalítico, es algo que sirve para ubicar en el discurso la presencia del hablante, pero que lo ubica en su actualidad de hablante. Basta con tener la menor prueba o experiencia del lenguaje, para ver que, seguramente, el presente del lenguaje, a saber lo que hay presentemente en el discurso, es algo completamente diferente a esta ubicación del presente en el discurso. El presente del discurso es lo que sucede a nivel del mensaje. Eso puede ser lerdo en toda clase de modos, en toda suerte de registros, eso no tiene ninguna relación de principio con el presente en tanto que es designado en el discurso como presente de aquél que lo soporta, a saber, algo completamente variable y para lo cual por otra parte las palabras no tienen verdaderamente más que un valor de partícula. Yo (je) no tiene más valor aquí que en aquí o ahora. La prueba de ello es que cuando usted me habla de aquí o ahora, y que es usted, mi interlocutor, quien me habla de ello, usted no habla del mismo aquí o ahora, usted habla del aquí o ahora del que yo hablo. En todo caso, su yo (je) no es ciertamente el mismo que el mío. Son palabras muy simples, destinadas a fijar en alguna parte al yo (je) en el discurso.

Pero el presente del discurso mismo, es completamente otra cosa, y en seguida voy a darles de ello una ilustración a nivel del chiste, el más corto que conozco, que además va a introducirnos, al mismo tiempo, en otra dimensión que la dimensión metafórica.

Hay otra además de esa. Si la dimensión metafórica es la que corresponde a la

condensación, recién les he hablado del desplazamiento, que debe estar en alguna parte, está en la dimensión metonímica. Si no la he abordado todavía, es porque es mucho más difícil de comprender, pero justamente este chiste nos será particularmente favorable para hacérnosla sentir, y voy a introducirla hoy.

La dimensión metonímica, en tanto que puede entrar en el chiste, es la que es de contexto y de empleo de combinaciones en la cadena, de combinaciones horizontales. Es entonces algo que va a ejercerse al asociar los elementos ya conservados en el tesoro, si se puede decir, de las metonimias; es en tanto que una palabra puede estar ligada de manera diferente en dos contextos diferentes, lo que le dará dos sentidos completamente diferentes, que, habiéndola retomado de cierta manera, nos ejercitamos, propiamente hablando, en el sentido metonímico.

De esto, les daré su ejemplo princeps, también la próxima vez, bajo la forma de ese chiste que puedo anunciarles, para que ustedes lo mediten antes de que yo les hable de él. Es aquel que tiene lugar cuando Heinrich Heine está con el poeta Frédéric Soulié en un salón y cuando éste le dice, a propósito de un personaje forrado de oro que tenía un lugar muy importante en la época, como ustedes ven, y del que él dice, porque está muy rodeado —es Soulié quien habla—: "Vea mi amigo, el culto del becerro de oro no ha terminado". "¡Oh!", le responde Heinrich Heine después de haber mirado al personaje, "Para ser un becerro, me parece un poco viejo".

He ahí un ejemplo del chiste metonímico. Insistiré en él, lo descortezaré la próxima vez.

Es en tanto que ahí la palabra becerro está tomada en dos contextos metonímicos diferentes, y unicamente en virtud de esto, que es un chiste, pues eso no añade verdaderamente nada a la significación del chiste más que al darle su sentido, a saber: ese personaje es una bestia (bétail). Es gracioso decir eso, pero es un chiste en tanto que, de una réplica a la otra, becerro ha sido tomado en dos contextos diferentes y ejercidos como tales

Si no están convencidos de esto, volveremos a ello la próxima vez, para volver al chiste por el cual quiero hacerles sentir una vez más aquello de lo que se trata cuando digo que el chiste se ejerce a nivel del juego(23) del significante, y que puede demostrárselo de una forma ultra corta.

Una muchacha en potencia, a la que podemos conceder todas las cualidades de la verdadera educación, la que consiste en no emplear palabras groseras, pero si conocerlas, en su primer surprise-party es invitada por un petimetre, quien le dice, al cabo de un momento de fastidio y de silencio, en una danza por demás imperfecta: "Ha visto, señorita, que yo soy conde" ("je suis compte"). —"Aht", responde ella, simplemente (como luego explica Lacan, en la exclamación "Ah" se agrega una t que, sustraída a la fonética de compte (conde), deja con (boludo)).

Esto no es una historia, pienso que la habrán leído en las pequeñas colecciónes especiales, y que han podido recogerla de boca de su autor, quien, debo decirlo, estaba bastante contento. Pero la misma no presenta menos carácteres particularmente ejemplares, pues lo que ustedes ven ahí es justamente la encarnación por esencia de lo que yo he llamado el presente del discurso. No hay yo (je), el yo (je) no se nombra. No hay nada más ejemplar del presente del decir, en tanto que opuesto al decir del presente, que la pura y simple exclamación; la exclamación es el tipo mismo de la presencia del discurso en tanto que el que la tiene borra completamente su presente; su presente está, si puedo decirlo, enteramente recordado en el presente del discurso.

Sin embargo, a ese nivel de creación el sujeto hace la prueba de esta presencia de ánimo, pues una cosa así no es premeditada, pasa así, y es en eso que se reconoce que una persona tiene espíritu. Ella añade esta simple modificación al código que consiste en añadirle esta pequeña t, la que toma todo su valor del contexto, si me atrevo a decirlo así, a saber, que el conde (compte) no la contenta (contente), aparte de que el conde, si es como yo digo, tan poco contentante, puede no darse cuenta de nada. El chiste es completamente gratuito. No obstante, ustedes ven ahí el mecanismo elemental del chiste, a saber que la ligera transgresión del código es tomada por sí misma, en tanto que nuevo valor, lo que permite engendrar instantáneamente el sentido del que se tiene necesidad.

Este sentido, ¿cuál es? Puede parecerles que no es dudoso, pero después de todo esta muchacha tan bien educada no le ha dicho a su conde que él era lo que era menos una t, ella no le dijo nada parecido. El sentido que hay que crear es justamente aquel que se sitúa en alguna parte, en suspenso, entre el yo (moi) y el Otro. Es una indicación de que hay algo que, al menos por el momento, deja que desear. Por otra parte, ustedes ven bien que este texto no es para nada transponible: si el personaje hubiera dicho que él era marqués, la creación no era posible.

Es bien evidente que, según la buena vieja fórmula que hacia la alegría de nuestros padres el siglo pasado: "¿cómo andás?" (comment vas-tu?) se preguntaba, y se respondía "y tela de colchón" (et toile a matelas), más valía no responder "y tela de edredón" (et toile a édredon). Me dirán que aquel era un tiempo en que se tenían placeres simples .

Ese Aht, ustedes lo captan ahí bajo la forma más corta, bajo una forma incontestablemente fonemática, puesto que es la más corta composición que se le puede dar a un fonema. Es necesario que haya dos rasgos distintivos, siendo ésta la más corta fórmula del fonema: CV; una consonante apoyada sobre una vocal, o una vocal apoyada sobre una consonante, aunque una consonante apoyada sobre una vocal es la fórmula clásica. Aquí, es una consonante apoyada sobre una vocal, y esto basta ampliamente para constituir un mensaje que tiene valor de mensaje, en tanto que referencia paradojal al actual empleo de las palabras, y que como tal dirige el pensamiento del Otro hacia algo que es esencialmente embargo instantáneo del sentido.

Esto que se denomina ser chistóso, es también lo que para ustedes inicia el elemento propiamente combinatorio sobre el cual se apoya toda metáfora, pues si también hoy les hablé mucho de la metáfora, es sobre el plano, una vez mas, del señalamiento del mecanismo sustitutivo, que es un mecanismo de cuatro términos, los cuatro términos que están en la fórmula que les he dado en La instancia de la letra..., por la que ustedes ven tan singularmente lo que es la operación, al menos en la forma, la operación esencial de la inteligencia, es decir formular lo correlativo al establecimiento, con una x, de una proporción.

Cuando hacen tests de inteligencia, no es otra cosa que eso. Sólo que eso no basta, a pesar de todo, para decir que el hombre se distingue de los animales por su inteligencia de un modo bruto. Se distingue quizá del animal por su inteligencia, pero quizá, en lo que hace que se distinga por su inteligencia, la introducción esencial de formulaciones significantes es allí primordial.

En otros términos, además , para formular toda vía mejor las cosas, para poner en su fugar la cuestión de la pretendida inteligencia de los hombres como siendo la fuente de su realidad más habría que comenzar por preguntarse ¿inteligencia de qué? ¿Qué hay que comprender? ¿Es que, con lo real, es tanto de comprender que se trata? Si se trata pura y simplemente de una relación con lo real, nuestro discurso debe llegar seguramente a restituirlo en su existencia de real, es decir, no debe concluir, hablando propiamente, en nada. Por otra parte, es lo que hace generalmente el discurso. Si concluimos en otra cosa, si incluso se puede hablar de una historia que tiene un fin en un cierto saber, es en tanto que el discurso ha aportado allí una transformación esencial.

Es bien de eso que se trata, y tal vez muy simplemente de esos cuatro pequeños términos enlazados de cierta manera, que se denominan relaciones de proporción. Estas relaciones de proporción, una vez más tenemos la tendencia a entificarlas, es decir a creer que las tomamos de los objetos. ¿Pero dónde están en los objetos esas relaciones de proporción, si no las introducimos con la ayuda de nuestros pequeños significantes? Queda que, para que cualquier juego metafórico sea posible, es necesario que éste se funde sobre algo donde haya algo a sustituir sobre lo que es la base, es decir la cadena significante, la cadena significante en tanto que base, en tanto que principio de la combinación, en tanto que lugar de la metonimia. Esto es lo que intentaremos abordar la próxima vez.



27 de Noviembre de 1957

La última vez dejamos las cosas en el punto en el que, en el análisis del chiste, en tanto que por un primer abordaje yo les había mostrado uno de sus aspectos, una de sus formas, en lo que llamo aquí la función metafórica, íbamos a tomar un segundo aspecto de esto, que es el aquí introducido bajo el registro de la función metonímica.

En suma, ustedes podrían asombrarse por esta manera de proceder que es partir del ejemplo para desarrollar sucesivamente unas relaciones funcionales que parecen, por este hecho, no estar ligadas a aquello de lo que se trata, ante todo, al menos, por una relación general. Esto se sostiene en una necesidad propia de lo que se trata, cuyo elemento sensible verán que, además, tendremos ocasión de mostrar.

Digamos que, en lo concerniente a todo lo que es del orden del inconsciente en tanto que está estructurado por el lenguaje, nos encontramos ante este fenómeno, que no es simplemente el género o la clase particular, sino incluso el ejemplo particular que nos permite captar las propiedades más significativas.

Hay ahí una suerte de inversión de nuestra perspectiva analítica habitual; entiendo analítica no en el sentido psicoanalítico, sino en el sentido del análisis de las funciones mentales. Hay ahí, si puedo decir, algo que podría llamarse fracaso del concepto en el sentido abstracto del término, o más exactamente necesidad de pasar por otra forma que la de la aprehensión conceptual. Es a eso que yo hacía alusión, un día, hablando del manierismo, y yo diría que ese rasgo, que está completamente dirigido hacia nuestro campo, el terreno sobre el cual nos desplazamos, es más bien que por el uso del concepto, por el uso del concetto(24) que estamos en ese campo obligados a proceder. Esto en razón precisamente del dominio donde se desplazan las estructuraciones de las que se trata.

El término prelógico es completamente de una naturaleza que engendra confusión, y les aconsejaría tacharlo de vuestras categorías, dado lo que se ha hecho de él, es decir una propiedad crisológica. Se trata más bien de propiedades estructurales del lenguaje, en tanto que ellas son antecedentes a toda cuestión que podamos plantear al lenguaje sobre la legitimidad de lo que éste, el lenguaje, nos propone como mira. Como ustedes saben, esto no es otra cosa que lo que en si ha constituido el objeto de la interrogación ansiosa de los filósofos, gracias a lo cual hemos llegado a una suerte de compromiso que es poco más o menos esto: que si el lenguaje nos muestra que casi no podemos decir demasiado de eso, sino es que es ser de lenguaje, seguramente es por eso en esta mira que va a realizarse para nosotros un para nosotros que se llamará objetividad.

Esta es sin duda una manera rápida de resumir para ustedes toda la aventura que va de la lógica formal a la lógica trascendental. Pero es simplemente para situar, para decirles desde ahora que es en otro campo que nosotros nos ubicamos, y para indicarles que Freud no nos dice, cuando nos habla del inconsciente, que este inconsciente está estructurado de una cierta manera. El nos lo dice de una manera que a la vez es discurso y verbal, en tanto que las leyes que propone, las leyes de composición, de articulación de este inconsciente, reflejan, recortan exactamente algunas de las leyes de composición más fundamentales del discurso. Que por otra parte, en ese modo de articulación del inconsciente, nos faltan todo tipo de elementos, que son también aquellos que en nuestro discurso común están implicados, el lazo de la causalidad nos dirá él a propósito del sueño, la negación, e inmediatamente después, para corregirse y mostrarnos que ella se expresa de alguna manera en el sueño es eso, es ese campo ya explorado en tanto que ya está cernido, definido, circunscripto, incluso también labrado por Freud. Ahí es que trataremos de volver para tratar deformular, vayamos más lejos, de formalizar más apretadamente lo que hemos llamado hace un momento esas leyes estructurantes primordiales del lenguaje, en tanto que si hay algo que la experiencia freudiana nos aporta, es que estamos, por esas leyes estructurantes, determinados en lo que se llame, con razón o sin ella, la condición de significado de la imagen más profunda de nosotros mismos, digamos simplemente ese algo en nosotros más allá de nuestras aprehensiones auto-conceptuales, esa idea que podemos hacernos de nosotros mismos, sobre la cual nos apoyamos, a la cual nos agarramos mal que bien, y a la que algunas veces nos àpresuramos a valorizar un poco prematuramente, ese término de síntesis, de totalidad de la persona. Todos términos, no lo olvidemos, que son precisamente, por la experiencia freudiana, objetos de refutación.

En efecto, Freud nos enseña, y sin embargo debo aquí reintroducirlo como frontispicio firmado, algo que podemos llamar la distancia, incluso la hiancia que existe de la estructuración del deseo a la estructuración de nuestras necesidades; pues si precisamente la experiencia freudiana acaba finalmente por referirse a una metapsicología de las necesidades, seguramente no hay nada evidente, esto puede incluso ser dicho de una manera completamente inesperada en relación a una primera evidencia.

Es precisamente en función de ese camino, por rodeos a los que la experiencia, tal como ha sido instituida y definida por Freud, nos fuerza, y que nos muestra hasta qué punto la estructura de los deseos está determinada por otra cosa que las necesidades, cuánto las necesidades no nos llegan sino refractadas, quebradas, fragmentadas, estructuradas precisamente por todos esos mecanismos que se llaman condensación, que se llaman desplazamiento que se llaman según las formas, las manifestaciones de la vida psíquica donde se reflejan, que suponen diferentes, otros intermediarios y mecanismos, y donde reconocemos precisamente un cierto número de leyes que son aquellas en las vamos a desembocar tras este año de seminario, que llamaremos las leyes del significante.

Estas leyes son aquí las leyes dominantes, y en el chiste aprenderemos un cierto uso: juego del espíritu con el punto de interrogación que necesita aquí la introducción del término como tal. ¿Qué es el espíritu (esprit)? ¿qué es como ingenium? ¿Qué es el ingenio en español, puesto que he hecho la referencia al concepto? ¿Qué es ese no sé qué, que es otra cosa que la función del juicio, y que aquí interviene? Sólo podremos situarlo cuando hayamos proseguido los procedimientos, hablando con propiedad, y además elucidado a nivel de esos procedimientos? ¿De qué se trata? ¿Cuáles son esos procedimientos? ¿Cuál es su mira fundamental?.

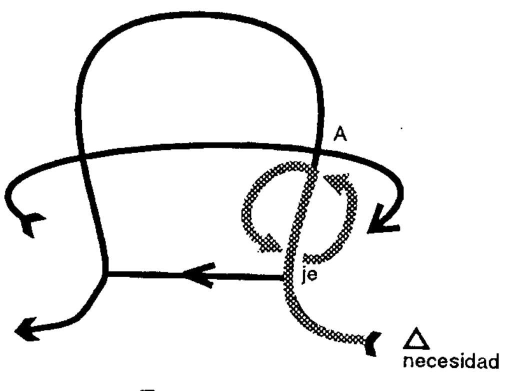
Ya hemos visto, a propósito de la ambigüedad de un chiste con el lapsus, lo que resulta como ambigüedad fundamental, que de alguna manera le es constitutiva, que hace que lo que se produce, y según los casos, puede ser virado hacia una suerte de accidente psicológico de lapsus, ante el cual quedaríamos perplejos sin el análisis freudiano, o al contrario retomado, reasumido por cierta audición del otro, por una manera de homologarlo en el nivel de un valor significante propio aquel precisamente, en este caso, que ha tomado el término neológico, paradojal, escandaloso: famillonario; una función significante propia que es designar algo que no es solamente esto o aquello, sino una suerte de más allá de cierta relación que aquí fracasa, y este más allá no esta únicamente ligado a los impases de la relación del sujeto con el protector millonario, sino con algo que está aquí significado como fundamental. Como que algo en las relaciones humanas constantes introduce ese modo de impase esencial que hace o que reposa sobre esto: que ningún deseo, en suma, puede por el otro ser recibido, ser admitido, sino por medio de todo tipo de intérpretes que lo refractan, que hacen de él otra cosa que lo que es, que hacen de él un objeto de intercambio y, para decir todo, que someten desde ahora en el origen el proceso de la demanda a una especie de necesidad de rechazo.

Me explico, y de alguna manera, puesto que hablamos del chiste, me permitiré para introducir el verdadero nivel en que se plantea esta cuestión de la traducción de la demanda en algo que produce efecto, introducirlo por una historia ella misma, si no chistósa, cuya perspectiva, cuyo registro, diría que esta lejos de tener que limitarse a la risita espasmódica.

Es la historia que sin duda todos ustedes conocen, la historia llamada del masoquista y el sádico: "Haceme doler", dice el primero al segundo, quien le responde severamente: "No".

Veo que esto no los hace reír. Poco importa, de todos modos algunos ríen Además, al fin de cuentas, esta historia no es para hacerlos reír; simplemente les pido que observen que en esta historia algo nos es sugerido, que se desarrolla a un nivel que no tiene nada de chistóso, que es muy exactamente éste: ¿quiénes pueden entenderse mejor que el masoquista y el sádico? Si. Pero ustedes lo ven por esta historia, a condición de que no hablen.

No es por maldad que el sádico responde "no", es en función de su virtud de sádico, si responde, y está forzado a responder, desde que se ha hablado, en el nivel de la palabra. Es pues en tanto que hemos pasado al nivel de la palabra que ese algo que debe desembocar, a condición de no decir nada, en el más profundo entendimiento, llega precisamente a lo que recién he llamado la dialéctica del rechazo, la dialéctica del rechazo en tanto que ella es esencial para sostener en su esencia de demanda lo que se manifiesta por la vía de la palabra.



Esq. 16

En otros términos, si ustedes lo ven, es aquí que se manifiesta, yo no diría en el circulo del discurso, sino de alguna manera sobre el punto de ramificación, del cambio de vías donde, de parte del sujeto, se lanza algo que se abrocha sobre si y que es una frase articulada, un anillo del discurso. Si es aquí que situamos, en este punto, la necesidad, la necesidad encuentra, por una especie de requisito del otro, esta especie de respuesta que por el momento llamamos rechazo, es decir traiciona esta disimetría esencial entre esos dos elementos del circuito, el bucle cerrado, el bucle abierto, lo que hace que para circuitar directamente de su necesidad hacia el objeto de su deseo, es decir siguiendo este trayecto, lo que se presenta aquí como demanda desemboca aquí en el "no".

Sin duda esto merece que entremos de más cerca en algo que aquí no se presenta sino como una especie de paradoja, que nuestro esquema simplemente sirve para situar. Es precisamente aquí que retomamos la cadena de nuestras proposiciones sobre las diferentes fases del chiste, y que hoy introduzco lo que hemos llamado una de esas manifestaciones metonímicas. He fijado inmediatamente para ustedes su idea, su ejemplo, bajo esta forma cuya total diferencia ustedes pueden ver por relación a lo que es la historia del famillonario.

Es la historia del diálogo de Heinrich Heine con el poeta Frédéric Soulié, más o menos su con temporáneo, diálogo informado en el libro de Kuno Fischer que, pienso, era bastante conocido en la época. "Mire, dice Frédéric Soulié a quien era apenas mayor que él, y al que admiraba, mire cómo del siglo XIX adora al becerro de oro", esto a propósito de la aglomeración que se forma alrededor de un viejo señor sin duda cargado, en efecto, con todos los reflejos de su potencia financiera. A lo cual Heinrich Heine, mirando con ojos desdeñosos el objeto sobre el cual se atrae su atención responde: "Sí, pero éste me parece que ya pasó la edad".

¿Qué significa este chiste? ¿Dónde está su sal y su resorte? Ustedes saben que Freud nos puso inmediatamente de entrada, a propósito del chiste, sobre este plano: buscaremos el chiste ahí donde está, a saber en su texto. Nada es más sorprendente de parte de este hombre al que se han atribuído todos los más allá, si se puede decir, de la hipótesis psicológica, que la manera en que, por el contrario, es siempre del punto opuesto, de la materialidad del significante que él parte, tratándolo como un dato existente por sí mismo, y por otra parte, manifiestamente no tenemos su ejemplo sino en su análisis del chiste. No solamente es de la técnica, en cada ocasión, que él parte, sino que es a esos elementos técnicos que él se confía para encontrar su resorte.

¿Qué hace en seguida? Lo que él llama tentativa de reducción. Es así que, a nivel del chiste famillonario, nos muestra que al traducirlo en lo que se puede llamar su sentido desarrollado, todo lo que es chiste desaparece, mostrando así, de alguna manera, que es en la relación de ambigüedad fundamental propia de la metáfora, es decir que es en el hecho de que un significante FS (S/S'), es decir que la función toma un significante en tanto que está sustituido a otro latente en la cadena, que es en esa relación de ambigüedad sobre una especie de similaridad o de simultaneidad posicional que reside eso de lo que se trata.

Si descomponemos eso de lo que se trata, y si a continuación lo leemos, es decir si decimos "familiar tal como uno puede serlo con un millonario", todo lo que es chiste desaparece.

Así, Freud abordó el chiste en el nivel de una de estas manifestaciones metafóricas. Aquí, él se encuentra ante algo cuya diferencia se puede presentir, pero por un instante —pues no es alguien que nos disimule los rodeos de su aproximación en relación al fenómeno— él vacila en calificar a esta nueva variedad de chiste del pensamiento como opuesto al chiste de palabras. Pero muy rápidamente se percata de que esta distinción es completamente insuficiente, que seguramente es a eso que se llamarla la "forma", especialmente a la articulación significante, que conviene fiarse, y es nuevamente a la reducción técnica que va a tratar de someter el ejemplo en cuestión, para hacerle responder por lo que allí está subyacente, en esta forma discutible, dada por el asentimiento subjetivo de que ahí está el chiste. Y vamos a ver que ahí encuentra algo diferente.

Ante todo, le parece que debe haber allí algo que es del orden metafórico. Se los repito: él nos hace seguir todas las aproximaciones de su pensamiento. Es para eso que él se detiene un momento en la prótasis, es decir en lo que ha aportado el personaje que le habla a Heinrich Heine, especialmente Frédéric Soulié. Por otra parte, en eso no hace más que seguir a Kuno Fischer, quien en efecto permanece en ese nivel. Hay en ese becerro de oro algo metafórico, seguramente el becerro de oro tiene una especie de doble valor: por una parte es el símbolo de la intriga, y por otra parte el símbolo del reinado del poder del dinero.

¿Es decir que ese señor recibe todos los homenajes, sin duda, porque es rico? ¿No encontramos ahí algo que de alguna manera reduce y hace desaparecer lo que es el resorte de lo que se trata? Pero Freud advierte rápidamente que, después de todo, eso sólo es algo completamente falaz. Esto en el detalle, además, merece mucho más que miremos de cerca para encontrar la riqueza del ejemplo.

Es muy cierto que ya hay, implicado en esos datos primeros de la puesta en juego del becerro de oro, algo que es la materia. Sin profundizar de todas las maneras en cómo se instituye el uso verbal de un término indiscutiblemente metafórico, es preciso ver que si ya el becerro de oro es algo. que en sí mismo tiene la más grande relación con esta relación del significante a la imagen, que es efectivamente la vertiente sobre la cual se instala el idólatra, al fin de cuentas esto esen relación a una perspectiva que exige, si podemos decir, en el reconocimiento de aquél que se anuncia como "soy lo que soy", señaladamente el Dios de los judíos, que algo particularmente exigente se rehuse a todo lo que se postula como el origen mismo del significante, la nominación por excelencia de toda hipóstasis imaginada, pues por supuesto nosotros llegamos más lejos que la idolatría, que es pura y simplemente la adoración de una estatua. Esto es también algo que busca su más allá, y es precisamente en tanto que ese modo de buscar ese más allá esencial es rechazado en cierta perspectiva, que ese becerro de oro toma su valor y no es sino por algo que es ya un deslizamiento que ese becerro de oro adquiere uso metafórico; que lo que hay en la perspectiva religiosa de lo que se puede llamar en la idolatría una represión tópica, una sustitución de lo imaginario a lo simbólico, toma aquí secundariamente valor metafórico para expresar algo diferente, algo que también puede referirse al nivel del significante, a saber lo que otros que yo han llamado el valor fetiche del oro, a saber algo también que nos hace tocar con una cierta concatenación significante.

No es sin motivo que lo evoco aquí puesto que es precisamente esta función fetiche lo que a continuación vamos a ser llevados a considerar. Esto no es concebible, no es referible, más que en la dimensión, justamente, de la metonimia.

Henos aquí pues, sobre algo ya cargado de todas las intrincaciones, de todos los enmarañamientos de la función simbólico imaginaria a propósito del becerro de oro, y es ahí que reside o no, pues aquí Freud lo señala, éste no es de ningún modo el lugar donde se sitúa, el chiste.

El chiste, como él lo advierte, está en la respuesta de Heinrich Heine. Y la respuesta de Heinrich Heine consiste precisamente en anular, en subvertir todas las referencias en que ese becerro de oro es su expresión metafórica, se sostiene por hacerse con él algo diferente que está ahí pura y simplemente para designar a aquél que está reducido de golpe a su cualidad, y esto no es por azar, donde indudablemente, a partir de cierto momento, merece ser el becerro que vale tanto el kilo, si puedo expresarme así. Ese becerro de golpe es tomado por lo que es, un ser vivo, y para decir todo, alguien que él reduce aquí sobre el mercado instituido por ese reino del oro, a no ser más que él mismo, vendido como ganado, una cabeza de vaca, y a propósito de ésta, decir: seguramente ya no está dentro de los limites de la definición que daba Littré a saber ese becerro en su primer año, que creo que, incluso, un purista de carnicería definirla como aquel que todavía no fue destetado de su madre, purismo del que me he dejado decir que sólo era respetado en Francia. "Para ser un becerro, está viejo!". Aunque ese becerro no sea aquí un becerro, es un becerro un poco viejo, no hay ninguna especie de manera de reducirlo, esto sigue siendo un chiste, con el trasfondo del becerro de oro o no.

Entonces Freud aquí capta una diferencia de lo inanalizable a lo analizable, y sin embargo ambos son chistes.

¿Qué decir entonces, sino que, sin duda, es a dos dimensiones diferentes de algo que es lo que tratamos de cernir más apretadamente, que la experiencia del chiste se refiere? Y que lo que se presenta como siendo de alguna manera, como Freud mismo nos lo dice, algo que parece escamoteo, Prestidigitación, falta de pensamiento, es el rasgo común de toda otra categoría del ingenio, en suma, como se diría vulgarmente, tomar una palabra en un sentido diferente que aquel en el cual nos es aportada.

Es el mismo rasgo que se da también en otra historia, la que se remite a ese primer vol (vuelo/robo) del águila del que se ha hecho una expresión a propósito de una operación bastante amplia, que fue la de la confiscación de los bienes de los Orleans por Napoleón III cuando subió al trono. "Es el primer vol (vuelo/robo) del águila", dice. A todos nos encanta esta ambigüedad. No hay ninguna necesidad de insistir.

He ahí todavía algo de lo que, a decir verdad, no es cuestión de hablar aquí de chiste del pensamiento, es en efecto un chiste de palabras, pero completamente de la misma categoría que aquel que nos es aquí presentado, la toma de una palabra en apariencia en otro sentido.

Además es divertido, en este caso, sondear las subyacencias de tales palabras, y si Freud se toma el cuidado, puesto que la palabra nos es informada en francés, de subrayar para quienes no conocen la lengua francesa la ambigüedad del vol como acción, modo motor de los pájaros, con el vol en el sentido de sustracción, de rapto, de violación (viol) de la propiedad, seria bueno recordar a este respecto que lo que aquí Freud elude, no digo que ignora, es que, históricamente, uno de los sentidos fue tomado prestado al otro, y que es de un uso de vol (vuelo) que el término volerie (volatería), hacia el siglo XIII o el XIV, ha pasado del hecho de que el halcón yole (vuelve/robe) la codorniz, al uso de esta falta contra una de las leyes esenciales de la propiedad que se llama el vol (robo).

Esto no es un accidente en francés, no digo que eso se produzca en todas las lenguas, pero eso ya se habla producido en latín, donde volare había tomado el mismo sentido a partir del mismo origen, mostrando además aquí en este caso, algo que tampoco deja de tener relación con eso en lo cual nos desplazamos, a saber lo que yo llamaría los modos de expresión eufemísticos de lo que en la palabra debe finalmente representar la violación

de la palabra, precisamente, o la violación del contrato. En este caso, no es sin motivo que la palabra violación (viol) está aquí tomada a préstamo de un registro muy diferente, a saber del registro de un rapto que no tiene nada que ver con lo que llamamos propiamente y jurídicamente el robo (vol).

Pero quedemos ahí, y retomemos aquello para lo cual introduzco aquí el término de metonimia, y yo creo justamente, más allá de esas ambigüedades ellas mismas tan huidizas, del sentido, tener que buscar como referencia otra cosa para definir ese segundo registro en el cual se sitúa el chiste; esa otra cosa que va a permitirnos unificar su resorte, su mecanismo con su primera especie, encontrar el factor común, el resorte común del que todo en Freud nos indica la vía, sin acabar completamente su fórmula, por supuesto.

¿Para qué serviría que yo les hable de Freud si, precisamente, no tratamos de extraer el máximo de provecho de lo que él nos aporta? Para llevarnos más lejos, quiero decir, dar esta formalización necesaria de la que la experiencia nos dirá si es una formalización que conviene, si es una formalización conforme, si es en esa dirección que se organizan los fenómenos.

Cuestión, de todas maneras, rica en consecuencias, pues seguramente por toda nuestra manera de tratar, en el sentido más amplio, es decir no simplemente de tratar la terapéutica, sino de concebir los modos del inconsciente, el hecho de que haya una estructura, y que esta estructura sea la estructura del significante en tanto que ella retoma, que ella zanja, que ella impone su grilla a todo aquello que es la necesidad humana, es de todos modos algo absolutamente decisivo y esencial que vemos ahí, pues, al pie de la metonimia.

Esta metonimia, ya la he introducido varias veces, y particularmente en ese articulo que se llama La instancia de la letra en el inconsciente... De ella les he dado un ejemplo expresamente toma en el nivel vulgar de esa experiencia que puede sacarlos de los recuerdos de vuestros estudios secundarios, a saber de vuestra gramática. La metonimia es lo que se llamaba en ese momento, en esa especie de perspectiva de una suerte de Quintillano subestimado, pues está muy claro que no es el estudio de las figuras de retórica lo que ha podido sofocarlos; hasta aquí jamás se les dio gran importancia.

En el punto en el que estamos de nuestra concepción de las formas del discurso, he tomado este ejemplo de la metonimia: "treinta velas" en lugar de "treinta navíos", señalando a este respecto que esas treinta velas no son pura y simplemente lo que se les ha dicho a este propósito, a saber tomas de la parte por el todo, a saber referencia a lo real, pues seguramente hay muchas más de treinta velas. Es raro que los navíos sólo tengan una vela, pero, puesto que hay ahí un trasfondo literario, ustedes saben que encontramos estas treinta velas en cierto monólogo del Cid.

Este es simplemente un punto de referencia o de anuncio para el futuro.

Henos aquí con esas treinta velas, y no sabemos qué hacer con ellas, porque después de todo, o bien ellas son treinta y no hay treinta navíos, o bien hay treinta navíos y ellas son más de treinta. Ahora bien, eso quiere decir treinta navíos, y es muy cierto que al indicar que es en la correspondencia palabra por palabra de lo que se trata, que hay que buscar la dirección de lo que aquí se llama la función metonímica, ahí yo no hago más que proponer ante ustedes una suerte de aspecto problemático de la cosa. Pero conviene que entremos más en lo vivo de la diferencia que hay con la metáfora, pues después de todo ustedes podrían decirme que es una metáfora.

¿Por qué no lo es? Esa es la cuestión. Por otra parte, hace ya un cierto tiempo que periódicamente me entero de que un cierto número de ustedes, en los rodeos de la vida cotidiana, de golpe son sorprendidos por el encuentro de algo que ya no saben para nada cómo clasificarlo, en la metáfora o en la metonimia. Eso acarrea unos desórdenes algunas veces desmesurados en su organismo, y una especie de cabeceo algunas veces un poco fuerte, con, en suma, esta metáfora de babor y esta metonimia de estribor, con las que algunos han experimentado algunos vértigos.

Tratemos pues de estrechar de más cerca eso de lo que se trata, pues después de todo, también se me ha dicho, a propósito de Booz, que "su gavilla no era avara ni rencorosa" bien podría ser una metonimia. Creo haber mostrado bien, en mi artículo, lo que era esa gavilla, y cuánto esa gavilla es muy otra cosa que un elemento de su posesión, esto es, algo que en tanto que eso se sustituye al padre, precisamente, hace surgir toda la dimensión de fecundidad biológica que estaba ahí subyacente en el espíritu del poema, y que no es sin motivo que en el horizonte, e incluso más que en el horizonte, en el firmamento, va a surgir el filo agudo de la hoz celeste que evoca los trasfondos de la castración.

Volvamos pues a nuestras treinta velas, y preguntémonos al fin de cuentas, para que de una buena vez esto sea aquí afirmado, lo que significa lo que yo llamo función o referencia metonímica.

Creo haber dicho suficientemente, lo que no deja de mantener algunos enigmas, que era esencialmente en la sustitución, del resorte estructural de la metáfora, en esta función aportada a un significante S, en tanto que ese significante está sustituido por otro en una cadena significante.

La metonimia es esto, función que toma un significante, e igualmente S en tanto que ese significante está en la contigüidad de la cadena significante en relación con otro significante:

F S (S...S')

La función dada a esta vela, en tanto que en una cadena significante, y no en una sustitución significante, está en relación con el navío (que) entonces, he transferido de la manera más clara, y es para éste como las representaciones de apariencia formales, en tanto que esas fórmulas pueden naturalmente prestarse a una exigencia suplementarla de vuestra parte. Alguien me recordaba recientemente que un día yo había dicho que lo que yo buscaba hacer aquí para vuestro uso, para cernir las cosas de las que se tata en nuestro propósito, era forjar una lógica de caucho. Soy yo quien lo ha dicho. En efecto, es precisamente de algo como eso que se trata, es de una estructuración tópica que algunas veces deja forzosamente algunas hiancias, porque está constituida por ambigüedades. Pero déjenme decirles, al pasar, que no escaparemos a ello, si no obstante llegamos a

llevar suficientemente lejos esta estructuración tópica, no escaparemos a un resto de exigencia suplementaria, si es que vuestro ideal sea en este caso el de una cierta formalización unívoca, pues algunas ambigüedades son irreductibles a nivel de la estructura del lenguaje tal como tratamos de definirla.

Déjenme igualmente decirles al pasar que la noción de metalenguaje es empleada muy frecuentemente de la manera más inadecuada, en tanto que desconoce lo siguiente: que o el metalenguaje tiene unas exigencias formales que son tales que desplazan todo el fenómeno de estructuración donde él debe situarse, o bien el metalenguaje mismo debe conservar unas ambigüedades del lenguaje. Dicho de otro modo, que no hay metalenguaje, hay formalizaciones, sea a nivel de la lógica, sea a nivel de esta estructura significante cuyo nivel autónomo trato de desprender para ustedes. No hay metalenguaje en el sentido en que quisiera decir por ejemplo matematización completa del fenómeno del lenguaje, y esto precisamente porque no hay medio aquí de formalizar más allá de lo que está dado como estructura primitiva del lenguaje.

Sin embargo, esta formalización es no solamente exigible, sino que ella es necesaria. Es necesaria por ejemplo aquí porque después de todo ustedes deben ver que esta noción de sustitución de un significante por otro, es una sustitución en algo cuyo lugar ya debe estar definido; es una sustitución posicional, y la posición misma exige la cadena significante, a saber una sucesión combinatoria, no digo que exige todos sus rasgos, quiero decir como el hecho de que esta sucesión combinatoria está cárácterizada por unos elementos, por ejemplo, que yo llamaría intransitividad, alternancia, repetición.

Si nos remitimos a ese nivel original mínimo de la constitución de una cadena significante, seremos llevados lejos de nuestro tema de hoy. Hay exigencias mínimas, y yo no les digo que pretendo haber hecho hasta aquí todo su recorrido. De todos modos, ya les he dado lo suficiente como para proponerles algo que permita soportar, si se puede decir, una cierta reflexión, y partir a este respecto de esa particularidad del ejemplo que, en este dominio, es algo de lo que debemos extraer, por razones sin duda absolutamente esenciales, todas nuestrasenseñanzas.

Es así que vamos a proceder una vez mas, y observar a propósito de este ejemplo que, incluso si esto tiene el aspecto de un juego de palabras, esas velas, dada la función que juegan en este caso, nos velan la vida (vie) en tanto que nos designan que esas velas son ahí algo que no entra con su pleno derecho de velas, que no entran a toda vela en el uso que hacemos de ellas. Esas velas no se arrían mucho que digamos; esas velas son algo reducido en su alcance y en su signo, ese algo que podemos reencontrar, no solamente en las treinta velas, sino en el pueblito de treinta almas donde les aparece muy rápidamente que esas almas están ahí como sombras de lo que ellas representan, que ellas son más ligeras incluso que el término que sugiere una demasiado grande presencia de habitantes, que esas almas, según un título de novela célebre, pueden ser también unas almas muertas, mucho más aún que seres, almas que no están ahí. Del mismo modo que treinta fuegos es también un uso del término, y seguramente representa una cierta degradación, o minimización del sentido. Quiero decir que esos fuegos son también fuegos extinguidos, que son fuegos a propósito de los cuales ustedes dirán ciertamente que no hay humo sin fuego, y que no es sin motivo que esos fuegos están en un uso que dice metonímicamente aquello a lo que vienen a suplir.

Sin ninguna duda, ustedes dirán que ahí es a una referencia de sentido que al fin de cuentas yo me remito para hacer la diferencia. No lo creo, y les haré observar que aquello de lo que he partido es que la metonimia es la estructura fundamental en la cual puede producirse ese algo nuevo y creativo que es la metáfora; que incluso si algo de origen metonímico está ubicado en posición de sustitución, como es el caso en las treinta velas, esto es algo diferente en su naturaleza que la metáfora; que, para decir todo, no habría metáfora si no hubiera metonimia.

Quiero decir que la cadena por relación a lacual y en la cual están definidos los lugares, las posiciones donde se produce el fenómeno de la metáfora, está a este respecto en una suerte de deslizamiento o de equivoco. No habría metáfora si no hubiera metonimia, me venia como eco, y de ningún modo por azar, porque eso tiene la más grande relación con la exclamación, la invocación cómica que yo llego a poner en la boca del padre Ubú. No habría metáfora si no hubiera metonimia; igualmente: viva Polonia, porque sin Polonia, decía también el Padre Ubú, no habría polacos. ¿Por qué esto es un chiste? Esto está precisamente en lo vivo de nuestro tema. Es un chiste, y es gracioso precisamente en tanto que eso es la referencia como tal a la función metonímica, pues nos equivocaríamos de camino si creyéramos que allí habla una burla concerniente, por ejemplo, al papel que los polacos han podido desempeñar en los infortunios de Polonia, los que no son más que demasiado conocidos. La cosa es también graciosa si yo digo: ¡viva Francia, señor, porque sin Francia no habría franceses! Igualmente si digo ¡viva el cristianismo, porque sin el cristianismo no habría cristianos! E incluso ¡viva el Cristo!

Siempre es tan divertido, y legítimamente podemos preguntarnos por qué. Yo les subrayo que aquí la dimensión metonímica no es absolutamente desconocible, que toda especie de relación de derivación de uso del sufijo, del afijo, o desinencia en las lenguas flexionales, es propiamente la utilización con fines significativos de la dimensión de la cadena.

Aquí no hay ninguna especie de palabra (mot), e incluso yo diría que todas las referencias la recortan. La experiencia del afásico, por ejemplo, nos muestra precisamente que hay dos casos de afasia, y que muy precisamente, cuando estamos en el nivel de los trastornos que podemos llamar trastornos de la contigüidad, es decir de la cadena, es muy precisamente aquellos que tienen el mayor trabajo del sujeto para distinguir; es la relación de la palabra con el adjetivo, de beneficio (bienfait) con benéfico (bienfaisant) o con obrar bien (bienfaire) y con beneficencia (bienfaisance); es en el otro metonímico que se produce algo. Es precisamente este relámpago lo que, en este caso, nos hace considerar como algo no solamente cómico, sino incluso bastante bufonesco, esta referencia.

Les hago observar que aquí es importante, en efecto, aplicarse a lo que se puede llamar propiedad de la cadera significante, y captar he tratado de encontrar algunos términos de referencia que les permitan captarla— en el punto donde vamos a poderlo, lo que yo quiero designar por este efecto de la cadena significante, efecto esencial inherente a su naturaleza de cadena significante que concierne a lo que podemos llamar el sentido.

No olviden que el año pasado, es en una referencia analógica, que podía parecerles metafórica, pero de la que les subrayé que no lo era, que pretendía que debía ser tomada al pie de la letra de la cadena metonímica, que yo ubiqué, situé lo que es la esencia de

toda especie de desplazamiento fetichista del deseo, dicho de otro modo de fijación del deseo en alguna parte, antes, después o al costado, de todos modos a la puerta de su objeto natural, dicho de otro modo de la institución de fenómeno absolutamente fundamental que se puede llamar la radical perversión de los deseos humanos.

Aquí, yo quisiera indicar otra dirección, la que llamarla, en la cadena metonímica, el deslizamiento del sentido. Y ya les he indicado la relación de esto con su técnica, el uso, el procedimiento literario que acostumbramos designar bajo el término de realismo.

No está concebido en ese dominio que se pueda ir a todo tipo de experiencias; yo me he sometido a la de tomar una novela de la época realista, volverla a leer para, de alguna manera, ver los rasgos que podrían hacerles captar ese algo original cuya referencia a la dimensión del sentido puede ser ligada al uso metonímico como tal de la cadena significante, y así me he remitido a una novela al azar entre las novelas de la época realista, a saber una novela de Maupassant, Bel-Ami.

Ante todo, es una lectura muy agradable. Hagan la una vez. Y habiendo entrado en ella, he sido muy sorprendido en esta especie de encontrar allí ese algo, exactamente, que yo buscaba aquí para designar como deslizamiento, que de lo alto de la calle Notre-Dame-de-Lorette, de donde vemos partir a Georges Duroy.

"Cuando la cajera le hubo entregado el sobrante de su moneda de cinco francos, Jorge Duroy salió del restaurante.

Engreído por naturaleza y por jactanciosa afectación de antiguo suboficial, empinó el talle, se atusó el bigote con un gesto marcial que le era carácterístico, y echó sobre los comensales rezagados una rápida mirada circular, una de esas miradas de ave de presa del hombre que se sabe buen mozo(25)."

La novela comienza así. Eso no parece nada, pero en seguida eso avanza de momento en momento, de encuentro en encuentro, y ustedes asisten de la manera más clara, más evidente, a esta especie de deslizamiento. Si sobrevolamos toda la marcha de la novela, vemos algo que hace que un ser bastante elemental, diría, en el punto al que está reducido al comienzo de la novela, pues esta pieza de cinco francos es la última que tiene encima, reducido a necesidades completamente directas, de preocupación inmediata por el amor y el hambre, es progresivamente tomado por la serie de los azares, buenos o malos, pero en general buenos, pues no solamente es buen mozo, sino que además tiene suerte, es tomado en un circulo de sistemas, de manifestaciones del intercambio, por la subversión metonímica de esos datos primitivos que, a medida que son satisfechos, son alienados por él en una serie de situaciones. Ahora bien, jamás se trata de nada donde él pueda ni encontrarlo ni descansar, y que lo lleva de éxito en éxito a una poco más o menos total alienación de lo que es su propia persona.

Esto no es nada, esto está en el detalle, quiero decir en la manera en que se apunta a no ir jamás más allá de lo que sucede en la serie de los acontecimientos y de su notación en términos tan concretos como es posible. A todo momento el novelista nos muestra una suerte de diplopía que constantemente nos pone, no solamente el sujeto de la novela, sino todo lo que lo rodea, en una posición siempre doble respecto de lo que puede ser el objeto, así fuese el más inmediato.

Tomo el ejemplo de esa comida en el restaurante, que comienza por ser uno de los momentos primeros de la elevación a la fortuna de este personaje:

"Sirvieron ostras de Ostende, pequeñas y untuosas, semejantes a orejitas encerradas en conchas y que se deshacían entre el paladar y la lengua como bombones salados. Vino la sopa y luego una trucha, rosada como la carne de una jovencita. La conversación que había ido animándose........"

"Fue el momento de los sobrententendidos maliciosos, de las medias palabras que levantan velos como quien levanta faldas, de las picardías ingeniosas, de las audacias habiles y disimuladas, de las hipocresías impúdicas, de la frase que hace gala de imagenes desnudas con expresiones solapadas, que exhibe ante los ojos y ante el espíritu la visión rápida de todo lo que no puede decirse y permite a la gente de mundo una especie de amor sutil y misterioso, de contacto impuro de pensamientos, por la evocación simultánea, turbadora y sensual como un abrazo, de todas las cosas secretas, vergonzosas y deseadas del amor físico.

Habían servido perdices asadas......."

Puedo hacerles notar que esas perdices asadas, la guarnición de codornices, y todo el resto.

"Habían comido todo eso sin gustarlo, sin darse siquiera cuenta, atentos sólo a lo que decían, sumergidos en un baño de amor."

Esta coartada perpetua que hace que ustedes no sepan después de todo si es la carne de jovencita o la trucha la que está sobre la mesa, y esto en una perspectiva que es la de la descripción realista, como se dice, de lo que se trata es una cosa que se dispensa, no solamente de toda referencia abisal en cualquier sentido que sea, transentido de la manera que sea, ni poético, ni moral, ni otro, es algo que suficientemente, me parece, aclara lo que yo indico cuando digo que es en una perspectiva de perpetuo deslizamiento del sentido que todo discurso que apunta a aportar la realidad está forzado a sostenerse, y que lo que constituye su mérito, lo que hace que no haya realismo literario, es precisamente que, en este esfuerzo por ceñir apretadamente la realidad enunciándola en el discurso, el discurso no logra otra cosa que mostrar lo que la introducción del discurso añade de desorganizarte, de perverso a esta realidad.

Si algo aquí les parece todavía quedar en un modo demasiado impresionista, quisiera tratar de hacer sin embargo la experiencia, con ustedes, de algo diferente. Ustedes lo ven, tratamos de mantenernos, no en el nivel en que el discurso responde de lo real, donde simplemente pretende connotarlo, seguirlo en relación a ese real, sino en una función de annalise con dos n(26). Vean lo que da eso. He tomado a un autor sin duda meritorio, que se llamaba Félix Fenéon, y del que no tengo tiempo como para hacerles aquí su presentación, y su serie de Gacetillas en tres líneas que él daba al Matin. Sin ninguna duda, no es sin motivo han sido recogidas; sin duda se manifiesta en ellas un particular talento. Tratemos de ver cuál.

Son unas gacetillas en tres líneas que al principio podemos tomar al azar, luego quizá tomaremos algunas más significativas.

"Por haber lapidado un poco a los gendarmes, tres damas piadosas.... son multadas por los jueces de Toulens-Comblebourg."

"Paul, institutor en la Isla SaintDenis, hacía sonar a la entrada de los escolares, la campana...."

"En Clichy, un joven elegante se arrojó bajo un simón encapuchado, luego, indemne, bajo un camión que lo trituró."

"Una joven estaba sentada en el suelo en Choisy-le-Roi. Unica palabra de identidad que su amnesia le permitía decir: modelo."

"El cadáver del sexagenario........, se balanceaba en un árbol de Arcueil con esta pancarta: demasiado viejo para trabajar."

"Respecto del misterio de Luzarches, el juez de instrucción del Puy interrogó a la detenida............Pero ella está loca."

"Detrás de un féretro, Mangin de VerdunChevigny. No alcanzó ese día el cementerio, la muerte lo sorprendió en camino."

"El valet......instaló en Neuilly, en casa de su amo ausente, a una mujer divertida, luego desapareció llevándose todo, salvo a ella."

"Fingiendo buscar en ese negocio unas piezas raras, dos estafadoras se llevaron por mil francos vulgares. La señorita......Ivry '

"Playa....Finistere, dos bañistas se ahogaban. Un bañista se lanzó, de manera que el señor Etienne debió salvar tres personas."

¿Qué es lo que hace reír? He ahí verdaderamente unos hechos connotados con un rigor impersonal cuyo único arte diría que consiste simplemente en su extrema reducción. Esto está dicho con la menor cantidad de palabras posible.

Si hay algo cómico, por ejemplo, para tomar éste que está arriba en la página, lo que sucede cuando escuchamos: "Detrás de un féretro, Mangin de VerdunChevigny. No alcanzó ese día el cementerio, la muerte la sorprendió en camino."

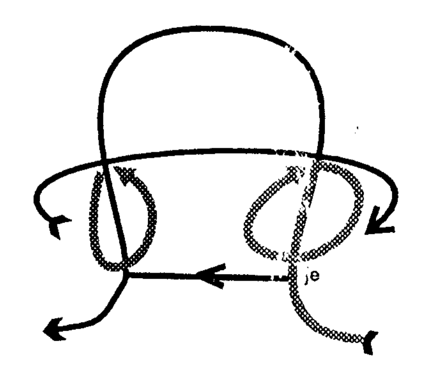
Es algo que no toca absolutamente en nada ese camino que es el de todos nosotros, hacia el cementerio, cualquiera que sea el método diverso con que podamos efectuar ese camino. No hay absolutamente nada parecido, y diría hasta un cierto punto que esto no aparecerla si las cosas fueran dichas más extensamente, quiero decir si todo eso estuviera ahogado en un raudal de palabras.

Lo que aquí he llamado deslizamiento del sentido, a saber ese algo que hace que literalmente no sabemos dónde detenernos en ningún momento de esa frase tal como la recibimos en su rigor, para darle su centro de gravedad, su punto de equilibrio, éste es todo el arte de esta redacción de esas gacetillas de tres líneas. Es precisamente lo que aquí yo llamarla su descentramiento. No hay ahí ninguna moralidad, hay un cuidadoso borramiento de todo lo que pueda tener un carácter ejemplar, lo que en esta ocasión llamaremos el arte de desprendimiento de ese estilo.

No obstante, lo que se cuenta es de todos modos algo, una serie de acontecimientos, e incluso diría más, otro de sus méritos es el de proporcionarnos de estos unas coordenadas completamente rigurosas.

Ahí está pues algo que yo apunto, que yo trato de hacerles sentir mostrándoles en qué medida el discurso, en su dimensión horizontal, en su dimensión de cadena, es propiamente el lugar de una pista de patinaje que es tan útil de estudiar como las figuras del patinaje, sobre el cual ocurre ese deslizamiento de sentido, fugaz sin duda, ínfimo, que quizá puede, de tan reducida, parecernos nula, pero que de todos modos se presenta y se anuncia en el orden del chiste como lo que podríamos llamar una dimensión irrisoria, degradante, desorganizarte.

Es en esta dimensión que el estilo de un chiste como el del vol (vuelo/robo) del águila, se sitúa y se ubica, en el encuentro del discurso con la cadena significante que aquí resulta estar, a nivel del famillonario, en la cita en gama, y que aquí se produce simplemente un poco más lejos.



Esq. 16′

Aquí Frédéric Soulié aportó algo que evidentemente va hacia el yo (je), puesto que la perspectiva es Heinrich Heine, es el chiste, y él lo llama como testimonio. Siempre está, al comienzo del chiste, esta perspectiva, este llamado al otro como lugar de la verificación. "Tan cierto", comentaba Hirsch Hyacinthe, "tan cierto como que Dios me debe todas las dichas". Y aquí Dios, en esta referencia, también puede ser irónico. Ella es aquí fundamental. Soulié invoca a Heinrich Heine, mucho más prestigioso que él, sin que yo tenga que hacerles la historia de Frédéric Soulié; sin embargo, el artículo que le consagra el Larousse es muy lindo. Soulié le dice: "no ve usted, mi querido maestro —algo asi—, no

es muy divertido ver a este siglo XIX...?". Aquí está el llamado, la invocación, la atracción del lado del yo (je) de Heinrich Heine, de aquél que es el punto pivote presente en este asunto. "...ver a este siglo XIX adorar todavía al becerro de oro?"

Entonces, nosotros hemos pasado por aquí (ver esquema), luego hemos vuelto aquí a propósito del becerro de oro, al lugar de los empleos y de la metonimia, pues al fin de cuentas ese becerro de oro es una metáfora, pero gastada, pasada al lenguaje. Recién hemos mostrado, incidentalmente, sus fuentes, sus orígenes, su modo de producción, pero al fin de cuentas es un lugar común. Y envía su lugar común aquí al lugar del mensaje, por el camino alfa-gama clásico.

Aquí tenemos entonces dos personajes, y ustedes saben bien que esos dos personajes pueden también no ser más que uno solo, puesto que el otro,por el sólo hecho de que existe la dimensión de la palabra, está en cada uno, y también, como lo señala Freud, si no hubiera estado ya presente, en el espíritu de Soulié, algo que en suma le hace calificar de becerro de oro al personaje, es que esto ya no es un uso que, para nosotros, nos parece admitido; pero lo he encontrado en Littré. Littré, pues, nos dice que se llama un becerro de oro a un señor que está forrado de oro y que, a causa de eso, es el objeto de la admiración universal. No hay ambigüedad, y en alemán tampoco.

En ese momento, es decir aquí entre gama y alfa, reenvío del mensaje al código, es decir aquí sobre la línea de la cadena significante, y de alguna manera metonímicamente, el término es re tomado en algo que no es el plano en el cual ha sido enviado, es retomado de una manera que seguramente aquí deja percibir plenamente el sentido de caída del sentido, de reducción del sentido, de desvalorización del sentido y, para decir todo, es de esto que se trata, y esto que, al final de esta lección de hoy, quiero introducir: es que la metonimia es, hablando con propiedad, el lugar donde debemos situar algo primordial, algo primordial y esencial en el lenguaje humano en tanto que vamos a tomarlo aquí en lo opuesto, la dimensión del sentido, es decir en la diversidad d e esos objetos ya constituidos por el lenguaje, donde se introduce el campo magnético de la necesidad de cada uno, con sus contradicciónes, la respuesta que hace un momento he introducido, ese algo diferente que es esto que quizá va a poder parecer paradojal, que es la dimensión del valor.

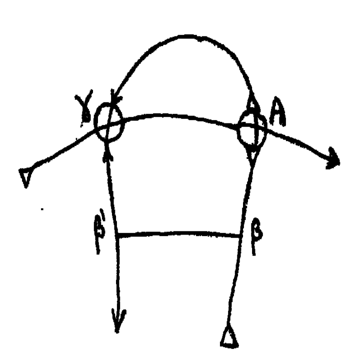
Y esta dimensión del valor es propiamente algo que tiene su dimensión del sentido en relación a sí. Ella reposa y se impone como estando en contraste, como siendo otra vertiente, como siendo otro registro. Si algunos de ustedes están suficientemente familiarizados, no digo con El Capital entero —¡quién ha leído El Capital!— sino con el primer libro de El Capital, que en general todo el mundo ha leído, les ruego que se remitan a la página en que Marx, a nivel de la formulación de lo que se llama la teoría de la forma particular del valor de la mercancía, en una nota, se revela como siendo un precursor del estadio del espejo. En esta página, Marx hace esta observación superflua, en ese prodigioso primer libro, que lo muestra, cosa rara, como alguien que sostiene un discurso filosófico articulado, y hace esta proposición: que antes de toda especie de estudio de las relaciones cuantitativas del valor, conviene postular que nada puede instaurarse, sino ante todo bajo la forma de la institución de esta especie de equivalencia fundamental que no está simplemente en tantas varas de telas iguales, sinoen la mitad del número de vestimentas, que ya hay ahí algo que debe estructurarse en la equivalencia tela-vestimenta, a saber que unas vestimentas pueden representar el valor de la tela, es decir que no es en tanto que vestimenta que es algo que ustedes pueden llevar, entonces, que hay algo necesario al comienzo mismo del análisis, en el hecho de que la vestimenta puede devenir el significante del valor de la tela. Que, en otros términos, la equivalencia que se llama valor se sostiene propiamente en el abandono, por parte de uno o de ambos de los dos términos, de una parte igualmente muy importante de su sentido.

Es en esta dimensión que se sitúa el efecto de sentido de la línea metonímica, lo que a continuación nos permitirá encontrar para qué sirve esta puesta en juego del efecto de sentido en los dos registros de la metáfora y de la metonimia, en qué se relaciónan, por el hecho de que esta común puesta en juego en una dimensión, en una perspectiva que es aquella esencial que nos permite alcanzar el plano del inconsciente. Esto es lo que vuelve necesario que apelemos precisamente, y de una manera centrada alrededor de eso, a la dimensión del otro en tanto que es el lugar, el receptor, el punto pivote necesario de este ejercicio.

Es lo que haremos la próxima vez.







Una vez que ha llegado a la parte patética de su obra sobre el chiste, la segunda parte, Freud se plantea la pregunta por el origen del placer, del placer que procura el chiste.

Por supuesto, se vuelve cada vez más necesario —se lo recuerdo a aquéllos de ustedes que se creerían dispensados de ello— el que al menos hayan hecho una lectura del texto de El Chiste. Es la única manera que tienen de conocer esta obra, aparte del caso, que creo que no sería del agrado de ustedes, de que yo mismo les leyera aquí el texto. Voy a extraer de éste algunos fragmentos, pero eso hace bajar sensiblemente el nivel de la atención. Es el único modo de comprobarles que las fórmulas que les aporto, o que intento aportarles, siguen frecuentemente a la línea, quiero decir lo más cerca posible, las cuestiones que se plantea Freud.

Las cuestiones que se plantea Freud, se las plantea en una marcha a menudo sinuosa. El se refiere a temas diversamente recibidos, psicológicos Y otros, a los que se refiere implícitamente por la manera en que se sirve de los temas recibidos —estos también son importantes, más importantes todavía que los que le sirven de referencia. Los que le sirven de referencia, son los que posee en (común) con sus lectores. La manera en que se sirve de ellos hace aparecer —verdaderamente, es preciso no haber abierto el texto para no darse cuenta de ello— una dimensión que antes de él no había sido sugerida nunca.

Esta dimensión es precisamente la del papeldel significante. Yo quisiera ir directamente al grano de lo que hoy nos ocupa, a saber cuál es, se pregunta Freud, la fuente del placer.

¿Cuál es la fuente del placer?, nos dice. Ella es esencialmente lo que, en un lenguaje demasiado extendido en nuestros días, y del que se servirían algunos cuando desearían... La fuente del placer del chiste hay que buscarla esencialmente en su aspecto formal. Felizmente, no es así como se expresa Freud, él se expresa de un modo todavía mucho más preciso: la fuente del placer en el chiste —llega a decir— es simplemente la chanza (plaisanterie). Esa es la verdadera fuente propia.

Sin embargo, por supuesto, el placer que extraemos en el curso del ejercicio del chiste está centrado en otra parte. ¿No nos percatamos de la dirección de esta fuente, y a todo lo largo de su análisis, de esta suerte de ambigüedad que es inherente al ejercicio mismo del chiste, que hace que no nos percatemos de dónde nos llega el placer, y es necesario todo el esfuerzo de su análisis para habérnoslo mostrado? Este es un elemento, un camino absolutamenteesencial.

Conforme a un sistema de referencia que va a aparecer cada vez más marcado hasta el final de la obra, a esta fuente primitiva del placer, él la ha relaciónado a un período lúdico de la actividad infantil, que es algo que se relacióna con ese primer juego con las palabras que, en suma, nos remite directamente a la adquisición del lenguaje en tanto que puro significante, pues es propiamente hablando al juego verbal, al ejercicio que nosotros diríamos casi puramente, para no decir emisor, puramente emisor de la forma verbal, que él va a remitir, primitivo y esencial, el placer.

¿Es entonces pura y simplemente una suerte de retorno a un ejercicio del significante como tal, a un período anterior al control, al que la crítica, al que la razón va a obligar progresivamente, por el hecho de la educación, de todos los aprendizajes de la realidad, va a forzar al sujeto a aportar este control y esta crítica a ese uso del significante? ¿Es entonces en esta diferencia que va a consistir el principal resorte del ejercicio del placer en el chiste?

Seguramente la cosa parece muy simple, si es a todo esto que se resume lo que nos aporta Freud. Por supuesto, él está lejos de limitarse a esto: él nos dice que ahí está la

fuente del placer, pero también nos muestra en qué vía ese placer es utilizado. Este placer, de alguna manera sirve a una operación que se refiere a la liberación de aquellas antiguas vías, en tanto que todavía están ahí en potencia virtual, existiendo, sosteniendo de algún modo todavía algo. Y por el hecho de pasar por esas vías, les da un privilegio en relación a aquellas que han sido llevadas al primer plano del control del pensamiento del sujeto por su progreso hacia el estado adulto.

Volver a hallar ese privilegio en esas vías es algo que nos hace volver a entrar de golpe —y en esto interviene todo el análisis anterior que él ha hecho del resorte y del mecanismo del chiste— en unas vías estructurantes que son las mismas del inconsciente.

En otros términos, las dos caras del chiste —es él mismo quien se expresa así— son, por una parte, esta cara de ejercicio del significante, con esta libertad que lleva al máximo toda su posibilidad de ambigüedad fundamental, e incluso, para decirlo todo, su carácter primitivo en relación al sentido, la esencial polivalencia que tiene en relación al sentido, la función creadora que tiene en relación al sentido, el acento arbitrario que aporta en el sentido. Esta es una de las caras.

La otra, es el hecho de que este ejercicio por sí mismo nos introduce, nos dirige, evoca todo lo que es del orden del inconsciente; y esto esta suficientemente indicado, según Freud, por el hecho de que las estructuras que revela el chiste, la manera en que funciona su constitución, su cristalización, no son otras que las mismas que él mismo ha descubierto en sus primeras aprehensiones del inconsciente, a saber a nivel del sueño, a nivel de los actos falidos, o logrados, como quieran entenderlo, a nivel de los síntomas mismos.

Es a esto que hemos intentado dar una fórmula más ceñida, más precisa, cuando, bajo la forma, bajo la rubrica, de metáfora y de metonimia, reencontremos en sus formas más generales, las formas que tienen equivalentes para todo ejercicio del lenguaje, y también para lo que reencontraremos de estructurante en el inconsciente; estas formas son las formas más generales, de las cuales entonces la condensación, el desplazamiento, los otros mecanismos que Freud pone de relieve en las estructuras del inconsciente, de alguna manera no son más que aplicaciones.

Esta común medida del inconsciente con lo que le conferimos, no simplemente por las vías de los hábitos mentales, sino porque efectivamente hay dinámica en la relación con el deseo, esta común medida del inconsciente y de la estructura de la palabra en tanto que está comandada por las leyes del significante, es a esto que trataremos de aproximarnos cada vez más cerca, que trataremos de ejemplificar, de volver ejemplar, por medio de nuestro recurso a la obra de Freud sobre el chiste. Es lo que intentaremos mirar de más cerca hoy.

Si ponemos el acento sobre lo que se podría llamar la autonomía de las leyes del significante, si decimos que en relación al mecanismo de la creación del sentido ellas son primeras, esto por supuesto no nos dispensa de plantearnos la cuestión de cómo debemos concebir, no solamente la aparición del sentido, sino, para parodiar una fórmula que ha sido producida bastante torpemente en la escuela lógico-positivista, diríamos: el sentido del sentido , no que esto tenga sentido. ¿Pero qué queremos decir cuando se trata del sentido? Y también Freud, en ese capitulo sobre el mecanismo del placer, lo evoca, se refiere a ello sin cesar, y no deja de tener en cuenta esa fórmula tan a menudo extendida a propósito del ejercicio del chiste: sentido en el contrasentido (sens dans le non-sens), como desde hace algún tiempo decían los autores, por una suerte de fórmula que de alguna manera toma en cuenta las dos caras aparentes del placer: la manera en que ante todo sorprende por el contrasentido (non-sens), en que por otra parte nos fija y nos recompensa con la aparición de no sé qué sentido secreto, además siempre tan dificil de definir si partimos de esta perspectiva, en este mismo contrasentido, o bien pasaje facilitado por un contrasentido que en ese momento nos aturde, nos sidera.

Esto está quizá más cerca del mecanismo, y Freud seguramente está también mucho más cerca de concederle más propiedades. A saber que el contrasentido tiene ahí, por un instante, la función de engañarnos el tiempo suficiente como para que un sentido desapercibido hasta entonces, o por otra parte que también ha pasado muy rápido, fugitivo, un sentido relampagueante, de la misma naturaleza que la sideración que nos ha retenido un instante en el contrasentido, nos sorprenda a través de esta comprensión del chiste.

De hecho, si se miran las cosas de más cerca, se ve que Freud llega hasta a repudiar este término de contrasentido, y es ahí también que yo quisiera que nos detengamos hoy, pues lo propio de estas aproximaciones es tanto que permiten precisamente evitar el último término, el último reverte del mecanismo en juego, como detenerse en fórmulas que sin ninguna duda tienen su apariencia, su seducción psicológica, pero que no son, propiamente hablando, las que convienen.

Voy a proponerles que partamos de algo que tampoco será un recurso al. nitro, del que sin ninguna duda sabemos, en efecto, que puede extraer algún placer de esos juegos verbales, y con el que uno puede referirse en efecto a algo de este orden para dar sentido y peso a una suerte de psicogénesis del mecanismo del chiste (esprit), pero del que, después de todo, si ustedes piensan en ello de otro modo que por una especie de satisfacción, de rutina que se establece por el hecho de que referirse a algo como esta actividad lúdica primitiva, lejana, a la que después de todo se le pueden conceder todas las gracias, no es tal vez tampoco algo que deba satisfacernos tanto, puesto que tampoco es seguro que el. placer del chiste (esprit) en el. que el niño no participa más que de muy lejos, sea algo que deba ser exhaustivamente explicado por un recurso a la fantasía.Pero yo quisiera llegar a algo que haga el nudo entre este uso del significante y lo que podemos llamar una satisfacción o un placer. Volveré a esta referencia que parece elemental: que si recurrimos al niño, de todos modos es preciso que no olvidemos que el significante al comienzo está hecho para servir para algo está hecho para expresar una demanda.

Detengámonos pues un instante en el resorte de la demanda. Este es que algo de una necesidad pasa al medio del significante que está dirigido al otro. Ya la última vez les hice observar que está referencia elemental merecería que intentemos sondear sus tiempos.

Sus tiempos están tan poco sondeados como hice alusión a ello en alguna parte, en uno de mis artículos. Un personaje eminentemente representativo de la jerarquía psicoanalítica hizo todo un artículo, de aproximadamente una docena de páginas, para maravillarse de las virtudes de lo que él llama el wording, palabra que corresponde en inglés a lo que en

francés, más torpemente, llamamos pasaje a lo verbal o verbalización. Evidentemente, es más elegante en inglés que en francés. El se maravilla porque una paciente, singularmente apuntada por una intervención que él había hecho diciéndole algo que más o menos quería decir: "usted tiene singulares, o incluso fuertes (falta palabra) ", lo que en inglés tiene además un acento más insistente todavía que en francés se haya literalmente trastornado, como por una acusación, como por una denuncia, mientras que, cuando él retomó el mismo término unos momentos más tarde, sirviéndose de "N (falta resto de palabra) ", es decir, "necesidad", encontró a alguien del. todo dócil para aceptar su interpretación.

El carácter de montaña que le es otorgado por el autor en cuestión a este descubrimiento, nos muestra bien hasta qué punto el arte del wording está todavía, en el interior del análisis, o al menos de un cierto circulo del. análisis, en estado primitivo. Pues en verdad todo esta ahí: la demanda es algo que por sí misma es tan relativa al otro que, por el hecho de que el otro lo acuse, el propio sujeto se encuentra inmediatamente en posición de acusar, de rechazarlo, mientras que al evocar la necesidad él autentifica a esta necesidad, la asume, la homologa, la lleva a él comienza ya a reconocerla, lo que es una satisfacciónesencial.

El mecanismo de la demanda naturalmente es el hecho de que el otro por naturaleza se le opone, o aún, que se podría decir que la demanda por naturaleza exige que uno se le oponga, para ser sostenida como demanda. (Esto) está ligado justamente a la introducción en la comunicación del lenguaje, (lo que) a cada instante es ilustrado por el modo bajo el cual el otro accede a la demanda.

Reflexionemos bien. Es en la medida en que la dimensión del lenguaje viene ahí para ser remodelada, pero también para derramar en el complejo significante, al infinito, el si sistema de las necesidades, que la demanda es esencialmente algo que por su naturaleza se plantea como pudiendo ser exorbitante. No es por nada que los niños demandan la luna. Demandan la luna porque demandar la luna es de la naturaleza de una necesidad que se expresa por intermedio del sistema significante; también, además, que no vacilamos en prometérsela; ¡también, por otra parte, estamos muy cerca de tenerla!

Al fin de cuentas, no tenemos todavía la luna, y lo que de todos modos es esencial es percatarse y poner de relieve lo siguiente: después de todo, en esta demanda de satisfacción de una necesidad, ¿qué sucede, pura y simplemente? Respondemos a la demanda, damos a nuestro prójimo lo que nos demanda. ¿Por qué ojo de aguja es preciso que pase? ¿Por qué reducción de sus pretensiones tiene que reducirse él mismo para que la demanda sea reconocida?

Esto es lo que pone suficientemente de relieve el fenómeno de la necesidad cuando aparece desnudo. Diría incluso que, para acceder a ella en tanto que necesidad, es preciso que nos remitamos, más allá del sujeto, a no sé qué Otro(27) que se llama Cristo, quien se identifica al pobre para aquellos que practican la caridad cristiana; pero incluso para los otros, para el hombre del deseo, para el Don Juan de Moliere él por supuesto da al mendigo lo que éste le demanda, y no es por nada que él añade "por amor a la humanidad". Es a un Otro más allá de aquel que está frente a ustedes, al fin de cuentas, que la respuesta a la de manda, el. acuerdo a la demanda, es deferido. Y la historia, que es una de las historias sobre las cuales Freud hace girar su análisis del chiste, la historia llamada del salmón con mayonesa, es la más bella historia que da aquí la ilustración de esto.

Un personaje se indigna después de haberle dado a un pedigüeño algún dinero, del que éste tiene necesidad para hacer frente a no sé qué deudas, a sus vencimientos, al verle dar, al objeto de su generosidad, otro empleo que el que corresponde de alguna manera a otro espíritu limitado. Es una historia verdaderamente graciosa cuando, al volverlo a encontrar al día siguiente en un restaurante, a punto de ofrecerse lo que es considerado como el signo de un gasto suntuario, un salmón con mayonesa, le dice, con ese acentito vienés que puede dar el tono de la historia: "¿Cómo? ¿Es para esto que te he dado el dinero? ¿Para regalarte un salmón con mayonesa?" A lo cual, entonces, el otro entra en el chiste y responde: "¡Pero entonces yo no comprendo: cuando no tengo dinero no puedo comprar salmón con mayonesa, y cuando lo tengo tampoco puedo comprarlo! ¿Cuándo, entonces, comeré salmón con mayonesa?"

Toda especie de ejemplo del chiste es todavía más significativo por el dominio mismo en que se desplaza, es más significativo todavía por su particularidad, que parece ser algo especial en la historia, que no puede ser generalizado. Es por esta particularidad que llegaremos al resorte más vivo del dominio en el cual nos situamos, y la pertinencia de esta historia no es menor que la de cualquier otra historia, la que siempre nos mete en el corazón mismo del problema, en la relación entre el significante y el deseo, y en el hecho de que el deseo haya cambiado profundamente de acento, se haya subvertido, vuelto ambigüo él mismo, por su pasaje por las vías del significante.

Entendamos bien lo que quiere decir todo esto. Es siempre en nombre de cierto registro que hace intervenir al Otro más allá de aquél que demanda, que toda satisfacción es acordada, y esto precisamente pervierte profundamente el sistema de la demanda y de la respuesta a la demanda. Cubrir a los desnudos, dar de comer a los hambrientos, visitar a los enfermos. No tengo necesidad de recordar las siete, ocho o nueve obras de misericordia; es bastante sorprendente, en sus propios términos, que cubrir a los desnudos se podría decir, si la demanda fuera algo que debiera ser sostenida en su agudeza directa, ¿por qué no vestir, quiero decir el Christian Dior, a los que están desnudos? Eso sucede cada tanto, pero en general es que se ha comenzado por desvestirlos uno mismo.

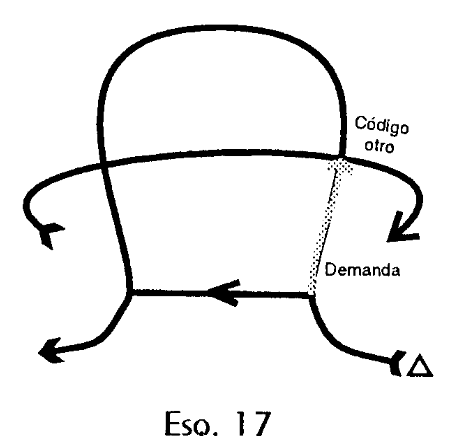
Del mismo modo, dar de comer a los hambrientos. ¿Por qué no "llenarles la boca"? Eso no se hace, eso les harta mal, ellos están habituados a la sobriedad, no hay que causarles desarreglos.

En cuanto a visitar a los enfermos, recordaré el dicho de Sacha Guitry: "hacer una visita es un placer, ¡si no cuando uno llega, al menos cuando uno se va!"

La relación de temática de la demanda está en el corazón de lo que hoy constituye nuestro propósito. Intentemos pues esquematizar lo que sucede en ese tiempo de detención que de alguna manera descalza, por una suerte de vía singular, en bayoneta si uno puede expresarse así, la comunicación de la demanda a su acceso.

Esto no es otra cosa que algo mítico, pero algo profundamente verdadero, que les ruego

que se remitan a él para hacer uso de este pequeño esquema, y de la manera siguiente:



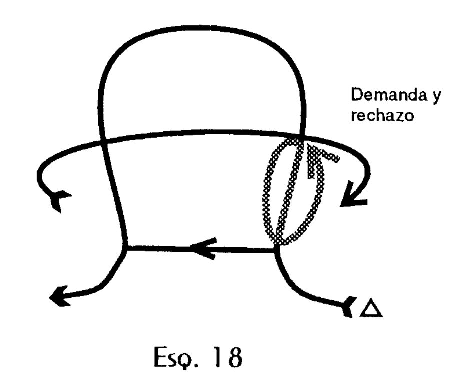
Esq. 17

Supongamos la cosa, que de todos modos debe existir en alguna parte, aunque más no fuera en nuestro esquema, una demanda que pasa, pues al fin de cuentas todo está ahí. Si Freud introdujo una nueva dimensión en nuestra consideración del hombre, ésta es que, a pesar de todo, yo no diría que algo pasa, sino que algo que está destinado a pasar, el deseo, que deberla pasar, deja en alguna parte no solamente unas huellas, sino un circuito insistente.

Partamos pues, en él esquema, de algo que representarla a la demanda que pasa. Pongamos, puesto que hay infancia, muy bien podemos hacer refugiarse allí a la demanda que pasa. Este niño, que articula algo que, para él, todavía no es más que articulación incierta, pero articulación en la cual obtiene placer, a la que se refiere Freud. El dirige su demanda. Digamos que ella parte —felizmente, todavía no ha entrado en juego—, se dibuja algo que parte de este punto, que llamaremos delta o D mayúscula, demanda, y esto.

¿Qué nos describe esto? Esto nos describe la función de la necesidad; algo se expresa, que parte del sujeto y que termina la línea de su necesidad. Es precisamente lo que termina la curva de lo que hemos aislado aquí como el discurso, y éste está hecho con la ayuda de la movilización de algo que es preexistente. Yo no he inventado lalínea del discurso, la puesta en juego del stock, muy reducido en ese momento, del stock del. significante, en tanto que, correlativamente, articula algo.

Vean cómo son las cosas. Si ustedes quieren, superpongan juntos los dos planos, el de la intención, tan confusa como la supongan, del joven sujeto en tanto que dirige el llamado, y el. del significante, tan desordenado también como puedan suponer su uso, en tanto que es movilizado en este esfuerzo, en este llamado que progresa al mismo tiempo, y algo tiene un sentido de crecimiento que ya les he marcado, la utilidad para comprender el efecto retroactivo de la frase, que se riza hasta el fin del segundo tiempo. Observen que esas dos líneas todavía no se han entrecruzado, en otros términos: que el que dice algo, dice a la vez más y menos que lo que debe decir. La referencia aquí al carácter de tanteo del primer uso de la lengua por parte del niño encuentra su pleno empleo.



Esq. 18

En otros términos, si progresa paralelamente sobre las dos líneas el acabamiento de algo que ahí se llamará la demanda, es igualmente al. fin del segundo tiempo que el significante se rizará sobre algo que aquí acaba de una manera tan aproximativa como ustedes quieran, el sentido de la demanda, lo que constituye el mensaje, algo que el Otro —digamos la madre, como para admitir cada tanto la existencia de buenas madres— evoca, propiamente hablando, que coexiste con el acabamiento del mensaje.

Uno y otro se determinan al mismo tiempo, uno como mensaje, el otro como Otro, y en un tercer tiempo de esta doble curva veremos algo que aquí se acaba, y aquí también algo que, al menos a titulo hipotético, vamos a indicar cómo podemos nombrarlos, situarlos en esta estructuración de la demanda, que es la que intentamos poner completamente en la base, en el fundamento, del ejercicio primero del significante en la expresión del deseo.

Yo les pediría que al menos provisoriamente admitan, como la referencia más útil para lo que intentaremos desarrollar ulteriormente, que admitan en el tercer tiempo ese caso ideal en que la demanda de alguna manera encuentra exactamente lo que la prolonga, a saber, el Otro que la retoma a propósito de su mensaje.

Creo que lo que aquí debemos considerar es algo que no puede confundirse exactamente aquí con la satisfacción, ya que en la intervención, en el ejercicio mismo de todo significante a propósito de la manifestación de la necesidad, hay algo que la transforma y que ya le aporta, por el complemento del significante, ese mínimo de transformaciones, de metáforas, para decirlo todo, que hace que lo que es significado es algo más allá de la necesidad bruta, remodelada por el uso del significante.

Para decirlo todo, es aquí que comienza a ejercerse, a intervenir, a entrar en la creación de lo significado, algo que no es una pura y simple traducción de la necesidad, sino una retoma, una reasunción, un remodelado de la necesidad, la creación de un deseo que es otra cosa que la necesidad, que es un deseo más que un significante. Como decía Lenin: el socialismo es algo probablemente muy simpático, pero la comunidad perfecta tiene además la electrificación.

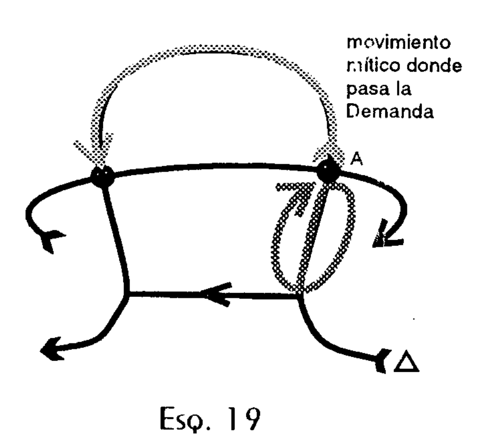
Aquí, en la expresión de la necesidad, esta además el significante. Y del otro lado, aquí, en el tercer tiempo, hay seguramente algo que corresponde a esta aparición milagrosa —la hemos supuesto milagrosa, plenamente satisfactoria de la satisfacción por el Otro de algo, algo que ahí es creado. Es algo que aquí desemboca normalmente en lo que Freud nos presenta como el placer del ejercicio del significante, para decirlo todo: el ejercicio de la cadena significante como tal, en e se caso ideal de éxito, en el caso en que el Otro viene aquí en la prolongación misma del ejercicio del significante. Lo que prolonga el esfuerzo del significante como tal es esta resolución aquí en un placer propio, auténtico, el placer de este uso del significante. Ustedes lo ven sobre algunas líneas límites.

Les ruego que por un instante admitan, a titulo de hipótesis, hablando propiamente, la hipótesis que permanecerá subyacente a todo lo que vamos a intentar concebir que se produce en los casos comunes, en los casos de ejercicio real del significante. Para el uso de la demanda, es algo que estará subtendido por esta referencia primitiva a lo que podríamos llamar el pleno éxito, o el primer éxito, o el éxito mítico, o la forma arcaica primordial del ejercicio del significante.

Ese pasaje pleno, ese pasaje con éxito de la demanda como tal en lo real, en tanto que crea al mismo tiempo el mensaje y el Otro, desemboca por una parte en este recorrido del significante, que es introducido por el uso del significante como tal, y por otra parte prolonga directamente el ejercicio del significante en un placer auténtico. Uno y otro se balancean. Por una parte está este ejercicio que reencontramos, en efecto, con Freud, completamente en el origen del juego verbal como tal, que es un placer originalsiempre listo para resurgir. Y por supuesto, cuánto siempre, en todas partes, lo que ahora vamos a ver de lo que sucede para oponerse a ello, cuán enmascarada esta por otra parte esta novedad que aparece no simplemente en la respuesta a la demanda, sino en el hecho de que en la demanda verbal misma aparece algo original que complejiza, que transforma la necesidad, que la pone sobre el plano de lo que a partir de ahí llamaremos el deseo, siendo el deseo algo que está definido por un decalaje esencial en relación a todo lo que es del orden pura y simplemente de la dirección imaginaria de la necesidad, que es algo que la introduce por sí mismo en otro orden, en el orden simbólico, con todo lo que puede aportar aquí de perturbación.

Para decirlo todo, vemos aquí surgir, a propósito de ese mito primero — al que les ruego referirse, porque es preciso que nos apoyemos sobre esto en todo lo que sigue—, a falta de lo cual se vuelve incomprensible todo lo que nos será articulado por Freud a propósito del mecanismo propio del placer del chiste. Subrayo que esta novedad que aparece en el significado por la introducción del significante es algo que reencontramos por todas partes como una dimensión esencial acentuada por Freud en todos los rodeos, en lo que era manifestación del inconsciente.

Freud nos dice a veces que algo nos aparece al nivel de las formaciones del inconsciente, que se llama sorpresa. Es algo que conviene tomar, no como un accidente de este descubrimiento, sino como una dimensión esencial de su esencia. Hay algo originario, el fenómeno de la sorpresa, que se produce en el interior de una formación del inconsciente, en lento que en sí misma ella choca al sujeto por su carácter sorprendente, pero también en el momento en que ustedes producen su develamiento para el sujeto, ustedes: proponen en él este asentimiento de la sorpresa—. Freud lo indica. en toda clase de puntos, sea en el Análisis de los sueños, sea en la Psicopatología de la vida cotidiana, sea aún, y a todo instante en el. texto del chiste. Esta dimensión de la sorpresa es consustancial a lo que es del deseo, en tanto que este ha pasado al nivel del inconsciente. Esta dimensión, es lo que el Nereo lleva con él de una condición de emergencia que le es propia en tanto que deseo; es propiamente aquella por la cual él es incluso susceptible de entrar en el inconsciente, pues no todo deseo es susceptible de entrar en el inconsciente. Sólo entran en el inconsciente esos deseos que, por haber sido simbolizados, pueden, al entrar en el inconsciente, conservar bajo su forma simbólica,



Esq. 19

bajo la forma de esta huella indestructible cuyo ejemplo retoma Freud en el Witz de los deseos que no se gastan, que no tienen el carácter de impermanencia propio de toda insatisfacción, pero que, al contrario, son soportados por esta estructura simbólica que los mantiene en un cierto nivel de circulación del significante, el que les he designado que en este esquema debe estar situado en este circuito entre el mensaje y el Otro, es decir, ocupando una función, un lugar que, según los casos, según las incidencias en que se produce, hace que sea por las mismas vías que debemos concebir el circuito giratorio del inconsciente en tanto que él está ahí siempre listo para reaparecer.

Es en la acción de la metáfora, en tanto que es por eso que algunos circuitos originales acaben de golpear en el circuito corriente, banal, recibido de la metonimia, que se produce el surgimiento del nuevo sentido, en tanto, finalmente, que en el chiste es manifiesto que se produce es te peloteo entre mensaje y Otro, que va a producir el efecto original del chiste.

Volvamos ahora a entrar en más detalles, para intentar captarlo y concebirlo.

Si ya no estamos en ese nivel primordial, en ese nivel mítico de la primera instauración de la demanda en su forma propia, ¿cómo pasan las cosas?

Remitámonos a ese tema absolutamente fundamental a todo lo largo de las historias de chistes. No se ve más que esto, no se ven más que pedigüeños a quienes se otorgan cosas, sea que se les otorgue lo que no piden sea que se les haya otorgado lo que piden y

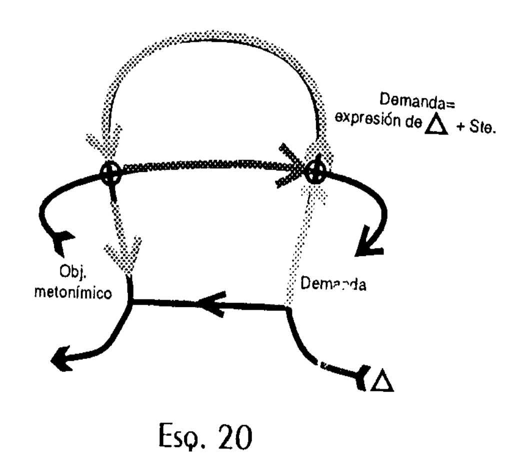
hacen de eso otro uso, sea que frente a quien les ha dado se comporten con una muy especial insolencia que reproduce, si. se puede decir, en la relación entre el demandante y el solicitado, esa bendita dimensión de la ingratitud. Si no, sería verdaderamente insoportable acceder a ninguna demanda, pues observen, como nos lo ha hecho notar con mucha pertinencia nuestro amigo Mannoni en una excelente obra, que el mecanismo normal de la demanda a la cual se accede es provocar demandas siempre renovadas, pues a l fin de cuentas, ¿qué es esta demanda, en tanto que ella encuentra a su auditor, la oreja para la que está destinada?

Hagamos aquí un poquito de etimología, aunque no sea sino en el uso del significante(28) que reside forzosamente la dimensión esencial a la que uno debe referirse. Sin embargo, un poco de etimología esta bien para aclararnos.

Esta demanda, tan marcada por los temas de la exigencia en la práctica concreta, en el uso, en el empleo del término, y más todavía en el anglosajón que en otras lenguas, pero también en otras lenguas, originariamente es demandare, es confiarse, es, sobre el plano de una comunidad de registro y de lenguaje, una entrega de sí, de todas sus necesidades, a un otro. El material significante de la demanda se presta sin duda para tomar otro acento que le es muy especialmente impuesto por el ejercicio efectivo de la demanda.

Pero aquí, el hecho del. origen de los materiales empleados metafóricamente, ustedes lo ven por el progreso de la lengua, está bien para instruirnos de lo que se trata en ese famoso complejo de dependencia que recién evocaba según los términos de Mannoni. En efecto, cuando aquél que demanda puede pensar que efectivamente el otro ha verdaderamente aceptado una de sus demandas, no tiene allí en efecto más limites: él puede, él debe, es normal que él le confíe todas sus necesidades. Todo lo que yo evocaba hace un momento de los beneficios de la ingratitud, pone un término a las cosas, pone un término a lo que no sabría detenerse.

Pero, también, el pedigüeño no tiene la costumbre, por experiencia, de presentar así su demanda toda desnuda; la demanda no tiene nada de confiada, él sabe demasiado bien con qué tiene que vérselas en el espíritu del otro, y es por eso que disfraza su demanda. Es decir, que él demanda algo de lo que tiene necesidad en nombre de otra cosa, de la que a veces tiene necesidad también, pero que será más fácilmente admitida como pretexto a la demanda; a la necesidad de esta otra cosa, si no la tiene la inventará, pura y simplemente, y sobre todo tendrá en cuenta, en la formulación de su demanda, lo que es el sistema del otro, al que yo hacia alusión recién. Se dirigirá de una cierta manera a la benefactora, de otra manera al banquero —todos personajes que se perfilan de una manera tan divertida—, de otra manera al casamentero, de otra manera a estos o a aquéllos, es decir que su deseo no solamente estará capturado y ordenado en el sistema del significante, sino en el sistema del significante tal como esta instaurado, instituido en el otro, es decir, según el código del otro, y, simplemente, su demanda comenzará a formularse a partir del otro, para ante todo reflejarse sobre algo que desde hace mucho tiempo ha pasado al estado activo en su discurso, sobre el yo (je), aquí y ahí, que profiere la demanda para reflejarla sobre el otro, e ir por este circuito a acabar en mensaje.



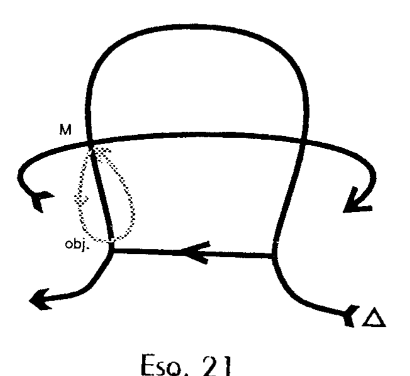
Esq. 20

¿Qué quiere decir? Esto es el llamado, la intención, es el circuito de la necesidad secundaria, a la que ustedes ven que todavía no hay tanta necesidad de darle demasiado el. acento de la razón, sino el del control, control por el sistema del otro, que por supuesto implica ya todo tipo de factores, que únicamente para el caso estamos fundados para calificar de racionales Digamos que si es racional tenerlo en cuenta, no está por eso implicado en su estructura que sean efectivamente racionales.

¿Qué sucede sobre la cadena del significante según esos tres tiempos que vemos aquí describirse? Es algo que de nuevo moviliza todo el aparato, toda la disposición, todo el material para llegar aquí ante todo a algo, pero a algo que no pasa de golpe hacia el otro, que viene aquí a reflejarse en ese algo que en el segundo tiempo ha correspondido al llamado al otro, es decir, en este objeto en tanto que es el objeto admisible para el otro, que es el objeto de lo que quiere desear el otro, que es el objeto metonímico, y es por reflejarse sobre este objeto, por venir en el tercer tiempo a converger hacia el mensaje , que nos encontramos pues aquí, no en este feliz estado de satisfacción que hubiéramos obtenido al cabo de los tres tiempos de la primera mítica representación de la demanda y de su éxito con su novedad sorprendente y su placer por sí mismo satisfactorio. Nos encontramos detenidos sobre un mensaje que lleva en sí mismo ese carácter de ambigüedad de ser el reencuentro de una formulación aliena desde su punto de partida, en tanto que parte del Otro, y por este lado va a desembocar en algo que de alguna manera es deseo del Otro, en tanto que es del. Otro mismo que ha sido evocado el llamado, y, por otra parte, en su aparato significante mismo, por introducir todo tipo de elementos convencionales que son, propiamente hablando, Lo que llamaremos el carácter de comunidad, o de desplazamiento propiamente hablando, de los objetos, en tanto que los objetos están profundamente arreglados por el mundo del Otro. Y hemos visto que el discurso, entre esos dos puntos de terminación de la flecha en el tercer tiempo, es algo tan sorprenderte, que es eso mismo lo que puede desembocar en lo que llamaremos lapsus, tropiezo de palabras por las dos vías .

No es cierto que sea una significación unívoca la formada es tan poco unívoca que el carácter de error y desconocimiento del lenguaje es su dimensión esencial.

Es sobre la ambigüedad de esta formación de mensaje que va a trabajar el chiste es a partir de ese punto, a títulos diversos, que puede ser formado el chiste. Yo no trazaré hoy, todavía diversidad de las formas bajo las cuales ese mensaje puede ser retomado tal como está constituido bajo su forma ambigüa esencial, bajo su forma ambigüa en cuanto a la estructura, para seguir un tratamiento que tiene, según lo que nos ha dicho Freud, el fin de restaurar finalmente el encaminamiento ideal que debe concluir en la sorpresa de una novedad, por una parte, y, por otra parte en el placer del juego del significante. Este es el objeto del chiste.



Esq. 21

El objeto del chiste es reevocarnos esta dimensión por la cual el deseo, si no recupera, al menos indica todo lo que ha perdido en el curso del camino, a saber, lo que ha dejado a nivel de la cadena metonímica, por una parte de residuos por otra parte lo que no realiza plenamente a nivel de la metáfora, si llamamos metáfora natural a lo que ha pasado recién en esta pura y simple ideal transición del deseo, en tanto que se forma en el sujeto, hacia el Otro que lo retoma, y que accede a él.

Nos encontramos aquí en un estadio más evolucionado, en el estadio en que ya han intervenido en la psicología del sujeto esas dos cosas que se llaman el yo (je), por una parte, y por otra par te el objeto profundamente transformado que es el objeto metonímico. Nos encontramos ante la metáfora, no la natural, sino el ejercicio corriente de la metáfora que tiene éxito o que fracasa en esta ambigüedad del mensaje del que se trata o no a hora de valorizar en las condiciones que quedan al estado natural Tenemos toda una parte de ese deseo que va a continuar circulando bajo la forma de un residuo del significante en el inconsciente. En el caso del chiste, por una suerte de forzamiento, de sombra feliz de éxitos asombrosos y puramente vehiculizados por el significante, de reflejos de la satisfacción antigua algo va a pasar, que muy exactamente tiene por efecto reproducir ese placer primero de la demanda satisfecha, al mismo tiempo que ésta accede a una novedad original. Es ese algo que el chiste, por su esencia, realiza, ¿y realiza cómo?

Qué hemos visto hasta aquí? Hemos dicho, en suma, que de lo que se trata para esto, es que este esquema puede servirnos para percibir ese algo que es el acabamiento de la curva primera de esta cadena significante, y que es también algo que prolonga lo que pasa de la necesidad intencional en el discurso. ¿Como? Por el chiste, ¿Pero cómo va a llegar a aparecer el chiste?

Aquí reencontramos las dimensiones del sentido y del contrasentido (non-sens), pero creo que debemos estrecharlas de más cerca.

Si algo ha sido apuntado en lo que la últimavez les he dado como indicación de la función metonímica, es hablando propiamente, lo que en el desarrollo simple de la cadena significante se produce de igualación, de nivelamiento, de equivalencia, es decir, de tantas borraduras como una reducción del sentido.

Esto no quiere decir que sea el contrasentido es algo que, por el sólo hecho de que yo había tomado la referencia marxista, que ponernos en función dos objetos de necesidad, de modo tal que uno deviene la medida del valor del otro, borra de él lo que es precisamente el orden de la necesidad, y por este hecho lo introduce en el ordendel valor, desde el punto de vista del sentido, por una especie de neologismo que presenta también una ambigüedad puede ser llamado el de-sentido (dé-sens). Llamémoslo hoy, simplemente el poco de sentido (peu de sens), y así verán bien, una vez que tengan esta clave, la significación de la cadena metonímica de este poco de sentido.

Allí está precisamente aquello sobre lo cuál juegan la mayor parte de los chistes. Conviene que el chiste valorice, haga salir el carácter no de contrasentido, nosotros no estamos en el chiste de esas almas nobles que inmediatamente tras el gran desierto de la que habremos revelado los grandes misterios de la absurdidad general, el discurso del alma bella, si no ha logrado ennoblecer nuestros sentimientos a ennoblecido recientemente su dignidad de escritor. Pero en tanto ese discurso sobre el contrasentido no es menos el discurso más vano que hubiéramos podido escuchar jamás. No hay absoluta ente juego del contrasentido pero cada vez que el equivoco es introducido —así se tratase de la historia del becerro, de ese becerro con el cual yo mismo me divertía la última vez al hacer de él casi la respuesta de Heinrich Heine, digamos que ese becerro, después de todo no vale mucho que digamos en la fecha en que se habla de él—, y también todo lo que ustedes pueden encontrar en los juegos de palabras, más especialmente aquellos que se llaman juegos de pablabras del. pensamiento, consiste en jugar sobre esta delgadez de las palabras par a sostener un sentido pleno.

Es este poco de sentido el que como tal es retomado y por donde algo pasa que reduce en su alcance a este mensaje, en tanto que es, a la vez éxito, fracaso, pero forma necesaria de toda formulación de la demanda, y que viene a interrogar al Otro a propósito de ese poco de sentido aquí y la dimensión esencial del Otro.

Eso por lo que Freud se detiene, como en algo completamente primordial, en la naturaleza misma del mot d' esprit, del trait d' esprit(29), es que no hay chiste solitario, el chiste es solidario de algo, aunque nosotros mismos lo hayamos forjado, inventado, si es que nosotros inventamos chiste y no que él nos inventa a nosotros. Experimentamos la necesidad de proponerlo al Otro, es el Otro quien está encargado de autentificarlo.

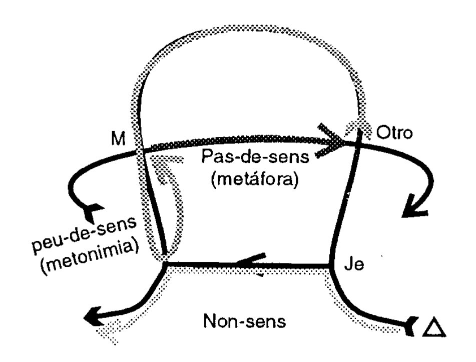
¿Qué es este Otro? ¿Por qué este Otro? ¿Qué es esta necesidad del Otro?

Yo no sé si hoy tendremos tiempo suficiente para definirlo, para darle su estructura y sus

límites, pero en el punto al que hemos llegando diremos simplemente esto: que lo que es comunicado en el chiste al Otro, es lo que juega esencialmente de una manera ya singularmente astuta, y de la que conviene sostener ante nuestros, ojos el carácter del que se trata. De lo que se trata siempre, es no de provocar esa invocación patética de no sé qué absurdidad fundamental, a la que hacia alusión recién al referirme a la obra de una de las grandes cabezas locas de esta época. Lo que se trata de sugerir es esta dimensión del poco de sentido interrogando de alguna manera el valor como tal, intimándolo si se puede decir a realizar su dimensión de valor, intimándolo a develarse como verdadero valor, lo que es, obsérvenlo bien, una astucia del lenguaje, pues cuanto más se devele como verdadero valor más se develará como estando soportarlo por lo que yo llamo el poco de sentidos El no puede responder más que en el sentido del poco de sentido, y es ahí que está la naturaleza del mensaje propio del chiste, es decir, eso en lo cual aquí, a nivel del mensaje yo retomo con el Otro se camino interrumpido de la metonimia, y le llevo esta interrogación: ¿qué quiere decir todo eso?

El chiste no se acaba sino más allá de éste, es decir, en tanto que el Otro acusa el golpe, responde al chiste, lo autentifica como chiste es decir, percibe lo que, en ese vehículo como tal de la pregunta sobre el poco de sentido, lo que hay ahí de demanda de sentido, es decir, de evocación de un, sentido más allá de ese algo que estás inacabado y que en todo eso ha quedado en el camino, marcado por el signo del Otro, que marca sobre todo con su profunda ambigüedad toda formulación del deseo, ligándolo como tal, y hablando propiamente a las necesidades, y a las ambigüedades del significante como tal, a la homonimia, hablando propiamente, entiendan, a la homofonía. Es por eso que el Otro responde a eso, es decir, sobre el circuito superior, el que va de A al mensaje, y autentificica ¿que?

Lo que hay ahí adentro, diríamos, de contrasentido (non-sens). Ahí también insisto. Yo no creo que sea necesario mantener este término no de contrasentido, que no tiene sentido más que en la perspectiva de la razón de la crítica, es decir que esto, precisamente, está evitado en este circuito.



Les propongo la fórmula del paso-de-sentido (pas-de-sens); del paso-de-sentido como se dice el pal-de-vis (vuelta de tornillo), el pas-de-quatre, el pas-de-suze, el Pas-de-Calais(30), Este paso-de-sentido es, propiamente hablando, lo que es realizado en la metáfora, pues en la metáfora es la intención del sujeto, es la necesidad del sujeto la que, más allá del uso metonímico, más allá de lo que se encuentra en la medida común en los valores recibidos para satisfacerse introduce justamente este paso-de-sentido este algo que, sofocando un elemento en el lugar en que está al sustituirlo por otro, casi diría por cualquiera, introduce siempre este más allá de la necesidad por relación a todo deseo formulado que está en el origen de la metáfora.

¿Qué es lo que hace ahí el chiste? No indica nada más que la dimensión misma el como tal, hablando propiamente, el paso si puedo decir en su forma, el paso vaciado de toda especie de necesidad que aquí expresaría de todos modos lo que, en el chiste, puede manifestar lo que en mi está latente como deseo, y, por supuesto algo, que pueda encontrar eco en el otro, pero no forzosamente.

Lo importante es que esta dimensión del paso-de-sentido sea retornada, autentificada. Es a eso que corresponde un desplazamiento. No es, más allá del objeto que se produce la novedad al mismo tiempo que el paso-de-sentido, al mismo tiempo que para los dos sujetos. Aquél que habla es aquél que habla al otro, que le comunica como chiste, él ha recorrido este segmento de la dimensión metonímica, él ha hecho recibir el poco de sentido como tal. El Otro ha autentificado el paso-de-sentido, y el placer se acaba para el sujeto. Es en tanto que ha llegado a sorprender al otro con su chiste fue le cosecha el placer que es precisamente el mismo placer primitivo que el sujeto mítico arcaico, infantil primordial que les evocaba recién, había recogido el primer uso del significante.

Los dejaré sobre este recorrido. Espero que no les haya parecido demasiado artificial, ni demasiado pedante. Me excuso con aquéllos a quienes este tipo de pequeños ejercicios de trapecio les trae dolor de cabeza . A pesar de todo creo que es necesario no porque no los crea de un espíritu capaz de captar estas cosas" pero no creo que lo que yo llamo vuestro buen sentido sea algo tan adulterado por los estudios médicos, psicológicos, analíticos y otros a los que se han entregado como para que no puedan seguirme en estos caminos por simples alusiones. Sin embargo, las leyes de mi enseñanza no vuelven extemporáneo que separemos de cualquier manera estas etapas, esos tiempos esenciales del progreso de la subjetividad en el chiste.

Subjetividad. Esa es la palabra a la que llego ahora, puesto que hasta el presente y hoy mismo al trabajar con ustedes los caminos el significante, falta algo en medio de todo eso o falta no sin la razón, ustedes lo verán no es por nada que en medio de todo esto hoy no veamos aparecer sino sujetos casi ausentes, especies de soportes para reenviar la pelota del significante y sin embargo ¿qué más esencial a la dimensión del chiste que la subjetividad?

Cuando digo subjetividad, digo que en ninguna parte es aprehensible el objeto del chiste, puesto que incluso lo que él designa más allá de lo que formula, su carácter de alusión esencial, de alusión interna, es algo que aquí no hace alusión a nada, si no es a la necesidad del paso-de-sentido.

Y sin embargo, en esta ausencia total de objeto, al fin de cuentas, algo sostiene al chiste que es lo más vivido de lo vivido, lo más asumido de lo asumido, algo que hace de él hablando propiamente, una cosa tan subjetiva. Como dice en alguna parte Freud, esta condicionalidad subjetiva esencial, la palabra soberana es ahí la que surge entre líneas. "No es chiste", dice, con ese carácter acerado de las fórmulas que uno casi no encuentra en ningún autor literario, jamás vi eso bajo la pluma de nadie, "no es chiste más que lo que yo mismo reconozco como chiste", y sin embargo tengo necesidad del otro, pues todo su capítulo, el que sigue a aquel del que acabo de hablarles; hoy, a saber, del mecanismo del placer, y que él llama Los motivos del chiste, las tendencias sociales valorizadas por el chiste —se lo ha traducido en francés por los móviles, yo jamás comprendí por qué se traducía motivo por móvil, en francés— tienen por referencia esencial a este otro.

No hay placer del chiste sin este otro, este otro también en tanto que sujeto, esas relaciones de los dos sujetos, de aquél que él llama la primera persona del chiste, aquél que lo hace, y aquél al cual, dice, es absolutamente necesario que se lo comunique. El orden del otro que esto sugiere, y para decirlo todo desde ahora, el hecho de que este otro es, hablando propiamente, y esto con rasgos carácterísticos que no son comprensibles en ninguna otra parte con tal relieve, que en ese nivel ese otro sea aquí lo que yo llamo el Otro con una A mayúscula.

Es lo que espero mostrarles la próxima vez.

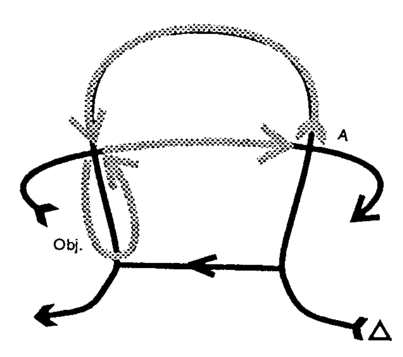


11 de Diciembre de 1957

Hoy tengo para decirles cosas muy importantes.

La última vez hemos dejado las cosas sobre la función del sujeto en el chiste. Pienso que el peso de mi sujeto, bajo pretexto de que aquí nos servirnos de él, no por eso ha devenido para ustedes algo de lo que uno se sirve como de un felpudo. Cuando uno se sirve de la palabra sujeto, eso comporta generalmente vivas reacciónes muy personales a veces emotivas, en aquellos que se atienen ante todo a la objetividad.

Por otra parte, hablamos llegado a esta suerte de punto de concurrencia, que está situado aquí y que llamamos A,



Esq. 23

dicho de otro modo el Otro, en tanto que lugar del código, lugar donde llega el mensaje constituido por el chiste, por esta vía que en nuestro esquema puede ser franqueada a ese nivel, del mensaje al Otro, y que es la vía de la simple sucesión de la cadena significante en tanto que fundamento de lo que se produce al nivel del discurso, es decir por esta vía donde en el texto de la frase se manifiesta ese algo esencial que emana, que es lo que hemos llamado el poco de sentido (peu de sens).

Esta homologación del poco de sentido de la frase, siempre más o menos manifiesto en el chiste, por el Otro, es lo que hemos indicado la última vez, y sin detenernos en ello, contentándonos con decir que desde el Otro, lo que es aquí transmitido, es relanzado en una doble operación que retorna al nivel del mensaje que homologa elmensaje, lo que constituye el chiste, y esto en tanto que el Otro ha recibido lo que se presenta como un poco de sentido, y lo transforma en lo que nosotros mismos hemos llamado de una manera equivoca, ambigüa, el paso-de-sentido (pas-de-sens).

Lo que hemos subrayado de este modo, no es la ausencia de sentido, ni el contrasentido, sino que es un paso—en el apercibimiento de lo que el sentido muestra de su procedimiento, de lo que tiene siempre de metafórico, de alusivo, de eso en lo cual la necesidad, a partir del momento en que ha pasado por la dialéctica de la demanda introducida por la existencia del significante, esta necesidad, de alguna manera no es jamás alcanzada. Es por una serie de pasos semejantes a aquellos por los cuales Aquiles no alcanza jamás a la tortuga, que todo lo que es del lenguaje procede y tiende a recrear ese sentido pleno, ese sentido en otra parte, ese sentido sin embargo jamás alcanzado.

He aquí el esquema al cual hemos llegado en el último cuarto de hora de nuestro discurso de la última vez, que parece que estaba un poco fatigado, como algunos me dijeron. Mis frases no estaban terminadas, según el decir de alumnos. Sin embargo, a la lectura de mi texto, yo no encontré que ellas carecieran de cola. Es porque yo intento propulsarme paso a paso en algo difícilmente comunicable, que es preciso que esos tropiezos se produzcan. Me excuso si ellos se renuevan hoy.

Hemos llegado al punto en que nos es preciso interrogarnos sobre la función de este Otro, para decir todo sobre la esencia de este Otro en ese franqueamiento que llamamos, lo hemos indicado suficientemente, bajo el titulo del paso-de-sentido; este paso-de-sentido en tanto que es de alguna manera el retobo parcial de esa plenitud ideal de la demanda pura y simplemente realizada de donde hemos partido, como punto de partida de nuestra dialéctica. Este paso-de-sentido, ¿por qué transmutación, transubstanciación, operación sutil de comunión, si se puede decir, puede ser asumido por el Otro? ¿Qué es este Otro?

Para decir todo, he ahí algo que nos es suficientemente indicado por la problemática que Freud mismo subraya cuando nos habla del chiste, con ese poder de suspensión de la cuestión que hace que indiscutiblemente más yo leo —y no me privo de eso— las distintas tentativas que han sido hechas en el curso de las edades para estrechar de cerca esta cuestión misterio del chiste, no veo verdaderamente, en algunos autores a los que me dirijo, e incluso remontando al período fecundo, al período romántico, a ningún autor que solamente haya reunido los elementos primeros, materia les de la cuestión. Una cosa como ésta, por ejemplo, en la cual Freud se detiene aquí, se puede decir doblemente, que por una parte, dice él con ese tono soberano que es el suyo y que corta de tal manera con la ordinaria timidez ruborosa de los discursos científicos, "no es chiste más que lo que yo reconozco como tal", esto es lo que él llama esa irreductible condicionalidad subjetiva del ingenio (esprit), y el sujeto es ahí aquél que habla, dice Freud mismo. Y por otra parte, valorizando que en posesión de algo que es propiamente hablando del orden del ingenio, yo no tengo más que una prisa, yo no puedo incluso recoger plenamente el placer del chiste, de la historia, más que si he hecho, si se puede decir, su prueba sobre el otro, más aún: más que si, de alguna manera, he transmitido su contexto.

No me sería difícil hacer aparecer esta perspectiva, esta suerte de juego de espejos por el cual, cuando cuento una historia, si con ello busco verdaderamente el acabamiento, el reposo, el acuerdo de mi placer en el consentimiento del Otro, queda en el horizonte que este Otro contar a su vez esta historia, y la transmitir a otros, y a sí sucesivamente.

(31) gráfico(32)

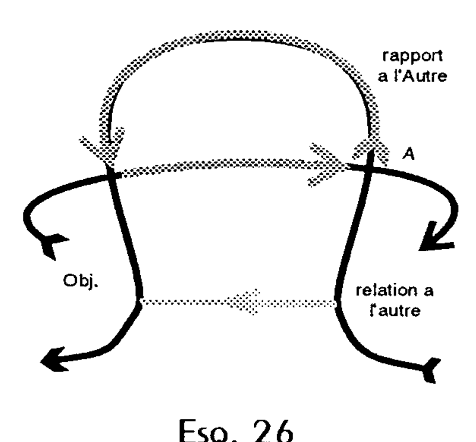
Estas especies de dos cabos de la cadena no tienen de ingenio más que lo que yo mismo siento como tal. Pero por otra parte no hay nada suficiente en mi propio consentimiento a este respecto, que el placer del chiste se acabe en el Otro y por el Otro. Digamos, si ponemos mucha atención en lo que decimos, quiero decir si no vemos ahí ninguna especie de simplificación que podría estar implicada en este término, que el chiste debe ser comunicado, a condición de que dejemos en este término de comunicación una abertura de la que no sabemos que vendrá a llenarla.

Nos encontramos pues, en la observación de Freud, ante ese algo esencial que ya conocemos, a saber la cuestión de lo que es este Otro que es de alguna manera el correlativo del sujeto. Aquí encontramos esta correlación afirmada en una exigencia, en una verdadera necesidad inscripta en el fenómeno. Pero la forma de esta relación del sujeto al Otro, nosotros ya la conocemos; ya la conocemos desde que aquí hemos insistido sobre el modo necesario bajo el cual nuestra reflexión nos propone el término subjetividad.

He hecho alusión a esta suerte de objeción que podría venir a unos espíritus formados en

una cierta disciplina, y que tratan, bajo pretexto de que el psicoanálisis se presenta como ciencia, de introducir la exigencia de que jamás hablemos más que de cosas objetivables, a saber aquellas sobre las cuales puede lograrse el acuerdo de la experiencia, y que por el sólo hecho de hablar del sujeto, deviene una cosa subjetiva y que no es científica, implicando por eso en la noción de sujeto esa cosa que en un cierto nivel está allí, a saber que está más acá del objeto que de alguna manera permite ponerle su soporte. Está más allá, tanto como detrás del objeto, lo que nos presenta esta suerte de incognoscible sustancia, en resumen, ese algo refractario a la objetivación de la que de alguna manera vuestra educación, vuestra formación psicológica, nos aporta todo el armamento.

Naturalmente, esto desemboca sobre modos de objeciones todavía mucho más vulgares. Quiero decir que la identificación del término de lo subjetivo con los efectos deformantes del sentimiento sobre la experiencia de un otro, no introducen menos allí, por otra parte, yo no sé qué espejismo transparente que lo funda en esta suerte de inmanencia de la conciencia a sí misma, en que uno se fía un poco demasiado rápido para resumir con ello el tema del cogito cartesiano; en resumen, toda una serie de malezas que no están ahí sino para interponerse entre nosotros y lo que designamos cuando ponemos en juego la subjetividad en nuestra experiencia. De nuestra experiencia de analistas, ella es ineliminable, y de una manera que pasa por una vía que pasa completamente por otra parte que por la vía donde se le podrían levantar obstáculos.



Esq. 26

La subjetividad es, para el analista, para aquél que procede por la vía de un cierto diálogo, lo que debe tomar en cuenta en sus cálculos cuan do tiene que vérselas con ese Otro que puede hacer entrar en los suyos su propio error, y no buscar provocarla como tal.

He aquí una fórmula que les propongo, y que es seguramente algo sensible. La menor referencia a la partida de ajedrez, o incluso al juego de par e impar, basta para asegurarla. Digamos que al plantear así los términos, la subjetividad emerge, o parece emerger —ya he subrayado todo esto en otro lugar, no es útil que lo retome aquí— en el estado dual, es decir, desde que hay lucha o camuflaje en la lucha o la parada. Sin embargo, seguramente todavía parecemos ver aquí jugar de alguna manera su reflejo. He ilustrado esto mediante términos, que no tengo necesidad de retomar, creo, de la aproximación y los fenómenos de erección fascinatoria en la lucha interanimal, incluso de la parada inter-sexual.

Vemos allí seguramente una suerte de coaptación natural, cuyo carácter precisamente de recíproca aproximación, de una conducta que debe converger en el abrazo, es decir al nivel motor, al nivel que se llama behaviourista, en ese aspecto completamente sorprendente de ese animal, que parece ejecutar una danza.

Es eso lo que deja también algo ambigüo en la noción de intersubjetividad, en este caso. La fascinación recíproca puede ser concebida simplemente como sometida a la regulación de un ciclo aislable en el proceso instintual, lo que tras el estado apetitivo permite acabar la consumación del fin instintual que es, propiamente hablando, buscado. Podemos reducirlo a un mecanismo innato, a un mecanismo de relevo innato que, sin el problema de la función de esta captación imaginaria, termina por reducirse en la oscuridad general de toda la teología viviente, y que, tras haber surgido por un instante de la oposición, si se puede decir, de los dos sujetos, puede, en un esfuerzo de objetivación, nuevamente desvanecerse, borrarse.

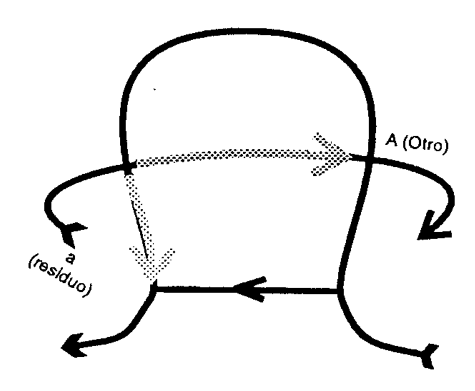
Sucede de muy otro modo desde que introducimos en el problema las resistencias, cualesquiera, bajo una forma cualquiera, de una cadena significante. La cadena significante como tal introduce en esto una heterogeneidad esencial — entiendan heterogeneidad con el acento puesto sobre el héteros, que significa inspirado, en griego, y cuya aceptación propia en latín es la del resto, del residuo. Hay un resto desde que hacemos entrar en juego el significante, desde que es por el intermediario de una cadena significante que el uno al otro se dirigen y se relaciónan. Una subjetividad de otro orden se instaura, la que se refiere al lugar de la verdad como tal, y que vuelve a mi conducta ya no engañadora, sino provocadora, con lo que esta allí incluido, es decir lo que incluso para la mentira, debe hacer llamado a la verdad y que puede hacer de la verdad misma algo que no parece ser del registro de la verdad.

Acuérdense de este ejemplo: ¿por qué me dices que vas a Cracovia cuando verdaderamente vas a Cracovia? Esto puede hacer de la verdad misma la necesidad de la mentira, que mucho más lejos toda vía hace depender la calificación de mi buena fe en el momento en que doy vuelta las cartas, es decir que me pongo a merced de la apreciación del otro, en tanto que él piensa sorprender mi juego mientras que precisamente estoy en el trance de mostrárselo, y que somete la discriminación de la bravata y del engaño a la merced de la mala fe del otro.

Estas dimensiones esenciales son simples experiencias de la experiencia cotidiana, pero aunque estén tejidas en nuestra experiencia cotidiana, no somos menos llevados a eludirlas, ¿y por qué?

Por la razón de que, en tanto que la experiencia analítica y la posición freudiana no nos hayan mostrado esta hétero—dimensión del significante jugar por sí sola, en tanto que no la hayamos tocado, realizado, a esta hétero—dimensión, nosotros podremos creer, y no dejaremos de creer — y todo el pensamiento freudiano está impregnado por esta creencia fundada sobre algo que marca la heterogeneidad de la función significante, a saber ese

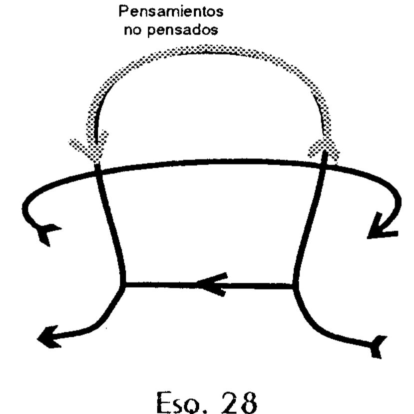
carácter radical de la relación del sujeto al Otro en tanto que habla; ella ha sido enmascarada hasta Freud por el hecho de que tenemos por admitido, de alguna manera, que el sujeto habla, si se puede decir, según su conciencia, buena o mala. Lo que quiere decir que pensamos que el sujeto no habla nunca sin una cierta intención de significación. La intención está detrás de su mentira o de su sinceridad, poco importa, pero esta intención es irrisoria, es decir que si ella es tenida por fracasada, quiero decir que creyendo decírmela, el sujeto dice la verdad, o se engaña, incluso en su esfuerzo hacia la confesión, no queda menos que la intención era hasta el presente confundida, en esta ocasión, con la dimensión de la conciencia, porque esta conciencia nos parecía inherente a lo que el sujeto tenía que decir en tanto que significación.



Esq. 27

Lo menos que hasta aquí se haya tenido por afirmable, es que el sujeto tenía que decir siempre una significación, y, por este hecho, la dimensión de la conciencia le parecía inherente. Los obstáculos, las objeciones al tema del inconsciente freudiano, encuentran ahí su resorte ultimo? Cómo prever de los Tra.....gung, tales como Freud nos los presenta, a saber ese algo que, en suma, para la aprehensión, la intuición corriente, se presenta como pensamientos que no son pensados?

Es por esto que un verdadero exorcismo es necesario al nivel de este tema del pensamiento. Seguramente, el tema del cogito cartesiano conserva toda su fuerza, pero su nocividad, si puedo decir, en esta ocasión, depende de que siempre está inflexionado; quiero decir, que este "yo pienso entonces yo soy", es difícil de captar en la agudeza de su resorte, y por otra parte quizá no es si no un chiste. Pero dejémoslo sobre este plano, no hemos llegado a manifestar las relaciones de la filosofía el chiste. El cartesiano es efectivamente experimentado en la conciencia de cada uno de nosotros, no como un "pienso entonces soy", sino como un "yo soy como pienso", y, por supuesto, esto supone detrás un "yo pienso como respiro", naturalmente.



Esq. 28

Creo que es suficiente tener la menor experiencia reflexiva de lo que soporta la actividad mental de los que nos rodean, y, puesto que somos sabios, hablemos de aquellos que están comprometidos en las grandes obras científicas, para que muy rápido podamos hacernos la noción de que sin duda no hay, término medio, muchos más pensamientos en acción en el conjunto de este cuerpo cogitante, que en el de cualquier industriosa empleada doméstica presa de las necesidades más inmediatas de la existencia. El término, la dimensión del pensamiento, no tiene absolutamente nada que ver con la importancia del discurso vehiculizado; más aún: más este discurso es coherente y consistente, más parece prestarse a todas las formas de la ausencia en cuanto a lo que puede ser razonablemente definido como una pregunta planteada por el sujeto a su existencia en tanto que sujeto.

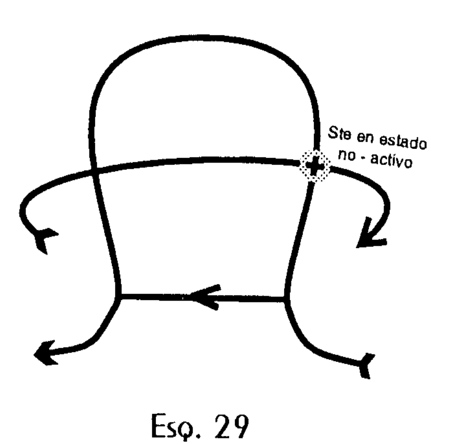
Al fin de cuentas, henos aquí nuevamente confrontados con que un sujeto piensa en nosotros, piensa según unas leyes que encontramos que son, propiamente hablando, las mismas que las leyes de la organización de la cadena significante, que este significante en acción que se llama en nosotros el inconsciente, y designado como tal por Freud, y de tal modo vuelto original, separado de todo lo que es juego de la tendencia, que Freud, bajo mil formas, nos repite que se trata de otra escena psíquica. El término está repetido a cada instante en la Traumdeutung, y en verdad está tomado prestado a Fechner por Freud.

Ya he subrayado la singularidad del contexto fechneriano, que esta lejos de ser algo que podamos reducir a la observación del paralelismo psico-físico, e incluso a las extrañas extrapolaciones a las que Fechner se entrega por el hecho de su existencia, por él afirmada, del dominio de la conciencia.

El hecho de que Freud tomé prestado, para su lectura profundizada de Fechner, este termino de otra escena psíquica, es algo que siempre está puesto por él en correlación con la heterogeneidad estricta de las leyes concernientes al inconsciente, en relación a todo lo que puede relaciónarse con el dominio del preconsciente, es decir al dominio de lo comprensible, al dominio de la significación.

Este otro del que se trata, y que Freud vuelve a encontrar, que denomina también referencia de la escena psíquica a propósito del chiste, es aquél cuya cuestión hoy vamos a plantear, es aquél que Freud nos trae sin cesar a propósito de las vías y del procedimiento mismo del chiste. "No hay para nosotros, dice, posibilidad de emergencia de este chiste, sin una cierta sorpresa" y en alemán esto es todavía más impactante, ese algo que vuelve al sujeto de alguna manera extranjero al contenido inmediato de la frase, ese algo que se presenta en la ocasión por medio del contrasentido (non-sens) aparente, del contrasentido escuchado en relación a la significación de la que se puede decir en un momento "no comprendo", "estoy desconcertado", esa ruptura, el asentimiento del sujeto en relación a lo que asume, de alguna manera no hay contenido verdadero en esa frase.

Esta es la primera etapa, nos dice Freud, de la preparación natural del chiste, y es en el interior de esto que va a producirse ese algo que para el sujeto va a constituir justamente esa suerte de generador de placer, de placerógeno, que es el carácter del chiste.



Esq. 29

¿Qué sucede a ese nivel? ¿Cuál es, de alguna manera, este orden del Otro que esta invocado en el sujeto? Puesto que también hay algo inmediato en él, que se le da vueltas por medio del chiste, la técnica de este movimiento giratorio debe in formarnos sobre lo que es apuntado, sobre lo que debe ser alcanzado como modo del Otro en el sujeto.

Es en esto que vamos a detenernos hoy, y para introducirlo, hasta aquí nunca me he referido más que a las historias referidas por Freud mismo, o poco más o menos. Ahora voy a introducirlo por medio de una historia que tampoco está elegido especialmente. Cuando resolví abordar este año ante ustedes la cuestión del witz o del wit, comencé una pequeña encuesta. No hay nada asombroso en que haya comenzado interrogando a un poeta, y a un poeta que precisamente introduce en su prosa, como también ocasionalmente en unas formas más poéticas, de una manera muy particular, esta dimensión de un cierto espíritu especialmente danzante que habita de alguna manera su obra, y que incluso hace jugar cuando a veces habla pues también es un matemático— de matemáticas. Para decirlo todo, he nombrado aquí a Raymond Queneau.

Estando dicho que intercambiaríamos sobre eso nuestras primeras palabras, me ha contado una historia. Como siempre, no hay como el interior de la experiencia analítica para que las cosas les vengan como anillo al dedo. Me había pasado todo un año hablándoles de la función significante del caballo en el chiste, y he aquí a ese caballo, que va a volver a entrar de una manera muy extraña en nuestro campo de atención.

La historia que Queneau me ha contado, ustedes no la conocen; él la tomó exactamente como ejemplo de lo que se pueden llamar las historias chistósas largas, opuestas a las historias cortas. Es en verdad toda una primera clasificación, lo veremos, que condiciona, como dice en alguna parte Jean-Paul Richter, el cuerpo y el alma del chiste, a la que se puede oponer la frase del monólogo de Hamlet, quien dice que si la concisión es prodiga da por el chiste, ella no es más que su cuerpo y su aderezo.

Las dos cosas son verdaderas, porque los dos autores sabían de que, hablaban. Ustedes van a ver en efecto si este término de historia larga conviene a la historia de Queneau, pues el chiste sucede en alguna parte.

He ahí, pues, la historia. Es una historia de examen, de bachillerato si quieren. Está el candidato, está el examinador.

—Hábleme -dice el examinador-, de la batalla de Marengo.

El candidato se detiene un instante, con aire soñador: ¿la batalla de Marengo...?

-Muertos! Es horroroso... -Heridos! Es espantoso...

—Pero -dice el examinador-, ¿no podría decirme sobre esa batalla algo más particular?

El candidato reflexiona un instante, luego responde:

—Un caballo levantado sobre sus patas traseras, y que relinchaba.

El examinador, sorprendido, quiere sondearlo un poco más y le dice:

—Señor, en esas condiciones, ¿quisiera hablarme de la batalla de Fontenoy?

¿La batalla de Fontenoy...? —¡Muertos! Por todas partes... —¡Heridos! Tanto y más. Un horror...

El examinador, interesado, dice:

—Pero señor, ¿podría decirme alguna indicación más particular sobre esta batalla de Fontenoy?

-Oh!...-dice el candidato-. Un caballo levantado sobre sus patas traseras, y que relinchaba.

El examinador, para maniobrar, le pide al candidato que le halle de la batalla de Trafalgar.

El responde:

—Muertos! Un cementerio... —¡Heridos! Por centenas...

—Pero en fin, señor, ¿no puede decirme nada más particular sobre esta batalla?

-Un caballo...

—Perdón, señor, debo hacerle observar que la batalla de Trafalgar es una batalla naval.

—¡Oh!, ¡oh! -dice el candidato- ¡atrás cabalito!

Esta historia tiene su valor, a mis ojos, por que permite descomponer, creo, eso de lo que se trata en el chiste. Creo que todo el carácter, propiamente hablando, chistóso de la historia, está en su agudeza. Esta historia no tiene ninguna razón para terminar, para acabarse, si simplemente está constituida por la especie de juego o de justa en la cual se oponen los dos interlocutores. Por otra parte, por más lejos que ustedes la lleven, el efecto se produce inmediatamente. Esta es una historia de la que nos reímos porque es cómica; ella es cómica, incluso yo no quiero entrar más profundamente en ese cómico, porque en verdad se han dicho tantas cosas enormes sobre lo cómico, y particularmente oscuras, desde que el señor Bergson hizo un libro sobre la risa, del que simplemente se puede decir que es legible. Lo cómico, ¿en qué consiste?

Limitémonos por el momento, a decir que lo cómico está ligado a una situación dual. Es en tanto que el candidato está ante el examinador que esta justa, en la que evidentemente las armas son radicalmente diferentes, se prosigue. Algo se engendra, que tiende a provocar en nosotros lo que se llama una viva diversión.

¿Es, propiamente hablando, la ignorancia del sujeto lo que nos hace reír? No estoy seguro de ello. Evidentemente, el hecho de que él aporte ahí esas verdades primeras sobre lo que se puede llamar una batalla, y de las que no se dicen jamás, al menos cuando se pasa un examen de historia, es algo que merece que uno se detenga en ello un momento. Pero incluso no podemos comprometernos en ello, porque en verdad eso nos llevarla a unas cuestiones que llevan sobre la naturaleza de lo cómico, y no sé si tendremos ocasión de entrar en ello, salvo para completar el examen del libro de Freud, que efectivamente termina con un capitulo sobre lo cómico, en el cual es sorprendente ver de golpe a Freud estar a cien pies por debajo de su habitual perspicacia, y nosotros más bien nos planteamos la cuestión de saber por qué Freud, no más que el más mal autor centrado sobre lo cómico más elemental, sobre la noción de lo cómico, de alguna manera la haya rehusado. Eso servir sin duda para tener más indulgencia con nuestros colegas psicoanalistas que, también ellos, carecen de todo sentido de lo cómico; parece que esto está excluido del ejercicio de la profesión.

Se trata pues, parece, en tanto que participamos de un efecto vivamente cómico, de algo que es mucho más la preparación sobre la guerra, y que es sobre eso que debe ser dado el golpe final, lo que está antes de esta historia, propiamente hablando, chistósa.

Les ruego que observen esto: que incluso si no fueran tan sensibles, tal o cual de ustedes, a lo que constituye el chiste de esta historia, el chiste sin embargo está oculto, se alberga en un punto, a saber esa súbita salida de los limites del dibujo, a saber cuando el candidato hace algo que es, hablando propiamente, casi inverosímil, si nos ubicamos por un instante es la línea que situaría a esta historia en una especie de realidad vivida cualquiera; esto, para el sujeto, parece de golpe extenderse, estirarse con unas riendas(33) sobre esta suerte de imagen que, ahí, toma prácticamente su valor casi fóbico; instante en todo caso homogéneo, nos parece, en un relámpago, a lo que puede ser aportado por toda clase de experiencias infantiles que van precisamente desde la fobia hasta todo tipo de excesos de la vida imaginada donde penetramos por otra parte tan difícilmente, esas mismas cosas. No es raro, después de todo, que veamos relaciónado, en toda la anamnesis de la vida de un sujeto, el atractivo, hablando propiamente, del gran caballo, del mismo caballo que desciende de los tapices de pie, la entrada de ese caballo en un dormitorio donde el sujeto está con cincuenta camaradas.

Esta súbita emergencia del fantasma significante del caballo es algo que hace de esta historia, la historia —llámenla como ustedes quieran— ridícula o poética, que en todo caso seguramente merece, en la ocasión, el título de chistósa. Si simplemente, como dice Freud, esta soberahía en la materia es la vuestra, de paso muy bien se puede calificarla de historia divertida.

Que ella conversa, por su contenido, con algo que está emparentado con una forma constatada, localizada al nivel de los fenómenos del inconsciente, no es desde entonces para sorprendernos, es lo que por otra parte constituye el valor de esta historia, es que su aspecto sea tan neto. ¿Pero esto es decir que eso basta para hacer de ella un chiste?

He aquí de alguna manera descompuestos estos dos tiempos que llamara su preparación y su agudeza final. ¿Vamos a atenernos a ello? Podríamos a tenernos al nivel de lo que se puede llamar análisis freudiano. Yo no creo que cualquier otra historia nos daría más dificultad para valorizar estos dos tiempos, estos dos aspectos del fenómeno, pero ahí ellos están particularmente despejados.

Al fin de cuentas, creo que lo que constituye el carácter no simplemente poético o ridículo de la cosa, sino propiamente chistóso, es algo que sigue precisamente este camino retrógrado, o retroactivo, de lo que aquí designamos, en nuestro esquema, por el paso-de-sentido. Es que por más huidiza, inasible, que sea la agudeza de esta historia, ella de todos modos se dirige hacia algo. Sin duda, es un poco forzar las cosas, articularlo perro para mostrar su dirección será preciso sin embargo articularlo. Es que esta particularidad a la que vuelve el sujeto, con algo que en otro contexto podría ya no ser chiste, sino humor, a saber ese caballo parado sobre sus patas traseras, y que relinchaba, pero quizá está ahí, en erecto, la verdadera sal de la historia.

Efectivamente, de todo lo que hemos integrado como historia en nuestra experiencia, en nuestra formación, en nuestra cultura, digamos que (se es la imagen más esencial, y que no podemos dar tres pasos en un museo, ver cuadros de batallas, sin ver a ese caballo parado sobre sus patas traseras y que relinchaba. Desde que él entró en la historia de la guerra con, como ustedes saben, con un cierto destello, es efectivamente un momento en la historia el momento en que hubo personas paradas sobre este animal, que se nos representa parado sobre sus patas traseras y relinchando. Esto ha comportado

verdaderamente en la época, es decir en alguna parte entre Echnos II y Echnos III(34), cuando la llegada de los aqueos sobre unos caballos, un progreso enorme, es decir que estas gentes tenían de golpe, en relación al caballo enganchado en sus carros, una superioridad táctica extraordinaria; hasta la guerra de 1914, en que ese caballo desaparece en provecho de otros instrumentos que lo volvieron prácticamente fuera de uso. Es decir, desde la época... hasta 1914, este caballo es algo absolutamente esencial en esas relaciones, o en este comercio interurbano que se llama la guerra, y el hecho de que por ello sea también la imagen central de algunas concepciones de historia que precisamente podemos denominar historia-batallas, es algo que precisamente hemos alcanzado bastante bien, en tanto que ese período está cumplido, a percibir por un fenómeno, hablando propiamente, cuyo carácter significante ha sido decantado a medida que progresaba la historia. Al fin de cuentas, toda una historia se resume en esta imagen que nos parece futil a la luz de esta historia, y la indicación de sentido es algo que comporta que después de todo no hay tanta necesidad de atormentarse a propósito de la batalla, ni la de Marigman, ni la de Fontenoy, quizá un poco más a propósito de la batalla de Trafalgar.

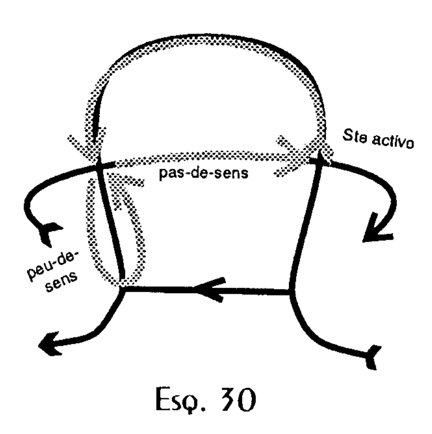
Por supuesto, todo esto no está en la historia. No se trata de enseñarnos a este respecto una sabiduría cualquiera concerniente a la enseñanza de la historia, pero la historia apunta, se dirige hacia —ella no enseña— ella indica en que sentido ese paso-de-sentido, en la ocasión, está en el sentido de una reducción de valor, de una desexorcización de algo fascinante.

¿En qué sentido opera esta historia, y en qué sentido nos satisface, nos produce placer?

Precisamente a propósito de este margen de introducción del significante en nuestras significaciónes, que hace que quedemos en ello siervos de un cierto punto, que algo se nos escapa después de todo más allá de lo que esta cadena del significante tiene para nosotros de enlace con ese algo que también puede ser dicho completamente al comienzo de la historia, a saber "muertos! heridos!", y el hecho mismo de que esta suerte de monodia repetida pueda hacernos reír, indica también suficientemente hasta qué punto nos es rehusado el acceso a la realidad, en tanto que la penetramos por cierto sesgo que es, hablando propiamente, el sesgo del significante.

Esta historia debe servirnos simplemente, en esta ocasión, como guarida. Freud subraya que siempre hay en juego, desde que se —trata de la transmisión del. chiste, de la satisfacción que él te puede aportar, tres personas. Lo cómico puede contentarse con un juego de a dos en el chiste hay tres. Este Otro que es el segundo esta situado en sitios diferentes: es tanto, aquí el segundo en la historia, sin que se sepa es incluso sin que se tenga necesidad de saber si es el escolar o el examinador. Es también ustedes, mientras que yo la cuento, es decir que, durante esa primera parte, ustedes un poco se dejan llevar en barco, quiero decir en una dirección que exige sus diversas simpatías, sea por el candidato, sea por el. examinador, que en cierta forma los fascina o los pone en una actitud de oposición en relación a algo en lo que ustedes ven que en esta historia, aquí no es tanto nuestra oposición lo que se busca, sino simplemente cierta cautivación en ese juego en que el candidato, al fin de cuentas, inmediatamente está luchando con el examinador, y en que éste va a sorprender al candidato. Y, por supuesto, esto es esbozado en otras historias, de otro modo tendenciosas, en las historia. de tipo picaresco o sexual

Ven que no se trata tanto de rodear lo que hay en ustedes de resistencia o de repugnancia en un cierto sentido, como, al contrario, de comenzar a ponerlo en acción. En efecto, muy lejos de apagar lo que en ustedes puede hacer objeción, una buena historia ya les indica que, si va a ser picaresca, ya algo en su comienzo les indicara que vamos a estar en ese terreno. Ahí ustedes se — preparan, sea para consentir, sea para resistir, pero seguramente algo en ustedes se opone en el plano dual, se deja tomar en ese costado de prestigio y de parada que anuncia el registro y el orden de la historia. Sin embargo, sobrevendrá algo inesperado, lo que siempre es en el plano del lenguaje; por supuesto, en esta historia, el costado de juego de palabras, hablando propiamente, es llevado mucho más lejos. Aquí está tan descompuesto que vemos, por una parte, un significante puro, el caballo en esta ocasión, y por otra parte vemos también, bajo la forma de un clisé que es mucho más difícil de encontrar aquí, el elemento, propiamente hablando, de juego de significante, pero sin embargo es evidente que no hay nada más que eso en esta historia.



Esq. 30

Es más allá, es en tanto que algo lo; sorprende, que será el equívoco fundamental, a manera en que en la historia hay pasaje de un sentido a otro por intermedio de un soporte significante ahí están los ejemplos que he dado anteriormente para indicarlo suficientemente— que ese agujero hará alcanzar la etapa en que es como chiste que les sorprende lo que les es comunicado, y ustedes siempre son sorprendidos en otra parte que en el sitio en que ante todo ha sido de alguna manera traída, engañada vuestra atención, vuestro asentimiento, vuestra oposición, sean cuales fueran los efectos, sean efectos de contrasentido (non sens), efectos de cómico, efectos de participación picaresca en algo sexualmente excitante. Digamos que esto no es nunca más que una preparación, algo por donde se puede decir que lo que hay de imaginario, de reflejado, de hablando propiamente simpatizante en la comunicación, la puesta en juego de cierta tendencia donde el sujeto es la segunda persona, puede repartirse entre dos roles opuestos. Esto no es más que el soporte, la preparación de la historia. Igualmente, todo lo que a trae la atención del sujeto, todo lo que es despertado al nivel de la conciencia, no es más que la base destinada a permitir que algo pase a otro plano; plano que se presenta él mismo, propiamente hablando, siempre como más o menos enigmático, sorprendente, para decirlo

todo, y es en eso que nos encontramos, sobre este otro plano, a nivel del inconsciente.

Entonces, nos parece, podemos plantearnos el problema, puesto que se trata siempre de algo que está puramente ligado al mecanismo como tal del lenguaje sobre ese plano en que el Otro busca y es buscado, en que el Otro es encontrado, en que el Otro es apuntado, en que el Otro es alcanzado en el chiste.

¿Cómo podemos definir a este Otro? Después de todo, si nos detenemos por un instante en este esquema, vamos a servirnos de él para decir unas verdades primeras y cosas muy simples. Este esquema no comporta, incluso una vez que se lo ha hecho, sino algo que es una grilla o una trama donde deben ubicarse esencialmente los elementos significantes como tales.

Cuando tomamos los diversos modos o las diversas formas en las cuales puede situarse el chiste, nos vemos llevados a clasificaciones corno ésta: el juego de palabras, el retruécano propiamente dicho, el juego de palabras. Por transposición o desplazamiento de sentido, el chiste por transposición o desplazamiento de sentirlo, el chiste por lo que se denomina la pequeña modificación en una palabra que basta para aclarar algo y para hacer surgir una dimensión inesperada; en fin, cualquiera que sean los elementos clasificatorios, introducimos, allí, hemos tendido con Freud a reducirlos a términos que se inscriben en el registro del significante.

¿Esto quiere decir que, al fin de cuentas, una máquina, situada en alguna parte, en A o en M, es decir, recibiendo de los dos lados, por ejemplo, la medida de descomponer las vías de acceso por donde se forma el término famillonario, en el famillionario mero ejemplo que tomamos, o, al contrario, en el otro ejemplo, el del becerro de oro, el pasaje del becerro de oro al becerro de carnicería, es de alguna manera capaz de autentificar, de ratificar como tal, si la suponemos suficientemente compleja como para hacer el análisis exhaustivo, completo, de los elementos de significante, si es capaz de acusar el golpe y decir esto es un como un chiste, es decir que, para una cierta forma, lo igual del mensaje en relación al código, es justo lo que conviene para que estemos en los límites al menos posibles, de algo que se llama un chiste?

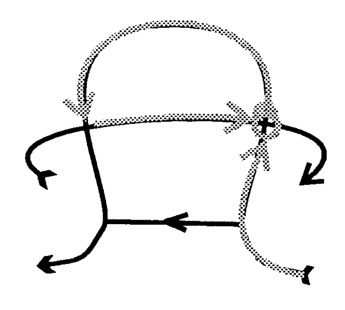
Por supuesto, esta imaginación no se produce ahí más que de una manera puramente humorística. No es problema, la cosa va de suyo ¿Qué quiere decir? ¿Es que eso basta para lo que dijimos, que es preciso, en suma, que tengamos enfrente a un hombre: Por supuesto, eso puede ir de suyo, y estaremos muy contentos. Si decimos eso, eso corresponde casi masivamente a la experiencias, pero justamente porque para nosotros el término del inconsciente con su enigma existente, el hombre , es justamente el tipo de respuesta que nos es preciso descomponer.

Comenzaremos diciendo que nos es preciso frente a nosotros un sujeto real. Esto indica que, puesto que es en esta dirección de sentido que yace el papel del chiste, e te sentido ya lo hemos indicado y afirmado, no puede ser concebido sino en relación a la interacción de un significante y una necesidad. Dicho de otro modo, para una máquina, la ausencia de esta dimensión de la necesidad es lo que hace objeción y obstáculo a que de alguna manera ella ratifique el chiste.

Vemos bien, pues, lo que es situarse al nivel de la cuestión, ¿pero podemos decir por eso que este alguien real debe tener con nosotros unas necesidades homogéneas? Esto no es algo que esté forzosamente indicado desde el comienzo de nuestro camino, puesto que, en suma, en el chiste esta necesidad no estará designada en ninguna parte, y puesto que lo que el chiste designa, eso hacia lo que lleva, es algo que es una distancia, precisamente entre la necesidad y algo que está puesto en juego en cierto discurso, y que por este mismo hecho nos pone a distancia de una serie indefinida de reacciónes en relación a eso que es, hablando propiamente, la necesidad.

He ahí, pues, una primera definición. Es preciso que ese sujeto sea un sujeto real: ¿dios, animal u hombre? Para decirlo todo, no sabemos nada de eso. Y lo que yo digo es tan verdadero, que todas las historias sobrenaturales, que por algo existen en el folklore humano, para nada dejan excluido que se pueda hacer un chiste con un hada o con un diablo, con alguien que de alguna manera es planteado como teniendo unas relaciones completamente diferentes en su real, que aquellas que precisan las necesidades humanas.

Seguramente ustedes me dirán que esos seres más o menos verbales de pensamiento, estén de todos modos tejidos con imagenes humanas. Convengo con ello, es incluso de eso que se trata, pues, en suma, nos encontramos entre estos dos términos: ante todo, tener que vérnoslas con un sujeto real, es decir con un viviente; por otra parte, ser un viviente que entiende el lenguaje, e incluso mucho más, que posee un stock de lo que se intercambia verbalmente, usos, empleos, locuciones, términos, sin lo cual, por supuesto, no sería posible que entráramos en comunicación con él de ninguna manera por el lenguaje.

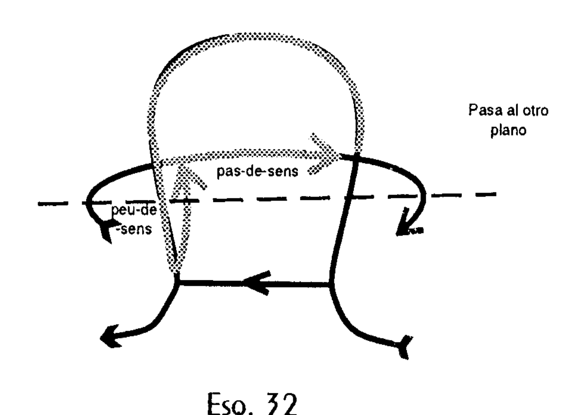


Esq. 31

¿Qué es lo que el chiste nos sugiere y nos hace palpar de alguna manera; que son las imagenes, tal como están en la economía humana, es decir con ese estado de desconexión, con esa aparente libertad que permite entre ellas todas esas coalescencias, esos intercambios, esas condensaciones, esos desplazamientos, esos juegos de manos que vemos en el principio de tantas manifestaciones que constituyen a la vez la riqueza y la heterogeneidad del mundo humano en relación a lo real biológico, que en la perspectiva analítica lo tomamos muy a menudo como sistema de referencia, que en esta libertad de las imagenes hay algo que nosotros quisimos considerar como primitivo, es decir como

condicionado por una cierta lesión primera de la interpelación del hombre y su medio, eso que hemos intentado designar en la prematuración del nacimiento, en esa relación esencial que hace que sea a través de la imagen del Otro que el hombre encuentre la unificación incluso de sus movimientos más elementales, que sea ahí, o que sea en otra parte, que eso parta, lo que hay de cierto es que esas imagenes, en su estado de anarquía cárecterístico en el orden humano, en la especie humana, son operadas, son capturadas, son utilizadas por el manejo significante, y que es ese título que pasan a lo que esta en juego en chiste.

Lo que está en juego en el chiste, son estas márgenes en tanto que han devenido elementos significantes más o menos usuales, más o menos ratificados en lo que he denominado el —tesoro metonímico, en lo que el otro es supuesto conocer de la multiplicidad de sus combinaciones posibles, por otra parte completamente compendiadas, eludidas purificadas, digamos incluso, en cuanto a la significación. Es de todas las implicaciones metafóricas que de alguna manera ya están apiladas y comprimidas en el lenguaje, que se trata. Es del lenguaje, por todo lo que lleva en si, en sus tiempos de creación significante, pero en estado no activo, latente. Es eso lo que va a ser buscado, que yo invoco en el chiste, que busco despertar en el Otro, cuyo soporte de alguna manera le confío al Otro, y, para decirlo todo, no me dirijo a él sino en tanto que lo que yo hago entrar en juego en mi chiste es algo que ya supongo que reposa en él. Ese tesoro metonímico él lo tiene cuando, para tomar uno de los ejemplos que toma Freud, a propósito de un chistóso célebre de la sociedad de Viena, a propósito de un mal escrito que inunda los periódicos de Viena con sus produccióones sobre las historias de Napoleón y de sus descendientes. El personaje del que Freud nos habla tiene una particularidad física, la de ser pelirrojo. Se puede traducir la palabra alemana al francés diciendo que ese personaje dice simplezas (fadaises), y que es pelirrojo, ese "pelirrojo hebroso", se ha traducido en la traducción francesa "que se estira a lo largo de las historias de los



Esq. 32

napoleónidas", y Freud se detiene y dice: vemos la descomposición posible en dos planos: por una parte, lo que constituye la sal de esta historia es la referencia al hilo rojo que atraviesa todo el periódico, metáfora ella misma poética. Como ustedes saben, Goethe tomó prestado ese hilo rojo que permite reconocer el menor cabo de cuerda, si fue robado, y sobre todo si fue robado de los buques de su majestad británica, en el tiempo en que la marina a velas hacía un gran uso de aparejos, y que hace que, gracias a ese hilo rojo, algo autentifique absolutamente una cierta especie de material a una cierta pertenencia. Esta metáfora es más célebre para los sujetos germanófonos que lo que puede serlo para nosotros mismos, pero supongo que bastantes de ustedes conocen esta cita, o les suena, incluso quizá sin saberlo, de ese pasaje de las afinidades electivas(35) de Goethe, que hace que ustedes comprendan de qué se trata, que en el juego entre ese hilo rojo y ese personaje hebroso que dice soserías (fadeurs), se aloja esa réplica más o menos en el estilo de la época. Eso puede hacernos reír mucho en determina do momento, en un cierto contexto, y es a eso que quiero llegar por otra parte, en un cierto contexto que se puede llamar, equivocadamente o no, cultural, que hace que algo pase por una agudeza lograda, por un chiste.

Lo que Freud nos dice en esa ocasión es que al abrigo del chiste algo se satisface, que es esa tendencia agresiva del sujeto que no se manifestaría de otro modo. El no se habría permitido hablar tan groseramente de un colega literario si, al abrigo del chiste, la cosa no fuera posible. Por supuesto, ésta no es más que una de las caras de la cuestión, pero está claro que hay una diferencia muy grande entre el hecho de proferir pura y simplemente una injuria, y el hecho de expresarse en este registro. Expresarse en este registro es apelar en el Otro a todo tipo de cocas que en él se suponen que son de uso , de su código más corriente .

Es expresamente para darles la perspectiva que he tomado este ejemplo prestado a un momento especial de la historia de la sociedad de Viena. Es en tanto que ese hilo rojo es algo que es inmediatamente accesible a todo el mundo, y hasta diría que en cierta forma lisonjea en cada uno algo que ahí está como un símbolo común, una yapa de reconocimiento, todo el mundo sabe de qué se trata, y evocando ese hilo rojo otra cosa es indicada en la dirección del chiste, que cuestiona no simplemente al personaje, sino también a un cierto valor muy particular y muy cuestionable que puede definirse por esto: las personas que son ensayistas o que toman la historia bajo cierto ángulo anecdótico, son también las mismas que tienen la costumbre de poner allí como tema de fondo algo donde se patentiza por demás la insuficiencia del autor, la pobreza de sus categorías incluso la fatiga de su pluma, en resumen, cierto estilo de producción en el limite de la historia, y precisamente de esa producción que abunda en las revistas. Eso es algo que esta suficientemente cárecterizado, suficientemente indicado en este chiste, como para mostrarnos los mismos carácteres de dirección, de sentido, que no acaban su término, pero que es precisamente lo que sin embargo es apuntado en el chiste, que le da su alcance y su valor.

Henos aquí pues, en posición de decir, en lo opuesto de este hecho, que el viviente debe ser el viviente real. Este Otro es esencialmente un lugar simbólico, es justamente el, del tesoro, digamos de esas frases, o incluso de esas ideas ''recibidas", sin las cuales el chiste no puede tomar su valor y su alcance. Pero observemos que al mismo tiempo no es en él, aunque sea precisamente acentuado como significación, que eso es apuntado, algo al contrario sucede a nivel, de ese tesoro común de categorías, y que el, carácter que podemos llamar abstracto de ese tesoro común hago alusión muy precisamente al

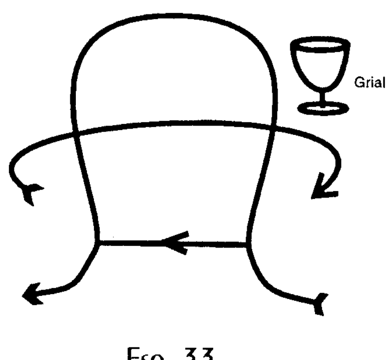
elemento de transmisión que hace que haya allí algo que en cierta forma es supraindividual, que se vuelve a ligar por una comunidad absolutamente indeseable con todo lo que separaba desde el origen de la cultura el carácter singularmente inmortal, si se puede decir, de aquello a lo que se dirige cuando se apunta al sujeto a nivel de los equívocos del significante. Esto es algo que es verdaderamente el otro término, el otro polo entre ellos se plantea la cuestión de saber quién es el Otro.

Este Otro, por supuesto, nos es preciso que sea bien real, que sea un ser viviente, de carne, aunque sin embargo no sea su carne lo que yo provoco; que, por otra parte, haya allí algo también casi anónimo en aquello a lo que me refiero para alcanzarlo y para suscitar su placer al mismo tiempo que el mío.

¿Cuál es el resorte que está ahí entre los dos, entre ese real y ese simbólico? La función del Otro, la que, propiamente hablando, es puesta en juego. Seguramente, hay suficiente cara decir nos que, este Otro, es el Otro como lugar del significante, pero de este lugar del. significante yo no hago surgir más que una dirección de sentido, un paso-de-sentido, donde está verdaderamente, y en ultimo término, el resorte de lo que es activo.

Creo que podemos decir que aquí, seguramente, el chiste se presenta como un albergue español, o más exactamente, como allí hay que llevar la propia comida —*allí* se encuentra el vino—, ahí es más bien lo contrario, soy yo quien debe aportar el vino de la palabra, pues no lo encontraré, incluso si consumo de una manera más o menos bufona y cómica a mi adversario. Pero este vino de la palabra, está siempre presente, siempre en todo lo que yo digo, quiero decir que de costumbre el chiste está en el ambiente de todo lo que estoy contando desde que hablo, y hablo forzosamente en el doble registro de la metonimia y de la metáfora. Ese poco de sentido y ese paso-de-sentido es tan todo el tiempo entrecruzándose a la manera de esas mil lanzaderas a las que Freud se refiere en alguna parte de la Traumdeutun, que se cruzan y descruzan.

Este vino de la palabra, yo diría que de costumbre se derrama en la arena. Lo que sucede en esta comunión tan especial. entre el poco de sentido y el paso-de-sentido, que se produce entre yo y el Otro a propósito del chiste, es, en efecto, algo como una congenia, que concierne a nuestra o posición sin duda más específicamente humanizarte que ninguna otra, pero, si es humanizante, es precisamente porque partimos de un nivel por ambos lados muy inhumano.



Esq. 33

Es esta comunión donde yo indico al Otro. Le diría que tengo tanta más necesidad de su concurso, cuanto que él es en sí mismo el vaso, o el Grial, y es justamente porque este Grial está vacío quiero decir que no me dirijo en el a nada que sea específico, quiero decir que en ese momento nos une una comunión, cualquiera hacia un acuerdo de deseo o de juicio cualquiera , pero Que es únicamente una forma, y una forma constituida ¿por qué? Constituida por la cosa de la que siempre se trata a propósito del chiste, Y que en Freud se denomina las inhibiciones.

Por algo es que en la preparación de mi chiste: yo evoco algo que tiende en el Otro a solidificar lo en cierta dirección. Esto no es todavía más que una cáscara en relación a algo más profundo que justamente está ligado a ese stock de las metonimias sin el cual seguramente no puedo en este orden comunicar absolutamente nada al Otro.

En otros términos, para que mi chiste haga reír al Otro, es preciso —como Bergson lo dice en alguna parte— un ejercicio, un golpe de fuerza un malabarismo, destinado al fin de cuentas a producir placer en el Otro, en el. gran Otro, quien, se los he dicho, se burla completamente de eso. El acting-out es otra cosa, y es en eso que es, interesante para nosotros considerarlo, es que el acting-out es también y siempre un mensaje, y es por eso que nos interesa. Cuanto se produce en un análisis, siempre está dirigido al analista, y al analista en tanto que, en suma, no está demasiado mal ubicado, pero que tampoco está completamente en su lugar. Es en general, un hint(36) que nos hace el sujeto, que algunas veces llega muy lejos y que a veces es muy grave, pero es un hint si el acting-out se produce fuera de los limites del tratamiento, quiero decir después del tratamiento. Es evidente que es un hint del que el analista no podría aprovecharse mucho que digamos, pero justamente, lo que hay de serio y de grave es que cada vez que somos llevados a designarlo de una manera precisa, algo que es el carácter de este acto paradojal que tratamos de cernir, que se denomina el acting-out , fuera de los limites del tratamiento, es seguramente de lo que se trata, es al fin de cuentas de alcanzar, a saber algo articulado sobre esta línea, a saber una clarificación de las relaciones del sujeto con la demanda, en tanto que hasta revela que toda relación con esta demanda es fundamentalmente inadecuada, y en tanto que se trata de que el sujeto acceda, al fin de cuentas, a la realidad efectiva de este electo del significante sobre el sujeto, a saber, a ponerse a nivel

del complejo de castración como tal, y estrictamente es, a saber, que éste habrá sido falido, éste puede ser falido, y esto es lo que tratara de mostrarles la próxima vez, precisamente en la medida en que en este espacio de interna lo donde se producen todos esos turbios ejercicios que van desde la hazaña al fantasma, y del fantasma a un amor completamente apasionado, y parcial, es el caso decirlo, del objeto, pues nunca habló Abraham de objeto parcial, sino de amor parcial, del objeto, es en tanto que desplazando se en este espacio intermedio del objeto, se han obtenido unas soluciones ilusorias, esta solución ilusoria, muy precisamente, la que se manifiesta en lo que se llama la transferencia homosexual en el interior de la neurosis obsesiva.

Eso es lo que yo llamo la solución ilusoria, y la próxima vez espero mostrarles en detalle por que es una solución ilusoria.



Clase 7

18 de Diciembre de 1957

(37) gráfico(38)

La última vez les hablé del Grial. Ustedes son el Grial, que yo solidifico despertando de todos los modos posibles vuestras contradicciónes, a fin de hacerles autentificar en espíritu, si me atrevo a expresarme así, que les envío el mensaje, y donde lo esencial consistiría en mis defectos mismos.

Como siempre conviene volver un poco incluso sobre lo que está mejor comprendido, de alguna manera voy a tratar de materializar sobre el pizarrón lo que les dije la última vez.

Lo que les dije la última vez concernía al otro(39), ese otro sagrado que, en suma, vendrá a completar, a colmar de cierta manera en la comunicación del Witz, ese algo, esa hiancia que constituye la insolubilidad del deseo.

En cierta forma, el Witz restituye su goce a la demanda esencialmente insatisfecha, bajo el doble aspecto, por otra parte idéntico, de la sorpresa y del placer: el placer de la sorpresa y la sorpresa del placer.

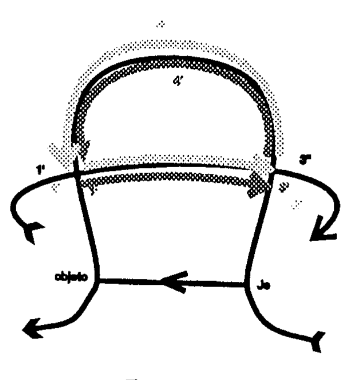
La última vez insistí sobre el procedimiento de inmovilización del otro, de formación de lo que llamé el Grial vacío, lo que se representa en Freud en lo que él llama la fachada del chiste, eso que de alguna manera desvía la atención del otro del camino por donde va a pasar el chiste, eso que en suma fija la inhibición en alguna parte, precisamente para dejar libre en otra parte el camino por donde va a pasar la palabra ingeniosa (spirituelle).

He aquí pues, aproximadamente, cómo se esquematizarían las cosas. El camino que traza la palabra aquí condensada en mensaje, que aquí se dirige al otro mensaje cuyo tropiezo,

cuya hiancia, cuya falla es autentificada por el otro como chiste, pero por eso restituyendo esencialmente al sujeto mismo y constituyendo el complemento indispensable para el sujeto del deseo propio del chiste.

He aquí pues, el esquema que nos sirve habitualmente, y he aquí al otro, en gamma el mensaje aquí el yo (Je), aquí el objeto metonímico. Pero si el otro nos es indispensable —esto, por supuesto, son unos puntos franqueados que vamos a suponer conocidos por ustedes—, si el otro es indispensable en el abrochamiento que constituye el discurso en tanto que llega al mensaje en estado de satisfacer, al menos simbólicamente, el carácter fundamentalmente insoluble de la demanda como tal; si, entonces, este circuito que es la autentificación por el otro de esta alusión, en suma, al hecho de que nada de la demanda, desde que el hombre ha entrado en el mundo simbólico, puede ser alcanzado, salvo por una suerte de sucesión infinita de pasos-de-sentido (pas-de-sens), desde que el hombre, nuevo Aquiles en la persecución de otra tortuga, está consagrado, por la captura de su deseo en el mecanismo del lenguaje, a esta infinita aproximación jamás satisfecha, ligada a la integración, al mecanismo mismo del deseo, de algo que simplemente llamaremos la discursividad.

Entonces, si este otro está ahí como esencial en el último paso simbólicamente satisfactorio, constituyendo un momento instantáneo, el chiste cuando pasa, conviene a pesar de todo que recordemos que este otro, él también existe. Existe a la manera de aquél que llamamos el sujeto, que está circulando en alguna parte como el hurón (furet). No se imaginen que el sujeto esté en la partida de la necesidad; la necesidad, todavía no es el sujeto. ¿Dónde está él? Quizás hoy diremos de ello un poco más.



Esq. 35

El sujeto, es todo el sistema, y quizá algo que se acaba en ese sistema. El otro, es igual, está construido de la misma manera, y es por eso que el otro puede tomar el relevo de mi discurso.

Voy a encontrar algunas condiciones especiales que de todos modos, si mi esquema puede servir para algo, no deben dejar de ser en él representadas. Esas condiciones son las que hemos dicho la última vez. Observemos ahora lo que señalan los vectores o las direcciónes sobre esos segmentos. He aquí partiendo del yo (je) hacia el objeto y hacia el otro partiendo del mensaje hacia el otro y hacia el objeto, pues por supuesto hay una muy grande relación de simetría entre ese mensaje y ese yo (je), y lo mismo todavía centrifugo, y lo mismo centrípeto entre el otro en tanto que tal, en tanto que lugar del tesoro de las metonimias, y luego este objeto metonímico mismo, en tanto que está constituido en el sistema de las metonimias.

¿Qué es lo que hice, les expliqué la última vez, en lo que puedo llamar la preparación del chiste?

(40) gráfico(41)

Esta preparación, que a veces es mejor no hacer ninguna; pero está claro que no es malo hacerla, no tenemos más que acordarnos de lo que sucedió cuando no la hice, ha ocurrido que a veces se quedaron en babia, por cosas tan simples como ese "Aht" que les conté un día, que a algunos parece haber dejado desconcertados. Si yo hubiera hecho una preparación sobre las actitudes recíprocas del condesito y la joven bien educada, tal vez ustedes se hubieran estimulado como para que en ese momento el "Aht" franqueara algo más fácilmente. Como ponen en ello mucha atención, una parte de ustedes tardó cierto tiempo en comprender. Por el contrario, la historia del caballo de la última vez los hizo reír mucho más fácilmente, porque comportaba una larga preparación, y mientras que estaban en el trance de(42) .... sobre los propósitos del examinado, que les pareció marcado por la poderosa insolencia que reside en el fondo de la ignorancia, se encontraban en suma bastante listos para ver entrar a ese caballo volador que termina la historia, lo que verdaderamente le da su sal.

Lo que produzco, es el otro con esta preparación. Es seguramente algo que llamamos, en Freud, "...falta .."(43) , inhibición. Algo que es simplemente esa oposición que es la base fundamental de la relación dual, a todo lo que yo podría, ante ustedes como objeto, oponerles como objeciones. Es muy natural, ustedes se ponen en estado de soportar el choque, la aproximación, la presión, se organiza algo que habitualmente se llama defensa, que es la fuerza más elemental. Y es de eso que se trata en esa suerte de preludios que pueden también hacerse de mil maneras. A veces, el contrasentido (non-sens) desempeña el papel de ese preludio, es provocación que atrae la mirada mental en una cierta dirección. Es un señuelo, esa especie de corrida, a veces es lo cómico, a veces es lo obsceno.

De hecho, se trata de acomodar al otro de alguna manera en sentido contrario a la metonimia de mi discurso, una cierta fijación del otro en tanto que él mismo discurre sobre cierto objeto metonímico, es en cierta forma, diremos cualquiera, no es absolutamente obligatorio que eso tenga la menor relación con mis propias inhibiciones. Poco importa, cualquier cosa es buena con tal de que cierto objeto ocupe al otro en ese momento.

Es lo que les expliqué la última vez, al hablarles de esa suerte de solidificación imaginaria que es la posición primera para el pasaje del chiste.

(44) gráfico(45)

En suma, lo que ustedes ven, esto es lo homólogo al nivel del otro, que aquí tomamos

como sujeto. Es por eso que les hago otro sistema, que dibujo en azul: esto es lo homólogo de la línea que habitualmente llamamos ? ?y ?' relación del yo (je) al objeto metonímico; lo que llamaremos el primer sujeto, y para indicar aquí, entonces, la superposición del sistema del otro sujeto en relación al sistema del primero.

Ven ustedes pues que, de lo que se trata, para que se dé el relevo del otro hacia el mensaje que autentifica el chiste como tal, se trata de que el relevo sea tomado en su propio sistema significante, es decir que, si puedo decir, el problema sea vuelto a enviar, es decir, él mismo en su sistema autentifica como chiste el mensaje.

En otros términos, mi ? ?? ????supone inscripto un paralelismo insuficiente con un ? ' ? ' lo que es exactamente llevado sobre el esquema, esta necesidad inherente al chiste que le da esta especie perspectiva, que teóricamente se reproduce al infinito, de que la buena historia esta hecha par ser contada nuevamente, que no está completa si cuando es contada nuevamente y los otros se han reído con ella, y que, incluso, el placer de volver a contarla incluye el hecho de que los otro a su vez, podrán ponerla a prueba sobre otros.

Si no hay ninguna relación necesaria entre o que yo debo evocar en el otro de cautivación metonímica, para dejar el pasaje libre a la palabra ingeniosa (spirituelle), hay por el contrario necesariamente una relación, esto se vuelve suficientemente evidente por este esquema, entre la cadena significante tal como debe organizarse e el otro, la que va a aquí de Δ" o de Δ''' en Δ", mismo que aquí eso va de Δ' en Δ(47). Allí debe haber una relación, y eso es lo que expresé la última vez al decir que el otro debe ser de la parroquia. No debe, simplemente, comprender totalmente el francés, aunque eso ya sea una primera manera de ser de la parroquia. Si yo hago un chiste en francés hay muchas otras cosas, que supone conocidas, de las que él debe participar para que tal o cual chiste pase y tenga éxito.

(48) gráfico(49)

He aquí pues, en suma, representadas sobre el esquema, dos condiciones que aproximadamente podríamos escribir así, que si ustedes quieren algo que sería aquí el ? ?, a saber, cierta inhibición provocada en el otro. Ahí yo hago un signo, hecho de dos flechitas en sentido inverso una de otra, que son iguales y de sentido opuesto a mi metonimia, es decir, a ? ? ?Por el contrario, hay una suerte de paralelismo entre ? ? ?y ?' ?' lo que puede expresarse de este modo: que ? ? puede encontrar su homologación. Hemos expresado eso al poner un espíritu rudo (esprit rude) entre paréntesis en ?' ?' es decir que el otro lo homologa como tal, lo homologa como mensaje, lo autentifica como chiste.

He ahí lo que al menos tiene de ventajoso fijar las ideas, visualizarles, puesto que es uno de los órganos mentales más familiares al intelectual, visualizarles lo que quiero decir cuando la última vez les hablé de las dos condiciones subjetivas para el éxito del chiste, a saber lo que es te exige del otro imaginario para que, en el interior de esa copa que presenta el otro imaginario, el Otro simbólico lo escuche.

Dejo a los espíritus ingeniosos que aproximen esto a lo que, cosa curiosa, pude decir en otra o cesión con una metáfora, y debía tener una razón para eso, para servirme casi de los mismos esquemas formales, cuando otra vez me serví de la imagen del espejo cóncavo a propósito del narcisismo. Entonces yo me ocupaba sobre todo de las imagenes imaginarias, y de las condiciones de aparición de la unidad imaginaria en cierta reflexión orgánica, a través de algo cuyas tendencias formales lo hacen.

No nos comprometeremos en una aproximación que además, de todos modos, no podría ser sino forzada, aunque pueda ser sugestiva.

Ahora vamos a hacer un pequeño uso más de este esquema, pues, cualquiera sea el interés de lo que les evoco así, el sentido de lo que he dicho la última vez, si eso no debía llevarnos más lejos, sería bastante poco.

Yo quisiera que, al menos una vez, ustedes vean bien esto: que el esquema inicial del que nos servimos desde el comienzo del año se transforma, pues, en esto, por el hecho de que desarrollamos la fórmula del otro como sujeto, se transforma en esto, que tenemos ? ?? para el sujeto aquí ? ??', y más allá se reproduce esta disposición que hace ?"??''', que el otro, que también tiene una relación objeto metonímico, se encuentra en posición de ver reproducirse en el escalón siguiente la necesidad del ? ?? que aquí deviene ?'??', y así se sigue indefinidamente. El último bucle, por el que pasa esencialmente el retorno de la necesidad hacia algo que es esta satisfacción indefinidamente diferida, es algo que de alguna manera debe hacer todo el circuito de los otros, antes de volver en el sujeto aquí a su punto terminal.

Por otra parte, pronto vamos a tener que volver a utilizar este esquema. Por el momento detengámonos en algo que es un caso particular, y que Freud, precisamente, encara inmediatamente después de haber dado este análisis de los mecanismos del chiste, de los que esto no es más que el comentario. El habla de lo que denomina los "móviles sociales" del chiste, y de ahí va al problema de lo cómico.

Esto es lo que vamos a tratar de abordar hoy, no de agotarlo, pues Freud mismo dice expresamente que ,al no lo aborda más que bajo el ángulo del chiste; ya que de otro modo hay ahí un dominio infinitamente más vasto para que pueda incluso imaginar comprometerse en ello, al menos a partir de su experiencia. Es completamente sorprendente que, para introducirse en el análisis de lo cómico, él ponga en primer plano, como siendo lo que en lo cómico es lo más próximo del chiste, con la seguridad de la orientación y de toque propia de Freud, lo que es lo más próximo del chiste y que nos presenta como tal, es muy precisamente lo que en el primer abordaje podría parecer lo más alejado de lo ingenioso (spirituelle), es justamente lo ingenuo (naif).

Lo ingenuo nos dice, es realizado por algo que está fundado sobre la ignorancia, y, naturalmente, da de ello unos ejemplos tomados de los niños, la escena que creo que ya les he evocado aquí de los niños que, al modo de los adultos, han montado toda una historiecilla muy linda, y que consiste en que una pareja se separa, yendo el marido a buscar fortuna y volviendo al cabo de algunos años, habiendo efectivamente conseguido encontrar la riqueza, pero que la mujer lo acoge diciéndole: "ya ves que me he conducido

magníficamente, tampoco yo he perdido mi tiempo durante tu ausencia!", y corre el telón para que se vean diez ordenadas muñecas. Es siempre una escenita de marionetas, pero naturalmente los niños quedan asombrados, quizá simplemente sorprendidos, ellos quizá saben mucho más de lo que se cree en la ocasión, pero en todo caso quedan sorprendidos por la risa que estalla entre los adultos que han venido a asistir a esta escenita.

He ahí el tipo de cosa graciosa, o de buena historia, o de chiste ingenuo, tal como Freud nos lo presenta. Nos lo da bajo una forma todavía más próxima técnicamente de lo que denominamos los procedimientos del lenguaje, en la historia de la niña que propone para su hermano, a quien le duele un poco el vientre, una Bubizin. La niña ha escuchado hablar para ella de una Medi-zin (medicina), y como Mädi quiere decir en alemán "niña", y Bubi "varoncito", ella piensa que si hay Medizin para las niñas, debe haber también Bubizin para los niños.

He ahí todavía una cosa que, a condición de que se posea su clave, es decir que se comprenda el alemán, puede ser transformada fácilmente en historia divertida, o puede ser presentada sobre el plano de lo ingenioso (spirituel).

En verdad, aunque por supuesto esta referencia al niño no está fuera de lugar, el rasgo, no diremos incluso de la ignorancia, de algo que Freud define muy especialmente en esto, que de hecho el carácter fácilmente supletivo en el mecanismo del chiste, que se sostiene en que en suma hay algo, dice, que ahí nos gusta, y que es precisamente lo que desempeña el mismo papel que lo que hace un momento he llamado fascinación o cautivación metonímica. Es lo que sentimos en aquél que habla, y de lo que se trata, no hay inhibición para nada, y es esto, esta ausencia de inhibición en el otro, lo que nos permite hacer pasar en el otro, en el otro a quien se lo contamos, y que también está ya fascinado por esta ausencia de inhibición, hacer pasar lo esencial del chiste, a saber, este más allá que evoca y que aquí, en el niño, en los casos que acabamos de evocar, no consiste esencialmente en su carácter gracioso, sino en la evocación de ese tiempo de la infancia en que la relación al lenguaje es algo tan próximo, que por eso nos evoca directamente esa relación del lengua je con el deseo que es lo que en el chiste constituye su satisfacción propia.

Vamos a tomar otro ejemplo tomado del adulto, y que creo ya haberlo citado en cierto momento. Uno de mis pacientes, quien no se distinguía por lo que de ordinario se denomina las circunvoluciones muy desarrolladas, y que contando una de sus historias un poco tristes, como le sucedió a menudo, explicaba que había dado cita a una mujercita encontrada en sus peregrinaciones, y que dicha mujer, muy simplemente, como le sucedía a menudo, lo había dejado plantado(50). Concluía su historia diciendo: "he comprendido, una vez más, que esa era una mujer de no recibir (femme de non-rece voir(51))".

El no hacía un chiste, ,él decía algo muy inocente, que tiene sin embargo su carácter picante y satisface en nosotros algo que va mucho más allá de la aprehensión cómica del personaje en su decepción, quien en la ocasión, si evoca en nosotros, y es completamente dudoso, un sentimiento de superioridad, seguramente es muy inferior en esta nota, puesto que en esta nota yo hago alusión a uno de los mecanismos que a menudo se ha promovido, puesto en la delantera, pretendidamente del mecanismo de lo cómico, a saber el que consiste en hacernos sentir superiores al otro. Esto es completamente criticable, no siendo nada, aún que sea un gran espíritu quien haya tratado de esbozar el mecanismo cómico en este sentido, a saber Rops, es completamente refutable que ahí está el placer esencial de lo cómico. Si hay alguien que en la ocasión conserva toda su superioridad, es nuestro personaje, quien encuentra en esta ocasión materia para motivar una decepción que está completamente muy lejos de atacar una confianza en sí mismo inquebrantable. Si alguna superioridad, pues, se esboza a propósito de esta historia, es más bien una suerte de señuelo, es decir que por un tiempo todo lo comprometía un instante en ese espejismo que constituye la forma en que ustedes mismos se plantean, o en que ustedes se plantean a aquél que cuenta la historia, en relación al texto del deseo y de la decepción, pero lo que sucede mucho más allá , es que justamente, tras es término "mujer de no recibir" (7)(52), el carácter fundamentalmente engañoso en sí mismo de toda aproximación, mucho más allá del hecho de que tal o cual aproximación particular sea satisfecha.

En otros términos, lo que también nos divierte ahí, es la satisfacción que encuentra el sujeto que ha dejado escapar esa palabra inocente en su decepción, a saber, que la encuentra suficientemente explicada por una locución que cree que es la locución consabida, la metonimia ya hecha para semejantes ocasiones, en otros términos, que la reencuentro en la galera bajo la forma de un conejo de felpa que él cree que es el conejo bien vivo de la explicación válida, y que de hecho él, es perfectamente imaginario, ese conejo que constituye esa decepción misma, que estará siempre listo a ver reproducirse, inquebrantable y consistente, sin afectarse por ello de otro modo, cada vez que él se aproxime al objeto de su espejismo.

Aquí pues, lo que ustedes ven, es que en suma el chiste del ignorante o del ingenuo, de aquél, en la ocasión, para hacer mi chiste, que esta vez está siempre entero, si se puede decir, al nivel del otro, yo ya no tengo necesidad de provocar en el otro nada que constituya esta copa sólida, ésta ya me es dada enteramente por aquél que la eleva a la dignidad de historia graciosa, aquél de cuya boca recojo la palabra preciosa cuya comunicación va a constituir un chiste, aquél que de al alguna manera yo elevo a la dignidad de maestro de los tontos por mi historia. Su mecanismo es en suma el siguiente, que toda la dialéctica del chiste ingenuo se sostiene en esto, que toda la dialéctica del chiste ingenuo se sostiene en la parte azul de este esquema, y que lo que en el otro se trata de provocar en el orden imaginario, para que el chiste en su forma ordinaria pase y se a recibido aquí está de alguna manera enteramente constituido por su ingenuidad, su ignorancia, su infatuación misma, y basta simplemente abordarlo hoy, para hacer homologar allí por el tercero, el gran Otro al que lo comunico como tal, para hacer lo pasar al rango y al título de chiste.

Naturalmente aquí sin embargo, por la promoción del otro imaginario como tal en este análisis de las metonimias, en la satisfacción que encuentra pura y simplemente en el lenguaje, y que le sirve incluso para no darse cuenta hasta qué punto su deseo es engañado, esto nos introduce, y es por eso que Freud pone juntos al chiste y a lo cómico, esto nos introduce en la dimensión de lo cómico como tal, y nos hace plantear su cuestión.

No hemos llegado aquí al cabo de nuestros trabajos, pues en verdad sobre este tema de lo cómico no se han dejado de introducir algunas consideraciones, algunas teorías, todas

más o menos insatisfactorias, y por cierto no es una cuestión vana la de proponernos saber por qué son insatisfactorias esas teorías, y también por qué han sido promovidas.

Seguramente es preciso que ahí franqueemos todo tipo de formas bajo las cuales se presentaron esas teorías, para volver sobre ello. No hay medio de deletrearlas; su adición, su sucesión, su histórica, como se dice, no nos llevará, creo, sobre la huella de nada fundamental. La cuestión de lo cómico es, en todo caso, digámoslo, eludida cada vez que se la aborda, no digo que se la resuelve, sobre el plano solamente psicológico. El ingenio (esprit), como lo cómico, son evidentemente, sobre el plano psicológico, fáciles de reunir bajo esta categoría de lo risible o de lo que provoca la risa.. Por supuesto, ustedes no pueden dejar de sorprenderse de que hasta ahora, aunque concluyendo en el hecho de que el chiste es más o menos bien acogido, encasillado por el hecho de que ustedes lo sancionan con una risa discreta o al menos una sonrisa, yo no haya abordado esta cuestión de la risa.

La cuestión de la risa está lejos de estar resuelta. Por supuesto, cada uno se acomoda para hacer de ella una cáracterística esencial de lo que sucede en lo chistóso (spirituel), y también en lo cómico, pero cuando se trata de hacer de algún modo el enlace del carácter expresivo, si se puede decir en esta ocasión, de la risa, cuando incluso se trata simplemente de connotar a qué emoción podría responder este fenómeno, del que es posible decir, aunque no sea absolutamente cierto, que es lo propio del hombre, se comienza a entrar en unas cosas que, de una manera general, son extremadamente fastidiosas. Quiero decir que incluso aquéllos de los que uno siente que tratan de aproximar, de rozar de una cierta forma analógica, metafórica, cierta relación de la risa con eso de lo que se trata en la aprehensión que le corresponde, lo mejor que se puede decir, es que aquéllos que han dicho sobre esto las cosas que parecen más sostenibles, más prudentes, apenas hacen más que observar algo que seria análogo en el fenómeno mismo de la risa, a saber que puede dejar en alguna parte trazas oscilatorias, en el sentido de que es un movimiento espasmódico con cierta oscilación mental que sería la del pasaje, por ejemplo, dice Kant, de algo que es una tensión a su reducción, a una nada; la oscilación entre una tensión despertada y su brusca caída ante una nada, una ausencia de algo que seria considerado, tras su despertar de tensión, tener que resistirle.

He ahí un ejemplo en que el brusco pasaje de un concepto a su contradicción, se ilumina en un psicólogo de uno de los últimos siglos, Leon Du mont, del que Dumas informa en su artículo sobre la psicología. Es un artículo a lo Dumas, muy fino, muy sutil, y para el que este hombre feliz no se ha fatigado, pero que bien vale la pena que sea lerdo, pues a pesar de no fatigarse, él aporta muy lindos elementos.

En resumen, la risa, por supuesto, sobrepasa muy ampliamente la cuestión tanto de lo chistóso (spirituel) como de lo cómico. No es raro ver recordado que hay en la risa algo que es por ejemplo la simple comunicación de la risa, el reír de la risa; el reír de algo que está ligado al hecho de que no hay que reír, la risa loca de los niños en ciertas condiciones es de todos modos algo que también merece retener la atención. Hay también una risa de la angustia, e incluso de la amenaza inminente; la risa repentina de la víctima que se siente súbitamente amenazada por algo que supera completamente los límites de su espera; la risa de la desesperación. Hay risas, incluso, del duelo bruscamente aprendido.

¿Vamos a tratar todas esas formas de la risa? No es nuestro tema, yo quiero simplemente puntualizar aquí puesto que tampoco es mi objeto hacer les una teoría de la risa, que en todo caso nada está más alejado de tener que satisfacerles, que la teoría bergsoniana del mecanismo que surge en medio de esa especie de mito de la armonía vital, de algo de lo que, para retomarlo en esta ocasión de un modo particularmente esquemático, la pretendida eterna novedad, creación permanente del impulso vital, para ser retoñada ahí de un modo particularmente condensado en ese discurso sobre la risa. Bergson muestra suficientemente, pone suficientemente en evidencia, el carácter propiamente hablando........, pues propiamente hablando formula que una de las cáracterísticas de lo mecánico en tanto que opuesto a lo vital, es su carácter repetitivo, como si la vida no nos presentara ningún fenómeno de repetición, como si no "meáramos" todos los días de la misma manera, como sino durmiéramos todos los días de la misma forma, como si reinventáramos el amor cada vez que besamos. Verdaderamente, hay ahí algo increíble; esta explicación por lo mecánico es ella misma una explicación que, a todo lo largo del libro, se manifiesta ella misma como una explicación mecánica. Quiero decir que es la propia explicación la que recae en una lamentable estereotipia, que deja escapar absolutamente lo que es esencial en el fenómeno.

Si verdaderamente fuera lo mecánico lo que es tuviera en el origen de la risa, ¿adónde iríamos? ¿Dónde se situarían las tan sutiles observaciones de Kant sobre las marionetas que van completamente al encuentro de ese pretendido carácter risible y decaído de lo mecánico? Pues él subraya tan finamente que es un ideal de gracia lo que es en realidad realizado por esas pequeñas máquinas que, por estar simplemente acciónadas por algunos trozos de hilo, realizan por sí mismas una especie de elegancia en el trazado de sus movimientos, ligada a la constancia del centro de gravedad de su curva, simplemente por poco que estén un poquito bien construidas, quiero decir siguiendo los estrictos ejemplos que constituyen las cáracterísticas de las articulaciones humanas, y que a fin de cuentas, subraya, la gracia de ningún bailarín puede alcanzar lo que puede ser realizado por una marioneta simplemente acciónada con los dedos.

Dejemos de lado la teoría bergsoniana, en esta ocasión, para simplemente hacer observar hasta qué punto puede dejar completamente de lado lo que es dado por las primeras aprehensiones, las más elementales, del mecanismo de la risa; quiero decir, antes incluso que sea implicado en nada que sea tan elaborado como la relación de lo chistóso (spirituel) o la relación de lo cómico; quiero decir, en el hecho de que la risa toca a todo lo que es imitación, doblaje, fenómeno de sosías, máscara, y, si miramos de más cerca, no solamente al fenómeno de la máscara, sino también al del desenmascaramiento, y esto según momentos que merecen que uno se detenga en ellos.

Ustedes se aproximan a un niño con el rostro cubierto por una máscara: él se ríe de una manera tensa, molesto. Se aproximan a él un poco más, y comienza algo que es una manifestación de angustia. Se quitan la máscara: el niño ríe. Pero si bajo esta máscara tienen otra máscara, no se ríe en absoluto.

Sólo quiero indicar con esto, al menos, cuanto esto demanda un estudio, que no puede sino ser un estudio experimental, pero que no puede serlo más que si comenzamos a tener cierta idea del sentido en que debe ser dirigido, en lo que, en todo caso, en ese fenómeno como en otros que aquí podría a portar en apoyo de mi afirmación —no es mi

intención aquí poner el acento sobre esto—, todo nos muestra que hay en todos los casos una relación muy intensa, muy estrecha, entre los fenómenos de la risa y la función en el hombre de lo imaginario, particularmente el carácter cautivante de la imagen, cautivante más allá de los mecanismos instintuales que le corresponden, sea en la lucha, sea en la parada, en la parada sexual o en la parada combativa, y que añaden en el hombre ese ascenso suplementario que hace que la imagen del otro esté profundamente ligada a esta tensión de la que hablaba recién, esta tensión siempre evocada por el objeto al que se presta atención; atención que consiste en poner a cierta distancia del deseo o de la hostilidad, a ese algo que en el hombre está en el fundamento y en la base misma de la formación del yo (moi), esa ambigüedad que hace que su unidad esté fuera de sí mismo, que sea en relación a su semejante que él erige y encuentra esa unidad de defensa que es la de su ser en tanto que ser narcisista.

Es en ese campo que debe situarse el fenómeno de la risa, y para indicarles lo que quiero decir, diré que es en ese campo que se producen esas caídas de tensión a las que los autores que se han interesado más especialmente en este fenómeno atribuyen el desencadenamiento ocasional, instantáneo de la risa. Si alguien nos hace reír cuando simplemente cae por tierra, es en función de la imagen más o menos tensa, más o menos pomposa a la que incluso no prestamos antes tanta atención, como esos fenómenos de estatura y de prestigio que de alguna manera son moneda corriente en nuestra experiencia vivida, pero hasta el punto de que incluso no nos percatamos de su relieve. Para decirlo todo, es en tanto que el personaje imaginario continúa su marcha más o menos afectada, en nuestra imaginación, mientras que lo que lo soporta de real está allí plantado y desparramado por tierra, es en esta medida que la risa estalla. Es siempre por algo que es una liberación de la imagen.

Entiendan esta liberación en los dos sentidos ambigüos del término, que algo es liberado de la constricción de la imagen, y que la imagen también va a pasearse sola. Hay algo cómico en el pato al que le han cortado la cabeza y que todavía da algunos pasos en el corral. Es todavía algo de este orden, y es por eso también que lo cómico va a entrar en parte en conexión con lo risible, al nivel de la dirección yo (je) —objeto, ??' o ?". Ciertamente, es en la medida en que lo imaginario está interesado en parte en esa relación con lo simbólico, que vamos a ver, a un nivel más elevado que nos interesa infinitamente más que el conjunto de los fenómenos del placer, que se encuentra la risa en tanto que connota, que acompaña a lo cómico.

Para introducir hoy la noción de lo cómico, quisiera partir de un ejemplo. Cuando Heinrich Heine, en la historia del becerro de oro, replica a Soulié con una palabra destinada a encontrar la comunicación justamente ingeniosa, cuando éste habla del becerro de oro a propósito del banquero, esto ya casi es un chiste, al menos una metáfora, que encuentra en Heinrich Heine esta respuesta: "para ser un becerro, me parece un poco viejo". Observen que si Heinrich Heine hubiera dicho eso al pie de la letra, eso querría decir simplemente que no había entendido nada, que era como mi ignorante de hace un momento, como el que hablaba de "la mujer de no recibir". La retorsión que le hace Heinrich Heine sería cómica, en cierta manera, y esto es lo que constituye los trasfondos de ese chiste, ella es también un poco así, quiero decir que un poco remite a Soulié a su jardín, que lo pone en apuros(53), si me atrevo a expresarme así. Después de todo, Soulié no había dicho algo tan gracioso, y Heinrich Heine, maniobrándolo, mostrándole que eso puede ordenarse de otro modo, erigiendo otro objeto metonímico que el primero, entra y juega sobre el plano de la oposición cómica.

La oposición cómica, en suma, está ligada a que es imposible no percatarse ante todo de una diferencia absolutamente esencial. Es que lo cómico, si lo captamos ahí en estado fugitivo, en ocasión de un chiste, en un rasgo, en una palabra, en una réplica, es a pesar de todo algo que va mucho más allá, quiero decir que cuestiona, no pura y simplemente nuestro encuentro, algo como un relámpago en el que no hay necesidad de un muy gran forzamiento para que eso pase con un chiste. Yo me dirijo a todos ustedes, cualquiera que sea vuestra posición actual, sin que sepa de dónde vienen, ni incluso que están. Para que entre nosotros haya relaciones cómicas, es preciso algo que nos implique mucho más a cada uno, uno al otro personalmente, tanto como ustedes ven ahí esbozarse, en la relación de Soulié y Heinrich Heine, algo que interesa a un mecanismo de seducción. Hay algo que a pesar de todo está un poco desechado del lado de Soulié, por la respuesta de Heine.

En resumen, para que haya posibilidad de hablar de la relación de lo cómico, es preciso que situemos esta relación de la demanda a su satisfacción, ya no en un momento instantáneo, sino en algo que le da su estabilidad y su constancia, su vía en su relación con un otro determinado. Pues lo que hemos analizado en las subyacencias del chiste como siendo esa estructura esencial de la demanda en tanto que ella es retomada por el otro y debe ser esencialmente insatisfecha, es que hay de todos modos una solución que es la solución fundamental, la que todos los seres humanos buscan desde el comienzo de su vida hasta el final de su existencia, puesto que todo depende del otro. En suma, la solución es tener un otro todo para sí. Es lo que se llama el amor.

En esta dialéctica del deseo se trata de tener un otro todo para sí. El campo de la palabra plena tal como se los he evocado en otra ocasión, es designado, definido sobre este esquema por las condiciones mismas en las que acabamos de ver que puede y debe realizarse algo que sea equivalente a la satisfacción del deseo, la indicación de que justamente no puede satisfacerse más que en el más allá de la palabra. Ese es el lazo que une a otros con ese yo (je), su objeto metonímico y el mensaje. Esa es el área y la superficie en que debe sostenerse algo que sea palabra plena, a saber que el mensaje esencial, carácterístico que la constituye, a esta palabra plena, la que les he ilustrado con el "tú eres mi maestro", o el "tú eres mi mujer", se designa en efecto así: "tú, el otro, eres mi mujer".

Es bajo esta forma, les decía, que el hombre da el ejemplo de la palabra plena en la que se compromete como sujeto, se funda como el hombre de aquélla a la que él habla y se lo anuncia bajo esta forma, y le dice: "tú eres mi mujer".

(54) gráfico.(55)

También les he mostrado el carácter extrañamente paradojal de este "tú eres mi mujer". Es que todo reposa sobre algo que debe cerrar el circuito; es que la metonimia que eso comporta, el pasaje del otro a este objeto único que es constituido por la frase, demanda sin embargo que la metonimia sea recibida, que algo pase en seguida del ?' a ?, a saber que el "tú" del que se trata no responda por ejemplo pura y simplemente: "pero no, para

nada".

Incluso si no responde "pero no, para nada", otra cosa se produce mucho más comúnmente, es que en razón incluso del hecho de que ninguna preparación tan hábil como el chiste venga a hacer confundir esta línea ? '', ? ' con la metonimia ? ? ?, es decir, que esas dos líneas permanezcan perfectamente independientes, a saber, que el sujeto del que se trata conserve perfectamente su sistema de objetos metonímicos. Veremos producirse la contradicción que se establece en el círculo ? '?? '''?? '' a saber que cada uno, como se dice, teniendo su pequeña idea, esta palabra fundante se sustraerá a lo que llamaré, puesto que ahí estamos en presencia de un cuadrado, el problema no de la cuadratura del círculo, sino de la circularidad de las metonimias perfectamente distintas, incluso en el cónyuge más ideal. "No hay sino buenos matrimonios, no los hay deliciosos", ha dicho La Rochefoucauld.

Ahora bien, el problema del otro y del amor está en el centro de lo cómico. Para saberlo, conviene ante todo recordar que si uno quiere informarse sobre lo cómico, no estaría mal, tal vez, leer comedias. La comedia tiene una historia, la comedia incluso tiene un origen sobre el que nos hemos asomado bastante, y el origen de la comedia está ligado de la manera más estrecha a la relación que se puede llamar la relación del sí (soi(56)) al lenguaje.

El sí del que hablamos en la ocasión, ¿qué es? Por supuesto, no es pura y simplemente la necesidad radical original, esa necesidad que está en la raíz de la individualización como organismo, ese sí (soi) no se capta sino más allá de toda la elaboración del deseo en la red del lenguaje, ese sí (soi) es algo que no se realiza al fin de cuentas sino en el límite. Aquí el deseo humano no está capturado al comienzo en ese sistema de lengua je que lo difiere indefinidamente; no hay ningún lugar para que ese sí (soi) se constituya y se nombre. Es sin embargo más allá de toda esta elaboración del lenguaje, lo que representa la realización de esa necesidad primera, la forma, y que en el hombre al menos, no tiene ninguna probabilidad incluso de conocerse. No sabemos lo que es el sí (soi) de un animal, y hay muy pocas probabilidades de que lo sepamos jamás; pero lo que sabe mos, es que el sí (soi) del hombre está enteramente entrañado en esta dialéctica del lenguaje: es él quien vehiculiza y conserva la existencia primera de la tendencia.

¿De dónde sale la comedia? Se nos dice que de ese banquete en que el hombre, en suma, dice sí (oui) en una especie de orgía —dejemos a esta palabra toda su vaguedad—, de esa misma comida que está constituida por las ofrendas a los dioses, es decir a los inmortales del lenguaje. El hecho de que al fin de cuentas todo proceso de elaboración del deseo en el lenguaje se vuelva a traer y se conjugue en la consumación de un banquete, en el hecho de que después de todo ese rodeo es al fin de cuentas para volver al goce y al más elemental, he ahí por qué la comedia hace su entrada en lo que se puede considerar, con Hegel, como siendo la faz estética de la religión.

¿Qué es lo que nos muestra la comedia antigua? Convendría que cada tanto metieran sus narices en Aristófanes. Es siempre el momento en que el sí (soi) vuelve a sacar provecho, se calza las botas para su uso más elemental del lenguaje, es por su puesto en Las Nubes, Aristófanes se burla de Eurípides y de Sócrates, particularmente de Sócrates. ¿Bajo qué forma nos lo muestra? Nos lo muestra bajo la forma de que toda esa bella dialéctica va a servirle a un anciano para tratar de satisfacer sus ganas con toda clase de trucos, para escaparle a sus acreedores, para encontrar el medio de hacerse dar dinero; o a un joven, igualmente, para escapar de sus compromisos, de todos sus deberes, para burlarse de sus ascendientes, etc...

Ese retorno de la necesidad bajo su forma más elemental, ese surgimiento al primer plano de lo que ha entrado en el origen en la dialéctica del lenguaje, a saber muy especialmente todas las necesidades del sexo, y todas las necesidades ocultas en general. He ahí lo que ustedes ven sobre la escena Arsitófanesca producirse en el primer plano, y eso va lejos, y muy especialmente recomiendo a vuestra atención las piezas que conciernen a las mujeres y a la forma en que en esta especie de retorno al carácter de necesidadelemental que está subyacente a todo el proceso, qué papel, especialmente, es dado aquí a las mujeres, en tanto que es por su intermedio que, por ejemplo, Aristófanes nos invita, para el momento de comunión imaginaria que representa la comedia, a percatarnos de algo que sólo puede percibirse retroactivamente, que si el Estado existe, y la ciudad, es para que uno se aproveche de ellos, es para que una comida abundante en la que por otra parte nadie cree sea establecida sobre (falta una palabra), es para que, en suma, uno vuelva a asombrarse del buen sentido contrariado por (palabra ininteligible) perversas de la ciudad sometida a todas las tiranteces de un proceso dialéctico, para que se vuelva por intermedio de las mujeres, las únicas que verdaderamente saben de qué tiene necesidad el hombre, se vuelva por intermedio de las mujeres al buen sentido, y, naturalmente, todo esto toma las formas más exuberantes.

Esto sólo es picante por lo que nos revela de la violencia de ciertas imagenes. Eso nos hace también, incluso, imaginar bastante bien un mundo en el que las mujeres tal vez no eran completamente lo que imaginamos a través de los autores que nos presentan una antigüedad pulida. Las mujeres, me parece, debían ser —hablo de las mujeres reales, no de la Venus de Milo—, debían tener en la antigüedad muchos pelos y no debían oler bien, si se cree en la insistencia que se pone sobre la función de la navaja de afeitar y sobre algunos perfumes .

Sea como fuere, en ese crepúsculo Arsitófanesco, especialmente el que concierne a esa vasta insurrección de las mujeres, hay algunas imagenes que son muy bellas y que no dejan de impactar, aunque más no sea la que de golpe se expresa en esa frase de una de las mujeres ante sus compañeras, las que están todas en el trance, no sólo de vestirse como hombres, sino de pegarse unas barbas del lado de la omnipotencia, se trata simplemente de saber de qué barba se trata, que se pone a reír de golpe y que les dice: ¡qué gracioso, se diría una asamblea de sèches grillées(57) con barbas!

Esta visión en penumbras es también algo que nos parece bastante natural como para sugerirnos todos los bajos fondos de las relaciones en la sociedad antigua.

¿Hacia qué va a evolucionar esta comedia?

Hacia la nueva comedia, ¿y qué es la nueva comedia? La nueva comedia es algo que nos muestra a la gente comprometida generalmente de la manera más fascinada y más obstinada, con algún objeto metonímico. Todos los tipos humanos se vuelven a encontrar ahí, los que sean. Está el lujurioso, los personajes que son los mismos que los que uno

vuelve a encontrar en la comedia italiana, son personajes definidos por cierta relación con un objeto, y alrededor de los cuales gira toda la nueva comedia, la que va desde Menandro hasta nuestros días, alrededor de algo que se sustituye a esta erupción del sexo que es el amor, mientras que ahí el amor, nombrado como tal, el amor que nosotros llamaremos el amor sencillo, el amor ingenuo, el amor que une a dos jóvenes personas en general bastante estrafalarias, lo que constituye el pivote de la intriga; y cuando digo pivote, es porque el amor desempeña ese papel, no por ser en sí mismo cómico, sino por ser el eje alrededor del cual gira todo lo cómico de la situación, hasta una época que se puede muy netamente carácterizar por la aparición del romanticismo, y que hoy dejaremos de lado.

El amor es un sentimiento cómico. La cima de la comedia es perfectamente localizable, defininible, la comedia en su sentido propio, en el sentido en que yo la promuevo aquí ante ustedes, encuentra su cima en un maestro único, el que es de alguna manera la bisagra de un pasaje de la presentación de las relaciones entre el sí (soi) y el lenguaje, bajo la forma de una toma de posesión por el si (soi) del lenguaje en la introducción de la dialéctica como tal, de las relaciones del hombre al lenguaje que se hace bajo una forma ciega, cerrada. En el romanticismo esto es muy importante, en el sentido de que el romanticismo, sin saberlo, resulta ser una introducción confusa a esta dialéctica del significante como tal, de la que en suma el psicoanálisis resulta ser la forma articulada. Pero en la línea de la comedia, digamos clásica, la cima se da en el momento en que la comedia de la que hablo, que es de Molière y que se llama La escuela de las mujeres, plante el problema de una manera absolutamente esquemática, puesto que se trata de amor, pero que el amor está ahí en tanto que instrumento de la satisfacción.

Molière nos propone el problema de una manera que da su grilla absolutamente en la limpidez comparable a un teorema de Euclides. Un señor que se llama Arnolphe, que incluso no tiene necesidad, para que la cosa sea rigurosa, de ser un señor con una sola idea, sucede que es mejor así, pero a la manera en que la metonimia sirve en el chiste para fascinarnos, es un señor que, en efecto desde el comienzo vemos entrar con lo que podríamos llamar la obsesión de no ser cornudo. Es su pasión principal, es una pasión como cualquiera, todas las pasiones se equivalen, todas las pasiones son igualmente metonímicas. Es el principio mismo de la comedia plantearlas como tales, es decir centrar la atención sobre un sí (soi) que cree enteramente en su objeto metonímico; lo que quiere decir por otra parte que él cree allí. Eso no significa absolutamente decir que le esté ligado, pues es también una de las carácterísticas de la comedia que el sí (soi) del sujeto cómico, sea cual fuere, sale de ello siempre absolutamente intacto

Todo lo que ha pasado durante la comedia ha pasado sobre él como el agua sobre las plumas de un pato, sean cuales fueren los paroxismos a los que él haya llegado en la comedia. La escuela de las mujeres termina con un "!uf!" de Arnolphe, y sin embargo Dios sabe por dónde pasa. Es ahí que quiero tratar de recordarles brevemente de lo que se trata.

Arnolphe, pues, ha pronunciado sobre una jovencita:

"La he observado por su aire dulce y reposado.

"Yo la amaba a la edad de cuatro años".

El, pues, eligió a su mujercita, y planteó en adelante el "tú eres mi mujer". Es incluso por eso que entra en tal agitación cuando ve que ese querido ángel va a serle arrebatado. Es que en el punto en que él está, dice, "ella ya es mi mujer", y ya la ha instalado socialmente como tal, a la que le dice: "tú eres mi mujer".

Y ha resuelto igualmente la cuestión. Es un hombre, le dice su partenaire, la llamada Chrysalde, que tiene luces. Esto es dicho en alguna parte y, en efecto, él tiene tantas luces que se ha formulado lo siguiente: no hay necesidad de ser el personaje monógamo del que hablamos al comienzo. Quítenle esta monogamia, es un educador. Los ancianos siempre se han ocupado de la educación de las jovencitas, e incluso han propuesto principios para eso. Ahí, él encontró un muy feliz principio, él mismo ha dicho que ordenaba los cuidados por los que ella debería ser conservada en ese estado de ser completamente idiota, dice. Y usted no podría creer, le dice a un amigo, hasta dónde llega eso: no hay más que ver que el otro día ella me ha preguntado si los niños no se hacían por la oreja.

Pero eso es lo que tendría que haberle puesto la pulga en la misma oreja, pues si en efecto la joven hubiera tenido una concepción fisiológica más sana de las cosas, quizá hubiera sido menos peligrosa.

"Tú eres mi mujer'', palabra plena, es la metonimia. Todo lo que se le hace leer a la pequeña Agnes, a saber los deberes del matrimonio, está perfecta y congruentemente explicado. Ella es completamente idiota, dice él, y cree que puede fundar sobre eso, como todos los educadores, la seguridad de su construcción.

¿Qué es lo que nos muestra todo el desarrollo de la historia? Eso podría llamarse: "cómo el espíritu llega a las jóvenes". El espíritu llega a las jóvenes en lo siguiente: la singularidad del personaje de Agnes parece haber propuesto un verdadero enigma a los psicólogos y a las críticas: ¿es una mujer, una aphomane(58), una coqueta, una esto, una aquello? Absolutamente no, es un ser al que se le enseñó a hablar, y que articula. Ella está capturada por la palabra del personaje; completamente estrafalario por otra parte, que es el personaje del jovencito, de Horacio, que entra en juego en la cuestión, cuando en la escena mayor, en la que Arnolphe le va a proponer arrancarse la mitad de los cabellos, ella le responde tranquilamente:

"Horacio con dos palabras lograrla más que usted".

Ella puntúa lo que está puntuado a todo lo largo de la pieza, es decir, que lo que le ha sucedido a Agnes con el encuentro del personaje en cuestión, es precisamente esto, que el personaje dice unas cosas que son espirituales y dulces, para escuchar encantada. Lo que él dice, ella es incapaz de decírnoslo, y de decírselo a si misma; pero es por la palabra, es decir por ese algo que rompe todo el sistema de la palabra aprendida, de la palabra educativa, que ella está cautivada, y esta suerte de ignorancia que es una de las

dimensiones que ya Molière ha simplemente ligado a que precisamente para ella no hay otra cosa que ese sistema de la palabra, cuando Arnolphe le explica que él le ha besado las manos, los brazos. Ella pregunta: "¿hay otra cosa?". Ella está muy interesada. Es una diosa—razón, esta Agnes; también el término razonamiento, razonadora, es lo que en un momento dado viene a sofocar a Arnolphe cuando éste intenta reprocharle su ingratitud, su falta desentimiento del deber, la traición que ella ejerce a su respecto. Ella le responde con pertinencia: "¿pero qué es lo que os debo si es únicamente el haberme vuelto bruta, sus gastos le serán reembolsados". Y la palabra razonador y razonadora es lo que viene a la boca de Arnolphe.

En otros términos, al comienzo nos encontramos ante el razonador, frente al ingenuo, y lo que constituye el resorte cómico es que vemos surgir, desde que el espíritu ha llegado a la joven, a la razonadora en presencia del personaje que deviene el ingenuo, pues en ese momento, en unas palabras que no dejan ninguna ambigüedad, él le dice que la ama, y se lo dice de todas las maneras, y se lo dice al punto que la culminación de su declaración consiste en decirle más o menos esto: tú harás exactamente todo lo que quieras, es decir tú tendrás a Horacio si lo quieres igualmente dado el caso, es decir, que el personaje invierte hasta el principio de su sistema, es decir que al fin de cuentas él prefiere aún ser cornudo, lo que era su punto de partida inicial en toda la historia, más bien que perder el objeto de su amor.

El amor, ése es el punto en el cual digo que se sitúa la cima de la comedia clásica. El amor está aquí y es muy curioso ver hasta qué punto ya no lo percibimos más que a través de toda clase de paredes que lo ahogan, de paredes románticas. El amor es un resorte esencialmentecómico.

Es precisamente en esto que Arnolphe es un verdadero enamorado, mucho más auténticamente enamorado que el llamado Horacio, que aquí está vacilando perpetuamente. El amor es cómico precisamente en cuanto que es el amor más auténticamente amor, que se declara y que se manifiesta.

Es preciso todo ese cambio de perspectiva que se ha producido alrededor del término amor, para que podamos concebirlo no tan fácilmente. Porque es un hecho: más la pieza es jugada, más Arnolphe se juega en su papel de Arnolphe, y más la gente se doblega y se dice: este Molière tan noble y tan profundo, cuando uno acaba de reír con él, debería llorar; es decir que todo el cambio de perspectiva romántica es que la gente encuentra casi más compatible lo cómico con la expresión auténtica y absolutamente sumergente del amor como tal.

He aquí pues el esquema de la historia, que de todos modos es preciso que yo dé lo que la cierra. Lo que la cierra, es que gracias a la tontería del personaje—tercero, a saber, del personaje de Horacio, que en la ocasión se comporta completamente como un bebé, yendo hasta a volver a poner a aquélla que él acaba de arrebatar entre las manos de su legitimo posesor, sin incluso haber podido identificarlo hasta entonces como el celoso ,cuya tirahía sufre Agnes, y aquél mismo al que él se confía. Poco importa, ese personaje es completamente secundario, ¿por qué está ahí? Para que el problema se plantee en estos términos, a saber que Arnolphe, a todo instante es puesto al tanto, hora a hora, minuto a minuto, de lo que sucede en la realidad, por aquél mismo que es su rival, y por otra parte, de una manera igualmente enteramente auténtica, por su pupila misma, la llamada Agnes, que no le disimula nada. Efectivamente como él la quiere, ella es completamente idiota, únicamente en el sentido de que no tiene absolutamente nada para ocultar, lo dice todo, lo dice simplemente de la manera más pertinente, pero a partir del momento en que ella está en el mundo de la palabra, esto está abierto a que, cualquiera que sea el poder de la formación educativa, su deseo esté más allá, su deseo esté del lado no simplemente de Horacio, al que no dudamos que ella hará sufrir en el futuro toda la suerte que Arnolphe temía tanto, pero simplemente por el hecho de que ella está en el dominio de la palabra, ella sabe que su deseo está más allá de esta palabra. Ella está encantada por las palabras, está encantada por el espíritu, es en tanto que algo está más allá de esta actualidad metonímica que se trata de imponerle, que ella se escapa, que diciéndole siempre la verdad a Arnolphe, sin embargo todo lo que ella hace es completamente equivalente al hecho de engañarlo. Horacio mismo lo percibe, y cuando él cuenta la historia del grado y de la piedra(59), a saber esa jovencita que le arroja su piedrita por la ventana diciéndole: "Váyase! Ya no quiero escuchar su discurso, y he aquí mi respuesta", lo que tiene el aspecto de querer decir: he aquí la piedra que le arrojo, pero que es también el vehículo de una pequeña lettre (letra, carta), es algo que, en efecto, Horacio lo subraya muy bien, para una jovencita que hasta entonces se ha querido mantener en la más extrema ignorancia, es de una ambigüedad poco común. Es el cebo de esos doble-sentidos, de todo ese juego del que se puede esperar más en el futuro.

He aquí, pues, este punto sobre el que quería dejarlos hoy. El sí (soi) está por naturaleza más allá de esta captura del deseo en el lenguaje. La relación con el otro es esencial, en tanto que el camino del deseo pasa necesariamente por el otro, no en tanto que el otro es el objeto único, sino en tanto que el otro es el fiador (répondant) del lenguaje, y por sí mismo lo somete a toda su dialéctica.



ver nota(60)

Tengo la impresión de que el trimestre pasado —tuve de ello algunas resonancias— los he sofocado un poco. No me di cuenta, de lo contrario no lo hubiera hecho. También tengo la impresión de haberme repetido, de haber pisoteado. Por otra parte, eso quizá no ha impedido que algunas cosas que yo quería hacerles entender hayan quedado en el camino.

Eso quizá vale la pena que hagamos un pequeño retorno para atrás, digamos una mirada sobre la manera con que he abordado las cosas este año. Lo que trato de mostrarles a propósito del chiste, del que he desprendido cierto esquema cuya utilidad quizá no va a aparecerles inmediatamente, es su unidad, cómo las cosas se encajan, cómo se engranan con el esquema precedente.

Al fin de cuentas, se trata de algo que ustedes deben percibir como una constante en lo que les enseño. Aunque convendría que esta constante no sea simplemente algo como una banderita en el horizonte, respecto de la cual ustedes se orientarían. Es preciso que comprendan adónde los lleva eso, en qué rodeos eso los lleva. Esta constante, es la observación que yo creo absolutamente fundamental para comprender lo que hay en Freud, la de la importancia del lenguaje, lo hemos dicho al comienzo y a continuación de la palabra. Y cuanto más nos aproximamos a nuestro objeto, más nos percatamos de dónde está la diferencia de la importancia del significante en la economía del deseo, digamos aún en la formación, la información del significado.

Ustedes han podido percatarse de ello anoche, al escuchar lo que nos ha aportado de interesante en nuestra sesión científica, la señora Pankoff. Resulta que en América la gente se preocupa de lo mismo que lo que yo les explico aquí Ellos tratan de introducir lo esencial en la determinación de los trastornos psíquicos, de los trastornos económicos, el hecho de la comunicación y de lo que en este caso ellos llaman el mensaje. Ustedes han podido escuchar a la señora Pankoff hablarles de alguien que está lejos de haber nacido con la última lluvia, a saber el señor Bateson, antropólogo y etnógrafo, quien ha aportado algo que nos hace reflexionar un poco más allá de la punta de nuestras narices, que concierne a la acción terapéutica. El trata de formular algo que esta en el principio de la génesis del trastorno psicótico, en algo que se establece entre la madre y el hijo, y que no es simplemente el efecto de tensión, de retención, de distensión, de ratificación, de frustración en el sentido elemental que yo preciso, de relación interhumana, como si fuera algo que sucede en el extremo de un elástico, que trata de poner desde el principio la noción de la comunicación en tanto que está centrada, no simplemente sobre un contacto, sobre una relación, sobre un entorno, sino sobre una significación, que trata de ponerla en el principio de lo que ha ocurrido como originariamente discordante, desgarrante en lo que liga al niño en sus relaciones con la madre, y cuando él designa, cuando él denota como siendo el elemento discordante esencial de esta relación, el hecho de que la comunicación se haya presentado bajo una forma de doble relación, como muy bien se los ha dicho anoche la señora Pankoff, diciéndoles que en el mismo mensaje que es aquel donde el niño ha descifrado el comportamiento de su madre, en el mismo mensaje hay dos elementos que no están definidos el uno en relación al otro, en el sentido simplemente de que el uno se presenta como la defensa del sujeto en relación a lo que quiere decir el otro, lo que es la noción común que tenemos en lo que sucede a nivel del mecanismo de la defensa que ustedes analizan.

Ustedes pueden decir lo que el sujeto dice, para desconocer que hay alguna parte de significación en él. El se anuncia a sí mismo, del mismo modo que les anuncia al lado el pretexto.

No se trata de eso. Se trata de algo que concierne al otro, y que es recibido por el otro de tal manera que, si responde sobre un punto, sabe por este mismo hecho que va a encontrarse atrapado en el otro. Como nos lo dijo ayer la señora Pankoff, si yo respondo a la declaración de amor que me hace mi madre, voy a provocar su retracción, y si no la escucho como tal, es decir si no le respondo, voy a perderla.

Ven ustedes pues cómo somos introducidos en esta dialéctica del doble sentido, en cuanto que ya interesa un elemento tercero. No es uno detrás del otro, es decir algo que está más allá del sentido, un sentido que tendría ese privilegio de ser más auténtico, esos dos mensajes se dan simultáneos en la misma emisión, si se puede decir, de significación, lo que crea en el sujeto una posición tal que se encuentra en un callejón sin salida. Esto les prueba que incluso en América se hacen enormes progresos.

¿Esto quiere decir que eso sea completamente suficiente? Anoche la señora Pankoff subrayó muy bien lo que esta tentativa tenia de ramplona, de empírica. Por supuesto, no se trata para nada de empirismo. Si en América además no hubiera unos trabajos que son muy importantes, que están hechos sobre el plano de lo que se llama la estrategia de los juegos, ni siquiera habrían soñado con introducir eso en el análisis, lo que de todos modos es ahí una reconstrucción de algo que está supuesto haber pasado en el origen, que determina esta posición profundamente desgarrada, inestable del sujeto respecto justamente de lo que tiene de constituyente el mensaje para el sujeto. Si esta posición no implica que el mensaje es algo constituyente para el sujeto, mal se ve cómo podríamos. darle, en esta doble relación primitiva, unos efectos tan grandes.

Entonces la cuestión que se plantea es la de saber cuál será la situación, cuál será el proceso de la comunicación en tanto que no llega a ser constituyente para el sujeto. Esta es otra referencia que es preciso investigar. Hasta ahora, cuando ustedes leen y entienden lo que quiere decir el señor Bateson, ven que, en suma, todo está centrado sobre el doble mensaje, sin duda, pero sobre el doble mensaje en tanto que doble significación.

Es ahí precisamente que el sistema peca, ¿y justamente en qué? En esto: es que sólo hay esta manera de concebir las cosas, de presentarlas, que descuida justamente lo que el significante tiene de constituyente en la significación.

Anoche yo habla tomado una nota al pasar, que ahora me falta, que yo habla recogido en las palabras mismas de la señora Pankoff, y que se reduce poco más o menos a esto: no hay, decía ella, palabra que fundarla la palabra en tanto que acto. Y esto está muy en la vía de lo que yo aproximo ahora.

Entre esas palabras, es preciso que haya una que funde la palabra en tanto que acto en el sujeto. Es en este sentido que ella manifestaba su exigencia, su sentimiento de la insuficiencia del sistema. Es por eso que la señora Pankoff manifestaba una exigencia de estabilización de todo el sistema, por el hecho de que en el interior de la palabra haya en alguna parte algo que funde la palabra en tanto que verdadera. Ella se dirigía entonces, en ese sentido, a un recurso a la perspectiva de la personalidad. Es precisamente lo que ella aportó ayer, y esto es algo que al menos tiene el mérito de testimoniar de una cierta exigencia correspondiente a algo que, en el sistema, nos deja inciertos, no nos permite una deducción, una construcción suficiente.

Yo no creo absolutamente que sea así que podamos formularlo. Esta referencia personalista, no la creo psicológicamente fundada más que en el sentido de que no podemos no presentir que en este impasse que crean las significaciónes, en tanto que ella está supuesta desencadenada por los conciertos (concerts) profundos del sujeto cuando es un esquizofrénico, no podemos no sentir que hay algo que debe estar en el principio de ese déficit. No es simplemente la experiencia mantenida, aprehendida, impresa de esos impasses de las significaciónes, sino también algo que es la carencia de algo que funda la significación misma, y que es el significante, y algo más todavía, que es justamente lo que hoy voy a abordar, es decir algo que se funda, no simplemente como personalidad, como algo que funda la palabra en tanto que acto, como la señora Pankoff lo decía anoche, sino algo que se postula como lo que da autoridad a la ley.

Aquí llamamos ley, justamente, a lo que se articula propiamente a nivel del significante, es decir el texto de la ley.

No es lo mismo decir que hay una persona que debe estar ahí para sostener, si se puede decir, la autenticidad de la palabra, y decir que hay algo que autoriza el texto de la ley, porque ese algo que autoriza el texto de la ley es algo que se basta por estar él mismo a nivel del significante, es decir el nombre del padre, lo que yo llamo el nombre del padre, es decir el padre simbólico. Esto es algo que subsiste a nivel del significante. Es algo que en el Otro, en tanto que es la sede de la ley, representa a este Otro en el Otro, ese significante que da soporte a la ley, que promulga la ley.

Esto es precisamente lo que expresa el mito necesario en el pensamiento de Freud, el mito del Edipo. Eso por lo cual —miren bien *allí*— es necesario que procure él mismo bajo esta forma mítica, el origen de la ley, es para que haya algo que haga que la ley esté fundada en el padre. Es preciso que haya el asesinato del padre. Las dos cosas están estrechamente ligadas, es decir que el padre en tanto que promulga la ley, es el padre muerto, es decir el símbolo del padre; el padre muerto es el nombre del padre, que ahí está construido sobre el contenido.

Esto es completamente esencial. Voy a recordarles en este caso por qué.

¿Alrededor de qué he centrado todo lo que les enseñé hace dos años sobre la psicosis? Alrededor de algo que llamé la Verwerfung. He tratado de hacérselas entender como algo que es diferente que la Verdrängung, es decir el hecho de que la cadena significante continúa, lo sepan ustedes o no, desarrollándose, ordenándose en el otro, lo que es esencialmente el descubrimiento freudiano.

Pero les he dicho que la Verwerfung era algo que no estaba simplemente más allá de vuestro acceso, es decir en el Otro en tanto que reprimido y en tanto que significante. Eso es la Verdränung. Pero esto es la cadena significante, la prueba es que ella continúa obrando sin que ustedes le den la menor significación. Ella determina la menor significación sin que ustedes la conozcan como cadena significante.

También les he dicho que hay otra cosa que, en este caso, es Verwerfung. Puede haber en la cadena de los significantes un significante o una letra que falta, que siempre falta en la tipografía, pues se trata de un espacio tipográfico. El espacio del significante, el espacio del inconsciente es un espacio tipográfico. Es preciso tratar de definir el espacio tipográfico como algo que se constituye en una línea, en unos cuadraditos. Hay leyes topológicas del espacio tipográfico.

Hay algo que falta en esta cadena de los significantes. Ustedes deben comprender la importancia de la falta del significante particular del que acabo de hablar, que es el nombre del padre en tanto que, justamente, funda como tal el hecho de que hay ley, es decir articulación en un cierto orden del significante; complejo de Edipo o ley del Edipo, o ley de interdicción de la madre, por ejemplo, el significante que significa que en el interior de ese significante, el significante existe.

Eso es el nombre del padre, y como ustedes lo ven, en el interior del otro es un significante esencial. Es alrededor de eso que he tratado de centrarles lo que sucede en la psicosis, a saber cómo el sujeto debe suplir la falta de ese significante esencial que es el nombre del padre, y es alrededor de eso que he tratado de ordenarles todo lo que yo he llamado la reacción en cadena, o la desbandada que se produce en la psicosis.

¿Qué debo hacer aquí? ¿Debo comprometerme inmediatamente en este recuerdo de lo que les he dicho a propósito del Presidente Schreber? ¿O bien es preciso que les muestre de una manera todavía más precisa lo que yo articulo, lo que simplemente acabo de anunciar, mostrándoles en el detalle qué relación articularles a nivel del esquema de este año que para mi gran sorpresa no interesa a todo el mundo, pero que de todos modos interesa a algunos, y, a nivel del esquema de este año, tratar de articularles lo que acabo de tratar de indicarles?

No olviden que este esquema ha sido construido para representarles lo que sucede a nivel de algo que merece el nombre de técnica, la técnica del chiste, que es algo particular, muy singular, puesto que manifiestamente eso puede ser fabricado de la manera más intencional del mundo por el sujeto, que, como se los he mostrado, el chiste algunas veces no es más que el reverso de un lapsus, y del que la experiencia muestra que muchos chistes nacen de esa manera, uno se da cuenta a posteriori de que hubo chiste. Salió solo. Al principio eso podría, en algunos casos, ser tomado por exactamente lo contrario, un signo de ingenuidad. La vez pasada hice alusión al chiste ingenuo.

Este chiste, con su resultado, que es esa satisfacción que le es particular, es alrededor de eso que el trimestre pasado he tratado de organizarles este esquema, para tratar de ubicar cómo podríamos concebir el origen de esa satisfacción especial que él da. Eso no nos ha hecho remontar a ninguna otra cosa que a la dialéctica de la demanda a partir del ego.

Recuerden el esquema de lo que podría llamar el ideal primordial simbólico, que es completamente inexistente en el momento de la demanda satisfecha en tanto que está representado por la simultaneidad de la intención, en tanto que ella va a manifestarse como mensaje, y de la llegada de ese mensaje como tal al Otro, quiero decir el hecho de que el significante puesto que esta cadena es la cadena significante, llega al Otro. El ve como tal si hay perfecta identidad, simultaneidad, superposición exacta entre la manifestación de la intención en tanto que es la del ego, y el hecho de que el significante es como tal ratificado en el Otro, ese algo que está en el principio de la posibilidad misma de la palabra. Suponemos pues —es a eso que yo llamo el momento primordial ideal— que, si ese momento existe, debe estar constituido por esta simultaneidad, esta coextensividad exacta del deseo en tanto que se manifiesta, y del significante en tanto que lo porta y lo comporta. Si ese momento existe, la continuación, es decir algo, aquí que va a suceder al mensaje, es algo que va a suceder a su pasaje en el Otro, que va a corresponder a lo que es necesario, y a lo que está realizado en el Otro y en el sujeto para que haya satisfacción.

Este es muy precisamente el punto de partida necesario para que ustedes comprendan que eso no ocurre jamás. Esto es, a saber, que es de la naturaleza y del efecto del significante que lo que llega aquí se presente como significado, es decir como algo que está hecho por la transformación, por la refracción de su deseo por su pasaje por el significante, ¿y por qué? Porque es para eso que estas dos líneas están entrecruzadas; es para hacerles sentir el hecho de que el deseo se expresa y pasa por el significante, es decir que cruza la línea significante, y que a nivel de ese cruzamiento del deseo con la línea significante, él encuentra ¿qué? Encuentra al Otro.

Veremos a continuación, puesto que habrá que volver a ello, lo que en este esquema es este Otro. Encuentra al Otro, no les he dicho como persona, encuentra al Otro como tesoro del significante, como sede del código. En otros términos, es ahí que ocurre la refracción del deseo por el significante. El deseo llega pues como significado otro que lo que era al comienzo, y ahí tienen por qué, no vuestra hija es muda, sino por qué vuestro deseo es siempre cornudo.

Es porque en el intervalo, esto de lo que se trata les muestra que son más bien ustedes los que lo son, cornudos; ustedes mismos son traicionados, en cuanto que vuestro deseo se ha acostado con el significante. Esto es esencial. Yo no sé cómo es preciso que articule mejor las cosas, para hacérselas comprender. Esto se sostiene en el hecho de que el deseo en tanto que emanación, despunta de un momento de este ego radical, por el sólo hecho de que está ese camino.

Esa es la significación del esquema. Está ahí para visualizarles este concepto: que el pasaje a través de la cadena del significante introduce en la dialéctica del deseo por sí mismo este cambio esencial.

Entonces está bien claro que, para la satisfacción del deseo, todo depende de lo que sucede en ese punto ante todo definido como lugar del código, como algo esencial que ya por sí mismo desde el origen, ab origine, por el sólo hecho de su estructura de significante, aporta esta modificación esencial del deseo a nivel de su franqueamiento significante. Todo lo demás está implicado ahí, puesto que no solamente está el código, también hay otra cosa. Yo me sitúo ahí en el nivel más radical, pero por supuesto está la ley, están las interdicciónes, esta el superyó, etc. Pero para comprender cómo están edificados estos diversos niveles, es preciso comprender que ya en el nivel más radical, en tanto que hay un Otro desde que ustedes hablan a alguien, que hay un otro Otro en él, en tanto que sujeto del código, ya nos encontramos sometidos a esta dialéctica de cornudificación del deseo.

Entonces todo depende, se comprueba, de lo que sucede en ese punto de cruzamiento, en ese nivel de franqueamiento.

Se comprueba que toda satisfacción posible del deseo humano va entonces a depender del acuerdo del sistema significante en tanto que está articulado en la palabra del sujeto y, el señor Perogrullo se los diría, del sistema del significante en tanto que reposando en el

código, o sea en el nivel del Otro en tanto que lugar y sede del código. Escuchando eso, un niñito quedaría convencido, y yo no pretendo que lo que acabo de explicarles nos haga dar un paso más. Todavía tenemos que articularlo.

Es ahí que vamos a aproximar la juntura que quiero hacerles entre este esquema y lo que hace un momento les he anunciado como esencial en lo que concierne a la cuestión importante del nombre del padre. Ustedes van a verlo prepararse, dibujarse, y no engendrarse, o sobre todo engendrarse él mismo, pero el salto que debe hacer para llegar, pues no todo sucede a nivel de la continuidad, siendo justamente lo propio del significante ser discontinuo.

¿Qué es lo que la técnica del chiste nos aporta por la experiencia? Es lo que he tratado de hacerles sentir de todas las maneras, es algo que, aún no comportando ninguna satisfacción particular inmediata, consiste en que algo sucede en el otro que es equivalente, que representa, que simboliza lo que se podría llamar la condición necesaria para toda satisfacción, a saber que ustedes son, justamente, escuchados más allá de lo que dicen, puesto que en ningún caso lo que ustedes dicen puede verdaderamente hacerlos entender.

El chiste, como tal, se desarrolla en la dimensión de la metáfora, es decir que es más allá del significante, en tanto que por él ustedes buscan significar algo, que a pesar de todo ustedes siempre significan otra cosa. Es Justamente en algo que va a presentarse como tropiezo del significante que ustedes son satisfechos, simplemente en cuanto que en ese signo el Otro reconoce esta dimensión más allá donde debe significarse lo que está en causa, y que como tal ustedes no pueden significar.

Eso es esa dimensión que nos revela el chiste, y es importante, ella funda en la experiencia a este esquema por la necesidad que tuvimos de construirlo, de rendirnos cuenta de lo que sucede en el chiste, a saber que ese algo que suple hasta el punto de darnos una especie de felicidad en el fracaso de la comunicación del deseo por la vía del significante, es algo que, en el chiste, se realiza de la manera siguiente: que el Otro ratifica un mensaje como tropiezo, como fracaso, y por este tropiezo mismo reconoce la dimensión más allá en la cual se sitúa el verdadero deseo, es decir lo que no llega, a causa del significante, a ser significado.

Ven ustedes que aquí la dimensión del Otro se extiende un poco, pues ya no es solamente, ahí, la sede del código; ahí interviene como sujeto, ratificando un mensaje en el código, complicándolo, es decir que ahí ya está en el nivel de aquel que constituye la ley como tal, puesto que es capaz de añadir allí ese chiste, ese mensaje como suplementario, es decir como él mismo designando el más allá del mensaje.

Es por esto que este año he comenzado, cuando se trataba de las formaciones del inconsciente, hablándoles del chiste.

Tratemos de ver de más cerca, en una situación menos excepcional que la del chiste, a este Otro en tanto que buscamos descubrir en su dimensión la necesidad de este significante, en tanto que funda el significante, es decir en tanto que es el significante que instaura la legitimidad de la ley o del código.

Para retomar nuestra dialéctica del deseo, no todo el tiempo vamos a expresarnos, cuando nos dirigimos al Otro, por la vía del chiste. Si pudiéramos hacerlo, seríamos más dichosos en cierta forma. Esto es, durante el corto tiempo del discurso que yo les dirijo, lo que trato de hacer. No siempre llego a ello. Es vuestra falta o la mía, pero desde ese punto de vista es absolutamente indiscernible. Pero, en fin, sobre el plano pedestre de lo que sucede cuando yo me dirijo al Otro, hay una dimensión que nos permite fundarlo de la manera más elemental a nivel de la conjunción del deseo y de ese significante del Otro. Es una palabra que es absolutamente maravillosa en francés, sobre todos los equívocos que pueden hacerse, y sobre cuántos retruécanos, que yo mismo me ruborizo por usar de ella aquí, sino de la manera más discreta. Desde que haya dicho esa palabra, ustedes se acordarán de ella en seguida, me remito a una especie de evocación. Es la palabra "tú".

Ese "tú" es absolutamente esencial en lo que varias veces he llamado la palabra plena, la palabra en tanto que funda algo en la historia, el "tú" de "tú eres mi maestro", o "tú eres mi mujer". Ese "tu", es el significante del llamado al Otro, ese Otro del que les he mostrado —y lo recuerdo a quienes han querido seguir toda la cadena de mis seminarios sobre la psicosis— el uso que yo hago de él, la demostración que he tratado de hacer vivir ante ustedes alrededor de esa distancia entre "tú eres el que me seguirás" y "tú eres el que me seguirá". En otros términos, lo que ya en ese momento yo aproximaba para ustedes, eso en lo que he tratado de ejercitarlos, es precisamente aquello a lo que ahora voy a hacer alusión, y a lo que ya habla dado su nombre.

Hay ahí, en esos dos términos, con su diferencia, y más en uno que en el otro, e incluso completamente en uno y para nada en el otro, un llamado. En el "tú eres el que me seguirás" hay algo que no está en el "tú eres el que me seguirá". Y eso se llama la invocación. Si yo digo "tú eres el que me seguirás", yo te invoco, yo te discierno, yo te discierno como siendo el que me seguirás, yo suscito en tí el "si" que dice "estoy consigo", "me consagro a ti", "yo soy el que te seguirá". Pero si yo digo: "tú eres el que me seguirá", no hago nada parecido, yo anuncio, constato, objetivo, e incluso, dado el caso, rechazo. Eso puede querer decir: "tú eres el que me seguirá siempre, y yo tengo mi claque". Es incluso, de la manera más habitual, más consecuente en que esta frase es pronunciada, un rechazo. La invocación es algo que exige, por supuesto, una muy otra dimensión, a saber justamente que yo haga depender mi deseo de tu ser, en el sentido de que yo lo llamo a entrar en la vía de ese deseo cualquiera que pueda ser, de una manera incondicional.

Esto es ese proceso de la invocación, en el sentido de que quiere decir que yo hago llamamiento a la voz, es decir a lo que soporta la palabra, no a la palabra, sino al sujeto, justamente en tanto que él la porta, y es por eso que, a ese nivel, yo estoy en el nivel que hace unos momentos he llamado, hablando con la señora Pankoff, el nivel personalista. Es por eso precisamente que los personalistas les meten y les vuelven a meter el tú, tú, tú a lo largo del día. El señor Martin Buber, por ejemplo, cuyo nombre pronunció al pasar la señora Pankoff, es en efecto, en este registro, un nombre eminente.

Por supuesto, hay ahí un nivel fenomenológico esencial, y no podemos no pasar por allí. Tampoco hace falta únicamente ceder a su espejismo, a saber prosternarse, pues es un poco ahí que, efectivamente, nos volvemos a encontrar con ese peligro a nivel de esta

actitud personalista, que da de buena gana en la prosternación mística. ¿Y por qué no? No rehusamos ninguna actitud a nadie, simplemente demandamos el derecho de comprenderlos, lo que por otra parte no nos es rehusado del lado personalista, pero que nos es rehusado del lado cientista, porque si ustedes comienzan a otorgar una autenticidad a la estructura subjetiva de lo que les dice el místico, el cientista considera también que ustedes caen en una complacencia ridícula.

Mientras que me parece que toda estructura subjetiva, cualquiera que sea, en la medida en que podemos seguir lo que ella articula, es estrictamente equivalente desde el punto de vista del análisis subjetivo a cualquier otra, a saber que sólo los cretinos imbéciles del tipo del señor Blondel (el psiquiatra), pueden objetar, en nombre de una pretendida "conciencia mórbida" inefable, vivida, del otro, algo que se presenta como no inefable, sino articulado. Esto debe ser como tal rechazado y esto en nombre de que la confusión viene de lo siguiente: que se cree que lo que se articula es justamente lo que está más allá, mientras que no hay nada de eso. Es lo que está más allá que lo articula.

En otros términos, no hay que hablar de inefable en cuanto a ese sujeto, sea delirante o místico. Estamos a nivel de la estructura subjetiva de algo que, como tal, no puede presentarse de otra manera que como se presenta, y que como tal, por consiguiente, se presenta con su entero valor a su nivel de credibilidad.

Si hay lo inefable, sea en el delirante, sea en el místico, por definición no se hable de ello, puesto que es inefable. Entonces no tenemos que juzgar lo que articula, a saber su palabra, sobre aquello de lo que no puede hablar. Si es suponible, y nosotros lo suponemos con mucho gusto, que hay lo inefable, jamás en nombre de lo inefable nos rehusaremos a captar lo que demuestra como estructura en una palabra, cualquiera que sea. Podemos allí perdernos, entonces renunciamos; pero si no nos perdemos, el orden que ella demuestra y de vela hay que tomarlo como tal, y en general nos damos cuenta que es infinitamente más fecundo tomara como tal y tratar de articular allí el orden que postula, a condición de tener justos puntos de referencia. Es a lo que nos esforzamos aquí: partimos de la idea de que ella estaba hecha esencialmente para representar el significado. Enseguida nos ahogamos, porque recaemos en las oposiciones precedentes, a saber que, el significado, no lo conocemos.

Ese "tú" del que se trata, es aquél que invocamos, pero invocándolo es de todos modos esa impenetrabilidad personal subjetiva la que por supuesto será interesada, pero no es a ese nivel que buscamos alcanzarlo. Buscamos darle lo que está en causa en toda invocación. El término invocación tiene un uso histórico, es lo que se producía en cierta ceremonia de los antiguos, quienes tenían más sabiduría que nosotros en algunos puntos, que ellos practicaban antes del combate. Esto consistía en esa ceremonia de hacer lo que era preciso, probablemente ellos lo sabían, para poner de su lado a los dioses de los otros. Esto es exactamente lo que quiere decir invocación, y es en eso que reside la relación esencial a la que ahora vuelvo a llevarlos, de esta etapa segunda, necesaria, del llamado, para que el deseo y la demanda sean satisfechos. No basta con decirle simplemente: tú, tú, tú, y obtener una participación palpitante, se trata justamente de darle la misma voz que deseamos que tenga, de evocar esta voz que en el chiste está justamente presente, al menos como su propia dimensión. El chiste es una provocación que no tiene éxito en el gran esfuerzo, en el gran milagro de la invocación. Es en el nivel de la palabra, y en tanto que se trata de que esta voz se articule de manera conforme a nuestro deseo, que la invocación se ubica.

Volvemos a encontrar entonces en este nivel, esto que es que toda satisfacción de la demanda, en tanto que ella depende del Otro, va pues a estar suspendida a lo que sucede aquí es decir en este vaivén que da vueltas del mensaje al código, y del código al mensaje, que permite que mi mensaje sea autentificado por el Otro en el código. Volvemos al punto precedente, es decir a lo que constituye la esencia del interés que juntos mantenemos este año en el chiste.

Simplemente les haré observar al pasar que, si hubiésemos tenido este esquema, es decir que, si yo hubiese podido no dárselos sino forjárselos en ese momento, en otros términos, que si hubiésemos llegado juntos en el mismo momento al mismo chiste, yo habría podido, sobre este esquema, representarles lo que sucede esencialmente en el Presidente Schreber, en tanto que se volvió la presa, el sujeto absolutamente dependiente de sus voces.

Si ustedes observan atentamente el esquema que está detrás mío, y si suponen simplemente que esté Verworfen todo lo que puede en el Otro responder de cualquier manera en ese nivel que yo llamo el nivel del nombre-del-padre, que encarna, especifica, particulariza, lo sé, ¿pero particulariza qué? Lo que acabo de dibujarles, que debe en el Otro representar al Otro en tanto que dando alcance a la ley.

Si ustedes suponen que esto está ausente, lo que es la definición que les he dado de la Verwerfung del nombre-del-padre, se darán cuenta que los dos enlaces que aquí he encuadrado, a saber ir y volver del mensaje al código y del código al mensaje, son por eso mismo destruidos e imposibles, y que esto les permite volver a llevar sobre este esquema los dos tipos fundamentales de fenómenos de voz que experimenta en sustitución de este defecto, de esta falta en tanto precisamente que ha sido evocada una vez.

Ese es el punto de báscula, de viraje que precipita al sujeto en la psicosis, y dejo de lado por el momento en qué y a qué momento, y por qué es a continuación, es en el hueco, es en el vacío constituido por esto, que justamente, lo que es llamado en un momento a nivel del "tu eres", nombre-del-padre, y que este nombre-del-padre, en tanto que es capaz de ratificar el mensaje, es garante, que se produce lo que entonces ustedes pueden ver sobre ese esquema, a saber que se produce como autónomo, y en razón de este hecho, que la ley como tal se presenta como autónoma.

Ese año comencé mi discurso sobre la psicosis a propósito de una frase que les había dicho en una de mis presentaciones de enfermos, y en la cual se captaba muy bien a qué momento la frase refunfuñada por la paciente: "*vengo del fiambrero*", basculaba por la serie de esas aposiciones que ya no eran asumibles por la sujeto, con la palabra "chancha", que no era más allá integrable por el sujeto, y por su propio movimiento, por su propia inercia de significante, basculaba del otro lado timoneada por la réplica en el Otro. Esa era pura y simple fenomenológia elemental.

Se trata de ver por qué, y por otra parte después de todo nos dispensamos de ello, eso de lo que se trata, por la exclusión de lo que sucede entre el mensaje y el Otro, va a tener por

resultado las dos grandes categorías de voces y de alucinaciones que tiene Schreber, a saber la emisión aquí, a nivel del Otro, de los significantes de la lengua fundamental, es decir de lo que se presenta como tal, es decir como unos elementos amontonados y originales del código, articulables únicamente unos en relación a los otros, pues esta lengua fundamental está tan organizada que, literalmente, cubre al mundo con su red de significantes, sin que ninguna otra cosa sea allí segura y cierta, sino que se trata de la significación esencial total. Cada una de esas palabras tiene su peso propio, su acento, su pesada de significante. El sujeto las articula unas en relación a las otras. Cada vez que son aisladas, la dimensión propiamente enigmática de la significación, en tanto que es infinitamente menos evidente que la certeza que comporta, es algo completamente impactante.

En otros términos, el otro no emite, si puedo decir, más que más allá del código, sin ninguna posibilidad de integrar allí algo que pueda venir de por acá, es decir del sitio donde el sujeto articula su mensaje. Y por otro lado, sobre todo por poco que ustedes vuelvan a poner aquí las flechitas, va a venir algo que en ningún caso será autentificación del mensaje, es decir retorno desde el Otro en tanto que soporte del código sobre el mensaje, para integrarlo, autentificarlo en el código con una intención cualquiera, pero que por supuesto vendrá también del Otro como todo mensaje, puesto que no hay medio de que un mensaje parta, sino del Otro, incluso cuando parte de nosotros como reflejo del Otro, puesto que está hecho con una lengua que es la lengua del Otro. Este mensaje entonces partirá del Otro aquí, y abandonará este punto de referencia para articularse es esta especie de discurso: "yo ahora yo quiero darle...", "especialmente quiero para mi...", "y ahora eso debe sin embargo...".

¿Qué es lo que falta en todo eso? El pensamiento principal, que se expresa a nivel de la lengua fundamental, las voces mismas que conocen toda la teoría, las voces mismas que también dicen: "nos falta la reflexión". Eso quiere decir que del Otro parten, en efecto, unos mensajes de otra categoría de mensajes. Es, propiamente hablando, un mensaje que, como tal, no es posible ratificarlo, un mensaje que se manifiesta también en la dimensión pura y quebrada del significante, algo que no comporta su significación sino más allá de sí mismo, algo que, por el hecho de no poder participar en esta autentificación por el "tú", se presenta como algo que no tiene otro objeto que presentar como ausente esta posición del "tú" donde la significación se autentifica, pues seguramente el sujeto se esfuerza por completar esta significación. El les da, pues, los complementos de sus frases: "yo no quiero ahora", dicen las voces, eso se sitúa en otra parte. El se dice entonces que él, Schreber, no puede confesar que es una puta, "eine Hure".

No todo es pronunciado, el mensaje queda aquí roto en tanto que es esto, precisamente, que él no puede pasar por la voz absolutamente, no puede llegar al nivel del mensaje más que en tanto que mensaje interrumpido.

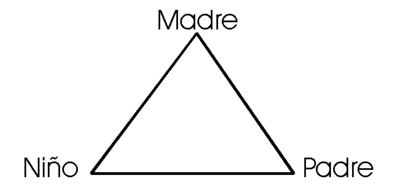
Pienso haberles indicado suficientemente que la dimensión esencial que se desarrolla y que se impone en el Otro, en tanto que es el lugar de reposo, el tesoro del significante, comporta, para que él pueda ejercer plenamente su función de Otro, lo siguiente: que en el pasaje del significante, haya ese significante del Otro, en tanto que Otro. ¿Por qué? Quiero decir, en tanto que el Otro tiene justamente, él también, más allá de él, este Otro, en tanto que es capaz de dar fundamento a la ley. Pero ésta es una dimensión que es del orden del significante, por supuesto, que se encarna en personas que, si o no, soportarán esta autoridad. Pero el hecho, por ejemplo, de que dado el caso las personas falten, que haya carencia paterna en el sentido, por ejemplo, de que el padre sea demasiado "boludo", es algo que en sí mismo no es la cosa esencial. Lo que es esencial, es que el sujeto, por el lado que sea, haya adquirido la dimensión del nombre-del-padre.

Por supuesto, lo que sucede efectivamente, lo que ustedes puedes encontrar en las biografias, es que el padre, precisamente, a menudo está ahí para ocuparse de la vajilla en la cocina, con el delantal de su mujer. De ningún modo eso basta para determinar una esquizofrenia.

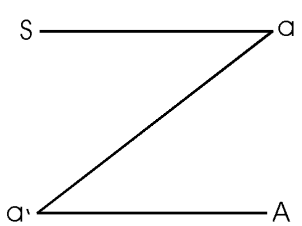
Voy a proponerles el esquemita por el cual quiero introducir para la próxima vez lo siguiente: es lo que va a permitirnos hacer la unión entre esta distinción que puede parecerles un poco escolástica, del nombre-del-padre y del padre real, del nombre-del-padre en tanto que dado el caso puede faltar, y del padre que no parece tener tanta necesidad de estar ahí para que no falte. Voy pues a introducir lo que constituirá el objeto de mi lección de la próxima vez, a saber lo que desde hoy intitulo: la metáfora paterna.

Esto es, a saber, que seguramente un nombre no es nunca un significante como los otros. Es muy importante tenerlo, pero esto no quiere decir por eso que se acceda a él, no más que a la satisfacción del deseo en principio cornudo, del que les hablaba hace un momento. Es por eso que en el acto, el famoso acto de la palabra del que ayer nos hablaba la señora Pankoff, es en esta dimensión que nosotros llamamos metafórica que va a realizarse concretamente, psicológicamente, la evocación de la que hablaba hace un momento.

En otros términos, el nombre-del-padre hay que tenerlo, pero también hay que saber servirse de él, y es de eso, es por ahí que la suerte y la salida de todo el asunto pueden depender mucho. Las palabras reales que se pronuncian alrededor del sujeto, particularmente en su infancia, pero la esencia de la metáfora paterna que hoy les anuncio, la próxima vez hablaremos de ello más ampliamente, consiste en un triángulo:



y tenemos el esquema:



Y todo lo que se realiza en el S, depende de lo que se plantea como significantes en el A. El A, si es verdaderamente el lugar del significante, debe llevar algún reflejo de ese significante esencial que yo les represento ahí en ese zig-zag, y que en otra parte (en mi articulo sobre La instancia de la letra) he llamado el esquema L.

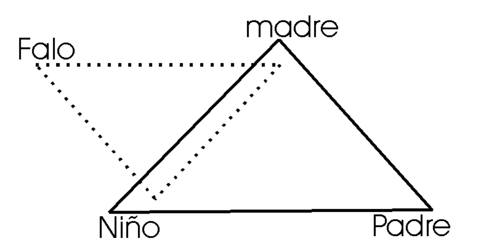
Es preciso que algo al menos se distinga allí, que distinga al menos esos cuatro puntos cardinales. De estos, tenemos tres que están dados por los tres términos subjetivos del complejo de Edipo en tanto que significante, en cada punta del triángulo. Y es sobre eso que volveré la próxima vez. Por el momento les ruego simplemente, cuestión de abrirles el apetito, que admitan lo que les digo.

El cuarto término, es en efecto el S. Pero como es él, y como él, no solamente se los acuerdo, sino que es de ahí que partimos, es en efecto inefablemente estúpido, no tiene su significante. En las tres puntas del triángulo Edípico él está afuera, depende de lo que va a suceder en ese juego, y es el muerto en la partida. Es incluso porque la partida está estructurada así, quiero decir que ella no se prosigue solamente como partida particular, sino como partida que se instituye en regla, que el sujeto va a encontrarse dependiendo de los tres polos que se llaman el ideal del yo, el superyó y la realidad.

Pero para comprender esta transformación del primer florecimiento en el otro, es preciso ver que, por muerto que sea el sujeto, puesto que sujeto hay, está en esa partida a sus expensas, es decir que en ese punto inconstituido en el que está, será necesario que allí participe, si no con sus centavos, quizá no los tiene todavía, al menos con su piel, con sus imagenes, con todo lo que se sigue, con su estructura imaginaria. Y el cuarto término, el S, va a representarse en algo que se opone, en el ternario, a los significantes del Edipo, es decir en algo que, para que eso pegue, debe también ser ternario, pues por supuesto en el stock y en el bagaje de las imagenes, abran para saberlo los libros del señor Jung y de su escuela, verán que hay de ellas cualquier cantidad, eso brota y vegeta por todas partes, y está la serpiente, el dragón, las lenguas, el ojo en llamas, la planta verde, el jarrón de flores, la portera; todo eso son imagenes verdaderamente todas fundamentales, e indiscutiblemente atiborradas de significación.

Pero no tenemos, estrictamente, nada que ver con eso, ni ustedes se pasean a ese nivel, salvo para perderse con vuestra lucecita apagada en la foresta vegetante de los arquetipos primitivos, y para comprender allí algo, es preciso saber que para lo que nos interesa, a saber la dialéctica intersubjetiva, eso es en tanto que hay tres imagenes selecciónadas — articulo un poco fuerte mi pensamiento— para tomar en todo eso el papel de guía, lo que no es precisamente muy difícil de comprender, puesto que tenemos algo ya absolutamente preparado, y muy preparado de alguna manera para ser no solamente lo homólogo, sino para confundirse con la base del triángulo madre-padre-niño, esto es la relación del cuerpo fragmentado al mismo tiempo envuelto por no pocas de esas imagenes de las que hablábamos recién, con la función unificante de la imagen total del cuerpo, dicho de otro modo la relación del yo (moi) y la imagen especular.

Eso nos da ya la base del triángulo imaginario. El otro punto, es ahí precisamente que vamos a ver el efecto de la metáfora paterna, el otro punto, se los he dicho en mi seminario del año pasado sobre la relación de objeto, pero van a verlo tomar ahora su lugar en esto en lo que entramos este año, es decir para las formaciones del inconsciente, este punto, pienso que ustedes lo han reconocido por el sólo hecho de verlo aquí como tercero con la madre y el niño, pero lo ven en otra relación, que además no les he enmascarado para nada el año pasado puesto que es sobre eso que terminamos, a saber en la relación con el nombre del padre, es decir lo que habla hecho surgir el nacimiento del fantasma del cabalito de nuestro pequeño Hans, ese tercer punto lo nombro finalmente, pienso que todos ustedes lo tienen en los labios, eso no es otra cosa que el falo, y es por e so que el falo ocupa un lugar de objeto tan central en la economía freudiana,



lo que por si sólo basta para mostrarnos que el psicoanálisis de hoy se aparta de ella cada vez más, y que precisamente ese falo, en tanto que función fundamental a la cual se identifica imaginariamente el sujeto, está completamente eludido, para ser reducido a la noción de objeto parcial, lo que no es absolutamente, en la economía de Freud, su función original.

Este falo nos volverá a llevar de paso a algo que no ha sido completamente comprendido, al menos en lo que he creído escuchar, al final de mi discurso de la última vez, es decir a la comedia.

Hoy los dejaré sobre este tema. Yo quería simplemente, para terminar, mostrarles en qué dirección y en qué vía este discurso complejo por el cual trato de juntar todas las cosas que hemos dicho, se enlaza y se mantiene junto.



Clase 9

La Metáfora Paterna

15 de Enero de 1958

Les he anunciado que hoy les hablaré de algo a lo que, por excepción, he dado un titulo que se llama "La metáfora paterna".

No hace mucho tiempo, uno un poquito inquieto, me imagino, por el giro que yo iba a darle a las cosas, me preguntó: "¿Qué tiene en cuenta hablarnos en lo que sigue del año?". Y yo le respondí: "Cuento con abordar cuestiones de estructura". De ese modo, no me he comprometido.

No obstante, es bien de eso sin embargo que entiendo hablarles este año a propósito de las formaciones del inconsciente(61), de las cuestiones de estructura, es decir, para llamar las cosas simplemente, de las cuestiones que intentan poner las cosas en su lugar, las cosas de las que ustedes hablan todos los días y en las cuales se embrollan igualmente todos los días de una manera que incluso termina por ya no molestarles.

La metáfora paterna, pues, es algo que va a concernir al examen de la función del padre, si quieren, como se diría en términos de relación inter-humana, y justamente de las complicaciones que ustedes reencuentran, quiero decir todos los días, en la manera que ustedes pueden tener de hacer uso de ella, de hacer uso de ella como de un concepto de algo que incluso ha tomado cierto giro familiar desde el tiempo que hace que hablan de ella. Y se trata justamente de saber si ustedes hablan de ella bajo la forma de un discurso muy coherente.

Esta función del padre tiene su lugar en la Historia del Análisis, incluso un lugar bastante amplio. Ella esta en el corazón de la cuestión, inútil es decirlo, del Edipo. Por consiguiente, en la Historia del Análisis, es alrededor del lugar otorgado al complejo de Edipo que ustedes la ven presentificada. Freud la introduce bien al comienzo. El complejo de Edipo aparece con La interpretación de los sueños. Lo que ahí revela el inconsciente, al comienzo, es ante todo y primero que nada el complejo de Edipo; la importancia de la revelación del inconsciente es la amnesia in fantil, ¿la que lleva sobre qué? —sobre el hecho de los deseos infantiles por la madre y sobre el hecho de que esos deseos están reprimidos (refoules), es decir que ellos no sólamente han sido suprimidos (réprimés), sino que ha sido olvidado que esos deseos son primordiales, ha sido olvidado no solamente que son primordiales sino que están siempre allí Es preciso no olvidar que fue de ahí que partió el Análisis, y que es alrededor de eso que se han planteado cierto número de cuestiones introducidas por la clínica.

He intentado ordenarles cierto número de direcciónes de las cuestiones que habían sido propuestas en la Historia del Análisis a propósito del Edipo. Las primeras marcan una fecha, es cuando fue levantada la cuestión de saber si justamente ese complejo de Edipo, que había sido ante todo promovido como fundamental en la neurosis, cobre la cual la obra de Freud había mostrado de una manera patente el pensamiento de su autor haciendo del complejo de Edipo algo universal, es decir que no está solamente en el neurótico sino también en el normal, y por una buena razón, es que este complejo de Edipo, es él justamente el que, si peca en la neurosis, peca en función del hecho de que es esencial en una función de normalización, que es un accidente del Edipo el que provoca la neurosis; esta primera cuestión, alrededor de la cual puedo centrar uno de los polos de la Historia del Análisis en lo concerniente al complejo de Edipo, es éstas ¿hay neurosis sin Edipo?

Parecía en efecto, que algunas observaciones se presentaban de una manera tal que el

conflicto, el drama edípico, no había jugado el rol esencial; que, por ejemplo, la relación exclusiva del niño a la madre era lo que estaba dado en el análisis como debiendo ser admitido por el hecho de la experiencia, a saber, que podía haber allí sujetos que presentaban neurosis donde el Edipo no se encontraba para nada. Neurosis sin Edipo es el título de un artículo de Charles...

Esta noción de la neurosis sin Edipo, ustedes saben que en la historia esencialmente correlativa a las cuestiones planteadas sobre el tema de lo que se ha llamado el superyó materno — el superyó es únicamente como Freud, ya en el momento en que esta cuestión de la neurosis sin Edipo había sido planteada, lo había formulado en ese momento, a saber: el superyó es de origen paterno se planteaba la cuestión: ¿es que, verdaderamente, él es de origen paterno? ¿es que no hay, detrás del superyó paterno, un superyó materno todavía más exigente, todavía más oprimente, todavía más devastador, todavía más insistente, en la neurosis, que el superyó paterno? No quiero extenderme demasiado sobre eso, tenemos un largo camino para recorrer.

El otro centro alrededor del cual gira esto, es el centro del Edipo, quiero decir, los casos de excepción y la relación entre el superyó paterno y el superyó materno.

Entonces estaba abierta la cuestión de saber si todo un campo de nuestra patología, de la patología que viene a nuestra Jurisdicción, que nos es ofrecida para nuestro tratamiento, para nuestros cuidados, no podía ser referido independientemente de la cuestión: si el complejo de Edipo está ahí o si falta en un sujeto, en lo que llamaremos el campo pre-edípico. Si hay Edipo, si este Edipo es considerado como representando una fase, si hay madurez en cierto momento esencial de la evolución del sujeto, este Edipo está siempre ahí. Lo que el propio Freud había adelantado muy pronto, en los primeros momentos de su obra, cinco años después de La interpretación de los sueños, que, podemos decir, todo lo que retorna de los Tres ensayos de teoría sexual era de una naturaleza tal como para hacernos entender que lo que sucede antes del Edipo tiene también su importancia.

Seguramente, en Freud, eso toma su importancia en tanto que eso toma su importancia a través del Edipo. Pero ya, o más exactamente nunca, nunca, en esa época, la noción de la retroacción de una ... de Edipo(62), sobre la cual ustedes saben que aquí atraigo todo el tiempo y de una manera bastante insistente vuestra atención, jamás ha sido puesta en valor. Es algo que parece escapar al pensamiento de las exigencias del pasado temporal del pensamiento, desde el momento que había cosas que estaban antes del Edipo, y si algunas partes de nuestro campo se referían especialmente a lo que había pasado en nuestro campo de experiencia, en este campo de desarrollo del sujeto, había pues una cuestión que se planteaba a propósito de las etapas pre-edípicas como tales, y de sus relaciones ¿con qué? — ustedes lo saben: por una parte, la perversión; es el estado primario, si puedo decir, el estado por algunos dejado baldío de la noción de perversión. A Dios gracias, nosotros ya no estamos completamente ahí, pero a pesar de todo, durante cierto tiempo, y al comienzo era legítimo puesto que no es más que una aproximación a la cuestión, lo es menos ahora, ¿está la perversión esencialmente considerada como algo cuya eti|ología, cuya causa, debe ser específicamente relaciónada al campo pre-edípico? Era en razón de una fijación anormal que la perversión tomaba su condicionamiento, su raíz. Era por eso, además, que la perversión no era pues más que la neurosis invertida, o más exactamente, la neurosis que no se ha invertido, la neurosis que ha quedado patente; lo que en la neurosis se había invertido en la perversión se veía al descubierto el inconsciente estaba ahí a cielo abierto; lo que concernía a la perversión no había sido reprimido como si no hubiera pasado por el Edipo. Es una concepción en la cual ya nadie se detiene.

No quiere decir por eso que nosotros hayamos avanzado mas, pero les señalo, les puntúo, pues, que alrededor de la cuestión del campo pre-edípico se ubican, por una parte, la cuestión de la perversión, y por otra parte, la cuestión de la psicosis. Todas las cosas pueden ahora aclararse para nosotros de diversas maneras. Por el momento, se trato simplemente de situarles en qué zona, bajo qué ángulo de interés pueden plantearse las cuestiones alrededor del Edipo.

Se trata siempre de la función de la perversión sobre la psicosis, en la cual la función imaginaria, las relaciones imaginarias, incluso sin estar especialmente introducido en el manejo que nosotros hacemos aquí de eso para todos, cada uno verá que se trata de las relaciones imaginarias, precisamente en el sentido de lo que concierne a la imagen, muy especialmente, tanto en la perversión como en la psicosis, es segurarnente bajo ángulos diferentes otra cosa, es una invasión más o menos endofásica, hecha de palabras más o menos oídas otra cosa y de carácter molesto, parasitario, de una imagen en una perversión sin ninguna duda. Pero se trata bien ahí, tanto en un caso como en el otro, de manifestaciones patológicas en las cuales es por imagenes que esta profundamente perturbado el campo de la realidad.

Y esto también nos es atestiguado por la Historia del Análisis, está pues en cierta relación con el Edipo como tal, puesto que es especialmente en el campo pre-edípico que la experiencia y el cuidado de la coherencia, el modo por el que la teoría se fabrica, se tiene en pie, sería precisamente en razón de eso que, en suma, el campo de la realidad, para el tiempo en que está perturbado en ciertos casos profundamente por la invasión de lo imaginario, parece que es un término que, ahí, rinde más servicio que el de fantasmático, pues sería inapropiado para hablar igualmente de las psicosis y de las perversiones. Ustedes tienen en este sentido, en el sentido de la exploración del campo pre-edípico, toda una dirección de análisis que se ha comprometido en eso, hasta el punto incluso de decir que es en ese sentido que se han hecho todos los progresos esenciales desde Freud.

Y les señalo que por esta paradoja, quiero decir el carácter —en lo que abordamos hoy— esencial de la paradoja, está constituido por un testimonio de la obra de la Sra. Melanie Klein. En una obra, como en toda producción en palabras, hay dos planos, está lo que dice, lo que ella formula en su discurso como tal, lo que quiere decir por que, separando en sus sentidos el quiero y el decir, está su intención. Y luego, parece, nosotros no seríamos analistas tal como intento hacer entender las cosas aquí si no supiéramos que ella dice algunas veces un poquito más allá. Es incluso habitualmente en eso que consiste nuestra aproximación, ver lo que dice más allá de Lo que quiere decir. La obra de La Sra. Melanie Klein dice cosas que tienen por otra parte toda su importancia, que son algunas veces, por otra parte nada más que por su texto, su contradicción interna, por ese sólo hecho que pueden estar sujetas a ciertas criticas, que han sido hechas. Pues está también lo que ella dice sin querer decirlo, y una de las cosas más sorprendentes a este respecto

es que esta mujer que nos ha aportado puntos de vista tan profundos, tan esclarecedores de lo que sucede no solamente en el tiempo pre-edípico, si no en los nitros que ella examina, que ella analiza en una etapa presuntamente pre-edípica, quiero decir por una primera aproximación de la teoría, y en toda la medida en que ella aborda en estos nitros temas que son también anteriores, forzosamente, que en el momento en que ella los aborda, puesto que es a menudo en verbales o pre-verbales en la historia que ella dos aborda, casi en la a parición de la palabra, en fin, poco después, es completamente sorprendente que sea en la medida misma en que se remonta más al tiempo de la historia pretendidamente pre-edípica que ella vea allí siempre y todo el tiempo una permanencia de la rogación edípica

Si ustedes leen ese artículo suyo que concierne precisamente al Edipo, verán con sorpresa que ella admite e incluso nos muestra por testimonios en el equivoco de su experiencia dibujos, extremadamente preciosos, de un niño que esta justamente en el estado llamado de la formación de los malos objetos, en la etapa en que es en el interior del cuerpo de la madre que parece, a su entender, jugar el rol predominante en la evolución de la primera relación objetar en el nitro, donde el niño está enteramente centrado sobre este interior del cuerpo de la madre, e incluso en una etapa anterior, en la fase llamada paranoide, en la fase muy precisa que está ligada a la aparición del cuerpo de la madre como en su totalidad. Es en una fase ya anterior que, fundándose sobre dibujos, sobre decires, sobre toda una reconstrucción de la psicología del nitro en esta etapa, la Sra. Melanie Klein nos testimonia que, entre los malos objetos presentes en el cuerpo de la madre, entre los cuales, como ustedes saben, están todos los rivales, los cuerpos de los hermanos, de las hermanas, pasados, presentes y por venir, está precisamente el padre, representado bajo la forma de su pene.

Ahí hay algo que merece que nos detengamos en el momento de las relaciones de la función imaginaria en las primeras etapas donde pueden volver a anudarse las funciones propiamente esquizofrénicas, psicóticas en general, y el Edipo; es curioso desembocar en esta contradicción, a partir de una intención como la de la Sra. Melanie Klein, que es ante todo ir a explorar las etapas pre-edípicas. Más ella se remonta, más ella se encuentra sobre el plano imaginario, más ella constata la precocidad —una precocidad muy difícil de explicar si nos atenemos a una noción puramente histórica del Edipo—, la precocidad de la aparición del término ternario paterno, y esto desde las primeras fases imaginarias del niño. Es en esto que yo digo que la obra dice más de lo que ella quiere decir.

He ahí pues dos términos, dos polos ya definidos de esta evolución del interés alrededor del Edipo: lo que concernía ante todo, lo hemos dicho, a la cuestión del superyó y de las neurosis sin Edipo, y a continuación lo que centra la cuestión del Edipo alrededor de la adquisición o de las perturbaciones, más exactamente, que se producen en el campo de la realidad.

Tercer tiempo que no merece menos observaciones y que va a abrir nuestro siguiente capitulo. Es la relación del complejo de Edipo con algo que no es la misma cosa, con la genitalización, como se dice. El complejo de Edipo, no lo olvidemos en medio de tantas exploraciones, cuestiones, discusiones —éste casi ha pasado en la historia al segundo plano, pero permanece siempre implícito en todas las clínicas—, el complejo de Edipo tiene una función normativa no simplemente en la estructura moral del sujeto ni en sus relaciones, sino en su asunción de su sexo, es decir algo que, en el análisis, como ustedes saben, queda siempre en cierta ambigüedad. Está la función propiamente genital, y esta función es, evidentemente, el objeto de una maduración, de una maduración como tal. Ella está implicada como fundamental en el análisis de una primera fase, primera ascensión de maduración que es propiamente orgánica y se produce en la infancia.

La cuestión de la ligazón de este primer empuje al cual, como saben, se le ha buscado su soporte orgánico, entiendo por ello anatómico, en el doble empuje, por ejemplo, y que se produce al nivel de los testículos en la formación de los espermatozoides, la cuestión de la relación entre esto y la existencia en la especie humana de complejo de Edipo, ha quedado como una cuestión filogenética, sobre la cual se cierne mucha oscuridad, al punto de que nadie se arriesgaría ya a hacer artículos sobre el mismo tema.

Pero en fin, eso no ha estado menos en la Historia del Análisis. La cuestión, pues, de la genitalización es doble: por una parte comporta algo que comporta una evolución, una maduración, y por otra parte comporta, en el Edipo, algo que se realiza, que es la asunción por el sujeto de su propio sexo, para llamar a las cosas por su nombre, que es, de hecho, que el hombre asume el tipo viril, que la mujer asume cierto tipo femenino, se reconoce como mujer, se identifica a sus funciones de mujer. La virilidad y la feminización, he ahí los dos términos que son esencialmente la función del Edipo.

Debo decir que nos encontramos aquí al nivel en que el Edipo está directamente ligado a la función del ideal del yo. No hay otro sentido. He aquí pues los tres capítulos en los cuales ustedes podrán clasificar todo lo que se ha producido como discusiones en el curso del Edipo, y de paso alrededor de la función del padre, pues ambas son una sola y misma cosa. No hay cuestión de Edipo si no hay padre, no hay Edipo; inversamente, hablar de Edipo, es introducir como esencial la función del padre.

Entonces, para los que toman notas, sobre el tema histórico de la evolución del complejo de Edipo, todo gira alrededor de tres capítulos: el Edipo en relación al superyó, en relación a la realidad, en relación al ideal del yo. El ideal del yo comportando en todas las ocasiones la genitalización en tanto ella es asumida, en tanto que de viene elemento del ideal del yo. La realidad, cabeza de capítulo, implica las relaciones del Edipo con las afecciónes que comportan un trastorno de la relación a la realidad, perversión y psicosis .

Ahora, intentemos ir un poco más lejos. Es claro que aquí, en el tercer capítulo, a saber alrededor de lo que concierne a la función del Edipo en tanto que resuena directamente sobre esta asunción del sexo, toda la cuestión del complejo de castración en lo que tiene de no tan elucidado, es ahí que nosotros vamos a avanzar.

De todas maneras, pues, esas relaciones masivas, globales, subrayadas por la historia como estando suficientemente presentes para todos, hacen que nos preguntemos: "Entonces, y el padre, ¿qué es lo que hacia el padre durante ese tiempo?" ¿De qué modo estaba el padre implicado en el asunto? Se trata de una observación real a propósito de cada sujeto.

La cuestión de la ausencia o de la presencia del padre, del carácter benéfico o maléfico del padre, es, como saben, una cuestión que no está por cierto velada. Incluso hemos

visto aparecer recientemente el término de carencia paterna, lo que no era acometer un tema minúsculo. La cuestión de saber lo que se ha podido decir sobre eso, y si se sostenía, es otra cuestión Pero en fin, esta carencia paterna, se la llame así o no, es de alguna manera un tema a la orden del día, precisamente y sobre todo en una evolución del análisis que se vuelve cada vez más ambientalista, como se dice elegantemente. Es decir, ¿se trata de qué?

Naturalmente no todos los analistas caen en ese sesgo, ¡A Dios gracias! Muchos analistas, a los que ustedes les aportarán informes biográficos tan interesantes como decirles: "pero los padres no se entendían, habla desacuerdo conyugal, ¡eso explica todo!", les responderán — incluso aquellos con los que no estamos siempre de acuerdo, les dirán: "¿Y con eso? Eso no prueba absolutamente nada, no debemos esperar ninguna especie de efecto particular". En lo cual tendrán razón.

Dicho esto, cuando se busca, ¿uno se interesa en qué, en lo concerniente al padre? Cuando se quiere hablar de carencia paterna, eso se agrupará en el registro de alguna manera biográfico. El padre, ¿estaba o no ahí? ¿Es que él viajaba, que se ausentada? ¿Es que volvía a menudo? — cuestiones que representan la ausencia del padre. ¿Es que un Edipo puede constituirse de manera normal cuando no hay padre, por ejemplo? Estas son preguntas, seguramente, que son en sí mismas muy interesantes, y yo diría más, es por ahí que se han introducido, en suma, las primeras paradojas, las que han hecho que se plantearan las cuestiones que siguieron. Nos hemos dado cuenta de que eso no era tan simple, que un Edipo podía muy bien constituirse incluso cuando el padre no estaba a ahí.

Incluso al comienzo, se creía siempre que era por algún exceso, si puede decirse, presencia por exceso del padre, que eran engendrados todos los dramas, en el tiempo en que la imagen del padre terrorífico era considerada como el elemento lesional. En la neurosis, se percibió muy rápidamente que era todavía más grave cuando él era demasiado amable. Estos disparates se han hecho con lentitud, y es en el interior de eso, ante todo, que yo les hablo más o menos de la cuestión en el punto al que las cosas han llegado ahora, y es en el interior de eso que voy a intentar volver a poner un poco de orden para ver dónde están las paradojas. Nosotros estamos ahora en la otra punta, para interrogarnos sobre las carencias paternas.

Están los que se llaman los padres débiles, los padres sumisos, los padres domados, los padres castrados por su mujer, en fin, los padres tullidos, los padres ciegos, los padres "patizambos", todo lo que ustedes quieran.

A pesar de todo, seria necesario intentar darse cuenta de lo que se desprende de tal situación.

Nosotros intentamos encontrar fórmulas mínimas que nos permitan progresar. Ante todo, la cuestión de su presencia o de su ausencia, quiero decir concreta. Si nos ubicamos justamente en el nivel en que se sitúan estas investigaciones, quiero decir en el nivel de la realidad, es lo que se llama el ambiente, en tanto que elemento del medio se puede decir, se puede decir que es completamente posible, concebible, realizado, palpable en la experiencia, que esté ahí incluso cuando él no esté ahí. Lo que, ya, debería incitarnos a cierta prudencia en lo que concierne a la función del padre, en el tratamiento desde el punto de vista pura y simplemente ambientalista. Los complejos de Edipo completamente normales, normales en los dos sentidos, normales en tanto que normalizantes, por una parte, y también normales en tanto que desnormalizan, quiero decir por su efecto neurotizante, por ejemplo, se establecen de una manera exactamente homogénea a los otros casos, incluso en los casos en que el padre no esta, quiero decir, en que el niño ha sido dejado sólo con su madre. Primera cosa que debe atraer nuestra atención.

En lo que concierne a la carencia, quisiera simplemente hacerles observar que, cuando el padre es carente, y en la medida en que se habla de carencia, no se sabe jamás en qué. Porque si, en ciertos casos, se dice que él es demasiado amable, eso parecería querer decir que es necesario que sea malo. Por otra parte, el hecho de que, manifiestamente, él pueda ser demasiado malo, implica que quizá sería mejor que cada tanto fuese amable. Al fin de cuentas, desde hace mucho tiempo se ha dado vueltas en esta calesita. Se ha entrevisto el problema de su carencia no de una manera directa, concerniendo directamente al sujeto, el niño del que se trata, sino, como era evidente desde el primer abordaje, es en tanto que miembro del trío fundamental, ternario, de la familia, es decir en tanto que teniendo su lugar en la familia, que se podía comenzar a decir cosas un poco Mas eficaces en lo concerniente a la carencia.

Pero no se llegó por eso a formularlas mejor. Yo no quisiera extenderme demasiado en esto. Pero ya hablamos de ello el año pasado, a propósito del pequeño Hans, hemos visto las dificultades que teníamos, desde el único punto de vista ambientalista, para precisar bien en qué consistía esta carencia de un personaje completamente lejos de ser carente. Vamos a poder ir más lejos en este sentido, en cuanto que el personaje estaba completamente lejos de ser carente en su familia, él estaba ahí, al lado de su mujer, ¿el tenía su rol, discutía, se hacia "mandar al diablo", aunque fuera un poco, por la mujer, pero, en fin, el se ocupaba mucho del niño, no estaba ausente, y estaba tan poco ausente que incluso hacia analizar a su niño. Es el mejor punto de vista que se pueda esperar de un padre en ese sentido al menos.

Creo que la cuestión de la carencia del padre, vamos a llegar a ella, volveremos a ella, pero se entra aquí en un mundo tan movedizo que hay que intentar hacer la distinción que nos permita ver en qué falla la investigación. La investigación falla no a causa de lo que encuentra sino a causa de lo que busca. Creo que la falta de orientación es ésta: es que se confunden dos cosas que tienen una relación pero que no se confunden. Es la relación en tanto que normativa con el padre, y en tanto que normal. Seguramente el padre puede ser considerado como normativizante en tanto él mismo no es normal, pero eso es rechazar la cuestión al nivel de la estructura neurótica, psicótica del padre, Es decir, la cuestión del padre normal es una cuestión, la cuestión de su posición normal en la familia es otra.

Y esta otra cuestión no se confunde todavía, ese es el tercer punto que les adelanto, lo que es importante, no se confunde con una definición, exacta de su rol normativizante, porque les digo esto: hablar de su carencia en la familia no es hablar de su carencia en el complejo. Porque, para hablar de su carencia en el complejo, hace falta introducir otra dimensión que la dimensión realista, si puedo decir, La que está definida por el modo carácterológico biográfico u otro en su presencia en la familia. He ahí la dirección en que vamos a dar el paso siguiente.

Vayamos ahora a las observaciones, a las llamadas que pueden permitirnos introducir más correctamente la cuestión del rol del padre. Si es su lugar en el complejo donde podemos encontrar la dirección por donde avanzar, la dirección para plantear una formulación correcta, interroguemos ahora el complejo y comencemos por recordarlo por el principio, por el ba = ba.

Al comienzo, se los he dicho: el padre terrible. Sin embargo, la imagen resume algo mucho más complejo, como el nombre lo indica. El padre interviene sobre varios planos. El prohibe a la madre, ante todo. Ese es el fundamento, el principio del complejo de Edipo, es ahí que el padre está ligado a la ley primordial, ley de prohibición del incesto. Es el padre, se nos recuerda, quien esta encargado de representar esta interdicción. Algunas veces él tiene que manifestarla de una manera directa, el niño se deja llevar en sus expansiones, en sus manifestaciones, en sus inclinaciones. Pero es más allá que él ejerce este rol, es por toda su presencia, por los efectos en el inconsciente, que él ejerce esta interdicción de la madre. Ustedes esperan que yo diga "bajo amenaza de castración". Es verdad, es verdad, hay que decirlo, pero no es tan simple. Se entiende, la castración entra en un rol evidentemente manifiesto y que además será cada vez más confirmado. EL lazo de la castración a la ley es esencial, pero veamos cómo eso se nos presenta clínicamente cómo se nos presenta ante todo el complejo de Edipo. Estoy obligado a recordárselos porque eso debe evocar en ustedes toda suerte de evocaciones textuales.

La relación, tomemos ante todo al varón, entre el niño, el niño y el padre, está comandada, se entiende, por el temor a la castración. Este temor a la castración, ¿qué es? ¿Cómo, por qué punta lo abordamos? Ante todo, en la primera experiencia del complejo de Edipo, ¿bajo la forma de qué? —de una retorsión. Quiero decir que es en el interior de la relación agresiva, en tanto que esta agresión parte del niño, del varoncito, en tanto que su objeto privilegiado, la madre, le es prohibido, es en tanto que la agresión se dirige hacia el padre que el niño entonces, sobre el plano imaginario, en la relación dual en tanto que él proyecta imaginariamente en el padre las intenciones agresivas equivalentes o reforzadas en relación a las suyas, pero cuyo punto de partida está en sus propias tendencias agresivas. En resumen, el temor experimentado ante el padre, es netamente centrifugo, quiero decir que tiene su centro en el sujeto. Esto es conforme a la vez a la experiencia, a la Historia del Análisis. Es bajo este ángulo que, muy pronto, la experiencia nos enseñó que debía ser medida la incidencia del temor experimentado en el Edipo con respecto al padre.

La castración, pues, en tanto que por una parte está profundamente ligada a la articulación simbólica de la interdicción del incesto, y por otra parte, y en el primer plano de toda nuestra experiencia, mucho más todavía naturalmente en aquellos que son sus objetos privilegiados, a saber los neuróticos, es algo que se manifiesta sobre el plano imaginario, y donde tiene ahí un punto de partida que no es un punto de partida del. tipo del mandamiento, a saber, como lo dice la ley de Manu: "Aquél que se acueste con su madre se cortará los genitales y sosteniéndolos en su mano derecha o izquierda —no me acuerdo muy bien— irá hacia el Oeste hasta que la muerte sobrevenga". Eso, es la ley. Pero esta ley no ha, legado especialmente a las orejas de nuestros, neuróticos como tal.. Incluso, en general, ella está más bien dejada en la sombra.

Hay otros medios de salir de eso además, pero no tengo tiempo hoy para extenderme al. respecto. Entonces, esto esta ligado a la agresión imagina del sujeto, a la manera por la que esta amenaza de castración se encarna en la neurosis, ella es una retorsión, en tanto que Júpiter es perfectamente capaz de castrar a Cronos, que nuestro pequeños Júpiter temen que Cronos comience él mismo por hacer el trabajo.

Y luego hay otra cosa que nos aporta desde el comienzo el examen del complejo de Edipo, quiero decir la manera en la que está articulado, presentado por la experiencia, por la teoría, por Freud, es la delicada cuestión del. Edipo invertido. Yo no sé si eso les parece evidente, pero Lean el artículo de Freud, o cualquier articulo de cualquier autor: cada vez que se aborda la cuestión del Edipo uno se sorprende siempre del rol extremadamente movedizo, matizado, desconcertante, que juega la función del Edipo invertido.

Este Edipo invertido nunca está ausente de la función del Edipo, quiero decir que el componente del amor por el padre no puede ser eludido, es que es él el que da el fin del complejo de Edipo, la declinación del complejo de Edipo, el que está en una dialéctica que permanece muy ambigüa del amor y de la identificación, a saber la identificación como tomando su raíz en el amor, no siendo todo la misma cosa. No es la misma cosa. No obstante, los dos términos están estrechamente ligados y son absolutamente indisociables.

Lean el artículo que Freud escribió sobre la declinación del complejo, en la explicación que el da de la identificación terminal que es su solución, es en tanto que el padre es amado que el sujeto se identifica a él y que encuentra su solución, el término del Edipo, en esta composición de la represión amnésica; y por otra parte esta adquisición de este término ideal gracias al cual él deviene el padre él puede volverse también alguien que, no digo de ahora en adelante e inmediatamente, es un pequeño macho que —si puedo decir tiene ya sus títulos en el bolsillos la cosa en reserva. Cuando llegue el tiempo, si las cosas andan bien, si los chanchitos no se lo comen, en el momento de la pubertad, él tiene su pene listo con su certificado: "papa está ahí por habérmelo conferido en el buen momento".

Esto no sucede así si la neurosis estalla, por que hay algo justamente no regular sobre el título en cuestión. Sólamente el Edipo invertido no es tampoco tan simple, que si es por esta vía, y por esta vía del amor, que puede producirse la posición propiamente hablando de inversión, es a saber que el sujeto se encuentra también por la misma vía, en la ocasión dada no de una identificación benéfica, sino de una brava y buena pequeña posición pasivizada en el plano inconsciente, que hará también su reaparición en el buen momento, es decir que lo pondrá en esta especie de bisectriz de ángulo squeeze-panique(63), que hará que se encuentre capturado en una posición que ha descubierto solo, que es muy ventajosa.

Es este padre el que es temible, que ha prohibido tantas cosas, pero que es muy amable por otra parte, es ponerse en el buen lugar para tener sus favores, es decir para hacerse amar por él, pero como hacerse amar por él consiste aparentemente, consiste en pasar ante todo al rango de mujer, y que uno guarda siempre su pequeño amor propio viril, es lo que Freud nos explica: hacerse amar por el padre comporta el peligro de la castración, de donde esta forma de homosexualidad inconsciente que pone al sujeto en esta posición esencialmente conflictual, con las resonancias múltiples, que es por una parte de retorno

siempre a la posición homosexual con respecto al padre, y por otra parte de su suspensión, es decir, de su represión, en razón de la amenaza de castración que comporta. Todo esto no es simple, simple. Ahora bien, es lo que intentamos hacer, es abordar algo que nos permita concebirlo de una manera más rigurosa, lo que comportará que podremos, a continuación de cada observación y cada caso particular, plantear nuestras preguntas mejor y más rigurosamente.

Entonces, resumidamente. Como recién, el resumen va a consistir en introducir cierto número de distinciones que, creo, son el preludio del centramiento del punto que no anda. Recién ya habíamos aproximado esto, que era ahí, alrededor del ideal del yo, que la cuestión no había sido planteada. Aquí, tratemos también de hacer la reducción que acabamos de recordar y de abordar. Les propongo esto: desde ahora en adelante, creo que no es adelantar demasiado decir que el padre llega aquí sin embargo en posición de importuno y no simplemente estorbando por su volumen, sino en posición de importuno porque él prohibe. El prohibe ¿qué?

Retomemos y distingamos: él prohibe ante todo la satisfacción real del impulso. Si debemos hacer entrar en juego la aparición del impulso genital, que no sea allí, puesto que parece intervenir antes. Pero está claro también que algo se articula alrededor del hecho de que él prohibe al pequeño niño hacer uso de su pene en el momento en que dicho pene comienza a manifestar lo que llamaremos veleidades Esta es la relación de la prohibición del padre con respecto al impulso real.

Hagamos a continuación una observación en ese nivel: ¿por qué el padre? La experiencia prueba que la madre lo hace también, recuerden la observación del pequeño Hans. La madre le dice: "Guárdatelo, eso no se hace". Es incluso, es más a menudo la madre quien dice: "Si continuas haciendo eso, llamaremos al doctor, quien te lo cortará".

Entonces, señalemos bien que lo que sucede es que el padre, en tanto que prohibe al nivel del impulso real, no es tan esencial. Entonces, si se acuerdan de mi cuadro del año pasado ven que siempre termina por servir— retomemos lo que les he aportado, el cuadro de tres pisos: castración, frustración, privación.

¿De qué se trata? Les llamo la atención. Se trata pues de la intervención real del padre, ¿en lo concerniente a qué? —a una amenaza imaginaria, pues está claro que sucede bastante raramente que se lo corte realmente. Entonces, encontramos bien lo que sucede justamente al nivel de la amenaza de castración. Les hago observar que la castración es un acto simbólico, cuyo agente es alguien real: el padre o la madre que le dicen "te lo van a cortar", y cuyo objeto es un objeto imaginario. Si el niño se siente cortado, es que lo imagina.

Ahora bien, se los hago observar, esto es paradojal, porque ustedes podrían decirme: "eso, es propiamente el nivel de la castración, y usted dice que el padre no es tan útil". Eso es lo que digo. Pero si. Por otra parte, ¿qué es lo que prohibe, el padre? Y bien, el punto de donde hemos partido, a saber: la madre, como objeto, es para él, no es para el niño.

Es sobre este plano que se establece, en una etapa al menos, en el varoncito como en la niña, esta rivalidad con el padre que engendra por si sola una agresión. Es que el padre frustra perfectamente al niño de la madre.

He ahí otra etapa, otro piso si quieren, les hago observar que aquí el padre interviene entonces como teniendo derecho y no como personaje real, a saber que incluso si no está ahí, si llama a la madre por teléfono, por ejemplo, el resultado es el mismo. Aquí es el padre, en tanto que simbólico, quien interviene en una frustración, acto imaginario que concierne a un objeto bien real, que es la madre, en tanto que el niño tiene necesidad de ella.

Luego está el tercer término que interviene en esta articulación del complejo de Edipo, que es el padre en tanto él se hace preferir a la madre, pues esta dimensión, ustedes están absolutamente forzados a hacerla intervenir en la función terminal, en la que desemboca en la formación del ideal del yo. Es en tanto que el padre deviene, por el lado que sea, el lado de La fuerza o el de debilidad, un objeto preferible a la madre, que va a poder establecerse la identificación terminal. La cuestión del complejo de Edipo invertido y de su función se establece a ese nivel.. Diría más, es incluso aquí que se centra la cuestión completamente importante de la diferencia del efecto del complejo sobre el niño y sobre la niña

Es bien evidente que en ese nivel eso va sólo para lo que corresponde a la niña, y es por eso que se dice que la función del complejo de castración es disimétrica para el niño y para la niña. Es al comienzo que esta cuestión tiene importancia y que al final facilita la solución porque el padre no tiene dificultades para hacer preferir la madre como portador del falo. Para el varoncito es otro asunto y, ustedes lo ven, es siempre ahí que queda abierta La hiancia. Es, a saber, que, para hacerse preferir a la madre, en tanto que es por eso que se produce .la salida del complejo de Edipo, y bien, nosotros no, encontramos ante la misma dificultad de la instauración del complejo de Edipo invertido, y nos parece entonces que, para el varoncito, el complejo de Edipo debe ser siempre y en todos los casos, todo lo que hay de menos normativizante mientras que está sin embargo implicado que lo es más, puesto que es por esta identificación al padre que al fin de cuentas se nos dice que es asumida la virilidad.

Al fin de cuentas, el problema es saber cómo es que este padre, que es esencialmente interdictor, no desemboca aquí en lo que es la conclusión muy neta del tercer plano, a saber que es en tanto que se produce la identificación ideal que el padre deviene el ideal del yo, que se produce algo, algo que es ¿qué? —que, en todo caso, tiende a ser tanto para el varoncito como para la niña. Pero para la niña, está bien que ella reconozca que no tiene falo, mientras que para el niño eso sería una salida absolutamente desastrosa, y lo es a veces.

En otros términos, lo que llegamos a centrar como el momento de salida normativizante del Edipo producido en un punto y en una relación tal (inscripción de la fórmula en el pizarrón)..... Es decir que el niño reconoce no haber elegido. Verdaderamente no ha elegido lo que tiene, se los he dicho.

Lo que sucede al nivel de la identificación ideal, nivel en que el padre se hace preferir a la madre, punto esencial y punto de salida del Edipo, es algo que debe literalmente desembocar en la privación. Mientras que todo esto es completamente admisible y

completamente conformarte, aunque jamás es realizado completamente en la mujer como salida del Edipo pues le queda siempre ese pequeño regusto, lo que se llama el......(64) Lo que prueba pues que eso no marcha en verdad rigurosamente, pero en el caso en que debe marchar, si nos mantenemos en este esquema, el varoncito debería ser siempre castrado. Hay pues algo que cojea, que falta en nuestra explicación.

Intentemos ahora introducir la solución. La solución es ésta: es que el padre, no digo en la familia —en la familia, él es todo lo que quiera, es una sombra, es un banquero, es todo lo que debe ser, lo es o no lo es, eso a veces tiene toda su importancia, pero también puede no tener ninguna—, toda la cuestión es saber lo que él es en el complejo de Edipo. Y bien, el padre no es un objeto real, incluso si debe intervenir en tanto que objeto real para dar cuerpo a la castración. El no es un objeto real, entonces ¿qué es? No es tampoco únicamente ese objeto ideal, porque, del lado de este objeto, pueden ocurrir accidentes. Ahora bien, a pesar de todo, el complejo de Edipo no es únicamente una catástrofe, puesto que, como se dice, es el fundamento y la base de nuestra relación con la cultura.

Entonces, naturalmente, ustedes van a decirme: "el padre, es el padre simbólico, usted ya lo ha dicho". Pero si yo no tuviera más que eso para repetirles, ya les he dicho suficiente para no aportarlo hoy. Lo que les aporto hoy y lo que, justamente, permite aportar un poco más de precisión a esta noción de padre simbólico, es esto: el padre es una metáfora.

¿Qué es una metáfora? Digámoslo inmediatamente para ponerlo en el pizarrón, lo que va a permitir nos rectificar las consecuencias escabrosas del pizarrón. Una metáfora, ya se los he explicado, es un significante que viene en lugar de otro significante. Digo el padre en el complejo de Edipo, incluso si eso debe turbar las orejas de algunos. Digo exactamente el padre es un significante sustituido a otro significante. Y ahí está el reverte, y el único resorte esencial del padre, en tanto que interviene en el complejo de Edipo. Y si ustedes no buscan las carencias paternas a ese nivel, no las encontrarán en ninguna otra parte.

La función del padre en el complejo de Edipo es ser un significante sustituido al significante, es decir, al primer significante introducido en la simbolización, el significante maternal. Es por eso que el padre viene, según la fórmula que les he explicado una vez que es la de la metáfora, viene al lugar de la madre: S en lugar de S', que es la madre, la que está ya ligada a algo que era x, es decir algo que era el significado en la relación del niño a la madre.

(explicación de la fórmula en el pizarrón)

Es esta madre que va, que viene, porque yo soy un pequeño ser ya capturado en lo simbólico, es porque yo he aprendido a simbolizar que se puede decir que ella va, que ella viene. Dicho de otra manera, la siento o no la siento. En fin, el mundo varia con su llegada y luego puede desvanecerse. La cuestión es: ¿dónde está el significado?, qué es lo que ella quiere?, yo (je) bien quisiera que sea yo (moi) lo que ella quiera, pero está bien claro que no es nada más que yo (moi) lo que ella quiere, hay otra cosa que la trabaja. Lo que la trabaja, es la x, es el significado.

En suma, para resumirles mi seminario del año pasado, la cuestión no está en las relaciones de objeto, poner eso en el centro de la relación de objeto, es pura tontería. El niño es él, el objeto parcial. Es porque, ante todo, él es el objeto parcial, que él es llevado a preguntarse: ¿qué quiere decir que ella vaya y que ella venga? Este significado de las idas y venidas de la madre, es el falo. El niño, con más o menos astucia, con más o menos suerte, puede llegar muy pronto a hacerse falo, una vez que ha comprendido. Pero la vía imaginaria no es la vía normal, es además por eso que entraña lo que se llaman fijaciones. No es normal porque, al fin de cuentas, como Les diré, no es jamás pura, no es completamente accesible, deja siempre algo aproximativo e insondable, incluso dual, que hace todo el polimorfismo de La perversión. Pero por la vía simbólica, es decir por la vía metafórica, planteo esto ante todo, les explicaré cómo inmediatamente, porque no podemos ir más rápido, pero les planteo en seguida puesto que llegamos casi al término de nuestra charla de hoy, es el esquema que va a servirnos de guía: es en tanto que el padre se sustituye a la madre como significante que va a producirse este resultado ordinario de la metáfora, el que está expresado en la fórmula en el pizarrón.

No les digo que les presento la solución aquí bajo una forma ya transparente, porque se las presento en su último término, en su resultado, para mostrarles a dónde vamos. Vamos a ver ahora cómo se va allí y para qué sirve haber ido allí, es decir todo lo que eso resuelve.

Entonces se tiene la elección entre dos cosas, o que yo los deje ahí, con esta afirmación bruta en la mano: la intervención del padre, la propongo, y pretendo que por ahí todo puede ser resuelto como siendo esto: sustitución de un significante a otro significante, y ustedes van a ver aclararse toda la cuestión de los impasses del Edipo, o bien comienzo a explicarles un poquito la cosa.

Voy a introducirles la cosa, voy a hacerles una observación que, espero, va sin embargo a dejarles un objeto para sus sueños de esta semana, puesto que la próxima vez, para hablarles de la metáfora y de su efecto, será necesario que les diga, que les recuerde, dónde se sitúa, es decir, en el inconsciente. Quisiera hacerles observar esto, y es que hay una cosa verdaderamente muy sorprendente, que no se haya descubierto el inconsciente más pronto, porque, por supuesto, el estaba ahí desde siempre, y por otra parte él está siempre ahí. Ha sido necesario saber lo que sucede en el interior para saber que el lugar existía.

Pero quisiera darles simplemente algo para la manera en que ustedes, que van a través del mundo, bajo la forma —espero— de apóstoles de mi palabra, puedan introducir la cuestión del inconsciente a las gentes que jamás han escuchado hablar de él. Ustedes les dirán: qué asombroso es que desde que el mundo es mundo ninguna de esas personas que se intitulan filósofos haya soñado jamás con producir, al menos en el período clásico —ahora estamos un poco dispersos, pero hay todavía un camino por hacer—, esta dimensión esencial que es aquella de la que les he hablado bajo el nombre de lo que se puede llamar: otra cosa.

Ya les he mencionado "el deseo de otra cosa". Se debería sin embargo sentir qué es ahí, a menudo, el deseo de otra cosa, no quizá, como ustedes lo sientan por el momento, el

deseo de ir a comer una salchicha más bien que de escucharme, sino, sea como sea y de lo que se trate , el deseo de otra cosa como tal.

Ahora bien, esta dimensión no esta únicamente simplemente presente en el deseo, Yo quisiera simplemente evocarles que está presente en muchos otros estados que son absolutamente constantes, permanentes. La vigilia, por ejemplo, lo que se llama la vigilia. No se piensa lo suficiente en eso. ¿Velar, ustedes me dirán qué? Velar, es la cosa, ustedes saben, que Freud hace en el Presidente Schreber, es bien el tipo de cosa, que nos revelan hasta qué —punto Freud vivía en esta "otra cosa" . El nos habla antes del amanecer, si ustedes se han remitido allí, yo les he hablado del día, de la paz de la tarde, y de otros ''truquitos" así que les han llegado más o menos, todo estaba. enteramente centrado alrededor de esta indicación. Antes del amanecer, ¿es, hablando propiamente, el sol el que va a aparecer? Es otra cosa la que está latente, el momento de la vigilia, que es esperado..

Y luego, el encierro. Es sin embargo una dimensión completamente esencial. Desde que un hombre llega a alguna parte, en la selva virgen o en el desierto, él comienza por encerrarse; en caso de necesidad como el dice, llevará dos(65) para hacerse corrientes de aire entre ellas, incluso si no tuviera más que eso. Este encierro, se tamién una dimensión completamente esencial, se trata de establecer en el interior, y luego no es simplemente una noción de interior y de exterior, es la noción de "lo otro" , lo que es otro como tal., de lo que no es el sitio donde uno esta bien guarnecido, y diría más, si ustedes exploraran de una manera un poquito profunda esta fenomenología como se diría, del encierro, ustedes se darían cuenta hasta qué punto es absurdo limitar la función del miedo a lo que se llama una relación con un peligro real.

La ligazón estrecha del miedo con la seguridad debería serles manifiesta de la manera más clara por la fenomenología de la fobia. Ustedes se darían cuenta que, en el fóbico, sus momentos de angustia son cuando él se da cuenta de que ha perdido su miedo, en el momento en que ustedes comienzan un poco a levantarle su fobia. Es en ese momento que él se dice: "Vaya! esto no anda, ya no sé cuáles son los sitios en que es preciso que me detenga. Perdiendo mi miedo, he perdido mi seguridad", en fin, todo lo que les he dicho el año o pasado sobre el pequeño Hans.

Hay un momento en el cual ustedes no piensan suficientemente, estoy persuadido de ello, porque ustedes viven en él como en vuestra atmósfera natal, si puedo decir, lo que se llama: el aburrimiento. Ustedes quizá jamás han reflexionado bien hasta qué punto el aburrimiento es típicamente algo que llega incluso a formularse de la manera más clara corno que se quisiera "otra cosa". Bien se puede comer m... pero no siempre la misma. Todo esto, son especies de coartadas, de coartadas formuladas, ya simbolizadas, de esto que es esta relación esencial con "otra cosa".

Quisiera terminar con esto. Podrían creer que, de golpe, yo caigo en el romanticismo y en lo indefinible, ustedes ven eso: el deseo, el encierro, la vigilia, casi iba a decirles la plegaria mientras estaba en eso, ¿por que no?, el aburrimiento, ¿a dónde va esto? ¿a dónde desliza.

Pero no. Sobre lo que yo quisiera llamar vuestra atención es sobre esas diversas manifestaciones de la presencia de la otra cosa en tanto que —reflexionen en ello— están institucionalizadas. Ustedes pueden hacer una clasificación de todas las formaciones humanas en tanto que instalan a los hombres doquiera que vayan y en todas partes. Lo que se llama formaciones colectivas a partir de la satisfacción que dan a esos diferentes modos de la relación a otra cosa.

Desde que el hombre llega a alguna parte, hace b..., es decir, el sitio donde está verdaderamente el deseo, desde que llega a alguna parte, espera algo, un mundo mejor, un mundo futuro. Está ahí vela, espera la revolución, pero sobre todo, y sobre todo desde que llega a alguna parte, es excesivamente importante que todas sus ocupaciones trasuden aburrimiento, en otros términos, una ocupación no comienza a volverse seria más que cuando lo que la constituye, es decir en general la regularidad, se ha vuelto perfectamente fastidiosa. Y en particular, piensen en todo lo que, en vuestra práctica analítica, esta muy exactamente hecho para que ustedes allí se aburran.

Todo está ahí. Una gran parte, al menos, de las prescripciones, de lo que se llaman reglas técnicas a observar por el analista, en el fondo no son sino dar a esta ocupación todas sus garantías de lo que se llama su standard profesional. Si miran el fondo de las cosas, se darán cuenta de que esto es en la medida en que ellas crean, sostienen y mantienen, como en el corazón, la función del aburrimiento.

Esto es de alguna manera una pequeña introducción que, hablando propiamente, no les hace entrar en lo que les diré la próxima vez. La próxima vez retomaré las cosas para mostrarles justamente que es al nivel de este "otro" como tal que se sitúa la dialéctica del significante, y cómo es de ahí que ella aborda la función, la incidencia, la presión precisa, el efecto inductor, del nombre del padre, igualmente como tal.



La Metáfora Paterna II

22 de Enero de 1958

Vamos a continuar nuestro examen de lo que hemos llamado la "Metáfora paterna".

En suma, hemos llegado al punto en que he afirmado que era en esta estructura, que aquí hemos promovido como siendo la estructura de la metáfora, que residían todas las posibilidades de articular claramente el complejo de Edipo y su resorte, a saber el complejo de castración.

A aquellos que podrían asombrarse de que lleguemos tan tarde a articular una cuestión tan central en la teoría y en la práctica analítica, responderemos que era imposible hacerlo sin haberles probado sobre diversos terrenos, tanto teóricos como prácticos, lo que tienen de insuficiente las formulas de las que uno se sirve corrientemente en el análisis, y sobre todo sin haberles mostrado en qué se pueden dar las fórmulas más suficientes, si puedo decir, para comenzar a articular los problemas, ante todo habituándolos a pensar en términos, por ejemplo, de "sujeto"

¿Qué es un sujeto? ¿Es que es algo que se confunde pura y simplemente con la realidad que está ante ustedes cuando dicen "el sujeto"? ¿O bien es que a partir del momento en que ustedes lo hacen hablar, eso implica necesariamente otra cosa? Quiero decir, ¿es que la palabra es, si o no, algo que flota sobre él como una emanación, o, si ella desarrolla por si misma, si ella impone por si misma, una estructura tal como la que he comentado ampliamente, a la que los he habituado, y que dice que, desde que hay sujeto hablante, no podría ser cuestión de reducir para él la cuestión de sus relaciones en tanto que él habla a otro, muy simplemente? Siempre hay en ello un tercero, ese gran "Otro" del que hablamos, y que es constituyente de la posición del sujeto en tanto que habla, es decir también del sujeto en tanto que ustedes lo analizan. Lo que no es simplemente una necesidad teórica más. Esto aporta toda suerte de facilidades cuando se trata de comprender dónde se sitúan los efectos con los que ustedes tienen que vérselas, quiero decir lo que sucede cuando ustedes vuelven a encontrar en el paciente, en el "sujeto", la exigencia, los deseos, un fantasma —lo que no es lo mismo—, y también algo que parece ser en suma lo más incierto, lo más difícil de comprender, de definir: una realidad.

Vamos a tener la ocasión de verlo en el punto donde nos adentramos ahora, para explicar cómo el término de "metáfora paterna", es a saber que, en lo que ha sido constituido de una simbolización primordial entre el niño y la madre, es propiamente la sustitución del padre en tanto que símbolo, en tanto que significante en el lugar de la madre. Y veremos lo que quiere decir este "en el lugar", que constituye el punto pivote, el nervio motor, si puedo decir, lo esencial del progreso constituido por el complejo de Edipo.

Recordemos que es de eso que se trata. Recordemos los términos que he avanzado ante ustedes el año pasado, en lo concerniente a :Las relaciones del niño y de la madre. Pero recordemos también ante todo, frente a este triángulo imaginario, que el año pasado les enseñé a manejar, en lo que concierne a las relaciones del niño y de la madre, recordemos frente a esto que admitir como fundamental el triángulo niño-padre-madre, es aportar algo que es real, sin duda, pero que, ya, plantea en lo real, entiendo como instituida una relación simbólica, la relación niño-padre-madre (dibujo del triángulo en el pizarrón) y si puedo decir, objetivamente , para hacerles comprender, en tanto que podemos, nosotros, hacer de él un objeto, mirarlo.

Las primeras relaciones de realidad se dibujan entre la madre y el niño. Es ahí que el niño va a experimentar las primeras realidades de su contacto con el medio viviente, el triángulo, en tanto que él tiene esta realidad por el sólo hecho de que hagamos entrar, para comenzar a delinear objetivamente la situación, que hagamos entrar allí al padre. El padre no ha entrado todavía para el niño. El padre, por otra parte, para nosotros, "es", es real. Pero no olvidemos que, para nosotros, él no es real más que en tanto que las instituciones le confieren, no diría incluso su rol y su función de padre, esto no es una

cuestión sociológica, sino que le confieren su "nombre" de padre. Quiero decir que es preciso admitir esto: que el padre, por ejemplo, es el verdadero agente de la pro-creación, lo que en ningún caso es una verdad de experiencia, pues en el tiempo en que los analistas todavía discutían de cosas serias, sucedió que se hiciera observar que, en tal o cual tribu primitiva, la pro-creación era atribuida a no sé qué, a una fuente, a una piedra, o al. encuentro de un espíritu en lugares apartados, a lo cual el Sr. Jones, con mucha pertinencia además, había aportado esta observación: que es completamente impensable que unos seres inteligentes —y a todo ser humano le suponemos su mínimo de esta inteligencia— esta verdad de experiencia, está bien claro que, salvo excepción, pero excepción "excepcional", una mujer no da a luz si no ha tenido un coito, y aún en un lapso muy preciso. Pero, haciendo esta observación que, se los repito, es particularmente pertinente, el señor Ernest Jones(66) dejaba simplemente de lado todo lo que es importante en la cuestión.

Pues, lo que es importante en la cuestión, no es que la gente sepa perfectamente que una mujer no puede parir sino cuando ha tenido un coito, es que sancione en un significante que aquél con quien ella ha tenido el coito es el padre. Pues, dicho de otro modo, tal como está constituido por su naturaleza el orden del símbolo, el significante, absolutamente nada obvia que, sin embargo, el algo que es responsable de la procreación no continúe siendo mantenido en el sistema simbólico como idéntico a cualquier cosa, lo que hemos dicho recién: a saber una piedra, una fuente, o el encuentro de un espíritu en un lugar apartado.

La posición del padre como simbólico es algo que no depende del hecho de que la gente haya más o menos reconocido la necesidad de una cierta consecución de unos acontecimientos tan diferentes como un coito y un parto. Posición del nombre del Padre, como tal, calificación del padre como procreador, es un asunto que se sitúa en el nivel simbólico y que puede servir, que puede ser puesto en relación según las formas culturales, pues esto no depende de la forma cultural , esto es una necesidad de la cadena significante como tal.; por el hecho de que ustedes instituyan un orden simbólico, algo responde o no a esta función definida por el nombre del padre, y en el interior de esta función, ustedes ponen allí las significaciónes que pueden ser diferentes según los casos, pero que, en ningún caso, dependen de otra necesidad que de la necesidad de la función del padre, que ocupa el nombre del padre en la cadena significante.

Creo haber ya insistido bastante sobre esto. He ahí, pues, lo que podemos llamar el "triángulo simbólico en tanto que es instituido en lo real, a partir del momento en que hay cadena significante, en que hay articulación de una palabra.

Yo digo que hay una relación entre este ternario simbólico y el ternario que hemos traído aquel año pasado bajo la forma del ternario imaginario que es el de la relación del niño a la madre, en tanto que el niño se encuentra dependiendo del deseo de la madre, de la primera simbolización de la madre como tal, y nada más que eso, a saber que él desata su dependencia efectiva de su deseo del puro y simple vivido de esta dependencia, a saber que, por esta simbolización, algo es instituido, que es subjetivado en un nivel. primero, primitivo; esta subjetivación consiste en plantearla como ese ser primordial que puede estar ahí, o no estar ahí. Es decir, en el deseo, el deseo de "él", de este ser, es esencial. Lo que hace que lo que el sujeto desee, no es simplemente la apetencia de sus cuidados, de su contacto, incluso de su. presencia, es la apetencia de su deseo.

En esta primera simbolización, el deseo del niño se afirma, inicia todas las complicaciones ulteriores de la simbolización en esto: "que él es deseo del deseo de la madre" y que, por este hecho, algo se abre, por lo cual virtualmente lo que la madre desea objetivamente ella misma, en tanto que ser que vive en el mundo del símbolo, en un mundo donde el símbolo está presente, en un mundo hablante, e incluso si ella no vive en él más que de un modo completamente parcial, si ella misma es, como sucede, un ser mal adaptado a este mundo del símbolo, o que ha rechazado de éste algunos elementos, abre a pesar de todo ser niño, a partir de esta simbolización primordial, esta di mención, lo que incluso sobre el plano imaginario la madre puede, como se dice, desear "de otro" sobre el plano imaginario.

Es así que entra, de una manera todavía confusa y completamente virtual, ese deseo "de otra cosa", del que hablaba el otro día, pero no de una manera de alguna forma sustancial y tal que podamos reconocerlo como lo hemos hecho en el último seminario, en toda su. generalidad, sino de una manera concreta. Hay en ella el deseo de otra cosa que de "satisfacer en mi, que comienzo a palpitar en la vida, mi. deseo".

Y en esta vía, hay a la vez acceso y no acceso. ¿Cómo concebir que, de alguna manera, en esa relación de espejismo por la cual el ser primero lee o se adelanta a La satisfacción de sus deseos en los movimientos esbozados del otro, en esa a captación "dual" de la imagen a la imagen que se constituye en todas las relaciones interanimales, como concebir que pueda ser leído como en un espejo —como se expresa la Escritura— lo que el sujeto desea "de otro"?

Seguramente esto es a la vez difícilmente pensable y demasiado difícilmente efectuado, pues ahí está precisamente todo el drama de lo que sucede en ese cierto nivel de cambio de vías del nivel primitivo, que se llama "las perversiones" Esto es difícilmente efectuado en el sentido de que es efectuado de una manera defectuosa, pero es efectuado sin embargo, es efectuado ciertamente no sin la intervención de algo más, que la simbolización no basta para constituir; la simbolización primordial de esta madre que "va y viene", que se llama cuando ella no esta ahí y que, como tal, cuando ella está ahí, se la rechaza para poder volver a llamarla; es preciso que haya algo más. Este algo más, es precisamente :la existencia tras ella de todo este orden simbólico, del que ella depende y que, como esta siempre más o menos ahí, permite este cierto acceso a ese objeto, su. deseo, que es ya un objeto de tal modo especializado, de tal modo marcado por la necesidad instaurada por el sistema simbólico, que es absolutamente impensable de otro modo en su prevalencia y que se llama el falo. Este falo alrededor del cual he hecho girar toda nuestra dialéctica de la relación de objeto el año pasado.

¿Por qué? ¿Por qué este objeto privilegiado, si no es por algo que necesita ahí, en su lugar, en tanto que está privilegiado en el orden simbólico? Es en esto que ahora queremos entrar más en detalle, y que vamos a ver cómo, no simplemente por una simple relación de simetría, la que se explica en este dibujo y que hace que aquí "falo" esté en el punto cumbre del ternario imaginario (esquema en el pizarrón), lo mismo que aquí, "padre", esté en el punto cumbre del ternario simbólico, ¿cómo resulta que haya entre los dos este enlace, y cómo resulta que yo pueda ya adelantarles que este enlace es de orden metafórico?

Y bien, esto es justamente lo que nos arrastra al interior de la dialéctica del complejo de Edipo. Es en el complejo de Edipo que podemos darnos cuenta, quiero decir intentar articular paso a paso —y esto es lo que Freud hace, lo que otros han hecho después de él, y es lo que, ahí dentro, no siempre está completamente claro, ni completamente claramente simbolizado— intentar llevar para ustedes más lejos, no simplemente para la satisfacción de nuestro espíritu sino porque, si nosotros articulamos paso a paso esta "génesis" que hace que la posición del significante del padre en el símbolo sea fundadora de la posición del falo en el plano imaginario, si esto exige una, dos, tres etapas en los tiempos —si se puede decir— Lógicos de la constitución de este falo en el plano imaginario como objeto privilegiado prevalerte, si estos tiempos están claramente distinguidos y si de su distinción resulta que podemos orientarnos mejor, interrogarnos mejor y al enfermo en el examen y el sentido de la clínica y de la conducción de la cura, entonces, esto justificará nuestros esfuerzos, y nos parece que, dadas las dificultades que encontramos, precisamente en la clínica, en el interrogatorio, en el examen y en la maniobra terapéutica, estos esfuerzos están, de ahora en adelante, y por anticipado, justificados.

Observemos este "deseo del otro", que es el deseo de la madre, que comporta este "más allá". Nosotros decimos que para alcanzar este "más allá" —y ya nada más que para alcanzar este más allá de la madre, deseo de la madre como tal, una mediación es necesaria— que esta mediación es precisamente dada por la posición del padre en el ordensimbólico.

Más bien que proceder dogmáticamente nosotros mismos, interroguémonos sobre la manera por la cual se plantea para nosotros la cuestión en lo concreto. Vemos que hay estados, casos, etapas también en unos estados muy diferentes, en que el niño se identifica al falo. Esto ha sido todo el objeto del camino que hemos recorrido el año pasado Hemos mostrado en el fetichismo una perversión ejemplar en el sentido de que, ahí, el niño tiene una cierta relación con este objeto del más allá del deseo de la madre, y, habiendo señalado la prevalencia y el valor de excelencia —si se puede decir— que allí se liga, por la vía, en suma, de una identificación imaginaria a la madre, hemos visto indicado también que, en otras formas de perversión, y especialmente el travestismo, es en la posición contraria que el niño va a asumir la dificultad de la relación imaginaria a la madre, a saber que él mismo se identifica, se dice, a la madre fálica. Creo que, más correctamente, hay que decir que es propiamente al falo que él se identifica en tanto que este falo está oculto bajo los vestidos de la madre.

Les recuerdo esto para mostrarles que esta relación del niño al falo es esencial en tanto que el falo es objeto del deseo de la madre. También la experiencia nos prueba que este elemento juega un papel activo esencial en las relaciones que el niño tiene con la pareja parental. Ya, la última vez, lo hemos recordado sobre el plano teórico, en la exposición de la declinación del complejo de Edipo, por relación al Edipo que se llama invertido. Freud nos ha subrayado los casos en que, por identificarse a la madre, quiero decir en —la medida en que él se identifica a la madre, el niño teme, habiendo adoptado esta posición a la vez significativa y prometedora, teme la consecuencia, es decir la privación que resultará de ello para él, si es un varoncito, de su órgano viril.

Esta es una vía de indicación, pero que va mucho más lejos. La experiencia nos prueba que el padre, considerado en tanto que él priva a la madre de este objeto, especialmente del objeto fálico, de su deseo, juega un papel completamente esencial en, yo no diría las perversiones, sino en todas las neurosis, y diría en todo el curso, así fuese el más fácil, el más normal, del complejo de Edipo. Ustedes encontrarán en la experiencia en el análisis que el sujeto ha tomado posición de una cierta manera en un momento de su infancia sobre este punto, sobre este punto del papel del padre en el hecho de que la madre no tiene falo. Este momento jamás es elidido, este momento que es el que, en nuestro recordatorio de la última vez, dejaba abierta la cuestión de la salida favorable o desfavorable del Edipo, suspendida alrededor de los tres planos de la castración, de la frustración, de la privación, ejercidas por el padre. Era en el nivel tercero, el que a la vez nos planteaba la cuestión, porque es aquél en el cual es más difícil comprender algo, y aquél en el cual, sin embargo, se nos dice que está toda la clave del Edipo, a saber su salida, a saber finalmente la identificación del niño con el padre. Este nivel, es aquél del padre que priva a alguien de lo que al fin de cuentas no tiene, es decir lo priva de algo que no tiene existencia más que en tanto ustedes lo hacen surgir a la existencia en tanto que símbolo.

Está muy claro que el padre no castra a la madre de algo que ella no tiene. Para que esté planteado que ella no lo tiene, es necesario que, ya, eso de lo que se trata sea proyectado sobre el plano simbólico en tanto que símbolo. Pero esto es perfectamente una privación, y toda privación real es algo que necesita .la simbolización de lo que es paciente y privado, es pues sobre el plano de la privación de la madre que una cuestión, en un momento dado de la evolución del Edipo, se plantea para el sujeto: la de aceptar, registrar, simbolizar él mismo, volver significante a esta privación cuyo objeto se comprueba que es la madre. Esta privación, el infantil sujeto la asume o no la asume, la acepta o la rechaza. Este punto es esencial, ustedes lo encontrarán en todas las encrucijadas, cada vez que vuestra experiencia los lleve hasta un cierto punto que ahora intentamos definir como "nodal" en el Edipo.

Llamémoslo "punto nodal", puesto que acaba de ocurrírseme, no me atengo a ello esencialmente, quiero decir con esto que no coincide, lejos de eso, con ese momento cuya clave buscamos, que es la declinación del Edipo, su resultado, su fruto en el sujeto, pero hay un momento en que el padre entra en función como privador de la madre, es decir se perfila detrás de esa relación de la madre con el objeto de su deseo como algo que, si ustedes quieren, "castra", pero ahí yo no lo pongo si no entre comillas, porque quien es castrado, en la ocasión, no es el sujeto, es la madre.

Este punto no es muy nuevo. Lo que es nuevo, es puntuarlo precisamente, es volver vuestras miradas hacia este punto en tanto que nos permite comprender desde ahí lo que precede, sobre lo que ya tenemos algunas luces, y lo que va a seguir.

La experiencia, en todo caso, no lo duden, y ustedes podrán controlarlo, confirmarlo, cada vez que tengan la ocasión de verlo, la experiencia prueba que, en la medida en que el sujeto no franquea este punto nodal, es decir no acepta esta privación del falo operada por el padre sobre La madre, se observa que está en la regla —y yo subrayo este "en la regla", porque ahí no tiene simplemente una importancia de correlación ordinaria, sino de correlación fundada en la estructura —, es en la medida en que el niño mantiene para sí

mismo una cierta forma de identificación a este objeto de la madre, a este objeto que les represento desde el origen, para emplear la palabra que ahí surge, como objeto "rival", si se puede decir, de alguna manera, siempre que se trate de fobia, de neurosis o de perversión, ustedes percibirán un lazo; éste es un punto de referencia —quizá no hay mejor palabra— alrededor del cual ustedes podrán reagrupar los elementos de la observación a partir de esta pregunta que ustedes se plantearán en el caso particular. ¿Cuál es la configuración especial de esta relación a la madre, al padre, y al falo, que hace que el niño no acepte que la madre sea privada por el padre de algo que es el objeto de su deseo, y en qué medida, en tal caso, es preciso puntuar que, en correlación con esta relación, él, el niño, mantiene su identificación al falo?

Hay grados, por supuesto. Esta relación no es la misma en la neurosis o en la psicosis que en la perversión. Pero esta configuración es nodal, ustedes lo ven. A este nivel, la cuestión que se plantea es: "ser o no ser", "to be or not to be" el falo. Sobre el plano imaginario, se trata para el sujeto de ser o de no ser el falo, y la fase que hay que atravesar es ésta: el sujeto elegirá en un momento; cuando yo digo "elegirá", pongan este elegirá también entre comillas, pues, por su puesto, el sujeto es ahí tan pasivo como activo, por la buena razón de que no es él quien tira los hilos de lo simbólico; la frase ha sido comenzada antes de él, ha sido comenzada precisamente por sus padres, (y) a lo que voy a llevarlos, es precisamente a la relación de cada uno de estos padres con esta frase comenzada y a la manera en que conviene que la frase sea sostenida por una cierta posición recíproca de estos padres en relación a esta frase.

Pero digamos, porque es preciso expresarse bien, que hay ahí, si ustedes quieren, en neutro, una alternativa: ser o no ser ese falo. Ustedes sienten bien que hay un paso considerable a franquear para comprender simplemente eso de lo que se trata entre este ser o no ser el falo y eso de lo que se trata en un momento cualquiera, es preciso sin embargo esperarlo y encontrarlo, que es completamente diferente, que es "tenerlo o no", como se dice también, para fundarse sobre otra cita literaria, dicho de otro modo, tener o no tener el pene.

Esto no es lo mismo, es preciso que algo haya sido franqueado entre una y otra cosa, y, no lo olvidemos, eso de lo que se trata en el complejo de castración, es ese algo que nunca es articulado, que se hace casi completamente misterioso, pues sabemos que es del complejo de castración que dependen estos dos hechos: que, por un lado, el varoncito deviene un hombre, por el otro lado, (la niña) deviene una mujer; pero que esta cuestión de tenerlo o no tenerlo está reglada incluso para aquél que, finalmente, está con derecho de tenerlo, es decir el hombre, por el intermediario de algo que se llama complejo de castración, lo que por consiguiente supone que, para tenerlo, es preciso que haya un momento en que no lo haya tenido. Es decir que no se lo llamaría complejo de castración si, en cierta manera, eso no pusiera en primer plano esto: que, para tenerlo, es preciso ante todo que haya sido planteado que se puede no tenerlo, que esta posibilidad de ser castrado es esencial en la asunción del hecho de tenerlo, al falo.

Es ese paso el que hay que franquear, es ahí que debe intervenir en algún momento, eficazmente, realmente, efectivamente, el padre, pues ustedes ven que, hasta ahora, he podido —el hilo mismo de mi discurso lo indicaba— ha podido hablarles de cosas que, a partir del sujeto, él acepta o no acepta. En la medida en que no acepta, eso lo arrastra, hombre o mujer, a ser el falo.

Pero ahora, para el paso siguiente, es esencial hacer intervenir efectivamente al padre, no digo que antes él no intervenga ya efectivamente, sino que mi discurso, hasta ahora, ha podido de jarro en un segundo plano, incluso prescindir de él. Mientras que a partir de ahora, en que se trata de tenerlo o no tenerlo, estamos forzados a hacer entrar en nuestros cálculos a "él", él que, es preciso ante todo, se los subrayo, que esté en el exterior del sujeto constituido como símbolo. Pues si no está en el exterior del sujeto constituido como símbolo, nadie va a poder intervenir realmente como revestido de ese símbolo, pero es como personaje real en tanto que revestido de ese símbolo que él va a intervenir ahora efectivamente en la etapa siguiente.

Es ahí que se sitúan, en la instancia del padre real, las diferentes fases bajo las cuales hemos evocado la última vez, a saber el padre real, en tanto que puede portar una prohibición; y hemos hecho observar que, en lo referido, por ejemplo, al prohibir las primeras manifestaciones del instinto sexual que comienza a llegar a su primera madurez en el sujeto, Las primeras veces en que el sujeto toma nota de su instrumento, incluso lo exhibe, ofrece a la madre sus buenos oficios, no tenemos para esto ninguna necesidad del padre. Diría incluso más sobre este punto, lo que sucede habitualmente, que es algo todavía muy próximo a la identificación imaginaria, a saber que el sujeto se muestra a la madre, le hace ofrecimientos, la mayor parte del tiempo lo que sucede, es algo que, como lo hemos visto el año pasado a propósito del pequeño Hans, sucede sobre el plano de la comparación, de la depreciación imaginaria. La madre basta para mostrar al niño cuánto lo que le ofrece él es insuficiente, ella basta también para hacer la prohibición del uso del nuevo instrumento.

El padre entra en juego, es muy cierto, como portador de la ley, como prohibidor del objeto que es la madre. Esto, lo sabemos, es fundamental, pero está completamente por fuera de la cuestión tal como ella está efectivamente puesta en juego con el niño. Sabemos que la función del padre, el nombre del padre, está ligado a la prohibición del incesto, pero nadie ha soñado jamás con poner en el primer plano del complejo de castración el hecho de que el padre, efectivamente, promulga la ley de la prohibición del incesto. Se lo dice algunas veces, pero jamás esto es articulado por el padre, si puedo decir, en tanto que legislador excathedra. El hace obstáculo entre el niño y la madre, él es el portador de la ley, si puedo decir, de derecho, pero en los hechos, él interviene de otro modo , y diría que es también de otro modo que de manifiestan sus carencias para intervenir, es esto lo que nosotros estrechamos de cerca. En otros términos, el padre, en tanto que es el portador, culturalmente de la ley padre es tanto que esta investido por el significante del padre, interviene en complejo de Edipo de una manera más concreta, más escalonada, si puedo decir, que se trata ahora de articular, y que es lo que nosotros queremos articular hoy.

Y es aquí que se comprueba que la "no-inutilidad" del esquemita que les he comentado durante todo el primer trimestre, para la más grande lasitud, parece, de algunos... no parece sin embargo tener que ser completamente inútil.

Les recuerdo eso a lo que es preciso volver siempre, que es porque y en tanto que la intención, quiero decir el deseo pasado al estado de demanda" en el sujeto, ha atravesado algo que, de ahora en adelante, esta constituido, a saber que para aquello a lo cual se

dirige, especialmente su objeto, su objeto primordial, la madre, el deseo es algo que se articula, y de alguna manera todo su progreso, toda su entrada en este mundo, este submundo que no es simplemente un mundo en el sentido de que uno pueda encontrar en él para saturar sus necesidades, sino un mundo donde reina la palabra, que somete el deseo de cada uno a la ley del deseo del otro, pero por este sólo hecho, en tanto que él franquea más o menos feliz mente esta línea de la cadena significante en tanto que está ahí, latente y ya estructurante, la madre, que la demanda del joven sujeto, la primera experiencia que hace de su relación al primer "otro", aquél que es su madre en tanto que él ya ha simbolizado, es en tanto que él ya la ha simbolizado que se dirige a ella de una manera que es quizá más o menos balbuceante, pero que está ya articulada, pues esta primera simbolización está ligada a las primeras articulaciones, es pues en tanto que esta intención, esta demanda ha atravesado la cadena significante que ella puede hacer se valer junto al objeto materno.

En esta medida, el niño que ha constituido a su madre como sujeto, por fundamento de la primera simbolización se encuentra enteramente sometido a lo que podemos llamar, pero únicamente por anticipación, "la ley", pero esto no es más que una metáfora, quiero decir que es preciso desplegar la metáfora que hay en este término de "la ley", para dar su verdadera posición a este término en el momento en que yo lo empleo.

La ley de la madre es, por supuesto, el hecho de que la madre es un ser hablante, y esto basta para legitimar que yo diga "la ley de la madre". Sin embargo, esta ley es, si puedo decir, una ley incontrolada. Esta ley es también, en todo caso para el sujeto, simplemente el hecho de que hay "ley", es decir que algo de su deseo es completamente dependiente de algo que, sin ninguna duda ya se articula, a saber como tal, y del orden de la ley. Pero esta ley está enteramente en el sujeto que la soporta, a saber en el buen o mal querer de la madre, la buena o mala madre. Y esto es lo que hace que yo les proponga este término nuevo que, van a verlo, no es tan nuevo, basta con empujarlo un poquito para hacerle volver a encontrar algo que la lengua no ha encontrado por azar El principio que adelantamos aquí, es que no hay sujeto si no hay significante que lo funde. Es en la medida en que hubo esas primeras simbolizaciones constituidas por la pareja significante, el primer sujeto y la madre, que es preciso saber lo que esto quiere decir en relación a algunos términos, realidad o no realidad al comienzo de la vida del niño, autoerotismo o no autoerotismo, ustedes verán aclararse singularmente las cosas a partir del momento en que ustedes planteen preguntas, pues, en relación a ese sujeto, el niño, aquél de donde emana la demanda, aquél donde se forma el deseo, y todo el análisis es una dialéctica del deseo.

El niño se esboza, se esboza como "sujetado" (assujet); es un sujetado porque él se experimenta y se siente ante todo como profundamente sujetado (assujettl) al capricho de eso de lo que él depende, incluso si este capricho es un capricho articulado. Lo que les adelanto es necesario en toda nuestra experiencia.

Por ejemplo, tomo el primer ejemplo que me viene a la mente, ustedes han podido ver el año pasado que ente pequeño Hans, que encuentra una salida tan atípica a su Edipo, es decir, justamente, que no encuentra la salida que ahora vamos a tratar de designar, que no encuentra más que una suplencia, para quien es preciso ese caballo para todo, para servirse de todo lo que va a faltar para él en ese momento de franqueamiento que es La etapa propiamente de la asunción de lo simbólico como complejo de Edipo, donde Los llevo hoy, que suple entonces por ese caballo que es a la vez el padre, el falo, la hermanita, todo lo que se quiere, pero que es esencialmente algo que, justamente, corresponde a lo que voy a mostrarles ahora. Recuerden cómo sale de ello y cómo es simbolizado en el último sueño; lo que él llama al lugar del padre, a saber ese ser imaginario y omnipotente que se llama el "plomero"; este plomero está ahí, justamente, para des-sujetar (désassugettir) algo Pues la angustia del pequeño Hans, y esto es esencialmente, se los he dicho, la angustia de ese sujetamiento en tanto que, literalmente, a partir de un cierto momento, el realiza que, por estar a si sujetado, no se sabe a dónde puede llevarlo eso. Se acuerdan de ese esquema, el esquema del carro que se va, que encarna el centro de su temor; es justamente a partir de ese momento que el pequeño Hans instaura en su vida un cierto número de centros de temor, centros de temor alrededor de los cuales girará precisamente el restablecímiento de su seguridad, el miedo, o sea algo que tenga su fuente en lo real. El miedo es un elemento del aseguramiento del niño, en tanto que es gracias a esos miedos que él da al otro, a ese sujetamiento angustiarte que él realiza en el momento en que aparece la falta de ese dominio externo de este otro plano, donde es necesario que algo a parezca para que él no sea pura y simplementeunsujetado(67)

Eso es a lo que llegamos, es pues aquí que se sitúa la observación de que esta "otra" a la que él se dirige, es decir especialmente "la madre", tiene una cierta relación —esto, todavía, todo el mundo lo dice, todo el mundo lo ha dicho— una cierta relación que es relación al padre, y cada uno ha percibido que de esas relaciones al padre dependen muchas cosas. La experiencia nos ha probado que el padre, como se dice, no juega su rol, no juega su rol — no tengo necesidad de recordar les que la última vez les he hablado de todas las formas de carencia paterna concretamente designa dan en términos de relaciones interhumanas—, la experiencia impone, en efecto, que es así, pero nada articula suficientemente que eso de lo que se trata, no es tanto de las relaciones de la madre con el padre en el sentido vago, donde se trata de algo que es del orden de una especie de rivalidad de prestigio entre ambos, la que viene a converger sobre el sujeto del niño, sin ninguna duda. Este esquema de convergencia no es falso. La duplicidad de las dos instancias es más que exigible, sin eso no podría haber justamente este ternario, pero eso no basta, y lo que pasa entre uno y otro, todo el mundo lo admite, es muy esencial.

Y aquí, llegamos a lo que se llama "los lazos de amor y de respeto", la posición de la madre y volvemos a caer en el camino trillado del análisis sociológico ambiental — alrededor de los cuales tales o cuales hicieron girar enteramente el análisis del caso del pequeño Hans, a saber si la madre era suficientemente amable, afectuosa con el padre, etc...

Sin articular lo que es esencial, no se trata tanto de las relaciones personales entre el padre y la madre, ni de saber si uno y otro "tienen las condiciones requeridas" o no las tienen, se trata propiamente de un momento que debe ser vivido como tal y que concierne a las relaciones no simplemente de la persona de la madre con la persona del padre, sino de la madre con la palabra del padre, con el padre en tanto que lo que él dice no es absolutamente equivalente a nada.La función en la cual: 1) el nombre del padre interviene, sólo significante del padre; 2) la palabra articulada del padre; 3) la ley en tanto que el padre está en una relación más o menos intima con ella, eso es también muy importante.

En otros términos, la relación en la cual la madre funda al padre como mediador de algo que está más allá de su ley, la de ella, y de su capricho, y que es pura y simplemente la ley como tal, el padre, entonces, en tanto que nombre del padre, es decir en tanto que todo (el) desarrollo de la doctrina freudiana nos lo anuncia y lo promueve, a saber como estrechamente ligado a esta enunciación de l a ley, eso es lo que es esencial, y es en eso que él es aceptado o que no es aceptado por el niño como aquél que priva o no priva a la madre del objeto de su deseo.

En otros términos, debemos, para comprender el complejo de Edipo, considerar tres tiempos que voy a tratar de esquematizarles con la ayuda de nuestro pequeño diagrama del primer trimestre.

(dibujo en el pizarrón)

Primer tiempo — Lo que el niño busca es, a saber, deseo de deseo, poder satisfacer el deseo ce su madre, es decir "to be or not to be" el objeto del deseo de la madre, y en la medida en que el" introduce su demanda y en que, aquí, va a haber algo que es su fruto, su resultado, y sobre el camino de lo cual se plantea este punto que corresponde a lo que es "ego", y que aquí esta su otro "ego", a lo que él se identifica, este algo "otro" que él va a buscar ser, ahí, a saber el objeto satisfactorio para la madre. Desde que comience a conmover algo bajo su vientre, él comenzará a mostrarle, a saber "si yo soy muy capaz de algo", con las decepciones que se siguen, él lo busca, y lo encuentra. En tanto y en la mecida en que la madre es interrogada por la demanda (pregunta) del niño. Ella es también algo, ella que esta en la persecución de su propio deseo, y algo parte de ahí (en el pizarrón) situándose sus constituyentes.

En el primer tiempo y la primera etapa, se trata de esto: es que de alguna manera, en espejo, el sujeto se identifica a lo que es el objeto del deseo de la madre, y esta es la etapa, si puedo decir, fálica primitiva, aquella donde la metáfora paterna obra en si, en tanto que, ya, en el mundo, La primacía del falo está instaurada por la existencia del símbolo del discurso y de la ley.

Pero el niño, él, no toma más que su resultado; para agradar a la madre — si ustedes me permite ir rápido y emplear unas palabras cargadas de imagenes, es necesario y suficiente con ser el falo, y, en esta etapa, muchas cosas se detienen en un cierto sentido, es en la medida en que el mensaje aquí se realiza de una manera satisfactoria que un cierto número de trastornos pueden fundarse, entre los cuales esas identificaciones que hemos calificado de "perversas".

Segundo tiempo. Les he dicho que, sobre el plano imaginario, el padre perfectamente interviene como privador de la madre, es decir que, lo que aquí está dirigido al otro como demanda, es reenviado a un tribunal superior, si puedo expresarme así, es relevado como conviene, pues siempre, por ciertos lados, eso de lo que nosotros interrogamos al "otro" en tanto que lo recorre enteramente, encuentra en el otro ese otro del otro, a saber su propia ley. Y es a ese nivel que se produce algo que hace que lo que vuelve al niño es pura y simplemente la ley del padre en tanto que ella es concebida imaginariamente por el sujeto como privando a la madre. Este es el estadio, si puedo decir, nodal y negativo, por el cual ese algo que desata al sujeto de su identificación lo vuelve a atar al mismo tiempo a la primera aparición de la ley bajo la forma de este hecho: que la madre en eso es dependiente, dependiente de un objeto, de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el otro tiene o no tiene.

La ligazón estrecha de este reenvió de la madre a una ley que no es la suya con el hecho de que en la realidad el objeto de su deseo es poseído soberanamente por ese mismo "otro" a la ley del cual ella reenvía, tenemos la clave de la relación del Edipo y lo que constituye el carácter tan esencial, tan decisivo de esta relación de madre en tanto que yo les ruego que la aíslen como relación no al padre, sino a la palabra del padre.

Acuérdense del pequeño Hans el año pasado El padre es lo más amable que hay, es lo más presente que hay, es lo más inteligente que hay, es lo más amigable que hay para Hans, no parece haber sido para nada un imbécil, ha llevado al pequeño Hans a Freud, lo que en esa época era a pesar de todo dar pruebas de un espíritu esclarecido, el padre es sin embargo totalmente inoperante, en tanto que hay una cosa que está completamente clara, (y) es que cualesquiera que fuesen las relaciones entre esos dos personajes parentales, lo que dice el padre, es exactamente como si él "tocara la flauta", quiero decir al lado de la madre; la madre, obsérvenlo, en relación al pequerño Hans,es a la vez prohibidora, es decir, juega el papel castrador que uno podría ver atribuir al.. padre, —pero sobre el plano real ella le dice: "¡No te sirvas de eso, es asqueroso!", lo que no impide que, sobre el plano práctico, ella admita completamente al pequeño Hans en su intimidad, es decir que le permite, lo alienta a sostener esta función del objeto imaginario para lo cual, efectivamente, el pequeño Hans le rinde los más grandes servicios. El encarna perfectamente para ella su falo, y el pequeño Hans como tal es mantenido en la posición de sujetado. El es sujetado, y ésta es toda la fuente de su angustia y de su fobia. Es por eso y esencialmente en tanto que ya la posición del padre está puesta en cuestión por el hecho de que no es su palabra la que constituye la ley para la madre que el problema es introducido. Pero esto no es todo, parece que, en el caso del pequeño Hans, lo que va a suceder ahora, es decir en el tercer tiempo, este tercer tiempo es esencial y también es defectuoso. Es por eso que les he subrayado el año pasado que la salida del complejo de Edipo en el caso del pequeño Hans es una salida falseada, que el pequeño Hans, aunque haya salido de ello gracias a su fobia, tendrá una vida amorosa que estará completamente marcada por un cierto estilo, por el estilo imaginario sobre el cual les indicaba sus prolongaciones a propósito del caso de Leonardo da Vinci.

Esta tercera etapa es ésta, y es tan importante como la segunda, pues es de ésta que depende la salida del complejo de Edipo; eso de lo que el padre ha testimoniado que él lo daba, en tanto, y en tanto solamente, que él es el portador de la "ley", es de él que depende o no la posesión por el sujeto paterno o no de ese falo. Es en tanto que esta etapa ha sido atravesada que, en el segundo tiempo, lo que el padre, si puedo decir, en tanto que "soportar" de la "ley", lo que el padre ha prometido, es preciso que lo tenga, él puede dar o rehusar en tanto que lo tiene, pero el hecho de que él lo tiene, al falo, él, es preciso que en un momento dado de pruebas de ello; es en tanto que interviene en el tercer tiempo corno aquél que tiene el falo y no que lo es, que puede producirse algo que vuelva a instaurar la instancia del falo como objeto deseado por la madre, no solamente como objeto del que el padre puede privar, el padre omnipotente es aquél que priva, es

por otra parte en este estadio que se han detenido hasta cierto momento los análisis del complejo de Edipo, en el tiempo en que se pensaba que todos los estragos del complejo de Edipo dependían de la omnipotencia del padre, no se pensaba más que en este tiempo, aparte de que no se subrayaba que la castración que en él se ejerce, era la privación de la madre, y no del niño.

El tercer tiempo es éste. Es en tanto que el padre puede dar a la madre lo que ella desea, puede darlo porque lo tiene, y aquí interviene precisamente el hecho de la potencia en el sentido genital de la palabra, digamos que el padre es un padre "potente", que, en este tercer tiempo, se produce la restitución, si ustedes quieren, de la relación de la madre con el padre sobre el plano real, que la relación como tal del otro que es el padre con el ego (esquema) de la madre y el objeto de su deseo y eso a lo cual puede identificarse en el nivel inferior en que el niño está en posición de demandante, que la identificación puede hacerse a esta instancia paterna que ha sido aquí realizada en estos tres tiempos:

1) bajo la forma velada donde, en tanto que todavía no aparecido, pero padre existente en la realidad mundana, quiero decir en el mundo, por el hecho de que, en el mundo, reina la ley del símbolo, ya la cuestión del falo está planteada en alguna otra parte que en la madre, donde el niño debe repararla.

2) Por su presencia privadora en tanto que es aquél que soporta la ley, y esto se hace no de una forma velada, sino de una manera mediada por la madre, que es la que lo propone como aquél que le hace la ley.

3) El padre, en tanto que es revelado — es revelado en tanto que, él, "lo tiene" — es La salida del complejo de Edipo, y una salida favorable en tanto que la identificación al padre se hace en este tercer tiempo, en el tiempo en que él interviene en tanto que aquél que "lo tiene". Esta es una identificación que se llama "ideal del yo", y que viene a este nivel en el triángulo simbólico, precisamente ahí, en el polo donde esta el niño, y en la medida en que es en el polo materno que todo Lo que va a ser a continuación realidad comienza a constituirse. Y es al nivel del padre que todo lo que va a ser a continuación "superyó" comienza a constituirse.

Es en tanto que el padre interviene como real y como padre potente en un tercer tiempo, el que sucede a la privación o la castración que lleva sobre la madre, sobre La madre imaginada a nivel del sujeto, en su propia posición imaginaria, la de ella, de dependencia, es en tanto que interviene en el tercer tiempo como aquél que lo tiene, que él es interiorizado como ideal del yo en el sujeto, y que si puedo decir, no lo olvidemos, en ese momento el complejo de Edipo declina.

¿Qué quiere decir eso? Eso no quiere decir que en ese momento el niño va a entrar en el ejercicio de todos sus poderes sexuales, ustedes lo saben bien. Muy por el contrario. No los ejerce para nada. La salida del complejo de Edipo consiste en esto: en efecto, se puede decir que aparente mente, ha decaído en ello el ejercicio de esas funciones que habían comenzado a despertarse.

No obstante, si todo lo que Freud ha articulado tiene un sentido, eso quiere decir que tiene en el bolsillo todos los títulos para servirse de ello en el futuro. La metáfora paterna juega ahí un papel que es el que podíamos esperarnos por parte de una metáfora: concluir en la institución de algo que es del orden del significante que ahí está en reserva; la significación se desarrollará más tarde. El niño tiene todos los derechos a ser un hombre, y lo que será más tarde discutido de sus derechos, en el momento de la pubertad, es en tanto que habrá allí algo que no habrá llenado completamente esta identificación metafórica con la imagen del padre, en tanto que ella se habrá constituido, pero a través de estos tres tiempos.

Les hago observar en esta ocasión que eso quiere decir que, en tanto que es viril, un hombre es siempre más o menos su propia metáfora. Esto es incluso lo que pone sobre el término de virilidad esa especie de sombra de ridículo, la que a pesar de todo hay que poner de manifiesto.

También les haré observar que la salida del complejo de Edipo es diferente, como todos saben, para la mujer, pues, para ella, esta tercera etapa, como Freud lo subraya —lean el artículo sobre la declinación del Edipo— para ella, es mucho más simple, ella no tiene que hacer esta identificación ni que conservar este título para la virilidad; ella, ella sabe dónde está, ella sabe dónde tiene que ir a tomarlo, es del lado del padre, hacia aquél que lo tiene, y eso también les indica en qué lo que se llama una feminidad, una verdadera feminidad, tiene siempre un poco también una dimensión de coartada, las verdaderas mujeres, eso tiene siempre algo de un poco extraviado, ésta es una sugerencia que quiero hacerles únicamente para apoyarles la dimensión concreta en la cual se sitúa este desarrollo.

Para volver y concluir justificando mi término de metáfora, esto no es hoy, ustedes lo sienten, sino un diagrama. Volveremos sobre cada una de estas etapas y veremos lo que allí se fija. Observen bien que eso de lo que se trata aquí, es en el nivel más fundamental exactamente lo mismo que lo que se llama, en el terreno maniático y común en el estudio de la lengua(68), metáfora, pues la metáfora, con la fórmula que yo les he dado de ella, no quiere decir nada más que esto: que de las dos cadenas, de las S S S, SS'S', S"S" (inscripción en el pizarrón) que son unos significantes en relación a todo lo que circula de signifcados ambulantes, porque están siempre deslizando; el abrochamiento del que yo hablo, o aún el punto de capitón, no es mis que un asunto mítico, pues nunca nadie ha podido abrochar una significación a un significante; pero, por el contrario, lo que se puede hacer, es abrochar un significante a un significante y ver lo que eso hace.

Pero, en este caso se produce siempre algo nuevo que algunas veces es tan inesperado como una reacción química, a saber el surgimiento de una nueva significación; en tanto que el padre es en el Significante, en el otro, el significante que representa simplemente esto: la existencia del lugar(69) de la cadena significante como tal, en lo que él se ubica, si puedo decir, por encima de la cadena significante, en una posición metaforica, es en tanto que la madre hace del padre aquél que sanciona por su presencia la existencia como tal del lugar de la ley, es en tanto que ella hace eso y únicamente en esa medida. Y esto deja entonces una inmensa latitud para los modos y medios en los cuales eso puede realizarse y es por lo cual también es compatible, Es en esta medida que el tercer tiempo del complejo de Edipo puede ser franqueado, es decir en la etapa de la identificación, en la cual se trata para el varoncito de identificarse al padre en tanto que poseedor del pene, y para la niña de reconocer al hombre en tanto que aquél que lo posee.

Veremos la continuación la próxima vez.



Clase 11

29 de Enero de 1958

Les hablo de la metáfora paterna. Espero Uds. se hayan dado cuenta que les hablo del complejo de castración. Es importante, porque no es porque hablo de la metáfora paterna que les hablo del Edipo. Si estuviera centrado sobre el Edipo, eso comportaría enorme cantidad de cuestiones. No puedo decir todo a la vez.

El esquema que les he aportado en particular la última vez que constituye lo que he tratado de hacer comprender bajo el titulo de los tres tiempos del complejo de Edipo, es algo sobre lo que les recalco en todo momento que está constituido en otra parte que en la aventura del Sujeto, en la manera en la cual el Sujeto tiene que introducirse en ese algo que está constituido en otra parte y en el cual pueden interesarse por diversas razones los psicólogos es decir los que proyectan las relaciones individuales en lo que se llama el campo interhumano, o interpsicológico o social, donde las tensiones de grupos pueden tratar de incluir eso en su esquema si pueden.

Del mismo modo los sociólogos, lo he indicado suficientemente para decir que incluso para ellos, será necesario que tengan en cuenta otra cosa, y en particular relaciones estructurales que en esto constituyen nuestra medida común, por la simple razón que e s la raíz última de la existencia(70) incluso social, pues ella es socialmente injustificable (quiero decir no es fundable sobre ninguna finalidad social) la existencia incluso social del complejo de Edipo. Pero para nosotros, nos encontramos en esta posición de ver como un sujeto tiene que introducirse en este relación que es le del complejo de Edipo,

No soy yo quien se ha dado cuenta, quien haya inventado, ni quien haya comenzado a adoctrinar que el sujeto no se introduce sin que juegue un rol de primer plano, el órgano sexual macho, centro, pivote, objeto de todo lo que se relacióna a este orden de acontecimientos, hay que decirlo, muy confusos, muy mal discernidos, que se llaman complejo de castración. No se continúa menos en las observaciones, o en otra parte, a hacer mención de ello, es necesario decirlo, en términos que uno no se sorprende más que de una cosa, es que no genera en lo que son los auditores o los lectores, más interés. Trato en esta suerte de fulminación psicoanalítica, de darles una letra que no se oscurezca, quiero decir distinguir por conceptos los diversos niveles de eso de lo que se trata en el complejo de castración; ese complejo de castración que se hará intervenir igualmente al nivel de una perversión que llamaré primaria, en no imaginario, o de una perversión de lo que vamos quizás telar un poco más hoy, pero tan intimamente ligada al

final complejo de Edipo como la palabra sexualidad.

Para tratar de ver claro en esto, voy de todos modos a retomar, puesto que es bastante nuevo, la manera en la cual les he articulado la última vez el complejo de Edipo teniendo, por centro, este fenómeno ligado a la función particular de objeto que juega a quí el órgano sexual macho, creo que conviene retomar estos pasos, para aclararlos bien; y también con este propósito, trataré de mostrarles, como se los he anunciado, cómo aporta al menos algunas aclaraciones sobre fenómenos bien conocidos pero mal situados de le homosexualidad por ejemplo.

Hay que partir de los esquemas directamente extraídos de le esencia de la experiencia, A partir del momento en que ustedes traten de establecer tiempos, no es forzosamente tiempos cronológicos, pero incluso se debe recurrir a eso(71), porque los tiempos cronológicos también pueden no desarrollarse sino en una cierta sucesión.

Ustedes tienen entonces, yo ya se los he dicho, en un primer tiempo le relación del niño, no como se lo dicen a la madre sino al deseo de la madre, deseo de deseo. He tenido la ocasión de darme cuenta que no era más una fórmula tan usual, y que a algunos les costaba un cierto esfuerzo acomodarse a esta noción que es diferente de desear algo o de desear el deseo del sujeto.

Lo que hay que comprender, es por supuesto que este deseo de ese deseo, seguramente implica que se esté en relación a algo, al primer objeto primordial, es la madre en efecto, quiero decir que se la haya constituido de tal suerte que su deseo sea algo que pueda ser seguramente otro deseo en el deseo del niño especialmente.

¿Dónde se ubica la dialéctica de esta primer etapa?

¿Dónde ven que el niño está particularmente aislado, desprovisto de toda otra cosa que no sea del deseo de este otro que él haya constituido como siendo el otro, que puede estar presente o ausente?

Tratemos de limitar hoy muy de cerca cuál es la relación con eso de lo cual se trata. Lo que se introduce aquí, a saber el objeto del deseo de la madre, lo que se debe en suma superar, es esta, es algo que vemos a llamar D, a saber el deseo de la madre, y de ver cómo ese deseo que es deseado por el niño, llamémoslo (D), provisoriamente, va a poder unir ese algo que está constituido en el nivel de la madre de manera infinitamente más elaborada. La madre está un poco más avanzada en la existencia que el niño que es al objeto de su deseo.

Este objeto, hemos planteado que en tanto que pivote de toda la dialéctica subjetiva, es el falo, el falo en tanto que deseado por la madre, lo que supone por otra parte estados diferentes al punto de vista de la estructura de esta relación de la madre al falo, puesto que detrás de este falo, en tanto que para la madre es un objeto unido a un rol primordial en su estructuración subjetiva, puede ser, es incluso lo que hará toda la complicación que sigue, en diferentes estados en tanto que objeto, pero por el momento contentémonos con tomarlo.

Pensamos que podemos Introducir orden, a saber una perspectiva Justa y normal en todo lo que es fenómeno analítico, que partiendo de la estructura y de la circulación significante, tenemos siempre indicios estables y seguros porque son indicios estructurales ligados a lo que se podría llamar las vías de construcción significante. Es eso lo que nos sirve para conducirnos y es por eso que aquí no tenemos otro modo para ocuparnos de lo que es ese falo para la madre, la madre actual en un caso determinado. Quizás hay allí cosas, y nosotros volveremos a ellas, pero para fiarnos simplemente de nuestro pequeño esquema habitual, ese falo se sitúa aquí es un objeto metonímico.

En el significante, podemos contentarnos con situarlo como eso, es un objeto metonímico esencialmente en eso que él es, de todas maneras lo que, a causa de la existencia de la cadena significante, va a circular como un hurón, por todas partes en el significado, Está en el significado lo que resulta de la existencia del significante: se encuentra en la experiencia, nos muestra que ese significado toma un rol mayor y en alguna manera de objeto universal para el sujeto.

Es bien eso lo que sea sorprendente, es eso que constituye el escándalo de los que querrían que la situación que concierne al objeto sexual sea simétrica, del mismo modo que el hombre tiene que descubrir, luego adaptar a una serie de aventuras, el uso de su instrumento, ocurrió del mismo modo para la mujer, a saber que fue el ...(72) que está en el centro de toda la dialéctica.

No es nada de eso, es precisamente lo que ha descubierto el análisis. Del mismo modo podemos decir que es en efecto la mejor sanción de que hay un campo del hombre que es el campo del análisis, y que no es simplemente el del descubrimiento de un desarrollo instintual más o menos vigoroso sino en el conjunto superpuesto a la anatomía, es decir a la existencia real de los individuos.

¿Cómo se puede concebir que eso de lo que se trata, es a saber que el niño quien tiene el deseo de ser el objeto del deseo de su madre, llegue a satisfacerse? No hay evidentemente otro medio más que el de acudir al lugar de este objeto de su deseo.

¿Qué quiere decir eso? He aquí el niño que hemos tenido varias veces que representarlo bajo la forma de este esquemas le relación de su demanda a ese algo que no esta solamente en él sino que es en primer lugar un encuentro esencialmente en su primer rol, a saber la existencia de la articulación significante como tal.

Aquí no hay todavía nada, al menos en principio. Quiero decir que la constitución del sujeto como je —hablo del discurso está todavía del todo forzosamente diferenciada, ella está implicada ya desde la primera modulación significante. El je no está forzado a designarse como tal en el discurso, por ser el soporte de ese discurso. En una interjección, en una orden: "Ven", en un llamado: "Usted" hay un je, pero está ahí en tanto que latente, es lo que expresaremos aquí poniendo simplemente una línea de puntos suspensivos,del mismo modo que el objeto metonímico no está aún constituido para el niño.

Aquí está el deseo esperado por la madre, y ahí quien va a ser el resultado de este encuentro del llamado del niño con la existencia de la madre como otro, a saber un mensaje.

Está claro que para que el niño llegue a esto que es coincidir con el objeto del deseo de la madre, es decir algo que podemos ya a este nivel representar como lo que está inmediatamente a su alcance, para alcanzar con ... pongámoslo en puntos suspensivos, pero por razones diferentes porque eso le es completamente inaccesible, lo que está más allá de la madre.

Es necesario y suficiente que ese je que está ahí en ese discurso del niño venga aquí a constituirse al nivel de ese otro que es la madre, que ese je de la madre devenga el otro del niño, y que lo que circula aquí al nivel de la madre en tanto que ella misma articula el objeto de su deseo, vengo aquí a desempeñar su función de mensaje pare el niño. Es a saber a fin de cuentas que el niño renuncia momentáneamente a cualquier cosa, no hay dificultad, que sea su propia palabra, porque su propia palabra está aún en este momento más bien en formación, que el niño para decir todo reciba bajo la forma de un mensaje, que se produce aquí, que es el mensaje totalmente crudo del deseo de la madre, reciba aquí en el nivel metonímico en relación a lo que dice la madre absoluta, reciba en el nivel metonímico su identificación al objeto de la madre,

Esto es extremadamente teórico, pero esto no está captado al comienzo, es completamente imposible concebir lo que debe pasar a continuación, es decir precisamente le entrada en juego, la introducción de este más allá de la madre que está constituido por su relación a otro discurso que debe ser en la ocasión el del padre.

Por lo tanto es por eso que el niño asume y debe asumir, pero no lo asume de otro lado más que de una manera de algún modo cruda en la realidad de ese discurso, asume de entrada el deseo de la madre, que él está abierto a esto de poder devenir él, el amo en el lugar de la metonimia de la madre, es decir devenir lo que les he llamado el otro día su a—sujeto(73).

Ustedes han visto de algún modo sobre qué desplazamiento esto está fundado, precisamente en ese algo que se lo llamará en esta oportunidad identificación primitiva, y que consiste Justamente en este suerte de intercambio que hace que el je del sujeto haya venido al lugar de la madre como Otro, mientras el je de la madre(74) ha devenido su otro (de él).

Es lo que ha ocurrido en esta suerte de ascenso de un punto en la pequeña escala de nuestro esquema, que acabe de ser operado en este segundo tiempo. El punto central, el punto pivote, el punto mediador, o más exactamente el momento en que el padre aparece como mediado por la madre en el complejo de Edipo, es muy precisamente ese en el que ahora se hace sentir como interdictos. He dicho que ahí él es mediado: es mediado porque es en tanto que interdictor que él va a aparecer. ¿Dónde? En el discurso de la madre.

Les he hecho notar aquí del mismo modo que hace un rato que este discurso de la madre era captado en el estado bruto en esta primera etapa del complejo de Edipo, decir aquí que es mediado, no quiere decir que hacemos aún intervenir lo que el sujeto mismo de la madre hace de le palabra del padre, eso quiere decir lo que de esta palabra del padre interviene efectivamente en lo que resulta bajo la forma del discurso de la madre. Aparece entonces en este momento menos velado que en la primera etapa, pero no está completamente revelado. Es lo que quiere decir este uso del término mediado en este ocasión.

En otros términos, en esta etapa interviene aquí a titulo de mensaje para la madre, él, tiene la palabra aquí y lo que dice, es una interdicción, es un "no" que se transmite aquí en el nivel en el que el niño recibe el mensaje esperado de la madre. Es un mensaje sobre un mensaje, y esta forma particular de mensaje sobre un mensaje sobre la cual yo voy a revelarles una gran sorpresa que los lingüistas no distinguen como tal, en lo cual se ve que hay mucho interés en lo que nosotros hagamos, nuestra unión con loslingüistasmensaje sobre mensaje, es el mensaje de interdicción. No es simplemente para el niño, y ya en esta época "No te acostarás con tu madre" es también para la madre: "No reintegrarás todas las formas bien conocidas de lo que se llama el instinto maternal", que encuentra aquí un obstáculo. "No reintegrarás tu producto". Cada uno sabe que la forma primitiva del instinto materno se manifiesta en ciertos animales, quizás más aún entre los hombres, reintegrando como lo decimos elegantemente, oralmente lo que ha salido por otro lado.

Es muy precisamente de eso que se trata, Esta interdicción llega aquí como tal, del mismo modo se puede decir aquí que algo se manifiesta que es precisamente el padre en tanto que otro, y en principio es de ahí' de donde existe la potencialidad, la virtualidad a fin de cuentas saludable, que está en relación con eso por lo cual el niño está profundamente cuestionado quebrado en su posición de a-sujeto. En otros términos es porque el objeto de deseo de la madre es cuestionado por la interdicción paterna, que la interdicción paterna impide que el círculo se cierre completamente sobre él, a saber que él devenga pura y simplemente objeto del deseo de la madre, que todo el proceso que normalmente debería detenerse allí, a saber que la relación simbólica al otro es ya esta triplicidad implícita, que hay en la relación del niño con su madre, puesto que no es ella que él desea sino su deseo. Hay ya esta ternariedad. Es ya una relación simbólica, Sin embargo todo es recuestionado del deseo de ese deseo, a partir del momento en que su primer cierre del circuito, su primer logro, a saber el hallazgo del objeto del deseo da la madre escape completamente por la interdicción paterna, y deja el deseo del deseo de la madre en el niño en suspenso.

Esta segunda etapa, hecha un poco menos de potencialidad que la primera, es completamente sensible y perceptible, pero esencialmente instantánea si se puede decir, transitoria, es sin embargo capital, pues al fin de cuenta es lo que está en el centro de lo que se puede llamar el momento privativo del complejo de Edipo. Es por eso que el niño mismo está desalojado, y es para su más grande beneficio, que esta posición ideal con la que él y la madre podrían satisfacerse, desempaña esta función de su objeto metonímico, Es por causa de que él es desalojado, que puede establecerse la tercera relación, la etapa siguiente, la fecunda en la cual él deviene otra cosa. Deviene esta otra cosa de la cual les he hablado la última vez, lo que comporta la identificación el padre y el título virtual para tener lo que el padre tiene.

Si les he hecho la última vez una especie de barrido rápido de los tres tiempos del Edipo, es para no tener que recomenzarlo hoy, o más exactamente para tener todo el tiempo hoy de retomarlo paso a paso.

Detengámonos un instante ahí, y luego llegaremos a la homosexualidad. Es casi un

paréntesis, sin embargo es importante.

La manera en la que el padre interviene en este momento en la dialéctica del Edipo, es extremadamente importante de considerar, porque está ahí — y Uds. pueden ver ahí más claro en al último articulo que yo he dado para el próximo número del "El psicoanálisis", que da un resumen de lo que yo he dicho el año en que hemos hablado de las estructuras freudianas de la psicosis. El nivel de publicación que eso representa no me ha permitido dar este esquema que habría necesitado muchas más explicaciones en este articulo, pero cuando ustedes hayan leído ese articulo, espero no demasiado tiempo, podrán retomar en sus notas lo que yo voy a mostrarles ahora y que consiste en esto: que en tanto que el nombre del padre, el padre en tanto que función simbólica, el padre en el nivel de lo que ocurre aquí entre mensaje y código, y código y mensaje, es precisamente Verworfen es que no hay incluso aquí lo que he representado con puntos suspensivos, a saber eso por lo que el padre interviene en tanto que ley pero de une manera pura y simple, cruda, en tanto que mensaje del "no" sobre el mensaje de la madre al niño, y en tanto que totalmente crudo también, fuente de un código que está más allá de la madre, que pueden sobre este esquema de conducción de los significantes, ver sensible y perfectamente localizable, esto que ocurre cuando por haber sido solicitado en un desvío vital esencial, a hacer responder el nombre del padre en su lugar, es decir ahí donde él no puede responder porque él nunca ha advenido allí, el presidente Schreber ve en el lugar surgir muy precisamente esta estructura realizada por la intervención masiva, real del padre más allá de la madre, pero no soportada en absoluto por él tanto que promotor de la ley, que hace que el presidente Schreber escuche en el punto máximo, fecundo de su psicosis ¿qué cosa? Muy exactamente dos suertes fundamentales de alucinaciones que no están nunca aisladas como tales en los manuales clásicos.

Para comprender algo de la alucinación, es preferible leer la obra notable sin duda, y excepcional de un psicótico como el presidente Schreber, que leer todos los mejores autores psiquiatras que tren abordado el problema de la alucinación, con todo preparado en su bolsillo, la famosa escala escolar aprendida en clase de filosofía: sensación, percepción, percepción sin objeto y otras pamplinas, mientras que el presidente Schreber mismo distingue muy bien dos suertes de cosas: las voces que hablan esta lengua fundamental, están enseñando al sujeto el código por esta palabra misma. Es a saber que todo lo que concierne, todo lo que es mensajes que recibe en lengua fundamental, está al mismo tiempo hecho de palabras que neológicas o no, lo son a su manera, consisten en enseñar al sujeto lo que son en un nuevo código, ese que le repite literalmente un nuevo mundo, un universo significante.

En otros términos, hay una serie de alucinaciones que son mensajes sobre un neocódigo, entre los que algo se presenta cono viniendo del Otro. Es todo lo que hay de más terriblemente alucinatorio, y bajo forma de mensaje sobre el código constituido como tal en este Otro; y por otra parte, otra forma de mensaje que se presenta esencialmente como mensajes interrumpidos, ustedes recuerden estos pequeños fragmentos de frases "El debe especialmente...", "Ahora yo quiero...", etc. Tanto como decir comienzos de órdenes y muy precisamente en ciertos casos incluso verdaderos principios: "Terminar una cosa cuando se la ha comenzado", y así a continuación. En resumen, estos mensajes que se presentan esencialmente en tanto que puros mensajes, órdenes, u órdenes interrumpidas, en tanto que puras fuerzas de inducción en el sujeto, e igualmente perfectamente localizables por los dos lados disociados, mensaje y código, donde la intervención del discurso del padre se descompone cuando ese algo es abolido desde el origen, y no ha nunca de ninguna manera sido integrado a la vida del sujeto que es precisamente ese algo que hace la coherencia, la autosanción del discurso del padre, a saber ese que habiendo terminado su discurso, este vuelve sobre él, él sanciona como Ley.

Para la etapa siguiente que supone en las condiciones normales que el padre puede entrar en juego, hemos dicho la última vez de qué se trataba, a saber que es por eso que el padre va a intervenir para dar en tanto que él lo tiene, lo que esta en causa en la privación fálica que ha intervenido como término central de la evolución del Edipo, de los tres tiempos del Edipo. Es por eso que va a aparecer efectivamente corno acto donativo, no más en los actos de la madre, y por lo tanto aún semi-velados, sino en el discurso. La madre misma, en tanto que el mensaje del padre deviene el mensaje de la madre, deviene el mensaje que permite y autoriza, que va a producir ese algo sobre lo cual ustedes ven bien que mi esquema de la última vez no quiere decir más que esto, que por eso que este mensaje del padre se encarna como tal, puede producir algo que es el ascenso de un punto del esquema, a saber que el sujeto, puede recibir del mensaje del padre lo que ha intentado del mensaje de la madre, Pero ahí, por le mediación, por lo intermediario del don o del permiso dado a la madre, es decir lo que tiene a fin de cuentas, y es efectivamente realizado por la fase del ocaso del Edipo, él tiene esto: que le es permitido tener un pene para más tarde.

Es verdaderamente, lo hemos dicho la última vez, el titulo en el bolsillo. Es también, para evocar una cita histórica y divertidas una mujer cuyo marido quería estar seguro que ella le era fiel, le había dado el certificado por escrito que ella le era fiel, a continuación de lo cual ella se habría mostrado a través del mundo diciendo: "Ah el hermoso certificado que tiene La Castrada!", y bien es esto: la castrada y nuestro pequeño castrado son del mismo orden, tienen también al fin del Edipo este hermoso billete que no es nada puesto que es sobre este hermoso billete que reposará a continuación el hecho de que él pueda asumir tranquilamente, es decir, en el caso más feliz, tener un pene, dicho de otra manera ser alguien idéntico a su padre.

Pero es precisamente en ente etapa en suma ambigüa, de la cual ustedes ven bien que las dos vertientes en alguna manera son siempre susceptibles de revertirse una en la otra, que ha, algo en alguna manera abstracto, de no obstante dialéctica en esta relación que hay entre los dos tiempos de los cuales acabo de hablarles, ese en el que el padre interviene como interdictivo y privador, y ese por otra parte en el que él interviene como permisivo y donador, pero donador en el nivel de la madre. Pueden ocurrir otras cosas.

Para ver lo que puede ocurrir, debemos ahora ubicarnos en el nivel de la madre. En el nivel de la madre debemos replantearnos la pregunta de lo paradojal representa ese carácter central del objeto fálico, del objeto imaginario como tal. La madre, por su parte, es una mujer que suponemos llegada a la plenitud de sus capacidades de voracidad femenina, y está bien claro que la objeción que es hecha es de una manera totalmente valedera a esta función imaginaria del falo, está la madre, y esto, pero el falo no es puramente y simplemente eso, ese bello objeto imaginario: hace ya algún tiempo que ella lo ha tragado; en otros términos, que el falo en el nivel de la madre no es únicamente un objeto fálico, es también perfectamente algo que ha cumplido su función, entonces en el

nivel instintual, en el nivel de su función de instrumento normal del instinto que es, en otros términos considerable por la madre como el inyecto, si yo puedo expresarme así, por una palabra que no quiere decir simplemente que ella se lo introduce, sino que se lo introducen, pero que ese "in" también señala ese relación de este objeto con su función en el nivel instintual. Es un objeto que tiene su función instintual.

Es porque el hombre debe atravesar toda la selva del significante para reunir esos objetos instintivamente valederos y primitivos, que nos ocupamos de toda esta dialéctica del complejo de Edipo, Lo que no impide que de todos modos él lo consiga de tiempo en tiempo a Dios gracias! Si no fuera así desde hace largo tiempo las cosas se habrían apagado, a falta de combatientes, vista la demasiada grande dificultad de reunir el objeto real.

He aquí una de las posibilidades del lado de la madre. Las otras, habría que intentar, para poder distinguir eso, ver lo que quiere decir para ella, ese algo que consiste entonces en su relación con el falo, en tanto que como a todo sujeto humano, le acuerda el más grande interés.

Podemos muy fácilmente distinguir al lado de esta función del inyecto, la función de adyecto(75), es decir la pertenencia imaginaria de algo que le es o no conferido como teniendo el permiso de desearlo como tal en el nivel al cual hemos llegado es decir como algo que, en el nivel imaginario, la es dado o no le es dado, la falta, y entonces que interviene como falta, como algo de lo cual ella ha sido privada, como el objeto de ese penis-neid, de esta privación siempre sentida cuya incidencia conocemos en la psicología femenina, o por el contrario como ese algo que le es de todos modos entonces dado ahí donde está, y ustedes ven bien que es otra función, que es otra cosa, aunque ella pueda confundirse con la del inyecto primitivo del cual se trata, y que puede entrar en él solamente a cuenta de una manera yo puedo decir de algún modo muy simbólica, y por eso es que la mujer como tal, si ella tiene todas las dificultades que comporta el hecho de verse introducir en la dialéctica del símbolo para llegar a integrarse a la familia humana, tiene por otra parte todos los accesos, es absolutamente cierto, a ese algo de primitivo y de instintual que la establece en una relación directa a eso que es el objeto, no más allí de su deseo, sino de su necesidad.

Ahora, hablemos de los homosexuales, estando esto bien elucidado.

De los homosexuales, se habla. A los homosexuales, se los cuida. Los homosexuales, no se los cura, y lo que hay de más formidable, es que no se los cura a pesar de que son absolutamente curables. Pues hay algo que se desprende de la manera más clara de las observaciones, es que lo que se llama homosexualidad masculina, es más propiamente una inversión en cuanto al objeto que se motiva, que se estructura en el nivel de un Edipo pleno y acabado, a saber en el nivel de un Edipo llegado a esta tercera etapa de la cual hemos hablado hace un instante, o más exactamente a algo que, en esta tercera etapa, realizándola, la modifica bastante sensiblemente para que se pueda decir que el homosexual macho, —el otro también, pero hoy vamos a limitarnos al macho por razones de claridad, el homosexual macho ha realizado plenamente su Edipo, y ustedes me dirán, ya lo sabíamos bien. Lo ha realizado bajo una forma invertida. Si eso les basta decirlo bajo esta forma, pueden siempre quedarse ahí, no los fuerzo a seguirme, pero considero que tenemos el derecho de tener exigencias más grandes, las que consisten en decir: por qué su hija es muda es porque el Edipo está invertido(76).

Tenemos que buscar en la estructura misma de lo que muestra la clínica misma a propósito de los homosexuales, si no podemos comprender mucho mejor en qué punto preciso este acabamiento del Edipo se sitúa, 1) su posición con todas sus carácterísticas; 2ª) el hecho que él tenga interés extremo en esta posición, en el sentido en que al homosexual por poco que se le ofrezca el bies y la facilidad, le interesa extremadamente su posición de homosexual, que sus relaciones con el objeto femenino están muy lejos de ser abolidas, sino por el contrario muy profundamente estructuradas.

Es precisamente esta dificultad de conmoción de su posición, pero aún mucho más eso por lo que el análisis fracasa en general, entonces desalojado no en razón de una imposibilidad interna de su posición, sino por el hecho de que precisamente toda suerte de condiciones son exigibles, de marchas en los desvíos por donde su posición le ha devenido esencialmente preciosa y primordial, que yo creo que solamente esta concepción y esta manera de esquematizar el problema permite puntuar.

Hay un cierto número de rasgos que se pueden ver en el homosexual. Se los he dicho de entrada: una relación profunda y perpetua con la madre. La madre, se nos la calificó según el promedio de los casos, como alguien que, en la pareja parental tiene una función directriz eminente, que se ha ocupado más del niño que del padre. Es ya otra cosa eso; que se habría ocupado del niño, se nos dice, de una manera muy castradora, que habría tomado un muy, muy grande cuidado, minucioso, demasiado prolongado, de su educación.

No parece dudarse que en todo esto, todo no ocurre en el mismo sentido o del mismo modo. Hay que agregar algunos peque escalones suplementarios para pensar que el efecto de una intervención tan castradora por ejemplo sería en el niño esta sobrevalorización del objeto especialmente bajo esta forma general en que se presenta el homosexual, que ningún partenaire(77) susceptible de interesarlo podría estar privada de eso.

No quiero hacerlos esperar ni dar la impresión de darles adivinanzas. Creo que la clave del problema que concierne al homosexual es esta: el homosexual siendo homosexual, a saber en todos sus matices, acuerda este valor prevalerte al objeto bendito. Hace de él una carácterística absolutamente exigible del partenaire sexual, en tanto que bajo una forma cualquiera es la madre que, en el sentido en que les he enseñado e distinguirlo, hace la ley al Padre, Les he dicho que el padre intervenía en esta dialéctica del deseo en el Edipo, por eso es que el padre hace la ley a la madre, Aquí algo que puede ser de diversas formas se resume siempre en esto: es la madre quien se encuentra en un momento decisivo habiendo hecho la ley al padre.

¿Eso qué quiere decir? Ustedes van a verlo, eso quiere decir muy precisamente esto, que en el momento en que por la intervención del padre, habría debido pasar la fase de disolución que concierne a la relación del sujeto el objeto del desea de la madre, es decir al Hecho de que la posibilidad para él de identificarse al falo fuese completamente pasada, cortada en la raíz por el hecho de la intervención interdictiva del padre, en ese momento es en la estructura de la madre que él encuentra el refuerzo, el soporte, el algo que trece que

esta crisis no pase; a saber, si ustedes quieren, que en el momento ideal, en el tiempo dialéctico en que la madre deberla ser tomada como privada de ese adyecto como tal, es decir que el sujeto no sepa más literalmente de ese lado a qué santo encomendarse, en ese momento él encuentra su seguridad.

Esto acusa el golpe perfectamente, porque él experimenta que de hecho es la madre quien es la clave de la situación, que ella no se deja ni privar, ni desposeer. En otros términos que el padre puede siempre decir lo que quiere, que por una razón cualquiera no le dará ni calor ni frío.

Eso no quiere decir entonces que el padre no ha entrado en Juego. Freud desde hace largo tiempo — les ruego que se remitan a los Tres ensayos sobre la sexualidad, ha dicho: no es extraño, y cuando él dice no es extraño, él no se expresa así por casualidad, no es porque es impreciso que dice que no es raro, es porque lo ha visto frecuentemente. Tomemos por lo tanto: es frecuente, es una de las posibilidades que una inversión sea determinada por el fracaso de un padre demasiado interdictor

Están ahí los dos tiempos: 1ª) la interdicción, pero también 2°) que esta interdicción ha fracasado, en otros términos que es la madre quien finalmente ahí ha hecho la ley.

Esto explica también que en todo otro caso(78), en que la marca de este padre interdictor es quebrada, el resultado sea exactamente el mismo, y en particular que en casos en los que el padre ama demasiado a la madre, en los que él aparece por su amor demasiado dependiente de la madre, el resultado sea exactamente el mismo.

No estoy diciéndoles que el resultado es siempre el mismo, sino que en ciertos casos es el mismo, Eso de lo cual se trata; no es de diferenciar lo que eso hace cuando porque el padre ama demasiado a la madre eso da un resultado distinto a la homosexualidad. Simplemente hago notar al pasar que no me refugio de ningún modo en la constitución en esta ocasión, porque hay diferencias que deben establecerse, por ejemplo sobre un efecto de tipo neurosis obsesiva, y lo veremos en otra ocasión, pero por el momento quiero simplemente agrupar que causas diferentes puedan tener un efecto común, a saber que en los casos en que el padre está demasiado enamorado de la madre, se encuentra de hecho en la misma posición de ser aquel a quien la madre hace la ley.

Existen aún casos, y reside allí el interés de tomar esta perspectiva, la de ver cómo eso puede reunir casos diferentes, casos en que el padre, el sujeto les da el testimonio, ha quedado siempre como una especie de personaje muy a distancia, cuyos mensajes no llegaban más que por el intermedio de la madre. Es eso da lo cual da testimonio el sujeto.

Pero en realidad el análisis muestra que está lejos de estar ausente, a saber en particular que detrás de la relación tensional, muy a menudo marcada de todo tipo de acusaciones, quedas, manifestaciones agresivas, como se expresa, concerniente a la madre, que constituye el texto del análisis de un homosexual, uno se da cuenta que la presencia del padre como rival, es decir en el sentido en absoluto del Edipo invertido, sino del Edipo normal, se descubre, y de la manera más clara, y en este caso uno se contenta con decir que la agresividad contra el padre ha sido transferida a la madre.

No se tiene de todos modos algo que esté bien claro, pero se tiene por lo menos la ventaja de decir algo que al manos pega con los hechos. Lo que se trata de saber es porqué es así.

Es así porque en la posición crítica en la que el padre ha sido efectivamente una amenaza para el niño, el niño ha encontrado su solución, pero noten que sobre este esquema, parece ser la misma que consiste en la identificación representada por la homología, la similitud de esos dos triángulos. El ha considerado que la manera de resistir el golpe porque era la buena, porque la madre, por su parte, no se dejaba quebrar, era la de identificarse a la madre. Del mismo modo, es precisamente en tanto que estando en la posición de la madre, pero así definida, que él va a encontrarse, por una parte por ello es que se dirige a un partenaire que es entonces el sustituto del personaje paterno, a saber como él aparecería frecuentemente en los fantasmas, los sueños de los homosexuales, y que la relación con él va a consistir en desarmarlo, arruinarlo, hasta de una manera completamente clara en algunos homosexuales, en tornarlo incapaz, a él, el personaje sustituto del padre, de hacerse valer al lado de una mujer o de las mujeres. Que por otra parte esta fase que tiene la exigencia del homosexual, de encontrar en su partenaire el órgano peniano, corresponde bien precisamente a esto que en le posición primitiva la que ocupa la madre que hace la ley del padre, lo que es justamente cuestionado, no resuelto, pero cuestionado, es a saber si verdaderamente el padre lo tiene o no lo tiene, y es precisamente eso lo que es demandado por el homosexual a su pareja, bien que ante todo, y de una manera prevalerte, en relación a otra cosa. Es ante todo, después eso se verá lo que se tendrá que hacer, pero ante todo demostrar que él tiene. Iré incluso más lejos, iré hasta indicarles aquí que el valor de dependencia que representa para el niño el amor excesivo del padre por la madre, consiste precisamente en esto que ustedes pueden recordar, y que ustedes recuerdan, espero, elegido para ustedes, es a saber que amar, es siempre dar lo que no se tiene, y no dar lo que se tiene. No volveré sobre las razones por las cuales les he dado esta fórmula, pero estén seguros de ella, tómenla como una fórmula clave, como una pequeña rampa, la cual al tocarla con la mano, los llevará, aún si ustedes no comprenden nada, y es mucho mejor que ustedes no comprendan nada, que los llevará al lugar correcto: amar es dar a alguien que él tiene o no tiene, lo que está en causa, pero seguramente dar lo que no se tiene. Dar por el contrario es también dar, pero es dar lo que se tiene. Esa es la diferencia.

En todo caso, es por eso que el padre se muestra verdaderamente amando en el lugar de la madre, que él es sospechado de ser sospechoso, de no tenerlo, y es bajo este ángulo que el mecanismo entra en juego. Es por otra parte por eso que esta observación que yo les hago, nunca las verdades son completamente oscuras, ni desconocidas: cuando ellas no son articuladas, ellas son al menos presentidas. No sé hasta qué punto ustedes han notado que este tema urticante no es jamás abordado por los analistas, aunque sea al menos tan interesante saber si el padre amaba a la madre como si la madre amaba al padre, Se plantea siempre la pregunta en este sentido: el niño ha tenido una madre fálica castradora, y todo lo que ustedes quieran, y ella tenía frente al padre una actitud autoritaria: falta de amor, falta de respeto, etc... pero es muy curioso ver que no sobra jamás la relación del padre a la madre. Es precisamente en la medida en que no sabemos demasiado qué pensar de ello y donde en suma nos parece no poder decir nada de muy normativo concerniente a ese sujeto. En consecuencia dejamos bien cuidadosamente de lado, al menos hasta hoy, este aspecto del problema. Tendré muy probablemente que

volver a ello.

Otra consecuencia: hay algo también que aparece muy frecuentemente, y que no es de las menores paradojas del análisis de los homosexuales, es algo que en un primer acercamiento, parece muy paradojal en relación a esta exigencia del pene en la pareja, aparece de la manera más clara que hay una cosa de la cual ellos tienen un miedo terrible y se nos dice que es temor de ver el órgano de la mujer, porque eso les sugiere ideas de castración. Es quizás verdad, pero no de la manera que se piensa porque lo que los detiene ante el órgano de la mujer, es precisamente que se supone en muchos casos, se lo encuentra, haber ingerido el falo del padre, que Lo que es temido y a lo que se tiene miedo en la penetración, es precisamente el encuentro con ese falo. Hay sueños entre los cuales citaré algunos, que están bien registrados en la literatura, y también en mi práctica, en los que aparece de la manera más clara que en el momento en que se puede llegar a articular lo que está en relación con la mujer, es esto lo que emerge en la ocasión en el encuentro posible con una vagina femenina, es muy precisamente un falo que se desarrolla en suma como tal, que representa ese algo de insuperable ante lo cual el sujeto debe no solamente detenerse, sino reencontrar todos los temores, y que da al peligro de la vagina un sentido totalmente diferente que el que se ha creido deber poner bajo la rúbrica de la vagina dentada que existe también, pero que a la mirada de la vagina, en tanto que ella contiene el falo hostil, el falo paterno, el falo a la vez fantasmático presente y absorbido por la madre, del cual la madre misma detenta la potencia(79) verdadera, es ahí precisamente en el órgano femenino, esto vinculando suficientemente toda la complejidad de las relaciones del homosexual con los diferentes términos que en alguna manera,..(80) y es precisamente porque está allí (y si se puede decir) una situación estable, para nada dual, una situación plena de seguridad, una situación con tres patas, que ella no es Jamás encarada, es sostenida si yo puedo decir bajo el aspecto de una relación dual, que jamás en el laberinto de las posiciones del homosexual, y por consiguiente por la falta del analista, la situación no llega a ser jamás verdaderamente dilucidada.

En otros términos es por desconocer de la situación por supuesto, todo, teniendo las relaciones más estrechas con la madre, no tiene su importancia más que en relación al padre en la ocasión de ese que deberla ser el mensaje de la ley, y es exactamente(81) todo lo contrario, es decir ese algo que, ingerido o no, está en definitiva entre las manos de la madre, cuya clave la madre tiene, pero de una manera, ustedes lo ven, mucho más compleja, que simplemente esta noción global y masiva que ella es la madre, provista de falo, que el homosexual se encuentra estar identificado con la madre, de ningún modo en tanto que ella es pura y simplemente ese algo que tiene o no tiene el adyecto, sino alguien que detenta las claves da esta situación particular que es la que está a la salida del Edipo, a saber ese punto donde se juega saber cuál de los dos al fin de cuentas detenta el poder, no importa qué poder, pero muy precisamente el poder del amor, y por eso los lazos complejos de la edificación del Edipo tales como ellos les son presentados a ustedes aquí les permiten comprender cómo esa relación al poder de la ley, corresponda, repercute metafóricamente con la relación al objeto fantasmático que es el falo en tanto que objeto al cual debe hacerse en un momento la identificación del sujeto como tal.

Proseguiré la próxima vez sobre algo que aquí se impone como un pequeño nexo a saber el comentario de lo que se ha llamado los estados de pasividad del falo, el término es de Lowenstein, para motivar ciertas perturbaciones de la potencia sexual. Esto se inserta aquí demasiado naturalmente como para que yo no lo haga.

Luego retomaré de una manera general cómo podemos a través de estos diferentes avatares del mismo objeto, desde el principio, a saber su función como objeto imaginario de la madre, hasta el momento en que él es asumido por el sujeto, cómo podemos esbozar la clasificación definitiva de las diferentes formas en las que él interviene. Es lo que haremos la próxima vez es decir el cinco del mes siguiente.

Y la siguiente vez, el 12, después de la cual los dejaré durante quince días, concluiremos sobre esto que concernirá propiamente entonces de una manera que les interese quizás menos directamente pero a la cual le doy una gran importancia, la relación del sujeto al falo. He terminado mi último trimestre sobre lo que yo les he aportado concerniente a le comedia. Esto no ha sido muy bien ingerido, cuando les he dicho que lo esencial de la comedia era cuando el sujeto retomaba todo el asunto dialéctico en mano y decía: después de todo, todo este asunto dramático, la tragedia, los conflictos entre el padre y la madre, todo eso no vale el amor y ahora divirtámonos, entremos en la orgía, hagamos cesar todos estos conflictos, De todos modos todo eso está hecho para el hombre, para el sujeto. Yo he estado muy asombrado por haber sorprendido a algunas personas que se han escandalizado. Voy a hacerles una confidencia está en Hegel.

Por el contrario, lo que yo podré aportar de nuevo, y que me parece mucho más demostrativo que todo lo que ha podido ser elaborado por los diversos fenómenos de la mente, es que al tomar este camino, uno reencuentra una sorprendente confirmación de lo que estamos avanzando, a saber el carácter crucial para el sujeto y para su desarrollo, de la identificación imaginaria al falo, y es ahí entonces que este último día de este período, yo los cito para mostrarles hasta qué punto esto se aplica a qué punto es demostrativo, hasta qué punto es sensacional, para dar una clave, un terreno único(82), una explicación unívoca a la función de la comedia.



Clase 12

5 de Febrero de 1958

La simbolización preocupa al mundo. Un articulo ha aparecido en Mayo-Junio de 1956, bajo el titulo de Symbolism. . . . , de de Charles Kra....., donde intenta dar un sentido actual al punto al que llegamos en el análisis del simbolismo. Aquéllos de ustedes que lean inglés, tendrán evidentemente una ventaja leyendo tal articulo, puesto que les mostrará las dificultades que se presentan desde siempre a propósito del sentido a dar en el análisis a la palabra simbolismo, y yo quiero decir, no simplemente a la palabra, sino al uso que se hace de ella, a la idea que uno se hace del proceso de simbolismo.

Es verdad que desde 1911, en que el señor Jones hizo sobre esto el primer trabajo de conjunto importante, la cuestión ha pasado por diferentes fases, y ha encontrado, y encuentra todavía, muy grandes dificultades en lo que constituye actualmente la posición más articulada sobre este tema, es decir, la que sale de las consideraciones de la señora Melanie Klein sobre el papel del símbolo en la formación del yo (moi).

Esto tiene la relación más estrecha con lo que estoy por explicarles, y quisiera intentar hacerles sentir la importancia del punto de vista que estoy tratando de hacerles comprender, para poner un poquito de claridad en unas direcciónes oscuras. No sé por qué cabo voy a tomarlo hoy; no tengo plan en cuanto a la manera en que voy a presentarles las cosas. Quisiera, puesto que es una especie de antepenúltima sesión que les he anunciado, en el seminario próximo, muy precisamente centrado sobre el falo y la comedia, quisiera hoy simplemente marcar una especie de punto de detención mostrándoles algunas direcciónes importantes en las cuales lo que les he expuesto al comienzo de este trimestre, concerniente al complejo de castración, permite poner puntos de interrogación

Voy entonces a comenzar por tomar las tesis como vienen. Hoy, sobre este tema, no siempre se puede poner un orden estricto en algo que hoy debe ser considerado ante todo como una especie de encrucijada.

En ese titulo de Kra...., acaban de ver aparecer el proceso primario y secundario. Esto es algo de lo que jamás he hablado ante ustedes, incluso hace algún tiempo, algunos se sorprendieron de ello. Ellos cayeron sobre este proceso primario y secundario a propósito de una definición de vocabulario, y se encontraron un poquito sorprendidos

El proceso primario y secundario data del tiempo de la Traumdeutung, y es algo que no es completamente idéntico, pero que recubre las nociones o puestas en el principio de placer y principio de realidad.

Principio del placer y principio de realidad, más de una vez he hecho alusión a ello ante ustedes, siempre para hacerles observar que el uso que uno hace de esto es incompleto si no se los pone en relación al uno con el otro, es decir, si no se siente su enlace, su oposición, como siendo constitutiva de la posición de cada uno de estos términos.

Quisiera abordar inmediatamente lo vivo de lo que acabo de hacer observar.

La noción de principio del placer en tanto que alimento principio (aliment principe) del proceso primario, cuando se la toma de una forma aislada, desemboca en esto: es de ahí que Kra.... cree tener que partir para definir el proceso primario. El cree que tiene que descartar todas sus cárcteristicas estructurales, poner en un segundo plano el hecho de que domina uno de los elementos constructivos que son efectivamente la condensación, el desplazamiento, etc..., todo lo que Freud comenzó a abordar cuando definió el inconsciente, y lo cárcteriza fundamentalmente por lo que Freud aporta en la elaboración terminal de esta teoría a propósito de la Traumdeutung , a saber que el principio del placer está constituido esencialmente por esto, que hay un mecanismo que originaria y principalmente, sea que ustedes entiendan la cosa desde el punto de vista de la etapa histórica o desde el punto de vista de una subyacencia de un fundamento sobre el cual otra cosa ha tenido que desarrollarse, una especie de base, de profundidad psíquica, o incluso que ustedes lo entiendan en una suerte de relación lógica, que es de ahí que se debe partir, habría, digamos, en el sujeto humano, evidentemente no podría tratarse, parece, de otra cosa, pero el punto no está muy definido, habría, en respuesta a la incitación pulsional, siempre la posibilidad virtual, y de alguna manera como constitutiva del principio de la posición del sujeto respecto del mundo, (una) tendencia a la satisfacción

alucinatoria del deseo.

Pienso que esto no que esto no lo sorprende. Expresada abundantemente en todos los autores, esta referencia a eso que en razón de una experiencia primitiva, y sobre un modelo que es el de la reflexión a toda incitación interna del sujeto, corresponde, antes que allí corresponda algo que es el ciclo instintual, el movimiento, así fuese incoordinado, del apetito, luego de la búsqueda, luego de la localización en la realidad de lo que satisface la necesidad por el hecho de las huellas mnémicas de lo que ya ha respondido al deseo, eso lleva satisfacción, la satisfacción tiende pura y simplemente a reproducirse sobre el plano alucinatorio.

Esto, que se ha vuelto casi consustancial a nuestras concepciones analíticas, a la necesidad de que hagamos uso de ello, diría que casi de un modo implícito, cada vez que hablamos del principio del placer, ¿no les parece que en cierta medida es algo bastante exorbitante, como para merecer un esclarecimiento, porque en fin, si está en la naturaleza del ciclo de los procesos psíquicos el crearse a sí mismo su satisfacción, yo podría decir: por qué la gente no se satisface?

Por supuesto, esto es que la necesidad continúa insistiendo, porque la satisfacción fantasmática no podría colmar todas las necesidades, pero no sabemos sino demasiado en el orden sexual, que en todos los casos seguramente ella es eminentemente susceptible de hacer frente a la necesidad, si se trata de necesidad pulsional. Para el fin es otra cosa, y después de todo se perfila en el horizonte que es de eso, del carácter muy posiblemente ilusorio del objeto sexual que al fin de cuentas aquí se trata.

Esta concepción existe, y en cierta manera está motivada en efecto por la posibilidad de sostenerse al menos en un cierto nivel, al nivel de la satisfacción sexual. Esto es algo que ha impregnado tan profundamente todo el pensamiento analítico, que en la medida en que esta relación de la necesidad con su satisfacción, a saber las primitivas, primordiales gratificaciones o satisfacciónes, o frustraciones también, que son consideradas como decisivas en el origen de la vida del sujeto, a saber en las relaciones del sujeto con la madre, ha llegado al primer plano, a saber que es en su conjunto, en una dialéctica de la necesidad y de su satisfacción, que el psicoanálisis ha entrado cada vez más a medida que se ha interesado cada vez más en el estadio primitivo del desarrollo del sujeto, a saber la relación del niño con la madre. Se ha llegado a algo cuyo carácter significativo quisiera puntualizarles, y al mismo tiempo, además, su carácter necesario.

Esto es así en la perspectiva kleiniana, que es la que designo por el momento, a saber donde todo el aprendizaje, si se puede decir, de la realidad por el sujeto, está de alguna manera primordialmente preparado, y subtendido por la constitución esencialmente alucinatoria y fantasmática de los primeros objetos clasificados como buenos y malos objetos, en tanto que fijan de alguna manera una primera relación completamente primordial que va a dar en la continuación de la vida del sujeto los tipos principales de los modos de relación del sujeto con la realidad. Se llega a una suerte de composición del mundo del sujeto que está hecho por una especie de relación fundamentalmente irreal, del sujeto con unos objetos que no son más que el reflejo de sus pulsiones fundamentales.

Es alrededor de la agresividad fundamental, por ejemplo, del sujeto, que todo va a ordenarse en una serie de proyecciónes de las necesidades del sujeto, ese mundo de la fantasía tal como es usada en la escuela kleiniana, es fundamental, y es en la superficie de eso, que por una serie de experiencias más o menos felices, es deseable que sea suficientemente feliz para eso, que el mundo de la experiencia va a permitir una cierta localización razonable de lo que, en esos objetos, es, como se dice, objetivamente definible como respondiendo a cierta realidad, permaneciendo la trama de irrealidad como, de alguna manera, absolutamente fundamental.

Es, si puedo decir, esta suerte de construcción, que verdaderamente se puede llamar construcción psicótica del sujeto, la que hace que, en suma, un sujeto normal es, en esta perspectiva, una psicosis que ha evolucionado bien, una psicosis de alguna manera felizmente armonizada con la experiencia, y esto no es una reconstrucción. El autor del que voy a hablar ahora, el señor Winnicott, lo expresa estrictamente así en uno de esos textos que ha escrito sobre la utilización de la regresión en la terapéutica analítica.

La homogeneidad fundamental de la psicosis con la relación normal con el mundo, es allí absolutamente afirmada como tal. Esto no impide que surjan muy grandes dificultades de esta perspectiva, aunque no sea más que concebir que ella es, puesto que de alguna manera la fantasía no es más que la trama subyacente al mundo de la realidad, ver cuál puede ser la función de la fantasía reconocida como tal por el sujeto en el estado adulto y acabado, logrado en la constitución de su mundo real. Este es también el problema que se presenta a todo kleiniano que se respete, es decir a todo kleiniano declarado, y también se puede decir actualmente a casi todo analista, en tanto que el registro en el cual inscribe la relación del sujeto con el mundo, se vuelve cada vez más exclusivamente el de una serie de aprendizajes del mundo, hechos sobre la base de una serie de experiencias más o menos logradas de la frustración.

Les ruego que se remitan al texto del señor Winnicott que se encuentra en el volumen 26 del international Journal of Psycho-Analysis, que se llama Primitif emotionel Development, para llegar a motivar el surgimiento, a concebir cómo ese mundo de la fantasía en tanto que es vivido conscientemente por el sujeto, y que equilibra su realidad, como la experiencia lo prueba, y es preciso constatarlo en su texto mismo. Para aquellos a quienes esto interese, que se apoyen sobre una observación cuya necesidad van a ver que se siente en tanto que desemboca en una paradoja completamente curiosa.

El surgimiento del principio de realidad, dicho de otro modo del reconocimiento de la realidad, a partir de las relaciones primordiales del niño con el objeto materno, objeto de su satisfacción y también de su insatisfacción, no deja en modo alguno percibir cómo de ahí puede surgir el mundo de la fantasía bajo su forma, si se puede decir, adulta, si no es por un artificio que advierte el señor Winnicott, y que ciertamente permite un desarrollo bastante coherente de la teoría, pero cuya paradoja quiero simplemente hacerles percibir. Es ésta: hay que observar que si fundamentalmente la satisfacción alucinatoria de la necesidad está en la discordancia de esta satisfacción con lo que la madre aporta al niño, es en esta discordancia que va a abrirse la hiancia en la cual el niño puede constituir en cierto modo un primer reconocimiento del objeto, el objeto que resulta a pesar de las apariencias, si se puede decir, engañar.

Entonces, para explicar cómo puede nacer, en suma, ese algo a lo que se resume para el

psicoanalista moderno todo lo que es del mundo de la fantasía y de la imaginación, a saber lo que en inglés se llama el ".....", hay que es esto: supongamos que el objeto materno llegue para colmar justo en el momento preciso, apenas el niño ha comenzado a reacciónar para tener el seno que la madre le aporta. Aquí el señor Winnicott se detiene con razón, y plantea el problema siguiente: ¿qué es lo que le permite al niño, en esas condiciones, distinguir la alucinación, la satisfacción alucinatoria de su deseo, de la realidad?

En otros términos, con ese punto de partida desembocamos estrictamente expresando la ecuación siguiente: que en el origen la alucinación es absolutamente imposible de distinguir del deseo completo; lo que no les parece que la paradoja de esta confusión no puede sin embargo dejar de ser sorprendente.

En una perspectiva que rigurosamente carácteriza al proceso primario como teniendo que ser naturalmente satisfecho de un modo alucinatorio, desembocamos en esto, que cuanto más la realidad es satisfactoria, si se puede decir, menos constituye una prueba de la realidad, que el origen del pensamiento de omnipotencia en el niño está esencialmente fundado sobre todo lo que puede haber tenido éxito en la realidad.

Esto puede sostenerse en cierto modo, pero confiesen que presenta en sí mismo algún aspecto paradojal, y que la necesidad misma de tener que recurrir a algo también paradojal para explicar en suma un punto pivote del desarrollo del sujeto, es algo que se presta a la reflexión, incluso a la interrogación.

Voy inmediatamente a lo opuesto de lo que parece que puede presentarse frente a esta concepción, de la que ustedes no desconocen, pienso, que por paradojal que sea, y francamente paradoja!, también debe tener algunas consecuencias. Ciertamente tiene toda clase de consecuencias, ya se las he señalado el año pasado cuando hice alusión a ese mismo articulo del señor Winnicott, a saber que no hay otro efecto en la continuación de su antropología, que el de hacerle clasificar en el mismo orden que los aspectos fantasmáticos del pensamiento, casi todo lo que puede llamar especulación libre. Ya se los he dicho el año pasado, hay ahí una asimilación completa de la vida fantasmática con todo lo que es del orden sin embargo extraordinariamente elaborado, especulativamente, a saber todo lo que se puede llamar las convicciónes, más o menos cualquiera, políticas, religiosas u otras. Lo que es una suerte de punto de vista que se ve que se inserta en una especie de humor anglosajón, en una cierta perspectiva del respeto mutuo, de tolerancia, y también de retiro. Hay una serie de cosas de las que no se habla más que entre comillas, o de las que no se habla entre personas bien educadas, y son sin embargo unas cosas que cuentan un poco, puesto que forman parte del discurso interior que estamos lejos de poder reducir al......

Pero dejemos los confines de la cosa. Quiero simplemente mostrarles lo que, frente a eso, otra concepción puede plantear.

Ante todo, ¿es tan claro que se pueda pura y simplemente llamar satisfacción a lo que se produce en el nivel alucinatorio, es decir, en los diferentes registros en que podemos encarnar de alguna manera esta tesis fundamental de la satisfacción alucinatoria de la necesidad primordial del sujeto al nivel del proceso primario?

Ya he introducido varias veces el problema sobre eso. Se dice: vean el sueño, y uno se remite siempre al sueño del niño Es Freud mismo quien nos indica respecto a eso la vía en la perspectiva que había explorado, a saber que, al indicar nos el carácter fundamental del deseo en el sueño, fue llevado a darnos pura y simplemente el ejemplo del sueño del niño como tipo de la satisfacción alucinatoria.

De ahí, todos sabemos que la puerta se abrió rápidamente. Los psiquiatras, desde hacía mucho tiempo, habían buscado hacerse una idea de las relaciones perturbadas del sujeto con la realidad en el deseo, por ejemplo remitiéndolas a unas estructuras análogas a las del sueño. La perspectiva que introducimos aquí no nos permite aportar allí una modificación esencial. Creo que es muy importante en el punto en que estamos, y en presencia incluso de los impasses y de las dificultades que suscita esta concepción de una relación puramente imaginaria del sujeto con el mundo como estando en el principio mismo del desarrollo de su relación con la realidad que se dice opuesta; esto cuyo lugar les mostraba en el esquemita del que no dejaré de servirme, que es éste. Lo retomo en su forma más simple de la cual recuerdo —parece que debiera machacarlo un poco— de qué se trata: a saber, aquí, algo que se puede llamar la necesidad,, pero que de ahora en adelante yo llamo el deseo, porque no hay estado original ni puro de la necesidad, y porque desde el origen la necesidad está motivada sobre el plano del deseo, es decir de algo que en el hombre está destinado a tener una cierta relación con el significante, y porque es en el atravesamiento por esta intención deseante de lo que se plantea para el sujeto como la cadena significante, sea que la cadena significante ya haya impuesto sus necesidades en su subjetividad,, sea que en el origen no la encuentre más que bajo la forma de esto, que ella está constituida en adelante en la madre, que ella le impone ya en la madre su necesidad y su barrera; y ustedes saben que aquí él la encuentra ante todo bajo la forma del otro, y que ella desemboca en esta barrera bajo la forma del mensaje, donde en es te esquema naturalmente no se trata más que de ver la proyección de esto, y donde se sitúa sobre este esquema ese principio del placer, a saber ese algo que en ciertos casos, bajo ciertas incidencias,, da un rasgo primitivo bajo la forma del sueño, digamos el más primitivo, incluso el más confuso, el que podemos ver en el perro. Se ve que un perro, cada tanto, cuando está durmiendo, mueve las patas, debe pues sonar, y quizá también tiene una satisfacción alucinatoria de su deseo.

¿Cómo podemos concebirlo? Igualmente, ¿cómo podemos situarlo, y justamente en el hombre? Les propongo esto, para que al menos eso exista como un término de posibilidad en vuestro espíritu, y que en la ocasión ustedes se den cuenta de que eso se aplica de una manera más satisfactoria.

Lo que es respuesta alucinatoria a la necesidad no es el surgimiento de una realidad fantasmática al final del circuito inaugurado por la exigencia de la necesidad, es la aparición al final de esta exigencia de ese movimiento que comienza a ser suscitado en el sujeto, hacia algo que en efecto debe designar para él algún lineamiento. Es la aparición, al final de eso, de algo que, por supuesto, no deja de tener relación con esa necesidad que él tiene; una relación con lo que se llama el objeto, pero que fundamentalmente es, diría, el origen, tiene ese carácter de ser algo que tiene una relación tal con este objeto, que eso merece ser llamado un significante, quiero decir algo que tiene esencialmente una relación fundamental con la ausencia de este objeto que ya tiene un carácter de elemento

discreto de signo, y Freud mismo no puede hacer otra cosa que, cuando articula este mecanismo, este nacimiento de las estructuras inconscientes, consultar ya la carta ya citada por mí, la carta 52 a Fliess, en el momento en que comienza para él a formularse un modelo del aparato psíquico, que permite dar cuenta precisamente del proceso primario. Es preciso que él admita en el origen que ese tipo de inscripción mnésica que va a responder alucinatoriamente a la manifestación de la necesidad, no es otra cosa que esto: un signo, es decir algo que no se cáracteriza solamente por una cierta relación con la imagen en la teoría de los instintos, y esa suerte de señuelo que puede bastar para despertar la necesidad, y no para colmarla, si no algo que, en tanto que imagen, se sitúa ya en una cierta relación con otros significantes, con el significante por ejemplo que le está directamente opuesto, que significa su ausencia con algo que ya está organizado como significante, ya estructurado en esa relación propiamente fundamental que es la relación simbólica en tanto que aparece en esta conjunción de un juego de la presencia con la ausencia, de la ausencia con la presencia; juego él mismo ligado ordinariamente a una articulación focal que constituye ya la aparición de elementos discretos de significante.

De hecho, lo que tenemos como experiencia, lo que incluso se produce a nivel de las reglas más simples del niño, no es una satisfacción, de alguna manera, cuando se trata simplemente del hambre, de la necesidad del hambre, es algo que se presenta ya con un carácter de exceso, si puedo decir, de algo exorbitante, es justamente lo que ya se ha prohibido al niño, el sueno de la pequeña Anna Freud: cerezas, fresas, frambuesas, flan, todo lo que ya ha entrado en una cárácterística propiamente significante, puesto que es ya lo que ha sido prohibido, y no simplemente lo que responde a una necesidad, a la necesidad de toda satisfacción del hambre, que consiste en presentarse bajo el modo de festín de cosas que pasan los limites justamente de lo que es el objeto natural de la satisfacción de la necesidad.

Este rasgo completamente esencial se vuelve a encontrar absolutamente a todos los niveles, en cualquier nivel que tomen lo que se presenta como satisfacción alucinatoria. Y entonces, a la inversa, cuando toman las cosas por el otro extremo, cuando tienen que vérselas con un delirio donde ustedes pueden haber intentado, a falta de algo mejor, durante un tiempo anterior a Freud, diría, buscar también algo que sea la correspondencia de una especie de deseo del sujeto, ustedes llegan a ello por algunas ojeadas, algunos flashes de sesgo, como aquel en que algo puede parecer representar la satisfacción del deseo.

¿Pero no es evidente que el fenómeno mayor, el más impactante, el más masivo, el más invasor de todos los fenómenos del delirio, no sea cualquier fenómeno, no sea cualquier cosa que se remita a una especie de ensoñación de satisfacción de deseo? Es algo tan decidido como la alucinación verbal, y antes que cualquier otra cosa, antes de saber si esta alucinación verbal sucede a tal o cual nivel,, si hay en el sujeto algo como una especie de reflejo interno bajo forma de alucinación psicomotriz que es excesivamente importante constatar, si hay proyección u otra cosa, ¿no aparece desde el comienzo que en la estructuración de lo que se presenta como alucinación, lo que domina, y lo que domina ante todo, y lo que incluso debería servir como primer elemento de clasificación, es su estructura en el significante? Es que son fenómenos estructurados en el nivel del significante, es que la organización misma de esas alucinaciones no puede pensarse un momento sin ver que lo primero que hay que aportar en ese fenómeno, es que es un fenómeno de significante.

He aquí pues algo que siempre debe recordarnos que si es cierto que podemos abordar bajo este ángulo la cáracterización de lo que podemos llamar el principio del placer, a saber satisfacción fundamentalmente irreal del deseo, la diferenciación, la cárácterística que la satisfacción alucinatoria existe (sic), es que ella es absolutamente original, que ella se propone en el dominio del significante, y que implica como tal un cierto lugar del Otro que por otra parte no es forzosamente un otro, sino un cierto lugar del otro en tanto que es necesario por la posición de esta instancia del significante.

Observarán que en una perspectiva tal, la de este pequeño esquema, es pues ahí que vemos entrar en juego, en esta especie de parte externa, a fin de cuentas, del circuito que está constituido por la parte derecha del esquema, a saber la necesidad, que es algo que aquí se manifiesta bajo la forma de una especie de fin o de cola de la cadena significante; algo que por supuesto no existe sino en el limite, y donde sin embargo reconocerán siempre, cada vez que algo llegue a ese nivel del esquema, la cárácterística del placer como estando ligado a ello.

Si es en un placer que desemboca el chiste, es muy precisamente en tanto que el chiste necesita que algo se realice al nivel del otro, que tiene esta especie de fin virtual hacia una especie de más allá del sentido, que sin embargo es algo que en sí comporta una cierta satisfacción. Si, pues, es en esta parte externa del circuito que el principio del placer encuentra de algún modo cómo esquematizarse, aquí igualmente es en esa parte que el principio de realidad está. No es concebible de otro modo, para lo que es del sujeto humano, en tanto que nos ocupamos de él en nuestra experiencia; no hay otra aprehensión ni definición posible del principio de realidad para el sujeto humano, y en tanto que allí tiene que entrar en el nivel del proceso secundario, en tanto que el significante en el origen de la cadena entra efectivamente en juego en lo real humano como una realidad original. Hay lenguaje, eso habla en el mundo, y a causa de eso hay toda una serie de cosas, de objetos que son significados, que de otro modo no lo serían absolutamente. Quiero decir si no hubiera en juego, si no hubiera significante en el mundo.

Y la introducción del sujeto a cualquier realidad, no es absolutamente pensable por una pura y simple experiencia, sea lo que sea de lo que se trate, de una frustración, de una discordancia, de un golpe, de una quemadura, de todo lo que ustedes quieran. No hay deletreo paso a paso de un Umwelt por el hombre, que seria también explorado de una manera también inmediata, y si se puede decir al tanteo, excepto que para el animal el instinto viene en su auxilio, ¡a Dios gracias!, por que si fuera preciso que el animal reconstruyera el mundo, no le seria suficiente toda su vida para hacerlo, entonces, ¿por qué querer que el hombre, que tiene unos instintos muy poco adaptados, haga esta experiencia del mundo, de alguna manera con sus manos? El hecho de que haya significante, es absolutamente esencial, y el principal trujamán de su experiencia de la realidad se vuelve incluso casi reducido a una banalidad, a una bobería como decirlo a ese nivel. Interviene a pesar de todo por la voz, esto es bien manifiesto naturalmente por la enseñanza que recibe, por lo que le enseña la palabra del adulto, pero el margen importante que Freud conquista sobre este elemento de experiencia es lo siguiente: es que de ahora en adelante, antes incluso que el aprendizaje del lenguaje sea elaborado sobre el plano motor, y sobre el plano auditivo, y sobre el plano que comprende lo que se

le cuenta, hay ya desde el origen, desde sus primeras relaciones con el objeto de su primera relación con el objeto materno, en tanto que es ese objeto primordial, primitivo, del que depende su primera supervivencia, subsistencia en el mundo, este objeto ya está introducido como tal en el proceso de simbolización, juega ya un papel que introduce en el mundo la existencia del significante, esto en un estadio ultraprecoz.

Digámoslo bien: desde que el niño comienza simplemente a poder oponer dos fonemas, estos son ya dos vocablos, y con dos, el que los pronuncia y aquel al que son dirigidos, es decir el objeto, es decir su madre, ya hay suficiente con los cuatro elementos como para contener virtualmente en sí toda la combinatoria de donde va a surgir la organización del significante.

Ahora voy a pasar a un nuevo y diferente pequeño esquema, que por otra parte ya ha sido aquí esbozado, y que va a mostrarles cuáles van a ser sus consecuencias, al mismo tiempo que ustedes recordarán lo que, en la última lección, he intentado hacerles sentir.

Hemos dicho que primordialmente teníamos la relación del niño con la madre, y es cierto que es en este eje que se constituye la primera relación de realidad, quiero decir que esta realidad no es deducible, y en la experiencia sólo puede ser reconstruida con la ayuda de perpetuos movimientos de prestidigitación, si se hace depender su constitución únicamente de las relaciones del deseo del niño con el objeto en tanto que satisface o no satisface su deseo.

Si se puede, en el limite, encontrar algo que responde a eso en un cierto número de casos de psicosis precoces, es siempre al fin de cuentas a la fase llamada depresiva del desarrollo del niño que uno se remite cada vez que se hace intervenir esta dialéctica. Se trata en realidad, en tanto que esta dialéctica comporta un desarrollo ulterior infinitamente más complejo, de algo muy diferente, a saber que la relación no está simplemente en el origen del deseo del niño al objeto que lo satisface o que no lo satisface, sino gracias a algo que es minimum de espesor, de irrealidad que da la primera simbolización, una referencia si quieren, ya triangular del niño, no en relación a lo que va a aportar satisfacción a su necesidad, sino en relación al deseo del sujeto materno que tiene frente a él.

Es esto, y únicamente en tanto que algo está ya inaugurado en esta dimensión, aquí representa da según el eje que se llama el eje de las ordeñadas en análisis matemático. Tenemos la dimensión del símbolo, y a causa de esto puede concebirse que el niño, en la medida en que tiene que ubicar se respecto de esos dos polos, y por otra parte es precisamente alrededor de eso que tantea la señora Melanie Klein, sin poder dar su fórmula, es que es, en efecto, alrededor de un doble polo de la madre —ella la llama la buena y la mala madre el niño comienza a tomar su posición. No es el objeto lo que él sitúa, es él ante todo que se sitúa, y entonces va a situarse en toda clase de puntos que están por ahí para intentar alcanzar lo que es el objeto del deseo de la madre, para intentar, él, responder al deseo de la madre. Eso es el elemento esencial, y esto podría durar demasiado tiempo.

En verdad no hay, a partir de ese momento, ninguna especie de dialéctica posible. Es aquí que necesariamente tenemos que hacer intervenir, es completamente imposible considerar la relación del niño con la madre, ante todo porque es imposible pensar y no deducir nada de ello, pero es igualmente imposible tras la experiencia, concebir que el niño está en ese mundo ambigüo que nos presentan los analistas kleinianos, por ejemplo, en el cual no hay realidad más que la de la madre, y que les permite decir que el mundo primitivo del niño está a la vez suspendido de este objeto, y enteramente autoerótico, en tanto que el niño ahí no quiere hacer ninguna diferencia entre un exterior y un exterior (sic) para un objeto con el que está tan estrechamente ligado que forma literalmente con él un circulo cerrado.

De hecho, cada uno sabe —no hay más que ver vivir a un niño pequeño— que el pequeño niño no es autoerótico de ningún modo, a saber que él se interesa normalmente como todo pequeño animal, y un pequeño animal sobre todo más especialmente inteligente que los demás, que él se interesa por todo tipo de otras cosas en la realidad, evidentemente no por cualquiera, pero hay una de ellas a pesar de todo a la que nosotros le otorgamos cierta importancia, y que, puesto que aquí está el eje de las abscisas en el eje de la realidad, se presenta completamente en el limite de esta realidad. Eso no es un fantasma, es una percepción. Dejo de lado esto que es enorme en la teoría kleiniana, quiero decir que en ella —pues es una mujer de genio— uno puede dejarle pasar todo, pero en los alumnos, muy particularmente informados en materia de psicología, en alguien como Susan Isaacs, quien era una psicóloga, esto es imperdonable. A continuación de la señora Melanie Klein, ella no ha llegado menos a articular una teoría de la percepción tal que no hay ningún medio de distinguir la percepción de una introyección en el sentido analítico del término. Yo no puedo señalarles al pasar todos los callejones sin salida del sistema kleiniano, trato de darles un modelo que les permita articular más claramente lo que sucede.

¿Qué sucede al nivel del estadio del espejo? Es que el estadio del espejo, a saber el encuentro del sujeto con algo que es propiamente una realidad, y al mismo tiempo que no lo es, a saber una imagen virtual que juega un papel completamente decisivo en cierta cristalización del sujeto que yo llamoy que se produce — yo lo pongo en paralelo con la relación que se produce entre el niño y la madre. A grandes rasgos es de eso que se trata: el niño conquista ahí el punto de apoyo de esta cosa en el limite de la realidad que se presenta, si se puede decir, para él, de una manera perceptiva; lo que puede por otra parte llamarse una imagen en el sentido que tiene este término en tanto que la imagen tiene esa propiedad en la realidad, de ser esa señal cautivante que se aísla en la realidad, que atrae de parte del sujeto a esta captura de una cierta libido, de un cierto instinto gracias a lo cual hay en efecto un cierto número de referencias, de puntos psicoanalíticos en el mundo, alrededor de lo cual el ser viviente organiza más o menos sus conductas.

Para el ser humano, parece al fin de cuentas que eso sea lo único que subsiste. Juega ahí su papel, y juega su papel en tanto que justamente es, propiamente hablando, engañador e ilusorio. Es en eso que viene en su auxilio una actividad que de ahora en adelante es para el sujeto en tanto que tiene que satisfacer el deseo del otro, una actividad que ya se propone en la mira de ilusionar él mismo el deseo del otro. El niño, en tanto que ahora él va a constituirse como toda la actividad jubilatoria del niño ante su espejo, está a la vez en ese momento por conquistarse como algo que a la vez existe y no existe, y por relación a lo cual localiza a la vez sus propios movimientos y también la imagen de los que lo acompañan ante ese espejo.

Es alrededor de esta posibilidad que le es abierta por una cierta experiencia privilegiada en

la realidad, que tiene justamente ese privilegio de una realidad virtual irrealizada, y aprehendida como tal, que el niño va a poder conquistar ese algo alrededor de lo cual va literalmente a construirse toda posibilidad de realidad humana.

No es todavía que el falo, en tanto que es ese objeto imaginario con el que el niño tiene que identificarse para satisfacer al deseo de la madre, pueda en adelante situarse en su lugar, pero la posibilidad de una tal situación es grandemente enriquecida por esta cristalización del yo (moi) en un cierto punto de reparo, que abre toda la posibilidad de lo imaginario.

En suma, ¿a qué asistimos? Asistimos a algo que es un doble movimiento, movimiento por el cual la experiencia de la realidad ha introducido, bajo la forma de la imagen del cuerpo, un elemento ilusorio y engañador como fundamento esencial de la ubicación del sujeto en relación con la realidad, y en toda esta medida, en la medida de este espacio, de este margen que se ofrece al niño por esta experiencia, la posibilidad en una dirección contraria para sus primeras identificaciones del yo, de entrar en otro campo que está definido como homólogo, e inverso del que está constituido por el triángulo m-I-M, que es éste, el que está entre m-i-e (sic), enigmático, que es el sujeto en tanto que tiene que identificarse, que definirse, que conquistarse, que subjetivarse y también el polo de la madre.

¿Y qué es ese triángulo? ¿Y qué es ese campo? ¿Y cómo este trayecto que va a partir de la Urbild del yo, va a permitir al niño conquistarse, identificarse, progresar? ¿Cómo podemos definirlo? ¿En qué está constituido?

Está, hablando muy propiamente, constituido en esto, que esta Urbild del yo, esta primera conquista o dominio de si que el niño hace en su experiencia, a partir del momento en que ha desdoblado el polo real en relación al cual tiene que situarse, lo hace entrar en este trapecio m-I-M-E (sic), en tanto que se identifica por los elementos multiplicados de significante en la realidad; quiero decir, donde por todas esas identificaciones sucesivas él es él mismo, toma él mismo la función, el papel de una serie de significantes, entiendan: de jeroglíficos de tipos, de formas y de presentaciones que van a puntuar su realidad con un cierto número de referencias que hacen de ella, de ahora en adelante, una realidad repleta de significantes.

En otros términos, lo que va a constituir aquí el limite es esta formación que se llama ideal del yo. Ustedes van a ver por qué es importante que yo se los sitúe así, es decir, eso a lo que el sujeto se identifica al ir en la dirección de lo simbólico, partiendo de la referencia imaginaria, y de alguna manera, preformado instintualmente por sí mismo en su propio cuerpo, y en tanto que va a comprometerse en una serie de identificaciones significantes en la dirección definida como tal, como opuesta a lo imaginario, a saber como utilizando lo imaginario como significante. Y la identificación que se llama ideal, del yo, se hace a nivel paterno. ¿Por qué? Precisamente por que a nivel paterno el desasimiento es más grande en relación a la relación imaginaria, que a nivel de la relación con la madre.

Esta pequeña edificación de esquemas unos sobre otros, estos pequeños danzarines cabalgándose, las piernas de uno sobre los hombros del otro, es precisamente de eso que se trata, es en tanto que el tercero de este pequeño andamiaje, a saber el padre en tanto que interviene para prohibir (in terdire), es decir para hacer pasar lo que es justamente el objeto del deseo de la madre al rango propiamente simbólico, a saber que es no solamente un objeto imaginario, sino que además está destruido, prohibido (interdit), es en tanto que interviene como personaje real, como yo (je) para jugar esta función, que este yo (je) va a devenir algo eminentemente significante, y permitir ser el núcleo de la identificación al fin de cuentas última, supremo resultado del complejo de Edipo que hace que sea al padre que se refiera la formación llamada ideal del yo, y estas oposiciones del ideal del yo en relación al objeto del deseo de la madre son expresadas sobre este esquema en lo siguiente: que si la identificación virtual e ideal del sujeto al falo, en tanto que es el objeto del deseo de la madre, se sitúa ahí en la cima del primer triángulo de la relación con la madre, se sitúa allí virtualmente, a la vez siempre posible y siempre amenazado, tan amenazado que efectivamente es preciso que sea destruido en un momento dado por la intervención del principio simbólico puro representado por el nombre del padre, que está ahí en el estado de presencia velada, pero una presencia que se revela, y se revela no progresivamente, se revela por una intervención ante todo decisiva en tanto que es el elemento interdictor, y en tanto que justamente esta especie de búsqueda al tanteo del sujeto que debía desembocar, y que desemboca en ciertos casos en esta relación exclusiva del sujeto con la madre, no en una pura y simple dependencia, sino en algo que se manifiesta en todo tipo de perversiones, por una cierta relación esencial con el falo, sea que el sujeto la asuma bajo diversas formas, sea que haga de él su fetiche, sea que estemos ahí en el nivel de lo que se puede llamar la raíz primitiva de la relación perversa con la madre. Es en tanto que en esta identificación a partir del yo (moi) el sujeto, quien puede en cierta fase hacer en efecto un movimiento de aproximación, de identificación de su yo (moi) con el falo, esencialmente es llevado en la otra dirección, es decir estructurado, constituye una cierta relación que, él, está marcado por los puntos limites que están expresados ahí en una cierta relación con la imagen del cuerpo propio, es decir lo imaginario puro simple, a saber la madre.

Por otra parte, como término real, su yo (moi) en tanto que es susceptible, no simplemente de reconocerse, sino habiéndose reconocido, de hacerse él mismo elemento significante, y no ya simplemente elemento imaginario en su relación con la madre, que pueden producirse esas sucesivas identificaciones de las que Freud, en su teoría del yo, nos articula de la manera más firme que ése es el objeto de su teoría del yo, es mostrarnos que el yo está hecho de una serie de identificaciones remítanse al esquema — de una serie de identificaciones a un objeto que está más allá del objeto inmediato, que es el padre en tanto que él está más allá de la madre.

Este esquema es esencial conservarlo, porque también les demuestra que para que esto se produzca correctamente, completamente y en la buena dirección, debe haber cierta relación entre su dirección, su rectitud, sus accidentes, y el desarrollo entonces siempre creciente de la presencia del padre en la dialéctica de la relación del niño con la madre.

Este esquema es, con su doble movimiento de báscula, a saber que la realidad es conquistada por el sujeto humano en tanto que ella llega a algunos de estos limites bajo la forma virtual de la imagen del cuerpo, que de una manera correspondiente, es en tanto que el sujeto introduce en su campo de experiencia los elementos irreales del significante, que llega a extender a la medida en que lo está para el sujeto humano, el campo de esta experiencia.

Esto es de una utilización constante, y sin referirse a ello, ustedes se encuentran deslizando perpetuamente en una serie de confusiones que consisten en tomar literalmente vejigas por linternas (creer las cosas más inverosímiles), y una idealización por una identificación, una ilusión por una imagen, todo tipo de cosas que están lejos de ser equivalentes, y a las que tendremos que volver luego, y refiriéndonos a este esquema.

Está bien claro, por ejemplo, que la concepción que podemos hacernos del fenómeno del delirio, es algo que fácilmente debería indicarse por la estructura propuesta, promovida, manifestada en este esquema, en tanto que vemos siempre en el delirio algo que seguramente merece el término de regresivo, pero no a la manera de una especie de reproducción de un estado anterior, lo que seria verdaderamente completamente abusivo. Confundir con su fenómeno la noción de que el niño vive en un mundo de delirio, por ejemplo, lo que parece ser aplicado por la concepción kleiniana, es una de las cosas más difícilmente admisibles que haya, por la buena razón de que esta fase psicótica, si es necesaria por las premisas de la articulación kleiniana, nosotros no tenemos ninguna especie de experiencia en el niño de nada que represente un estado psicótico transitorio. Por el contrario, se concibe muy bien sobre el plano de una regresión que es estructural, y no genética, que el esquema permite ilustrar precisamente por un movimiento inverso al que esta descripto aquí por las dos flechas, la invasión en el mundo de los objetos de la imagen del cuerpo que es tan manifiesta —hablo de los delirios del tipo schreberiano— e inversamente, aquí, algo que reúne alrededor del Yo (Moi) todos los fenómenos de significante, al punto que el sujeto no está más de alguna manera soportado en tanto que Yo (Moi), que por esta trama continua de alucinaciones verbales significantes, que constituye en ese momento una suerte de repliegue hacia una posición inicial de la génesis de su mundo de la realidad.

Veamos en suma cuál ha sido hoy nuestro objetivo. Nuestro objetivo es situar definitivamente el sentido de la pregunta que planteamos a propósito del objeto. La cuestión del objeto, para nosotros los analistas, es fundamentalmente ésta, porque tenemos constantemente la experiencia de ello, no tenemos que ver sino con eso, sólo de eso nos ocupamos: ¿cuál es la fuente y la génesis del objeto ilusorio? Se trata de saber si podemos hacernos una concepción suficiente de este objeto en tanto que ilusorio, simplemente refiriéndonos a las categorías de lo imaginario.

Yo les respondo que no, eso es imposible, por que el objeto ilusorio, y esto porque se lo conoce desde hace excesivamente mucho tiempo, desde que hay gente que piensa, y filósofos que intentan expresar lo que es de la experiencia de todo el mundo, cada uno sabe que el objeto ilusorio, hace mucho tiempo que se habla de él, es el velo de Maya, es aquello por lo que aparece como una necesidad tal que lo que se llama la necesidad sexual, manifiestamente realice unos fines que es tan más allá, si se puede decir, de lo que sea que esté en el interior del sujeto. No se ha esperado a Freud, ya el señor Schopenhauer, y muchos otros antes que él, han visto allí esa astucia de la naturaleza que hace que el sujeto crea abrazar a tal mujer, y que esté pura y simplemente sometido a las necesidades de la especie.

Este aspecto del carácter fundamentalmente imaginario del objeto, muy especialmente en tanto que es el objeto de la necesidad sexual, era reconocido desde hace mucho tiempo, y no nos ha hecho dar un paso en la dirección de ese problema que es sin embargo el problema esencial. ¿Por qué esa misma necesidad, que supuestamente estarla hecha de lo que de hecho, groseramente, aparentemente, que bien parece estar en la naturaleza (de la) realidad por el carácter de señuelo, por el hecho de que el sujeto no es sensible más que a la imagen de la hembra de su especie, esto a grandes rasgos; por qué eso no nos hace dar un paso en el sentido que para el hombre un zapatito de mujer puede ser muy precisamente lo que provoca en él ese surgimiento de energía supuestamente destinada a la reproducción de la especie? El problema está ahí.

El problema está ahí, y el problema sólo es solucionable en la medida en que ustedes se den cuenta de que el objeto del que se trata, en tanto que es objeto ilusorio, no juega su función en el sujeto humano, no en tanto que imagen tan engañosa tan bien organizada naturalmente como un señuelo como ustedes la supongan, sino en tanto que elemento significante en una cadena significante. Volveré a ello.

Hoy hemos llegado al cabo de una lección quizá muy especialmente abstracta. Les pido perdón, pero si no planteamos estos términos, jamás podremos llegar a comprender lo que está aquí y lo que está allá, lo que yo digo y lo que yo no digo, lo que digo para contradecir a otros, y lo que otros dicen muy inocentemente, sin percatarse de su contradicción. Es preciso pasar por ahí, por la función que juega tal o cual objeto como fetiche o no, pero también simplemente toda la instrumentación de una perversión. Es preciso verdaderamente tener la cabeza no sé dónde para contentarse con términos como masoquismo o sadismo, por ejemplo, lo que suministra naturalmente toda clase de consideraciones admirables sobre las etapas, los instintos, sobre el hecho de que hay no sé qué necesidad motora agresiva necesitada por el hecho de poder llegar simplemente al objetivo del abrazo genital.

Pero en fin, ¿por qué es que en ese sadismo y en ese masoquismo el hecho de ser pegado —hay otros medios de ejercer el sadismo y el masoquismo— el hecho de ser pegado muy precisamente con una vara, o cualquier cosa análoga, juega un papel esencial, y minimizar la importancia en la sexualidad humana de ese instrumento especialmente, que corrientemente se llama el látigo, de una manera más o menos elidida, simbólica, generalizada? A pesar de todo, es algo que merece alguna consideración.

El señor Aldous Huxley nos pinta el mundo futuro donde todo estará tan bien organizado en cuanto al instinto de reproducción, que se pondrán pura y simplemente los pequeños fetos en botellas tras haber escogido a los que estarán destinados por haberles suministrado los mejores gérmenes. Todo va muy bien, y el mundo se convierte en algo tan particularmente satisfactorio, que el señor Aldous Huxley, en razón de sus preferencias personales, declara fundamentalmente aburrido. Nosotros no tomamos partido, pero lo que es interesante, es que un autor que se entrega a este tipo de anticipaciones a las que en cuanto a nosotros no otorgamos ninguna importancia, hace renacer el mundo que él conoce, y nosotros también, por intermedio de una joven que manifiesta su necesidad de ser azotada. A él le parece, sin ninguna duda, que hay ahí algo que está estrechamente ligado al carácter de humanidad del mundo.

Es simplemente lo que yo quiero señalarles. Quiero señalarles que lo que es accesible a un novelista y a alguien que sin ninguna duda tiene experiencia de la vida sexual, es sin embargo también algo que para nosotros, los analistas, debería detenernos, a saber que si

todo el giro, por ejemplo, de la historia de la perversión en el análisis, a saber el momento es que se ha salido de la noción de que la perversión es pura y simplemente la pulsión que emerge, es decir lo contrario de la neurosis, se ha esperado la señal del director de orquesta, es decir el momento en que Freud escribió "......"(83), y que es alrededor de este estudio absolutamente de una sublimidad total, porque evidentemente todo lo que ha sido dicho después no es más que cambio chico de lo que hay ahí adentro; si es alrededor del análisis de este fantasma de látigo que verdadera mente Freud en ese momento ha hecho entrar la perversión en su verdadera dialéctica analítica, ahí donde ella aparece siendo, no la manifestación de una pulsión pura y simple, sino estando ligada a un contexto dialéctico tan sutil, tan compuesto, tan rico en compromisos, tan ambigüo como una neurosis, esto es a partir precisamente de algo que va, no a clasificar la perversión en una categoría del instinto de nuestras tendencias, sino en algo que la articula precisamente en su detalle, en su material y, digamos la palabra, en su significante. Por otra parte, cada vez que ustedes tienen que vérselas con una perversión, hay algo que corresponde a una suerte de desconocimiento de lo que tienen ante ustedes, si no ven cuánto la perversión está ligada de una manera fundamental a una especie de trama de fabulación que por otra parte es esencialmente susceptible de transformarse, de modificarse, de desarrollarse, de enriquecerse. Es incluso toda la historia de la perversión, el hecho de que la perversión por otra parte se liga en ciertos casos de la manera más estrecha, quiero decir clínicamente en la experiencia, a la aparición, a la desaparición, a todo el movimiento compensatorio de una fobia que muestra evidentemente el término del derecho y del revés, pero en muy otro sentido, en el sentido en que dos sistemas articulados se componen y se compensan, y alternan uno con el otro. Es también algo que está bien hecho para hacernos articular la pulsión en un muy otro dominio que el de, pura y simplemente, la tendencia.

Es sobre eso, es sobre el acento de significante al que responden los elementos, el material de la perversión misma, que atraigo vuestra atención en particular, puesto que se trata por el momento de significado, eso de lo que se trata en cuanto al objeto.

¿Qué quiere decir todo esto? Es que tenemos un objeto, objeto primordial, y que sin ninguna duda sigue dominando la continuación de la vida del sujeto. También tenemos sin ninguna duda y ciertamente algunos elementos imaginarios que juegan el papel cristalizarte, y particularmente todo lo que comporta el material del aparato corporal, los miembros, y la referencia del sujeto a la dominación de sus miembros, la imagen total.

Pero el hecho de que el objeto está tomado en una función que es la del significante, y que hace que en esa relación constituida por la existencia de una cadena significante tal como la simbolizamos por medio de una serie de S, S', S" , y que haya debajo de esta serie de significaciónes, lo que hace que del mismo modo que la cadena superior progresa en un cierto sentido, el algo que en las significaciónes o por debajo progresa en sentido contrario, es una significación que siempre se desliza, sigue y se sustrae, lo que hace que al fin de cuentas la relación profunda del hombre con toda significación, por el hecho de la existencia del significante, es un objeto de un tipo especial. A este objeto yo lo llamo objeto metonímico Yo les digo que su principio en tanto que el sujeto tiene una relación con él, es en tanto que el sujeto se identifica imaginariamente de una manera completamente radical, no a tal o cual de sus funciones de objeto que respondería a tal o cual tendencia parcial, como se dice, sino en tanto que hay algo que necesita que haya ahí en alguna parte un polo, a saber en lo imaginario, algo que representa lo que siempre se sustrae, a saber lo que se induce de una cierta corriente de fuga del objeto en lo imaginario, por el hecho de la existencia del significante.

Este objeto tiene un nombre, él es pivote, es central en toda la dialéctica de las perversiones, de las neurosis, e incluso pura y simplemente de todo desarrollo subjetivo. Se llama el falo, y eso es lo que tendré que ilustrarles la próxima vez.



Clase 13

12 de Febrero de 1958

INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

- Articulo de Jones: Phalic Phase. La fase fálica. International Journal A nalyses. Vol. 14, parte I.

- Otto Rank: Perversions and neuroses. Papers of side analyses. Vol. 4, parte III.

Esto está en relación con el articulo inicial sobre el desarrollo teórico del pensamiento analítico sobre las neurosis en lo que ha seguido: Se pega a un niño. Este articulo es la señal dada por Freud de una inversión, o de un paso adelante de su propio pensamiento, y al mismo tiempo de todo lo que ha seguido en lo concerniente al estudio de la perversión.

Verán que si se mira de cerca lo que sucede en ese momento, la mejor fórmula que se pueda dar de ello es la que permite solamente dar el registro cuya instancia esencial en la formación de los síntomas intento darles aquí es decir la intervención de la noción de significante.

Aparece claramente, desde que Freud lo ha mostrado, que en la perversión, el instinto, la pulsión, no tienen absolutamente ningún derecho de ser promovidos o declarados como más desnudos, si se puede decir, en la perversión que en la neurosis .

Todo el articulo de Hans Sachs, que es tan notable, sobre la génesis de las perversiones, es para mostrar que en toda formación llamada perversa, cualquiera que sea, hay exactamente la misma estructura de compromiso, de efusión, de dialéctica de lo reprimido, y del retorno de lo reprimido, que hay en la neurosis Ahí está lo esencial del articulo, en el que da ejemplos absolutamente convincentes. Siempre hay en la perversión algo que el sujeto no quiere reconocer, con lo que ese "querer" comporta en nuestro lenguaje, algo que no se concibe como estando ahí articulado y sin embargo no sólo profundamente, sino desconocido por el sujeto, sino reprimido por el sujeto por unas razones, en suma, de articulación esencial.

Ahí está el resorte del mecanismo analítico, que harta que, si el sujeto lo reconoce, es que estaría forzado al mismo tiempo a reconocer una serie de otras cosas, las que son para él propiamente intolerables, lo que es el recurso de la represión, no pudiéndose concebir la represión si no en tanto que ligada a una cadena significante articulada. Cada vez que ustedes tienen represión en la neurosis, esto es en tanto que el sujeto no quiere reconocer algo que necesitarla —y este término necesitaría comporta siempre un elemento de articulación significante que no es absolutamente concebible de otro modo que en una coherencia de discurso.

Para la perversión, es exactamente lo mismo. He aquí aquello de lo que, en 1923, a continuación del artículo de Freud, todos los psicoanalistas se percataron: que la perversión, esencialmente, si se la mira de cerca, comporta exactamente los mismos mecanismos de efusión de algo que le es fundamental, que forma parte de las relaciones del sujeto con un cierto número de términos esenciales, que son los términos perfectamente fundamentales que encontramos en el análisis de las neurosis, que son los términos edípicos.

Si de todos modos hay una diferencia en algo, esta diferencia merece ser ceñida de un modo muy apretado. En ningún caso podría contentarse con una oposición tan sumaria como la que diría que en la neurosis la pulsión es evitada, (mientras) que en la perversión ella se confiesa desnuda.

Ella aparece, la pulsión, pero jamás aparece más que parcialmente. Aparece en algo que, en relación al instinto, es completamente sorprendente como siendo un elemento desligado, hablando con propiedad un signo, y llegando hasta decir un significante del instinto. Es por eso que la última vez, al abandonarlos, yo insistía por ejemplo sobre el elemento instrumental que hay por ejemplo en toda una serie de fantasmas llamados perversos, para limitarnos por el momento a estos, porque conviene partir de lo concreto y no de una cierta idea general que podemos tener de lo que se llama la economía instintual de una tensión agresiva o no, de sus reflexiones, de sus retornos, de sus refracciónes. No es siempre eso lo que nos dará cuenta de la prevalencia de ciertos elementos, cuyo carácter verdaderamente no solamente emergente, sino hablando con propiedad aislado en la forma prevalerte, insistente, predominante que toman estas perversiones bajo la forma de los fantasmas, es decir bajo la forma de eso por lo cual ellas comportan satisfacción imaginaria.

¿Por qué estos elementos, que tienen este lugar privilegiado —he hablado la otra vez del calzado, también he hablado igualmente del látigo podemos relaciónarlos pura y simplemente con algo que surgiría de una suerte de economía biológica pura y simple del instinto? El carácter pre-valente de estos elementos que se aíslan, de estos elementos instrumentales que toman ahí una forma demasiado evidentemente simbólica para que eso pueda ser desconocido un instante, desde que uno se aproxima a la realidad de lo vivido de la perversión, y esta constancia a través de las transformaciones en el curso de la vida del sujeto, muestra la evolución de la perversión.

Esta constancia de un término que se reencuentra siempre, punto sobre el cual insiste igualmente Hans Sachs, es una cosa de una naturaleza como para subrayar, todavía para nosotros, la necesidad de admitir como un elemento último, irreductible, un elemento cuyo lugar debemos ver en la economía subjetiva, pero un elemento que debe ser retenido como primordial, como esencial de este elemento significante en la perversión.

También, es a partir de un fantasma aislado por Freud en un conjunto de ocho enfermos, seis muchachas y dos muchachos, con unas formas neuróticas bastante matizadas, no todas por otra parte neurosis, pero una parte bastante importante estadísticamente, es a partir del estudio sistemático y cuán cuidadoso, seguido con un paso a paso, un escrúpulos que es justamente lo que distingue entre todas a estas investigaciones de Freud mismo, cuando es él quien las hace. Es a través de estos sujetos, tan diversos como sean, por la investigación de las transformaciones de la economía, a través de las etapas que son las etapas del complejo de Edipo, de un cierto fantasma, este fantasma: se pega a un niño, que Freud comienza a articular plenamente lo que se desarrollará a continuación como siendo el momento de investigación propio de las perversiones en su pensamiento, e insisto en ello, que nos mostrará siempre más la importancia, en esta economía, de algo que es, hablando propiamente, y como tal, el juego del significante.

Por otra parte, yo no puedo, al pasar, sino señalar una cosa: yo no sé si ustedes han observado que los últimos escritos de Freud, uno de sus últimos artículos: Construcciónes en el psicoanálisis, muestra la importancia central de la noción de la relación del sujeto con el significante como siendo absolutamente fundamental para concebir todo lo que podemos agrupar; y es uno de los últimos artículos que Freud haya escrito, sobre lo que representa al fin de cuentas el mecanismo de la rememoración como tal en el análisis, que está esencialmente ligado como tal a la cadena significante. Está completamente probado en este artículo, y el último articulo de Freud que tengamos, aquel que, en Collected Papers, fue traducido bajo el titulo de Splitting of the ego, que yo traduzco por división, o estalido del yo (moi) en el mecanismo del síntoma analítico, aquel del que se puede decir que es sobre el cual Freud quedó con la pluma cayéndole de las manos; este articulo está inacabado, es la última obra que nos lega, liga estrechamente todo lo que es de la economía del ego con esta dialéctica del reconocimiento perverso, si se puede decir, de un cierto tema al cual el sujeto se encuentra confrontado, liga estrechamente en un nudo indisoluble, la función del ego y la relación imaginaria como tal, en unas relaciones del sujeto con la realidad, y en tanto que esta relación imaginaria es utilizada e integrada al mecanismo del significante.

Tomemos ahora el fantasma de "se pega a un niño"

Freud se detiene sobre el tema de lo que significa este fantasma en el cual parece estar absorbido, si no la integridad, al menos una parte importante de las satisfacciónes libidinales del sujeto. El insiste, lo ha visto en su gran mayoría en sujetos femeninos, menos en sujetos masculinos. No se trata de cualquier fantasma sádico o perverso, se trata de aquellos que culminan y se fijan bajo esta forma cuyo tema ante todo el sujeto da de una manera muy reticente. Parece que una carga bastante grande de culpabilidad se liga para el sujeto a la comunicación misma de ese tema que, una vez que lo ha revelado, entregado, no puede articularse para él diferentemente, ni de otro modo que por: "se pega a un niño".

Se pega. Eso quiere decir que, para el sujeto, no es él quien pega, él está ahí como espectador. Freud comienza por analizar la cosa como sucede en la imaginación de las jóvenes, en los sujetos femeninos que han tenido que revelarle eso. Se trata de un personaje que, para considerarlo en sus carácteres de conjunto, puede ser considerado como siendo de la serie, de la línea del persona je que tiene la autoridad. No es el padre, es dado el caso un institutor, un personaje omnipotente, un rey, un tirano. Algunas veces está muy novelado, se reconoce, no al padre, sino algo que es de alguna manera su equivalente para nosotros. Tendremos que situarlo muy fácilmente, y esto nos permite verdaderamente situarlo de entrada en la forma acabada del fantasma, no contentarnos con esta especie de homología con el padre, no asimilarlo al padre, ubicarlo en un cierto punto que es ese más allá del padre, situarlo en alguna parte en esa categoría del nombre del padre que he mos tenido el cuidado de distinguir de las incidencias del padre real.

Se trata de varios niños, de una especie de grupo, de multitud, y son siempre varoncitos. He ahí lo que suscita problemas, y por cierto bastante numerosos como para que incluso yo no pueda soñar con cubrirlos hoy. Les ruego simplemente que se remitan a este articulo de Freud. La primera y la fundamental, que está implicada por estas lecturas, es la lectura del articulo de Freud mismo, aparecido en la vieja Revue Française de Psychanalyse (tomo 6, n° 3 y 4).

Que, por ejemplo, sean finalmente siempre unos varoncitos los que sean pegados, es decir sujetos de un sexo opuesto a aquel del sujeto del fantasmas, he ahí algo sobre lo cual se puede especular indefinidamente. Traten de relaciónarlo de alguna manera, de entrada, a temas como el de la rivalidad de los sexos. Por ejemplo, es sobre eso que Freud acabará su articulo para mostrar las aparentes justificaciones de la profunda incompatibilidad de las teorías, como por ejemplo la de Adler, para explicar un resultado parecido. No es cierta mente en eso que aquí vamos a introducirnos, siendo la argumentación de Freud pura y simplemente suficiente, y no es eso lo que constituye nuestro interés esencial. Lo que constituye nuestro interés, es la manera en que Freud procede para abordar el problema. El nos da el resultado de sus análisis, y comienza por hablar de lo que sucede en la joven por las necesidades de la exposición, para no tener que hacer perpetuamente aperturas dobles, alternativas: esto en la niña, esto en el varoncito; inmediatamente después toma eso para lo cual tiene por otra parte menos material, lo que sucede en el varón.

¿Qué nos dice? El constata unas constancias. Estas constancias, nos las informa. Lo que le parece esencial, es el avatar de este fantasma, quiero decir las transformaciones que la investigación analítica, los antecedentes tanto como la investigación analítica, permiten dar a este fantasma, para decirlo todo, la historia de este fantasma, las subyacencias de este fantasma, y allí reconoce un cierto número de estados en los cuales algo cambia, algo permanece constante. Se trata de sacar de esto una enseñanza, ver lo que para nosotros puede representar este tipo de resultado de esa investigación minuciosa, que también lleva la misma marca de precisión y de insistencia, de retorno de trabajo de su material, hasta que él haya verdaderamente desgajado lo que le parece (que son) las articulaciones irreductibles, lo que constituye la originalidad de más o menos todo lo que ha escrito Freud.

Pero nosotros especialmente, lo que vemos en los Cinco Grandes Psicoanálisis, en ese admirable Hombre de los Lobos donde vuelve sin cesar sobre ese mismo tema que es investigar estrictamente la parte de lo que se puede llamar el origen simbólico y el origen real de lo que es la cadena primitiva en la historia del sujeto, es eso mismo.

Ahí, igualmente, él nos despeja tres etapas, tres tiempos. Una primera etapa, nos dice, que se encuentra siempre en este caso en las niñas, que es la siguiente: el niño que es pegado, en un momento dado del análisis, devela en todos los casos, nos dice, su existencia y su verdadero rostro. Es un "germain"(84), es decir un hermano o una hermana. Es decir, es un hermanito o una hermanita a quien el padre pega. La significación de esto, nos dice Freud, se sitúa muy netamente sobre dos planos.

¿Cuál es la significación, nos dice, de este fantasma? Es muy importante ver bajo la pluma de Freud salir en ese momento esa afirmación de que ahí hay algo de lo que no podemos decir si se trata de algo sexual, de algo sádico. Es, nos dice, evocando ahí, como él lo hace, una referencia literaria, la de una respuesta de una de las brujas en Macbeth a Banquo, es algo que está hecho de la misma materia(85) de la que ambos, lo sexual y lo sádico, salen.

Nos encontramos ahí en lo que, en un articulo que aparecerá después, El problema económico del masoquismo, Freud nos define como verdaderamente ligado a esta etapa primera donde es preciso que concibamos que hay en alguna parte —esto está absolutamente necesitado por el punto donde estamos, estamos en 1923, es decir después de Más allá del principio del placer— como ese punto en que debemos pensar que hay primitivamente, al menos para una parte importante, fusión de los instintos, ligazón de los instintos libidinales, de los instintos de vida con los instintos de muerte; que esta fusión es algo cuyo estado primitivo debemos admitir, de modo que somos llevados a concebir la evolución instintual como comportando una parte más o menos precoz de defusión de este instinto, que era la precocidad de la defusión de este instinto, del aislamiento por ejemplo del instinto de muerte. Debemos atribuir ciertas prevalencias o ciertas detenciones en la evolución del sujeto.

Pero al mismo tiempo Freud subraya que es al nivel que se sitúa la significación de ese fantasma primitivo. Esto es en tanto que del padre, y de parte del padre, él no encuentra etapa más elevada del fantasma; quiero decir etapa arcaica anterior. Es en tanto que de parte del padre es rehusada, denegada a este niño, al hermanito o a la hermanita que sufre en el fantasma, la sevicia de parte del padre, es en tanto que hay denunciación de la relación de amor, humillación, que este sujeto es apuntado en ese fantasma, en su existencia de sujeto, que es el objeto de una sevicia, y que esta sevicia consiste en negarlo como sujeto, en reducir a nada su existencia como deseante, para reducirlo en tanto que tal a algo que, en tanto que sujeto, tiende a abolirlo.

Es eso el sentido del fantasma primitivo: mi padre no lo ama; y es eso lo que hace el placer del sujeto: el hecho de que el otro no es amado, es decir no está establecido en la relación propiamente simbólica. Es en esta vena, por este sesgo, que la intervención del padre toma aquí su valor para el sujeto, primero, esencial, del que va a depender todo lo que sigue.

El segundo tiempo, nos dice Freud — y éste no es menos importante para considerar que la articulación del primer tiempo — ese primer tiempo es reencontrado en el análisis, el otro, nos dice, no lo es jamás — debe ser reconstruido.

Sobre lo que pongo el acento, y sobre lo que les ruego que se detengan, es sobre las enormidades de la deducción freudiana, de la aserción de Freud, porque eso es lo que es importante. No es simplemente dejarnos conducir, seguirlo con los ojos más o menos vendados, es percatarnos del alcance de lo que él dice.

Este segundo tiempo debe ser reconstruido.

No nos detengamos ahora para saber si esto es legitimo o no. Es muy importante para nosotros darnos cuenta de lo que hace Freud, y de lo que nos dice que hace, gracias a lo cual toda su construcción puede continuarse.

Este segundo tiempo es éste: el fantasma que ha nacido así en esa relación triangular, que les repito, debe ser considerado como arcaica, primitiva, y sin embargo no es entre el sujeto y la madre y el niño, sino entre el sujeto, el niño hermanito o hermanita, y el padre. Estamos ante el Edipo, y sin embargo el padre está ahí.

El segundo tiempo está ligado a la relación del Edipo como tal, digo para la niña, y tiene este sentido de una relación privilegiada de la niña con su padre. Es ella la que es pegada, y alrededor de eso, la convergencia del material analítico que necesita reconstruir este estado del fantasma, pero este fantasma jamás ha surgido, nos dice Freud, en el recuerdo. Por el contrario, el tiempo en la niña, del deseo de ser el objeto del deseo de su padre, con lo que esto comporta de culpabilidad, Freud admite que esto puede ser el retorno culpable de ese deseo edípico que necesita que ella se haga ella misma en ese fantasma, únicamente reconstruir el objeto del castigo.

Freud habla también, a este respecto, de regresión, es decir que en tanto que ese mensaje no puede ser vuelto a hallar en la memoria del sujeto, en tanto que está reprimido, un mecanismo correlativo, que él llama a propósito de esto regresión, puede hacer que sea a esta relación anterior que el sujeto recurra para expresar en un fantasma, que jamás se manifiesta, esta relación que el sujeto tiene en ese momento con el padre, relación francamente libidinal, ya estructurada sobre el modo edípico.

En un tercer tiempo, y tras la salida del Edipo, no quedará nada distinto que este esquema general donde una nueva transformación se habrá introducido, la que es doble: la figura del padre es sobrepasada, transpuesta, remitida a la forma general del personaje que puede pegar, que está en postura de pegar, personaje omnipotente y despótico, y el sujeto mismo estará ahí presentado bajo la forma de esos niños multiplicados que incluso ya no son de su propio sexo, que son una especie de serie neutra de niños.

Algo que está de alguna manera mantenido, fijado, memorizado se podría decir, en esta forma última del fantasma, es ese algo que a continuación va a permanecer investido para el sujeto con esa propiedad de constituir la imagen privilegiada sobre la cual lo que el sujeto podrá experimentar, hablando con propiedad, de satisfacción genital, encontrará su apoyo, su soporte.

He ahí, parece, algo que de todos modos merece nuestra detención y nuestra reflexión.

¿Qué es lo que, en el esquema, los términos cuyo primer uso he tratado de enseñarles aquí, pueden venir a representar?

Retomo mi triángulo imaginario y mi triángulo simbólico. Toda la primera dialéctica de la simbolización de la relación del niño con la madre, esta hecha esencialmente para lo que es significable, es decir para lo que nos interesa. Hay otras cosas más allá, está en efecto el objeto que puede representar la madre como siendo la portadora del seno, y la que puede aportar ciertas satisfacciónes inmediatas al niño. Pero si no hubiera más que eso, no habría ninguna especie de desarrollo ni de dialéctica de relación del sujeto con el niño, ni ninguna apertura en el edificio. A continuación, la relación del sujeto con el niño no está simplemente hecha de una relación de satisfacción o de frustración, está hecha de ese descubrimiento de lo que es el objeto del deseo de la madre. Es esencial para toda comprensión, y toda la continuación de lo que les diré estará hecha para demostrarlo. Está hecha ante todo de un reconocimiento de lo que es el deseo de la madre. Es en tanto que, de una manera que para toda la historia analítica, para la teoría como para la práctica constituye un problema, saber porque en ese punto privilegiado de lo que constituye el deseo de la madre es decir el mundo tal como se presenta a partir del sujeto de aquel que tiene que constituirse en su aventura humana del pequeño niño que hablamos, el descubrimiento que tiene que hacer, es de la función privilegiada, en lo que para la madre significa su deseo, la función privilegiada del falo.

Cuando lean el artículo de Jones sobre la fase fálica, verán las insondables dificultades que nacen de esta afirmación de Freud: que para los dos sexos hay como una etapa absolutamente original, esencial para lo que está estrechamente ligado a su desarrollo sexual, esa etapa donde, para el uno como para el otro sexo, el tema del otro deseante está absolutamente ligado a la posesión del falo.

Es eso lo que literalmente, no puede ser comprendido en un cierto registro por más o menos todas las personas que rodean a Freud, aunque se contorsionen para hacerlo entrar a pesar de todo, porque los hechos se lo imponen en su articulación de algo, de la historia que sucede en el sujeto. Esto es la falta de comprender de lo que Freud plantea ahí es un significante pivote alrededor del cual gira toda la dialéctica de lo que el sujeto debe conquistar de sí mismo, de su propio ser, mediante lo cual a falta de comprender que se trata ahí de un significante y no de otra cosa, los comentadores se extenúan para encontrar bajo forma de mil huellas que por supuesto corresponden a sus diversas experiencias, algo que es su equivalente, a saber la realidad contra la cual en alguna parte del sujeto se defiende bajo la forma de esta creencia en el falo, y por supuesto con este propósito recogen un montón de hechos extremadamente válidos, pero no hacen con ello jamás sino un caso, o un camino particular que no explica nunca porque este elemento privilegiado, especial, es tomado como centro y pivote de la defensa.

Si ustedes creen particularmente lo que Jones da como la función de esta creencia en el falo en el desarrollo del varoncito, ustedes se darán cuenta de que lo que hace a este respecto, es muy especialmente lo que sucede a nivel del desarrollo del homosexual, es decir, lejos de ser el desarrollo general.

Se trata aquí de la forma en efecto más general, y esta forma más general sólo es concebible en tanto que se le dé a este falo la función —permítanme una fórmula que les va a parecer muy audaz, pero jamás tendremos que volver a ella, si quieren admitirla por el momento bajo su forma recogida para su uso operacional— Les he dicho que de alguna manera, en el interior del sistema significante, el nombre del padre tiene la función del conjunto del sistema significante, aquel que significa, que autoriza al sistema significante a existir, que hace de ello la ley. Les diré que frecuentemente, en el sistema significante, debemos considerar que el falo entra en juego a partir del momento en que el sujeto tiene que simbolizar como tal, en esta oposición del significante con el significado, al significado, quiero decir la significación.

Lo que importa al sujeto, lo que él desea, el deseo en tanto que deseado, lo deseado del sujeto, cuando el neurótico o el perverso tiene que simbolizarlo, en último análisis esto es literalmente con la ayuda del falo. El significante de lo significado, en general es el falo. Esto es esencial. Si ustedes parten de ahí, comprenderán muchas cosas. Si no parten de ahí, comprenderán mucho menos, y estarán forzados a hacer considerables rodeos para comprender cosas excesivamente simples.

Este falo es de ahora en adelante lo que entra en juego como tal desde el primer abordaje del sujeto con el deseo de la madre. Este falo está velado, y permanecerá velado hasta el fin de los siglos por una simple razón, es que él es un significante último en la relación del significante con el significado. En efecto, hay pocas posibilidades de que al fin de cuentas él no se devele de otro modo sino bajo su naturaleza de significante, es decir que jamás se revele verdaderamente más que en tanto que significante. El significa.

Sin embargo llegamos a esto: piensen en lo que sucede en ese caso que es propiamente el encarado por Freud, y que nosotros no hemos encarado hasta aquí, si en este lugar interviene algo mucho menos fácil de articular, de simbolizar que sea lo que sea de lo imaginario, es decir, en esta fase primera, que es la que nos designa Freud, un sujeto real.

El deseo de la madre, aquí, ya no es simplemente el objeto de una búsqueda enigmática en la que el sujeto tiene, en el curso de su desarrollo, que trazar ese signo, el falo, para que, por supuesto inmediatamente, ese falo entre en la danza de lo simbólico, es decir sea enseguida el objeto preciso de la castración, y luego le sea devuelto bajo otra forma, es decir haga lo que ante todo es cuestión que sea. El lo es, pero aquí estamos muy en el origen, estamos en el momento en que él está confrontado con el lugar imaginario donde se sitúa el deseo de la madre, y este lugar está ocupado.

Nosotros no podemos hablar de todo a la vez, y además sería muy dichoso que no pensáramos inmediatamente en eso; si hubiéramos pensado inmediatamente en ello, en ese rol del que todos sabemos que es de importancia decisiva en el desencadenamiento de las neurosis, basta con tener la menor experiencia en el análisis para saber cuánto la aparición de un hermanito o de una hermanita tiene un papel verdaderamente crucial en la evolución de cualquier neurosis. Pero, si nos detenemos ante todo ahí, eso tiene en nosotros exactamente el mismo efecto en nuestro pensamiento que el que tiene eso para el sujeto en su neurosis, es decir que si nos detenemos inmediatamente en esa relación de realidad, eso nos marca completamente la función de esta relación, a saber que es en

tanto que esa relación viene al lugar de lo que necesita un muy otro desarrollo, un desarrollo de simbolización, y que eso lo complica, y que eso necesita una solución completamente diferente, es por eso que esta relación al hermanito o a la hermanita, al rival cualquiera, toma su valor decisivo.

Ahora bien, ¿qué vemos aquí en el caso de la solución fantasmática ligada al fantasma en esta ocasión llamado masoquista?

Vemos algo cuya naturaleza Freud nos ha articulado. Este sujeto está abolido sobre el plano simbólico. Es en tanto que es una nada de nada, que es algo a lo cual se rehusa toda consideración en tanto que sujeto, que el niño encuentra en este caso particular el fantasma de fustigación. Es en virtud de eso, y por eso, que el niño va a lograr esta solución del problema a este nivel.

No tenemos sino que limitarnos al caso en que esto es así, pero para comprender lo que sucede en el caso en que esto es así, es efectivamente de un acto simbólico que se trata, y Freud lo subraya bien: lo que sucede en este nitro, ocurre en el sujeto mismo que se cree alguien en la familia. Un sólo pescozón, nos dice Freud, basta a menudo para precipitarlo del hecho de su omnipotencia. Se trata de un acto simbólico, y yo diría que la forma misma que entra en juego en el fantasma, a saber el látigo, la vara, tiene algo que lleva en sí el carácter y la naturaleza de no sé qué cosa que, sobre el plano simbólico, se expresa por una raya, por algo que barra al sujeto. Es antes de ser algo distinto, una.........., una........... cualquiera, algo que pueda atribuirse a una relación de alguna manera física del sujeto con aquel que se abre; es ante todo algo que lo raya, que lo barra, que lo abole, que algo significante interviene.

Esto es tan verdadero, que cuando el niño más tarde —todo esto está en el articulo de Freud, yo lo sigo línea por línea— vuelve a encontrar efectivamente el acto de pegar, a saber cuando en la escuela él ve ante si a un niño pegado, dice Freud, y esto simplemente sobre el texto de su experiencia con los mismos sujetos de los cuales ha extraído la historia de este fantasma, no lo encuentra para nada divertido. Quiero decir que eso le inspira algo del orden, del orden de la imaginación — esto está mal traducido en francés—, es decir una aversión, un volver la cabeza a otra parte. El sujeto está forzado a soportarlo, pero no está allí para nada, se mantiene a distancia de ello. El sujeto esta muy lejos de participar en lo que sucede realmente cuando es y confrontado con una cadena efectiva de fustigación. Y también en los fantasmas —Freud llega también a ello, y lo indica muy precisamente— el placer mismo de este fantasma está manifiestamente ligado a su carácter poco serio, inoperante, que no atenta a la integridad, si se puede decir, real ni física del sujeto. Es precisamente su carácter simbólico, y como tal, lo que está erotizado, y esto desde el origen.

Aquí el segundo tiempo, y esto tiene su importancia para la valorización de este esquema que les he introducido la última vez, es éste: este fantasma, en el segundo tiempo, va a tomar un muy otro valor, y es precisamente eso lo que es el enigma, lo que es todo el enigma. Esa es la esencia del masoquismo, es en el cambio de sentido de este fantasma como tal, a saber cómo ese algo que ha servido para denegar el amor, es eso mismo que va a servir para significarlo.

Cuando se trata del sujeto, no hay medio de salir de este impasse, y yo no digo que eso sea algo fácil de captar como explicado, como desplegado. Es preciso que ante todo nos atengamos al hecho, a saber que es así, y luego que tratemos de comprender por qué eso puede ser así; en otros términos, por qué la introducción de ese significante radical que se divide en dos cosas, un mensaje: el nitro pegado, el sujeto recibe la noticia, el pequeño rival es un niño pegado, es decir una nada de nada, algo sobre lo cual uno puede sentarse, y luego de eso un significante que es preciso aislar bien como tal, a saber con qué se hace eso.

El carácter fundamental en esta existencia efectiva del fantasma masoquista en el sujeto existente, es no yo no sé qué especie de reconstrucción modelo, ideal de la evolución de los instintos. El carácter fundamental es la existencia del látigo, esto es algo que en sí mismo merece retener nuestra acentuación para que hagamos de eso algo que es un significante, que es algo que, en la serie de nuestros jeroglíficos, merece tener un lugar privilegiado, por una simple razón, ante todo esto es que si ustedes observan los jeroglíficos, verán que hay ahí un lugar privilegiado: aquel que tiene el látigo ha sido desde siempre el director, el gobernador, el maestro (o: el amo), y se trata de eso, se trata de no perderlo de vista, que esto existe, y que tenemos que vérnoslas con esto.

Esto, en el segundo tiempo, manifiesta pues en su duplicidad igualmente el mensaje, pero un mensaje que no llega. Es éste: mi padre me pega, no llega al sujeto. Es así que hay que escuchar lo que Freud dice en ese momento: el mensaje que en un momento ha querido decir: el rival no existe, él no es nada de nada, es lo mismo que quiere decir: tú existes, e incluso eres amado. Es lo que sirve en ese momento bajo la forma, digamos regresiva o reprimida. Pero poco importa, es de todos modos eso lo que sirve de mensaje, pero de mensaje que no llega.

Conviene que nos detengamos en este tiempo enigmático, porque como nos lo dice Freud, esa es toda la esencia del masoquismo, y a partir del momento en que Freud ha abordado, atacado fundamentalmente el problema del masoquismo como tal, es decir el más allá del principio del placer, a partir del momento en que él ha buscado cuál era el valor radical del masoquismo, de ese masoquismo que ha encontrado como una oposición y un enemigo radical, él estuvo forzado a plantearlo en diversos términos, y nosotros hallamos ahí algo donde ciertamente no es por nada que tres años después de haber escrito Más allá del Principio del Placer él dice que ahí está toda la esencia del masoquismo.

Eso vale la pena que nos detengamos allí, incluso si vamos justamente dando unos pasos. Hay que comenzar por ver la paradoja, y por ver dónde está ella. Ahí tenemos pues el mensaje, el que no llega al lugar del sujeto, y lo único que queda como un signo, por el contrario, es el material del significante, este objeto, el látigo, que permanece. Queda como un signo hasta el fin, hasta el punto que queda como un signo por volverse el pivote, casi diría el modelo de la relación con el deseo del otro, puesto que a continuación el fantasma último, el que queda, cuyo carácter de generalidad nos está suficientemente bien indica do por la desmultiplicación indefinida en ese momento de los sujetos, quiere decir esto: a saber, mi relación con el otro, los otros, los pequeños otros, con el pequeño a(86), mi relación con ellos, en tanto que esa relación es una relación libidinal, está ligada a que los seres humanos es tan como tales todos bajo la férula, a que para el ser humano entrado en el mundo del deseo, esto es perfectamente y ante todo sufrir de parte de algo

que existe más allá, que lo llamemos el padre aquí ya no tiene importancia, poco importa, es la Ley.

He ahí lo que en un sujeto determinado, sin duda entrando en el asunto por unas vías particulares, como se define una cierta línea de evolución, y cuál es la función del fantasma terminal, manifestar una relación esencial del sujeto con el significante.

Y ahora vayamos un poco más lejos, y recordemos lo que Freud nos aporta en lo concerniente al masoquismo. Recordemos en qué consiste lo que in traduce de nuevo el más allá del principio del placer en la evolución del pensamiento freudiano. Reposa esencialm ente sobre esta observación: que si consideramos el modo de resistencia o de inercia del sujeto en una cierta intervención curativa normativa, normalizarte, somos llevados a articular de una manera absoluta el principio del placer como esa tendencia de todo lo que es la vida, a retornar a lo inanimado. El último resorte de la evolución libidinal, es retornar al reposo de las piedras.

He ahí lo que Freud, para el mayor escándalo por otra parte de todos aquellos para quienes la noción de libido habla constituido hasta entonces la ley de su pensamiento, aporta, lo que se presenta a la vez como paradojalmente nuevo, e incluso escandaloso cuando es expresado como acabo de hacerlo, no presentándose por otra parte sino como una especie de extensión de lo que habla sido dado como la ley misma del principio del placer, a saber el placer estando carácterizado por el retorno a cero de la tensión. En efecto, no hay más radical retorno a cero que la muerte. Simplemente, ustedes pueden observar, al mismo tiempo, que aquí, esto es esa formulación que damos al principio último del placer. De todos modos estamos forzados a llamarlo un más allá del principio del placer, para distinguirlo.

Ese es uno de los problemas más singulares de su vida y de su persona, Freud tenía una relación con la mujer sobre la cual sin duda quizá un día tendremos ocasión de volver, tendencia bastante deplorable a recibir de la constelación femenina, que en suma ha tenido a su alrededor, en las continuadoras o las ayudas de su pensamiento, constelación que por otra parte es bien conforme a su existencia misma, es decir muy privada de mujeres, o privándose de ellas. Casi no se le conocen a Freud más que dos mujeres: la suya, y luego esa cuñada que vivía a la sombra de la pareja. Verdaderamente no hay huellas de otra cosa que sea una relación propiamente amorosa. Por el contrario, es suficiente que una persona como Bárbara Low le proponga un término, me atrevo a decirlo, tan mediocremente adaptado como el término de Nirvana Principle, para que Freud le dé su sanción.

La relación que hay entre el Nirvana y esta noción de retorno a la naturaleza inanimada, es un tanto aproximativa, y Freud se contentó con ello. Contentémonos también nosotros.

Si el Nirvana Principle es pues la regla y la ley misma de la evolución vital como tal, Freud lo reconoce. Debe haber allí pues en alguna parte un truco para que cada tanto al menos no sea la caída del placer lo que haga placer, sino al contrario su subida. Eso es pues lo que él expresa. El dice eso: nosotros no estamos absolutamente dichosos de decir por qué. Debe ser algo del tipo de un ritmo temporario, de una especie de conveniencia de los términos. El deja aparecer en el horizonte unas posibilidades de recurrir a unas explicaciones que, si pudieran ser dadas, no serían ciertamente vagas, pero que en todo caso están muy lejos de nuestro alcance. En fin, es más bien en el sentido de la música, de la armonía de las esferas y de las pulsaciones. En todo caso, hay que observar que no obstante es preciso, a partir del momento en que hemos admitido que el principio del placer es retornar a la muerte, que el placer efectivo, aquel con el que tenemos que vérnoslas, necesita pues un otro orden de explicaciones que no puede estar más que en algún truco de la vida, a saber hacer creer a los sujetos, si se puede decir, que es por su placer que están ahí, es decir que se retorna a la mayor banalidad filosófica, a saber que el velo de Maya no nos conserva con vida sino gracias al hecho de que nos engaña, y luego entonces más allá, la posibilidad de alcanzar, sea el placer, sea unos placeres por hacer todo tipo de rodeos, principio de realidad.

Este, es el más allá del principio del placer, y no le es preciso a Freud nada menos que eso para modificar, justificar la existencia de lo que él llama la reacción terapéutica negativa. Pero de todos modos aquí debemos sin embargo detener nos un instante, porque, en fin, la reacción terapéutica negativa no se produce en el nivel de una especie de reacción estoica(87) del sujeto, ella se manifiesta por todo tipo de cosas extraordinariamente molestas, embarazosas, y articuladas, de puestas dobles que nos hace a nosotros y a su entorno.

Dicho de otro modo, ese "no haber nacido" pare ce ser todavía una de las mejores suertes para todo lo que ha devenido al ser; ese "no haber nacido" sobre el cual se ha terminado el drama edípico, es algo articulado. Yo diría que en el momento en que Edipo termina por articularlo como el término y el fin de su tragedia, al darnos el sentido a donde al fin de cuentas viene a culminar toda la aventura trágica, esto es sin embargo algo que, muy lejos de abolirlo, lo eterniza, por la simple razón de que si Edipo no pudiera llegar a pronunciarlo, no seria ese héroe supremo que es, y es justamente en tanto que lo articula finalmente que él es ese héroe, es decir en tanto que se perenniza para decirlo todo.

Eso de lo que se trata en lo que Freud nos descubre como el más allá del principio del placer, es que hay quizá en efecto ese término último de la aspiración al reposo y a la muerte eterna. Pero les haré observar, y eso ha sido todo el sentido de mi segundo año de seminarios, que con lo que tenemos que vérnoslas en eso, es en tanto que eso se hace reconocer, que eso se articula en las últimas resistencias con las que tenemos que vérnoslas en esos sujetos más o menos carácterizados por el hecho de haber sido niños no deseados, en esa irresistible pendiente al suicidio, en ese carácter completamente especifico de la reacción terapéutica negativa, por el hecho de que es en la medida misma que cuanto más se articula para ellos lo que debe hacerlos aproximarse a su historia de sujeto, cada vez más ellos se rehusan a entrar en el juego, literalmente ellos quieren salir de él. No aceptan ser lo que son, no quieren esta cadena significante en la cual no han sido admitidos por su madre más que a su pesar.

Pero esto es algo que no está ahí, para nosotros los analistas, sino en tanto que, exactamente, como lo que es en lo demás. Está ahí como, no solamente deseo de reconocimiento, sino reconocimiento de un deseo, algo que se articula. El significante es su dimensión esencial, y cuanto más se afirma el sujeto con la ayuda del significante como queriendo salir de él, más vuelve a entrar y se integra a esta cadena significante y deviene él mismo un signo de esta cadena significante. El es abolido, es más signo que nunca, por

la sencilla razón de que es precisamente a partir del momento en que el sujeto está muerto que se vuelve un signo eterno para los demás, y los suicidas más que otros. Es precisamente por eso que el suicidio tiene a la vez esa belleza aterradora que lo hace tan terriblemente condenado por los hombres, y esa belleza contagiosa que hace que las epidemias de suicidios sean algo que en la experiencia es todo lo que hay de más dado y de más real.

Una vez más, pues, en el más allá del principio del placer, eso sobre lo cual Freud pone el acenso, es sobre el deseo de reconocimiento como tal, como constituyendo el fondo de lo que constituye nuestra relación con el sujeto. Y después de todo, ¿hay incluso otra cosa que eso en lo que Freud llama el más allá del principio del placer, a saber esa relación fundamental del sujeto con la cadena significante? Porque si ustedes reflexionan bien, en el punto en que estamos, esta idea corre a una pretendida inercia de la naturaleza inanimada para darnos el modelo de aquello a lo que aspirarla la vida, y esto es algo que debe ligeramente hacernos sonreír. Quiero decir que, de hecho, ese modelo de retorno a la nada, nada es menos seguro, y Freud mismo por otra parte, dado el caso, en un muy pequeño paréntesis que les rogaría que encuentren en El problema económico del masoquismo, cuando vuelve a evocar su propio Más allá del principio del placer, nos indica por eso que la naturaleza inanimada, eso es algo que es efectivamente concebible como el retorno al más bajo nivel de la tensión y del reposo. En efecto, en el punto al que llegamos, sabemos de ello un poquito: este pretendido objetivo que seria la reducción a la nada de ese algo que se habría elevado y que seria la vida, nada nos indica que ahí a dentro también, si se puede decir, eso no conmueva y que el dolor de ser que está ahí en el fondo — yo no lo hago surgir, no lo extrapolo: está indicado por Freud como siendo ese algo que hay que considerar como el residuo último de la ligazón de Tánatos con Eros. Sin ninguna duda, Tánatos logra liberarse por la agresividad motriz del sujeto respecto de lo que lo rodea. La naturaleza está ahí, pero hay algo que queda bien ligado en su interior, ese dolor de ser es algo que le parece verdaderamente fundamental, como ligado a la existencia misma del ser viviente.

Nada nos prueba que este dolor de ser sea algo que se detenga en los vivientes, después de todo lo que sabemos de una naturaleza que es de otro modo fermentante, enfangarte, hirviente, animada, e incluso explosiva, de como podíamos hasta ahora imaginarla.

Pero la relación del sujeto con el significante, en tanto que le es solicitado que se constituya en el significante, y que cada tanto él se rehusa a ello, él dice no, no seré un elemento de la cadena, eso, por el contrario, es algo que nosotros palpamos, y que es perfectamente el fondo, pero el fondo, el revés es aquí exactamente lo mismo que el derecho, ¿pues qué es lo que hace a cada instante en que se rehusa de alguna manera a pagar una deuda que él no ha contraido? El no hace más que perpetuarla, a saber por sus sucesivos rechazos, por hacer rebotar la cadena de aquella, estar siempre más atado a esta cadena significante. Es perfectamente a través de la necesidad eterna de repetir el mismo rechazo, que Freud nos muestra el papel último de todo lo que del inconsciente se manifiesta bajo la forma de la reproducción sintomática.

Vemos pues ahí, y no es preciso nada menos que eso, para comprender eso en lo cual a partir del momento en que el significante es introducido, su valor es fundamentalmente doble, quiero decir como el sujeto puede en tanto que él mismo, sentirse afectado como deseo, porque después de todo ahí está él, no es el Otro —el Otro, con el látigo está abolido—, sino él, en contacto con el látigo imaginario, por supuesto significante, él se siente como deseo, obstinándose en lo que como tal lo consagra y lo valoriza profanándolo, incluso hay siempre en el fantasma masoquista ese lado degradante, ese lado profanatorio que al mismo tiempo indica la dimensión del reconocimiento, y ese modo de relación con el sujeto prohibido (interdit), relación con el sujeto paterno. Eso es precisamente lo que constituye el fondo de la parte desconocida del fantasma del sujeto.

Observemos que esto va a tener ese aspecto radicalmente de doble sentido del significante, a partir del momento en que él se introduce, y aquí todavía facilitado el acceso del sujeto por esto que yo no he hecho entrar en consideración, ni puesto en juego hasta ahora en el esquema para ordenar vuestras cabecitas. Porque la última vez hubo complicaciones espantosas a partir del momento en que introduje la línea paralela i—m, a saber la existencia en un momento dado cualquiera de la imagen propia del cuerpo con el Yo (Moi) del sujeto. Sin embargo, es muy cierto que no podemos des conocerlo, esto es, a saber, que por supuesto es te rival, aquí, no ha intervenido pura y simplemente en una relación triangular, el obstáculo radical con la madre de ese algo que en el texto, Las Confesiones de San Agustín, provoca en la joven criatura, viendo a su hermano de leche con la madre, esa palidez mortal de la que nos habla San Agustín.

Hay en efecto ahí algo radical, verdaderamente penoso para el sujeto, que está bien expresado en ese pasaje, pero está también el término de identificación con el otro. En otros términos, el carácter fundamentalmente ambigüo que liga al sujeto con toda imagen del otro, forma ahí la introducción muy natural para el sujeto a esta introducción en el lugar del rival en el mismo lugar, o a continuación de él, en tanto que es él quien está ahí, a partir de ese momento, el mensaje llegará con un sentido completamente opuesto en tanto que, simplemente, él es el mensaje.

Lo que vemos entonces, es esto que nos hace comprender mejor aquello de lo que se trata, esto es que es en tanto que una parte de la relación viene a entrar en enlace con el Yo del sujeto como tal, que pueden adquirir su organización y su estructura los fantasmas consecutivos. Quiero decir que no es por nada que es aquí, en esa dimensión, la que es toda la gama de los intermediarios donde se constituye la realidad entre el objeto materno primitivo y la imagen del sujeto, que vienen a situarse todos esos otros en tanto que son el soporte del objeto significativo, es decir del látigo. En ese momento el fantasma en su significación, quiero decir el fantasma en tanto que niño pegado, en tanto que deviene a partir de ese momento la relación al Otro, con el Otro del que se trata de ser amado, en tanto que en suma él mismo no es reconocido como tal, se sitúa en alguna parte por ahí en la dimensión simbólica entre el padre y la madre, entre los cuales por otra parte él oscila efectivamente.

Hoy les he hecho recorrer un camino que no era menos difícil que el camino que les he hecho recorrer la última vez. Esperen, para controlar su valor y su validez, lo que podré decirles de ello a continuación. Para terminar sobre algo que puede introducir una pequeña nota sugestiva en las aplicaciones de estos términos, les haré observar esto, que va como una cosa corriente en el análisis, que la relación del hombre con la mujer y de la mujer con el hombre especialmente, es una relación de la que se dice sin más que comporta de parte de la mujer un cierto masoquismo. Esto representa uno de esos tipos

de errores de perspectiva carácterístico al que nos conduce todo el tiempo no sé qué deslizamiento en una especie de confusión o de camino trillado de nuestra experiencia. No es porque los masoquistas manifiesten en sus relaciones con su partenaire algunos sin nos o fantasmas de una posición típicamente femenina, que, inversamente, la relación de la mujer con el hombre es una relación masoquista. Quiero decir con esto que la noción de las relaciones de la mujer con el hombre como siendo las de alguien que recibe golpes, es algo que bien puede ser una perspectiva de sujeto masculino, en tanto que la posición femenina le interesa. Pero no es porque el sujeto masculino en ciertas perspectivas, ya sean las suyas o las de su experiencia clínica, perciba un cierta enlace entre la toma de posición femenina, es algo que tiene más o menos relación con el significante de la posición del sujeto, para que efectivamente eso sea una posición radical y constitutivamente femenina.

Les hago esta observación al pasar, que a propósito de lo que se llama y de eso por lo cual Freud en ese artículo sobre El problema económico del masoquismo, introduce él mismo bajo el término de masoquismo femenino. Es extremadamente importante hacer una corrección parecida.

En modo alguno tengo tiempo para aproximar lo que tenía para decirles a propósito de las relaciones del falo y de la comedia. Lo lamento, pero lo volveré a incluir en nuestro próximo encuentro.



Sur Le Balcon de Genet

5 de Marzo de 1958

Queridos amigos:

Para retomar nuestro discurso interrumpido desde hace tres semanas, partiré de lo que recordábamos ayer a la noche con precisión, que nuestro discurso debe ser un discurso científico.

Dicho esto, parece que para alcanzar este fin, las vías no son tan fáciles cuando se trata de nuestro objeto.

Simplemente he señalado ayer a la noche, la originalidad del momento que constituye en el examen de fenómenos del hombre, la puesta en primer plano, la detención constituída por toda la disciplina freudiana sobre este elemento privilegiado que se llama el deseo.

Les he hecho notar que hasta Freud, este elemento en sí mismo ha estado siempre reducido, y por algún lado elidido precozmente, y es esto lo que permite decir que hasta

Freud todo estudio de la economía humana es más o menos parte de una preocupación moral, ética en el sentido en el que se trata menos de estudiar el deseo que — de aquí en adelante— de reducirlo y disciplinarlo. Ahora bien, es a los efectos del deseo en un sentido amplio, — el deseo no es no de los efectos al margen —, los efectos de deseo que tenemos que hacer en el psicoanálisis.

Este es el sentido de todo lo que me esfuerzo aquí en recordarles, de lo que se manifiesta en esos fenómenos del deseo humano, a saber su fundamental subducción, por no decir subversión, por un cierto "rapport" que es el "rapport" del deseo al significante.

Hoy no es tanto esto lo que les recordaré una vez más, aunque debimos retornar a esto para desde allí volver a partir, pero les mostraré lo que significa en una perspectiva rigurosa la que sostiene la originalidad, condición del deseo del hombre, lo que representa para él ese algo que para ustedes está siempre más o menos implicado en el manejo que hacen de esta noción de deseo, que merece ser distinguida de otras; diría más: que no puede comenzar a ser articulada más que a partir del momento en el que estamos aquí suficientemente inculcados de la noción de la complejidad en la que se constituye este deseo y esta noción de la que hablo, que van a ser el otro polo del discurso de hoy. Esta noción se llama el goce.

Retomando brevemente lo que constituye como tal esa desviación, alienación del deseo en el significante, trataremos de llegar a lo que puede constituir en esta perspectiva, este término en que consiste el hecho en el que el sujeto humano, en su mundo, se apodera de las condiciones mismas que le son impuestas, como si estas condiciones estuvieran hechas para él, y él se satisficiera en ellas.

Esto que ya les indiqué, nos hará desembocar, —y espero llegar hasta ahí hoy—, en lo que ya les he indicado al principio del año; tomando las cosas en la perspectiva del trait d'esprit(88), sobre la naturaleza de la comedia.

Recordemos brevemente esto, que el deseo está instalado esencialmente en un rapport a la cadena significante, que el deseo se instala y se propone(89) al principio de la evolución del sujeto humano como demanda, que la frustración en Freud es "Versagung", es decir rechazo, más exactamente aún, retractación.

Tan algo que nos remontábamos con los kleinianos en la génesis, observan que esta exploración que seguramente era un progreso, aquella que nos conduce a la mayoría de los problemas de evolución del sujeto neurótico a la satisfacción llamada sádico-oral.

Observen simplemente que esta satisfacción se produce (s'opere) en fantasma, y de aquí en más —y de golpe—, en retorsión de la satisfacción fantasmada.

Se nos dice: todo parte de la necesidad de morder(90), algunas veces agresiva, del niñito en relación al cuerpo de la madre. No olvidemos, sin embargo, que todo esto no consiste nunca en un mordisco real, que ahí están los fantasmas y que nada de esta deducción no puede incluso dar un paso si no es que para mostrarnos que el temor al mordisco de retorno(91) es aquí el nervio esencial de eso de lo que se trata, de lo que se trata de demostrar.

Además, conversando ayer a la noche con uno de ustedes quien trataba de retomar —según Susan Isaacs— algunas definiciones válidas de los términos de fantasma, y a muy justo título me comentaba su embarazo total para sacar de esto cualquier deducción que estuviera fundada pura y simplemente sobre la relación imaginaria entre los sujetos. Es absolutamente imposible distinguir de una manera válida los fantasmas inconscientes de esta creación formal que es el juego de la imaginación, si no vemos que —de ahora en adelante— el fantasma inconsciente está dominado, estructurado por las condiciones del significante.

Los objetos primordiales buenos y malos, los objetos primitivos a partir de los cuales se rehace toda la deducción analítica, constituyen una suerte de batería en la que se destacan muchas series(92) de substitutivos —de aquí en más— prometidos a la equivalencia: la leche, el seno; devienen ulteriormente, uno, el esperma, otro, el pene. De aquí en adelante los objetos son, si puedo expresarme de esta forma, significantizados.

Lo que se produce de la relación con el objeto más primordial, el objeto materno, se produce, de entrada y de aquí en adelante, sobre signos, sobre lo que podríamos llamar, para ilustrar lo que queremos decir, la moneda del deseo del otro. Y lo que les he indicado la última vez observando de tan cerca como es necesario para el bien ver esta obra que Freud considera como decisiva, les he señalado que ella ha marcado el paso inaugural a la comprensión por los analistas, comprensión verdadera, auténtica, del problema de la perversión; lo que hemos hecho, pues la última vez, era con miras a hacerles reparar que en esos signos puede operarse una división. Todos estos signos son más complicados, más exactamente el conjunto de los signos no es reductible a lo que podríamos llamar lo que ya les he indicado como títulos; especies de valores fiduciarios: tener esto o aquello. No son pura y simplemente valores representativos, moneda de cambio, como acabamos de decir hace un instante; y en alguna forma signos en tanto que constituídos como tales.

Existen entre estos signos, aquellos que son signos constituyentes, quiero decir por donde la creación del valor está asegurada, quiero decir, por donde este algo de real que está comprometido a cada instante en esta economía, es golpeado por esta pelota que hace de esto un signo.

Esta pelota constituída la última vez por este signo palo de fusta, o de no importa qué cosa que golpea, es este algo por donde, incluso, un efecto desagradable deviene distinción e instauración de la relación en sí por donde la demanda puede ser reconocida como tal; eso por lo que, lo que ha sido el principio medio para anular la realidad rival del hermano, deviene secundariamente este algo por lo que el sujeto, él mismo, se halla distinguido(93), por donde él mismo es reconocido como algo que puede ser, o reconocido o arrojado a la nada, es algo que, de aquí en más, se presenta pues, como la superficie sobre la que puede inscribirse todo lo que puede ser dado más tarde, una especie de cheque —si puedo decir— extendido en blanco, sobre el que todos los dones son posibles. Y ven bien que como todos los dones son posibles, es que —además— no se trata de lo que puede o no ser dado, porque allí se trata de esta relación del amor, de la que les dije que estaba constituída por lo que el sujeto lo da esencialmente, es decir, lo que él no tiene. Todo lo posible de esta introducción en el orden del amor supone por el sujeto este signo fundamental, que puede estar o anulado, o reconocido como tal. Les he pedido durante

este intervalo que hicieran algunas lecturas. Espero que las hayan hecho, quiero decir que se hayan ocupado —al menos— un poquito de "la fase fálica" de Jones, y del desarrollo precoz de la sexualidad femenina.

No quiero más que —ya que hoy debo avanzar— situarlos a propósito de un ejemplo, que es un ejemplo totalmente localizado; lo reencontré revisando lo que había sido dicho para un cierto aniversario conmemorando el cincuentenario de Jones, y que coincidía con la época en la que esta "fase fálica" ocupaba un primer plano en el interés de los psicoanalistas ingleses.

Y en ese número he releído una vez más, con mucho más interés, este artículo de Joan Rivière (International Journal of, vol.10) titulado: "La feminidad como mascarada".

Prosiguiendo el análisis de un caso específico que no es el caso general de la función de la feminidad, Joan Rivière muestra como en un caso que ella sitúa en relación a diversas ramas, los caminos posibles en el acceso a la feminidad, cómo uno de estos casos demostraba, para ella, presentarse tanto más remarcable en su asunción —aparentemente— absolutamente completa, cuanto era precisamente en uno de esos sujetos cuya vida toda, por otro lado, parece —en esa época mucho más aún que en la nuestra— la asunción de todas las funciones masculinas. Dicho de otro modo, se trata de alguien que llevaba una vida profesional perfectamente independiente, elaborada, libre, y que sin embargo (—lo repito— resaltaba más en su época que en la nuestra), se manifestaba por una suerte de asunción correlativa y al máximo, en todos los grados, de lo que se podría llamar sus funciones de ama de casa, en su relación con su esposo; en tanto que mostraba por doquier la superioridad de las cualidades que son forzosamente en nuestro posición social casos unívocos, en todos los estratos sociales de lo que es la carga de la mujer, y particularmente en un otro registro — especialmente en el plano sexual, algo completamente satisfactorio en sus relaciones con el hombre, dicho de otro manera en el goce de la relación.

Entonces, este análisis saca a la luz, bajo esta aparente y entera satisfacción de la posición femenina, algo muy escondido que no constituye menos la base de esto. Algo que sin ninguna duda es lo que se encuentre luego que haya sido incitado por alguna menuda —infinitamente menuda— discordancia que aparece en la superficie de este estado, en un principio completamente satisfactorio.

Es interesante mostrar este algo oculto, porque ustedes conocen la importancia, el acento que nuestra experiencia a puesto sobre el penis-neid, reivindicación del pene, en muchos de los problemas del desarrollo de la sexualidad femenina. Aquí lo oculto, es todo lo contrario, es, a saber, que a este falo se lo llama —no puedo rehacerles la historia de esta mujer, no es el objetivo de hoy, pero la fuente de la satisfacción fundamental soporta lo que aparentemente(94) florece en esta afortunada libido, es la satisfacción oculta de su supremacía sobre los personajes parentales.

Es el término mismo del que se sirve Joan Rivière, y es considerado por ella como que está en la fuente misma de lo que se presenta con un carácter que no está tan asegurado en la evolución de la sexualidad femenina, para no ser señalado en este caso. La fuente del carácter satisfactorio del órgano en sí mismo, es la prueba que precisamente a partir de la detección de este resorte oculto de la personalidad en el sujeto, si solamente de una manera transitoria, obtiene este efecto de perturbar profundamente lo que había sido adquirido o presentado en el sujeto como relación acabada, madura y feliz, habiendo acarreado incluso por un tiempo la desaparición de este feliz desenlace del acto sexual.

Ante lo que, señala Joan Rivière, nos encontramos en presencia de esto: es que, es en función de la necesidad del sujeto de evitar por parte de los hombres la retorsión de esta subrepticia sustracción al otro de la fuente y del símbolo mismo de su poder, que a medida que aparece el análisis, que avanza el análisis, aparece más y más evidentemente guiado, y dominado, y otorgado el sentido de la relación del sujeto con las personas de uno y otro sexo. Es en esta medida que esto debe estar para evitar el castigo, la retorsión por parte de los hombres que están, aquí, en la mira; que el sujeto en una escanción muy fina —pero que aparece tanto mejor cuanto que el análisis avanza, que ya era perceptible sin embargo en estos pequeños rasgos anómalos del análisis, cada vez, en suma, que el sujeto da pruebas de su potencia fálicamente constituída—, se precipita en una serie de procedimientos, sean de seducción, sean incluso procedimientos sacrificiales: hacer todo para los otros, y justamente adoptando en apariencia las formas más elevadas de la abnegación femenina, como algo que consistiese en decir: Pero miren, no tengo el falo, yo soy mujer, y neta mujer, para enmascararse —especialmente en los pasos que sigue junto a los hombres— inmediatamente, en los pasos profesionales, por ejemplo, en los que ella se muestra eminentemente calificada, adoptando de pronto —por una suerte de espantada(95) la actitud de alguien excesivamente modesto, incluso ansioso, acerca de la calidad de lo que ha realizado, y en realidad jugando todo un juego de coquetería, como se expresa la Sra. Joan Riviére, que en ese momento preciso le sirve, no tanto para calmar como para burlarse en su esencia lo que de pronto podría ofenderse por ese algo que ella se presenta esencial y fundamentalmente como agresión, como necesidad y goce de la supremacía como tal, como profundamente estructurada sobre toda una historia que es aquella de la rivalidad con la madre en un comienzo, y con el padre luego.

En resumen, a propósito de un ejemplo como éste, tan paradojal como parece, vemos que de lo que se trata en un análisis —en la comprensión de una estructura subjetiva— es siempre algo que nos muestra al sujeto comprometido en un proceso de reconocimiento como tal, pero ¿de reconocimiento de qué? Entendámoslo bien, ya que de esta necesidad de reconocimiento el sujeto es inconsciente; es por lo que nos hace falta situar en algún sitio esta otra necesidad por toda relación de reconocimiento, situarla en una alteridad de una calidad que nos conocemos hasta el presente, ni hasta Freud, aquella que hace el puro y simple lugar del significante por lo que el ser se divide de su propia existencia, que hace del destino del sujeto humano algo esencialmente ligado a su "rapport", con este signo de ser que está hecho de este signo de ser el objeto de toda suerte de pasiones que presentifican en este proceso, incluso la muerte; por lo que es en su vínculo a este signo que el sujeto está bastante desasido de sí mismo para poder tener este "rapport", pareciese, único en la creación de su propia existencia, que es la última forma de lo que en el análisis llamamos el masoquismo, a saber: ese algo por lo que el sujeto aprehende el dolor de existir.

¿Por qué esta división en la que el sujeto se encuentra constituído desde el principio en tanto que existencia?, porque en otra parte su ser tiene que hacerse representar en el signo, y el signo en sí mismo está en un tercer lugar. Aquí está lo que desde el nivel del

inconsciente, estructura el sujeto en esta descomposición de sí mismo sin al que nos es imposible fundamentar de manera válida lo que se llama el inconsciente.

Tomen el mínimo sueño que sea, verán ustedes, a condición de que lo analicen correctamente, teniendo en cuenta la Traundeutung, que no es en lo que se presenta en el sueño como significante articulado —incluso ya hecho el primer desciframiento— que se encarna el inconsciente. A cada paso, Freud vuelve a esto y lo subraya: existen sueños, dice él, hipócritas; estos no son menos la representación de un deseo, sería el deseo de engañar al analista. Recuerden lo que les he señalado de ese pasaje plenamente articulado en el análisis de un caso de homosexualidad femenina.

Pero este mismo discurso inconsciente —que no es sin embargo la última palabra del inconsciente(96), está sostenido por lo que es verdaderamente el último resorte del inconsciente. No puede ser articulado de otra manera que como deseo de reconocimiento del sujeto, fuese esto a través de una mentira, de aquí en más, articulada al nivel de los mecanismos que escapan a la consciencia, deseo de reconocimiento que sustenta en esta ocasión la mentira misma, que puede presentarse, en una falsa perspectiva, como mentira del inconsciente.

Esto nos brinda el sentido y la clave de la necesidad en la que nos encontramos, de plantear en el origen de todo análisis del fenómeno subjetivo completo, —tal como nos es presentado por la experiencia analítica—, este esquema alrededor del cual intento hacer progresar el camino auténtico de la experiencia de las formaciones del inconsciente; esto es lo que he promovido ante ustedes recientemente, bajo esta forma que puedo hoy presentarles, en suma, de una manera más simple. Son siempre, desde luego, las formas más simples las que deben ser presentadas en último término. ¿Qué tenemos aquí, en este ángulo de tres polos que constituye la posición del sujeto?

El sujeto en tanto que en su relación con una tríada de términos, que son los cimientos significantes de todo su progreso, señaladamente la madre, en tanto que ella es el primer objeto simbolizado cuya ausencia o presencia hacen devenir para le sujeto el signo del deseo en el que se va a enganchar su propio deseo. Dicho de otro modo, lo que va a hacer o no de él, no simplemente un niño satisfecho o no, sino un niño deseado o no.

Esto no constituye una construcción arbitraria. Reconozcan que coloco algo que paso a paso nuestra experiencia nos ha enseñado a descubrir. Hemos sabido por la experiencia, aquello que conlleva consecuencias en cascada, desestructuración casi infinita, el hecho de —para un sujeto antes de su nacimiento—, haber sido de allí en más un niño no deseado.

Este término es esencial, es más esencial que haber sido en tal o tal momento un niño más o menos satisfecho. El término niño deseado es aquel que responde a la constitución de la madre en tanto que asiento del deseo. A esto responde toda esta dialéctica de la relación del niño al deseo de la madre, que he tratado de mostrarles, y que se resume, se concentra en esto: en el hecho primordial del símbolo del niño deseado, y aquí el término del padre, en la medida en que él está en el significante, —este significante por lo que el significante mismo está planteado como tal, y es por esto que el padre es esencialmente creador, diría incluso creador absoluto, aquel que crea con nada—; es en la medida en que el significante, —su dimensión original en sí misma, él puede contener el significante, que él se define como el surgimiento de este significante.

Es en relación a esto que algo esencialmente confuso, indeterminado, no despegado (détaché) de su existencia, está sin embargo hecho para despegarse de ella; este sujeto en tanto que debe ser significado, tiene que orientarse. Si son posibles identificaciones, es siempre en la medida en que algo para el sujeto se estructura en esta relación triádica constituída al nivel del significante, y si él puede llegar, en lo interior de lo por él vivido, a dar tal o tal sentido a ese algo que le es dado por su psicología humana particular, es en esta relación que esto se constituye. Entonces, no tengo que volver sobre el hecho de la homología de los términos de lo que constituye a nivel del significado —del lado en que está el sujeto en relación a estos tres términos simbólicos— esta homología. En parte, lo he demostrado, no hago más que esto al fin de cuentas aquí, en parte. Yo siempre les pido más información, más demostración, para seguirme sobre este asunto.

Es en la relación con su propia imagen que el sujeto reencuentra la duplicidad del deseo materno de él como niño deseado, que no es más que simbólico. Lo vivencia, lo experimenta en esta relación (rapport) a la imagen de sí mismo a la cual pueden venir a superponerse tantas cosas, este algo que por ejemplo se ilustra. Procederé a hacerlo inmediatamente.

Ayer a la noche, hice alusión al hecho de haber observado de bastante cerca, la historia del niño de Gide tal como Jean Delay nos la expone de manera verdaderamente exhaustiva en la patografía que nos ha presentado de este caso. Es totalmente claro que Gide, el niño desgraciado como lo ha dicho en alguna parte el autor, ante la vista fotográfica delante de la cual el personaje se ha sentido estremecer, que Gide, el niño desgraciado, el niño librado a su erotismo, auto-erotismo primitivo, a las imagenes más inconstituidas (ya que, nos dice) encuentra su orgasmo en su identificación a situaciones de alguna manera catastróficas. Encontraba muy precozmente su goce en la lectura de algunos términos, en la lectura de madame de Ségur por ejemplo, en cuyos libros son verdaderamente fundamentales en toda la ambigüedad del sadismo primordial, pero donde el sadismo no es quizás el más elaborado, donde ha tomado la forma del niño golpeado, de una sirvienta que deja caer algo en una gran cataplúm de destrucción de lo que sostiene entre sus manos, o la identificación a este personaje de Gribouille de un cuento de Andersen quien se va hacia una corriente de agua y termina por llegar a una lejana orilla, transformado en rata muerta, es decir en las formas menos humanamente constituidas de este dolor de la existencia.

Seguramente, nada podemos aquí aprehender, sino ese algo abismal que está constituido en esta relación primera con una madre de la que sabemos, a la vez, que tenía muy altas y remarcables cualidades, y un no sé qué de totalmente elidida en su sexualidad, en su vida femenina, quien de seguro pone en su presencia al niño, en sus años primeros, en una posición totalmente insituada(97).

El punto de giro, el punto en el que la vida del joven Gide retoma, si se puede decir, sentido y constitución humana, es este momento de identificación crucial que nos es dada, tan claramente como es posible, de su recuerdo, que deja de una forma indudable su marca en toda su existencia; ya que además conservo en esto el punto pivote y el objeto a

través de toda su existencia, en esta identificación a su joven prima, de la que no es suficiente dar este término bajo esta forma vaga. Identificación, es cierto, él nos lo dice; ¿cuándo? En ese momento en el cual no se detiene bastante su carácter singular, en el que reencuentra a su prima llorando en el segundo piso de la casa, dónde él se precipitó, no tanto atraído por ella que por su buen olfato, por su amor a lo clandestino que reina en esta casa, después de haber atravesado el primer piso donde la madre de esta prima, su tía, él la ve —más exactamente la entrevé— más o menos, en brazos de su amante. El encuentra a su prima llorando y nos suma de ebriedad, entusiasmo, amor, desamparo y devoción. Se consagra a proteger esta niña, nos dice él más tarde. No olvidemos que era mayor que ella, en esa época Gide tenía trece años, mientras que Madeleine tenía cuatro.

Se produce en ese momento ese algo del que no podemos comprender en absoluto su sentido si no lo planteamos dentro de esta relación tercera en la que el joven André se encuentra, no solamente con su prima, sino con aquella que en el piso de abajo, está evaporando sus calores de fiebre, y si no nos acordamos de este antecedente que André Gide nos brinda en "la Porte Etroite", a saber una tentativa de seducción operada por la llamada madre de su prima.

Lo que se produce entonces, ¿qué es? El ha devenido el niño deseado, André Gide, en el momento de esta seducción de la que huye con horror, porque, en efecto, nada viene a aportar allí este elemento de mediación, este elemento de aproximación que hace de esto otra cosa que un trauma; se encontró, no obstante, por primera vez en posición de niño deseado.

Este problema produce la salida de esta situación nueva, y que en cierto modo será para él, salvadora, pero que va, sin embargo, a fijarlo en una posición profundamente dividida con respecto a la forma de actividad tardía, y —lo repito—, sin mediación, en la cual se produce este reencuentro.

¿Qué va a conservar en la constitución de este término simbólico que hasta ahora le faltaba? El no conservará más que el lugar del niño que, en fin, va a poder ocupar por intermedio de su prima. En este lugar donde había un agujero, hay ahora un lugar, pero nada más, ya que, por supuesto, se rehusa a este lugar, no puede aceptar el deseo del que es objeto, pero contrariamente, su yo (moi) indiscutiblemente no es de identificarse, —y jamás sin saberlo— al sujeto del deseo del que es ahora dependiente. Es decir, de él, de enamorarse para siempre, hasta el fin de su existencia, enamorarse de este pequeño niño que ha sido por un instante entre los brazos de su tía, de esa tía que le ha acariciado el cuello, los hombros y el pecho. Y veremos que toda su vida está en lo que nos podemos basar, a saber, de lo que nos ha confesado, que desde su viaje de bodas cada uno se asombra y se escandaliza, y casi ante su mujer piensa en el supliciante deleite —como él lo expresa— de las caricias de los brazos y hombros de los jóvenes muchachos que encuentra en el tren.

He aquí una página, en lo sucesivo, célebre, que forma parte de la literatura en la que Gide muestra lo que para él permanece como punto privilegiado de toda fijación de su deseo.

En otros términos, aquello que a nivel de lo que deviene para él su ideal del yo (idéal du moi), lo que ha sido sustraído aquí, a saber el deseo del que él es el objeto, y que no puede soportar, lo asume para sí mismo. Se enamora para siempre y eternamente de ese mismo muchachito acariciado que no ha querido, él, ser.

En otras palabras, captamos esto: que entre este término del niño deseado donde hace falta que se elabora alguna cosa, donde hace falta que reúna a este significante que primordialmente constituye el sujeto en su ser, es necesario que ese yo (moi) ese punto X donde él está, lo reúna de cualquier manera, que se constituya aquí es ideal del yo (idéal du moi) que marca todo el desarrollo psicológico de un sujeto. Este ideal del yo está marcado:

1) del signo del significante

2) de saber de dónde puede él partir, para saber por progresión, a partir del yo (moi), o al contrario sin que el yo (moi(pueda hacer otra cosa que sufrir una serie de accidentes, librado a aventuras a partir del mismo significante, o sea reconocer que lo que se produce a espaldas del sujeto, por la sola sucesión de accidentes, de aquello que le permite subsistir en su posición significante de niño más o menos deseado; ese algo nos muestra que es en el mismo lugar —según que se produzca por la vía consciente o por la vía inconsciente—, es en el mismo lugar que se produce lo que llamamos en un caso ideal del yo, y en el otro caso perversión.

La perversión de André Gide no se sustenta tanto en el hecho que no puede desear más que muchachitos, que en el muchachito que había sido. La perversión de André Gide consiste en esto: Es que allí él no puede constituirse más que a decirse perpetuamente, a someterse en esta correspondencia que para él es el corazón de su obra, a ser aquel que se hace valer en el lugar ocupado por su prima, aquel cuyos pensamientos todos se tornan hacia ella, aquel que le da literalmente a cada instante todo lo que él no tiene, pero nada más que esto, que se constituye como personalidad en ella, por ella, y en relación a ella, que lo coloca, en relación a ella, en una suerte de dependía moral que le hace exclamar en alguna parte: "Ustedes no pueden saber lo que es el amor de un estanquero! Es algo como un amor embalsamado(98)".

Esta proyección entera de lo que es su propia esencia en lo que es la base, en efecto, el corazón y la raíz —en él— de su existencia de hombre de letras, de hombre enteramente en el significante, y en esa relación y en lo que comunica, es por ahí que él está asido(99) en la relación inter-humana, que para él esta mujer no deseada puede ser, en efecto, objeto de supremo amor que esencialmente no llega, y que cuando este objeto con el cual ha llenado este agujero de amor sin deseo, cuando este objeto con el cual ha llenado este agujero de amor sin deseo, cuando este objeto desaparece, él lanza este miserable grito, del que he mostrado, indicado, ayer a la noche en lo que les decía, el parentesco con el grito cómico por excelencia: ¡mi cofrecito! ¡mi querido cofrecito! El cofrecito del avaro.

Todas las pasiones en tanto que son alienación del deseo en un objeto, están en el mismo plano. Por supuesto el cofre del avaro nos hace reír más fácilmente —al menos que tengamos en nosotros algún acento de humanidad— lo que no es el caso universal— que la desaparición de la correspondencia de Gide, de esta correspondencia de Gide con su mujer. Evidentemente debía ser para todos nosotros algo que tiene su precio para

siempre. Lo que no quiere decir que fundamentalmente no sea la misma cosa, y que el grito de Gide cuando la desaparición de esta correspondencia, es el mismo grito que aquel de la comedia, que aquel del avaro Harpagon.

Esta comedia de la que tratamos ¿Qué es?.

La comedia es algo que nos alcanza por miles propósitos dispersos. La comedia no es lo cómico. Todo cómico debe poder, si damos de la comedia una teoría correcto, si creemos que al menos durante un tiempo la comedia ha sido la producción ante la comunidad, ante la comunidad en tanto que ella representa a un grupo de hombres, es decir, como constituyendo por encima de ella la existencia de un hombre como tal. Si la comedia ha sido esto que parece haber sido en un momento en que la representación de la relación del hombre a la mujer era objeto de algo que tenía un valor ceremonial, de algo que hace que yo no sea el primero en comparar al teatro con la misma. Todos aquellos que se aproximaron a la cuestión del teatro han señalado que seguramente sólo en nuestra época el drama de la misma representa esencialmente lo que es en un momento de la historia a representado el desarrollo completo de las funciones del teatro. Si, por una parte entonces, en los tiempos de la gran época del teatro griego, la tragedia representa esta relación del hombre a la palabra(100) en tanto que lo toma en su fatalidad y en una fatalidad conflictual, por eso la cadena es el lazo del hombre a la ley significante, no es la misma a nivel de la familia y a nivel de la comunidad. Esto es la esencia de la tragedia.

La comedia representa esto: que es —y no sin lazos a la tragedia, ya lo saben—, una comedia que completa siempre la trilogía trágica. No podemos considerarla independiente, y esta comedia, les mostraré que encontramos al punto, la traza (la trace) y la sombra hasta en el comentario marginal del drama cristiano mismo. Por supuesto, no a nuestra época de cristianismo constipado, en la que no osaría acompañar las ceremonias de esas robustas farsas que están constituidas por lo que se llamaba el "isuspascalis(101)". Pero dejemos esto de lado.

La comedia se presenta como el momento en el que el sujeto y el hombre tienden a tomar esta relación a la palabra(102) como no siendo tampoco su compromiso su disfraz en estas necesidades contrarias, sino como siendo después de todo no solamente su affaire, sino ese algo en el cual el tiene que articularse él mismo como el que saca provecho de esto, que goza de esto, que lo consume, y para decir todo, es aquel que de esta comunión está destinado a absorber la sustancia y la materia.

La comedia, se puede decir, es algo así como la representación del final de la comida comunitaria(103) a partir de la cual la misma tragedia ha sido evocada. Es el hombre al fin de cuentas quien consume todo lo que ha sido aquí presentificada de su sustancia y de su carne común, se trata de saber lo que va a dar.

Lo que va a dar, para comprenderlo, creo que no hay absolutamente otro medio que trasladándose a la antigua comedia, en las que todas las comedias que le han seguido no son más que una suerte de degradación en las que los rasgos (traits) son siempre reconocibles, en las comedias de Aristófanes, en esas comedias como "La asamblea de las mujeres", como "Lisistrata", como las "les moforias" hace falta que se trasladen para ver dónde nos lleva esto. Y, por supuesto, era a esto a lo que me trasladaba cuando comencé a indicarles en qué sentido la comedia manifiesta por una especie de necesidad interna esta relación al sujeto (rapport au sujet), a partir del momento en que es su propio significado, a saber el fruto del resultado de esta relación (rapport) de significante que debe venir, efectivamente, al escenario de la comedia plenamente desarrollada. Es este término quien, él mismo, necesariamente designa, en tanto que está significado, es decir, que tanto que recoge, asume, goza de la relación a un hecho, que fundamentalmente le está en una cierta relación (rapport) con el orden significante, la aparición de este significado que se llama el falo.

Encuentro que después que les he aportado este término, ya no he tenido más que abrir ese algo en los días que han seguido al bosquejo rápido que les he dado de La escuela de mujeres de Molière, como representando esa relación (rapport) cómica esencial como algo que creo poder considerar como un muy singular resurgimiento de una obra maestra verdaderamente extraordinaria de la comedia, —si lo que creo leer en la comedia de Aristófanese es justo— y que no es otra que "el Balcón" de Jean Genêt.

¿Qué es "El Balcón" de Jean Genêt?

Ustedes saben que vivas oposiciones se forman ante lo que sea presentado. Bien entendido, no tenemos de qué asombrarnos por una cosa semejante en un estado semejante del teatro, en el que se puede decir que su sustancia y su interés consisten principalmente en eso que, sobre el escenario los actores ejerzan títulos diversos, lo que bien entendido colma de contento y de cosquilleo a los que están allí para identificarse a esta suerte de exhibición: bien hace falta llamarla por su nombre.

Si el teatro es otra cosa, de seguro creo que una pieza como la que nos es articulada por Jean Genêt está hecha para hacérnoslo sentir, pero no es cierto tampoco que el público está en estado de escucharla. Me parece, sin embargo, difícil no ver en esto el interés dramático, lo que voy a tratar de exponerles.

Miren, Genêt habla de algo que quiere decir más o menos esto, yo no digo que sepa lo que hace, eso no tiene importancia que lo sepa o que no lo sepa. Corneille tampoco sabía probablemente lo que escribía en tanto que Corneille, y no impide que lo haya hecho con un gran rigor. Aquí las funciones humanas en tanto que se trasladan a lo simbólico, a saber, el poder de lo que como se dice, liga y desliga lo que ha sido conferido por Cristo a la posteridad de San Pedro y a todos los obispos, liga y desliga el orden del pecado, de la falta(104), si el poder de aquel que condena, que juzga y que castiga, —el del juez—, si el poder de aquel que asume el mandato en este gran fenómeno que sobrepasa infinitamente el de la guerra, y quien ese el jefe de la guerra, más comúnmente el general, si todos estos personajes representan funciones en relación a las cuales el sujeto se encuentra de alguna manera como alienado en relación (par rapport) a esta palabra(105) de la que se descubre el soporte, en una función que sobrepasa por mucho su particularidad, si estos personajes serán de golpe sometidos a la ley de la comedia, es decir, si nos ponemos a representarnos lo que es para gozar de esas posiciones, posiciones de irreverencia sin duda, (de plantear así la cuestión), pero la irreverencia de la comedia no es algo ante lo que haga falta detenerse sin tratar de saber lo que resulta un poco más lejos.

Por supuesto, es siempre en algún período de crisis, es en el supremo momento del desamparo de Atenas, —precisamente por la aberración de una serie de malas elecciónes y por una sumisión a la ley de la ciudad, que parece literalmente arrastrarla a su pérdida—, que Aristófanes ensaya este despertar que consiste en decir que, después de todo, uno se agota en esta guerra sin salida, que no hay nada tal como quedarse en su casa bien al calor y reencontrar su mujer. No es algo que —propiamente hablando— es planteado como una moral, es una reanudación de la relación esencial del hombre a su estado, que está sugerida, sin que fuéramos a saberlo por otro lado, si las consecuencias de esto son más o menos salubres.

Acá, vemos al obispo, el juez y el general ante nosotros promovidos a partir de esta cuestión: ¿qué puede ser esto de gozar de su estado de obispo, de juez y de general?.

Entonces, esto nos explica el artificio por el cual este Balcón no es otra cosa que lo que se llama una casa de ilusión, es a saber que si efectivamente esto que se produce a nivel de las diferentes formas del ideal del yo que situé en alguna parte de aquí, es algo que efectivamente no es como se lo cree, el efecto de una súplica en el sentido en que sería la neutralización progresiva de funciones enraizadas en el interior, sino bien contrariamente algo que está siempre más o menos acompañado de una erotización de la relación (rapport) simbólica, la asimilación, quizás, realizada de aquel que en su posición y en su función de obispo, de juez o de general, goza de su estado con algo que todos los encargados de casas de ilusión conocen, a saber, el viejito que viene a satisfacerse de una posición estrictamente calculada, que lo pondrá por un instante en la más extraña diversidad de posiciones asumidas en relación a una partenaire cómplice que querrá asegurarse bien el rol de ser en la ocasión, su "répondante"(106).

Así vemos que alguien empleado en algún establecimiento de crédito, viene aquí a revestirse de los ornamentos sacerdotales para obtener de una prostituta complaciente una confesión, que no es más que un simulacro, y en la que en algún grado hace falta que la verdad se aproxime. Dicho de otra forma que algo en la intención de su cómplice le permita ver esta relación en un goce culpable en el cual le es necesario —al menos— creer que ella participa, y esta no es la mínima singularidad del arte, del lirismo con el que el poeta Jean Genêt sabe proseguir ante nosotros este diálogo del personaje, de seguro grotesco más allá de toda expresión, grotesco aún en dimensiones grandiosas: lo hace montar sobre patines para que su posición caricatural sea todavía más exaltada, sin la cual vemos al sujeto perverso, de seguro complacerse en buscar su satisfacción en algo con lo que se relacióna (se met en rapport), con una imagen, con una imagen a pesar de, en tanto que ésta es el reflejo de algo esencialmente significante.

Dicho de otro modo, Genêt —en tres grandes escenas— Genêt nos presentifica, nos encarna sobre el plano de la perversión, lo que a partir de este momento toma su nombre, a saber, que en un lenguaje recio podemos en el día de gran desorden, llamar: todo el burdel en el que vivimos, en tanto que es como toda sociedad, siempre más o menos en estado de degradación. Ya que la sociedad no sabría definirse de otra manera que por un estado más o menos avanzado de degradación de la cultura: todo el burdel, toda esta confusión que se establece en las relaciones no obstante sagradas y fundamentales del hombre y de la palabra; todo el burdel está allí representado en su lugar, y sabemos de qué se trata.

¿De qué se trata entonces?. Se trata de algo que nos encarna la relación del sujeto a las funciones de la fe en sus formas diversas, y en sus formas más sagradas, como siendo ellas mismas algo que se prosigue por una serie de degradaciones en las que lo santo(107) es por un instante realizado. No es otra cosa que el obispo mismo, el juez y el general a los que vemos aquí en postura de especialistas —como se expresa en términos de perversión— y que acusan de relación del sujeto con la función de la palabra(108). ¿Qué pasa, entonces? Pasa esto, esta relación (rapport) si es una relación adulterada, si es una relación en la que cada uno ha fracasado y donde nadie se reencuentra, no es menos cierto que esta relación continúa sosteniéndose, por degradada que esté, para ser presentada ante nosotros, no es menos cierto esta relación subsiste pura y simplemente —si no es como dependencia y reconocimiento legítimo de esta relación— por lo menos como algo que está ligado a esto que existe, a lo que se llama su orden.

Entonces, esta relación en sostén del orden, ¿a qué se reduce si una sociedad llega a su más extremo desorden? Se reduce a algo que se llama la policía. Esta suerte de último recurso, de último derecho, de último argumento del orden que se llama el sostén del orden, que se crea en ayuda de la instauración como siendo el centro, al fin de cuentas, de la comunidad de lo que igualmente se presenta en su origen, a saber, los tres picos cruzados(109), y en el centro de este cuartucho, esta reducción de todo lo que es el orden en su sostén; esto está encarnado en el personaje pivot, central del drama de Genêt, a saber, el prefecto de policía.

La hipótesis es esta; y es muy bonita: el prefecto de policía, el que sabe que sobre él esencialmente recae el mantener el orden, es quien es de alguna manera el término último, el residuo de todo poder, el prefecto de policía cuya imagen no está aún elevada a una nobleza suficiente para que alguno de los viejitos que vienen al burdel pida tener los ornamentos, atributos, el rol y la función del prefecto de policía. Hay quien sabe jugar al juez ante una pequeña prostituta, para que ella se confiese ladrona, y por otro lado se concentra en esto para obtener la confesión; pues, ¿cómo sería yo juez si tu no fueses una ladrona? dice el juez. Paso lo que dice el general a su yegua. Contrariamente nadie ha podido ser el prefecto de policía.

Esto, entendido bien, es pura hipótesis, no tenemos la suficiente experiencia en burdeles para saber si efectivamente después de largo tiempo al prefecto de policía se ha elevado a la dignidad de los personajes en la piel de los cuales se puede gozar. Pero el prefecto de policía (ya que es un buen amigo de la encargada de todo el burdel) —(no busco hacer para nada teoría, menos si ha dicho se trataba de cosas concretas)—, el prefecto de policía viene e interroga ansiosamente: "¿Ha habido alguno que pidió ser el prefecto de policía?".

Esto no ocurre jamás. De la misma forma en que no hay uniforme de prefecto de policía; hemos visto desplegarse el hábito, la toga del juez, el képi del general, sin contar los pantalones de este último, pero no hay nadie que haya entrado en la piel del prefecto de policía para hacer el amor.

Este es el pivot del drama. Sepan que todo esto ocurre en el interior del burdel, ocurre mientras que alrededor la revolución causa estragos. Todo esto pasa, y yo se los paso.

Tendrán mucho placer en descubrir, leyendo esta comedia, todo lo que pasa en el interior y —lejos de ser tan esquemático como yo se los planteé— está acompañado de la crepitación de las ametralladoras en el exterior, con una ciudad en revolución, y todas estas damas se preparan a perecer con señorío, masacradas por las morenas y virtuosas obreras que son aquí consideradas como que representan al hombre entero, el hombre real, aquel que no duda que su deseo puede llegar al advenimiento, a saber, a hacerse valer como tal y de una manera armoniosa. La conciencia proletaria ha creído siempre en el éxito de la moral, se equivoca o tiene razón. Qué importa, lo que importa es que Jean Genêt nos muestra el resultado de la aventura —estoy forzado a ir un poco más rápido—, en esto el prefecto de policía no duda, porque es su función, como es su función (es a causa de esto que la pieza se desarrolla como se desarrolla) el prefecto de policía no duda que tanto después como antes de la revolución, esto será siempre el burdel. Sabe que la revolución en este sentido es un juego, en efecto es un juego de manos que yo les paso (ya que hay todavía aquí una muy bella escena, en la que el diplomático de raza les viene a aclarar al amable grupo que se encuentra en el centro de la casa de ilusión, sobre lo que pasa en el palacio real, a saber, en su estado de más legitimidad; la reina borda, y no borda; la reina ronca, y no ronca; la reina borda un pequeño pañuelo. Se trata de saber lo que habrá en el medio, a saber, un cisne(110), un cisne del que no se sabe todavía si irá sobre la mar, sobre un estanque, o sobre una taza de té). Les paso entonces lo que concierne al desvanecimiento último del símbolo; pero lo que se produce y la que se convierte en la voz, la palabra de la revolución es una de las prostitutas que ha sido educada por un virtuoso plomero, y que se encuentra cumpliendo el rol de la mujer de gorro frigio sobre las barricadas (con esto además es una suerte de Juana de Arco), ella sabrá (pues conoce en todos sus rincones la dialéctica masculina, porque ha estado allí donde se la escucha desarrollarse en todas sus fases), ella sabrá hablarles y responderles, la llamada Chantal, —se la llama así en esta obra— es escamoteada en un juego de manos, es decir recibe una bala en su cuerpo e inmediatamente después el poder aparece encarnado en la maitresse(111) de la casa en cuestión, Irma, la encargada del burdel, quien asume (y con qué superioridad) las funciones de la reina. No es ella también alguien que ha pasado al puro estado del símbolo, ya que como se expresa en alguna parte, en ella nada es verdadero excepto sus joyas?.

A partir de este momento llegamos a algo que es el alistamiento de los personajes, de los perversos que hemos visto exhibirse durante todo el primer acto, en un rol bello y bien auténtico, integral, en la asunción de las funciones recíprocas que encarnan en sus pequeños jugueteos diversamente amorosos.

En este momento un diálogo de gran vigor político se establece entre el personaje del prefecto de policía que necesita de ellos, naturalmente, para representar esto que debe sustituirse al orden precedentemente atropellado, y para hacerles asumir a ellos las funciones, lo que por otro lado, sin repugnancia, ya que comprenden muy bien que otra cosa es gozar al calor y abrigo de las murallas de una de estas casas de la que no se reflexiona bastante que es el lugar mismo donde el orden es lo más minuciosamente reservado, a saber, para ponerlos a merced de los golpes del viento, incluso de las responsabilidades que estas funciones realmente asumidas comportan.

Aquí, evidentemente, estamos en la franca farsa, pero, esto es el tema, es la conclusión de esta farsa de alto vuelo, sobre la que quisiera finalmente poner el acento.

Es que en el medio de todo este diálogo, el prefecto de policía continúa conservando su preocupación: "Alguno vino pidiendo ser el prefecto de policía?" "¿Alguno reconoció lo bastante mi grandeza?". Es necesario reconocer que quizás aquí, por un instante al menos, su lugar imaginario en este reencuentro tiene una satisfacción difícil de obtener.

¿Qué sucede?. Sucede, primero, esto: Descorazonado de esperar indefinidamente el acontecimiento que para él sea la sanción de su ascención al orden de las funciones respetadas, porque profanadas, el prefecto de policía consulta primero, lo que ha venido a demostrar: que sólo él es el orden y el pìvot de todo, a saber, que al fin de cuentas, en última instancia no hay nada más que la fuerza, encontramos aquí algo que no carece de significación, que el descubrimiento del ideal del yo (idéal du Moi) a sido en Freud aproximadamente coincidente con la inauguración de este tipo de personaje que ofrece a la comunidad política una identificación única y fácil, a saber, el dictador.

El prefecto de policía les consulta a los que lo rodean sobre lo oportuno de una especie de uniforme, y también de símbolo, de su función. Y no sin la timidez para el caso —ya que en verdad ha golpeado los oídos de los que lo escuchaban— él prefecto propone un (phallus) falo.

¿Acaso la Iglesia verá en esto alguna objeción?, y se inclina hacia el obispo quien, en efecto, menea por un instante su bonete marcando alguna vacilación, pero sugiere que después de todo, si se le colocara la paloma del Espíritu Santo la cosa sería más aceptable.

Del mismo modo, el general propone que el mentado símbolo(112) sea pintado con los colores nacionales, y algunas otras sugestiones de este tipo, que dan a pensar que se va a llegar bastante rápido a lo que se llama en estos casos, un convenio.

En este momento, la sorpresa, el efecto teatral(113), explota.

Una de las chicas, de las que les he comentado el rol en esta pieza hormigueante de significaciónes, aparece en escena, con las palabras entrecortadas aún por la emoción por lo que acaba de ocurrirle; que no es nada menos que esto: El personaje que era su amigo (y esto es bien significativo), el personaje del salvador de la prostituta, elevada al estado de símbolo revolucionario, el personaje, pues, del plomero (conocido en esta casa) ha venido a su encuentro y le ha pedido lo que le hacía falta para parecerse al personaje del prefecto de policía.

Emoción general. Constricción en la garganta.

Estamos ante el fin de nuestras aflicciónes. Todo ha sido —hasta, comprendida la peluca del prefecto de policía—. quien salta: ¿cómo lo saben?. Se le contesta: Nadie más que Ud. piensa que todo el mundo ignora que Ud. usa peluca; y el personaje una vez revestido de todos los atributos de aquel cuya figura es verdaderamente la figura heroica del drama, hace el gesto que la prostituta hace, el de arrojarle a la figura, después de haberla resaltado, eso con lo que, dice ella públicamente, él no desvirgará jamás a nadie.

En ese momento el prefecto de policía que estaba muy cerca de llegar a la cima de su satisfacción, tiene sin embargo este gesto rápido de controlar, que le queda todavía. Le queda en efecto; y su pasaje al estado de símbolo bajo al forma del uniforme fálico propuesto ha, de aquí en adelante, devenido inútil.

En efecto, a partir de este momento es totalmente claro que aquel que representa el deseo simple, esta necesidad que tiene el hombre de reunir, de una manera que pueda ser auténtica y directamente asumida, su propia existencia, su propio pensamiento, un valor que no sea puramente distinto de su carne, es claro que es por ello que este sujeto que está allí representando el hombre, aquel que ha combatido para que algo que hemos llamado hasta ahora el burdel, reencuentre su equilibrio, su norma y su reducción a algo que pueda ser aceptada como plenamente humana, que esto no se reintegra, no se ofrece una vez pasada la prueba, más que a la condición, precisamente, de castrarse. Es decir, de hacer que el falo sea algo que sea de nuevo promovido al estado de significante, a ese algo que pueda o no, dar o retirar, conferir o no conferir, esto que en este momento se confunde, y de la manera más explícita, es decir que es aquí, después de esto que se termina la comedia, se confunde y se une la imagen del creador del significante del padre nuestro, del padre nuestro que estás en los cielos. Retomaré y me referiré a esto. Verán como para nosotros nos podrá servir más tarde de indicación, de indicación en esta cuestión esencial del deseo y del goce del que hoy he querido darles el primer gramo.



Clase 15

12 de Marzo de 1958

Saben ustedes lo que tratamos de hacer aquí, es en las dificultades y en los callejones sin salida(114), en las contradicciónes que son el tejido de vuestra práctica, es en el mínimo presupuesto de nuestro trabajo en lo que ustedes tiene que reparar; tratar de traerlos siempre al punto en que estos callejones sin salida y estas dificultades pueden a la vez aparecerles en su verdadero alcance, y de este hecho eludirse trasladándose a estas teorías parciales, incluso escamoteos, deslizamiento de sentido en los términos mismo que ustedes emplean, que son también el lugar de todas las coartadas(115).

Hemos hablado la última vez del deseo y del goce. Quisiera mostrarles hoy de manera progresiva en este mismo texto lo que sobre un punto aporta Freud, por su observación de las dificultades que esto propone a sus seguidores, y de la manera en que tratando de ceñir de más cerca las cosas, —a partir por otro lado de ciertas exigencias preconcebidas, algo se desprende que va más lejos en el sentido de la dificultad, y como quizá podemos

hacer un tercer paso. Se trata especialmente de Freud, a propósito de la posición fálica en la mujer, y más exactamente de lo que se llama la fase fálica.

Recuerdo sobre lo que hemos llegado, sobre lo que hemos puesto el acento, lo que en nuestras tres o cuatro últimas reuniones hemos comenzado a articular: este deseo que como tal y señaladamente, está puesto en el corazón de la meditación de la experiencia analítica. Aquí lo hemos formulado resumiendo, concentrando lo que hemos dicho, como una demanda significada. He aquí dos términos que no hacen más que uno: de igual forma en que demando, yo les significo a Uds., mi demanda, les significo un orden, yo les significo una pausa(116).

Esta demanda, pues, implica al Otro, aquel de quien él está exigido, pero también como aquel para quien esta demanda tiene un sentido, un Otro que entre otras dimensiones tiene aquella de ser el lugar donde este significante tiene su alcance.

Esto lo sabemos ya: el segundo término, demanda significada, en el sentido en el que yo les significo algo, les significo mi voluntad, este es el punto importante hacia el cual nos hemos dirigido especialmente.

Ahora este significado implica en el sujeto la acción estructurante de significante constituido en relación a la necesidad, en relación a este deseo en una alteración esencial; en relación a la necesidad esta alteración está constituida por esto que es la entrada del deseo en la demanda.

Me detengo un instante para hacer un paréntesis. Hasta el presente, por una razón de tiempo y de economía, hemos dejado de lado este año —en el que no obstante hablamos de las formaciones del inconsciente, el sueño. Conocen lo esencial de la afirmación de Freud concerniente al sueño, es que el sueño expresa un deseo. Pero al fin de cuentas no hemos siquiera empezado a preguntarnos que es lo que es este deseo del sueño; si este deseo del que hablamos —y hay más de uno en el sueño— son los deseos del día que le dan la ocasión, el material. Cada uno sabe lo que nos importa, es el deseo inconsciente.

Este deseo inconsciente, ¿porqué, en suma, Freud lo ha reconocido en el sueño? ¿En nombre de qué? ¿En qué es reconocido? No hay nada en el sueño aparentemente de manera manifiesta que corresponda a aquello por lo cual un deseo se manifiesta gramaticalmente.

No hay ningún texto de sueño, salvo aparentemente, es decir, que deba ser traducido en una articulación más profunda pero a nivel de esta articulación que está enmascarada, que está latente, ¿qué es lo que la distingue?, ¿qué es lo que pone el acento sobre aquello que articula el sueño?

Por supuesto, nada aparentemente.

Observen que al fin de cuentas, en el sueño, lo que Freud reconoce como deseo, es por lo que yo les he dicho, a saber, por la alteración de la necesidad, que aquí es señala, es en tanto que esto que está en el fondo está enmascarado, articulado en algo que lo transformo. ¿Qué lo transforma en qué? En esto que pasa por un cierto número de modos, de imagenes que están allí en tanto que significantes. Es por la entrada en juego de toda una estructura que sin duda es la estructura del sujeto, por lo que eso que debe operar un cierto número de instancias.

Pero esta estructura del sujeto, no la reconocemos más que a través del hecho de lo que pasa en el sueño; está sometida a los modos y a las transformaciones del significante, a las estructuras de la metáfora y de la metonimia, de la condensación y del desplazamiento. Aquí quien da la ley de la expresión del deseo en el sueño, es la ley del significante; es a través de una exégesis de lo que está particularmente articulado en un sueño detectamos este algo ¿que es qué, al fin de cuentas?. Algo que suponemos querer hacer reconocer, algo que participa de una aventura primordial que está allí inscripta, y que se articula, si la referimos siempre a algo original que ha pasado en la infancia y que ha sido rechazado(117).

Es a esto que damos al fin de cuentas la primacía de sentido, en lo que se articula en el sueño. Es que algo aquí se presenta que es totalmente último en cuanto a la estructuración del deseo del sujeto. Podemos desde ahora articularlo, es el deseo, la aventura primordial de lo que ha pasado alrededor de un deseo que es el deseo infantil, su deseo esencial que es el deseo del deseo del Otro, o el deseo de ser deseado. Es lo que se ha marcado, inscrito en el sujeto acerca de esta aventura que queda allí permanente, subyacente, y que da la última palabra de lo que en el sueño nos interesa en tanto que un deseo inconsciente que se expresa a través de qué, a través de la máscara de lo que ocasionalmente habrá dado al sueño su material, con algo que aquí nos es significado a través de las condiciones particulares que impone al deseo la ley del significante.

Lo que trato de enseñarles aquí, es a sustituir todo lo que en la teoría es más o menos confuso porque siempre parcial, a saber, la mecánica, la economía de las gratificaciones, los cuidados, las fijaciones, las agresiones, esta noción fundamental de la dependencia primordial del sujeto en relación al deseo del Otro, de lo que está estructurado siempre por intermedio de este mecanismo que hace que el deseo del sujeto está ya, en tanto que tal, modelado por las circunstancias de la demanda, inscrito poco a poco(118) en la historia del sujeto en su estructura, las peripecias, los avatares de la constitución de este deseo, en tanto que está sometido a la ley del deseo del Otro, hecho —si se puede decir— del más profundo deseo del sujeto, de aquel que queda suspendido en el inconsciente, la suma, lo íntegro, diríamos, de este gran D, de este Deseo del Otro; es sólo esto lo que puede dar un sentido a la evolución que Uds. conocen del análisis, lo que ha terminado por poner de tal manera el acento sobre esta relación primordial a la madre, al punto de parecer eludir toda la dialéctica ulterior, incluso la dialéctica edipiana.

He aquí algo que va a la vez en un sentido justo, y que lo formula de lado. No es solamente la frustración en tanto que tal, un más o menos real que es dado o que no es dado al sujeto, lo que constituye el punto importante es, eso a lo que el sujeto ha apuntado, ha señalado este deseo de Otro, que es el deseo de la madre, y en relación a este deseo es hacerle reconocer, o pasar, u ofrecer a devenir en relación a algo que es un X de deseo en la madre, a devenir o no aquel que responde, a devenir o no el ser deseado.

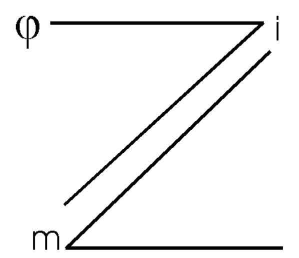
Esto es esencial, ya que para descuidarlo aproximándolo, para penetrar de tan cerca como

es posible por vías —en principio tan cercanas como es posible— de acceso a lo que pasa en el niño, ustedes lo saben, Melanie Klein ha descubierto muchas cosas, pero para formularlo simplemente (si se lo puede decir) en el enfrentamiento, la confrontación del sujeto, del niño al personaje materno, ella desemboca en esta suerte de relación verdaderamente especular, en espejo, que hace que el cuerpo (si lo puedo decir, ya que es muy contundente), esto es en primer plano, el cuerpo materno deviene de alguna manera el recinto y el habitáculo de lo que allí se puede localizar, se puede proyectar de las pulsiones del niño; estas pulsiones siendo ellas mismas motivadas por la agresión de una decepción fundamental. Y al fin de cuentas en esta dialéctica, nada nos puede decir, de alguna manera, de un mecanismo de proyección ilusorio, de una construcción del mundo a partir de una suerte de autogénesis de fantasmas primordiales; la génesis del exterior en tanto que lugar del mal resto puramente artificial, y somete, en alguna forma, toda la accesión ulterior a la realidad, a una pura dialéctica de fantasía.

Es necesario introducir, para completar esta dialéctica kleiniana, esta noción que el exterior para el sujeto está dado al principio, no como algo que se proyecta del interior del sujeto, de sus pulsiones, sino como el sitio, el lugar donde se sitúa el deseo del Otro, y dónde el sujeto tiene que ir a reencontrarlo.

Esto es esencial, y es la única vía por donde podemos encontrar la solución de las aporías que engendra esta vía kleiniana que se ha mostrado tan fecunda por muchos lados, pero que llega a hacer desvanecer, a eludir completamente, o a reconstruir de una forma —en algún modo— implícita, cuando ella misma no se da cuenta, pero de una manera igualmente ilícita porque no motivada, la dialéctica primordial del deseo, tal como Freud la ha descubierto, que es en una tercera relación, a saber, aquel que hace intervenir más allá de la madre, incluso a través de ella, la presencia del personaje deseado o rival, pero de personaje tercero que es el padre.

Al fin de cuentas es aquí que se justifica el esquema que trataba de darles diciéndoles que es necesario plantear la tríada simbólica fundamental, a saber, la madre, el niño y el padre, en tanto que la ausencia de la madre o su presencia ofrece al niño aquí planteado como término simbólico, —simplemente por la introducción de la dimensión significante—, ofrece al niño, no es el sujeto, es por la sola introducción del significante y del término simbólico, el hecho que el niño será o no un niño demandado.



Y este tercer término esencial es el que de algún modo el que permite todo esto, o lo prohibe, el que se plantea más allá de esta ausencia o presencia de madre en tanto que sentido, presente, significante, lo que le permite o no manifestarse. Es en relación a esto que desde que el orden significante entra en juego, el sujeto tiene que situarse, el sujeto le tiende su vida concreta y real, por supuesto en algo que de aquí en adelante comporta los deseos en el sentido imaginario, en el sentido de la captura, en el sentido en que las imagenes lo fascinan, en el sentido en el que por relación a estas imagenes el tiene que sentirse como moi(119) como centro, como amo o como dominado por esta relación imaginaria, en la que uds. saben, en el hombre juega con un acento primordial la imagen de sí, la imagen del cuerpo que en alguna forma viene a dominar todo.

Por supuesto esta electividad de la imagen en el hombre es algo profundamente ligado al hecho de que él está abierto a esta dialéctica del significante de la que hablamos. Aquí al reducción, si se puede decir, de la imagen cautivante a esta imagen central fundamental en la que el sujeto está en la tríada significante. Pero esta relación a la tríada significante introduce este tercer término para el sujeto, este tercer término por el que el sujeto más allá de esta relación dual, de esta relación de cautividad a la imagen, el sujeto —si puedo decir— demanda a ser significado.

Es por esto que hay sobre el plano de lo imaginario tres polos, tanto como en la constitución mínima del campo simbólico más allá de mi y de mi imagen, por el hecho que tengo para entrar en las condiciones del significante, hay un punto, algo que debe marcar que mi deseo debe ser mi significado, por eso pasa necesariamente por una demanda que yo significo sobre el plano simbólico. Existen otros términos, la exigencia de un símbolo general de este margen que me separa siempre de mi deseo, que hace a mi deseo estar siempre marcado de esta alteración por la entrada en el significante... Hay un símbolo general de este margen, de esta falta fundamental necesaria para introducir mi deseo en el significante, a hacer de esto el deseo el cual me es preciso(120) en la dialéctica analítica, este símbolo, esto por lo que el significado está designado en tanto que es siempre significado, alterado, incluso significado de lado(121).

Es esto lo que constatamos en el esquema que les doy. Esto está en el sujeto a nivel de lo imaginario. Aquí su imagen, aquí el punto donde se constituye el yo (moi). Es esto que aquí les designo por la letra ?, en tanto que esta es el falo.

Es imposible deducir la función constituyente del falo en tanto que significante en toda la dialéctica de la introducción del sujeto en su existencia pura y simple, y en su posición sexual, si no hacemos esto: que él es el significante fundamental por el que el deseo del sujeto tiene que hacerse reconocer como tal, se trate del hombre o se trate de la mujer.

Esto se traduce en: cualquiera sea el deseo, que es necesario que exista en el sujeto esta referencia que es el deseo del sujeto sin duda, pero en tanto que el sujeto, el mismo, a recibido su significación, que el sujeto en su poder de sujeto debe tener este poder de un signo, y que este signo no lo obtiene más que mutilándose de algo por cuya falta todo será a cuenta(122).

Esto no es una cosa deducida. Esto está dado por la experiencia analítica. Esto es lo esencial del descubrimiento de Freud. esto es lo que hace que Freud escribiendo "Sexualidad Femenina", nos afirma esto que sin duda en un primer abordaje es problemático, que sin duda es insuficiente, que sin duda demanda una elaboración que

requiera las respuestas de todos los psicoanalistas, al principio femeninas, Hélene Deutch, Karen Horney, y muchas otras, y Melanie Klein, y J. Muller, y resumiendo todo esto y articulándolo de una manera que parezca más o menos compatible con la articulación de Freud, Jones responde a todo esto. Es lo que vamos a examinar hoy.

Tomemos la cuestión en el punto en que es más paradojal. La paradoja se presenta al principio, si así se puede decir, sobre el plano de una suerte de observación natural. Es en naturalista que Freud nos dice: lo que me muestra la experiencia, es que en la mujer también —y no solamente en el hombre—, este falo el cual en el hombre nos ha mostrado conforme a la fórmula general que trataba de darles hace un instante; la introducción en el hombre del sujeto en la dialéctica que va a permitirle tomar lugar, tomar rango en esta transmisión de los tipos humanos, que les permitirá devenir a su turno el padre, que nada se realizará sin lo que he llamado hace un instante esta mutilación fundamental gracias a la cual el falo va a devenir el significante del poder, el significante, el cetro, pero también este algo gracias a lo cual esta virilidad podrá ser asumida.

Por supuesto, hasta aquí hemos comprendido a Freud. Pero él va más lejos, y nos muestra cómo en el centro de esta dialéctica femenina, el mismo fallo se produce.

Aquí algo parece abrirse(123), por eso es que hasta el presente es en términos de lucha, de rivalidad biológica que hemos podido, en rigor, comprender la introducción del hombre por el complejo de castración en su accesión a la calidad de hombre. En la mujer, esto, seguramente presenta una paradoja, y Freud en un principio nos lo dice pura y simplemente como un hecho de observación: lo que parece coincidir también con algo que se presentaría, pues, como todo lo que es observado, como formando parte de la naturaleza, como natural. En efecto, parece presentarnos así las cosas cuando nos dice que la muchacha como el niño, en principio desea a la madre: —diciendo las cosas como están escritas—. No hay sino una sola manera de desear. La niña se cree en principio provista de un falo, como también cree a su madre provista de un falo, es esto lo que quiere decir: es que la evolución natural de las pulsiones hace que de transferencia en transferencia a través de las fases instintuales —es a algo que tiene la forma del seno por intermedio de un cierto número de otras formas— llega a este fantasma fálico por donde al fin de cuentas es en posición masculina que la niña se presenta en relación a la madre, y algo complejo, más complejo para ella que para el niño, debe intervenir para que ella reconozca su posición femenina. Está supuesto, no por nada que esté al principio, está supuesto en la articulación de Freud —faltante al comienzo—, este reconocimiento de la posición femenina.

No hay aquí una simple paradoja que de proponernos algo que va tan al revés de la naturaleza, que después de todo nos sugeriría que por una suerte de simetría en relación a la posición del niño, es como vagina, como alguien ha dicho, como boca vaginal. Tenemos observaciones que nos permiten afirmar incluso, y diría al encuentro de elementos freudianos, que hay experiencias, vivencias primitivas en las que podemos reencontrar el trazo primordial en la joven sujeto, que muestran, contrariamente a la afirmación de este desconocimiento primitivo, que algo puede ser movido por contragolpe en el sujeto, al menos por contragolpe pareciera, en el momento de la operación de crianza(124), quiero decir en la niñita aún a la teta, que muestra alguna emoción, sin duda vaga, pero de la que no es absolutamente inmotivado relacionarla a una emoción corporal profunda, que nos es sin duda a través de los recuerdos difícil de localizar, pero que permitirá en suma la ecuación por una serie de transmisiones a la boca, de la crianza a la boca vaginal, como por otro lado el estado acabado, desarrollado de la feminidad, estas función de órgano absorbente, o incluso chupador, es algo señalable en la experiencia, y que suministra de alguna manera la continuidad por donde —si no se trata más que de una migración, si así se puede decir, de la pulsión erógena.— veremos trazada, si se puede decir, la vía real de la feminidad a nivel biológico; y es esto ese algo del que Jones se posiciona como el abogado y teórico, cuando piensa que es imposible, por toda suerte de razones de principio, admitir que la evolución de la sexualidad en la mujer sería algo consagrado a este rodeo y a este artificialismo.

Nos propone en una teoría que se opone de alguna manera punto por punto, a lo que Freud, él mismo, nos articula como un elemento de la observación, proponiéndonos la fase fálica de la niñita como reposando sobre una pulsión de la que él nos explica, y de la que nos demuestra los apoyos naturales en dos elementos: el primer elemento, estando este admitido de la bisexualidad biológica primordial —aunque es necesario decirlo— puramente teórica, lejana, y de la que se puede muy bien decir con Jones, que después de todo está bastante lejos de nuestro acceso.

Pero hay otra cosa, la presencia de un inicio(125) del órgano fálico, del órgano clitoridiano de los primeros placeres, ligado en la niñita a la masturbación clitoridiana, y que puede dar, de alguna forma, el inicio (amorce), del fantasma fálico que juega el rol decisivo del que nos habla Freud. Y es bien esto lo que Freud dice: la fase fálica es una fase clitoridiana, el pene fantasmático es una exageración del pequeño pene que da la anatomía femenina.

Es en la decepción y en la salida que, tal como es engendrada por esta decepción de este rodeo fundado no obstante por él en un mecanismo natural, que Freud nos da el resorte de la entrada de la niñita en su posición femenina, y es en ese momento, nos dice, que el complejo de Edipo juega el rol normativo que debe jugar esencialmente, pero lo juega en la niñita en su posición femenina, y es en ese momento, nos dice, que el complejo de Edipo juega el rol normativo que debe jugar esencialmente, pero lo juega en la niñita a la inversa que en el niño. El complejo de Edipo le da el acceso a ese pene que le falta, por intermedio de la aprehensión del pene del macho, ya sea que lo descubra en algún compañero, sea que ella lo sitúe, o que lo descubra de igual forma en el padre.

Es por intermedio del desencanto, de la desilusión de algo en ella en relación a esta fase fantasmática de la fase fálica, que la niñita es introducida en el complejo de Edipo, como lo ha teorizado una de las primeras analistas en seguir a Freud en este terreno, madama Lampl de Groot. Ella lo ha señalado muy justamente: la niñita entra en el complejo de Edipo por la fase inversa del complejo de Edipo, ella se presenta en un comienzo en el complejo de Edipo, en una relación con la madre, y es en el fracaso de esta relación con la madre que ella encuentra la relación con el padre, con lo que, más tarde, para ella se encontrará así normativizado(126) por la equivalencia, en principio, de ese pene que ella no poseerá jamás, con el niño. Ella podrá en efecto tener, ella podrá dar en su lugar(127).

Observamos aquí un cierto número de señales(128) en relación a lo que les he enseñado, en distinguir este penis-neid que resulta ser aquí la articulación esencial de la entrada de la

mujer en la dialéctica edipiana; este penis-neid que como tal, y como la castración en el hombre, se encuentra en el corazón de esta dialéctica, que sin duda, a través de las críticas que voy a formularles enseguida —las que ha aportado Jones— va a ser replanteada(129), y bien entendido pareciera del afuera, cuando se comienza a abordar la teoría analítica, que esta se presenta como algo artificial.

Detengámonos un instante, en principio para subrayar (lo que es conveniente de hacer) con qué ambigüedad que es empleada a través de los diversos tiempos de esta evolución edipiana en la niña, esto (la discusión de Jones lo señala) el penis-neid, ¿qué es esto?.

Hay tres modos a través de esta entrada y de esta salida del complejo de Edipo que nos son mostrados por Freud acerca de la fase fálica.

Hay penis-neid en el sentido de fantasma (fantasía N.T.), a saber, este voto, este anhelo larga tiempo conservado, a veces conservado por toda la vida; y Freud insiste bastante sobre el carácter irreductible de este fantasma cuando es este el que se mantiene en primer plano: el fantasma de que el clítoris sea un pene. Es un primer sentido del penis-neid.

Hay otro sentido, penis-neid tal como interviene cuando lo que es deseado es el pene del padre, es decir el momento en el que el sujeto ve, en la realidad del pene, allí donde está el lugar en donde ir a buscar la posesión del pene, que el Edipo es la situación no solamente prohibida, sino imposibilidad fisiológica cuya situación, el desarrollo de la situación, la ha frustrado.

Luego está la función de esta evolución en tanto que ella hace surgir en la niñita el fantasma de tener un hijo del padre, es decir, de tener este pene bajo la forma simbólica. Recuerden ahora lo que a propósito del complejo de castración, les he enseñado a distinguir entre castración, frustración y privación.

En estas tres formas, ¿cuáles corresponden a cada uno de estos tres términos?

Les he dicho. Una frustración es algo imaginario que se sustenta(130) en un objeto bien real. Es bien esto, que el hecho de que la niñita no reciba el pene del padre es una frustración.

Una privación es algo totalmente real, que no se sustenta más que sobre un objeto simbólico, a saber, que cuando la niña no tiene el hijo del padre, al fin de cuentas no ha sido jamás cuestión de que ella lo tenga. Es incapaz de tenerlo. El hijo, por otro lado, no está allí más que como símbolo, y símbolo precisamente de eso de lo que ella está realmente frustrada, y es bien, en efecto, a título de privación que este deseo del hijo del padre interviene en un momento de la evolución.

Queda pues, lo que corresponde a la castración, a saber, a eso que simbólicamente amputa al sujeto de algo imaginario, y en la ocasión de un fantasma, corresponde bien, cualquiera que este sea. Freud está aquí en la justa línea cuando nos dice que la posición de la niñita en relación a su clítoris, es en tanto que en un momento dado ella debe renunciar a este clítoris como ella, al menos, lo conservaba a título de esperanza, a saber, que tarde o temprano devendría algo tan importante como un pene.

Es bien a este nivel que estructuralmente se encuentra el correspondiente de la castración, si ustedes se acuerdan lo que he creído deber articular cuando les hablé de la castración, en el punto electivo en el que se manifiesta, es decir en el niño.

Se puede discutir que efectivamente todo en la niña da vueltas alrededor de la pulsión clitoridiana. Se puede sondear los rodeos de la aventura edipiana, como van a verlo ahora a través de la crítica de Jones, que la cosa se encuentra ya hecha. Pero no podemos desde el comienzo no remarcar el rigor, desde el punto de vista estructural, del punto que Freud nos designa en tanto que como correspondiente de la castración. Es bien algo que debe encontrarse a nivel de lo que pasa, de lo que puede pasar como relación a un fantasma, en tanto que, bien entendido, esta relación a un fantasma toma valor significante. Es en este punto que debe encontrarse el punto simétrico.

Se trata ahora de comprender como esto se produce. No es porque este punto es utilizado, entendiendo que, es este punto el que nos da la clave del affaire. Ella nos la da aparentemente en Freud, por eso que Freud parece mostrarnos aquí una historia de anomalía pulsional, y es lo que va a escandalizar, a hacer sublevarse a un cierto número de sujetos, precisamente a título de preconcepciones biológicas. Pero van a ver esto que, en la articulación misma de sus objeciones, ellos llegan a decir. Están forzados por la naturaleza de las cosas a articular un cierto número de puntos, de trazos que son justamente aquellos que van a permitirnos hacer el paso adelante, de comprender bien de lo que se trata, ir más allá de la teoría de la pulsión natural, ver que el falo verdadera(131) y efectivamente interviene en lo que les he dicho al principio aquí, en lo que puedo llamar las premisas de la lección de hoy, que no es otra cosa que el llamamiento de lo que venimos de contornear por otras vías, a saber, que el falo interviene aquí en tanto que significante.

Pero vengamos a la respuesta, a la articulación de Jones. Hay tres artículos importantes de Jones aquí arriba: uno que se llama "Early female sexuality", escrito en 1935, y del que vamos a hablar hoy, que había estado precedido por el artículo sobre la "Phalique phase", presentado en el Congreso de Insbrück ocho años antes (Setiembre 1927), y al fin: "Early development of female sexuality(132)".

Es a esto a lo que Freud, en su artículo de 1931, hace alusión cuando refuta en algunas líneas, y —debo decir, muy desdeñosamente, las posiciones tomadas por Jones. Jones responde en la "Phalique phase", y trata de responder y articular su posición, en suma, contra Freud, esforzándose en quedar lo más cerca posible de su letra. El tercer artículo sobre el que me voy a apoyar hoy es extremadamente significativo de lo que queremos demostrar. Es también el punto más avanzado de la articulación de Jones, se sitúa en 1935, cuatro años después del artículo de Freud sobre la sexualidad femenina. Había sido pronunciado por pedido de Federn, que era en ese momento la vicepresidente o la presidente de la sociedad vienesa; y es en Viena que fue aportado para proponer al círculo vienés lo que Jones a formulado como siendo simplemente el punto de vista de los londinenses, es decir lo que de aquí en más se halla centrado alrededor de la experiencia kleiniana.

Jones nos dice que es conveniente abordar por la experiencia, que es la única —la de los londinenes— de oponer; y él hace sus oposiciones de una manera más marcada, que la exposición gana en pureza, en claridad, en soporte a la discusión. Hace un cierto número de observaciones, y hay todo un interés en detenerse ahí, reportándose lo más posible al texto. Es necesario observar, en un principio, que la experiencia nos muestra que es difícil —cuando uno se acerca al niño— de asir esta pretendida posición masculina que sería la de la niñita en la fase fálica en relación a su madre. Cuanto más nos remontamos al origen, más nos encontramos confrontados que aquí es crítico. Me disculpo si siguiendo este texto, vamos a encontrarnos ante un cierto número de objetos que aparecen en relación a la línea que trato aquí de dibujarles, en posiciones algunas veces un poco laterales, pero que valen en ser relevadas por lo que ellas revelan.

Las suposiciones de Jones, se las digo enseguida, están esencialmente dirigidas hacia algo que articula claramente al final de su artículo: una mujer ¿es ella un ser "born", es decir, nacido como tal, como mujer? ¿o ser un ser "made", fabricado como mujer? Y es aquí que sitúa su interrogación. Es esto lo que lo subleva contra la posición freudiana.

Hay dos términos que van a ser de alguna manera el punto hacia el cual avanza su camino, algo que es la salida de una suerte de resumen de hechos que, en la experiencia concreta junto al niño, permite, ya sea objetar o sea algunas veces también confirmar, pero en todos los casos corregir la concepción freudiana.

No obstante todo lo que anima su demostración, es lo que al final plantea como cuestión, una especie de sí o no, que para él es absolutamente redhibitorio(133), incluso, de una elección posible. No puede tener en su perspectiva una posición tal que la mitad de la humanidad esté compuesta por seres que en alguna forma sería "made", es decir, fabricados en el desfiladero edipiano.

Parece no observar que el desfiladero edipiano al fin de cuentas, no fabrica menos, si se trata de esto, los hombres. Sin embargo el hecho, justamente que las mujeres entren aquí con un bagaje que, en suma, no es el suyo, le parece constituir una diferencia suficiente con el niño (varón), para que él reivindique algo que en su sustancia va a consistir en decir: es verdad que observamos en la mujer, en la niñita en un cierto momento de su evolución, algo que representa esta puesta en primer plano, esta exigencia, este deseo que se manifiesta bajo la forma ambigüa del penis-neid, y que para nosotros es tan problemática.

¿Pero por qué?, es en esto en lo que va a consistir todo lo que él nos va a decir.

Es una formación de defensa, es un rodeo, es algo —explica él— comparable a una fobia, y la salida de la fase fálica es esencialmente algo que se debe concebir como la curación de una fobia que sería, en suma, una fobia muy difundida, una fobia normal, pero esencialmente del mismo orden y del mismo mecanismo.

He aquí algo, ustedes lo ven ya que en suma, tomo el partido de saltar al corazón de su demostración, he aquí algo que para nosotros es extraordinariamente propicio para nuestra reflexión, por ellos ustedes todavía recuerden quizás la manera en que traté de articularles la función de la fobia.

Si, efectivamente es así que la relación de la niñita al falo debe ser concebida, seguramente nos aproximamos bien a la concepción que trato de darles, a saber, que a título de un elemento significante privilegiado, que interviene la relación en el Edipo de la niñita al falo.

¿Es decir que vamos a reunirnos aquí a la posición de Jones? Ciertamente no. Si ustedes se acuerdan de la diferencia que he hecho entre fobia y fetiche, diríamos más bien que aquí el falo juego el rol de fetiche, más que él rol de fobia. Sobre esto volveremos ulteriormente.

Retomemos la entrada de Jones en su crítica, su articulación, y digamos de dónde el parte, de donde esta fobia se va a constituir. Esta fobia, para él, es una construcción de defensa contra algo, contra un peligro engendrado por las pulsiones primitivas del niño, del niño que él sigue aquí a nivel de la niñita, pero que se halla en este nivel en la misma posición y que tiene la misma suerte que el niñito. Pero se trata aquí de la niñita, y remarca él que originalmente la relación del infante (y es aquí que me detuve recién para decirles que reencontraríamos cosas completamente singulares) a la madre, es una posición masculina primitiva. El dice: ella está lejos de ser como un hombre es con respecto a una mujer, "como un hombre considera a una mujer", es decir, como una criatura de quien aceptar o recibir sus deseos, como un ser al que acceder a sus deseos, colmarlos, es un placer.

Es necesario reconocer que llevar a este nivel una posición tan elaborada de las relaciones del hombre y de la mujer, es por lo menos paradojal. Es bien cierto que cuando Freud habla de la posición masculina de la niñita, él no se fía de ningún modo de este efecto más acabado, suponiendo que esté verdaderamente aquejado, de la civilización donde el hombre está allí para colmar todos los deseos de la mujer. Pero bajo la pluma de alguien que sobresale en este dominio con pretensiones tan naturalistas desde el inicio, no podemos de relevar esto como, diría, una de las dificultades del terreno, por lo que llega a tropezar en este punto en su demostración, todo al comienzo de su demostración, a saber, para oponer a esto bien pronto la posición del infante, y no sin duda a justo título, no como un hombre, sino que se trata de la madre tal como la considera el infante.

Han reconocido aquí el pote de leche de la madre, como el niño tal como lo describe Melannie Klein, a saber —traduzco Jones—; como "una persona que ha sido el logro(134)". Este succesfull tiene toda su consecuencia porque implica en el sujeto materno ese algo, y Jones no se da cuenta de esto más que calcando las cosas sobre el texto de lo que encuentra en el infante, bien se trata de un ser deseante. Es la madre —ya que ha sido lo bastante afortunada para tener éxito(135) en llenarse ella misma, justo con las cosas que el infante desea tan tremendamente(136), a saber, por este material regocijante de dos especies de cosas sólidas y líquidas.

No se puede desconocer que nada más que de representarnos que en una experiencia primitiva del infante, a saber, aquella a la cual se accede sin duda parcialmente(137), pero acercándose lo más próximo posible a este lugar, analizando a los infantes de tres y cuatro años, lo que hizo Melanie Klein, cuando descubrimos ya un rapport al objeto que está estructurado bajo esta forma que he llamado el imperio del cuerpo materno, que algo que

ustedes hallan a propósito de lo que Melanie Klein llama en sus "Contribuciones" el Edipo ultra precoz del niño, con los contornos que nos brinda, este algo que yo he llamada a la vez el campo del imperio materno, con lo que comporta al interior de esto que he llamado por referencia a la historia china, los reinos combatientes, a saber, que ella nos muestra que el infante es capaz de dibujar en el interior que ella señala como significantes, los hermanos, las hermanas, los excrementos, todo lo que cohabita en este cuerpo materno con, además, todo lo que hay en el cuerpo materno

Esto nos permite distinguir lo que efectivamente la dialéctica del tratamiento permite articular como siendo el falo paterno, a saber, ese algo que de aquí en más sería introducido aquí como un elemento a la vez particularmente nocivo, y particularmente rival en relación a las exigencias de posesión de este infante en relación al contenido de este cuerpo. Parece igualmente muy difícil ver aquí otra cosa que datos que acusan, que profundizan para nosotros el carácter problemático de estas relaciones llamadas naturales, en cuanto no las vemos de aquí en más estructuradas, lo que llamé la última vez por toda una batería significante que lleva un rapport con ella, que está articulada de tal manera que ninguna relación biológica natural puede verdaderamente motivarlas. Del mismo modo el hecho que Melanie Klein introduce en la dialéctica del infante, a saber, de aquello que hace la entrada en escena del falo a nivel de esta experiencia primitiva, esta referencia que está verdaderamente dada por ella como de alguna manera leída en lo que el infante ofrece, pero que no es menos pasmante, la introducción del pene como siendo un seno más accesible, más cómodo y en alguna forma más perfecto, he aquí algo para admitir como un dato de la experiencia.

Por supuesto, si esto es dado, es válido. Pero no es menos cierto que, de ningún modo, algo, si se puede decir, que vaya de sí; que es algo que precisamente en sí nos permite plantear la cuestión de ¿qué es lo que puede tornar este pene, como algo que sea efectivamente más accesible, más cómodo, más gozante(138) que el seno primordial? Es la cuestión de lo que significa este pene, a saber, de la implicación de aquí en más ¿por intermedio de qué? Es esto, bien entendido, lo que será cuestionado, a saber, la introducción del infante en una dialéctica significante.

También, por otro lado, toda la continuación de la demostración de Jones no hará más que plantear de una manera todavía más acuciante, esta cuestión, ya que nos explica que si la niñita después de haber tenido posiblemente(139), —él no lo resuelve, pero está exigido por los elementos mismos de su punto de partida, él lo resuelve igualmente aquí, para esto simplemente: decirnos que el falo no puede intervenir más que como medio y coartada de una especie de defensa. Supone, pues, que en el origen es por una relación a una cierta aprehensión primitiva de su órgano propio, de su órgano femenino, que la niñita se halla libidinalmenteinteresada. Pero él va a tratar de explicarnos porqué es necesario que esta aprehensión de su vagina, ella la rechace(140). Nos dice, que es con miras a evocar la relación del infante femenino con su propio sexo, una ansiedad más grande —que la que evoca en el niño (varón) la relación con su sexo—, porque el órgano es más interior, más difuso, más profundamente la fuente propia de sus primeros movimientos. El clítoris no jugará, entonces, articula él, —estoy seguro que lo articula para mostrarlas las necesidades implicadas de lo que él articula de una manera particularmente ingenua, a saber, que el clítoris, ya que es exterior, sirve para lo que se proyecta sobre él, las angustias; no es por otro lado más fácilmente objeto de reaseguramiento por parte del sujeto, a saber, que él podrá comprobar esto, por ejemplo, por sus propias manipulaciones, incluso en rigor de la vista, el hecho de que esta siempre ahí.

Es esto lo que quiere decir Jones. Y manifestará que a continuación será siempre hacia objetos más exteriores, a saber, hacia su apariencia, hacia su vestimenta que la mujer por la continuación de su evolución, llevará lo que él denomina la necesidad de reaseguramiento, ese algo desplazado, dicho de otro modo en la angustia que permite templarla haciendo llevar su objeto sobre algo que no es el punto especialmente en el que se está para esto incluso desconocido de su origen.

Ustedes lo ven bien, es de lo que se trata. Es que hallamos aquí una vez más la necesidad implicada que está bien a título, dice Jones, de algo exteriorable, representable, que viene a primer plano, el falo a título de elemento, de término límite, de punto dónde se detiene la ansiedad, y bien entendida he ahí su dialéctica. Vamos a ver si esta es suficiente. Es por esta dialéctica que admite que la fase fálica debe ser presentada como una posición fálica, como algo que permite al infante de alguna forma alejar, centrándose sobre algo accesible los temores y las angustias de retorsión que sus propios deseos orales o sádicos habrán dirigido al interior del cuerpo de la madre, y que enseguida le parecerán como un peligro capaz de amenazarla en el interior de su propio cuerpo.

Tal es la génesis que da Jones de lo que llama la posición fálica en tanto que fobia. Es en tanto que órgano fantasmado, pero accesible, exteriorizado, que el falo entra en juego, que a continuación, por otro lado, igualmente es capaz de redesaparecer de la escena, porque los temores ligados a la hostilidad podrán ser moderados, y trasladados igualmente a otro lado, sobre otros objetos, la madre por ejemplo, o la erogeneidad y la ansiedad en tanto que están ligadas a los órganos profundos, de igual modo podrán por el proceso mismo de un cierto número de ejercicios masturbatorios, desplazarse, y que al fin de cuentas, dice, la relación devendrá menos parcial al objeto femenino, que podrá desplazarse sobre otros objetos, que seguidamente la angustia, (en suma innombrable, la angustia original, ligada al órgano femenino, lo que es en el infante al fin de cuentas, en el infante niña el correspondiente de las angustias de castración en el varón), podrá variar por este temor de ser abandonada, que al decir de Jones, devendrá más cáracterístico de la psicología femenina.

Es esto antes lo que nos encontramos. Para resolverlo, vean la posición de Freud, posición de observador, y que se presenta como observación natural. El vínculo a la fase fálica es de naturaleza pulsional. La entrada a la feminidad se produce a partir de una libido que de naturaleza —así diríamos para poner las cosas en su exacto punto, y no en la crítica un poco caricaturesca que hace Jones— es activa, y que desembocará en la posición femenina en la medida en que esta posición frustra llegará por una serie de transformaciones y de equivalencias a hacer del sujeto una demanda, y acepta de muchos otros, que es el personaje parental, algo que vendrá a colmar su deseo.

Al fin de cuentas, el presupuesto, por otro lado plenamente articulado por Freud, es que la exigencia infantil primordial es, como él dice, sin objetivo. Lo que exige es todo, y es por el desencanto, si así se puede decir, de esta exigencia, por otro lado imposible de satisfacer, que el infante entra poco a poco en una posición más normativa. Hay aquí algo, de seguro, que por problemático que sea, comporta cierta apertura que va a permitirnos articular el

problema en términos de deseo y de demanda, que son aquellos sobre los cuales trato aquí de poner el acento.

A esto Jones responde: he aquí una historia natural, una observación de naturalista que no es tan natural, y yo la volveré más natural. Lo dice formalmente. La historia de la fobia fálica no es más que un rodeo en el pasaje de una posición; de aquí en más, primordialmente determinada. La mujer es "born", ella es nacida, ella es nacida como tal, en una posición que de aquí en más es aquella posición de boca, de una boca absorbente, de una boca chupadora. Ella va a reencontrar después de la reducción de su fobia, lo que no es más que un simple rodeo en relación a su posición primitiva. Lo que ustedes llaman pulsión fálica es pura y simplemente artificialismo de una fobia contradescrita evocada en el infante por su hostilidad y su agresión al lugar de la madre. No hay aquí —en un ciclo esencialmente instintual— más que un puro rodeo, y la mujer cambiará entonces con pleno derecho, a una posición que es una posición vaginal. Para responder a esto, trato de articularles que el falo es absolutamente inconcebible en la dinámica, la mecánica kleiniana, más que implicado, de aquí en más, como siendo el significante de la falta, el significante de esta distancia de la demanda del sujeto a su deseo, que hace que para este deseo sea encontrado, deba ser hecho siempre una cierta deducción de esta entrada necesaria en el ciclo significante, que si la mujer debe pasar por este significante, por paradojal que sea, es por tanto que esto de lo que se trata para ella no es pura y simplemente hembra, sino de entrar en una dialéctica que está descartada en el hombre por el hecho de la existencia de significante por todas las prohibiciones que constituyen la relación de Edipo; dicho de otro modo, hacerla entrar en el ciclo de los intercambios de la alianza y del parentesco, es decir, de devenir ella misma este objeto de intercambio.

El hecho (de que esto que nos es mostrado, efectivamente, ya que todo análisis correcto de lo que estructura en la base esta relación edípica, es que la mujer debe proponerse, o más exactamente aceptarse ella misma como un elemento de este ciclo de intercambios) es algo que tiene en sí, en efecto, algo infinitamente más enorme desde el punto de vista natural que todo lo que pudimos señalar hasta hoy de anomalías en su evolución instintiva, y que a justo título justifica bien, en efecto, que debíamos encontrar a nivel imaginario, a nivel del deseo, una suerte de representante en el hecho de las vías indirectas por donde ella misma debe volver.

Lo que puntúa en ella este hecho de deber como el hombre, por otro lado, inscribirse en el mundo del significante, es esta necesidad hacia un deseo, hacia algo que en tanto que significado, deberá quedar siempre a una cierta distancia, a un cierto margen de lo que sea que pueda trasladarse a una necesidad natural, por tanto que precisamente por ser introducido en esta dialéctica, algo de esta relación natural debe ser amputado, debe ser sacrificado, ¿con qué fin? Precisamente para que esto devenga el elemento significante mismo de esta introducción en la demanda.

Pero algo es a la vez bastante, yo no diría, sorprendente, pero va a mostrarnos la vuelta de esta necesidad observada, de la que vengo de hablarles con toda la brutalidad que este señalamiento sociológico fundado sobre todo lo que sabemos, más recientemente articulado sobre la necesitado por una parte, una mitad, efectivamente, de la humanidad de devenir el significante del intercambio. Es así que Lévy Strauss articula en "Las estructuras elementales" aquello por lo que las mujeres, por las leyes diversamente estructurados en las estructuras elementales de seguro mucho más simplemente estructuradas, pero que acarrean efectos más bien complejos en las estructuras complejas del parentesco.

Lo que observamos en la dialéctica de la entrada del infante en este sistema del significante, es de alguna manera al revés(141) de este pasaje de la mujer como tal, como objeto significante, en lo que podemos llamar entre comillas "la dialéctica social", ya que bien entendido el término social debe estar puesto aquí con todo el acento que lo muestra dependiente, justamente de la estructura significante y combinatoria. Lo que vemos al revés es el resultado que para que el infante entre en esta dialéctica significante, ¿qué observamos?. Muy precisamente esto: que no hay ningún otro deseo del que él dependa más estrechamente y más directamente, que del deseo ¿de qué?. De la mujer, del deseo de la mujer en tanto que esta precisamente significado por aquello que a él le falta, y por el falo.

Lo que les he mostrado, es que todo lo que reencontramos como tropiezo, como accidente en la evolución del infante, y esto hasta lo más radical de sus tropiezos y de sus accidentes, está ligado a que el infante no se encuentra sólo frente a la madre, sino frente a la madre y a algo que es justamente el significante de este deseo, a saber el falo. Nos encontramos ante lo que será el objeto de mi lección la próxima vez. Es esto: de dos cosas la una: o el infante entra en la dialéctica, es decir, que se hace a sí mismo objeto en esta corriente de intercambios, es decir, en un momento dado renuncia a su padre y a su madre, a los objetos primitivos de su deseo, pero que es en la medida en que preserva estos objetos, es decir, en que sostiene este algo que es para él mucho más que su valor, ya que el valor justamente es aquello que puede intercambiarse y aquello que existe, a partir del momento en que los reduce a puros significantes, pero es en la medida en que él está ligado a estos objetos en tanto que objetos de su deseo, es aquí siempre en tanto que el apego edípico está conservado, es decir, donde el complejo de Edipo, donde la relación infantil con los objetos parentales no se pasa, es en la medida en que no se pasa y estrictamente en esta medida que vemos ¿pasar qué?

Bajo una forma muy general, decimos, estas inversiones o estas perversiones del deseo que muestran que en el interior de la relación imaginaria con los objetos edípicos, no hay normativación posible, no hay normativación posible, precisamente en esto: que existe siempre entero —con respecto a la relación más primitiva, a la relación del infante con la madre— este falo en tanto que objeto de deseo de la madre, es decir, lo que pone al infante con esta suerte de barrera infranqueable de la satisfacción de su propio deseo que es el de ser él el deseo exclusivo de la madre.

Es esto lo que lo empuja a una serie de soluciones que serán siempre de reducción o identificación de esta tríada, del hecho de que es necesario que la madre sea fálica, o que el falo esté puesto en el lugar de la madre misma; es el fetichismo, o que él mismo reúna en él de alguna forma, de una manera íntima, esta reunión del falo y de la madre, sin la cual nada para él puede ser satisfecho: es el travestismo.

Brevemente, es precisamente en la medida en que el infante, es decir, el ser en tanto que entra con necesidades naturales en esta dialéctica, no renuncia a su objeto, que su deseo no encuentra satisfacción, y no encuentra satisfacción más que renunciando en parte, que

es esencialmente lo que he articulado al principio, diciéndoles que debe devenir demanda, es decir, deseo en tanto que significante, significado por la intervención y la existencia del significante, es decir, en parte deseo alienado.



Clase 16

19 de Marzo de 1958

Quisiera hoy comenzar a introducir la cuestión de las identificaciones. Para aquellos que no estaban aquí la última vez y también para aquellos que sí estaban, les recuerdo el sentido de lo que se ha dicho. Traté de llevar de nuevo la atención sobre las dificultades que plantea la noción de la fase fálica, de mostrar que lo que Freud ha despejado de la experiencia, se experimente alguna dificultad para hacerla entrar en una racionalidad biológica que toma inmediatamente más claridad, si planteamos que el falo es tomado en una cierta función subjetiva que debe ejercer un determinado rol, que llamo un rol de significante, bien entendido, este falo en tanto que significante no cae del cielo.

Por otra parte es necesario que haya en su origen, que es un origen imaginario, alguna propiedad para ejercer esta función significante, que no es cualquiera; que es una función de significante más especialmente adaptada que otra a lo que pasa —en suma— en el enganche del sujeto humano en el conjunto del mecanismo significante.

Es, en alguna medida, un significante "cruce de caminos"(142) un significante hacia el cual converge más o menos lo que pasa en la toma del sujeto(143) humano, en el sistema significante, en la medida en que es necesario que su deseo pase por ese sistema para hacerse reconocer, y que sea profundamente modificado. Esto es un dato experimental que se deduce de: de que este falo lo reencontramos literalmente a cada paso(144) de nuestra experiencia, de nuestra experiencia en el conflicto, del drama edípico. Es su entrada en el drama edípico, y las salidas del drama edípico, e incluso de cierta forma problemática, desbordando este drama edípico, ya que además no se puede dejar de estar afectado por el problema que plantea la presencia de este falo, y del falo paterno, especialmente, en los fantasmas kleinianos primitivos, en la medida en que justamente es su presencia la que plantea la cuestión de saber ¿en qué registro vamos a insertar estos fantasmas kleinianos?

En el registro de la manera en la que la misma Melanie Klein lo ha propuesto, en la admisión de una suerte de Edipo ultra precoz, o al contrario para admitir el funcionamiento imaginario primitivo que vamos a clasificar como pre-edípico.

Se diría, casi, que la cuestión puede ser dejada en suspenso, al menos provisoriamente.

Para esclarecer esta función que se presenta aquí, de una manera del todo general —justamente porque se presenta esencialmente como una función de significante, como una función simbólica— debemos incluso antes de llevar nuestras fórmulas al último término, ver en cuál economía significante está implicado este falo; dicho de otro modo, este algo que la exploración de Freud ha articulado bajo esta forma a la salida del Edipo, después del rechazo del deseo de Edipo, el sujeto sale nuevo, ¿provisto de qué? La respuesta es: de un ideal del Yo.

En el Edipo normal, el rechazo, que resulta del paso(145), del "passing" del más allá del Edipo, de la salida del Edipo, es que se ha constituido en el sujeto, algo que está con respecto a él, en un rapport, propiamente hablando, ambigüo.

Sobre este asunto conviene que procedamos todavía paso a paso, porque siempre se va demasiado aprisa. Hay una cosa, en todo caso, que se desprende de una manera unívoca, entiendo que de una sola vía, de lo que Freud en principio, y sobre esto todos los autores, no pueden no plantear como fórmula mínima: es que es una identificación distinta de la identificación del Yo, suponiendo que aquí está en un cierto rapport del sujeto a la imagen del semejante que nosotros podemos... ...(146) desprender la estructura que se llama el Yo.

La del ideal del Yo plantea un problema que le es propio: el ideal del Yo no se propone (es casi una..... **(ilegible)** que de decirlo) como un Yo ideal.

He señalado frecuentemente que los dos términos son distintos en Freud y en este mismo texto sobre el Narcisismo; y sobre esto miremos bien con una lupa: advertimos que en el texto es muy difícil la distinción. No es exacto en un principio (pero lo sería) que debamos por convención darnos cuenta que no existe ninguna sinonimia entre lo que es atribuido en los textos de Freud, tomado de la experiencia, a la función del ideal del Yo, con el nombre que podemos dar a la imagen del yo tan exaltada como la suponemos, cuando hacemos de esto una imagen ideal a la que el sujeto se identifica como siendo una composición de logro de sí mismo, modelado —si se puede decir— de sí mismo; aquello con lo que el sujeto se confunde, se tranquiliza a sí mismo de su "enteridad"(147)

Por ejemplo aquello que está amenazado, aquello que está aquejado cuando hacemos alusión a las necesidades de reaseguramiento narcisista, a los temores de ataque narcisista al propio cuerpo, de algo que podemos meter en el registro de este Yo ideal, el ideal del Yo, sabemos que ya interviene en las funciones que son frecuentemente las funciones depresivas, incluso agresivas con respecto al sujeto. Freud lo hace intervenir en las diversas formas de depresión.

Ustedes saben que tiende hacia el final del capítulo, que en la escena psicológica y de análisis del Yo se llama un ....(148), que es precisamente la primera vez que introduce de una manera decisiva y articulada esta noción del ideal del yo. Tiende a poner todas las depresiones a la cabeza y bajo el registro(149), no del ideal del Yo, sino de algún rapport vacilante, de algún rapport conflictual entre el Yo y el Ideal del Yo.

Admitamos que se puede tomar todo lo que pasará bajo este registro depresivo, o al contrario, de las relaciones de exaltación, bajo el ángulo de una hostilidad abierta entre las dos instancias —si se puede decir— de alguna instancia que para la declaración de las hostilidades, sea lo que fuere el Yo se subleva; sea que el ideal del Yo devenga demasiado severo con aquello que comportan las consecuencias y los contragolpes de todo desequilibrio de este rapport excesivo.

Entonces, este ideal del Yo, en todo caso, es algo que nos propone su problema. Se nos dice: el Ideal del Yo sale de una identificación, de una identificación tardía ligada a la relación en todo caso tercera, que es aquella del Edipo, una relación en la que se mezclan de una manera compleja las relaciones de deseo con las relaciones de rivalidad, de agresión, de hostilidad. Algo se juega, y la salida del conflicto es el objeto de un equilibrio.

Es incierto que la desembocadura del conflicto se propone en todo caso como habiendo acarreado una transformación subjetiva, que la introducción, la introyección decimos, en el interior de una cierta estructura (de algo que se encuentra en relación al sujeto para ser en lo sucesivo una parte de sí mismo) haya no obstante conservado una cierta relación con un objeto exterior. Si las dos cosas no estuvieran, si no tocáramos el tema de manera ligera(150), el análisis nos enseña que no pueden estar separadas intrasubjetividad e intersubjetividad, es decir que en el interior del sujeto, en las funciones que él lleva a todos lados consigo, cualquiera que sean las modificaciones que intervienen en su entorno y su medio, lo que es adquirido como Ideal del Yo es algo que está en el sujeto como el exiliado que lleva su patria en la suela de sus zapatos, su ideal del Yo bien le pertenece, es algo adquirido, no es un objeto, es algo que está en más en el sujeto.

Quiero decir entonces, que estas insistencias sobre la noción de que intrasubjetividad e intersubjetividad deben quedar ligadas en todo camino analítico correcto, es que las relaciones entre las instancias de las que se trata, (y esto es probado por los usos corrientes, por las mínimas necesidades del lenguaje cuando hablamos de los rapports entre Yo (moi) e ideal del Yo), son rapports, decimos de ordinario en el análisis, se habla de esto como de rapports que pueden ser buenos o malos, conflictuales o conciliados. Se deja entre paréntesis o no se acaba de formular lo que debe ser formulado: es que estos rapports están estructurados, articulados como rapports intersubjetivos.

En el interior del sujeto se reproduce (y ustedes lo ven bien, no puede reproducirse más que a partir de una organización significante), el mismo modo de rapports que existen entre los sujetos. No podemos pensar —aunque lo digamos, que esto puede ir diciéndose— que el superyó es efectivamente algo severo que acecha ahí al Yo en un recodo, para infligirle atroces miserias. NO es una persona, funciona en el interior del sujeto, como un sujeto se comporta en relación a otro sujeto, y justamente en esto que hay un rapport entre los sujetos, que no implica por eso la existencia de la persona. Bastan las condiciones introducidas por la existencia, el funcionamiento como tal del significante, para que los rapports intersubjetivos puedan establecerse.

Es esta intersubjetividad en el interior, pues de la persona viviente lo que es este algo del cual tenemos necesidad en el análisis.

Es en esta intersubjetividad que debemos hacernos una idea de lo que es esta función de ideal del Yo. Ustedes lo saben, no irán a encontrar esta función en un dicciónario, y no se les dará una respuesta unívoca, encontrarán allí los más grandes obstáculos. Esta función seguramente no es confundida con la del Superyó, esta ha venido casi a la vez, es cierto, en la terminología pero, se ha incluido distinguido de este mismo hecho. Está de igual forma, en parte, confundida, pude tener las mismas instancias. No obstante está más orientada hacia algo que en el deseo del sujeto juega una función tipificante que quizás parece bien ligada a la asunción ni más o menos que del tipo sexual en tanto que está implicado en toda la economía (diríamos incluso en esta ocasión) social; en la asunción de las funciones masculinas y femeninas, no simplemente en tanto que estas conducen al acto necesario para que la reproducción resulte, sino para todo un modo de relaciones entre el hombre y la mujer.

¿Cuál es el interés de la experiencia del análisis sobre este tema?

Es haber podido penetrar en algo que no se muestra, en cierto modo, más que en la superficie, y por estos resultados haber penetrado por el sesgo de los casos donde el resultado falta, y es precisamente el método bien conocido, —llamado psicopatológico— que consiste en descomponernos, en desarticularnos una función, aprehendiéndola allí donde ella se encuentra insensiblemente desfasada, desviada, donde de este mismo hecho, lo que se inserta de manera habitual más o menos normalmente en un complemento de entorno— nos revela tener sus raíces, sus detenciones.

Quisiera tomar la experiencia que hemos adquirido de la incidencia en parte faltante, o que suponemos provisoriamente faltante, de la identificación de un cierto tipo de sujeto con lo que se puede llamar su tipo regular, su tipo satisfactorio. Vamos a ver allí cómo elegimos —porque es necesario elegir bien— un caso particular. Tomemos, pues, el caso de las mujeres, de lo que se llama el "masculinity complexe", el complejo de masculinidad, de la manera en que se lo articula con la existencia de la fase fálica. Podemos hacerlo, porque de la existencia de esta fase fálica, les he mostrado, al principio, su lado problemático.

¿Hay ahí algo instintual?, ¿una especie de vicio del desarrollo instintual, el que hace que (en alguna forma se nos diría) de la existencia del clítoris sería ella sola la responsable, la causa que lo traduciría al extremo de la cadena la existencia del complejo de masculinidad?

De aquí en más estamos preparados para comprender que esto no debe ser tan simple, y que además si se lo mira de cerca, en Freud esto no es tan simple y en todo caso el debate que ha seguido, está hecho para mostrarnos que esto no es tan simple, incluso si este debate estuviera mal inspirado, a saber, si partiera de alguna manera de peticiones de principio, a saber, como que eso no pudiera ser así.

No es menos cuestionable que él vio que esto no era así, que no era pura y simplemente una cuestión de rodeo la que es exigida en el desarrollo femenino, por una anomalía natural, o simplemente por la famosa bisexualidad, de lo que se trata, que es de seguro más complejo, que no somos por eso capaces de formular de inmediato y simplemente lo que es, pero que seguramente lo que vemos, es que en la vicisitud de lo que se presenta como complejo de masculinidad en la mujer, hay algo que nos muestra de aquí en más una conexión de este elemento fálico, un juego, un uso de este elemento fálico que en todos los casos merece ser retenido, ya que además es por lo que un elemento puede ser puesto en uso, y asimismo con miras a esclarecernos sobre lo que es, este elemento en el fondo.

Qué nos dicen, pues, los analistas, especialmente los analistas femeninos que han abordado este tema?.

No diremos hoy todo lo que nos dicen. Me refiero especialmente a dos de estas analistas que están en un segundo plano de la discusión jonesiana del problema, que son: Hélène Deutch y Karen Horney.

Aquellos entre ustedes que leen inglés podrán remitirse a un artículo de Hélene Deutch, por un lado, que se llama: "The significant of masochisme..."(151) (Enero 1930, parte I, Vol. 13) y, por otro lado, a un artículo de Karen Horney (vol. 5, Enero 1924). Tomemos Karen Horney, ¿qué nos dice Karen Horney? Karen Horney, cualquier cosa que sea lo que pueda pensar de las formulaciones de los últimos términos a los cuales ella ha llegado tanto en la teoría como en la técnica, ha sido sobre el plano clínico desde el comienzo y hasta la mitad de su carrera, indiscutiblemente, una creadora, que ha visto cosas que guardan su carrera, indiscutiblemente, una creadora, que ha visto cosas que guardan todo su valor, aunque haya podido deducir de esto algo más o menos endeble, concerniente a la situación antropológica del psicoanálisis. No es menos cierto que sus descubrimientos conservan todo su valor.

¿Qué es lo que resalta en su artículo sobre el complejo de castración?

Lo que resalta puede expresarse de una manera resumida en esto: ella remarca la ligazón, la analogía clínica de formación en al mujer de todo lo que se ordena alrededor de la idea de la castración, con todo lo que esto comporta de resonancias, de marcas clínicas en lo que el sujeto en análisis articula de reivindicaciones, propiamente hablando, del órgano como de algo que le falta.

Ella muestra por una serie de ejemplos clínicos, —y conviene que se remitan a este texto— que no hay diferencia de naturaleza, las cosas se continúan insensiblemente con aquellos que se presentan como ciertos tipos de homosexualidad femenina, a saber, aquellos en los que a lo que se identifica el sujeto en una cierta posición para con su partenaire, es a la imagen paterna.

Los tiempos están compuestos de la misma manera, los fantasmas, los sueños, las inhibiciones, los síntomas son los mismos. Parece una forma —no se puede incluso decir— atenuada de la otra, simplemente que ha o no ha superado una cierta frontera la cual permanece incierta.

El punto sobre el cual, a este propósito, Karen Horney pone el acento, es este: lo que pasa para estos casos nos incita a concentrar nuestra atención sobre un cierto momento del complejo de Edipo, que no es el primero, que no es tampoco el del medio, que está muy lejos, hacia el final, ya que supone alcanzado ya este momento donde no solamente la relación al padre está constituida, sino donde ésta está tan bien constituida que se forma

en el sujeto niña pequeña bajo el aspecto de un deseo expreso del pene paterno, de algo —se nos dice y subraya— que implica, pues, un reconocimiento de esta realidad del pene, incluso no fantasmática, incluso no en general, no en esta media luz ambigüa que nos hace preguntarnos a cada instante que es lo que es el falo; sobre este plan, sobre el plan de la cuestión; ¿es este imaginario o no? Y en su función central implica esta existencia imaginaria, este falo en el que a diversas fases del desarrollo de esta relación, el sujeto femenino puede frente y contra todo mantener que lo posee, sabiendo perfectamente que no lo posee.

Lo posee simplemente en tanto que imagen, ya sea que lo haya tenido en lo que articula, ya sea que deba tenerlo, como es frecuente.

Aquí se trata de otra cosa, se nos dice. Se trata de un pene realizado como real, como siendo como tal, esperado. Yo no podría siquiera avanzar en esto, si ya no les hubiera hecho notar (modulando en tres tiempos el complejo de Edipo) que es bajo modos diversos que este llega en cada uno de los tres tiempos, y el padre en tanto que posee el pene real, es algo que interviene en el tercer tiempo. Se los he dicho especialmente en el niño varón, he aquí las cosas perfectamente situadas, pues, en la niña pequeña.

¿Qué pasa, según lo que se nos dice?

Se nos dice que en los casos de los cuales se trata, es de la privación de lo que aquí es esperado que va a resultar este fenómeno que no es inventado por Karen Horney, que está en el texto de Freud todo el tiempo puesto en acción, que es esta transformación, este viraje, esta mutación que hace que esto que era amor sea transformado en identificación, en la medida en la que el padre defrauda una espera orientada de una cierta manera, que comporta ya una maduración avanzada de la situación, en la medida en la que a esta exigencia del sujeto llegado (en suma, se podría decirlo de una cierta manera) a la cumbre de la situación edípica (si justamente su función no consistiera en esto que deba ser superado, es decir que es en su superación que el sujeto debe encontrar esta identificación satisfactoria, aquella a su propio sexo) se produce ese algo que anhela y que está articulado como tal, como un problema, como planteando un misterio. En Freud mismo está subrayado que este juego que admitimos como siendo la posibilidad por excelencia de la transformación del amor en identificación, es algo que no va totalmente solo.

Sin embargo es esto que nosotros admitimos en este caso para una primera razón en principio, que constatamos que es en este momento que se trata de articular, de dar una fórmula que nos permita concebir lo que es esta identificación en tanto que ligada a un momento de privación.

Es esto por lo cual yo quisiera tratar de darles algunas fórmulas, porque considero que son útiles para distinguir lo que esto es de lo que esto no es, en otros términos, introducir este elemento esencial de dialéctica, de articulación significante que no se los doy, acá, por placer, si puedo decirlo, ni por el gusto de reencontrarnos en las palabras; sino, al contrario, para que el uso que hacemos habitualmente de las palabras y de los significantes no sea un uso parecido a aquel que se llama confundir oro por baratijas(152), es decir, las cosas insuficientemente articuladas por cosas suficientemente claras en sí mismas. Es articulándolas bien que podremos medir efectivamente lo que pasa, y distinguir lo que pasa en un caso de lo que pasa en otro.

¿Qué sucede cuando el sujeto en cuestión, el sujeto femenino ha tomado una cierta posición de identificación al padre?

La situación, si ustedes quieren, es la siguiente: he aquí el padre, algo aquí a nivel del infante ha sido esperado; en fin, el resultado paradojal, singular es que bajo un cierto ángulo y de una cierta manera se nos dice que el infante deviene en tanto que ideal del yo, este padre.

El, por supuesto, no deviene realmente el padre, y aquí, siempre una mujer (en este caso) puede verdaderamente hablar de sus relaciones con su padre, basta escucharla de la manera más abierta decir: "Yo toso como él" por ejemplo. Es de algo que es una identificación de lo que se trata. Entonces tratemos de ver lo que pasa, tratemos de ver paso a paso la economía de la transformación.

La niña pequeña no está, por eso, transformada en hombre. Lo que encontramos como signos, como estigmas de esta identificación, son cosas que se expresan en parte, que pueden salir como aquellas, que pueden incluso ser señaladas por el sujeto, de las que el sujeto puede jactarse hasta una cierta medida.

¿Qué es esto?

Esto, aquí, no plantea ninguna duda. Son elementos significantes. Si una mujer dice: "Yo toso como mi padre" o "Je ne pousse du ventre ou du corps comme lui" hay aquí a pesar de todo elementos significantes de los que provisoriamente se trata.

Más exactamente, para despejar aquello de lo que se trata, le daremos un término especial porque no son significantes que están puestos en juego en una cadena significante. Los llamaremos las "insignias" del padre.

La actitud psicológica muestra aquí en la superficie esto: el sujeto, en suma —para llamar las cosas por su nombre — se presenta bajo la máscara, o se instala sobre ese algo que está sobre el lado parcialmente indiferenciado que hay en todo sujeto como tal, se coloca las insignias de la masculinidad.

Conviene quizá plantearse la cuestión, (con la lentitud que es lo que siempre debe guardarnos del error), de eso en lo que deviene con el andar, el deseo.

¿De qué es parte todo esto? El deseo, después de todo, no era un deseo viril. ¿Y qué es el deseo en la medida en que el sujeto ha tomado aquí, a este nivel, las insignias del padre? Estas insignias van a ser empleadas ¿frente a quién?

Frente a algo tercero, frente a algo de lo cual se nos dirá que toma —porque la experiencia nos lo muestra— el lugar de lo que en la primitiva evolución del Complejo de Edipo estaba en ese tercer lugar, es decir la madre.

El análisis mismo de un caso como éste, nos mostrará que a partir del momento de la identificación, es decir, a partir del momento en el que el sujeto se reviste de las insignias de aquello a lo cual está identificado, hay, pues, una transformación del sujeto en un cierto sentido, que le es del orden de un pasaje al estado de significante, de algo que es esto, lasinsignias.

Pero el deseo que entra en juego no es más el mismo que si fuera lo que era esperado en ese rapport al padre, si fuera algo (que podemos suponer al punto en que las cosas han llegado, en este punto en el que estamos en este momento en el Complejo de Edipo), algo extremadamente próximo a una posición genital pasiva, un deseo apasionado, un llamado propiamente femenino.

Está bien claro que no es el mismo el que está aquí, después de la transformación. Dejamos por el momento en cuestión saber lo que le ha pasado a este deseo. Hace un rato hemos dicho privación. Esto merece que lo retomemos, ya que además se podría decir frustración.

¿Por qué privación más bien que frustración?

Indico aquí que este hilo queda pendiente.

Sea lo que sea, lo que se va a establecer en la medida en que el sujeto que aquí ha llegado, también en la medida en que tiene un ideal del yo, algo puede pasar en el interior del mismo, que está estructurado como en la intersubjetividad; este sujeto va a ejercer un cierto deseo, ¿que es qué?

Sobre este esquema, lo que aparece, son las relaciones del padre a la madre. Está bien claro que lo que encontramos en un análisis, en el análisis de un sujeto como este en el momento en que lo analizamos, no es el doble, la reproducción de lo que pasaba entre el padre y la madre, por toda suerte de razones, no sería más que porque el sujeto no ha accedido más que del todo imperfectamente, que la experiencia muestra que por el contrario que va a venir en la relación, es todo lo pasado, toda la vicisitud de lasrelaciones extremadamente complejas que hasta aquí han modulado los rapports del infante con la madre, es decir todo lo que desde el origen, desde las frustraciones, las decepciones ligadas a lo que existe —forzosamente— de contratiempo, de sacudidas en las relaciones del infante con la madre, con todo lo que acarrean de una relación extraordinariamente complicada, especialmente hacemos intervenir con un acento totalmente particular las relaciones agresivas, las relaciones agresivas en su forma más original, relaciones también de rivalidad, todas las incidencias por ejemplo, de la llegada de elementos extraños al trío, a saber, todos los hermanos o hermanas que han podido intervenir más o menos inoportunamente en la evolución del sujeto y en sus relaciones con su madre.

Todo esto llevará su trazo y su reflejo para atemperar o para reforzar lo que se presentará, entonces, como reivindicación de las insignias de la masculinidad. Es esto lo que va a proyectarse en las relaciones que, en el joven sujeto, serán desde entonces comandadas, con su objeto a partir de este punto de la identificación en el que el sujeto, en suma, reviste las insignias de aquello a lo cual está identificado, en tanto que ha devenido, o que juega en él, el rol y la función de ideal del yo. Bien entendido, esta es una manera de imaginar los lugares de los que hablo, pero esto supone, evidentemente, .—si Uds. quieren comprenderlo— una suerte de idas y venidas.

Estas insignias, el sujeto las vuelve a traer consigo después del movimiento de oscilación del que se trata. Se reencuentra constituido de una cierta manera, y con un nuevo deseo.

Esta fórmula, este mecanismo de la transformación, con lo que este comporta, a saber: la intervención al principio de un elemento que debe ser primero libidinal, en segundo lugar la existencia junto a un tercer término con el cual el sujeto está en un rapport que permite la distinción de este tercer término, y que para esto exige en todo caso que en el pasado de la relación con este tercer término, haya intervenido este elemento radicalmente diferenciador que se llama la competencia, y en tercer lugar ese algo que hace que se produzca una suerte de intercambio, lo que ha sido el objeto de la relación libidinal deviene otra cosa, es transformado para el sujeto en funciones significantes, y su deseo pasa a otro plano, al plano del deseo establecido precedentemente con el tercer término, este resulta en el fondo de la operación, el mismo; quiero decir, el otro deseo, aquel que viene a substituir al deseo rechazado. El mismo está, sin embargo, transformado. Es esto lo que constituye el proceso de la identificación.

Es necesario que exista primero el elemento libidinal que apunte a un cierto objeto en tanto que objeto. Este objeto deviene en el sujeto un significante para ocupar el lugar que se llamará desde entonces ideal del yo.

El deseo por otra parte, sufre ese algo que comporta un ...(153). Es otro deseo que viene en lugar del primero. Este otro deseo no es un deseo que viene de nada, éste no es la nada(154), este existía antes, concernía al tercer término, y sale de allí transformado.

He aquí el esquema que les ruego retengan en sus espíritus, porque es en alguna forma el esquema mínimo de todo proceso de identificación en el propio sentido, de identificación a nivel secundario, de identificación en tanto que funda el ideal del yo. No falta jamás ninguno de estos tres términos y este cambio de sitio(155) que resulta de la transformación por una parte, de un objeto trans-significante, de la toma de lugar que este significante realiza en este momento en el sujeto (y que constituye, propiamente hablando, la identificación) es ese algo que encontramos en la base de lo que constituye un ideal del yo, y esto se acompaña siempre, también, de este algo que podemos llamar transferencia del deseo a saber, que otro deseo sobreviene, por otro lado que es un rapport con un tercer término que no tenía nada que ver con la primera relación libidinal puesta en causa, y que este deseo que viene a substituir al primero es, en esta sustitución y por esta sustitución, transformado.

Esto es completamente esencial. Podemos todavía explicarlo, pero de otra manera. Decimos que para retomar nuestro esquema bajo la forma en la que nosotros lo presentamos habitualmente, el infante en un primer rapport con el objeto primordial —esta es la fórmula general— toma la posición simétrica de la del padre. Entra en rivalidad, se sitúa en una posición contraria con respecto a la relación primitiva al objeto, en un punto X. Es en al medida en que deviene algo que puede revestirse de las insignias de aquello con lo cual él entra en rivalidad, que encuentra luego su lugar allí donde él está forzosamente, en una posición contraria a este punto X donde las cosas pasan; y allí donde vienen a

constituirse bajo esta nueva forma que se llama ideal del yo. Retiene algo de este pasaje bajo la forma más general.

Se trata aquí de algo, en el que bien lo ven, no se trata más ni de padre ni de madre, se trata de rapports con el objeto. La madre es el objeto primitivo, el objeto por excelencia. Lo que él deduce en este caso, en esta ida y venida lo cual lo hace —en relación al objeto— entrar en rivalidad con un tercer término, es algo que se cárcteriza por lo que se puede llamar el factor común que resulta de la existencia de los significantes, del hecho que en el psiquismo humano, en la medida en que los hombres tienen que ver con el mundo significante, y que son los significantes la condición necesaria, el desfiladero por donde es necesario que pase su deseo; en esta ida y venida hay siempre algo que implicará este factor común a la incidencia del signIficante en el deseo, a aquello que lo significa, a aquello que lo hace necesariamente un deseo significado. Este factor común es precisamente el falo. ES porque siempre forma parte de esto, que es el mínimo común denominador de este factor común, que lo encontramos siempre aquí en todos los casos, se trate del hombre o de la mujer.

En otros términos, es para esto que nos ubicamos aquí, en este x, el falo, el pequeño Y; ustedes ven lo que resulta de esto, es que está siempre con respecto al yo; es decir, ese algo que está establecido en un rapport del sujeto consigo mismo, y siempre más o menos frágilmente constituído; son respecto a la identificación primitiva— y ésta, en efecto, más o menos ideal, que el sujeto se hace de sí con un imagen siempre más o menos controvertida que no tiene nada que hacer con ese rapport de fondo que él tiene con eso a lo cual dirige sus demandas, es decir el objeto.

El ideal del yo se constituye en esta ida y vuelta siempre en una posición contraria, si se puede decir, de ese punto virtual donde se produce la puesta en competencia, la controversia del tercer término. Es en una posición contraria, que tiene siempre un cierto rapport con este factor común metonímico que es el falo, que se reencuentra en todas partes, y —entendiendo bien— lo que pasa a nivel del ideal del yo consiste esencialmente a tener el mínimo este factor común, y entendámoslo bien, compuesto de una manera que no lo deje ver, o que no lo deje ver más que como algo que se nos cuela siempre entre los dedos, ese algo que corre en el fondo de toda especie de asunción significante.

Es esto; es que este significante en todos los casos, avanza sobre el significado. El ideal del yo se constituye en este rapport con el padre, éste implica siempre el falo. Aquí es el padre el tercer término, éste implica siempre el falo, este lo implica siempre y únicamente en la medida en que este falo es el factor común, es el factor pivote de esta instancia del significante.

¿Qué nos dice por ejemplo una vez más una Hélène Deutch?

Karen Horney nos ha mostrado la continuidad del complejo de castración con la homosexualidad femenina. Hélène Deutch nos hablará de otra cosa. También ella nos dirá que la fase fálica bien juega el rol que nos dice Freud, lo que le importa es darse cuenta también de su vicisitud ulterior, esta vicisitud, ella la verá en esto: que la adopción, dice ella, de la posición masoquista que es esencial, constitutiva, dice ella, de la posición(156) femenina, se basa sobre este plano que, es en la medida en que el goce clitoridiano se encuentra prohibido en la niña pequeña, que ella se encontrará encontrar su satisfacción de una posición que no será más pues, únicamente una posición pasiva, sino una posición de goce, asegurada en esta misma privación que le es impuesta del goce clitoridiano. Hay aquí alguna paradoja; pero una paradoja que Hélène Deutch sostiene de algo que va en ella hasta preceptos técnicos, constataciones de experiencia, y que llegan bien lejos en su paradoja. Quiero decir que les refiero aquí los datos de experiencia de una artista sometida como tal a una cierta elección (sin duda alguna) del material, pero que vale la pena que uno se detenga aquí.

Para Hélène Deutch la cuestión de la satisfacción femenina es algo que se presenta de una manera bastante compleja, porque ella considera que una mujer en su naturaleza de mujer y femenina, puede encontrar una satisfacción bastante cabal para que no aparezca nada que se presente como neurótico o atípico en su comportamiento, en su adaptación a sus funciones de mujer, sino que se presente para ella, bajo ninguna forma bien marcada, la satisfacción propiamente genital.

Lo repito, es la posición de la Sra. Deutch. A saber que, en suma, el cumplimiento de la satisfacción de la posición femenina, puede encontrarse enteramente sobre el plano de la relación maternal, en todo lo que implica en todas sus etapas al cumplimiento de la función de reproducción, a saber, en las satisfacciónes propias del estado de embarazo, del amamantamiento y de la conservación de la posición maternal, la maduración de la satisfacción, ligada al acto genital en sí mismo del órgano en sí mismo, para llamarlo por su nombre, que son algo que está bastante ligado a esta dialéctica de la privación fálica, ya que Hélène Deutch formula que entre los sujetos, ella ha reencontrado de una manera más o menos expuesta, de una manera más o menos inducida, esta implicación en la dialéctica fálica, a saber, que es en relación al hombre, en relación a un cierto grado de identificación masculina, que se constituye un equilibrio (forzosamente éste) conflictual, precario, de la personalidad.

Una reducción demasiado inducida de esta relación compleja, un avance a un grado llevado al extremo del análisis, es como para frustrar al sujeto de lo que hasta aquí, más o menos felizmente, ha realizado del goce en el plano genital, y llega a comportar para ella la indicación de dejar en alguna medida al sujeto el pene de sus identificaciones más o menos logradas en este plano, en todo caso adquiridas, de no —por un análisis demasiado avanzado— reducir, si así se puede decir, descomponer, analizar estas identificaciones, por no ponerlo en posición de pérdida en relación a lo que estos análisis revelan como ser el fondo, la estructura del goce adquirido, conquistado hasta aquí, hasta el análisis en tanto que estaría ligado, adquirido, —en el plano del goce genital, a algo que es justamente el pasado del sujeto en relación a sus identificaciones en tanto que el goce puede consistir en la frustración masoquista de una cierta posición que ha sido conquistada en un momento, y para que la frustración sea mantenida necesita al mismo tiempo la conservación de las posiciones de donde esta frustración puede ejercerse.

En otros términos, en ciertas condiciones, la reducción de identificaciones que son propiamente identificaciones masculinas, puede constituir un peligro para aquello que ha sido conquistado por el sujeto en el plano del goce en la dialéctica misma de esta identificación.

Esto vale lo que vale. Aquí la cuestión es simplemente que esto haya podido ser expuesto, que esto ha sido expuesto seguramente por alguien que no carece de experiencia, y que no sería más que por sus reflexiones que se manifiesta seguramente como alguien que reflexiona sobre su metiér y sobre las consecuencias de lo que ella hace. Por el contrario, es a este título y a este sólo título que esto merece ser mantenido en cuestión.

Les repito, y para resumir la posición de la Sra. Deutch, es —en suma— en el más allá del acto genital tal como se presenta efectivamente en las relaciones interhumanas; yo no digo que se presenta de la misma manera entre los petirrojos y entre las mantis religiosas, pero en la especie humana parecería que el centro de gravedad, el elemento de satisfacción mayor de la posición femenina, se encontraría en el más allá de esta relación genital como tal.

De alguna manera todo lo que pudiera ser aquí encontrado por la mujer, se ligaría esencialmente a una dialéctica de la que no debemos sorprendernos que intervenga aquí. ¿Qué quiere decir esto?

Esto quiere decir que este algo que está también muy manifiesto en la posición del hombre frente al acto genital, a saber, la importancia extrema de lo que se llama el placer preliminar, es aquí aquello que da, quizá, simplemente de una forma más acentuada, los materiales libidinales para poner en causa, pero que esos materiales libidinales entran en juego efectivamente a partir de su toma en la historia del sujeto, en una cierta dialéctica significante que implica la intrusión de la identificación posible al tercer objeto que es el padre en esta ocasión, y que todo lo que viene bajo el título de reivindicación fálica, e identificación al padre; complicada, de la relación de la mujer con su objeto; no es simplemente que la elaboración significante de aquello a lo cual se encuentran tomadas a préstamos las satisfacciónes que se producen propiamente en el acto genital, a saber, lo que he llamado hace un instante: placer preliminar; el orgasmo en sí mismo, y como tal, sería identificado con la cumbre del acto en sí mismo, plantea efectivamente a la experiencia el problema en la mujer de algo que merece, en efecto, ser planteado; dado que todo lo que sabemos fisiológicamente de la ausencia de una organización nerviosa directamente del acto en sí mismo, plantea efectivamente a la experiencia el problema en la mujer de algo que merece, en efecto, ser planteado; dado que todo lo que sabemos fisiológicamente de la ausencia de una organización nerviosa directamente formada para provocar la voluptuosidad en la vagina.

Esto nos lleva a tratar de formular esta cuestión de la relación del ideal del yo a una cierta vicisitud del deseo, y para formularla así: tenemos tanto en el varón como en la niña, en un momento dado, una relación a un cierto objeto cualquiera, a un objeto de aquí en más constituido, constituído en su realidad de objeto, y este objeto va a devenir algo que es el ideal del Yo. Va a devenir esto por sus insignias.

¿Por qué el deseo del que se trata en esta relación con el objeto ha sido llamado en esta ocasión privación?

Ha sido llamado en esta ocasión privación porque lo que constituye su carácterísticas es, no como se le dice, que concierne a un objeto real, es necesario, entender bien, que el padre en el momento en el que interviene en el primer ejemplo que he dado en la evolución en la niña, sea en efecto un ser bastante real en su constitución fisiológica, para que el falo pase a un estado de evolución que va más allá de la función puramente imaginaria, que pueda conservar largo tiempo en el penis-neid. Es cierto. Lo que constituye la privación del deseo es no que éste apunte a algo real en esta ocasión, sino que apunta a algo que puede ser demandado. No puede aquí haber e instaurarse —propiamente hablando— dialéctica de privación, más que cuando se trata de algo que el sujeto puede simbolizar. Es en la medida en que el pene paterno puede ser simbolizado, puede ser demendado, que se produce lo que pasa a nivel de la identificación de la que hoy se trata.

Hay aquí algo totalmente distinto de lo que interviene a nivel de lo prohibido que se constituye a pesar, por ejemplo, del goce fálico.

El goce clitoridiano, para llamarlo por su nombre, es quizás en un momento dado de la evolución, prohibido.

Lo que está prohibido rechaza al sujeto hasta algo donde no encuentra más nada para significarse. Es esto lo que produce, propiamente hablando, el carácter doloso, y es en la medida en que el yo puede (de parte del ideal del yo, por ejemplo, en esta ocasión) encontrarse en esta posición de rechazo(157), que se establece el estado —propiamente dicho— melancólico.

Volveremos sobre la naturaleza de este rechazo, pero entiendan de aquí en más aquí, que esto a lo cual hago alusión puede ser puesto en relación con el mismo término alemán que es en nuestro vocabulario lo que he puesto en relación con este rechazo, a saber, el término de Verwerfung.

Es en la medida en que de parte del ideal del yo del sujeto pueda encontrarse él mismo en su realidad viviente en esta posición de exclusión, de toda significación posible, de exclusión, que se establece el estado depresivo como tal.

Pero de lo que se trata en la formación del ideal del Yo, es un proceso totalmente opuesto: consiste en esto, en suma, que este objeto que se encuentra confrontado a algo que hemos llamado privación, en la medida en que es un deseo negativo, que es algo que puede ser demandado, que es en el plano de la demanda que el sujeto se ve rehusar este deseo, esta ligazón entre el deseo en tanto que rehusado, y el objeto. Es esto lo que está al principio, la constitución de este objeto como un cierto significante que toma un cierto lugar, que se substituye al sujeto que deviene una metáfora del sujeto, lo que se produce en la identificación al objeto del deseo, en el caso en el que la hija se identifica a su padre.

Es esto: este padre que ella ha deseado, y quien le ha rehusado el deseo de su demanda, deviene algo que está en su lugar. El carácter metafórico de la formación del ideal del yo es un elemento esencial, y de igual que en la metáfora lo que resulta de esto es la modificación de algo que no tiene nada que hacer con el deseo interesado en la constitución del objeto, que es un deseo que está en otra parte en este momento, el deseo que había ligado la niña pequeña a su madre, llamémosle en relación a la gran D, pequeña d. Toda la aventura precedente de la niña pequeña con su madre, viene aquí a tomar lugar en la cuestión y sufre las consecuencias de esta metáfora. Deviene ligado.

Reencontramos aquí la fórmula de la metáfora, que yo les he dado, en tanto que es, ustedes lo saben:

$$\left(\frac{S}{S'}\right) \qquad S\left(\frac{I}{s}\right)$$

es decir algo que resulta de un cambio de significación. Después de la metáfora, este cambio de significación, es algo que se produce en las relaciones hasta aquí establecidas por la historia del sujeto, ya que, en suma, estamos siempre en el primer ejemplo de la niña pequeña con la madre. Lo que desde entonces modelará sus relaciones con su objeto, será esta historia, esta historia modificada por la instauración de esta función nueva en él, que se llama ideal del yo.



26 de Marzo de 1958

Advertencia de los traductores(158)

(159) gráfico(160)

1) Escribo esto para comenzar, para evitar escribirlo incorrecta o incompletamente cuando deba referirme a él. Espero, al menos, poder esclarecer el conjunto de esas tres formas desde aquí hasta el fin de nuestro discurso de hoy.

2) Para retomar las cosas, un poquito donde las he dejado la última vez, he podido constatar —no sin satisfacción— que algunos de mis propósitos no habían sido sin provocar alguna emoción, especialmente para los que parecía que yo había podido endosar opiniones de tal o cual psicoanalista femenino, que había creído deber avanzar

esta opinión de que ciertos análisis de mujeres no dan para ser llevados hasta su término.

Por la razón, por ejemplo de que el progreso mismo del análisis podría, a dichos sujetos en análisis privarlos hasta cierto punto de lo que los sostiene, de sus relaciones propiamente sexuales: quiero decir, que la continuación o el avance del análisis podría amenazar un cierto goce conquistado y adquirido. A continuación de lo cual, se me ha preguntado si yo endosaría esta fórmula, a saber, si el analista debía en efecto detenerse en un cierto punto, por las razones que serían situadas, de alguna manera, fuera de la ley de su progreso mismo.

3) Yo respondería a eso que todo depende de lo que se considere como siendo el extremo del análisis, no su extremo interno sino más bien eso, que lo regula, si se puede decir, teóricamente. Es bien cierto que una respectiva del análisis que es aquella de un ajuste a la realidad, ese ajuste a la realidad siendo considerado como algo que está implicado en la noción misma del desarrollo del análisis; quiero decir, que estaría dado en la condición del hombre o de la mujer que una plena elucidación de esta condición, de conducirlo obligatoriamente a una adaptación en alguna manera preformada, armoniosa. Es una hipótesis, y una hipótesis que en verdad nada en la experiencia viene a justificar. Dicho de otro modo, para encender mi linterna y emplear los términos que son aquellos mismos que volverán hoy, esta vez en un sentido totalmente concreto, ya que se trata de la mujer y, en verdad está allí un punto totalmente sensible de la teoría analítica, aquel de su desarrollo, de su adaptación propia a un cierto orden, y seguramente que es del orden humano. No aparece enseguida muy seguro que convenga, para lo que es la mujer, no confundir eso que ella desea, —doy a ese término "desear" su sentido pleno—, con eso que demanda; no confundir más eso que ella demanda con eso que quiere, en el sentido que se ha dicho que eso que la mujer quiere, ¿Dios lo quiere?.

4) Estos simples recordatorios, si no de evidencia al menos de experiencia, pueden estar destinados a mostrar que la pregunta que se le plantea de saber, eso de lo que se trata de realizar en el análisis, no es algo que sea simple.

5) La última vez, si esto ha venido de algún modo lateralmente en nuestro discurso, ése del cual hablamos, es al que yo desearía llevarlos, ése sobre el cual voy a llevarlos hoy para dar de él una fórmula más generalizada, y que me servirá, a continuación, de mojón en la crítica de las identificaciones fundamentales, normativas, precisamente del hombre y de la mujer, eso a lo cual los he llevado a la última vez; sería una primera captación sobre eso que debemos considerar como siendo esa suerte de identificación que produce al Ideal del yo; el Ideal del yo en tanto que es el punto de salida, el punto pivote, el punto de culminación, (abutissement) de esta crisis del Edipo alrededor de la cual se ha iniciado la experiencia analítica, y alrededor de la cual no deja de girar, aún cuando ella toma posiciones cada vez más centrífugas. Y he insistido sobre algo que podría decirse de este modo: que toda identificación del tipo de la identificación al Ideal del yo, sería una cierta puesta en relación (rapport) del sujeto con ciertos significantes en el otro, eso que he llamado insignias; y esa relación (rappot) vendría en suma a insertarse ella misma sobre otro deseo que sobre un otro deseo, más que sobre el deseo que había confortado los dos términos del sujeto y del otro, en tanto que el es portador de esas insignias.

6) He aquí, vistos de más cerca, a qué se resumía eso, eso que, bien entendido, no satisface a todo el mundo, aunque hablando de tal o tal yo no había dado como referencia más que eso. ¿No ven ustedes, por ejemplo, algo que, por otro lado está indicando como un hecho en el primer plano por Freud del mismo modo que por todos los autores, que es en la medida que una mujer hace una identificación a su padre que en sus relaciones (rapports) con su marido ella le hace todas las quejas (grief) que ella había hecho a su madre?

He aquí algo de lo cual no se trata simplemente de fascinarse sobre este ejemplo; hay, bien entendido, otras formas bajo las cuales retomaremos la misma fórmula. Pero, he aquí algo ejemplar, que ilustra eso que vengo de decirles: es en la medida en que la identificación es hecha por asunción de ciertos signos, de significantes carácterísticos de las relaciones (rapport) de un sujeto con otro, que eso viene a recubrir e implica el ascenso al primer plano de las relaciones de deseo entre ese sujeto y un tercero .ustedes re-encuentran la S, sujeto, la A mayúscula, la minúscula. Aquí poco importa. Lo importante en que ellas sean dos.

8) Partamos nuevamente de esta observación a la cual trato de llevarlos, que es algo de lo cual se podría decir que ella participa de la máxima de La Rochefocauld, concerniente a las cosas que no se sabría mirar de frente: el sol y la muerte. En el análisis hay cosas como esas. Es muy curioso que sea justamente al punto central del análisis al que se mira de más en más oblicuamente, y que se lo mira por la intermediación de anteojos (2)(161) de binoculares teóricos de más en más lejanos. El complejo de castración es de aquéllos.

9) Observen lo que pasa, y eso que ha pasado desde las primeras aprehensiones que Freud ha tenido. Había allí algo de eje, algo de esencial, en la formación del sujeto, o sea esa cosa extraña — es necesario decirlo, y que no se la había jamás promovido hasta ese momento, jamás articulado — que en la formación del sujeto, no es ese algo alrededor de una amenaza completamente precisa, particularizada, paradoja, arcaica, hasta provocadora del horror, para hablar propiamente; y un momento decisivo, sin duda patógeno, pero también normativo, gira alrededor de una amenaza que no está allí totalmente sola, que no está allí aislada; que es coherente con esa relación que se llama la relación edípica entre el sujeto, el padre, la madre; el padre haciendo aquí oficio de portador de la amenaza; la madre, objeto del punto de mira de un deseo, él mismo profundamente escondido.

10) Ustedes reencuentran allí, totalmente, el origen, eso de lo que se trata, precisamente de elucidar. Es que, en esa relación tercera, donde va a producirse la asunción de esas relaciones a ciertas insignias ya indicadas en suma en ese complejo de castración, pero de un modo enigmático, ya que de alguna manera esas insignias son ellas mismas puestas en relación con el sujeto en una relación singular (rapport), ellas están, —digamos— amenazadas, y al mismo tiempo son ellas, asimismo, las que él trata de recoger, de recibir; y eso, en una relación de deseo concerniente a un tercer término que es aquél de la madre.

11) Al comienzo es esto que encontramos, y cuando hemos dicho esto, estamos precisamente delante de un enigma, delante de algo que es articular, de ahí en adelante por los practicantes. Tenemos esa relación compleja por definición y por esencia, compleja de asir, compleja para articular, y la reencontramos en la vida de nuestro sujeto.

12) ¿Qué vamos a encontrar? Mil formas, mil reflexiones, una suerte de dispersión de imagenes, de relaciones fundamentales, para permitirnos, en eso, asir todas las incidencias, todos los reflejos psicológicos, todas las múltiples tareas psicológicas que s on cargadas en la experiencia del sujeto neurótico. ¿Y ahora qué pasa allí?

Ocurre ese fenómeno que yo llamaría aquel de la motivación psicologizante, que hará que, para investigar en el individuo, en el sujeto mismo, el origen, el sentido de éste temor de la castración, arribemos a una serie de desplazamientos, de transposiciones en la articulación de éste temor de la castración que hace poco menos —voy a resumir— que escalonarse así esta marca de la castración que está desde el comienzo en relación con el objeto del padre, el temor del padre. Somos, desde el comienzo llevados a considerarlo en su incidencia, y a apercibirnos de su relación con una tendencia, con un deseo del sujeto, aquél de su integridad corporal. Y es alrededor de la noción del temor narcisístico, que aquél del temor de la castración va a ser promovido. Pues, continuando siempre en una línea que es forzosamente genética, es decir, que remonta a los orígenes, a partir del momento cuando buscamos en el individuo mismo la génesis de eso que a continuación se desenvuelve, encontramos promovido, puesto en primer plano —porque se tiene siempre material sobre la clínica para asir las encarnaciones, si se puede decir, de un cierto efecto—, encontramos el temor del órgano femenino de un modo, por otro lado, ambigüo, ora lo que sea que deviene la fuente de la amenaza contra el órgano incriminado; ora al contrario, que él sea modelo de la desaparición de éste órgano.

14) Más lejos vamos a encontrar en el origen del temor de castración, por un retroceso simple más grande, —donde ustedes van a verlo, en último término me parece totalmente shockeante y singular en su alcance—, es que eso que va a ser temor, temor ante castración, en último término, es el término al cual hemos llegado progresivamente — y no les haré hoy la lista de los autores que encontramos, pero por lo último ustedes saben que está Melanie Klein. Eso que está en el origen del temor a la castración, es el falo mismo que está escondido al fondo del órgano materno, que para el niño es percibido desde los mismos orígenes como el falo paterno, como teniendo su fuente en el interior del cuerpo materno. Es él el que es temido por el niño, por el sujeto. Y crean ya suficientemente shockeante verse aparecer de alguna suerte en espejo, en frente a ese órgano amenazado, a ese órgano amenazante, de un modo, —yo diría—, de más en más mítico, a medida que es más alejado (reculé) Pero allí, para que el último paso sea franqueado, es necesario, en suma, que el órgano paterno en el interior del sexo materno, sea considerado como amenazante; es porque el sujeto mismo, de eso ha hecho — en las fuentes de eso que se llama sus tendencias agresivas primordiales, sus tendencias sádicas primordiales —; de ello ha hecho el arma ideal. y todo vuelve en último término, a una suerte de puro reflejo del órgano fálico, estando considerado como soporte de una tendencia primitiva, que es aquella de la pura y simple agresión, el complejo de castración aislándose en suma, reduciéndose al aislamiento de una pulsión agresiva primordial parcial, parece al mismo tiempo, y desde entonces desconectada. Y en efecto es notable todo el esfuerzo de los autores, eso en lo que ellos se han tomado el más grande trabajo a partir de ese momento para reintegrar, lo que concierne al complejo de castración en su contexto de complejo, es decir de aquello de donde ha comenzado, ha partido, que profundamente motiva su carácter central en la economía subjetiva de la cual se trataría en el origen de la exploración de las neurosis y, bien entendido, se sabe a qué esfuerzo los autores serían conducidos para restituir, al menos, para resituar en su lugar, que aparece en fin de cuentas, en suma, cuando miramos las cosas como siendo un puro y simple y vano giro de sí mismo de un sistema, de un conjunto de conceptos: pues en fin de cuentas, si examinamos atentamente la economía de eso que Melanie Kein articula como lo que pasa a nivel de este Edipo precoz —ése que es aún algo, que en una suerte de contradicción en sus términos—; es un modo de decir el Edipo antes que ninguno de los personajes del Edipo haya aparecido. Encontramos simplemente articulados en los significantes interpretativos de los cuales éste se sirve para darle un nombre a esas pulsaciones que ella encuentra, o que cree encontrar en el último término en el niño: es que ella implica en sus propios significantes, exactamente toda la dialéctica de la cual se trata en el origen, o sea la pregunta de la cual se trata y que es necesario retomar al comienzo y en su esencia, que es la siguiente:

15) Si la castración tiene ese carácter esencial, si nosotros la tomamos en la medida en que ella está promovida por la experiencia y la teoría analítica y por Freud, así desde su comienzo, sabemos ahora ver lo que ella quiere decir.

16) Antes de ser temor, antes de ser vida, antes de ser psicologizable: ¿Qué es lo que ella quiere decir?.

17) La castración, no es una castración real. Esta castración está ligada —nos ha dicho— a un deseo. Ella está también ligada a la evolución, al progreso, a la maduración del deseo en el sujeto humano. Si ella es castración es muy cierto, por otra parte, que el lazo a ese órgano —tan difícil por otro lado en la noción de complejo de castración, de centrar bien, pues a menudo se ha hecho remarcar qué es lo que eso quiere decir—, eso no es una castración dirigiéndose a los órganos genitales de su conjunto —por eso es, por otro lado que la mujer ella no toma el aspecto de una amenaza contra los órganos genitales femeninos en tanto tales, sino que en tanto otra cosa, justamente, en tanto que falo—. Igualmente en el hombre se ha podido legítimamente plantear la cuestión de saber si sería necesario, en esta noción de complejo de castración, aislar el pene como tal, o si allí incluir el pene y los testículos. En verdad, bien entendido, es precisamente lo que designa que eso de lo cual se trata es otra cosa que esto o aquello, es algo que tiene una cierta relación (rapport) con los órganos, pero una cierta relación (rapport) cuyo carácter justamente significante ya desde los orígenes no deja duda, y es ese carácter significante el que domina.

18) Digamos que al menos un mínimo debe ser retenido en eso que es en su esencia el complejo de castración, la relación (rapport) de un deseo por un lado, con por otro lado, eso que yo llamaría en esta ocasión una marca (marque) .

19) Para que el deseo, —nos dicen la experiencia freudiana y la teoría analítica— atraviese felizmente cierta fase y llegue a la madurez, es necesario que algo tan problemático para situar como el falo, sea marcado de ese algo que hace que él no está mantenido, conservado, sino en la medida en que ha atravesado la amenaza de castración propiamente dicha; y eso de ser mantenido como el mínimo esencial más allá del cual partimos en las sinonimias, en los deslizamientos, en las equivalencias, partimos también, en el mismo golpe, en las oscuridades.

20) Literalmente ya no sabemos lo que decimos sino retenemos esas cárácterísticas como esenciales: ¿y no sería mejor de entrada y ante todo dirigirse hacia la relación de esos dos polos, se dice del deseo a la marca, antes de intentar ir a buscarlo en las diversas maneras en que para el sujeto se encarna en la razón de una ligazón que ha partido desde el momento en que abandonamos ese punto de partida, va a devenir de más en más problemática y rápidamente de más en más eludida.

21) Insisto sobre ese carácter, ese carácter de marca que tiene por otro lado en todas las otras manifestaciones analíticas, interpretativas, significativas, y ciertamente en todo eso que él encarna ceremonialmente, ritualmente, sociológicamente; ese carácter de ser el signo de todo aquello que soporta esta relación castratoria de la cual hemos comenzado a percibir la emergencia antropológica con la intermediación del análisis.

22) No olvidemos hasta allí los signos, las encarnaciones religiosas, por ejemplo donde reconocemos ese complejo de castración, la circuncisión por ejemplo, para llamarla por su nombre; o aún tal o tal forma de inscripción, de marca, en los ritos de la pubertad, de tatuaje, de todo eso que produce las marcas impresas sobre el sujeto, en una ligazón con una cierta fase que, de un modo no ambigüo se presenta como una fase de acceso a un cierto nivel, a un cierto piso del deseo. Todo eso se presenta siempre como marca e impresión.

23) Y ustedes me dirán: bien, aquí estamos. La marca: no es difícil encontrarla. Ya en la experiencia, cuando se tiene una majada, cada pastor tiene su marquita como modo de distinguir ovejas, de aquellas de los otros, y no es una observación tan tonta. Hay una cierta relación, no se trataría más que de eso. Es que, en todo caso ahí encontraríamos ya que la marca se presenta siempre en una cierta trascendencia por relación a la constitución de la majada.

24) ¿Es que ella debe sernos suficiente? En verdad, en cierto modo, por ejemplo, la circuncisión, se presenta como constituyendo una cierta tropa, la tropa de los elegidos de los hijos de Dios.

25) ¿Es que no hacemos allí más que encontrar eso? Seguramente no. Eso que la experiencia analítica y eso que Freud desde el comienzo nos aportan, es que hay una relación estrecha, íntima entre el deseo y la marca. Es que la marca no está simplemente allí como signo de reconocimiento para el pastor, el cual valdría la pena saber donde está él en la ocasión; sino que cuando se trata del hombre, eso quiere decir que el ser viviente marcado tiene aquí un deseo que no es sino una relación íntima con esta marca.

26) No se trata de avanzar demasiado rápido, ni de decir qué es esta marca que modifica al deseo. Hay tal vez desde el origen en este deseo una hiancia que permite a esta marca tomar su incidencia especial. Pero lo que hay de cierto es que hay la relación más estrecha entre eso que cárácteriza el deseo en el hombre, y la incidencia, el rol y la función de la marca. Reencontramos esta confrontación del significante y el deseo, que es aquello alrededor de lo cual debemos llevar toda nuestra interrogación aquí.

27) Yo no quisiera extenderme demasiado, pero aquí al menos, un pequeño paréntesis: No olvidemos que la cuestión aquí desemboca evidentemente sobre la función del significante en el hombre, y no es aquí de esto escucharán hablar por primera vez. Si Freud ha escrito Tótem y Tabú, si ha sido para él una necesidad y una satisfacción esencial articular ese "Tótem y Tabú", vayan ustedes al texto de Jones para ver ahí bien la importancia que eso tenía para él, para Freud y que no era simplemente una importancia de psicoanálisis aplicado de encontrar engrandecido a las dimensiones del cielo el animalito humano al cual trataba de tener acceso en su consultorio. Eso no es el perro celeste por relación al perro terrestre como en Spinoza; es un mito para él absolutamente esencial, es un mito totalmente esencial que para él no es un mito. "Tótem y Tabú", eso, ¿Qué quiere decir?.

28) Es: somos necesariamente llevados, si queremos comprender ese algo que es la interrogancia particular Freud, a nivel de ésta experiencia del Edipo en su enfermedad. Es: somos llevados necesariamente a ese tema de la muerte del padre.

29) Bien entendido. Ustedes saben que Freud allí nos interroga. ¿Qué es lo que esto puede significar sino que, para concebir en suma una pareja que es el pasaje de la naturaleza a la humanidad, es menester que se pase por la muerte del padre.

30) Según su método, que es un método de observador de naturalista, él agrupa, abunda alrededor de esta suerte de puntos de concurrencia, de entrecuzamientos alrededor del cual llega —todos los documentos, todo eso es eso que le aporta de información etnológica, y bien entendido, ¿Qué queremos aumentar "foisoner" al primer plano? La contribución particular de su experiencia, es el punto de donde su experiencia reencuentra el material etnológico. Poco importa que sea más o menos en desuso. Ahora eso no tiene ninguna importancia. El hecho de que sea la función de la fobia con el tema del tótem que está allí el punto donde él se reencuentra, donde se satisface, donde ve conjugarce los signos de los cuales persigue la traza; todo nos muestra bien que eso es absolutamente indisernible de un progreso que pone en primer plano esta función del significante.

31) La fobia es un síntoma donde vive el primer plano y de un modo aislado y promovida como tal, el significante. He pasado el último año en explicarles, en mostrarles a que punto el significante de una fobia es algo que tiene mil significaciónes para el sujeto. Es un punto clave, en el significante que falta para las significaciónes pueden sostenerse, al menos por un tiempo, un poco tranquilas. Sin eso el sujeto está literalmente sumergido.

32) Igualmente el tótem eso también: el significante para todo uso, el significante clave, el significante gracias al cual todo se ordena y, principalmente el sujeto pues en ese significante el sujeto encuentra lo que él es, y eso es el nombre de ese tótem que para él se ordena también lo que está prohibido.

33) Pero ¿Qué es eso que, si se puede decir, nos vela, nos esconde, en el último término? Es que esta muerte del padre mismo, para que sea alrededor de él que pueda hacerse la conversión, la revolución gracias a la cual los jóvenes machos de la horda van a ver ordenarse algo que va a ser la ley primitiva, es decir, la prohibición del incesto, eso nos esconde simplemente ese lazo estrecho que hay entre la muerte y la aparición del significante. Pues no olviden al menos esto: Es que en su marcha ordinaria cada uno sabe que la vida no se detiene verdaderamente en los cadáveres que ella hace. Los peces grandes se comen a los pequeños, o aún habiéndolos matado no los comen, no los

comen. Pero es cierto que el movimiento de la vida —yo diría— nivela eso que ella tiene delante de sí para abollar y que está allí todo el problema de saber en que una muerte es memorizada, aún así ésta memorización es algo que permanece, de alguna manera, implícita, es decir si como todo nos lo deja aparecer, es de su naturaleza para esta memorización (memorisation) que sea olvidada por el individuo que se trata de muerte del padre o muerte del Moisés. Es esencialmente de su naturaleza olvidar eso que permanece absolutamente necesario como la clave como el punto pivote alrededor del cual debe girar nuestro espíritu. Es porque un cierto lazo ha sido hecho significante que esta muerte existe, dicho de otro modo, y hablando propiamente, en lo real, en el ensanchamiento (foisonnement) de la vida. No hay existencia de la muerte: hay muerte; he aquí todo; y cuando están muertos, nadie en la vida le presta allí atención. puesto allí atención.

34) En otros términos, ¿Qué es lo que hace, —y la pasión de Freud cuando escribe Tótem y tabú y el efecto fulgurante de la producción— un libro que aparece y que es muy generalmente rechazado y vomitado? es decir, que cada uno se pone a decir: ¿Qué es lo que nos relata ahí con eso? ¿De dónde viene? ¿Con qué derecho nos cuenta esto? Nosotros, etnógrafos, no hemos visto jamás eso. Lo que no impide que sea uno de los acontecimientos capitales de nuestro siglo y que alrededor de eso efectivamente todas las inspiraciones del trabajo crítico, etnológico, literario, antropológico; a partir de esto está profundamente transformado.

35) Qué es lo que esto quiere decir, sino que es que Freud allí conjuga dos cosas: conjuga el deseo con el significante: los conjuga como se dice que se conjuga un verbo. Hace tratar la categoría de esta conjugación en el seno de un pensamiento que hasta él, en lo concerniente al hombre, había permanecido como pensamiento que llamaría academizante, significado por eso una cierta filiación fisiológica antigua que, desde el Platonismo, hasta la secta de los estoicos y de los epicúreos, y pasados a través del cristianismo, tienden profundamente a olvidar, a eludir esa relación orgánica del deseo con el significante; a situarlos, a excluirlos del significante, a reducirlos, a explicarlo, a motivarlo en una cierta económica de placer; para eludir eso que hay en él de absolutamente problemático e irreducible y, hablando propiamente, perverso, para eludir eso que es el carácter esencial, vivo, de las manifestaciones de los deseos humanos en el primer plano en el cual deberíamos colocar ese carácter no solamente inadaptado, inadaptable, sino fundamentalmente pervertido, marcado.

36) En la situación de ese lazo del deseo y la marca, entre el deseo y la insignificancia, entre el deseo y el significante, es que estamos aquí en tren de esforzarnos.

37) He aquí las pequeñas fórmulas que les he escrito.

$$d \longrightarrow \$\diamond a \leftrightarrows i(a) \longleftarrow m$$

$$D \longrightarrow A\diamond d \leftrightarrows s(A) \longleftarrow I$$

$$\Delta \longrightarrow \$\diamond D \longleftrightarrow S(\not{A}) \longleftarrow \Phi$$

38) Quiero simplemente hoy introducirlas decirles eso que ellas quieren decir porque nos podríamos ir más lejos. Pero estas fórmulas son para mi gusto, aquella que alrededor de las cuales ustedes podrían no solamente tratar de articular algo de los problemas que acabo de proponerles, sino articular aún todos los vagabundeos, aún las mismas divagaciones del pensamiento analítico concernientes a eso que permanece siempre como siendo nuestro problema fundamental. A fin de cuenta nos olvidamos de ese problema que es el deseo.

39) Conocemos de entrada por decir lo que quieren decir las letras que están allí. La d minúscula, es el deseo. La $ (S mayúscula tachada) es el sujeto; la a minúscula es la otra pequeño, es el otro en tanto que es nuestro semejante, y el otro en tanto que su imagen nos retiene, nos cautiva, nos soporta, alrededor de los cuales constituyen ese primer orden de identificaciones que les he definido como la identificación narcisista que es esa m minúscula, el "moi".

40) Esta primera línea los coloca en una cierta relación (rapport) de la cual las flechas les indican que no pueden ser transcurridas hasta el final, partiendo de cada extremidad; que se detienen, partiendo de cada extremo en el punto preciso donde la flecha directriz, ella misma encuentra otro signo opuesto; pero pone en cierta relación la identificación yoica o narcística, por otra parte, la función del deseo.

41) Voy a retomar el comentario.

42) La segunda línea concierne a eso sobre la cual he articulado todo mi discurso del comienzo de éste año, y en la medida que he ensayado hacerlo ver en el chiste (Trait d' esprit) una cierta relación fundamental del deseo, no con el significante como tal, sino como la palabra; es, ha saber, la demanda. La D mayúscula aquí escrita quiere decir la demanda. La A mayúscula que le sigue es otra mayúscula, es el otro en tanto que es el lugar, el asiento, el testigo al cual el sujeto se refiere en su relación como un pequeño a cualquiera, como siendo el lugar de la palabra. No hay necesidad aquí de recordar cuanto, desde hace mucho tiempo y volviendo allí sin cesar, he articulado la necesidad de ese Otro como el lugar de la palabra articulada como tal. Aquí se reencuentra la d minúscula. Aquí va a encontrarse un signo: por primera vez. Es una s minúscula. La s minúscula tiene aquí la misma significancia que tiene habitualmente en nuestra fórmula, es decir, la del significado. La s minúscula de A mayúscula quiere decir eso del otro este significado, y significado con la ayuda del significante; eso es que el Otro para mí sujeto toma valor de significado, es decir hablando propiamente, eso que hemos llamado todo el tiempo las insignias. Es en relación con esa insignia del Otro que se le produce la identificación que

tiene por fruto y resultado la constitución, en el sujeto, de la I mayúscula, que es el Ideal del yo.

43) Nada más que por la constitución de esta fórmula, ustedes tienen presentificado que no hay acceso de los signos a la identificación del ideal del yo más en cuando el término del Otro es tomado en cuenta. Encontremos aquí una vez más, la de minúscula.

44) Las tercera línea, dicho de otro modo, delta es aquella que concierne al problema que trata de articular hoy delante de ustedes. Lo que ella trata de articular en una cadena marcada como las procedentes. Aquí, el delta. Es precisamente sobre eso que nos interrogamos; es decir, ese resorte mismo por el cual el sujeto humano es fuente de una relación con el significante, aquel en el que su esencia del sujeto, de sujeto total, de sujeto de su carácter completamente abierto, problemática, enigmática; es eso lo que expresa esta fórmula. Ustedes verán aquí el sujeto una vez más volver a su relación, con el hecho de que su deseo pasa por la demanda, que habla, y que eso tiene cierto efecto. Es simplemente eso lo que está simbolizado aquí; aquí ustedes tienen la S mayúscula que es habitualmente la letra por la cual signamos el significante. Esta fórmula explica que la S mayúscula es algo que voy a intentar decirles, es precisamente eso que el falo, Fi mayúscula, realiza; dicho de otro modo eso que el falo es ese significante que introduce a la A mayúscula algo nuevo, y que nos introduce más que en A mayúscula y al nivel de la A mayúscula; y que es gracias a lo cual esta fórmula va a tomar esclarecimiento, de los efectos del significante en ese punto preciso de la indecencia del Otro, es decir, eso que ésta fórmula nos va a permitir aclarar de lo que sucede por la existencia de las relaciones que son articuladas de esta manera.

45) Retomemos ahora eso de lo que se trata.

46) La relación del hombre con el deseo no es una relación pura y simple de deseo, (rapport) no es en sí una relación con objeto. Si es relación con el objeto fuera de la entrada instituida, no habría problema para el análisis. Los hombres, como se presumen que van la mayoría de los animales irían directamente al objeto; no abría esa relación segunda, se puede decir del hombre al hecho de que es un animal deseante y de la cual todo lo que pasa a nivel de que nosotros llamaremos perverso, consiste esto: que el goza de su deseo. Si todas las evoluciones de los orígenes del deseo gira alrededor de eso hecho vivido que se llamaría la relación, digamos masoquista, es aquella que nos haría en el orden genético, surgir primero, sin embargo se va allí por la suerte de regresión si puedo decir, —aquello que se ofrece como la más ejemplar, la que pivote, y es la relación llamada sádica o la relación escoptofílica.

47) Pero es totalmente claro que por una reducción y un manejo de una descomposición artificial segunda de lo que es dado en la experiencia, la aislamos bajo una forma de pulsaciones que se sustituyen unas a tras y que se equivalen: la relación escoptofílica, es tanto que conjuga exhibición y voyeurismo, es siempre ambigüa. El sujeto se ve ser visto o ve al sujeto como visto, pero no lo ve pura y simplemente. Es en el goce, en la experiencia de erradiación o de fosforescencia que se desprende del hecho de que el sujeto se encuentra en una posición de no se sabe de que ansia primitiva, de alguna manera extraída de su relación de implicación con el objeto, y de allí él se toma fundamentalmente asimismo como el paciente en esa relación; de donde el hecho de que encontramos en el fondo de esta exploración analítica del deseo, al masoquismo: es que el sujeto se encuentra como "sufriente", si se puede decir; su existencia de ser viviente como el sufrimiento, como siendo sujeto del deseo.

48) ¿Dónde estaba el problema?.

49) Aquí, es el lado que no permanecerá para siempre más que como carácter irreductible, el lado totalmente falso del deseo humano en la relación como ninguna reducción y adaptación; y ninguna experiencia analítica, irá en contra. El sujeto no satisface simplemente un deseo; el goza de desear, y es una dimensión esencial de su goce; y omitir en esta suerte de datos primitivos al cual debo decir que la investigación llamada existencialismo ha aportado algunas luces, he remitido a un cierto esclarecimiento de lo que les articulé allí como puedo —y pensando simplemente que ustedes se refieren a menudo a nuestra experiencia de cada día para que aquella tenga un sentido—, que está desarrollado a todo lo largo de la página, diversamente magistrales por Sartre en "El ser y la nada". Eso no tiene siempre un absoluto rigor, filosóficamente hablando, pero es seguramente de un talento literario innegable. Lo sorprendente, es que cosas de este orden no hayan podido ser articuladas, ni desarrolladas con tal estalido, más que desde, justamente que el análisis ha dado de alguna manera derecho de ciudadahía a la dimensión del deseo...

50) El Sr. Jones en (dans-dont) "La utilidad y las funciones del análisis" habrá estado en función directamente proporcional con lo que él no comprendía, para muy rápidamente tratar de articular el complejo de castración, dándole un equivalente. Para decirlo todo, el significante fálico ha sido para él, a todo lo largo de su existencia de escritor y de analista, el objeto de eso que podría llamarse en él una verdadera fobia, pues verdaderamente lo mejor que ha escrito, que culmina en su artículo sobre la frase fálica, consiste precisamente en tratar de articular: ¿porqué ese sagrado falo que uno encuentra allí, bajo nuestros pasos, en todo instante; por qué un privilegio para este objeto por otro lado inconsistente, siendo que hay cosas mucho más interesantes? La vagina por ejemplo. En efecto, tiene razón este hombre. Es totalmente claro que este objeto no tiene más interés que el falo, y todos lo sabemos. Solamente lo que lo sorprende, es que en uno u otro no tienen la misma función. El está estrictamente condenado a no comprender nada allí, en la medida miasma donde desde la partida, desde que él trataba de articular eso que era ese complejo de castración en Freud, él ha experimentado la necesidad de darle un equivalente.

51) Ya se ve un comienzo de la primera jugada que surge allí en el lugar de retener eso que había de coriaceo, de irreductible, en el complejo de castración, es decir el significante falo. No estaba allí sin una cierta orientación. No tenía tal vez más que un error, pensar que esta frase por la cual él temía su artículo sobre la "fase fálica", a saber, que Dios lo crea hombre y mujer, es allí que concluye, mostrando bien los orígenes bíblicos de su convicción; ya que dios los ha creado hombre y mujer, es entonces que están bien hechos para ir juntos; es necesario que sea igualmente para eso que eso empalme, o que eso diga por que. Pues justamente estamos en el análisis para apercibirnos de que cuando se demanda, cuando se pide que eso diga por qué, se entra en toda suerte de complicaciones, y es por eso que desde el comienzo él ha sustituido el término "complejo de castración", por ese término "afanisis" que ha buscado en el dicciónario griego, es

necesario decir que no se presenta como una palabra de lo más empleada entre los autores, y que quiere decir desaparición. Desaparición de qué? Desaparición del deseo. Es eso a lo que el sujeto temería en el complejo de castración, en el decir del Sr. Jones; y entonces de su pasito alegre de personaje Chakeaspereano; no parecería del todo dudoso (se douter) que sería ya un enorme problema que un ser viviente pueda sospechar (se douter), intimidarse como de un peligro, no de la desaparición de la falta, de la servidumbre de su objeto, sino de su deseo, pues no hay otro medio de hacer de la afanisis un equivalente del complejo de castración más que el de definirlo como él lo define, es decir, la desaparición del deseo.

52) ¿No hay entonces allí algo que sea absolutamente infundado? Pero sea lo que sea algo de segundo o de tercer grado, por relación a lo que podemos llamar una relación concebible en términos de necesidad; eso que parece no ser dudoso y eso de lo cual no tiene el menor aspecto de ser puesto en duda.

53) Dicho así y admitiendo en eso ya que estén resueltas todas las complicaciones que sugiere la simple exposición de los problemas en esos términos, resta el problema de saber como en esa relación del sujeto al otro, en tanto que es en el otro, en la mirada del Otro —no es por nada que pongo en el corazón la posición escoptofílica, y es porque efectivamente ella está en el corazón de esta posición; sino también en la actitud del otro. Quiero decir que no hay posición sádica que, de una cierta manera, no se acompañe, para se calificable hablando propiamente de sádica, de una cierta identificación masoquista.

54) Entonces el problema es de saber eso que, en esa relación de su ser mismo extraído donde está el sujeto humano, que lo pone en esta posición, totalmente particular, frente a frente al Otro; donde eso que él toma, donde eso de lo cual él goza, es otra cosa que la relación al objeto, sino de una relación a su deseo ("rapport") Se trata al fin de cuentas de saber lo que el falo como tal viene a hacer allí dentro. Es allí que está el problema, y antes de buscar engendrarlo, imaginarlo con una reconstrucción genética fundada sobre referencias que son ésas que llamaría referencias fundamentales del oscurantismo moderno, a saber, las fórmulas como aquellas que son en mi opinión excesivamente más imbéciles que todo lo que ustedes pueden encontrar en sus libritos que les enseñan bajo el término de instrucción religiosa, o de catecismo, a saber por ejemplo: la antogénesis reproduce la filogénesis. Cuando nuestros bisnietos sepan que en nuestro tiempo era suficiente para explicar un montón de cosas; ellos se dirán (falta una palabra) que el hombre es una cosa divertida, y no se apercibirán por otro lado de lo que ellos tendrán en ese lugar en ese momento.

55) Se trata entonces de saber lo que el falo viene a hacer aquí.

56) Propongamos por hoy esto: que la existencia de esa tercera línea, es decir que el falo en efecto juega un cierto rol, un rol de significante. ¿Qué es lo que eso quiere decir?.

57) Partamos de la segunda línea que quiere decir esto: que si hay una cierta relación del hombre al pequeño otro que está estructurado, constituido como eso que acabamos de llamar el deseo humano en el sentido en que ese deseo es ya fundamentalmente algo perverso, todas sus demandas serán marcadas por una cierta relación (rapport). Allí el sentido de eso que vemos en ese nuevo simbolito losángico que ustedes reencuentran sin cesar en ésta fórmula, y que implica simplemente que todo eso de lo que se trata aquí está comandado por algo que es simplemente esa relación cuadrangular que hemos puesto desde siempre en el fundamento de nuestra articulación del problema, y que pone S mayúscula, que dice que no hay S mayúscula concebible, ni articulable, ni posible, sin esa relación ternaria A a / a S . Esto es todo lo que eso quiere decir, exista, tenga una chance, sea algo, es necesario entonces que haya habido una cierta relación entre S (A) (SIC) en tanto que lugar de la palabra, y ese deseo tal como está estructurado, A (d, en tanto que él está estructurado en la primera línea.

58) Lo que la composición de las líneas implica es esto: que el mismo modo que la identificación narcisística, es decir eso que constituye el yo del sujeto, se hace en una relación de la cual nosotros hemos visto todas las variaciones, todas las diferencias, todos los matices de prestigio, de prestancia, de dominio, en una cierta relación con la imagen del otro, —pero está allí lo correspondiente, lo correlativo de eso que, por otro lado, del punto de revolución de este cuadro, es decir, la línea de equivalencia doble que está allí en el centro, pone en relación esta posibilidad misma de la existencia de un moi con el carácter fundamentalmente deseante y ligado a los avatares del deseo, que es lo que aquí está articulado en la primera parte de la primera línea—; igualmente, toda identificación que sea identificación a las insignias del otro, es decir del tercero en tanto que tal, ¿depende de qué?. De la demanda; de la demanda y las relaciones del Otro con el deseo, y aquí está totalmente claro y evidente, y eso que permite dar su pleno valor al término al que Freud, nombra, a eso que nosotros llamamos de un modo muy impropio —lo voy a rearticular, volveré a eso porque éste término es muy impropio—: el término frustración. Se trata de ...Vesagung. Sabemos por experiencia que es la medida que algo es versagt, que se produce en el sujeto ese fenómeno de identificación secundaria, o de la identificación a las insignias del otro.

59) ¿Qué es lo que eso implica?.

60) Eso implica que para que haya algo que pueda establecerse, yo entiendo, para el sujeto, entre el gran Otro como lugar de la palabra, y ese fenómeno de su deseo que se coloca sobre el plano totalmente heterogéneo, ya que hay relación con ese pequeño otro en tanto el pequeño otro es su imagen; es necesario que algo introduzca en el gran Otro, en el gran Otro en tanto lugar de la palabra, esa misma relación con el pequeño otro que es exigible, que es necesaria, que es fenomenológicamente tangible, para explicar el deseo humano en tanto que deseo perverso. Es la necesidad de una articulación del problema que nos hemos propuesto hoy.

61) Esto puede parecerles oscuro. No voy a decirles más que una sola cosa: Es que para no poner ninguna cosa del todo debemos darnos cuenta que eso deviene de más en más oscuro, pero en adelante todo se embrolla, en el lugar que se trata de saber; es que si proponemos eso, debemos poder hacer surgir un poco orden. Nosotros proponemos que ? ?(Fi mayúscula), el falo, es el significante por el cual es introducido en A en tanto lugar de la palabra. (la A mayúscula, el gran otro) por donde es introducida la relación al otro, a minúscula, en tanto que pequeño otro, pequeño a por donde esa relación es introducida; no es todo, en tanto que el significante allí está por algo.

62) Veamos. Esto tiene el aspecto de morderse la cola, pero es necesario que eso se

muerda la cola. Es claro que el significante, lo encontramos precisamente para todos los pasos. Lo hemos encontrado de entrada en el origen. No habría allí origen, no de la cultura sino de lo que es por otro lado la misma cosa, si distinguimos cultura y sociedad; no habría entonces entrada del hombre en la cultura si esa relación con el significante no estuviera en el origen.

63) Lo que queremos decir aquí es que, del mismo modo que hemos definido el significante paterno como el significante que, en el lugar del gran Otro, coloca, autoriza el juego de los significantes, hay allí otro significante privilegiado que es el significante que tiene por efecto instituir en el gran Otro aquello que lo cambia de naturaleza, es decir que es por eso que aquí esta borrado, este Otro, aquel que le cambia de naturaleza, a saber, que no es puramente, simplemente, el lugar de la palabra, sino que es algo que, como sujeto, está implicado en esta dialéctica situada sobre el plano fenoménico de la reflexión en el campo del pequeño otro, que propone que el gran Otro está implicado en eso, y que ha agregado —es pura y simplemente como significante que eso se agrega allí, que esa relación existe— en la medida en que es el significante el que la inscribe.

64) Les ruego, cualquier dificultad que esto les traiga , guardarla en el espíritu, sostenerla allí por hoy. Les mostraré en lo que sigue lo que esto nos permite articular e ilustrar.



La histérica frente a la demanda

9 de Abril de 1958

Si las cosas del hombre de las que nos ocupamos en principio, están marcadas de su relación al significante, no se puede usar el significante para hablar de esas cosas como para hablar de los problemas que el significante plante. En otros términos, debe haber una diferencia en la forma en que hablemos de las cosas del hombre, y en la forma en que hablemos de otras cosas. Sabemos bien que las cosas no son insensibles a la aproximación del significante; que su aproximación al orden del logos debe ser estudiada, y que estamos en condiciones, más que nuestros predecesores, de darnos cuenta de que plantea numerosas cuestiones la forma en que a fin de cuentas el lenguaje penetra las cosas, las surca, las subleva, las revoluciona aunque sea un poco. Pero, en fin, estamos donde sabemos, al menos donde suponemos, sin error, que las cosas, las del hombre, no están desarrolladas en el lenguaje al menos de allí que a partido para el trabajo de la ciencia tal como está constituida actualmente para nosotros, de la ciencia de la ....(162).Piensen en principio en castrar el lenguaje, es decir en reducirlo al mínimo necesario para que esta captura de las cosas pueda hacerse. Esto es lo que se llama analítica trascendental. En fin, se ha uno arreglado para reducir el lenguaje para las cosas

a su función de interrogación. En suma se lo ha desgajado, tanto como es posible, y naturalmente no del todo, de las cosas con las que estaba preferentemente comprometido hasta cierta época que corresponde aproximadamente al inicio de la ciencia moderna. Hoy día, por supuesto, todo se complica. ¿Acaso no constatamos al mismo tiempo singulares convulsiones en las cosas, que no dejan de tener relación con el modo en que las interrogamos?. Y, por otra parte, curiosos impasses en el lenguaje, pues e n el momento en que hablamos de las cosas se nos transforman en estrictamente incomprensibles.

Pero eso no nos concierne. Nosotros estamos en el hombre, y allí todo lo que hago observar, es que el lenguaje no está hasta la fecha desgajado, el lenguaje con el cual lo interrogado no es desgajable, como nosotros creemos, a saber cuando tenemos sobre las cosas del hombre

$$d \longrightarrow \$ \diamond a \rightleftarrows i(a) \longleftarrow m$$

$$D \longrightarrow A \diamond d \rightleftarrows s(A) \longleftarrow I$$

$$\Delta \longrightarrow \$ \diamond D \longleftrightarrow S(Ⱥ) \longleftarrow \Phi$$

en el discurso de la academia o de lo psicológico psiquiátrico. Hasta nueva orden, es el mismo. Podemos darnos cuenta suficientemente de la pobreza de las construcciónes a los que nos libramos, y además de su imputabilidad, pues en verdad desde el siglo que hace que se habla de alucinación en psiquiatría, no se ha dado un sólo paso, no se sabe aún, no se puede definir sino irrisoriamente lo que es la alucinación en psiquiatría.

Además todo el lenguaje de la psicología psiquiátrica, conlleva este mismo handicap, de hacernos sentir en su suma su profundo pataleo, y también esto que experimentamos: decimos que se rectifica tal o cual función, y sentimos lo arbitrario de esas rectificaciones, cuando se habla igualmente de en un lenguaje bleuleriano de la discordancia con la esquizofrenia. Tenemos la impresión de que estamos en algo cuando decimos "rectificar".

¿Qué quiere decir esto? No reprochamos en absoluto a esta psicología el hacer del hombre una cosa —quiera el cielo que lo haga una cosa — es el fin de una ciencia del hombre. Pero justamente hace una cosa que no es sino lenguaje que congela prematuramente, que substituye precozmente una forma apta de lenguaje por otra cosa que esta ya está tejida en el lenguaje.

Lo que llamamos en suma formaciones del inconsciente, lo que Freud nos presentó como formaciones del inconsciente, no es otra cosa que esta captura de un cierto primario, además es por esto que lo que ha llamado proceso primario y esta captura de un cierto primario en el lenguaje. El lenguaje marca ese primario, y es por lo que el descubrimiento de Freud, el descubrimiento del inconsciente puede decirse preparado para la interrogación de ser primario, en tanto que en principio es detectada su estructura de lenguaje.

Cuando digo preparado, es que ello podría permitir preparar la interrogación de ese primario, introducir una justa interrogación de las tendencias primarias. Pero no nos situamos bien allá si no hemos puntuado eso que se trata de reconocer primariamente, a saber que ese primario está en principio y antes que nada tejido por el orden del leguaje.

Es por eso que allí los conduzco y es por eso también que aquellos que les prometen, les hacen brillar la síntesis del psicoanálisis y la biología les muestran manifiestamente, por el hecho de que nada hay iniciado en ese sentido, les demuestran que es un señuelo, e iremos más lejos afirmando que hasta nueva orden, prometerlo, es una estafa.

Debemos pues tratar se situar, proyectar, manifestar lo que yo llamo la textura del lenguaje. Eso no quiere decir que excluyamos ese primario.

En las lecciónes precedentes estábamos tratando lo que yo he llamado dialéctica del deseo y de la demanda. Les he dicho que en la demanda la identificación se hace al objeto, digamos aproximadamente, del sentimiento.¿ Por qué es así, a fin de cuentas? Lo que es justamente en la medida en que para que se establezca, sea lo que fuera de intersubjetivo, es necesario que el Otro, con mayúscula, hable; o dicho de otro modo: porque está en la naturaleza de la palabra el ser la palabra del Otro; o más aún, porque es necesario que todo lo que es manifestación del deseo primario en algún momento, se instale en lo que Freud, luego de Fechner, llama la otra escena; esto es necesario para el hombre, una parte mayoritaria de cuyas satisfacciónes, por el hecho de ser hablante deben pasar por la intermediación de la palabra. Se debe enseguida observar que por este sólo hecho, una ambigüedad inicial se introduce. Si el deseo está obligado a este trujamán inicial de la palabra, y si como es totalmente manifiesto esta palabra tiene su estatuto, no se desarrolla sino en el Otro, como lugar de la palabra; es totalmente manifiesto que no hay razón alguna para que el sujeto se dé cuenta de todo esto. Quiero decir que la distinción entre Otro y sí mismo es, en el origen, la más difícil de las distinciones.

No tengo tampoco necesidad de subrayar lo que Freud, por ejemplo, ha subrayado bien, a saber el valor sintomático de ese momento de la infancia en que el niño cree que sus padres conocen todos sus pensamientos. Freud explica muy bien en ese momento mismo el lazo de ese fenómeno con la palabra, con el hecho de que sus pensamientos al fin de cuentas se han formado en la palabra del Otro, y es natural que en el origen de sus pensamientos pertenezcan a esta palabra.

Entre él y este Otro al inicio no hay más que un débil límite, pero que está marcado precisamente en lo que suceden la relación narcisista: un límite ambigüo en el sentido de que se franquea, quiero decir que la relación narcisista está perfectamente abierta a una suerte de transitivismo permanente. Es lo que muestra igualmente la experiencia del niño.

Pero los dos modos de ambigüedad de los sentidos, la que pasa por el plano imaginario, y se establezca con su semejante en una posición de rivalidad en relación a un tercer objeto.

Pero permanece en pie la cuestión de lo que sucede cuando son dos, a saber cuando se trata de que él se sostenga a sí mismo en presencia del Otro.

Esta dialéctica que en suma confirma con aquélla que se llamaba de reconocimiento, ustedes lo ven un poco, ustedes lo reconocen gracias a lo que al menos para algunos de ustedes, aquí se ha comunicado.

Ustedes saben que esta dialéctica del reconocimiento, un tal Hegel la encontró en el conflicto del goce y en la vía de la lucha llamada lucha a muerte donde él despliega toda su dialéctica del amo y del esclavo.

Es sumamente importante conocer todo eso, pero es obvio que eso no recubre el campo de nuestra experiencia por las mejores razones, y es que hay algo diferente de la dialéctica de la lucha del amo y del esclavo: hay la relación del niño a los padres, hay precisamente lo que sucede al nivel del reconocimiento, en tanto que lo qué está en juego no es la lucha ni el conflicto, sino justamente la demanda.

Lo que les digo hoy es simple. Primitivamente el niño en su impotencia, se encuentra dependiendo de la demanda, es decir de la palabra del Otro que modifica, reestructura, aliena profundamente la naturaleza de su deseo.

A lo que aquí aludimos, corresponde aproximadamente a esta dialéctica de la demanda, a la que se llama equivocadamente o no preedípica, y con razón seguramente pregenital, y en razón de esta ambigüedad de los límites del sujeto con el Otro, vemos introducirse en la demanda este objeto oral que, en la medida en que es demandado en el plano oral, es incorporado; ese objeto anal que s transforma en soporte de esa dialéctica del don anal primitivo, ligado esencialmente en el sujeto al hecho de que satisfaga o no la demanda educativa, es decir, al fin de cuentas, que acepte o no dejar cierto objeto simbólico.

Brevemente, esa recomposición profunda de los primeros deseos por la demanda, es lo que tocamos perpetuamente a propósito de lo que llamamos esta dialéctica del objeto, oral y particularmente anal.

Vemos lo que resulta de ello, a saber de que ese Otro como tal, con el que el sujeto tiene que vérselas en la relación de la demanda, él mismo está sometido a una dialéctica de asimilación, o de incorporación, o bien de rechazo. Hay algo diferente que quizás pueda introducirse, aquello por lo cual la originalidad, la irreductibilidad, la autenticidad del deseo del sujeto se restablece, no creo que sea otra cosa lo que significa el pretendido progreso de la etapa genital que consiste en esto: es que instalado en la dialéctica primera, pregenital de la demanda, el sujeto en un determinado momento tiene que vérselas con otro deseo, un deseo que no ha sido ni siquiera integrado hasta ese momento, que no es integrable en las recomposiciones mucho más críticas y profundas aún que para los primeros deseos, y que ese deseo, la vía ordinaria en que se introduce para él es en tanto que deseo del Otro. El reconoce un deseo más allá de la demanda, un deseo que en tanto no adulterado por la demanda, él lo encuentra, lo sitúa en el más allá del primer otro al que dirigía su demanda, para fijar las ideas, digamos la madre.

Lo que digo no es sino una manera de articular, de expresar lo que se enseña desde siempre. Es a través del Edipo que el deseo genital es asumido, viniendo a tomar su lugar en la economía subjetiva. Pero sobre lo que quiero llamar la atención, es sobre la función de ese deseo del Otro, para de una vez por todas permitir la verdadera distinción del sujeto y del Otro.

En otros términos la situación de reciprocidad que hace que si el deseo del sujeto depende enteramente de la demanda del Otro, conlleva otra situación de reciprocidad, la que se expresa en las relaciones del niño con la madre por el hecho de que el niño también sabe muy bien que él cuenta con algo: él puede rehusar la demanda de la madre, por ejemplo accediendo o no a los requerimientos de la disciplina anal o excrementicia.

Hay pues en esa relación entre los dos sujetos alrededor de la demanda, algo, una relación original para que una dimensión nueva que completa esta primera sea introducida, que hace que el sujeto no sea un sujeto sino en la relación de dependencia, y donde la relación de dependencia hace al ser esencial. Lo que debe ser introducido, lo que está ahí desde el inicio, lo que desde el origen es latente es esto: es que más allá de lo que el sujeto demanda, más allá de lo que el Otro demande al sujeto, debe de haber la presencia y la dimensión del otro deseo. Esto que en principio está profundamente velado al sujeto, pero que es sin embargo inmanente a la situación va a desarrollarse poco a poco en la experiencia del Edipo.

Esto es esencial en la estructura, más originalmente, más fundamentalmente que la percepción de las relaciones del padre y de la madre sobre lo que me he extendido en lo que llamé la metáfora paterna, más que la percepción de cualquier punto que conduzca al complejo de castración, es decir lo que será un desarrollo de este más allá de la demanda. Por sí mismo, el hecho de que el deseo del sujeto es primeramente encontrado, señalado en la existencia como tal del deseo del Otro, en tanto que deseo distinto de la demanda, eso es lo quiero hoy ilustrarles con un ejemplo, y con el primer ejemplo exigible, a saber que si esto es introductorio de alguna manera a todo lo que es de esta estructuración inconsciente del sujeto por su relación al significante, debemos encontrarlo enseguida. Y en principio ya les hice alusión a lo que podemos puntuar en las observaciones que Freud ha hecho sobre la histérica.

Vayamos al tiempo en que Freud nos habla por primera vez de deseo. Lo hace a propósito de los sueños. Les he comentado lo que Freud extrae a propósito del sueño inaugural de Irma, el de la inyección. No volveré sobre esto.

Tomemos el segundo sueño, pues Freud en la Traumdeutung analiza también algunos de sus sueños, es el sueño del tío José. Lo analizaré otro día, pues es totalmente demostrativo, en particular para ilustrar el esquema de los dos redondeles entrecruzados, porque nada hay que muestre más los dos pisos sobre los que se desarrolla el sueño: el piso propiamente significante que es la palabra , y el piso imaginario donde de alguna manera se encarna el objeto metonímico. No nos extraviemos por allí.

Tomo el tercer sueño de Freud ha analizado en el tercer capítulo: "La trasposición del sueño". Es el que llamaremos "la bella carnicera". He aquí el sueño:

"Quiero dar una cena, pero tengo por toda provisión solamente un poco de salmón ahumado. Querría salir a hacer compras, pero recuerdo que es domingo por la tarde y que todos los negocios están cerrados. Quiero telefonear a algunos proveedores pero el teléfono está descompuesto. Debo, pues, renunciar al deseo de dar una cena".

He aquí el texto del sueño. Freud anota escrupulosamente la forma en que se articula, en que se verbaliza el texto de un sueño, y es a partir de esa verbalización de una especie de escrito del sueño, es únicamente y siempre así que le parece concebible el análisis de un sueño.

"Yo respondo, naturalmente, dice Freud, que sólo el análisis puede decidir el sentido del sueño". En efecto, la enferma se lo propuso diciéndole: "Usted recuerda que me ha dicho que un sueño es siempre algo en que se realiza un deseo. En ese sueño yo tengo las mayores dificultades para realizarlo". "Acuerdo no obstante que parece a primera vista razonable y coherente, y parece todo lo contrario al cumplimiento de un deseo".

"¿Cuáles son los elementos de este sueño? Sabe usted que los motivos de un sueño se encuentran siempre en los hechos de los días precedentes", dice Freud a su paciente. El marido de la enferma es carnicero. A grandes rasgos es un hombre bravo, muy atractivo. Le ha dicho a su esposa algunos días antes que estaba muy gordo, que quería hacer una cura de adelgazamiento, que se levantará temprano, que ya no aceptará invitaciones a cenar. Ella cuenta riendo que su marido iba habitualmente al restaurante y que allí había conocido a un pintor que quería hacerle un retrato, porque no había encontrado nunca una cabeza tan expresiva . Su marido había respondido con su rudeza habitual que se lo agradecía mucho, pero que estaba persuadido de que el pintor preferiría un trozo de trasero de una linda chica o toda su figura.

"Mi enferma está actualmente muy prendada de su marido y lo fastidia sin cesar. Ella le pidió que no le traiga caviar. ¿Qué quiere decir esto? En verdad ella anhela desde hace mucho comer cada tarde un sandwich de caviar. Pero se rehusa a ese gasto", traduce el Sr. Meyerson, pero no es para nada así: es "ella no se permite esa licencia", el gasto no está presentificado allí. "Naturalmente ella tendría al instante su caviar si se lo pidiera al marido, pero ella le ha rogado por el contrario, que no se lo dé, de manera de poder fastidiarlo más con eso".

Aquí hay un paréntesis de Freud:

"Eso me parecía traído de los cabellos, como esas suertes de informes insuficientes que ocultan por lo corriente motivos que no se expresan. Pensemos en la manera en que los hipnotizados de Bernheim cumplían una misión post-hipnótica, ellos la explican cuando se les pregunta la razón, con un motivo visiblemente insuficiente, en vez de responder "no se porqué lo hice".

El caviar era un motivo de ese género.

"Observo que ella está obligada a crearse un deseo insatisfecho. Su sueño le muestra esta dilación, ese aplazamiento de un deseo, este apartamiento de un deseo como realmente cumplido. Pero para qué necesitaba un deseo insatisfecho?".

La observación es de Freud y está entre paréntesis.

"Lo que le vino a la cabeza hasta el momento, no pudo servir para interpretar el sueño. Insisto y al cabo de un momento, como conviene cuando hay que superar una resistencia, ella me dice que visitó ayer a una de sus amigas. Está muy celosa porque su marido habla demasiado bien de ella. Por suerte, la amiga es pequeña y delgada, y su marido gusta de las formas rellenas. De qué hablaba entonces esta flaca? Naturalmente de su deseo de engordar. Ella le preguntó: "¿cuándo nos invitás a cenar? Se come muy bien en tu casa". Ahora es claro el sentido del sueño. Puedo decirle a la enferma: es exactamente como si usted le hubiera respondido, naturalmente: si claro! Voy a invitarte para que comas bien, para que engordes y gustes todavía más a mi marido. Me gustaría más ya no dar ninguna cena. El sueño le dice que usted no podrá dar una cena, y cumple su deseo de no contribuir en nada a hacer más bella a su amiga. Esto se relacióna con la resolución adoptada de no aceptar más invitaciones a cenar porque eso hace engordar. Sólo falta encontrar algo que confirme esta solución".

"Todavía no se sabe a que responde el salmón ahumado en el sueño. De dónde viene que usted evoque en el sueño el salmón ahumado? Es, responde ella, el plato predilecto de mi amiga. Por azar también yo conozco a esta señora y sé que ella tiene con respecto al salmón ahumado la misma conducta que mi enferma respecto del caviar".

Es en ese punto que Freud nos dice que este sueño tiene otra interpretación más delicada, y que entra en la dialéctica de la identificación.

Es a ese respecto que hace las siguientes observaciones:

"Ella se identifica a su amiga. Es signo de esta identificación, es decir en tanto que ella se identifica a la otra, que se procura en la vida real un anhelo no realizado."

Creo que ya deben sentir dibujarse en este breve texto el líneamiento que yo hubiera podido encontrar en cualquier página de la Traumdeutung. Encontraríamos la misma dialéctica, tomado el primer sueño que cae en nuestras manos. El que tratamos nos lo va a mostrar de una forma particularmente simple, porque esta dialéctica del deseo y la demanda particularmente simple en la histérica. Pero continuemos de manera de haber seguido hasta su término lo que este texto tan importante nos articula, ya que en suma es una de las articulaciones más puras, por Freud, de lo que significa la identificación histérica. El precisa cual es su sentido.

Paso de largo algunas líneas, paro no hacerlo tan largo. Se trata de discutir acerca de lo que se llama en relación a esta intimación, simpatía; y él critica con mucha energía la simple reducción del contagio histérico a lo que sería una pura y simple imitación.

"Este proceso, dice, es algo más complejo que la imitación histérica tal como se la representa, como lo probará un ejemplo. Responde a deducciónes inconscientes. Si un médico ha puesto junto a otros pacientes en una cama en el hospital, a una sujeto que presenta una especie de temblor, no se sorprenderá de darse cuenta que este accidente a sido imitado. Pero este contagio se produce aproximadamente de la forma siguiente: los enfermos saben en general...:"

Habría que ver el peso que comporta una observación tal, no digo simplemente en la época en que fue hecha, sino todavía hoy para nosotros.

".... saben en general más cosas los unos de los otros que lo que el médico puede saber sobre cada uno de ellas, y ellas se preocupan las unas por las otras después de la visita del médico."

Observación esencial. En otros términos el objeto humano continúa viviendo en la pequeña relación particular al significante, aún después de que el observador, behaviorista o no, se interese por su fotografía.

"Una entre ellas tuvo su crisis hoy. Las otras saben bien que una carta de su casa, el recuerdo de una pena de amor, o cosas semejantes, fueron la causa. Su compasión se conmueve y ellos hacen inconscientemente el siguiente examen: si esa clase de motivos entrañan esa clase de crisis, bien podría tener yo esa clase de crisis."...

Articulación del síntoma en tanto que elemental, a una identificación de discurso, a una situación articulada en el discurso.

"... pues yo tengo los mismos motivos. Si fueran conclusiones consientes, conducirían a la angustia de ver sobrevenir la misma crisis. Pero las cosas suceden sobre otro plano psíquico, y culminan en la relación del síntoma temido. La identificación no es puessimple imitación, sino apropiación a causa de una etiología idéntica. Ella expresa como un todo, lo que tiene un rasgo de una comunidad que persiste en el inconsciente."

El término "apropiación" no está completamente bien traducido. Es más bien: tomado como propio.

"La histérica se identifica con presencia a personas con las cuales ha estado en relaciones sexuales, o que tienen las mismas relaciones sexuales con las mismas personas que ella. La lengua es además responsable de esta concepción: ella da cuenta de que dos amantes se hacen uno", dice Freud.

Por supuesto la relación de identificación a la amiga celosa, es el problema que aquí trata Freud.

Deseo atraer vuestra atención sobre esto: Freud en este texto subraya como problema primero que el deseo que encontramos en principio, desde los primeros pasos del análisis, ése a partir del cual se va desarrollar la solución del enigma, es que la enferma estaba preocupada en el momento de ese sueño, de creerse un deseo insatisfecho. ¿Cuál es la función de ese deseo insatisfecho?

Pues si leemos en el sueño, la satisfacción de su anhelo, lo que descubrimos a propósito de la satisfacción de ese anhelo, es la subyacencia de una situación que es propiamente la situación fundamental del hombre entre la demanda y el deseo, aquélla a la que intento introducirlos, y a la que los introduzco efectivamente por intermedio de la histérica, pues, digamos las cosas más o menos así: se puede decir que la histérica está suspendida en esta primera etapa, de este clivaje cuya necesidad traté de mostrarles entre la demanda y el deseo. Aquí no hay nada más claro.

¿Qué demanda ella? Hablo de antes de su sueño. En la vida. Esta enferma tan enamorada de su marido ¿qué demanda? El amor, las histéricas como todo el mundo, con la salvedad de que en ellas es más embarazoso, demanda amor. ¿Qué desea? Desea caviar. Sólo hay que leer. ¿Y qué quiere? Quiere que no se le dé caviar.

La cuestión es saber justamente porqué es necesario para una histérica que mantiene un comercio amoroso que la satisface, primeramente que desee otra cosa, ya que el caviar no tiene aquí otro rol que el de ser otra cosa, y en segundo lugar para que esta otra cosa llene bien la función que tiene la misión de llenar, no le sea dada, pues su marido no querría nada mejor que darle el caviar. Así probablemente estaría más tranquilo, se imagina. Pero lo que nos dice formalmente Freud, es que ella quiere que él no le de caviar para que pueden a continuar amándose locamente, es decir fastidiándose, jorobándose al infinito.

Estos elementos estructurales que no tienen nada, amen del hecho que nos detenemos en ellos, de tan original, son algo que aún así comienza a tomar un sentido aquí. Ven que lo que allí se expresa es una estructura que, más allá de su lado cómico, debe representar una necesidad. La histérica es precisamente, como sabemos, el sujeto para el cual la constitución del otro en tanto que gran Otro, en tanto que portador del signo hablado, es ese con el que le es difícil establecer la relación que le permita, a ella, histérica (y está allí la definición misma que podemos dar) guardar su lugar de sujeto. La histérica, para decirlo todo, está tan abierta a la sugestión de la palabra, que debe de haber algo en eso.

En algún lugar de la "Psicología de las masas y análisis del yo", Freud se plantea la cuestión de la manera según a cual esta hipnosis aparece. Su relación al dormir está lejos de ser transparente y la electividad enigmática que hace que se apropie de algunos, quiero decir que los sacia, que al contrario de otras personas se opone, se aleja radicalmente, muestra que hay un cierto momento desconocido que debe realizarse en la hipnosis, y que quizás hace posible por sí mismo en el sujeto originalmente, la pureza de las "situaciones libidinales". Diría más bien "actitudes libidinales".

Se trata precisamente de los lugares, de las postas que tratamos de esclarecer, y este elemento desconocido del que habla Freud gira alrededor de esta articulación de la demanda y del deseo. Es lo que trataremos de mostrar más adelante.

Entonces esta preocupación, esta necesidad para el sujeto de crearse un deseo insatisfecho, está en relación a lo que se necesita para que se constituya para el sujeto un Otro real, es decir, un Otro que no sea enteramente inmanente a la satisfacción recíproca de la demanda, es decir, a la captura entera del deseo del sujeto por la palabra del Otro, para que ese deseo del que se trata sea, por su naturaleza, el deseo del Otro, es precisamente eso a lo que la dialéctica del sueño nos introduce, ya que ese deseo de caviar, la enferma no quiere que sea satisfecho en la realidad.

¿Dónde está representado ese deseo en este sueño que es en efecto un sueño que tiende incontestablemente a satisfacer a la enferma en cuanto a la solución del problema que la aqueja? Ese deseo de caviar, ¿cómo va a ser representado en el sueño? A través de la persona en juego en el sueño, esa a la que Freud apunta, a la cual ella se identifica, ella también, histérica o no, no interesa, todo es histérico — histórico. Para la enferma

histérica, por supuesto la otra también lo es, y esto tanto más fácilmente cuanto que como acabo de decirles, el sujeto histérico se constituye casi enteramente a partir del deseo del Otro. El deseo del que el sujeto se hace cargo, es también el deseo preferido del Otro, y justamente sólo queda eso al no poder dar una cena. Sólo le queda el salmón ahumado, es decir, lo que indica a la vez el deseo del otro y lo que lo indica como pudiendo ser satisfecho, pero solamente por otro: además, nada teman, hay salmón ahumado! El sueño nos dice sin embargo que las cosas llegan al punto en que no se lo dé a su amiga, pero la intención está allí.

La intención está allí. En cambio por supuesto la demanda a su amiga que es el elemento genético del sueño es, a saber, que ella le pidió ir a cenar a su casa donde se come tan bien, y donde como añadido puede encontrar al buen carnicero, el amable marido que siempre habla tan bien de esta amiga. El también debe tener su deseíto en la cabeza, el trasero de la linda chica evocado tan prontamente a propósito de la amable proposición del pintor que lo quiere bosquejar, dibujarle esa figura tan expresiva e interesante, está allí para demostrarlo. Cada uno, para decirlo todo, tiene su deseito más allá, simplemente que más o menos intensificado.

Lo que es importante en el caso de la histérica, es que nos muestra que para ella este deseo en tanto que más allá de toda demanda, es decir, en tanto que debiendo ocupar una función a título de deseo rehusado, juega un rol de absoluta primacía, y esos casos son absolutamente utilizables. Ustedes nunca comprenderán nada con una histérica o un histérico si no parten del reconocimiento de ese primer elemento estructural.

Como por otra parte la histérica en la relación del hombre al significante, es una estructura totalmente primordial, deben saber en qué punto de la estructura, por poco que hayan llevado adelante la dialéctica de la demanda, ustedes deben señalar esta "Spaltung" de la demanda y el deseo, con el riesgo igualmente de cometer graves errores, es decir de volver histérica a la paciente, pues por supuesto todo lo que analizamos allí es el inconsciente para el sujeto. Dicho de otro modo, la histérica, ella, no sabe que no puede ser satisfecha en la demanda, pero por el contrario es esencial que ustedes sí lo sepan.

Esto, es el punto en que estamos, va a permitirnos comenzar a puntuar lo que quiere decir el pequeño diagrama que les hice la última vez, y del que no he podido, claro, porque era un poco prematuro hacerlo, aportar para ustedes la puntuación y la interpretación, pero ahora vamos a volver a considerarlo.

Helo aquí. Hemos dicho que es alrededor de una relación de lo que se manifiesta como una necesidad que debe pasar por la demanda, es decir dirigirse al Otro, que es por intermedio de un encuentro que tiene o no lugar, pero que ocupa poco a poco lo que podemos llamar el lugar de un mensaje, es decir lo que es significado del Otro, que se produce ese remanente de la demanda que consiste en la interacción de lo que se manifiesta en el estado aún no formado del deseo el sujeto, y que puede, que en principio se manifiesta bajo la forma de la identificación del sujeto.

Retomaré esto todavía, si quieren, la próxima vez, con el texto en la mano. La primera vez que Freud habla de una manera completamente articulada de la identificación, ustedes pueden ir a constatarlo, si el corazón se los reclama, antes que yo les hable la vez que viene.

Verán como Freud lo articula, y verán que la identificación primitiva no ésa articulada de otro modo que como se los indico.

Saben por otra parte en qué medida sobre el camino en que se sitúa la relación, el cortocircuito narcisista, es introducida ya una posibilidad, una apertura, una suerte de esbozo de tercero en esta relación del sujeto al otro.

Les he aportado algo esencial descubriéndoles la función del falo, la función del falo en tanto que ese significante que marca lo que el Otro desea, en tanto que marcado por el significante. El falo es ese significante determinado que marca lo que el Otro desea en tanto que como Otro Real, Otro humano, está en su economía. Es esta la fórmula que estamos en camino de estudiar, a saber que está marcado por el significante.

Es precisamente en la medida en que le Otro está marcado por el significante que el sujeto debe, y no puede sino reconocer por esa vía, por intermedio de ese Otro, esto: qué el también está marcado por el significante, es decir que hay algo que siempre resta más allá de lo que pueda satisfacerse por intermedio de ese significante, es decir por la demanda, y que ese clivaje hecho alrededor de la acción del significante, ese residuo irreductible ligado al significante, tiene también su propio signo; pero un signo que va a identificarse aquí con esta marca en el significado, y que es allí que el debe encontrar su deseo.

En otros términos, es en tanto que el deseo del Otro está barrado, que él va a reconocer se deseo barrado, su deseo insatisfecho propio, y es a nivel del barrado por intermedio del Otro, que se da ese encuentro con su deseo más auténtico, a saber el deseo genital. Es por eso que el deseo genital está marcado de castración, dicho de otra manera, de una cierta relación con el significante falo. He aquí dos causas equivalentes.

Es de una cierta relación de lo que responde a la demanda en una primera etapa, a saber a la palabra de la madre, es más allá de ésta, es decir por una relación de esta palabra a una ley que está más allá y que les mostré encarnada por el padre, que se configura la metáfora paterna.

Pero ustedes tienen con justicia el derecho, y pienso que es esta especie de falta que ha debido dejarlos deseando a ustedes también en el momento, en que se los expliqué, de pensar que todo no se reduce a esta clase de escalonamientos de la palabra, y más allá de la palabra de la sobre-palabra, de cualquier forma que se la nombre, a saber de la ley del padre; que al fin de cuentas hay otra cosa exigible, y por su puesto naturalmente al mismo nivel en que se sitúa ésta ley, se introduce precisamente este significante electivo, a saber el falo que hace en las condiciones normales, lo que aquí se produce, se encuentra en un segundo grado de encuentro con el Otro. Es lo que en mi pequeña fórmula llamé significante de A/, es decir precisamente lo que acabo de definir como siendo la función del significante falo, a saber lo que marca lo que el Otro desea en tanto que marcado por el significante, es decir borrado. Igualmente de lo que aquí se producía a partir del momento en que el sujeto hablando con propiedad se constituye, y no ambigüo, no perfectamente inclinado en la palabra del Otro sino el sujeto acabado, el sujeto que queda más acá de la relación especular, dual, al pequeño otro distinto de la relación de

palabra. El sujeto —lo que está aquí en la fórmula en Z— el sujeto acabado, es el sujeto en tanto que es introducida la barra, a saber en tanto que el mismo está también marcado en algún lugar por la relación al significante. Y por eso que es aquí que se produce la relación del sujeto a la demanda como tal.

Esta es la etapa necesaria por donde se realiza la integración del complejo de Edipo y del complejo de castración, a saber la estructuración por su intermedio del deseo del sujeto.

¿Cómo se produce esto? está desarrollado en el diafragma. La manera en que se introduce la necesidad, por el intermedio del significado falo de éste más allá de la relación a la palabra del Otro, pero por cierto desde que éste está constituida, esto no queda en este lugar, quiere decir que eso se integra a la palabra del Otro, una vez que el falo está allí en tanto que deseo del Otro. Es por lo cual el significado falo con todo lo que comporta como consecuencia viene aquí a tomar el lugar primitivo de la relación de la palabra a la madre. Es aquí que viene a jugar su función.

En otros términos, lo que sucede, si se puede decir, si lo desarrollamos si lo explicamos, lo que sucede para nosotros que tratamos de delimitar la etapa de esta integración de una palabra que permite al deseo encontrar un lugar para el sujeto, es que queda si puedo decirlo, como inconsciente. Quiero decir que es en lo sucesivo aquí que va a desenvolverse para él la dialéctica de la demanda, él no sabrá que ésta dialéctica de la demanda no es posible sino en tanto que lo que es de su deseo, su verdadero deseo, en tanto que su deseo encuentra su lugar en la relación inconsciente, en algo que para él resta inconsciente, el deseo del Otro.

En otros términos, estas dos líneas se intercambian normalmente.

Por el sólo hecho de que ella debe intercambiarse suceden en el intervalo toda clase de accidentes. Estos accidentes, los encontraremos ajos diversas formas, lo que quiero simplemente para hoy, es indicarle que la histérica, lo que simplemente se manifiesta, lo que viene a colmar la función de esto, es en razón de ciertos elementos de carencia que está siempre presente.

Tratemos no obstante de puntuarlos más tarde, pero no es fácil evocar ya hoy lo que se produce: es algo más o menos así: este más allá del deseo del Otro, se produce antes que nada y en el principio en estado puro en Dora, y tocamos enseguida de cerca por qué una parte de la batería de los elementos falta.

No se habla para nada de la madre quizás han notado en Dora que está completamente ausente. Dora está confrontada a su padre. Es claro que es su padre que ella quiere el amor, que ella quiere el amor de su padre y es necesario decirlo, antes del análisis estaba muy equilibrada la vida de Dora.

Quiero decir que hasta el momento en que como saben, el drama estalla, ella había encontrado una feliz solución a sus problemas. Es a su padre a quien dirige la demanda, y las cosas marchan bien porque su padre tiene un deseo , y el deseo marcha tanto mejor en este asunto, teniendo en cuenta que es un deseo insatisfecho. Dora, como Freud no disimula, sabe muy bien que su padre es impotente y que el deseo por la Sra. K es un deseo barrado.

Pero lo que nosotros sabemos es esto, es que la Sra. K, lo sabemos con poco de retraso, es el objeto del deseo de Dora, es el objeto del deseo de Dora precisamente en función de esto, de que el deseo del padre, y el deseo barrado.

No hay para el mantenimiento de ese equilibrio sino una sola cosa necesaria, es que Dora esté en algún lugar, es que Dora realice en algún lugar esta posición, este equilibrio, esta identificación de sí que le permita saber donde está, y esto en función de esta demanda que no está satisfecha, la demanda de amor hecha al padre, pero que no se sostendría bien como tal en cuanto hay un deseo, y un deseo como tal no puede ser satisfecho, ni para Dora ni para su padre.

Todo esto depende de dónde va a producirse la identificación llamada ideal del yo. Ustedes la ven aquí en el origen, ella sucede siempre luego de un franqueamiento de la línea del Otro. Es algo así con la salvedad que el deseo del padre representa la segunda línea, y es después del doble franqueamiento de las dos líneas que va a realizarse aquí la identificación de la histérica, es decir no la identificación al padre como cuando el padre es pura y simplemente aquel a quien se dirige la demanda. No lo olviden, y ahora, más allá, y esto arregla muy bien a la histérica para su satisfacción y su equilibrio, del deseo del padre hay, otro que esta en situación de satisfacer su deseo, esta el Sr. K, marido de la Sra. K, tan seductora, tan encantadora, tan impactante, el objeto verdadero del deseo de Dora. Es así porque es una histérica el proceso no puede ir más lejos. ¿ Por qué? Porque el deseo es el elemento que por sí sólo está encargado de tomar el lugar de ese más allá que está aquí señalado por la posición propia del sujeto en relación a la demanda. Pero porque es una histérica, ella no sabe qué demanda, simplemente ella tiene necesidad de que haya en algún lugar ese deseo más allá. Pero para que, en ese deseo, ella puede apoyarse, acabarse, encontrar ella misma su identificación, su ideal, es necesario que al menos haya allí un nivel de ese más allá de la demanda, un encuentro que le permite descansar, señalarse en ésta línea y es allí que es en el Sr. K que ella encuentra, como es absolutamente evidente en la observación, su otro en el sentido de la minúscula, aquél donde ella se reconoce. Es por lo que a la vez ella se interesa enormemente en él, y esto confunde en principio a su entorno, a saber Freud en la ocasión, que cree que ella ama al Sr. K. Ella no lo ama, pero él le es indispensable y es más aún le es indispensable que sea él quien desea a la Sra. K. Y como ya les señalé mil veces, esto está archidemostrado por la circulación cortocircuito entera, a saber que frente al otro, con minúscula, ella cae en la situación de desancadenamiento agresivo que se manifiesta una vez por una bofetada formidable, a saber el furor contra el otro semejante, y que siéndolo les roba simplemente la existencia. Lo hace a partir del momento en que el Sr. K le dice la palabra fatal (a saber que no deja saber lo que dice, el pobre infeliz) para soportar la identificación propia de Dora, por una simple razón, de que su mujer ya no es nada para él. Es precisamente lo que Dora no puede tolerar. ¿ Por qué?

Es cierto que como se nos dice, Dora está también estructurada, como se suele decir, en forma no rigurosa, manifiestamente en una forma homosexual, hasta donde lo es la histérica. Ella debiera normalmente estar muy contenta. En absoluto, es justamente eso lo que desencadena su furor, precisamente porque en ese momento su bella construcción histérica de identificación a la más cara, a las insignias del otro, especialmente en la

ocasión a las insignias masculinas colmadas que le ofrece el Sr. K, y no su padre, desgraciadamente se desploma, a saber vuelve en ese momento a la demanda pura y simple, a la reivindicación pura y simple del amor de su padre, y al estado cuasi paranoico donde entra cuando ella concibe para lo que está hecha en efecto mucho más objetivamente, por parte de su padre: un objeto de intercambio, a saber alguien que divierte al Sr. K, que lo ocupa mientras él, su padre puede ocuparse tan vanamente como sea, eso le basta, ya que justamente en esta ocasión, ustedes sienten la misma función y la naturaleza del deseo, mientras él se ocupa de la Sra. K.

Pero en ese momento nuestra histérica cae de lo alto y vuelve al carácter absolutamente primitivo de la demanda, es decir que en ese momento ella exige pura y simplemente que su padre no se ocupe sino de ella, dicho de otro modo, que le dé su amor, dicho de otro modo, que le dé, según nuestra definición, lo que no tiene.

He aquí porqué hoy haremos sólo un primer ejercicio en la barra para tratar de mostrarles cuál es el sentido, y precisamente a propósito de la histérica, de la relación del deseo y de la demanda. Esto a medida que se habitúen, les permitirá marchar mucho más seguro y mucho más lejos.



Del 16 de Abril de 1958

$$d \longrightarrow \$\diamond a \rightleftarrows i(a) \longleftarrow m$$

$$D \longrightarrow A\diamond d \rightleftarrows s(A) \longleftarrow I$$

$$\Delta \longrightarrow \$\diamond D \longleftrightarrow S(\not{A}) \longleftarrow \Phi$$

Querría llevarlos a alguna aprehensión primitiva concerniente al objeto de nuestra experiencia, es decir el inconsciente. Mi grafo está en suma para mostrarles que el inconsciente nos abre vías y posibilidades, pero también no dejarles olvidar aquello que este descubrimiento, representa en cuanto a los límites de nuestro poder. En otros términos, mostrarles en qué perspectiva, en qué dirección se deja entrever la posibilidad de una normativización se enfrenta a las contradicciónes, a las antinomias internas, de toda normativización en la condición humana. El nos permite aún, profundizar la naturaleza de estos límites.

Uno no puede dejar de sorprenderse que uno de los últimos artículos de Freud, aquel que se ha traducido impropiamente por "Análisis terminable e interminable", en realidad concierne a lo finito o lo infinito. Se trata del análisis en tanto que finaliza o en tanto que debe ser situado en una especie de alcance infinito. Es de esto que se trata, y la proyección al infinito de su fin, Freud lo designa de la manera más clara, enteramente a nivel de la experiencia concreta, como dice a saber lo que hay de irreductible, a fin de cuentas para el hombre en el complejo de castración, en la mujer en la envidia del pene, es decir por una cierta relación fundamental con el falo.

¿Sobre qué ha puesto el acento, en el punto de partida, el análisis, el descubrimiento freudiano? Sobre el deseo. Lo que Freud esencialmente descubre, lo que Freud ha aprendido de los síntomas, cualesquiera que sean, trátense de síntomas patológicos, o de lo que ha interpretado, en lo que representaba hasta ahí, de más o menos irreductible en la vida normal, a saber el sueño, por ejemplo, es siempre esencialmente un deseo.

Mucho más aún, en el sueño por ejemplo, no nos habla simplemente de deseo, sino de cumplimiento de deseo, y esto no debe dejar de asombrarnos, a saber, que es precisamente en el sueño que habla de satisfacción de deseo. Indica, por otra parte, que en el síntoma mismo, hay algo que se asemeja a esta satisfacción, pero esta satisfacción, creo que ya es remarcar demasiado su carácter problemático, puesto que es también una satisfacción al revés.

Por lo tanto, desde el comienzo, aparece en la experiencia que el deseo está ligado a algo que es su apariencia, y para decir el término: su máscara. Que el lazo estrecho tiene el deseo, tal como se nos presenta en nuestra experiencia analítica, con algo que lo reviste de manera problemática, es algo que por lo menos solicita de nosotros que nos detengamos ahí como siendo un problema esencial.

He subrayado en muchas oportunidades estas últimas veces, la manera en la que el deseo aparece en la conciencia, se manifiesta bajo una forma paradojal en la experiencia analítica, o más exactamente, cómo la experiencia analítica ha promovido ese carácter inherente al deseo, en tanto que deseo perverso, que es la de ser una especie de deseo en segundo grado, de goce del deseo en tanto deseo.

De manera general, en conjunto todo lo que el análisis nos permite percibir de la función del deseo, no es él quien la descubre, sino que nos muestra hasta qué grado de profundidad es vislumbrado el hecho que el deseo humano no está implicado de manera directa en una relación pura y simple con el objeto que lo satisface, sino que está ligado a una posición que toma el sujeto en presencia de este objeto, a una posición que toma el sujeto por fuera de su relación con el objeto, que hace que nunca nada se agote pura y simplemente en esta relación con el objeto.

Por otra parte, el análisis es muy apropiado para recordar esto que es muy conocido, a saber, el carácter de alguna manera vagabundo, huidizo, inaprehensible, que se escapa precisamente a la síntesis del yo, que tiene el deseo, dejando a ésta síntesis del yo la de ser en todo momento, en cierta forma, afirmación de síntesis ilusoria. Recuerdo que es siempre yo quien desea y que en el yo no puedo captarme sino en la universidad de sus deseos.

A través de esta diversidad fenomenológica, si se puede decir, a través de esta contradicción, de esta anomalía, esta aporía del deseo, es cierto por otra parte que se manifiesta otra relación más profunda, una relación del sujeto a la vida, una relación del sujeto con los instintos, y por haberse situado el análisis, también en esta vía es que pudimos hacer progresos en la situación del sujeto con la relación a su posición de ser viviente. Pero justamente el análisis nos enseña, nos hace experimentar a través de qué trastornos en la realización de los fines, de los fines de la vida, y tal vez también lo que está más allá de la vida, no sé qué teleología de los primeros fines vitales, lo que Freud ha postulado como más allá del principio del placer, a saber, los fines últimos a los cuales apuntaría la vida, que es el retorno de la muerte. Todo eso, este análisis nos ha permitido, yo nos digo definirlo, sino entreverlo. Es en la medida en que él nos ha permitido también seguir en sus recorridos el cumplimiento de esos deseos.

Este deseo humano en sus relaciones profundas, internas con el deseo del Otro, ha sido entrevisto desde siempre, y no es necesario sino remitirse al primer capítulo de la Fenomenología del Espíritu de Hegel, para volver a encontrar las vías en las cuales desde el comienzo una reflexión más profunda podría remitirnos encarar esta investigación.

La novedad que aporta Freud, esta originalidad, el fenómenos nuevo que nos permite arrojar una luz tan esencial sobre la naturaleza del deseo, en la medida que, contrariamente a la vía que sigue Hegel en su primer abordaje del deseo, que por supuesto está lejos de ser una vía exclusivamente deductiva, como además se cree, sino que es una captura del deseo por el intermediario de las relaciones de la conciencia de sí con la constitución de la conciencia de sí en el Otro, y la interrogación, la pregunta que se plantea: ¿cómo puede introducirse por este intermediario la dialéctica de la vida misma? Lo que seguramente en Hegel no puede traducirse sino por una suerte de salto que él en esta ocasión denomina síntesis. La experiencia freudiana nos muestra otro camino, y muy curiosamente, muy llamativamente también, por la vía en la cual se presenta el deseo, como estando muy profundamente ligado a esta relación al otro como tal, y presentándose, sin embargo como un deseo inconsciente.

Es en esto que conviene reubicarse en el nivel de lo que ha sido en la experiencia de Freud mismo, este abordaje del deseo inconsciente.

Seguramente, es algo que hace falta que nos imaginemos, los primeros tiempos en los cuales Freud ha encontrado esta experiencia. Es necesario que nos imaginemos en su

carácter de sorprendente novedad, no diría de intuición, sino mucho más de adivinación de algo que ya se representa en una experiencia humana, aquella de Freud, como algo que se presenta como la aprehensión de algo que está más allá de una máscara.

Ahora que el psicoanálisis está constituído, que está desarrollado en un discurso tan amplio y tan movedizo, podemos representarnos pero nos lo representamos muy mal, lo que era el alcance de aquello que aportaba Freud cuando él comenzaba a leer en los síntomas de sus pacientes, en sus propios sueños, y cuando comenzaba a aportarnos esta noción del deseo inconsciente, es lo que nos falta para medir en su justo valor lo que se presenta en Freud como interpretaciones. Quedamos siempre muy asombrados por el carácter que nos parece muy a menudo, respecto de lo que nosotros mismos nos permitimos de interpretaciones, y diría respecto de lo que nosotros podemos, y no podemos más permitirle como el carácter extraordinariamente intervencionista de las interpretaciones de Freud. Se puede también agregar, hasta un cierto punto como el carácter lateral de sus interpretaciones. ¿No les hice observar mil veces a propósito del caso de Dora, por ejemplo, a propósito de su intervención o de sus intervenciones en el análisis de una homosexual de la que hemos hablado aquí ampliamente, de qué manera las interpretaciones de Freud, y Freud mismo lo reconoce, estaban ligadas justamente a su incompleto conocimiento de la psicología, por ejemplo de los homosexuales en general? Hasta qué punto esta interpretación lateral, hasta qué punto esta interpretación ligada a un insuficiente conocimiento que Freud tenía en ese momento de la psicología, especialmente de los homosexuales, pero también de los histéricos, es algo que hace que para nosotros, las interpretaciones de Freud, en más de un caso, se presentan con un carácter a la vez muy directivo y casi forzado, con un carácter precipitado que da en efecto a este término de interpretación lateral, su pleno alcance.

Sin embargo es cierto que esas interpretaciones en ese momento, eran lo que seguramente se presentaba como la interpretación que correspondía, hasta un cierto punto, la interpretación eficaz para la resolución del síntoma ¿qué decir?

Esto evidentemente nos plantea un problema del que es necesario para comenzar a despejar el terreno, imaginarnos que cuando Freud hacía interpretaciones de ese orden, se hallaba en una situación totalmente diferente de la situación actual. Hay que darse cuenta que todo lo que en una interpretación veredicto, que sale de la boca del analista en tanto que hay interpretación propiamente dicha, ese veredicto, lo que se ha dicho y propuesto, dado por verdadero, toma en tal ocasión su valor de lo que no se ha dicho.

Quiero decir ¿sobre qué fondo de no dicho se propone la interpretación?

En el tiempo que Freud hacía sus interpretaciones a Dora, cuando le decía por ejemplo que ella amaba a Sr. K... que somos todos, indicaba sin ambagues que era con él que normalmente debería rehacer su vida. Había ahí algo que nos sorprende, tanto más cuanto que no podía ser, por las mejores razones: que a fin de cuentas, Dora no quería saber absolutamente nada de eso.

Sin embargo, una interpretación de este orden, en el momento en que Freud la hizo, se presenta sobre el fondo de algo que por parte del sujeto, de la paciente, de Dora, no implica ninguna presunción que Freud esté ahí para rectificar, si se puede decir, su aprehensión del mundo, para hacer que algo en ella sea llevado a la madurez de su relación de objeto.

Nada aún había alcanzado a lo que podría denominarse en tal oportunidad, una especie de ambientación cultural, de algo que hace que el sujeto espere de boca del analista otra cosa, que en verdad Dora no sabe lo que espera, ella es conducida de la mano y Freud le dice: hable, y nada más se vislumbre en el horizonte, de una experiencia así dirigida, si no es implícitamente por el sólo hecho que se le propone hablar, que en efecto debe haber algo ahí que está en juego, que es del orden de la verdad. La situación está lejos de ser semejante para nosotros, donde el sujeto viene si puede decirse, al análisis ya con la noción que la madurez de la personalidad, de los instintos, de la relación de objeto, es algo que ya está normativizado, organizado, del que el analista representa en cierta forma la medida. El es el que detenta las vías y los secretos de algo que del inicio se presenta como una red de relaciones, aunque no conocidas todas por el sujeto, al menos cuyos grandes líneamientos le llegan, al menos en esta noción que él tiene de los grandes líneamientos, que en un progreso debe ser realizado, que las detenciones en su desarrollo son algo concebible. Brevemente, todo un fondo, toda una aplicación concerniente a la normativización de su persona, de sus instintos —metan ahí todo lo que se les ocurra— implica que cuando el analista interviene, interviene en posición, digamos, de juicio, de sanción. Hay una palabra más precisa aún, que indicaremos más adelante. Seguramente esto da un alcance distinto a su interpretación, pero para comprender bien de qué se trata, cuando les hablo del deseo inconsciente del descubrimiento freudiano, es necesario volver a esos tiempos de frescura, donde nada estaba implicado en la interpretación del analista, sino es esta detección en lo inmediato, detrás de algo que se presenta paradojalmente como algo que se presenta absolutamente formado, algo que está más allá, y todo el mundo se gargariza aquí con el término de sentido. No creo que el término sentido sea otra cosas, que una especie de debilidad que está presente en el origen. El término deseo en tanto que posibilita anudar, ensamblar lo idéntico del sujeto, da su verdadero alcance a lo que se encuentra en esta primera aprehensión de la experiencia analítica, y es por esto que conviene volver, si debemos reunir en el punto en que estamos nosotros y lo que significan esencialmente, no solamente nuestra experiencia, sino sus posibilidades, quiero decir lo que la hace posible, es también lo que debe cuidarnos de caer, si puede decirse, en esta pendiente, en este hundimiento, casi diría en esta trampa en la que estamos implicados nosotros mismos con el paciente que introducimos en una experiencia de supuestos, de inducirlo en una vía que se apoyaría de alguna manera, sobre un cierto número de peticiones de principio, quiero decir, sobre la idea que a fin de cuentas, una solución última puede ser dada a su condición, que le permita finalmente devenir, digamos, completamente idéntico a cualquier objeto.

Volvamos pues a ese carácter problemático del deseo, tal como se presenta en la experiencia analítica, es decir en el síntoma, el síntoma cualquiera que fuere. Llamo aquí síntoma en su sentido más general, tanto al síntoma mórbido como al sueño, todo lo que sea analizable. Llamo síntoma a lo que es analizable.

El síntoma se presenta, digamos, bajo una máscara, se presenta bajo una forma paradojal: el dolor de las primeras histéricas que Freud analiza, he ahí algo que se presenta desde el comienzo, de una forma completamente cerrada en apariencia, y algo que Freud poco a poco, gracias a una suerte de paciencia que puede verdaderamente estar ahí inspirada

por instinto de sabueso, relacióna algo que es la prolongada presencia que ha tenido esta paciente, cerca de su padre enfermo, con la incidencia mientras cuidaba a su padre, de algo distinto, que entrevé al comienzo en una especie de bruma, a saber, el deseo que podía ligarla en ese momento a uno de sus amigos de la infancia, del que esperaba, digamos, tenerlo como esposo. Luego inmediatamente de algo que se presenta también bajo una forma mal develada, a saber de sus relaciones con sus dos cuñados, es decir con dos personajes que han esposado respectivamente a sus dos hermanas, y del que el analista nos permite entrever que bajo formas diversas, ellos han representado para ella algo importante: uno era detestado por no se qué indignidad, qué grosería, qué taradez masculina; el otro por el contrario, quien parece tenerla infinitamente seducida. Parece en efecto que el síntoma, se ha precipitado en torno de un cierto número de encuentros, y por una especie de mediación oblicua en torno de las relaciones, por otra parte muy felices de este cuñado con una de sus hermanas menores.

Retomo esto para fijar las ideas en una suerte de ejemplo.

Resulta claro que en ese momento estamos en una época primitiva de la experiencia analítica, y sentimos ahora, después de todas las experiencias que se han hecho a continuación, que el hecho de decir, como Freud no ha dejado de hacerlo a la paciente, que ella estaba enamorada, en el último de los casos, pura y simplemente enamorada de su cuñado, y que es en torno de ese deseo reprimido que cristalizó el síntoma, especialmente en referencia al dolor de la pierna. Sentimos, sabemos que en una histeria esto resulta forzado, que por haber dicho a Dora que ella estaba enamorada del Sr. K...

Lo que vemos cuando nos acercamos a una observación como ésta, lo que palpamos, y Freud expresa esta perspectiva más elevada que les propongo, no hay ninguna necesidad de trastocar la observación de Freud para llegar a esto, pues sin que Freud lo formule así, el diagnóstico, él lo discierne, da todos los elementos de la forma más clara, diría que hasta cierto punto la composición de su observación lo deja aparecer, más allá de los términos que él articula en sus parágrafos, de una manera más absolutamente más convincente que todo lo que dice, pues ¿qué va a poner de relieve? El pondrá de relieve, precisamente, a propósito de esta observación de Isabel de R., lo que según su opinión y por su experiencia, vincula en muchos casos la aparición de los síntomas histéricos con la experiencia, tan dura en sí misma, de ser toda devoción al servicio del enfermo, de jugar el rol de enfermera. Y más aún, el alcance que toma esta función cuando el rol de enfermera es asumida por un sujeto frente a uno de sus prójimos. Es decir, donde debido a todas las leyes del afecto, de la pasión que liga al cuidador con el cuidado, el sujeto se halla en posición de tener que satisfacer más que en cualquier otra ocasión, lo que puede designarse acentuando al máximo, como la demanda.

La entera sumisión, la abnegación del sujeto respecto de la demanda que le es propuesta, es ciertamente dada por Freud como una de las condiciones esenciales de la situación en tanto que se revela histerógena. Esto es tanto más importante cuanto que en esta histérica, contrariamente a otras que nos pone como ejemplo, los antecedentes tanto personales como familiares, en ese sentido son extraordinariamente huidizos, poco acentuados, y que por lo tanto el término de situación histerógena toma aquí todo su valor. Por otra parte, Freud da de ello la indicación. Además, lo que podemos ver correlativamente a esta condición, con la cual el término que aíslo aquí, en medio de estas tres fórmulas; función de la demanda, diremos que es en función de esta posición de fondo que aquello de lo que se trata y que Freud aquí se equivoca, si puede decirse, es que, entusiasmado, de alguna manera por las necesidades del lenguaje, de orientar de forma prematura, de meter al sujeto, de implicar al sujeto de forma bien definida en esta situación de deseo. Lo esencial, ante todo, el interés tomado por el sujeto en una situación de deseo.

Aquello de lo que se trata, es esencialmente, ante todo, del interés tomado por el sujeto en una situación de deseo; es un interés que es tomado, no podemos decir, dado que es una histérica, y ahora sabemos que es una histérica, no podemos decir que es de cualquier lado que ella lo tome. Si esta, por otra parte, listo para decir de que lado ella lo toma, es implicarlas ya en una relación, si se puede decir, completa; es que ella se interesa por su cuñado desde el punto de vista de su hermana, o por su hermana desde el punto de vista de su cuñado. Es precisamente lo que ahora sabemos, que puede subsistir de una manera correlativa la identificación de la histérica, que es aquí doble. Digamos que ella se interesa, que ella está implicada en la situación de deseo y es esto lo que está esencialmente representado por el síntoma, que conduce a la noción de máscara.

La noción de máscara, es decir que ese deseo está bajo forma ambigüa que no nos permite orientar al sujeto por referencia a tal o cual objeto de la situación, es este interés del sujeto en la situación como tal, es decir en la relación de deseo que es expresada por lo que aparece, es decir por lo que llamo el elemento de máscara del síntoma, y es, al menos en la observación de Freud, Freud quien nos enseña y quien dice al respecto que el síntoma habla en la sesión, el ello habla, del que yo les hablo todo el tiempo, y está ahí desde las primeras articulaciones de Freud, expresado en el texto. Más tarde ha dicho que los borborismos de sus pacientes llegaban a hacerse entender y a hablar en la sesión y tenían significación de palabras. Pero aquí lo que nos dice, es que en la sesión misma los dolores, en tanto que reaparecían, que se acentuaban, que se hacían más o menos intolerantes durante la sesión misma, forman parte del discurso del paciente que mide por su tono, por la modulación de sus sujetos, por el grado de vivacidad, de alcance, de valor revelador de lo que el sujeto está en tren de confesar, de soltar en la sesión, la huella y la dirección de esta huella, y la dirección centrípeta, el progreso, para decirlo todo, del análisis es medido por Freud por la modulación misma por la intensidad, por la manera en que el sujeto muestra durante la sesión una mayor o menor intensificación de su síntoma.

Diría pues, que nos encontramos aquí, he tomado este ejemplo, podría haber tomado otro, podría también haber tomado el ejemplo de un sueño, ante algo que nos permite centrar donde está el problema del síntoma y del deseo inconsciente, del lazo del deseo mismo en tanto que el deseo mismo deja un punto de interrogación, una x, un enigma, con el síntoma del cual él se reviste, es decir con la máscara. Podemos finalmente formular esto: se nos dice que el síntoma en tanto inconsciente es en suma algo que habla, por sí mismo hasta cierto punto, del cual uno puede decir con Freud, desde el origen, que se articula. El síntoma es por lo tanto algo que va en el sentido del reconocimiento del deseo, pero ese síntoma en tanto que el está ahí para hacer reconocer el deseo, antes que Freud haya aparecido, y por lo tanto detrás de él todo el grupo de discípulos, los analistas, es un reconocimiento que buscan salir a la luz, que busca saber, pero precisamente porque nace, no se manifiesta sino por la creación de lo que nosotros llamamos la máscara, es decir algo cerrado; este reconocimiento del deseo, es un reconocimiento por nadie, puesto

que nadie hasta ese momento, en que Freud comienza a aprehender la clave, puede leerlo. Es esencialmente un reconocimiento que se presenta bajo una forma cerrada al otro. Reconocimiento del deseo pues, pero reconocimiento por "personne" (persona nadie).

Y por otra parte, si es deseo de reconocimiento, en tanto que deseo de reconocimiento, es otra cosa que el deseo. Además el nos dice: este deseo es un deseo reprimido. Es por eso que nuestra intervención, agrega algo más que la simple lectura. Este deseo es un deseo que el sujeto excluye al mismo tiempo que quiere hacerlo reconocer como deseo de reconocimiento. Es un deseo tal vez, pero a fin de cuentas es un deseo de nada. Es un deseo que no está ahí, es un deseo que está rechazado, es un deseo que está excluído.

Es este doble carácter del deseo inconsciente, que identificándose a su máscara, hace algo diferente que cualquier cosa dirigida a un objeto. Es lo que no debemos olvidar nunca, y es lo que nos permite literalmente, leer el sentido de aquello que nos es presentado como siendo la dimensión analítica, de la localización de los descubrimientos másesenciales.

Cuando Freud nos habla de ese rebajamiento, de ese "Erniedrigung" de la vida amorosa, que surge del fondo del complejo de Edipo cuando nos habla del deseo de la madre, como lo que se encuentra al principio de esto, para ciertos sujetos, aquellos precisamente de los que se nos dice que no han abandonado el deseo incestuoso, es decir la madre, que no lo han abandonado demasiado, pues a fin de cuentas lo que aprendemos, es que nunca el sujeto lo abandona completamente. Por supuesto debe haber ahí algo que corresponde al mayor o menor abandono y apelamos al diagnóstico de fijación a la madre. Es el caso que Freud nos presenta la disociación del amor y del deseo. Son sujetos que no pueden, nos dice Freud, alcanzar, abordar a la mujer, en la media y que ella goce para ellos de su pleno estatuto de ser amable, de ser humano, de ser en el sentido pleno y acabado, que este ser tiene, se dice y puede dar y darse. Aquí no hay deseo, pues en tanto el objeto está ahí, nos dicen, lo que quiere decir que está ahí bajo una máscara, pues no es a la madre que se dirige ese deseo, es a la mujer, se dice, que le sucede, que toma su lugar, y precisamente no hay más deseo. Y por otra parte, nos dice Freud, este sujeto encontrará el deseo con prostitutas. ¿Qué quiere decir esto? Por supuesto, cuando estamos aquí en esta especie de primera exploración de las tinieblas concernientes a los misterios del deseo, decimos: es en la medida en que se opone radicalmente a la madre. ¿Es esto suficiente? porque en la medida que sea totalmente opuesta a la madre, es que puede subordinarla; nosotros hemos hecho muchos progresos en el conocimiento de las imagenes, fantasías del inconsciente y de sus carácteres, para saber lo que el sujeto lo que el sujeto va a buscar en las prostitutas en tal situación, no es otra cosa, que lo que la antigüedad romana nos mostraba perfectamente esculpido o representado en la puerta de los burdeles, es, a saber, el falo que es precisamente lo que habita en la prostituta. Sabemos ahora que lo que el sujeto va a buscar en las prostitutas, es el falo de todos los hombres, es el falo como tal, es el falo anónimo. Es, para decirlo todo, también algo que está bajo una forma enigmática, una máscara, algo problemático, algo que liga al deseo con un objeto privilegiado, con algo que está aquí en una cierta relación al sentido de la fase fálica (cuya importancia hemos aprendido a ver) de sus desfiladeros por donde es necesario que pase la experiencia subjetiva, para que el sujeto pueda volver a juntarse con su deseo natural.

Brevemente, encontramos a propósito de lo que denominamos en esta ocasión, deseo de la madre, que es aquí una especie de etiqueta, de designación simbólica de algo que constatamos en los hechos, a saber, la promoción correlativa y quebrada del objeto de deseo en dos mitades irreconciliables, lo que por el momento, y en nuestra interpretación, puede proponerse como siendo su objeto, a saber, el objeto substitutivo, la mujer, en la medida que es heredera de la madre, hallándose desposeída, frustrada del elemento del deseo, elemento del deseo que está él mismo, ligado a otra cosa extraordinariamente problemática, y que se presenta también, con un carácter de máscara y de marca, con un carácter digamos la palabra, de significante, como si justamente encontráramos, desde entonces, que se trata de las relaciones del deseo inconsciente, en presencia de un mecanismo necesario, de una "Spaltung" necesaria, que hace que el deseo que conocemos desde hace mucho tiempo, que según pensamos, se encuentra alienado en una relación con el otro completamente especial, se presenta aquí marcada, no solamente por la necesidad de este intermedio al Otro como tal, sino en este intermedio al Otro por la marca de un significante especial, de un significante elegido, que se encuentra aquí estando en la vía necesaria, donde debe adherir, si puede decirse, el encaminamiento de la fuerza vital, vale decir, del deseo, y el carácter problemático de este significante particular, vale decir, del falo. Es ahí que está la pregunta, es ahí que nos detenemos, es ahí que nos es propuesto por el conjunto de las dificultades que introduce para nosotros la concepción, el hecho mismo de poder concebir de que manera sucede, que reencontremos, sobre las vías de la maduración llamada genital, este obstáculo, que no es simplemente un obstáculo, que es un desfiladero esencial, que hace que sea por el intermedio de una cierta posición en relación al falo, para la mujer en la medida que le falta, para el hombre en tanto que amenazado, que se realiza de manera necesaria, lo que se presenta como debiendo ser, la resolución, digamos, más feliz.

Por lo tanto, lo que vemos aquí, es que interviniendo, nombrando algo, hacemos siempre más, no importa lo que hagamos, lo que creamos hacer, interpretando. El término preciso que yo denominaba antes autorizado, permitido, sancionado, es homologar. Identificamos lo mismo a lo mismo; decimos es esto, y sustituimos a esta "personne" (nadie/persona), al cual se dirige el síntoma, en tanto que está ahí en la vía del reconocimiento del deseo, pero nosotros desconocemos siempre también, hasta cierto grado, al deseo que quiere hacerse reconocer, en tanto que siempre, hasta cierto grado, le asignamos su objeto, mientras que no es un objeto, del que es deseo, sino que es deseo de esa falta, que en el Otro, designa otro deseo.

Esto nos introduce al segundo capítulo, si prefieren a una segunda línea, de lo que les propongo aquí en estas tres fórmulas, a saber al capítulo de la demanda.

Pienso que la manera en que abordo estas cosas y las retomo, de las que intento articular para Uds. la originalidad del deseo, del cual se trata permanentemente en el análisis, y no en la visión global que podamos hacernos de ella en nombre de una idea más o menos teórica de la maduración de cada uno. Pienso que ustedes deben comenzar a entender, que si hablo de la instancia de la palabra o de la letra en el inconsciente, no es para eliminar algo de irreductible o de informulable. Tampoco por preferir el método al descubrimiento que podamos aportar a través de él, que es el deseo. Simplemente, les hago esta observación, de la que los filósofos parecen no estar advertidos; lo digo a

propósito de una observación de alguien mal intencionado en esa ocasión, creyó tener que hacer recientemente, una observación sobre el hecho de que algunos psicoanalistas, como si hubiera muchos, dieran demasiada importancia al lenguaje, respecto de ese famoso informulado, del cual no se por qué, algunos filósofos han hecho un caso de su propiedad personal.

Diremos que contrariamente a esta fórmula que consistía, en el personaje, que califico de mal intencionado, que es lo mínimo que puedo pensar, y que hacía observar que la fórmula no era tal vez informulable. Yo le respondo esto, a la cual sería mejor prestar atención, que buscar con todo el mundo, peleas inservibles es una perspectiva inversa; no es suficiente que algo no sea articulable, a saber el deseo, para que no sea articulado, quiero decir, en sí mismo el deseo está articulado, en la medida que está ligado a la presencia del significante en el hombre, y esto no quiere decir sin embargo, justamente porque se trata de este lazo con el significante, no es razón, lejos de eso, es aún la razón por la cual, en un caso particular, no sea nunca plenamente articulable.

Volvemos ahora a este segundo capítulo que es el de la demanda. Nos ubicamos aquí en lo articulable articulado, en lo actualmente articulado.



Del 23 de Abril de 1958

Se trata de continuar profundizando esta distinción entre el deseo y la demanda, que consideramos tan esencial en la buena marcha del análisis; y salvo que creamos que aquella se insinúa invenciblemente alrededor de una especulación práctica, fundada sobre los términos de la frustración por una parte, o de la gratificación por otra, constituyen, a nuestro entender una verdadera desviación de su camino.

Se trata pues, de proseguir en el sentido de algo al que ya hemos dado un nombre: la distancia del deseo a la demanda. Esto no es de ninguna manera una "Spaltung"(163); no es un vocablo que empleo por azar, un vocablo que fue aunque no introducido, al menos fuertemente acentuado en el último artículo de Freud(164), aquel en el medio del cual, si se nos permite decirlo, la lapicera se le ha caído de sus manos, porque llanamente ella le ha sido arrancado por la muerte. Este "Ichspaltung(165)"

Como punto verdaderamente de convergencia al cual la última meditación de Freud, si no podemos decir que lo indujo y le condujo, es algo del que no tenemos más que un fragmento, algunas páginas en el tomodiecisiete(166) de las Gesammette Werke.

El delirio, para que surja en ustedes la presencia del espíritu de Freud, de la pregunta que subvierte, verán ahí mismo con que fuerza pone el acento en que la función de síntesis del Yo está lejos de ser aquello que se denomina el Ichpsicoanalítico(167).

La última vez pues, para retomar lo que ya hemos dicho, pues creo que aquí no se podría progresar sino haciendo tres pasos adelante y dos hacia atrás, y para volver y ganar cada vez un pequeño avance, voy a tratar de recordar asimismo rápidamente sobre aquello que insistí la última vez al hablar del deseo por una parte y de la demanda por la otra, a saber lo que es del deseo que he denominado su carácter ligado, inseparable de la máscara, les ilustré muy especialmente mediante una llamada a esto: es trabajar precipitadamente al distinguir el síntoma como un simpledebajo(168) de un afuera.

Les hablé de la enferma Elizabeth Von Err, de la que les he dicho que lean simplemente el texto de Freud se puede decir, y Freud lo dice, lo articula, su dolor en la parte superior del muslo derecho es el deseo de su padre, y el deseo de su amigo de infancia, que cada vez que ella lo evoca en la historia de su enfermedad, es el momento en que ella estaba enteramente sometida al deseo de su padre, a la demanda de su padre, y donde apenas en forma secundaria se ejercía esta infracción del deseo de su amigo de infancia, que ella se reprochaba tomar en consideración; el dolor de su muslo derecho, es el deseo de sus dos cuñados, en la medida que uno representa el buen deseo masculino, aquel que se ha casado con su hermana menor, y el otro el malo que por otra parte fue considerado por todas estas mujeres, como muy mal hombre.

Más allá de esta observación, o sea lo que es preciso saber antes de comprender lo que quiere decir nuestra interpretación del deseo, es que en el síntoma, y lo que quiere decir conversión, el deseo es idéntico a la manifestación somática, que es su derecho como es su revés.

Si hemos avanzado es porque las cosas sólo son introducidas bajo forma problemática; por otra parte introduje esta problemática del deseo en la medida que el análisis nos lo muestra como determinado por un acto de significación; pero que el deseo sea determinado por un acto de significación no libera del todo de un modo acabado su sentido. Puede que el deseo sea un subproducto, si cabe que me pueda expresar de esta manera, de este acto de significación. En uno de los artículos que cité como constituyendo la introducción verdadera a la pregunta de la perversión, en tanto que se presenta también como un síntoma, y no como pura y simple manifestación de un deseo inconsciente representándonos el momento en que los autores se dan cuenta que existe de...... en una perversión como en un síntoma; en uno de estos artículos publicados por la International Journal, Año 4º "Neurosis y Perversiones", se trata del caso de un neurótico, y el autor se detiene en el hecho de que un sujeto después de haber logrado su primer coito de un modo satisfactorio, lo que no quiere decir que las otras cosas no le sean a continuación, pero que enseguida, después de este primer coito, se libera a este acto misterioso, único en la verdad de su existencia: al entrar a su casa, de regreso de la casa de la que le ha otorgado sus favores, él se libera en esta exhibición particularmente lograda —creo que he hecho aquí alusión por otra parte en uno de mis seminarios— particularmente lograda en este sentido que ella se realiza con el máximo de plenitud, y por otra parte de seguridad: se quita los calzones y se exhibe en lo alto de un terraplén del ferrocarril, a la vista de un tren que pasa, el paciente se encuentra exhibiéndose a una enorme multitud, sin correr el menor peligro, es cierto, y este acto es interpretado por el autor, en la economía general de la neurosis del sujeto, de un modo más o menos feliz.

No quiero extenderme en este sentido, pero voy a detenerme en algo: seguramente para un analista esto sea un acto significativo, como se dice, esto es seguro, pero ¿cuál significación? ¿Quiero decir con esto que él la tiene aún?

Les repito que él acaba de cometer su primera copulación ¿Qué quiere decir esto, que él la tiene a disposición de todos aún, o sea que se ha convertido en una especie de propiedad personal? ¿Qué es lo que quiere de algún modo al mostrarla? ¿Quiere borrarse al mostrarla detrás de lo que muestra, no ser más que el falo?

Todo esto es igualmente plausible, incluso en el interior de un único y mismo acto, de un único y mismo contexto subjetivo, lo que parece ante todo ser extremadamente importante y digno de ser acentuado, diría más que otra cosa, que está bien subrayado, confirmado por los decires del paciente, por el contexto de la observación, por la sucesión misma de las cosas, que este primer coito ha sido plenamente satisfactorio.

Primero, lo que el acto muestra esencialmente, antes de toda interpretación, es que su satisfacción está apreciada y realizada: este acto indica lo que dejó de desear más allá de la satisfacción.

Evoco simplemente este pequeño ejemplo para fijar las ideas en lo que quiero decir sobre la problemática del deseo, en la medida que es determinado por un acto de significación, y en la medida en que esto es diferente de todo sentido comprensible. En este sentido quiero recordar y añadirlo a lo que ya dije la última vez que las consideraciones de este género, aquellas que muestran la profunda coherencia, coalescencia del deseo con el síntoma, la máscara con lo que aparece en su manifestación, es algo que remite a su lugar, a muchas vanas preguntas que siempre se plantean a propósito de la histeria, pero más todavía a propósito de toda clase de hechos sociológicos, etnográficos y otros, donde siempre se ve a la gente embrollarse alrededor de la pregunta.

Tomemos un ejemplo. Acaba de aparecer un excelente opúsculo perteneciente a una pequeña colección L'Homme, de la editorial Plon; es el libro de Michel Leiris sobre el efecto de posesión y sobre los aspectos teatrales de la posesión, cosas que desarrolla alrededor de su experiencia acerca de los etíopes de Gondar. Al leer este excelente volumen, se observa cuantos hechos de transe de una consistencia indudable, se ligan, se unen perfectamente con un cierto carácter exteriormente tipificado, determinado, esperado, localizado de antemano, conocido de los "espíritus" que son reputados de apoderarse de la subjetividad de los personajes que manifiestan todas estas manifestaciones singulares que observan las ceremonias denominadas ..... pues es ahí donde ocurre, en la región indicada, y además, no es simplemente esta parte convencional que se puede observar, que se manifiesta, que se reproduce a propósito de la manifestación de la encarnación de tal o cual espíritu. Es el carácter disciplinable de estas

manifestaciones, y hasta un cierto punto tan disciplinables, que los sujetos lo perciben como algo que es un adiestramiento de los espíritus, que sin embargo, son aquellos reputados de apoderarse de ellos. Pero la cosa se invierte: estos espíritus finalmente tienen su aprendizaje.

El fenómeno de posesión, con todo lo que implica de fenómenos poderosamente inscriptos en las emociones, en toda una patética donde el sujeto está enteramente poseído durante el tiempo de la manifestación, es perfectamente compatible con toda esta riqueza ligada a las insignias del dios, del genio, y que sólo hacen de una manera completamente artificial, una suerte de problema que nuestra mentalidad procuraría inscribir bajo el tipo de simulaciones, imitaciones u otros términos de esta especie. La identidad misma de la manifestación deseante con sus formas, es ahí completamente tangible.

El otro punto, el otro término en el cual se inscribe esta dialéctica, esta problemática del deseo, es lo que insistí la última vez, es esta excentricidad del deseo con respecto a toda satisfacción que nos permite comprender lo que en general es su profunda afinidad con el dolor. Es decir que en el límite, a lo que confina pura y simplemente el deseo, tampoco en sus formas desarrolladas, en sus formas enmarcadas, sino en su forma más pura y simple, es este dolor de existir que representa el otro polo, el espacio, digámoslo, del exterior al interior de lo que su manifestación se nos presenta.

Del lado opuesto a esta problemática, al describir así lo que denomino el área del deseo, su excentricidad con respecto a la satisfacción, al describir así no pretendo por supuesto resolverlo, no es una explicación que doy, es una exposición del problema, y es hacia donde debemos avanzar hoy.

Por otra parte, retorno al otro elemento del díptico, de la oposición que propuse la última vez, la que está ligada al carácter de función identificadora, de función idealizante en la medida que dependa de la dialéctica de la demanda, en la medida que la identificación de todo lo que ocurre en este registro, se funda en una cierta relación al significante, en el otro significante que está en su conjunto cáracterizado, y a propósito de la demanda como siendo el signo de la presencia del otro, y como ahí también se instituye que debe tener un vínculo con el problema del deseo que es lo que este signo de la presencia domina las satisfacciónes que aporta esta presencia, esto que lo hace tan fundamental, de un modo tan extendido, tan constante, el ser humano se más o menos en una proporción sensible, muy ponderable con respecto a satisfacciónes más sustanciales, es simplemente evocada la cáracterística fundamental que se vincula a lo que acabo de recordar.

Por otra parte, debo decir que sólo el ser humano aún un paréntesis complementario de lo que dije la última vez: no es absolutamente del ser humano que Hasta un cierto grado, sabemos que algunos animales domésticos, y no es exclusivo de pensarlo, tienen algunas satisfacciónes ligadas al hablar humano. No tengo necesidad aquí de hacer evocaciones, aprendemos incluso cosas extrañas. Parece haber un grado de credibilidad que se puede hacer a los decires de aquellos que los que se llama de un modo más o menos apropiado, los especialistas. Hemos oído decir que los refrendamos cautivos en el designio de lucro o sea para sacar provecho de su piel, deteriorando y solamente dando bastantes mediocres productos a los peleteros si no le hemos hecho la conversación. Parece que esto hace la cría de visones muy onerosa al acrecentar los gastos generales.

Parecería pues que en todo caso algo ahí se manifiesta de lo cual no tenemos para nada los medios de entrar más lejos en la problemática, pero que seguramente debe estar muy ligada al hecho mismo de estar cercado, porque los visones al estado salvaje, aunque parezca verosímil, están fuera de la posibilidad, salvo que se esté más sobre el asunto, de encontrar esta clase de satisfacción.

Resumiendo, querría simplemente indicarles el vínculo, la dirección en la cual podemos ver con respecto a nuestro problema, los estudios pavlovianos de los reflejos condicionados. Al fin de cuentas, qué son los reflejos condicionados?

Bajo sus formas más difundidas, y que han ocupado la mayor parte de la experiencia, los reflejos condicionados intervienen en un ciclo más o menos predeterminado, innato, un ciclo de comportamientos instintivos. Todas esas pequeñas señales eléctricas, esos pequeños timbres, esas pequeñas campanadas que se les timpaniza, los pobres animales para llegar a secretar sus diversas produccióntes fisiológicas, sus jugos gástricos mediante órdenes, estos asimismo son significantes y no otra cosa. Ellos están fabricados por seres. En todo casos experimentadores por los cuales el mundo está muy claramente constituido por un número fijo de relaciones objetivas, y entre las cuales lo que se puede aislar con fundamento como propiamente significante, constituye una parte importante de este mundo.

Por otra parte es en el designio de mostrar por qué esa clase de vía, de sustitución progresiva es concebible un progreso psíquico, que todas estas cosas son construidas y lucubradas.

Hasta un cierto punto, se podría plantear la pregunta para saber porqué, a fin de cuentas, estos animales tan bien adiestrados, esto nos lleva a enseñarles una cierta clase de lenguaje; lo que no es la única cosa que merezca ser observada es que justamente el salto no está hecho, y que cuando la teoría pavloviana viene a poner en juego lo que se produce en el hombre a propósito del lenguaje, él o ella, (Pavlov o la teoría) toma buen partido de hablar por lo que se refiere al lenguaje, no de una prolongación del sistema de significacióntes tal como la han puesto en juego en los reflejos condicionados, sino de un segundo sistema de significacióntes, es decir se trata implícitamente de reconocer lo que quizás no esté plenamente articulado en la teoría, sino reconocer que hay algo diferente en uno y otro. Y lo que es diferente, diremos que podemos procurar definir esta distinción, esta diferencia en lo que debe situarse, en lo que llamamos la relación al gran Otro, en la media en que esto constituye el vínculo de un sistema unitario y significante, o incluso diríamos lo que falta a este discurso de señales, es la concatenación para el sujeto interesado, es decir para el animal.

Al fin de cuentas, lo que formularía simplemente, lo denunciaremos bajo esta forma de decir, que en suma, sea cual fuere el carácter impulsado de estas experiencias, lo que no se ha encontrado, y quizás lo que no se va a encontrar, es la ley en la cual estos significantes puestos en juego, se ordenarían, lo que lleva decir que es la ley a la cual finalmente los animales obedecerían.

En efecto, es perfectamente claro que no hay rasgo de referencia de una ley tal, es decir

no hay nada que esté más allá de la señal, o sea de una cadena de señales una vez establecidas, ningún modo de extrapolación legalizante, que sea perceptible, y es mucho sobre esto que se puede decir, que no se llegue a instituir la ley. Repito: No significa sin embargo que no haya alguna dimensión del otro con una gran A, para el animal. No hay nada que se articule efectivamente en el interior como en el discurso. Pues a lo cual llegamos, si resumimos aquello que se trata en la relación del sujeto al significante en el otro, o sea lo que ocurre en la dialéctica de la demanda, es esencialmente lo que carácteriza al significante, no como sustituido, lo que es el caso en los reflejos condicionados, como sustituido a las necesidades del sujeto, sino el significante mismo pudiendo ser sustituido a sí mismo, siendo esencialmente de naturaleza sustitutiva, y es en esta dirección que vemos la dominancia de aquello que importa, o sea el lugar que ocupa en el otro. Lo que vamos a puntuar en esta dirección, es lo que procuro formular de diversas maneras como esencial a la estructura significante, es decir este espacio topológico, por no decir este espacio tipográfico que hace justamente la ley de su sustitución, esa numeración de lugares, estos lugares numerados que dan la estructura fundamental de un misterio significante como tal.

Es por tanto que el sujeto mientras se presentifica en el interior de un mundo así estructurado en la posición del Otro, que este algo —es un hecho puesto en valor por la experiencia— que se llama identificación, se produce. Carente de la satisfacción, es al sujeto que puede acceder a la demanda que el sujeto se identifica.

Les he dejado ahí la última vez, al plantear la pregunta: entonces ¿por qué no el mayor pluralismo en las identificaciones? ¿Tanto identificaciones como demandas insatisfechas? ¿Tanto identificaciones como demandas insatisfechas? ¿Tanto identificaciones que hay otras que se plantean en presencia del sujeto como aquel que responde o no responde a la demanda?.

La clave de esta distancia, de esta Spaltung que se encuentra aquí reflejada por la construcción de este pequeño esquema que escribo hoy en el pizarrón por primera vez, y que constituye algo que debemos encontrar en las tres líneas que dos veces he repetido. Pienso que los tienen en sus notas, aunque puedo recordarles que la línea que liga la pequeña "d" del deseo por un lado, por lo intermediario en esta relación del sujeto pequeña a, en la imagen de a y m, es decir el moi; la segunda línea representa precisamente la demanda, en tanto ella va de la demanda a la identificación, al pasar por la posición del otro en relación al deseo.

Es decir que ven aquí descomponer al otro en la medida en que está más allá de él que existe el deseo, y al pasar por el significado de a que a este nivel no ocuparía aquí, quiero decir en una primera etapa del esquema que era aquella que hice la última vez, es decir del hecho que no responde a la demanda, y que precisamente va, a propósito de algo que es lo que buscamos en un segundo tiempo, dividirse en este vínculo no simple sino doble, que por otra parte ya comencé por otras vías a dos cadenas significantes: la primera que está aquí cuando es sola y simplemente a nivel de la demanda, estando aquí en la demanda a aclararse. Va a intervenir otra cosa que dobla esta relación significante, es ese doblamiento de la relación significante, en la medida en que pueden, por ejemplo entre otras cosas, aunque no de un modo unívoco naturalmente, identificarlo del modo cómo fue hecho hasta el presente, en la respuesta de la madre.

En cuanto a la línea inferior, es decir lo que ocurre a nivel de la demanda, en el nivel donde la respuesta de la madre hace en ella toda la ley, es decir en suma somete al sujeto a su arbitrio, la otra línea representando la intervención de otra instancia correspondiente a la presencia materna, y al mundo bajo el cual su instancia se hace sentir más allá de la madre, y por supuesto no es tan simple, y si todo, en efecto, era una cuestión de mamá y de papá, veo cuan difícilmente podríamos dar cuenta, al menos en los hechos a los cuales nosabocamos.

Es pues en la pregunta por esta Spaltung que es pura y simplemente aquella que es idéntica, responsable de esta béance entre el deseo y la demanda, de esta discordancia, de esta divergencia que se establece entre el deseo y la demanda, que s por donde ahora vamos a introducirnos, y es debido a esto por lo cual debemos volver a plantearla pregunta de lo que es un significante.

Se que ustedes lo piden cada vez que nos separamos: al fin de cuentas, qué es lo quiere decir? Ustedes tienen razón en preguntarlo, porque seguramente esto no está explicado.

Retomamos la pregunta de lo que es un significante en el nivel elemental.

Les propongo detener su pensamiento sobre un cierto número de observaciones. Por ejemplo, no creen que arribamos a algo que es, al menos no conozco ningún ejemplo, quizás algo a propósito de lo que se podría hablar de emergencia? Si observamos lo que el hecho tiene de específico, no un rasgo, pues un rasgo es una marca, no es un significante, sin embargo sentimos que puede haber ahí una relación, y que en verdad lo que se llama el material del significante participa siempre aunque poco del carácter evanescente del rasgo. Esto parece ser una de las condiciones de existencia de este material significante. Sin embargo, esto no es un significante, incluso el pie de Viernes que Robinson descubre en el curso de su paseo por la isla, no es un significante, sino por el contrario, al suponer que él, Robinson, por una razón cualquiera, borra este rasgo, ahí donde nosotros introducimos netamente la dimensión del significante. Es a partir del momento en que es borrada que este rasgo está constituido manifiestamente como significado.

En efecto se ve que si ahí el significante es un crisol en la medida que testimonia una presencia pasada, y que inversamente en lo que es significante, existe siempre en el significante plenamente desarrollado que es la palabra, hay siempre un pasaje, es decir, algo que está más allá de cada uno de los elementos que están articulados, y que son de naturaleza fugaces, evanescentes, que es el pasaje de uno al otro que constituye lo esencial de aquello que llamamos la cadena significante, y que este pasaje en la medida que es evanescente, es esto mismo que se hace fe.

Inclusive no digo articulación significante. Puede que resulte una articulación enigmática, pero estar sostenida por la fe es también a este nivel que emerge lo que responde a lo que ante todo hemos designado el significante como atestiguando una presencia que es pasado inversamente en un pasaje que está actualmente, que se manifiesta, es algo que lo profundiza, que está más allá y que hace del ello una fe.

Resumiendo, lo que encontramos, es también después de lo que se ha borrado, lo que resta si hay un texto, o sea si este significante se inscribe entre otros significantes, es lo que resta, es el lugar en que se ha borrado, y es este lugar también que sostiene la transmisión, que es algo esencial, gracias a lo cual lo que sucede en el pasaje toma consistencia de fe.

Estamos sólo en verdad en el nivel y en el punto de emergencia, pero un punto esencial para aprehender: esto que hace que el significante como tal, ese algo que puede ser borrado, que no deja más que este lugar, es decir, que no se puede más volverla a encontrar. Es esta propiedad que es esencial, y que hace que si se puede hablar de emergencia, no se puede hablar de desarrollo. En realidad, el significante la contiene en sí mismo. Quiero decir que una de las dimensiones fundamentales del significante, es poder anularse a sí mismo. Existe para esto una posibilidad que eventualmente podemos calificar de modo del significante mismo, y que se materializa por algo muy simple, y que todos conocemos, y del cual no podríamos dejar de ver disimular la originalidad por la trivialidad del uso: es la barra. Toda clase de significante es por su naturaleza algo que puede ser barrado.

Se habla mucho, desde que existen filósofos que piensan, de la .... y se ha aprendido a hacer un uso de ella más o menos astuto. Esto quiere decir a la vez anulación, y esencialmente en lo que quiere decir: Por ejemplo anulo mi abono a un diario, o mi reserva a alguna parte. También quiere decir gracias a una ambigüedad de sentido que lo hace precioso en la lengua alemana, elevar a una potencia, a una situación superior. No parece que se detenga en esto, sino poder propiamente hablar ser anulado, solamente tiene que hablar una sola especie de cosa, diría groseramente, para poder serlo, es un significante, pues en verdad, cuando anulamos cualquiera fuese ese otro, sea imaginario o real, es simplemente porque es sentido estricto lo hacen, y por ahí incluso no hacemos más que anular esto de lo cual se trata, lo elevamos de grado, a la calificación de significante.

Existe pues en el interior del significante, de su cadena y de su maniobra, algo que siempre está en la medida de destituirla de su función en la línea o en la progenie(169). La barra en un signo de bastardía para destituirlo como tal, en razón de esta función propiamente significante de lo que llamaremos la consideración general. De esto que se habla quiero decir en el dato de la batería significante, así como que ella constituye un seguro sistema de distintos disponibles y en un discurso actual, concreto, el significante rebajado de la función que le constituye su lugar que arranqué de esta consideración o constelación que el significante instituye al aplicarse sobre el mundo, en lo puntuante, y que de ahí cae de la consideración a la designación, o sea de donde es marchado de lo que precisamente deja de desear.

No me divierto al jugar con las palabras. Por este uso de las palabras, simplemente quiero indicarles una dirección por donde nos aproximamos de este vínculo de la manipulación significante a nuestro objeto que es aquel del deseo, de su oposición de la consideración a la consideración marcada por la barra del significante, no estando por cierto sino destinado a indicar una dirección, un comienzo.

Esto no resuelve por cierto la cuestión del deseo, sea cual fuere la economía a la cual se presta esta conjunción de dos términos en la etimología latina de la palabra deseo en francés. En un hablar cuidadoso, en la medida que el significante se presenta como anulado, como marcado por la barra, resta que tengamos lo que se puede llamar un producto de la función simbólica, producto justamente en la medida en que está aislado, que sea distinto de la cadena general del significante y de la ley que instituye. Unicamente a partir del momento en que puede estar barrada, que algún significante que esté en su propio estatuto, es decir que entre en esta dimensión que hace que todo significante esté en principio para distinguir aquí esto que quiero decir, la anulación que es tan esencial.

El término empleado por Freud, está en lugares bien divertidos donde nadie parece estar advertido de ir a localizarlo. De golpe también, si es Freud quien emplea anulación, no es que tenga la misma resonancia. En principio todo significante es revocable. Entonces de ello resulta algo a partir del momento en que hemos hecho estas observaciones que son aquellas, es decir que para todo lo que no es significante, en particular eventualmente para lo real, la barra es convierte en uno de los modos más seguros y más cortos de su elevación a la dignidad de significante, y esto lo hice notar de un modo extremadamente preciso a propósito del fantasma del niño golpeado, cuando hice notar que en la segunda etapa de la evolución de este fantasma, o sea aquel que Freud indica como antes de ser construido, y que salvo oblicuamente y en casos excepcionales, no habiendo jamás apercibido este signo que en la primera etapa era aquel del rebajamiento del hermano odiado, o sea que fue pegado por el padre.

En el segundo tiempo, y cuando se trata del sujeto mismo, se convierte por el contrario en el signo que él amó, el sujeto, accede en efecto al orden del amor, al estado de ser amado, porque él fue pegado, lo que no carece asimismo de plantear un problema, siendo dado el cambio de sentido que ha tomado esta acción en el intervalo, y hablando propiamente esto no es concebible sino para el caso justamente que este mismo acto que, cuando se trata del otro, es tomado como violencia y como tal es percibido por el sujeto como el signo de que el otro no es amado. Cuando es el sujeto el que se convierte en el soporte en cierto momento dado de su posición con respecto al otro, este acto toma su valor esencial, y por su función de significante, es por lo que en este acto el sujeto mismo se encuentra elevado a esta dignidad de sujeto significante, que es tomado en ese momento en su registro positivo, en su registro inaugura, lo instituye hablando propiamente como un sujeto con el cual puede ser cuestión de amor.

Es lo que Freud —hay que volver siempre a las frases de Freud, que son absolutamente lapidarias— en algunas series psíquicas de la diferencia anatómica de sexos, expresa: "El niño que fuera entonces pegado se convierte en amado, apreciado sobre el plano del amor". Precisamente es en este momento, es decir en este artículo del cual les hablo, que Freud introduce la observación que estaba simplemente implicada en: "...........", es decir que tuve por análisis del texto, comenzado, pero que Freud ahí formula con todas las letras, lo formula sin motivarlo absolutamente, pero orientándolo con esta especie de fluir prodigioso como el suyo, y que es todo lo que está en proceso en esta dialéctica del reconocimiento de este más allá del deseo. Freud dice:

"Toda esta particular fijeza que se lee en la forma monótona de "pegan a un niño", sólo permite verosímilmente una única significación: el niño es pegado, de hecho es apreciado"...

Se trata de niñas en este estudio, y lo que Freud reconoce en esta "......." la palabra es muy difícil de traducir en francés porque tiene un sentido ambigüo en alemán, quiere decir a la vez fija en el sentido de una mirada fija, rígida. Esto no está para nada en vinculación, aunque esté ahí en la contaminación de los dos sentidos, tiene una analogía en historia, y es muy ahí de lo que se trata, se trata que vemos ahí puntuar este algo del cual les he yo marcado el lugar del nudo que se trata de desanudar en su momento, a saber este vínculo que hay entre el sujeto como tal, el falo aquí como objeto problemático, y la función esencialmente significante de la barra, en tanto ella entre en juego en el fantasma del niño pegado.

Por ello no es suficiente contentarnos con este clítoris que con tantas consideraciones, deja mucho que desear. Se trata de ver por qué hay aquí una cierta postura tan ambigüa, que al fin de cuentas, si Freud lo reconoce en lo que es pegado, eventualmente es que el sujeto, por el contrario, no lo reconoce como tal. Se trata del falo en tanto que ocupa un cierto lugar en la economía del desarrollo del sujeto, en tanto él es lo que es, el soporte indispensable de esta construcción subjetiva, en tanto gira alrededor del complejo de castración y del penis-neid, y se trata de ver ahora como entra en juego en el vínculo, este àpresamiento, este apoderamiento del sujeto por el significante, o inversamente de lo que se trata por esta estructura significante tal como vengo aquí de recordar uno de los términos esenciales.

Por esto conviene detenernos un instante en lo que, al fin de cuentas, el modo bajo el cual puede ser considerado este falo ¿Por qué se habla de falo y no pura y simplemente de pene? ¿Por qué por otra parte vemos efectivamente otra cosa, y el modo bajo el cual hacemos intervenir el falo? Otra cosa es la manera en que el pene viene de una manera más o menos satisfactoria a suplir en ello, también para el sujeto masculino como para el sujeto femenino. También en alguna medida el clítoris está interesado en lo que podemos llamar las funciones económicas del falo?

Observemos lo que está en el origen del falo. Es ahí que lo vemos por la primera vez atestiguado en los textos a saber en la antigüedad griega, donde, si vamos a buscar los textos ahí donde están, en diferentes puntos de Aristófanes, de Heródoto, etc... ante todo vemos que el falo, no es del todo idéntico al órgano como pertenencia del cuerpo, prolongamiento, miembro, órgano en función, si se pudiera decir, el falo, es un invención que domina ampliamente, empleada a propósito de un simulacro, de una insignia sea cual fuere el modo bajo el cual se presente, se trata de un falo en lo algo del cual son suspendidos los órganos viriles, se trata de la imitación de un órgano viril, se trata de un trozo de madera, o de una serie de variedades bajo las cuales se presenta, es algo como un objeto substitutivo y al mismo tiempo es su propiedad que esta sustitución sea de algún modo muy diferente de la sustitución en el sentido en que acabamos de escuchar, de la sustitución — signo. Se puede decir que casi e incluso que el uso de esta sustitución tenga todos los carácteres de un sustituto-real, esta especie de objeto que llamamos en las buenas historias, y siempre más o menos con una sonrisa, que tratan de los objetos más singulares si se puede decir, por su carácter inhallable que existe en la industria humana. Asimismo es algo del cual no se podría dar cuenta en cuanto a su existencia y a su misma posibilidad.

El xxxxx en griego es a menudo confundido con el falo. En resumen, lo que es asombroso en la instancia muy singular de este objeto que, para los antiguos y más allá de toda especie de duda, se interpreta el rol en el seno de los misterios, del objeto alrededor del cual, si se puede decir así, estaba ubicado, y parece también, a tal punto que la iniciación elevaba los últimos velos, es decir de un objeto que por la revelación del sentido, estaba considerada como un último carácter significativo.

¿Es que todo esto no ubica sobre el camino de lo cual se trata, a saber, que en suma este rol económico prevalente del falo como tal, es decir en la medida en que represente en suma el deseo en su forma más manifiesta?

Le opondría término por término a lo que dije del significante que es esencialmente fútil (hueco), que se introduce en lo lleno del mundo. Inversamente lo que se manifiesta en el falo, es lo que de la vida se manifiesta de la manera más pura como turgencia, como empuje, y asentamos bien la imagen del falo en el fondo mismo de lo que manipulamos como término que hace que por ejemplo en francés es bajo la forma de pulsión que el término alemán Trieb pudo ser traducido, es objeto privilegiado si se puede decir, del mundo de la vida, que por otra parte en su apelación griega se emparenta con lo que es del orden del flujo, de la savia, incluso de la vena misma, pues parece ser la misma raíz tanto en... ... como en falo. Parece que las cosas son tales, que este punto, el más manifiesto, manifestado del deseo en sus apariencias vitales, sea justamente lo que se halla no pudiendo entrar en el área del significante sino para desencadenar, si se puede decir, la barra. Todo lo que sea del orden de la intrusión, del empuje vital, como tal, se encontrará en la medida en que aquí se señala, maximizarse en esta forma o esta imagen, será algo, es esto que la experiencia nos muestra. No hacemos más que leerla —lo que inaugurará como tal todo lo que se presente, o sea como connotación de una ausencia, ahí donde esto no tiene que ser, puesto que esto no es, a saber lo que hace considerar el sujeto humano que no tiene el falo como castrado, e inversamente que para esto que tiene algo, que puede pretender parecérsele, como amenazado de castración.

Efectivamente, si hago alusión a los misterios antiguos, es completamente asombroso ver que sobre las murallas, los raros frescos quenous ayions conservados en una notable integridad, aquellas de la Villa de los Misterios en Pompeya, es muy precisamente al lado justo del sitio donde se representa el develamiento del falo, que surgen representados con una grandeza impresionante, estos personajes en talla natural, esta clase de daimonss que podemos identificar por un cierto número de verificaciones. Hay uno de ello sobre una vasija del Louvre, y en algunos otros lugares. Estos dáimonss alados, con botas, sin casco pero casi, y en todo caso armados de un "flagellung", comienzan a aplicar el castigo ritual a una de las impetrantes, de las iniciadas que están en la imagen para hacer surgir el fantasma de la flagelación bajo su forma más directa, en conexión más inmediata con el develamiento del falo.

También es absolutamente claro que por todas clases de pruebas, de atestaciones que nos son aportadas por la experiencia, que no ha nada comprobado, y que no pierde ningún espacio de investigación en la profundidad de los misterios, que en todos los cultos antiguos, a medida que se aproxima al culto, es decir la manifestación significante del poder fecundo de la gran diosa, que todo lo que se vincula al falo es objeto de amputaciones, de rasgos de castración o de prohibiciones cada vez más acentuadas, el carácter de eunuco de los sacerdotes de la gran diosa, de la diosa siria, siendo algo más

reconocido, vuelto a encontrar en todas las variedades de textos.

De la misma forma pues es que el falo se halla signado, recubierto siempre por algo que es la castración, la barra, sobre su advenimiento al dominio significante, es decir sobre su lugar en el otro con una gran A, para lo cual en el desarrollo, la castración se introduce. Obsérvenlo directamente en las observaciones, no es nunca por vía de una interdicción sobre la masturbación por ejemplo. Si leen la observación de Juanito, verán que las primeras prohibiciones no le hacen ningún efecto. Si leen la historia de André Gide, verán que sus padres han peleado durante sus primeros años para impedírselo, y que el Profesor Brouhardel mostrándole las grandes espadas y los grandes cuchillos que él tenía, porque era entonces de moda en los médicos tener en su gabinete un "décrochez-moi ça" le prometía que si él recomenzaba se le aceraba eso. Y Gide niño, nos informa que no creyó por un sólo momento en una amenaza semejante, porque en verdad esto le parecía extravagante. Dicho de otra manera, no era otra cosa que la manifestación episódica de los fantasmas del Profesor Brouhar del mismo.

Esto no es todo de lo que se trata. Como nos lo indican los textos, las observaciones también, es en la medida que el ser en el mundo, después de todo sobre el plano de lo real, que tendría el menor lugar de presumirse como estando castrado, o sea aquel que tuviera la ocasión de serlo, o sea la madre, es sin embargo bajo este ángulo, a saber en el nivel del otro, en el lugar en que se manifiesta la castración en el otro, donde es el deseo del otro que está marcado por la barra significante de A, es por esta vía esencialmente que para el hombre como para la mujer se introduce algo de específico que funciona como complejo de castración.

Cuando hablamos del complejo de Edipo en el comienzo del último trimestre, acentué esto por un modo de decir que primero y ante todo la primer persona en ser castrada en la dialéctica intrasubjetiva, es la madre. Es ahí primero donde encontramos la posición de castración, es a causa de esto que, según los destinos tan diferentes para el hombre como para la mujer, en la niña, porque la castración es primero encontrada en el otro, que la niña logra esta percepción con lo que la madre cansada, frustrada, es decir que es primero bajo la forma de un reproche a la madre que aquello que es percibido por la madre como castración es pues también como una castración para ella. Es bajo la forma de este rencor que llega a añadirse a los otros frustraciones precedentes, que se presenta ante todo para la niña —Freud insiste ahí— el complejo de castración.

Esto es debido a que el padre sólo viene aquí en posición de reemplazo por el cual ella se encuentra ante todo frustrada, que ello pasa al plano de la experiencia de la privación. Esto es así porque es a nivel simbólico que se presenta este pene real del padre, del que se nos dice que ella lo espera como un sustituto de lo que ella percibió al estar frustrada, que podemos hablar en este momento de privación, con la crisis que esta privación engendra, y la encrucijada que lleva al sujeto a renunciar, o bien a su objeto, es decir al padre, o bien a su instinto, es decir a identificarse con el padre.

De ahí resulta una curiosa consecuencia: es que el pene está justamente porque fue introducido en el complejo de castración de la mujer bajo esta forma de sustituto simbólico, en origen en la mujer de todas formas de conflictos del tipo de aquellos que se denominan conflictos de celos, o incluso de infidelidad de la pareja. Esto es sentido como una privación real, es decir con un acento muy diferente a lo que puede representar el mismo conflicto visto del lado del hombre.

Avanzo rápido en este tema; volveré en esto; pero hay una cosa que es preciso ver y que es que si el falo se encuentra bajo la forma barrada donde tiene su lugar como indicando el deseo del otro, toda la serie de nuestro desarrollo va a mostrarnos como el sujeto va a tener que encontrar su lugar de objeto deseado con respecto a este deseo del otro, y por consecuencia es como nos lo indica Freud a propósito de su percepción tan notable sobre un niño pegado, es siempre en la medida en que no tiene falo, que el sujeto a fin de cuentas deberá ser situado que encontrará su identificación de sujeto, en la medida que —lo veremos— el sujeto es como así mismo un sujeto marcado por la barra.

Esto se manifiesta de un modo claro en la mujer de lo cual ya abordé hoy por una simple indicación, las incidencias de su desarrollo a propósito del falo. Esto es en suma que la mujer se encuentra metida en un dilema —el hombre también por otra parte— insoluble, que es este entorno del cual es preciso ubicar todas las manifestaciones tipos de su femineidad, sea neurótica o no. Es como lo indiqué, en esto de encontrarse su satisfacción, o sea ante todo el pene del hombre, luego por sustitución el deseo del bebé. Esto es clásico. No hago más que indicar lo que es corriente en la teoría analítica.

Qué es lo que esto quiere decir? Es que al fin de cuentas para encontrar una satisfacción tan a ultranza tan fundamental como la de la maternidad, tan exigente, por otra parte, tan instintual, es que ella no encuentra lo que es satisfacción sino que por los caminos de la línea substitutiva. Es por tanto, yo diría, que el pene es ante todo un sustituto, incluso diría un fetiche, pero también que el bebé en un cierto sentido es un fetiche, que la mujer junta lo que es, digamos, su instinto y su satisfacción natural.

Inversamente, por todo lo que está en la línea de su deseo, ella se encuentra ligada a la necesidad implicada por la función del falo, de ser hasta en un cierto grado que varía, pero de ser este falo en la medida que es el signo mismo de lo que s deseado, y es muy a esto que efectivamente que responden .... 11111 ..... que tengan la función de falo, en esto en que es considerado como la femineidad propiamente hablando, y toda la fase de exhibición, o sea en lo que la mujer se propone como objeto del deseo, todo lo que en la función femenina, en tanto ella se exhibe y se propone como objeto del deseo, lo identifica de un modo latente y secreto al falo, es decir en suma sitúa su ser de sujeto como falo deseado, como significante del deseo del otro, la sitúa, este ser, más allá de lo que se puede apelar la mascarada femenina, puesto que a fin de cuentas, todo lo que ella muestra de su femineidad está precisamente ligado a esta identificación profunda, a un significante que es el más ligado a su femineidad

Vemos aparecer ahí el rol y la raíz de lo que se puede llamar en el acabamiento del sujeto en el camino del deseo del otro, su profunda Verwerfung, su profundo rechazo en tanto ser, en lo que ella aparece bajo el modo femenino propiamente hablando. Su satisfacción pasa pues por el camino sustitutivo, y su deseo se manifiesta en un plano al que no puede llegar sino a uno, profunda Verwerfung, a una profunda extrañeza de su ser, a lo que ella seduce al aparecer.

No crean que para el hombre la situación es mejor. Incluso es más cómica. El falo, el

desdichado, él lo tiene, y se sabe en efecto que su madre no lo tiene, lo traumatiza, pues entonces, como ella es mucho más fuerte, adónde vamos? Es ahí, en este temor primitivo como Karen Horney mostraba uno de los resortes más esenciales de los problemas del complejo de castración. Asimismo la mujer se encuentra en un dilema, y el hombre encuentra en otro. Es en la línea de la satisfacción para él que la mascarada se establece, porque al fin de cuentas él resolverá la cuestión del peligro que amenaza lo que él tiene efectivamente, por lo que nosotros consignamos bien, o sea la identificación pura y simple a lo que de ellas tienen las insignias, a lo que tienen todas las apariencias de haber escapado al peligro, es decir al padre, y al fin de cuentas, el hombre no es para nada viril sino por una serie indefinida de procuraciones; aquellas le llegan de todos sus abuelos y todos sus ancestros, pasando por el ancestro directo

Pero, inversamente, en la línea del deseo, es decir en tanto el tiene que encontrar su satisfacción con la mujer, va a buscar el falo también, y tenemos de ello todos los testimonios clínicos y demás —volveré a ello la próxima vez— y es así justamente porque este falo, él no lo encuentra ahí donde lo busca, por otra parte lo busca por todas partes.

En otros términos, el pene simbólico por la forma está en el interior —si se puede decir— del campo de su deseo, en el lugar que para el hombre está en el exterior; esto para explicarles que los hombres están siempre en la relación de las tendencias centrífugas.

Es por lo tanto, pues, que al fin de cuentas, ella no es ella misma, en tanto ella está en el campo de su deseo, es decir en tanto que en el campo de su deseo es preciso que ella sea el falo, que la mujer experimentará la Verwerfung, que la identificación subjetiva de aquella que produce a nivel de la segunda línea, aquella que se termina por un delta, y es en tanto nomás que él no es él mismo, en la medida que él satisface, es decir que el obtiene la satisfacción del otro, que el hombre se halla en el amor fuera de su otro. Por lo tanto, pues, es, yo diría, que él sólo se percibe como el instrumento de la satisfacción, y es por esto que a fin de cuentas el problema del amor es el problema de esta profunda división, que él introduce en el interior de las actividades del sujeto, esto es siempre de lo que se trata, según la definición misma del amor, o sea dar lo que no tiene, o sea dar para el hombre, aquello que él no tiene, a un otro que no tiene, es decir que no tiene el falo.



Del 30 de Abril de 1958

SeminarioFaltante

Figura en los registros de:

a)Versión francesa: Chronologie récapitulative du Séminaire. Jöel Dor y Gèromôme Taillandier.

b)Versión francesa: Nouvelle Bibliographie des Travaux de Jacques Lacan. Chronologie récapitulative du Séminaire.

Pero no puede encontrarse copia en castellano, ni francés en la Argentina.



Clase 22

Del 7 de Mayo de 1958

Vamos a partir ahora de lo que hayan podido apreciar los que asistieron anoche a la comunicación científica de la Societé. Se les habló de la relación heterosexual. Justamente, es de lo que también tratamos de hablar.

La relación heterosexual se presentaría en esta perspectiva, como esencialmente formadora. Sería, en suma, un primer dato de la tensión evolutiva entre los padres y el niño. Lo que aparece en otra perspectiva y que es exactamente nuestro punto de partida, es sin ninguna duda, conforma a una primera experiencia, lo que justamente se cuestiona: es la relación heterosexual entre los seres humanos algo simple? No parece, en verdad, si nos atenemos a la experiencia. Si fuera algo simple, parece que estaría hecha, al menos, para constituir en el interior del mundo humano, una serie de islotes de armonía, al menos para los que hubieran llegado a separar la paja del trigo(170). No nos parece, hasta el momento, que podamos considerar una sola voz, por parte de los analistas, y después de todo, es necesario invocarlos más allá, ya que aún habiendo llegado a su maduración, la relación heterosexual en el hombre se presenta como algo (...falta palabra en el original...) ya que precisamente lo menos que podemos decir es que todo su problema —tomemos los escritos de Balint por ejemplo, que están bastante centrados en eso, ya en el título mismo del informe sobre el "Genial Love", gira alrededor de esto.

Comprobamos la coexistencia de una "spaltung" completamente terminal; la yuxtaposición de la corriente deseo y la corriente de ternura. Es alrededor de esta yuxtaposición que se compone todo el problema de la relación heterosexual.

Esto no le quita interés a lo que se nos dijo ayer, bien lejos de eso, salvo por los términos de referencia que han sido empleados, por ejemplo esa condición estética, esa valorización consciente y estética, para retomar los términos de la conferencia, que constituye en su perspectiva, una etapa fundamental en la relación del Edipo.

Su sexo, su símbolo, se presenta, nos dijo Mme. Dolto como una bella y buena forma. El sexo es bello, agregó. Evidentemente, esta perspectiva corre por cuenta de quien lo dice y seguramente es halagüeña para los portadores de ese sexo masculino. Para que no parezca ser un dato que podamos adoptar de forma unívoca, quiero decir que si nos remitimos a todas las reservas de una persona que ha intervenido, y con autoridad, sobre este tema, que nos ha hecho lo que podemos llamar observaciones etnológicas; más a ún, si nos remitimos a los salvajes, a esos buenos salvajes que han sido siempre término de referencia de los antropólogos, no parece en verdad que esto sea un dato primario. Tan es así que el salvaje es el primero ... de esa bella y buena forma de falo... (falta el original)

Para decirlo todo, del conjunto de documentos —ni siquiera hablo de los documentos eruditos, de esas cosas que se elaboran en el escritorio de un etnógrafo— sino de la experiencia que podemos encontrar en esos etnógrafos que han trabajado sobre el terreno, que han estado en medio de los llamados salvajes, buenos o malos— parece, precisamente, que una verdadera base y principio de la relación entre los sexos, aún en las tribus más atrasadas, es que al menos esto que es la erección del falo esté escondida. La existencia, aún en las tribus que no poseen sino el modo de vestimenta más primitivo, que consiste precisamente en esconder el falo con el estuche peniano por ej. a veces, como nos lo testimonia la mayoría de la gente, como estricto residuo o que queda de lo que puede haber de vestimenta, es algo sorprendente.

Por otra parte, numerosos etnógrafos han testimoniado como una reacción verdaderamente primaria la especie de irritación que las personas de sexo femenino experimentan en presencia de las manifestaciones propias de la erección del falo. Por ejemplo en el raro caso en que la vestimenta falta completamente— entre los Nambikuara— a los que, como ustedes saben nuestro amigo Levy-Strauss me testimonió sobre la cuestión que le planteabas en este campo, y por otra parte lo que les digo ahora no es sino el reflejo de lo que él mismo dice en su libro: que jamás observó por sí mismo la erección en el macho, delante del grupo. Las relaciones sexuales se realizan sin especial ocultamiento, a dos pasos del grupo, de noche, alrededor de la hoguera; pero la erección, sea de día, sea en ese momento, no se ve en público, no se produce. Esto no es del todo indiferente a nuestro tema.

Por otra parte, esta noción de bella y buena forma —si es necesario situar la significación del falo como tal— es una perspectiva según veremos bastante unilateral.

Del otro lado, sé bien que está la bella y buena forma de la mujer. Seguramente está valorizada por todos los elementos de la civilización, pero en fin, no podríamos hablar de una bella y buena forma de manera unívoca, no sólo en razón de su diversalidad individual. Digamos prácticamente que esta bella y buena forma deja en todo caso más fluctuación que la otra. Sin duda, detrás de cada mujer se dibuja la forma de la Venus del Milo o de la Afrodita de Euclides, pero en fin, no siempre con resultados unívocamente favorables. Mucho se ha reprochado a Daum mierel haber dado a los dioses de Grecia las formas... digamos un poco abundosas de los burgueses y las burguesas de su época.

Esto se le ha reprochado como un sacrilegio. Es precisamente aquí donde se sitúa el problema que indica: es que si, evidentemente, es tan deplorable humanizar los Dioses es sin duda porque los humanos no siempre se divinizan tan fácil mente.

En suma, es totalmente claro que si las necesidades de perpetuación de la raza humana estuviera librada al asunto de la bella y la buena forma, el conjunto indica entonces que nos contenemos con exigencias medias, que en el término de la bella y la buena forma no está quizás completamente destinado a satisfacernos y permanece en todo caso bastante enigmático.

En efecto, todo lo que ha sido dicho y oportuno, de notable, para varonizar esta bella y buena forma falo, es justamente lo que está en cuestión allí, lo que no elimina para nada su carácter de forma obsequiosa, de forma prevalente que prolonga directamente, no sólo el discurso sino la experiencia freudiana, está hecho para darnos otra idea de ésta significación de falo.

El falo no es una forma, no es una forma objetal, en tanto que esto sigue siendo en forma cautivante la forma fascinante, al menos en un sentido, pues el problema permanece íntegramente en el otro. La atracción entre los sexos: la cosa es infinitamente más compleja, como nos lo revela toda la economía de la doctrina analítica, y en lo que nos comprometemos es en dar a eso soluciones, según esta fórmula que naturalmente no es en sí misma otra cosa que una fórmula que debe ser desarrollada para ser comprendida: es que el falo no es un fantasma, ni una imagen, ni un objeto —aunque fuera parcial, aunque fuera interno; que es un significante, el hecho de que sea un significante es el único que no permite articular, concebir las diversas funciones que toma en los diversos niveles del encuentro inter-sexual.

Un significante. No es suficiente decir que un significante. ¿Cuál es? Es en significante, el significante del deseo y eso replantea una pregunta que va más lejos: el significante del deseo: Qué quiere decir? cierto es que el alcance de esta afirmación, que es el significante del deseo, implica que sepamos, que sigamos, y que articulemos de entrada lo que es en esta fórmula el deseo.

Justamente, el deseo no es algo que valla de suyo en la función que ocupa en nuestra experiencia. No es simplemente el apetito intersexual, la atracción intersexual, el instituto sexual; es claro que tampoco esto elimina la existencia de tendencia más o menos acentuada, variable según los individuos, que tienen ese carácter primario de manifestarse como algo, digámoslo a grosso modo, de más o menos potencia de tal o cual individuo, en vista a la unión sexual; que esto es algo que no resuelve para nada la constitución del deseo, tal como lo vemos en tal o cual individuo sea neurótico o no.

La constitución de su deseo es otra cosa que lo que tienen, si ustedes quieren como bagaje de potencia sexual.

Es por lo que vamos a tratar de volver a ponernos en vía, después de que este descarrilamiento que ha podido acarenciarnos tal vez la perspectiva de ayer, vamos buenamente a retomar el texto de Freud.

Debo decir que no es desde hoy que lo advierto, aunque, si quiero hoy comunicárselos: estamos maravillados por la existencia de éste texto de la Traumdeutung, estamos maravillados como por una suerte de milagros, porque verdaderamente no es demasiado decir, que se lo puede leer como es, un pensamiento en marcha. Más aún, las cosas son llevaderas en tiempos que corresponde a una composición de varios planos sobre determinado. Esta palabra está ahí bien empleada, lo que hace que tomándola simplemente como les dije que lo hacía la última vez, es decir los primeros sueños, el alcance de lo que parece el primer lugar, rebasa en mucho las razones dadas en los títulos para ponerlo ahí.

Es el propósito de los recuerdos de la víspera en tanto entra en línea de cuanta en un determinismo de los sueños, que algunos de estos primeros sueños —por ejemplo aquél que comenté con ustedes la vez pasada, a saber el de la bella carnicera, como lo he llamado— se presenta allí.

Ustedes vieron que por otra parte es verdaderamente para abordar las cuestiones de la demanda y el deseo — no he sido yo quien lo puso en el sueño, ellos están ahí, la demanda y el deseo están ahí y Freud, nos los pone, él los ha leído ahí mismo, el vio que la enferma tenía necesidad de crearse un deseo insatisfecho.

Es Freud quien lo dice, y aunque fuese para él mismo, como todo lo que sabemos luego yo por supuesto, cuando Freud lo escribió no era para nombrarlo en una iluminación, él había tomado una cierta perspectiva sobre las cosas. Si él pone las cosas en ese orden es impulsado para la necesidad de aproximación y de composición que bien puede ir más allá de la división de sus capítulos, y de hecho, este sueño tiene algo verdaderamente especial introductorio sobre el problema que es fundamental en la perspectiva que trata aquí de promover; el deseo pues, y allí, la demanda. Casi no hay necesidad de decir que ella también está por todos lados, porque si el sueño se produjo, fue porque una amiga le pidió para cenar a su casa. Por otra parte, en el mismo sueño la demanda está ahí bajo la forma más clara. La enferma sabe que todo está cerrado ese día, que no podrá suplir su falta de material, o para hacer frente a la cena que deseo ofrecer, y entonces ella pide de la forma más clara la más aislada en la que se presenta una demanda, ella pide por teléfono lo que en la época no era de uso corriente, en la primera edición de la Traumdeutung, y está verdaderamente allí con su plena potencia simbólica.

Vayamos un poco más lejos. ¿Cuáles son los primeros sueños que vamos a encontrar? Entramos pues en los elementos de la fuente del sueño(171) y nos encontramos primero con el sueño de la monografía botánica, que es un sueño de Freud. Yo a pasar este sueño, no porque no aporte exactamente lo que podremos esperar ahora, a saber, lo que voy a tratar de mostrarle ahora, justamente, funcionar las relaciones de significado fálico con el deseo, sólo que como en un sueño de Freud naturalmente sería un poquito largo, y un poquito complicado para mostrárselos. Lo haré si tengo tiempo. Es absolutamente claro, estructurado exactamente según el pequeño esquema que les di la última vez, el que comencé a dibujarles la última vez a propósito del deseo de la histérica. Pero Freud no es pura y simplemente un histérico; si el tiene con la histérica la relación que comporta todas las relaciones con el deseo, es de una forma algo más elevada.

Soltamos pues los sueños de la monografía botánica y llegamos a un paciente de la cual Freud nos dice que es una histérica y retomamos el deseo de la histérica.

"Una joven inteligente y fina, reservada, del tipo de agua mansa, cuenta: soñé que llegaba al mercado demasiado tarde, que no encontraba nada en la carnicería ni en la verdulería. He aquí seguramente un sueño inocente; pero un sueño no se presenta nunca de ésta manera. Pide un relato detallado. Helo aquí: ella iba al mercado con su cocinera que llevaba la canasta. El carnicero le dijo, después de que ella le hubo pedido algo, que de eso ya no se puede tener más. Quiso darle otra cosa, diciéndole: está bueno, pero ella se negó. Fue a la verdulería. La verdulera quiso venderle legumbres de un singular aspecto, de una singular especie, atada en un paquete pequeño y de un color negro. ella dijo: no conozco, no llevo."

El comentario de Freud es aquí esencial, ya que no somos nosotros los que hemos analizado a esta enferma. De lo que se trata es de ver lo que Freud cree poder ...falta en el original... en una obra que para la época era más o menos como si hubiera salido la primera obra sobre la teoría atómica sin ninguna especie de relación o preparación con la física que la preside. Por otra parte, fue acogido en efecto con un silencio casi total. Es pues en la primeras páginas de su libro que para hablar de la presencia de lo resiente y de la indiferente en los sueños, tranquilamente Freud añade en sus lectores el siguiente comentario: (trata de conectar este sueño con los acontecimientos de la jornada) "Ella realmente había ido al mercado demasiado tarde, ella no había encontrado más nada. La carnicería ya estaba cerrada". Pero él no dice que es la enferma quien ya lo había dicho, él se adelanta muy rápido diciendo que éste se impone como tal. Sin embargo, alto, "esto es una forma del todo común de hablar, que se relacióna con una negligencia en las vestimentas de un hombre!". Dicho de otro modo, parece que en el lenguaje vienes, se hablaría así de aquel que se hubiera olvidado de abrocharse el pantalón, y que sería acostumbrado, al menos en términos familiares, indicándole con la frase: tu carnicería no está cerrada por otra parte la soñante no emplea esa palabra, nos dice Freud, y agrega: ella quizás las ha olvidado. Dicho esto, busquemos más lejos: cuando en un sueño algo tiene el carácter de un discurso, es algo dicho u oído, en lugar de ser pasado, se le distingue ordinariamente sin dificultad".

Se trata pues de la palabra en tanto que ella estabas inscripta en el sueño con una banderola. No son implicaciones de la situación. Se trata de lo que se distingue sin esfuerzo, nos dice Freud, el material del lenguaje, que él nos invita a tomar siempre como un material que vale por sí mismo.

"Esto previene de los discursos de la vida despierta (vigilia). Sin duda, estos son tratados como materia bruta; se lo fragmenta, se los transforma un poco, sobre todo se lo separa del conjunto al que pertenecía. El trabajo de interpretación puede partir de estos tipos de circunstancia de donde vienen pues la s palabras del carnicero: de eso ya no se puede

tener más".

"Das ist nicht mehr zu haben"

Esta frase está formada por Freud en el momento en que escribió "El hombre de los lobos", como testimonio que él da al lector de que hace tiempo que se interesa en esta cuestión de la dificultad que hay para reconstruir lo que es preamnésico en la vida del sujeto, lo que estaba antes de la amnesia infantil.

Es como este propósito que dijo esto en el paciente o: —"Yo mismo la he pronunciado he explicándole algunos días antes que no podemos tener sino la más antigua vivienda de la infancia, que no son abordadas como tales; que la teníamos, pero que nos diera devuelta por la transferencia de los sueños en el análisis. Yo soy por consiguiente, el carnicero, y ella ha rechazado lo transmitido de la antigua manera de pensar y sentir de donde vienen las palabras de otro lado que ella pronuncia en el sueño: "no conozco, no llevo".

Lo que en francés es traducido agregado: ça.

"El analista debe divisar ante mí esta misma frase, cuando algunos días antes, en el lugar cursó una discusión, ella dijo a su carnicera no sé qué es eso, y agregó, le ruego que sea correcta. "Benchmen Su Sichenstándq"

Poco importa lo que ella dijo a la cocinera, ya que esto está a título de elemento de frase que es tomado, y como Freud lo dice es precisamente la medida (das Kennsich nich; das nehme ich nicht)(172) en la que lo retiene de esta frase es precisamente la parte que no tiene significación, la que precisamente la censura tiende a separar de la que es dicho además a la sirvienta.

Freud subraya que es en la medida en que esto es retenido en lo que se sueña, que en sentido corresponde a "Das Kenne ich nicht; das nehme ich nicht".

Se podría agregar todavía una cosa, si fuéramos más rigurosos.: "das konne ich nicht Benchmen su sichauis tándrq"

Tomamos el desplazamiento de las dos frases dichas a la cocina la que. La que ella ha rechazado correspondería sólo al resto del sueño. Se dice: "sea correcto, se lo ruego", a uno que sea voluntariamente descuidado de su vestimenta".

Lo que tampoco es una traducción muy correcta pues se trata del texto alemán: "se dirá que alguien que ose tener exigencias inconvenientes y que olvide cerrar su carnicería". La traducción es fantasiosa.

"La exactitud de nuestra interpretación está aprobada por su concordancia con la alusión que estaba en el fondo del incidente de la vendedora de legumbres. Una legumbre alargada, que se vende en manojos. Una legumbre negra. ¿Puede esto ser otra cosa que la confusión producida en el sueño del espárrago y el rábano negro?.

No tengo necesidad de interpretar el espárrago para nadie, pero la otra legumbre me parece ser casi una alusión".

La palabra alusión no está en el texto alemán. Se relacióna, dice el texto alemán con un término sexual.

"Ese mismo tema sexual nosotros ya lo habíamos adivinado desde el comienzo, cuando queríamos simbolizar todo el relato por la frase: La carnicería está cerrada. No tenemos necesidad de descubrir todo el sentido de este sueño, no estaba con haber demostrado que está pleno de significaciónes, y no es, de ningún modo, inocente,".

Me excuso si esto ha podido parecer un poco largo.

Deseaba simplemente reconcentrar las cosas en ese pequeño sueño, ahora que sabemos más y que tenemos tendencia a leer un poco más rápido.

He aquí, y de la forma más clara, representaba otra relación de la histérica como algo que es este superyó.

Centremos por este momento nuestro fin. La última vez indiqué que la histérica en sus sueños y en el de sus síntomas, necesitaba que en algún lado sea marcado el lugar del deseo como tal.

Aquí se trata de otra cosa, del lugar del significante falo. Mezclamos nuestros discursos teóricos con estas diferencias al sueño concerniente a la histérica, de manera de variar un poquito para ustedes, y también para desfatigar nuestras atenciones. Hay una continuación otros tres sueños de la misma enferma y haremos uso de ellos cuando convenga. Detengámonos por un instante sobre lo que se trata por ahora de poner en evidencia. Es el mismo problema, es el mismo fenómeno del que se trataba el otro día, a saber, es el lugar a dar al deseo. Pero no es el lugar marcado en el campo exterior del sujeto, de un deseo como tal, en tanto ella se lo rechaza más allá de la demanda, en tanto en que el sueño ella lo asume conociendo el deseo del otro, de su amiga. Se trata de un deseo o en tanto es soportado por su significante, el significante falo por hipótesis, ya que es de todo que estamos hablando.

Se trata de saber que función juega en esta ocasión el significante.

Freud, como ustedes lo ven ahí introduce sin ninguna clase de duda, sin ningún tipo de ambigüedad, el significante falo, y es eso de lo que está en tela de juicio cuando se trata de algo que es el único elemento que el no valora como tal en su análisis, por que era más que necesario que nos dejara algo para hacer, aunque es totalmente sorprendente. En efecto, toda la ambigüedad de la conducta del sujeto en relación al falo, si el falo no es el objeto del deseo, si no el significado del deseo, toda esta ambigüedad va a residir en este dilema, que es haber que este significante, el sujeto puede tenerlo o puede serlo. Es justamente porque es un significante que éste dilema se propone y este dilema es absolutamente esencial, es el que está en el fondo de todos los deslizamientos, de todas las transmutaciones, de todas las prestidigitaciones, yo diría del complejo de castración.

¿Porqué el falo aparece en éste sueño?.

No creo que a partir de esta perspectiva nos extralimitemos hacia lo abusivo sin decirnos que este sueño es actualizado, que el falo es actualizado como tal en el sueño de la histérica alrededor de la frase de Freud: "Das is nicht mehr zu haben".

Me he hecho confirmar el uso de "tener", yo diría absoluto, tal cual se manifiesta en este uso lingüístico, que nos hace decir "el" tener o no, o más aún en francés, tenerlo o no lo que significa tiene su alcance en alemán. Aquí se trata en esta frase del falo, en tanto surge como el objeto que falta, a quién?. Es perfectamente claro que conviene saberlo, pero nada es más cierto que se trate simplemente, pura y simplemente, del objeto que falta al sujeto en tanto que sujeto biológico.

Digamos que de entrada y ante todo, éste se presenta en términos significantes, y tanto como que es una frase la que lo introduce, una frase articulada como que está ligada a la frase que dice "Das ist mehr zu haben", que esto es de lo que no se puede tener más, no es una experiencia frustrante, es una significación, es una articulación significante de la falta de objeto como tal.

Esto claramente concuerda con la noción que es la que yo puse aquí por una parte en primer plano, que es el que el falo es aquí el significante, en tanto no lo tiene ¿quien?. que no lo tiene el otro, porque se trata de algo que se lo articula en el plano del lenguaje, y que se acentúa como tal en el plano del Otro, en el significante del deseo en tanto que el deseo se articula con el deseo del otro. Volveré enseguida sobre esto.

Tenemos hora el segundo sueño.

El segundo sueño del que se trata de la misma enferma, es un sueño digamos inocente, según ella, su marido pregunta: "¿Nos hace falta afinar el piano?"

Ella responde: "no vale la pena". "Es lohnt nicht".

Esto quiere decir algo así como "eso no paga".

Desde luego es necesario hacerlo recubrir. Es la repetición de un suceso real procedente, pero ¿por qué?. En sueños ella dice que ese piano es una caja asquerosa que tiene mal sonido, que su marido lo tenía ya antes de casarse. Así como el análisis no nos lo mostrará, ella dice lo contrario de lo que piensa, es decir que su marido no lo tiene ante de casarse.

"Pero la solución no será dada por la frase: No vale la pena. Ella le dijo ayer, dice Freud, estando de visita en lo de una amiga".

"Se la inducirá a quitarse su chaqueta, ella se lo negó diciendo: voy a tener que irme. Pienso entonces que ayer durante el análisis, ella llevó bruscamente la mano hacia su chaqueta, de la que se le había desprendido un botón. Era como si se hubiera dicho se lo ruego, no mire ese lado. Así, ella reemplaza "caja" por "pecho" y la interpretación del sueño nos remite entonces a la época de su desarrollo. Ella empezaba entonces a estar contenta con su forma. Si ponemos cuidado en el "asqueroso", "mal sonido", recordamos cuantas veces los pequeños hemisferios del cuerpo femenino reemplaza a los grandes. El análisis nos remite todavía a la infancia".

Aquí nos encontramos en la otra cara de la cuestión. Si el falo es el significante del deseo, y del deseo del Otro, el problema para el sujeto es el primer paso de éste dialecto del deseo y he aquí la otra vertiente -será: se o no ser el falo.

Confiemos sin rodeo en esta función del significante que acordamos al falo, diciendo esto: así como no se puede ser y haber sido, tampoco se puede ser y no ser, y si es necesario que lo que no se es sea lo se es, queda no ser aquello que se es, es decir a rechazar en el parecer aquello que se es y lo que es muy exactamente la posición de la mujer en la histérica. En tanto a mujer, ella se hace máscara y ella se hace máscara para delatar de esa máscara ser el falo, y de todo el comportamiento de la histérica, ese comportamiento que se manifiesta por esa mano llevada al botón para el ojo de Freud, quien desde hace mucho nos ha habituado a ver sus sentidos, aunque acompañado de la frase: "no vale la pena".

¿Por qué no vale la pena?.

Por supuesto porque se trata de no mirar detrás, porque se traba bruscamente de que el falo está ahí detrás, allí detrás al falo, es decir el significante del deseo.

Esto nos lleva quizás a empezar a preguntarnos como habría que definir muy estrictamente este deseo, de modo que ustedes pudieran asimilar sentir de qué hablamos; quiero decir, nos limitamos a lo que alguien llamó en un diálogo conmigo— a mi entender bastante felizmente— a propósito de mi pequeña líneas— trama, que le vuelve a servir de tiempo en tiempo, y que no hay que dejar de perder de vista, he llamados un pequeño móvil de Calder.

¿Por qué?

Tratemos de articular lo que queremos decir por deseo como tal. Planteamos el deseo en este dialéctico como se lo encuentra en el pequeño móvil, más allá de la demanda, ¿Por qué hay necesidad de un más allá de la demanda?. Hay necesidad de un más allá de la demanda por lo mismo que le he dicho, que la demanda, por sus necesidades articulatorias, desvía, cambia, transpone la necesidad. Hay pues la posibilidad de un residuo. Es en tanto que el hombre es tomado en la dialéctica significante que hay algo que no va, piensen lo que piensen las personas optimistas que no indican sin duda lo que acontece de impronta feliz(173) del otro sexo entre los niños y los padres. No falta sino una cosa, y es que esto vaya así de bien entre los padres. Ahora bien, está justamente ahí todo lo que el nivel en lo que abordamos la cuestión.

Hay pues un residuo. ¿Cómo se presenta? ¿Cómo debe necesariamente presentarse?

No se trata ahora del deseo sexual. Vamos a ver por qué el deseo sexual debe venir de éste lugar. Pero desde el momento en que hallen el hombre relación general de una necesidad con el significante nos encontramos ante esto, que es saber si alguien restituye el margen de desviación marcado por la indecencia del significante sobre las necesidades,

y cómo se presentan esto en más allá, y si se presenta y que es eso que llamamos deseo, pero con forma posible de su presentación veamos como podemos más o menos articularlo.

La forma en que la que el deseo donde presentarse en el sujeto humano depende de lo que está detenido por la dialéctica de la demanda. Si la demanda tiene un cierto efecto sobre la necesidad, por otra parte tiene su carácterística propia. Ya he articulado aquí esa carácterística propia. Es que fundamentalmente en su existencia, por el sólo hecho de articularse como demanda, coloca, aún si no lo pide expresamente al otro como ausente o presente, y dando a ésta ausencia o a ésta presencia, es decir como demanda de amor; de ese algo que no es nada, ninguna satisfacción particular, que es lo que el sujeto aporta por la pura y simple respuesta de la demanda.

Es aquí que situada la originalidad de la introducción de los símbolos bajo la forma de la demanda. Es en éste incondicionado de la demanda, a saber que era que es demanda, que es sobre el fondo de la demanda de amor que se sitúa en la originalidad de la introducción de la demanda en la relación a la necesidad.

Si esto comporta alguna pérdida de relación a la necesidad, bajo la forma de que sea— ¿Debe esto reencontrarse más allá de la demanda?. Es bien claro que si aquello debe reencontrarse más allá de la demanda es decir que lo que en suma aporta como extorsión de la necesidad esta dimensión de la demanda, debemos reencontrar por lo tanto más allá algo donde el otro pierde prevalencia donde, si ustedes quieren la necesidad en tanto parte del sujeto, recobra el primer puesto. Sin embargo, ya que la necesidad pasó por el filtro de la demanda al plano y al estadio de los incondicionados, no ha sido a título, si podemos decirlo, de una segunda necesidad que vamos a reencontrar más allá que se trata precisamente de encontrar, que es el margen de lo que se ha perdido en la demanda; y en el más allá es precisamente el carácter de condiciono absoluta que tiene el deseo, lo que se presenta en él pero no vale la pena ir a ver ya que justamente no se lo encontrará ahí.

Es así para la histérica como Freud inmediatamente nos lo aporta en una nota dirigida a los que él llama "Die Wisbigrerige", que en francés se lo traduce por "a los que quieran profundizar". Esto quiere decir: a los amantes del saber, más exactamente para ser más riguroso. esto nos llevará al corazón de los que quizás ya se les ha significado como ´ este término tomado en préstamo de un moral que a pesar de todo sigue siendo (ilegible) de una experiencia humana quizás más rica que muchas otras, la moral teológica que se llama La Cupido Scociendi, que nos da el término que podemos escoger para irradiar deseo. Son cuestiones delicadas equivalentes entre las lenguas. A propósito del deseo, sé que ya he obtenido de mis alumnos germanófonos ...falta palabra original... se lo encuentra en Hegel, pero algunos se encuentran que es demasiado animal. Es gracioso que Hegel lo haya empleado a propósito del amor y del esclavo, cosa que no está demasiado impregnado de animalidad...

"Haré notar pues, dice Freud, que este sueño encierra una histérica continua y conducida provocando de mi parte da defensa de la suya".

En suma, él nos vuelve a indicar lo que en efecto es una conducta fundamental de la histérica, al mismo tiempo, en ése texto, veamos sus sentidos. La provocación de la histérica es justamente algo que tiende a constituir el deseo, pero más allá de eso que se llama defensa, a indicar el lugar más allá de esta apariencia, de ésta máscara, de algo que esencialmente es lo que se presenta al deseo y que por supuesto, no puede ser ofrecido a su acceso, ya que es algo que está presentado detrás de un velo, aunque por otra parte y por supuesto no puede ser encontrado ahí. No valdrá la pena que ustedes abrieran mi corpiño porque no encontrarían allí el falo, pero si llevo en la mano mi corpiño es para que ustedes designen deseo como tal eso que por supuesto está tomado en préstamo de la necesidad.

¿Cómo haríamos nuestro deseos si no tomamos prestadas las materias primas de nuestras necesidades?. Pero eso pasa a un estado no de incondicional, puesto que se trata de algo tomado en préstamo de una necesidad particular, sino de condiciones absolutas, sin medida alguna de proporcionar la necesidad de un objeto cualquiera, y en tanto que esta condición es quizás invocada justamente, en esto que de ella abuelo de la dimensión del Otro, que es una exigencia donde el otro no puede responder si o no.

Es esta la dimensión, el carácter fundamental del deseo humano como tal.

El deseo, cualquiera fuese, en estado de puro deseo es esto, es este algo arrancado al terreno de la necesidad que toma forma de condición absoluta en relación del otro. Es precisamente el margen, el resultado, de la sustracción, si se puede decir de la exigencia de la necesidad en relación de la demanda de amor. Es decir que el deseo, inversamente, se va a presentar como lo que en la demanda de amor es señal (repére) de toda reducción de una necesidad, por que en realidad, eso satisface nada más que así mismo, es decir el deseo como condición absoluta.

Es en razón de eso que el deseo sexual va a venir a este lugar, justamente en la medida en que el deseo sexual se presenta en relación al objeto, en relación al individuo, como esencialmente problemático,. y en los dos planos, en el plano de la necesidad —no es Freud del primero que lo señaló — : desde que el mundo es mundo uno se pregunta como el ser humano que es un ser que tiene la propiedad de reconocer lo que le es ventajoso, como encaja, como admite una necesidad que es incontestable lo empuja a extremos aberrantes, en razón de no corresponder a ninguna necesidad inmediatamente racionalizable, pero que introduce en el individuo, digamos lo que se ha llamado la dialéctica de la especie.

Por su naturaleza la necesidad sexual se presentará ya y en cierta problemática para un sujeto que sea precisamente lo que acaba de decir, aún si los filósofos lo han articulado de otro modo, es decir, alguien que pueda racionalizar sus necesidades, es decir, articular el término de equivalencias, es decir de significantes.

Por otra parte, en cuanto a la demanda de amor, la expresión del deseo sexual, va a venir deseo, justamente, y se llamará deseo, porque no puede ubicares más que ahí, en nivel del deseo, tal como acabamos de afirmarlo. Desde luego que el deseo sexual se presenta, en cuanto a la demanda de amor de una forma problemática, dígase lo que se diga y cualquiera sea el agua bendita conque se trata de recubrirlo bajo el término de oblatividad; la cuestión del deseo en cuanto a la formulación de aquello que se llama en todas las

lenguas, fórmula de demanda, es problemático en tanto que, para expresar las cosas bajo la forma más común de lengua, que es aquí reveladora, se trata al fin de cuentas, cualquiera fuese el modo el cual se formule la demanda, que se perfile esto: Es que el otro entra en juego, a partir del momento en que el deseo sexual está en cuestión, bajo la forma de instrumento del deseo.

Esta es la razón por la cual es al nivel del deseo tal como nosotros los hemos definido que se plantea al deseo sexual, en tanto es cuestión, es decir en tanto es interrogante, en tanto no puede verdaderamente articularse(174).

No hay verdaderamente palabras escúchenlo de mi boca, ya que quizás no vendrá mal que les diga que no todo es reductible al lenguaje. Siempre lo ha dicho, por supuesto, pero si esto no ha sido escuchado, no hay palabras para expresar algo, y algo que tiene nombre, y es justamente el deseo, para expresar el deseo, con la sabiduría popular lo sabe más que bien, no hay si no baratijas.

La cuestión del significante del deseo se plantea pues como tal y es por eso que lo que lo expresa no es un significante como los otros; es algo que en efecto es tomado en préstamo a una forma prevalente de la interrupción del flujo vital en ese orden, pero que no es menos tomando en este dialecto a título del significante, con ese pasaje al registro del significante, con lo que comporta de mortificación para lo que todo lo que accede a ésta dimensión del significante. Aquí la modificación ambigüa se presenta muy precisamente bajo la forma del velo, el velo que vemos reproducirse bajo la forma del corpiño de la histérica, es decir la posición fundamental de la mujer en la relación al hombre concerniente al deseo, a saber que allí detrás de la blusa sobre todo ni vallan a ver, porque por supuesto no hay nada, no hay nada más que el significante. Lo que no es nada justamente, más que el significante del deseo.

Detrás de ese velo hay, o algo que no hay que mostrar y es en lo que el demonio del que les hablaba la vez pasada o la anterior o posterior del develamiento del falo en el misterio antiguo, se presenta y se articula y se denomina como el demonio del pudor, y el pudor tiene sentidos y alcances diferentes en el hombre y en la mujer. Hice ilusión en esto, cualquiera sea el origen; si es el horror que a eso tiene la mujer o si es algo que surge muy naturalmente del alma delicada de los hombres. Hace alusión al velo que recubre muy recubre muy regularmente el falo del hombre. Es exactamente las mismas cosas que recubre más o menos normalmente la totalidad del ser de la mujer, en tanto de que lo que se trata justamente es que este detrás; lo que este velado es el significante del falo. Y el develamiento de algo que no mostrará más que nada, es decir la ausencia de lo que es develado, es muy precisamente a esto que se refiere lo que Freud ha llamado a propósito del sexo femenino (...falta una palabra en el original...), a propósito de la cabeza de Medusa, o el horror que representa a la ausencia revelada como tal.

A fin de cuentas, de lo que se trata en esta perspectiva, es decir de este juego del sujeto del deseo y del significante del deseo, es algo que no está agotado, al punto en que hemos arribado, que está solamente iniciado, pero ustedes lo ven bien, ello invierte completamente la noción por ejemplo como ésta que ocurre toda esta dialéctica del aporte del otro en la relación sexual y diciéndose madurada por la relación sexual, que el proceso sería de un objeto parcial o de un objeto total.

Hablando por su propiedad se puede decir que hay allí un verdadero camuflaje, escamoteo, pues para decir las cosas en términos propios, el problema sería más bien lo que se pone en relieve el hecho de que accediendo al lugar del deseo, el otro no viene del todo como se nos dice el objeto total, si que viene totalmente objeto, en tanto instrumento del deseo. Esto es lo que deviene y se trata de mantener como compartible esta posición del otro en tanto Otro, es decir en tanto lugar de la palabra, ese al cual se dirige la demanda y ese cuya irreductibilidad radical del Otro se manifiesta en tanto puede dar amor, es decir algo que es tanto más gratuito como que no hay ningún soporte del amor, que como se lo he dicho: dar su amor es muy precisamente y esencialmente dar como tal nada de lo que se tiene, pues es en tanto justamente que no se tiene nada, que se trata del amor.

Se trata de esta discordancia entre lo que hay de absoluto en la subjetividad, que da o no da el amor, el hecho de que su acceso a él como objeto de deseo, es muy precisamente necesario que se haga totalmente objeto.

Es en este corte(175) esencialmente vertiginoso, esencialmente nauceoso, para llamarlo por su nombre, que se sitúa la dificultad de acceso en el abordaje del deseo sexual.

En algún lado Freud hace alusión de la forma más precisa al síntoma que , en la histérica, se manifiesta bajo la forma de la náusea y el asco, acercándolos a fenómenos de vértigo en tanto(...falta palabra en el original ...) No es Freud quien lo dice pero está en el texto de Bleuler. El texto de Bleuler se refiere a M ... y a los trabajos de M... sobre las sensaciones motrices, pero marcan una intuición que es la de la discordancia y la relación óptica y las sensaciones motrices que yacen al resorte esencial de ése fenómeno laberinto que se manifestaría y en el que vinieran dibujándose enseries: vértigo, náusea y asco.

Efectivamente es perfectamente observable y yo ya lo he observado en más de uno que la realización, la percepción del aporte del otro en el deseo, bajo la forma del significante falo, con esta suerte del corto circuito que resulta en el punto donde el análisis de algo preside es posible eso corto circuito que se establece de este significante de falo como algo que entonces en ese momento en el sujeto no puede permanecer más que vacío a saber, el lugar que el órgano debe ocupar normalmente, quiere decir entre las piernas, que en ese momento no es evocado sino como lugar, es algo que se acompaña —y yo tendría para proponerles diez observaciones, bajo toda suerte de formas, sean totalmente limpias, crudas y claras, sea bajo otra forma diversamente simbólica— el sujeto diciéndolo a pesar de todo claramente, que en tanto que el otro como objeto de deseo, es percibido como falo, y como tal es percibido como falta en el lugar de su propio falo, que el experimenta algo parecido aún muy curioso vértigo, que alguien ha llegado aún hasta a compararlo a una suerte de vértigo metafísico experimentando en otras circunstancias los más raros encuentros en los sujetos a propósito de la noción misma del ser, en tanto está subyacente en todo lo que es.

Es allí que terminaré por hoy. Volveremos pues sobre esa dialéctica del ser o del tener de la histérica. Iremos más lejos verán hasta donde esto nos lleva al obsesivo.

Les anuncio enseguida que ustedes deben así mismo sentir que esto no carece de

relación con toda una dialéctica, otra e imaginaria, de la cual se les propuso solamente la teoría, pero que se les escucha de forma más o menos forzada a los pacientes en una cierta técnica concerniente a la neurosis obsesiva en tanto que el falo, como elemento imaginario, juega allí un rol prevalente. Veremos las rectificaciones que pueden aportar tanto teóricas como técnicas, las consideraciones del falo, no ya con imagen y con fantasma, sino con significante.



Clase 23

14 de Mayo de 1958

Forderung por demanda

Begeheen por deseo

Bedurnis por necesidad

Trataremos de continuar avanzando en esta dirección en la que, ustedes ven, el tema del falo juega un rol completamente esencial, en tanto nos lleva a aprehender más de cerca lo que se dice en el análisis, lo que allí es proferido, y la forma en que nos servimos efectivamente de la noción del objeto.

Ustedes deben sentir que normalmente debemos a la vez aproximarnos, centrar nuestra atención, sobre la función efectiva que tiene esta relación de objeto en la práctica analítica presente, y que al mismo tiempo, centrando la forma en que nos servimos de ella, los servicios que eso rinde, intentar una articulación más elaborada de lo que, en definitiva, designamos de una manera muy precisa hablando del falo, lo que nos permite también criticar este uso de la relación de objeto.

Si tomamos un informe que ha adquirido su valor histórico con el tiempo, aquél que ha aparecido en la Revista Francesa de Psicoanálisis sobre el Yo de la neurosis obsesiva título totalmente inadecuado, porque en realidad no se trata más que de la relación de objeto con el obsesivo, sería tal vez algo para explorar —tendremos una idea, la de saber por qué el autor ha querido hablar del Yo en la neurosis obsesiva, en un título; porque, en verdad, no se dice nada verdaderamente sobre el Yo en la neurosis obsesiva, a no ser que él es débil, o bien que él es fuerte.

Allí el autor al fin de cuentas advertido por algo que escuchaba entonces, permanece en una actitud de prudencia que no podríamos más que encontrar loable. Pero lo que domina este informe en el que culminan los dos artículos anteriores del mismo autor, a saber, el

primero, es de Diciembre de 1948. aparecido en 1950 en la Revista Francesa de Psicoanálisis: "Las incidencias Terapéuticas de la crisis de conciencia, de la evidencia del pene en la neurosis obsesiva femenina" Este era su primer informe clínico sobre la función del pene en la N.O. . Es esta frescura de este primer abordaje la que da su valor totalmente importante a este artículo, en tanto que muestra cómo las cosas se han ido degradando a continuación, seguramente en el nivel en que una experiencia aún nueva — esta envidia del pene en la neurosis femenina — tiene algo totalmente interesante que refleja la experiencia fresca aún.

Después hay otro artículo que está publicado en la Revista Francesa de Psicoanálisis -Julio-Septiembre de 1948- que es: "De la relación homosexual de transferencia"

El tercer artículo es un informe sobre el Yo en la N.O. Creo que hay ahí tres cosas para leer, puesto que no hay artículos escritos de tal manera en francés sobre este tema. En suma, esto da bastante bien el nivel al cual las cosas han llegado aquí sobre estos problemas. Por otra parte, releerlos no puede dejar de producir una impresión de conjunto que dará de alguna forma un fondo a lo que nosotros podremos llegar aquí, me parece, a abordar de la articulación exacta de lo que permite situar, en suma, el valor y el alcance de una terapéutica así centrada.

Porque a fin de cuentas esta relación de objeto que se articula en los cuadros sinópticos en los que vemos la progresiva constitución del objeto en los sujetos, nos percatamos bien que hay ahí algo de falsa ventana. No creo que el " objeto genital " ni el " objeto pregenital "sean ahí lo extremadamente significativo e importante, salvo para la belleza de dichos cuadrossinópticos.

Pero en fin de cuentas lo que hace el valor de esta "Relación de Objeto", es lo que constituye su pivote, lo que en suma ha introducido la noción de objeto en la dialéctica analítica. Es ante todo lo que se llama "el objeto parcial", término tomado en préstamo del vocabulario y los términos de Abraham, de un modo por otra parte no del todo exacto, porque aquello de lo que Abraham ha hablado es de amor parcial del objeto, lo que no es, evidentemente, del todo lo mismo, y ya éste deslizamiento posee, él mismo, algo de significativo.

Este objeto parcial, no hay ninguna necesidad de un gran esfuerzo para reconocerlo, para identificarlo pura y simplemente con este falo del que hablamos, del cual debemos hablar, tanto más cómodamente cuanto que nosotros le hemos dado su alcance, el cual almismo tiempo nos evita toda clase de enredos por servirnos de él como un objeto privilegiado.

Sabemos por qué merece este privilegio. Es justamente a título de significante, es justamente en razón de esta extraordinaria dificultad de dar a un órgano particular(176), que los autores han llegado justamente a no hablar más de él por completo, mientras que contrariamente es casi omnipresente en todo el análisis.

Efectivamente constatarán, si releen estos artículos, el uso absolutamente manifiesto; es un hecho enorme, de primer plano, que recorre todas las páginas, que es tomado por el analista, no solamente por éste psicoanalista en cuestión, sino por todos los que escuchaban. Es tomado al nivel del fantasma(177), a saber, que se puede decir que en la perspectiva del autor del que acabo de citar los tres artículos, la cura de la N.O. gira totalmente en torno a una incorporación — estos son los términos que emplea el autor — o de una introyección imaginaria de este falo que aparece en el diálogo analítico; se refiere a todas éstas fantasías bajo la forma del falo atribuido al analista.

Habría ahí en suma dos frases: una primera donde las fantasías de incorporación, de devoración de este falo fantásmático tendrían un carácter netamente agresivo — sádico como se dice — al mismo tiempo que experimentado como horrible y peligroso. También esta fantasía tendría pues un valor altamente revelador de algo que pertenecía a la posición misma del sujeto en relación a lo que se llama, en la perspectiva de la relación de objeto, el objeto correspondiente, el objeto constitutivo de su estadio, notoriamente ... (ilegible) ..... en la ocasión de una cierta segunda fase del estadio sádico — anal, en la que se pasaría de tendencias fundamentales a la destrucción del objeto hacia algo que comenzaría por respetar la autonomía de este objeto, por lo menos bajo esta forma parcial.

En suma toda la dialéctica, desde el momento en que se sitúa el momento subjetivo, como diríamos aquí, donde se sitúa el paciente, de la neurosis obsesiva, estaría como se nos explica, suspendida en el mantenimiento, de una cierta forma, de este objeto parcial, en torno al cuál podría instituirse un mundo que no estaría enteramente consagrado a una destrucción patrimonial(178), en razón del estadio inmediatamente subyacente a este equilibrio precario al cual habría llegado el obsesivo.

El obsesivo nos es enteramente representado como simple listo para arrojarse a una destrucción del mundo, puesto que estas cosas no pueden ser pensadas más que en términos de relación del sujeto con un entorno, en la perspectiva en que se expresa el autor, y es por el mantenimiento de ese objeto parcial —mantenimiento que precisa justamente todo un edificio, todo un andamiaje, que es justamente aquello que constituye la neurosis obsesiva que el obsesivo evitaría caer en una psicosis siempre amenazante. Esto es muy ciertamente considerado por el autor como la base misma del problema.

No podríamos dejar de objetarle que cualesquiera sean los síntomas parapsicóticos, los síntomas por ejemplo de despersonalización, de confusión yoica, de sensación de extrañamiento, de crepúsculo del mundo; sentimientos concernientes evidentemente al color, quizás hasta la estructura del Yo, a pesar de todo eso no podemos impedirnos señalar que los casos de transición entre la obsesión y la psicosis siempre han existido, pero han sido siempre muy raros.

Los autores se han percatado hace mucho que por el contrario habría ahí una suerte de falsa esperanza de incompatibilidad entre las dos afecciónes, pero por otra parte cuando se trata de una verdadera neurosis obsesiva, es lo de menos riesgo en un psicoanálisis. Se arriesga no curar al obsesivo, pero el riesgo de verlo entrar en la psicosis es verdaderamente un riesgo que nos parece extraordinariamente fantasioso, por ser extremadamente raro. El obsesivo, ya sea en el curso de un análisis, aún luego de una intervención terapéutica importuna, salvaje, que lo fuese a impulsar a la psicosis es muy, pero muy raro. Personalmente no lo he visto nunca en mi práctica, ¡gracias a Dios!. No he tenido nunca la impresión de correr ese riesgo con esos pacientes.

Algo tiene que haber en una apreciación como esa, que traiciona algo más que la simple experiencia clínica.

Esta necesidad de coherencia de la teoría que conduce el autor más allá de lo que quisiera, muy probablemente sea algo que va más lejos, una cierta posición de él mismo frente al obsesivo, que no deja entonces de abrir problemas sobre lo que puede llamarse lo no bien escuchado de una persona particular. En rigor no se trata ahí de hablar de la contratransferencia en el sentido más general en que se le puede considerar, como constituida por lo que llamo frecuentemente los prejuicios del analista; dicho de otro modo, el fondo e las cosas dichas o no sobre las que su discurso se articula.

Para empezar a situar lo que puede representar una práctica encaminada a poner enteramente su pivote en la terapéutica de la neurosis obsesiva en particular, en torno a una fantasía de incorporación imaginaria del falo, y del falo del analista, mostrando, a decir verdad un poco misteriosamente, pues no se ve bien en qué momento, ni por qué, se opera la reversión, si no es por lo que puede suponerse ser una suerte de efecto de usura, de aceptación de algo por el sujeto — porque hay un momento, senos dice, en el que, en razón de un .... (falta de original) ..... de insistencia de tratamiento, de su presencia de tratamiento, la incorporación de esta fantasía trágica es algo que le parece al sujeto tener un valor fálico.

Un valor diferente es, a saber, la introducción en él mismo de algo que es, de golpe, de una naturaleza completamente diferente, que parece haber sido la incorporación de un objeto peligroso, y en cierta forma rechazado(179) en las fantasías, que deviene el objeto acogido, un objeto fuente de poder. Fuente, hay que decirlo — esta palabra está allí, no soy yo quien haya hecho las comparaciones ni las metáforas.

Esta suerte de introyección que deviene conservadora ¿no tiene rasgos comunes con la comunión religiosa? Se nos dice, página 172, por lo menos en la Neurosis Obsesiva , donde se engulle sin masticar, se agrega, puesto que es para comentar los sentimientos de felicidad en esta fantasía que no comparta ninguna destrucción semejante en ello a la fantasía de succión de la melancolía de Abraham.

Esta suerte de introyección no se podría calificar de pasiva parece mejor el nombre de conservadora. "¿No tiene rasgos comunes con la comunión religiosa, donde se traga sin masticar?".

No hay en eso rasgos elegidos, diría yo, de una manera tendenciosa. Melancolía de Abraham. Es en torno de algo que sentimos que se piensa, en torno de una suerte de práctica o de ascesis que juega principalmente sobre las fantasías, que sin duda con un dosaje, con barreras, con un frenado, con etapas, con todas las precauciones que comporta la técnica, vemos realizarse esto que permitirá al sujeto de la neurosis obsesiva tomar relaciones de las que en fin de cuentas vemos mal lo que en ello se desea, pero que seguramente conciernen a lo que se llama la distancia con el objeto.

En suma, si comprendo bien, sobre el plano fantasmático, se trata de permitir al sujeto acercarse más, pasar por una fase donde esta distancia es anulada, para ser sin duda, por lo menos hay que esperarlo, reconquistada de inmediato; esta distancia, esta proximidad a un objeto que sucesivamente ha concentrado sobre sí todas las potencias del miedo, del peligro, para devenir en seguida, en suma, el símbolo por el cual se establece una relación libidinal que se considera como más normal, que se califica de "genital ".

En verdad, seguimos siendo quizás, en tanto estamos en una cierta perspectiva, notoriamente la nuestra, un poco más severos que el autor para felicitarnos de haber alcanzado la meta, a propósito de una enferma, por haber recogido de ella al cabo de cierto número de meses de tratamiento, la declaración siguiente:

"Entonces ella me decía: 'He tenido una experiencia extraordinaria, la de poder gozar de la felicidad e mi marido. Me emocioné muchísimo al constatar su alegría y su placer con el mío'."

Les ruego que piensen estos términos; no carecen, ciertamente, de valor. Describen muy bien una suerte de experiencia que nos implica en absoluto, debo decirlo, ningún levantamiento de la anterior frigidez de dicha paciente. Experiencia extraordinaria de poder gozar de la felicidad de su marido; es una frase frecuentemente observada, pero eso no significa de ningún modo que la enferma haya alcanzado el orgasmo. En verdad, se nos dice, la enferma permanece, digamos, semifrígida. Es quizás porque se está un poco sorprendido que se agrega inmediatamente después:

"¿No es esto carácterizar de la mejor forma posible unas relaciones genitales adultas?"

Esta noción de relaciones genitales adultas es evidentemente lo que da a toda ésta perspectiva lo que yo llamo la constitución de las falsas ventanas en la relación genital adulta.

No se ve muy bien lo que en verdad quiere decir eso cuando se lo mira de cerca. Hemos visto que desde que los autores tratan de explicárselo no parece que encuentren la simplicidad ni la unidad que todo esto parece explicar.

"En cuanto a la afirmación de la coherencia del Yo, ella resulta no solamente de la desaparición de la síntomatología obsesiva, de los fenómenos de despersonalización, sino aún se traduce por el acceso a un sentimiento de libertad de la unidad que es una experiencia nueva para estos sujetos ".

Estas aproximaciones, optimistas, tal vez, no son tampoco por completo algo que, por lo menos para nosotros, corresponde a nuestra experiencia de lo que representa realmente un progreso y una curación de la neurosis obsesiva.

Dicho esto, vemos en qué medida, a qué especie de montaña, de muralla, de concepción acabada, nos enfrentamos cuando se trata de situar en alguna parte, de apreciar esto que no es más que una constitución, una estructura obsesiva, la forma en que ella es vivida y la forma en que evoluciona.

Aquí tratamos de articular las cosas en un registro enteramente diferente, porque creemos que por no ser más complicados que otros — no creo que, si ustedes llegan a familiarizarse, a contar los números de medidas que ponemos aquí en juego, encuentren

que finalmente eso genere demasiadas cosas más; simplemente que está tal vez articulado de otro modo, de una forma menos multilineal; ni por supuesto tampoco que el deseo de tener así un cuadro sinóptico correspondiente con u oponiéndose al de Mme. Brunswick, esté en el fondo del corazón de muchos de los oyentes. Alcanzaremos eso, tal vez, un día; pero evidentemente, antes de llegar allí convendría, quizás, ir paso a paso, y ver lo que queremos decir cuando pensamos que esta noción del objeto parcial del falo debe ser recriticada para ser puesta en uso, y tal vez para ver también los peligros de un cierto uso que es el presente, deba ser puesta en su lugar.

En este lugar el que tratamos de articular con este pequeño esquema. Se podría cubrir todo eso de signos y de ecuaciones, pero no quiero darles la impresión de artificio, aún cuando estas son las cosas que he tratado de reducir más a su necesidad esencial.

(180) gráfico(181)

Ya hemos situado aquí la A mayúscula del Gran Otro, donde se encuentra el código y que acoge la demanda, y visto que es en el pasaje aquí de A al punto donde está el mensaje que se produce el significado del Otro, después de lo cuál la necesidad aquí atraída se reencuentra allá en el estado de transformación en lo que en diferentes niveles, se codifica diferentemente; lo que, si tomamos esta línea, por ser la línea de realización del sujeto, se traduce por algo que siempre resultará más o menos en una identificación, es decir, en el pasaje, en la remodelación, en la transformación también, en el pasaje al fin de cuentas de la necesidad del sujeto por los desfiladeros de la demanda.

Sabemos que esto no alcanza para constituir un sujeto satisfactorio, un sujeto que se sostenga sobre el número de puntos de apoyo que le hacen falta — decimos cuatro, y quién sabe? Es justamente en ese más allá de la demanda que se articula un " .... falta de orig .... Ya hemos tratado de definirlo la última vez calificándolo de " .... falta de orig ..... " del deseo, en su lugar topológico donde está bien formalmente como esto que les he presentado, donde hay de algún modo una necesidad ligada a esta topología, a lo que esto sea en el campo más allá de la demanda que venga a situarse y al mismo tiempo a articularse necesariamente, a sufrir esta articulación particular en éste más allá : el deseo sexual.

Hay allí, en suma una coincidencia entre el sitio donde puede encontrar lugar la pulsión sexual, la tendencia como tal, y la necesidad, estructural, que la liga a éste lugar en el más allá de la demanda. Es en suma, por lo tanto, que interviene este algo que, en el conjunto de los significantes sexuales viene a superponerse para hacer en eso un significado, es decir, es decir que no estamos habitualmente por debajo de la barra de nuestra articulación, S mayúscula sobre a minúscula, aquí el significado, que es primero un A significado.

El falo es pues este significante particular que esta en el cuerpo de los significantes, que está especializado en designar como tal el conjunto de los efectos del significante sobre el significado, en tanto, es decir, en tanto que son efectos del significante sobre el significado.

Eso llega lejos, y no hay miedo de ir menos lejos para su significación al falo, a saber este algo que hace que él ocupe aquí ese lugar privilegiado en lo que va a producirse como tal de significativo, en este más allá que llamamos aquí el más allá del deseo. Es, a saber, todo el campo que está ahí más allá del campo de la demanda.

En tanto que simbolizado este más allá del deseo, está ahí, y en tanto que es así que veremos la posibilidad — es una simple articulación del sentido de lo que decimos — la posibilidad de que aquí halla una relación del sujeto a la demanda, no es necesario que él esté completamente incluido hasta el momento en que este más allá se constituye, si es que por hipótesis, él se constituye articulándose gracias al significante "falo ".

Es en aquél momento, más allá del puro y simple otro que hasta ahí hace toda la ley de la constitución del sujeto en la existencia, simplemente de su cuerpo; por el hecho de que la madre es un ser hablante — es algo absolutamente esencial — sea lo que sea lo que piense el analista ..... No hay solamente pequeños cuchi-cuchis, cuidados con Agua de Colonia al dar el alimento, para constituir una relación con la madre. hace falta que la madre le hable.

Todo el mundo sabe eso. No solamente que le hable, sino que cualquiera sabe que el niño, que tiene una relación muy particular, y que una nodriza muda no dejaría de acarrear algunas consecuencias bastante visibles en el desarrollo de la nutrición.

Más allá de este otro, si hay aquí algo que se constituye del significante que se llama el más allá del deseo, tenemos la posibilidad de esta relación sujeto, es decir, el sujeto como tal, un sujeto menos completo, es decir, que está barrado. Eso quiere decir que un sujeto humano completo no es nunca un puro y simple sujeto, como toda la filosofía lo construye, sujeto del conocimiento, correspondiendo magníficamente a éste percipicas de éste perceptum que es el mundo. Sabemos que no hay sujeto humano que sea puro sujeto del conocimiento, salvo que sea el sujeto humano en tanto que nosotros lo reducimos a cualquier cosa que sea que se a una célula fotoeléctrica o a un ojo, aún a lo que se llama filosofía de la conciencia. Pero como somos analistas, sabe que existe siempre una "spaltung", es decir que hay siempre dos líneas donde él se constituye, y es por eso, por otra parte, que surgen todos los problemas de estructura que son los nuestros.

Aquí —¿qué es lo que debe constituirse? Es precisamente lo que he llamado no ya el significado de A, sino el significado de A — S (A/) —en tanto que esta " spaltung ", él la conoce, ya que él mismo está estructurado por ésta " spaltung " dicho de otro modo, en tanto que él, A , ya ha sufrido los efectos de esta " spaltung ". Aquí, se revierte eso, quiere decir: está ya marcado por ese efecto de significado por el significante "falo".

El A pues, si ustedes quieren, en tanto que el falo está en el barrado, es llevado al estado de significante. Es otro, en tanto que castrado, el que aquí se representa en el lugar del mensaje. El mensaje del deseo, es eso.

El mensaje del deseo, es eso, No es decir sin embargo que sea fácil de recibir, porque precisamente todo el problema de ésta dificultad de articulación el deseo, hace que haya un inconsciente, dicho de otro modo, que en efecto lo que se presenta aquí como estando en el nivel superior, si se puede decir, del esquema, es por el contrario ordinariamente algo que debemos imaginarnos que está en el nivel inferior, que no está articulado en la

conciencia del sujeto aunque esté magníficamente articulado en su inconsciente, que es, hasta un cierto punto —se trata justamente de saber cuál, la cuestión que planteamos aquí— articulable en la conciencia del ¿Qué nos muestra la histérica de lo que hemos hablado la última vez? La histérica, por supuesto, no esta psicoanalizada, sino eso ella no seria más histérica, por hipótesis. La histérica, lo hemos dicho, este más allá, ella lo plantea, ella lo sitúa bajo la forma de un deseo, en tanto que deseo del Otro.

Para fijar las ideas, lo justificaré un poquito más adelante, pero desde ahora, porque es preciso, si se intenta articular algo, comenzar por articular, por comentarlo — les diré que la cosas ocurren de este modo, del mismo en que aquí en el primerizo, el sujeto, por la manifestación de la necesidad, de su tensión, hace franquear esta vía de la primera línea significante de la demanda, del mismo modo, es aquí que podemos, para topologizar las cosas, poner la relación que es la del yo a la imagen del otro como tal, y del mismo modo está aquí, es decir en suma en tanto que lo que en el Otro, en tanto que tal, en tanto que gran otro, no en el otro, en tanto que pequeño a, en el otro imaginario, lo que en el otro, en tan que gran A permite al sujeto abordar, este más allá significado que es precisamente el campo que estamos explorando: el de su deseo.

Esta d minúscula del deseo ocupa el mismo lugar que el a minúscula ocupa en relación al sujeto, lo que expresa esto es simplemente que es precisamente en este lugar donde el sujeto ha buscado articular su deseo, que el reencontrará el deseo del otro como tal, y lo que expresamos es justamente esto que esta fundado en la experiencia, y que desde hace tiempo he articulado para Uds. bajo otras formas, pero que he articulado también bajo aquella del deseo del que se trata, notablemente el deseo, en su función inconsciente, es el deseo del otro. Es exactamente lo que hemos visto cuando hablamos la ultima vez de la histérica, a propósito del sueño. No son sueños elegidos. Tampoco es que les de Freud textos escogidos. Les aseguro, si Uds. me metieran, como parece que empieza a ocurrir a leer a Freud, no sabría aconsejarles demasiado leerlo por completo. Sin eso son Uds. los que se arriesgan a caer bajo pasajes que no serán tal vez escogidos, pero que mucho menos serán fuentes de toda clase de errores, aún falsos reconocimientos, si no ven en que lugar de tal o tal texto se sitúa en .... no diré en el desenvolvimiento de un pensamiento, aunque esto sea, hablando propiamente lo que conviene decir, aunque, desde el tiempo en que se habla del pensamiento, es un termino tan galvanizado que no se sabe nunca muy bien de que se habla. No alcanza con hablar del pensamiento para que se pueda decir que se habla de algo. Es el mismo desarrollo de una investigación, de un esfuerzo de alguien que tiene cierta idea de su polo magnético, si se puede decir, y que no puede alcanzarlo más que por cierto rodeo, y es por el conjunto del recorrido que hay que juzgar cada una de estas vueltas.

No he elegido los dos sueños de la vez pasada de la enferma, de la histérica, así como así. Les explique como los había tomado. Tomé el primer sueño porque lo encontré después de los otros que les explique las razones por las cuales no los había tomado primero.

Insistiré. Es a saber, porque el sueño de la monografía botánica, que puede ser algo que nos ayude a comprender lo que se trata de demostrar, es un sueño de Freud que convendrá explicar después.

Prosigo la articulación del sueño de la histérica. Lo que la histérica nos ha mostrado, es que ella encuentra, si puede decirse, su punto de apoyo, esto no son términos que sean sólo míos, si ustedes leen al Sr. Copter, cuando se ocupa de la neurosis obsesiva, verán que el emplea exactamente el mismo termino para decir que parece que cuando se ha retirado su obsesión al neurótico, le falta por ejemplo un punto de apoyo. Uds. ven que el uso que he hecho aquí de los términos es un uso que no es común con los otros autores, es decir que tratamos de metaforizar nuestra experiencia, nuestra pequeñas impresiones, la histérica toma su punto de apoyo en un deseo que es el deseo del otro, he dicho. Esto es esencial, esta creación de un deseo más allá de la demanda. Es algo que tenemos, creo yo, suficientemente articulado.

Se puede mencionar aquí un tercer sueño que no tuve tiempo de abordar la vez pasada, pero que muy bien puedo leerles ahora. "Ella pone una vela en un candelabro, la vela está rota, de manera que se sostiene mal. Las niñas de la escuela dicen que ella es torpe, pero la maestra dice que no es su culpa.".

En este caso vemos aún con Freud relacióna este sueño con los hechos reales: "Ella colocó ayer correctamente una vela en el candelabro, pero esa no estaba rota. Eso es simbólico. En x verdad se trata de lo que significa la vela.: si está rota si no se sostiene bien, eso indica la impotencia del hombre."

Y Freud subraya: " no es su culpa." "¿Cómo esta joven cuidadosamente educada, lejos de todas las cosas malas. puede conocer este empleo de la vela?" Allí aprehendemos que luego de un paseo en bote, ella ha escuchado una canción de estudiantes, muy indecente acerca del uso que la reina de Suecia, con los postigos cerrados, hacía de las Velas de Apolo. Ella no ha comprendido la última palabra. Su marido le ha explicado bien los postigos cerrados, el Apolo y todo eso se reencuentra y se abate congruentemente en la ocasión."

Lo importante es que aquí vemos aparecer entonces al desnudo, si puedo decirlo y aislado, en estado de objeto parcial, si no volante el significante falo, yo que el punto que es importante es claramente que no sabemos en que momento del análisis de esta enferma— porque es una enferma ciertamente en análisis— el tema de este sueño ha sido extraído. El punto importante está evidente mente aquí en "no es su culpa'

El no es su culpa es el hecho que esta al nivel de los otros. Es frente a todos los otros, es en función de la institutriz, que todos los pequeños camaradas de escuela no se burlan más. Aquí el símbolo es evocado, y es exactamente ahí que quiero llegar, el que recorta y confirma, si puede decirse lo que estaba ya en el sueño llamado "bella carnicera, es a saber que el acento en suma es un modo de constitución del sujeto que concierne precisamente a su deseo sexual, es el modo sobre el cual él ha adoptado lo que debe acentuarse en el caso de la histérica: propiamente la dimensión del deseo en tanto que se opone a la de la demanda.

Pero es primeramente y sobre todo en el término "deseo del otro" con una o mayúscula, la posición, el lugar en el otro que debe subrayarse.

Les he recordado como Dora vive hasta el momento en que se descompensa su posición

de histérica. Ella está muy cómoda, tiene sus pequeños síntomas, pero que son justamente los que la constituyen como histérica, y que se leen en la relación de la distinción, la "spaltung" de estas dos líneas. Volveremos sobre la manera en que podemos articular la sobredeterminación del síntoma. Esta está ligada a la existencia de dos líneas significantes como tales, pero lo que mostramos el otro día es que lo que Dora quería es que, en suma, ella subsistiera como sujeto en tanto que demanda el amor, sin duda como toda buena histérica, pero que sostiene el deseo del otro en tanto que tal. Es ella quien lo sostiene, es ella quien es su apoyo. Las cosas marchan muy bien, aunque para que las cosas, se armonicen entre su padre y la Sra. K. se pasen lo más alegremente del mundo y sin que nadie tenga allí nada que ver, el termino que ella sostiene, el deseo del otro, es aquí el termino que mejor conviene al estilo de su acción y de su posición con relación a su padre, a la Sra. K, y es allí que les he indicado una cosa: es porque ella logra identificarse con el Sr. K. que toda la pequeña construcción es posible. Es en una cierta relación con el otro, entonces imaginario, como tal, es por eso, que frente a este deseo ella lo sostiene en este lugar, a saber en el lugar que le corresponde.

Ustedes vieron bien que, en suma, aquí se dibuja un pequeño cuadrado cuyos cuatro extremos están representados por moi, i(a), imagen del otro, relación del sujeto constituido entonces al otro imaginario como tal, y aquí, deseo S(a.

Encontramos así los cuatro pies sobre los que puede sostenerse normalmente un sujeto humano constituido como tal, es decir, donde el es capaz, más o menos de situarse en este componente esencial.

Es aquí y en este nivel, frente al deseo del otro, y por otra parte lo he mostrado la vez pasada, sin que sin embargo las cosas vayan más allá, porque a fin de cuentas se puede decir que en la histérica la línea de retorno estaba más borrada. Es precisamente por eso, por otra parte, que la histérica tiene toda suerte de dificultades con su imaginario, aquí representado en la imagen del otro, y susceptible de ver allí producirse efectos de fragmentación de desintegraciones diversas que son hablando con propiedad, lo que le sirve en sus síntomas.

Recuerdo simplemente esto (en el nivel de la histérica) ¿como vamos a poder articular lo que pasa en el nivel del obsesivo?. Quiero decir en una estructura obsesiva. La teoría clásica, yo digo, lo que Freud articula, lo que ella articula en Freud, en la última palabra de Freud sobre la neurosis obsesiva. Es netamente un poco más complicado que la neurosis histérica, pero no mucho mas.

Si se llega a puntuar las cosas en lo esencial se la puede articular, pero si no se ubican las cosas en lo esencial, lo que es seguramente el caso del autor del que les he hablado recién, se pierde literalmente uno allí, a saber, se nada entre lo sádico, lo anal, el sujeto parcial, la incorporación, la distancia del objeto.

No se sabe literalmente mas, a que santo encomendarse, para saber donde se está. Ahora bien, es excesivamente diverso clínicamente como lo muestra el autor en las observaciones que parecen apenas posibles de ser reunidas bajo la misma rubrica, bajo el nombre de Pedro y Pablo, sin contar las Mónicas, y las Juanas que están detrás. Quiero decir que en el material clínico del autor en el nivel de la relación sobre el Yo, no hay más que Pedros y Pablos.

Pedro y Pablo son manifestantes sujetos completamente diferentes desde el punto de vista de la textura de un sólo objeto. Apenas se los puede poner en la misma rúbrica, lo que propiamente no es en sí tampoco una objeción, puesto que nosotros no estamos particularmente en condiciones tampoco de articular por ahora otras rúbricas nosológicas.

Es muy sorprendente ver, después de tanto tiempo que manipulamos la neurosis obsesiva, ver cuan incapaces somos de desnombrarla como manifiestamente la clínica nos lo impondría, vista la diversidad de aspectos que ella nos presenta. Se recuerda en Aristóteles aquello que se llama el corte justo del cuchillo del cocinero, aquel que pasa justo por las articulaciones. En el estado actual de las cosas nadie, particularmente los que se han ocupado de la N.O. es capaz de articularla convenientemente. Es claramente el índice de algunas carencias teóricas.

Retomamos las cosas desde donde estamos. ¿Qué hace el obsesivo para consistir como sujeto? El está igualmente que la histérica — y como no se puede dudar hay una relación tan profunda entre la histérica y la neurosis obsesiva, que ya antes de Freud un señor Janet ha podido hace esta especie de muy curioso trabajo de superposición geométrica si puede decirse, de correspondencia punto por punto de imagenes que se llaman en geometría, creo, transformaciones de figura, que hace que el obsesivo sea verdaderamente concebido como algo que es la figura de una histérica transformada, si se puede decir.

El obsesivo está también orientado, por supuesto, hacia el deseo : si no se tratara en todo esto, y ante todo, del deseo, no habría ninguna especie de homogeneidad de la neurosis. Veamos solamente la teoría clásica , la de Freud, la última articulación de Freud —¿qué nos dice? Que la neurosis obsesiva— él ha dicho muchas cosas en el curso de su carrera, primero ha establecido que lo que se puede llamar el traumatismo primitivo se opone al de la histérica. En la histérica es una seducción sufrida, una intrusión una interrupción de lo sexual en la vida del sujeto. El ha visto muy bien que a pesar de que este trauma psíquico soporta la crítica de la reconstrucción, se trata, al contrario, de algo en lo que el sujeto ha tenido un rol activo, decía él, donde ha obtenido placer.

Esa era la primera aproximación. En seguida viene todo el desarrollo en El hombre de las ratas, a saber la aparición de la extrema complejidad de las relaciones afectivas en el obsesivo, y notoriamente .... (**ilegible**) ..... la ecentuación de la ambivalencia efectiva, sobre la oposición fundamental activo-pasivo, masculino-femenino, y la más importante, el antagonismo odio-amor. Por otra parte, hay que releer el hombre de las ratas como la Biblia. El H. de las R. es aún rico en todo lo que queda todavía por decir sobre la neurosis obsesiva ; es un tema de trabajo.

¿A qué ha llegado finalmente Freud como fórmula meta psicológica última?. Es que, dice él, ha habido allí en aquel momento las experiencias clínicas y la elaboración metapsicológicas que han hecho poner al día las tendencias agresivas y que ya lo han llevado a hacer una distinción fundamental de instintos de vida e instintos de muerte, la que no ha cesado de atormentar a los analistas.

Lo que Freud nos dice, es que ha habido allí fusiones, intrincaciones precoces de los instintos de vida y de los instintos de muerte. Dicho de otro modo, que la desagregación como tal de las tendencias a la destrucción como tales se ha producido en un estadio demasiado precoz en el obsesivo como para no haber marcado toda la secuencia de su desarrollo, a saber de su instalación en su subjetividad particular.

¿Cómo va a insertarse esto en esta dialéctica? Mucho más inmediatamente, concretamente, sencillamente, me parece. Estos términos, de "demanda" y de "deseo", si comienzan a encontrar su lógica en vuestro cerebro, les encontrarán un uso cotidiano, y, en todo caso, cotidiano para vuestra práctica analítica; completamente útiles.

Quiero decir que ustedes pueden hacer de ellos algo usual antes de que esto sea usado, pero ustedes se reencontrarán siempre allí preguntándose si se trata del deseo y de la demanda, o del deseo o la demanda.

¿Qué quiere decir aquí lo que acabamos de recordar con respecto a los instintos de destrucción, es decir, algo que se manifiesta en la experiencia, en una experiencia que hay que tomar primero al nivel vulgar, común, de lo que nosotros conocemos del obsesivo, pero no sólo de los que analizamos, sino también de aquellos que como psicólogos advertidos somos capaces de medir las incidencias sobre su comportamiento .

Es bien cierto que el obsesivo tiende a destruir su objetivo. Es algo que es casi una verdadera experiencia. Se trata simplemente de no contenerse con eso, de ver lo que es esta actividad destructiva del obsesivo.

He allí lo que les propongo. Les propongo considerar que a diferencia de la histérica, como la experiencia lo demuestra, que vive totalmente a nivel del Otro — el acento, para ella, es estar a nivel del Otro, y es por eso que le hace falta un deseo del Otro, porque sin eso el Otro, qué seria si no es la ley? .

Pero es primero al nivel del Otro que se plantea, si puede decirse, el centro de gravedad del movimiento constitutivo de la histérica.

Por razones que no son del todo posibles de articular, y que son, en suma, idénticas a lo que Freud dice de la precoz fusión y defusión de los instintos, es la búsqueda, el apuntar el deseo como tal, del más allá de la demanda, el que es constitutivo del obsesivo.

Quisiera que tuviesen un poco de experiencia de la que es un niño que va a convertirse en obsesivo. Creo que no hay jóvenes sujetos en los que sea más sensible lo que he tratado de articularles la vez pasada cuando les representaba que, en éste margen la necesidad tiene forzosamente importancia limitada, como se dice " una sociedad de responsabilidad limitada"; la necesidad es siempre algo de importancia limitada. En este margen de la necesidad, de carácterísticas incondicionadas de la demanda de amor, se sitúa esto que he llamado el deseo —¿y lo he definido cómo, a este deseo como tal? Como algo que, justamente, porque eso debe situarse en este más allá, si puede decir, niega el elemento de alteridad que está incluido en la demanda del amor.

Pero para conservar este carácter incondicionado, transformándolo en carácter de condición absoluta del deseo, en el deseo como tal, en estado puro, el Otro es negado; pero la necesidad, por el hecho de que el sujeto ha tenido que franquear, conocer, este carácter último, límite, de lo incondicionado de la demanda de amor, he allí que éste carácter permanece transferido a la necesidad como tal.

El niño que se convertirá en un obsesivo es éste niño del que los padres dicen —he allí una convergencia de la lengua usual con la lengua de los psicólogos— : "tiene ideas fijas". No tiene ideas más extraordinarias que cualquier otro niño, si nos detenemos, por el contrario, en el material de la demanda, es , a saber, que pediría u...... una cajita.

No es verdaderamente gran cosa una cajita, y hay muchos niños en los que uno no se detendrá un sólo instante por esta demanda de la cajita, salvo los psicoanalistas, claro, que le verán toda la suerte de finas alusiones. En verdad no se estará equivocando, pero encuentro más importante ver que hay ciertos niños entre todos los otros, que piden cajitas, para los que los padres encuentran que esta exigencia de la cajita es, propiamente hablando, una experiencia intolerable. Y lo es.

Se estaría totalmente equivocado al creer que es suficiente con enviar a los susodichos padres a la escuela de padres, para que se reubiquen, porque contrariamente a lo que se dice, los padres por supuesto están allí para algo. Es decir que no es por nada que se es obsesivo. Hay que tener para eso en alguna parte el modelo.

Se escucha, pero en la recepción misma, el lado "idea fija" que acusan los padres es totalmente discernible, y siempre inmediatamente discernido, aún por personas que no forman parte de la pareja parenteral.

Es esta exigencia, muy particular, que se manifiesta en la forma en la que el niño pide una cajita, lo que hay de, hablando propiamente, de intolerable para el Otro, en la ocasión, es justamente esto que la gente llama aproximativamente la idea fija, es decir, que no es una demanda como las otras; dicho de otro modo : que eso tiene un carácter de condición absoluta, que es el que yo les designo ser el del deseo. Y el obsesivo, es justamente un niño que por razones cuya correspondencia con la que se llama en esta ocasión indicaciones, ustedes ven, pulsiones en esta ocasión fuertes, lo que va a ser el elemento, sí puedo decir, de la primera fundación de este trípode, que debe, enseguida, para mantenerse en pié, tener cuatro patas —el acento en él está puesto sobre el deseo— , no solamente sobre el deseo, sino sobre el deseo como tal, es decir, que en su constitución él comporta eta destrucción del Otro, es forja incondicionada de la necesidad, necesidad pasada al estado de condición absoluta; y justamente, a pesar de que se está más allá de ésta ...... (**ilegible**)...... incondicionada del amor en cuya ocasión puede servir de prueba, pero como tal es algo que niega al Otro como tal, y es exactamente esto lo que lo vuelve, como el deseo de la cajita en el niño, tan intolerable.

Presten mucha atención, porque tienen que comprender bien que no digo lo mismo cuando digo es la destrucción del Otro, y cuando digo la histérica va a buscar su deseo en el deseo del Otro.

Cuando digo la histérica va a buscar su deseo en el deseo del Otro, es el deseo que ella atribuye al Otro como tal.

Cuando digo el obsesivo hace pasar su deseo, ante todo, eso quiere decir justamente que él va a buscarlo en un más allá, avistándolo como tal, en su constitución de deseo. Es decir, por lo tanto que, como tal, él destruye al Otro.

Y está allí el secreto de esta contradicción profunda que hay entre el obsesivo y el deseo. Es que visto así, el deseo lleva en sí mismo esta contradicción interna que hace que el "impasse" del deseo del obsesivo. Y que los autores tratan de traducir hablando de estas especies de perpetuo vaivén de alguna forma instantáneos entre introyección y proyección..

Debo decir que es algo extremadamente difícil de representarse, sobre todo cuando se ha indicado suficientemente, como lo hace el autor en algunos sitios, hasta qué punto el mecanismo de introyección y el mecanismo de proyección no tiene ninguna relación, ya se los he articulado más patentemente que ese autor, pero de todas maneras hay que partir de allí, a saber que el mecanismo de proyección es imaginario y que el mecanismo de introyección es un mecanismo simbólico. Eso no tiene absolutamente ninguna relación.

Por el contrario no me parece, ustedes pueden concebirlo, y por otra parte reencontrar en la experiencia, si observan bien a sus obsesivos, que el obsesivo está habitado de deseos que son justamente todos los que ustedes ve, a condición de que metan un poco la mano ahí, que vean hormiguear, en una especie de extraordinario vermes que, en una especie de medio de cultivo, particularmente adecuado, si ustedes dirigen en efecto, no hace falta gran cosa, alcanza con tener los elementos de nuestra transferencia, de los que recién hablaba, si dirigen el cultivo de la neurosis obsesiva hacia el cultivo de la fantasía, verán la citada lombriz proliferar más o menos todo lo que se quiera. Es por eso que eso no dura mucho, el cultivo de la neurosis obsesiva.

Pero en fin, si ustedes procuran ver lo esencial, a saber lo que pasa cuando el obsesivo, de vez en cuando, tomando coraje a medias, se pone a intentar atravesar la barrera de la defensa, es decir, a partir a la búsqueda del objeto de su deseo : primero, no lo encuentra fácilmente, pero hay muchas cosas por lo menos puesto que tiene práctica, hay muchas cosas que pueden servirle de soporte, las cajita, no sería más que eso.

Es totalmente claro que sobre esta ruta le ocurren los más extraordinarios accidentes, a saber algo que intentaremos motivar a niveles diversos por la intervención del superyó y de mil cosas más que por supuesto existen.

Pero mucho más radicalmente que todo eso, el obsesivo, en tanto que su movimiento fundamental está dirigido hacia el deseo como tal, y ante todo a su constitución de deseo, implica en todo movimiento destinado a alcanzar un deseo, lo que llamamos la destrucción del Otro; ahora bien, es la naturaleza del deseo como tal el necesitar este soporte del Otro. No es una vía de acceso al deseo del sujeto; el deseo del Otro, es en el lugar del deseo. Y todo movimiento en el obsesivo hacia el deseo, se choca con algo que es absolutamente tangible, si puedo decirlo así, en el movimiento de su libido.

En la psicología de un obsesivo, cuánto más algo juega el rol de objeto ..... (falta en el original ....) ..... del deseo, más la a ley de acercamiento, si se puede decir, del obsesivo, con relación a este objeto, estará condicionada por algo que se manifiesta literalmente en lo que puede llamarse una verdadera caída de tensión libidinal, en el momento en que él se acerca, y hasta el punto en que en el momento en que alcanza este objeto de su deseo, para él no hay nada más eso. Esto lo observarán, es absolutamente observable.

Trataré de articulárselos, de mostrárselos en ejemplos. El problema para el obsesivo es pues por completo el de dar a este deseo (que para él condiciona esta destrucción del Otro, donde el deseo mismo viene a desaparecer) la única cosa que podría darle esta apariencia(182) de apoyo, a saber este punto correspondiente que la histérica, gracias a sus identificaciones ocupa tan fácilmente, y que en esta ocasión, — porque justamente por el hecho de que no hay Otro, gran Otro aquí, digo en tanto por supuesto que se trata del deseo, yo no digo que el gran Otro no exista para el obsesivo, digo que cuando se trata de su deseo no lo hay, y es por eso que está a la búsqueda de la única cosa que podría mantener en su lugar este deseo en tanto que tal, fuera de este punto de referencia. Es algo que está en frente, que viene a tomar este lugar, y que es la otra fórmula, S/ en relación a "a", identificación de la histérica, lo que toma este lugar, es la función en el obsesivo, de un conjunto, y este conjunto está siempre bajo una forma velada, sin duda, pero es siempre perfectamente equivalente, identificable y reductible al significado falo.

Es en esto que debo terminar hoy. Verán en la continuación lo que esto comporta en cuanto al comportamiento del obsesivo frente a frente con este objeto, y también su comportamiento frente a frente con el pequeño otro.

Ustedes verán, se los mostraré la vez que viene, cómo allí se disuelven un cierto número de verdades de lo más corrientes, a saber por ejemplo que el sujeto no puede verdaderamente centrar su deseo más que oponiéndose a lo que llamaremos una virilidad absoluta, y que por otra parte, para ..... (**ilegible**) ..... que él debe mostrar su deseo, porque es para él la exigencia (¿esencial?), él no puede mostrarlo más que en otra parte que allí donde él está, ... (**ilegible**) .... precisamente mostrarlo en algo donde él debe remontar la hazaña, quiero decir que la ..... (**ilegible**) ..... performance de toda la actividad del obsesivo es algo que encuentra en eso sus razones y sus imperativos.



Clase 24

Del 21 de Mayo de 1958

A través de la exploración que proseguimos, de las estructuras neuróticas, en tanto que ellas están condicionadas por lo que llamamos la formación del inconsciente, hemos llegado a la vez pasada a hablar del obsesivo. Terminamos nuestro discurso sobre el obsesivo diciendo, en suma, que él debe constituirse en alguna parte frente a su deseo evanescente. Hemos comenzado a indicar en la fórmula del deseo como siendo el deseo del Otro porque en el obsesivo este deseo es evanescente. Este deseo es evanescente en razón de una dificultad fundamental en su relación con el Otro, con el gran Otro como tal, este gran Otro, en tanto que es el lugar donde el significante ordena el deseo.

Es esta dimensión que buscamos aquí articular, porque creemos que hace falta introducirse para tener de ello la dimensión, y la dificultad en la teoría, y también la desviaciones la práctica. Queremos en el curso tejer de alguna forma en el interior de este discurso, hacerles sentir— es el sentido del conjunto de la obra de Freud, si la mira después de un recorrido suficiente— que este descubrimiento es el significante que ordena el deseo pero por supuesto en el interior de éste femenino el sujeto busca expresar, manifestar, en un efecto de significante en tanto que tal, lo que pasa por su propio abordaje del significante.

Hasta cierto punto la obra de Freud se presenta en ella misma en este esfuerzo.

Se ha hablado mucho a propósito de la obra de Freud, de un naturalismo: esfuerzo de reducción de la realidad humana a la naturaleza. No es nada de eso. La obra de Freud es una tentativa de pacto entre este ser del hombre y la naturaleza, y un pacto que seguramente es buscado en otra parte que en una relación de innatismo.

Es a partir del hecho de que el hombre está constituido, se constituye en tanto que el sujeto de la palabra (I), en tanto que yo del acto de palabra (II), que el hombre es siempre experimento de la obra de Freud; ¿Y cómo negarlo, puesto que justamente en el análisis, él no experimenta de otro modo?. El se encuentra pues esencialmente frente a la naturaleza, en otra postura, que como portador de la vida. Es el interior de esta experiencia que se hace sujeto de la palabra, que el lazo, que su relación, la naturaleza debe encontrar como articularse. como formularse.

Esta relación con la vida, es ella la que se encuentra simbolizada en esta suerte de señuelo que él arranca en las formas de la vida bajo el significado del falo, y es allí que se encuentra el punto central el punto más sensible, el más significativos de todas estas encrucijadas significantes que exploramos en el curso del análisis del sujeto.

El falo es en alguna forma la cima, el punto de equilibrio, el significante por excelencia de esta relación del hombre con el significado, y seguramente, por este mismo hecho, está en una posición, diremos, donde la inserción del hombre en la dialéctica del deseo sexual está abocado a una problemática absoluta es especial; la primera es que ella debe hallar lugar en alguna de la que ha precedido, que es la dialéctica de la demanda, en tanto que la demanda siempre algo que es más, y más allá de la satisfacción a que a ella llama; de donde, si puede decirse, el carácter ambigüo del lugar donde debe situarse el deseo. Este lugar siempre problemático y está más allá de esta demanda, por supuesto, él está más allá a pesar de que la demanda a punta de la satisfaccción de la necesidad, y está más acá a pesar de que la demanda, por el hecho de estar articulada en términos simbólicos es una demanda que va más allá de todas las satisfacciónes a la que ella hace apelaciones, y en tanto que ella es demanda de amor, en tanto que es demanda dirigida al ser del Otro, a obtener del Otro esta presentificación esencial que hace que el Otro dé algo que está más allá de toda satisfacción posible, que es su ser mismo, que es justamente a lo que se apunta en el amor.

Es en este especial virtual entre el llamado de la satisfacción y la demanda del amor que el deseo debe organizarse y tomar su lugar, y es en eso que nos encontramos para situar el deseo en esta posición siempre doble que hace en la relación a la demanda algo que está a la vez más allá y más acá, según la cara o el aspecto bajo el que encaremos la demanda, a saber, en tanto que demanda en relación a una necesidad, o demanda en tanto estructurada en término del significante, que, como tal, sobrepasa siempre todas las especies de respuesta que está al nivel de la satisfacción, que pide asimismo una suerte de respuesta absoluta, que desde luego va a proyectar su carácter esencial de condición absoluta sobre todo lo que va a organizarse en este intervalo, este intervalo interior en suma a dos planos de la demanda, al plano significado y al plano significante, donde el deseo debe articularse, tomar su lugar.

Es justamente porque debe articularse y tomar su sitio en este lugar, que por el abordaje de éste sujeto a éste deseo el otro deviene el conmutador (III), el Otro en tanto que lugar de la palabra y precisamente en tanto que es él que se dirige a la demanda va a ser también el lugar donde debe ser descubierto el deseo, donde debe ser descubierta la formulación posible del deseo. Es allí que se ejerce en todo momento la contradicción, porque en el interior del Otro en tanto él está poseído por el deseo, por un deseo que, en suma, inauguralmente y fundamentalmente es extraño al sujeto, las dificultades de la formulación de este deseo va a ser aquello a la que el sujeto va a tropezar, y en tanto significativamente tropezará, cuanto que precisamente lo vemos desarrollar la estructura que el descubrimiento analítico ha permitido dibujar.

Lo hemos dicho: ellas son diferentes, éstas estructuradas, según que el acento esté sobre el carácter de insatisfacción esencial de este deseo —es el modo por el cual la histérica aborda ese campo de la necesidad— o según que el acento esté puesto sobre el carácter esencialmente dependiente del Otro, del acceso a éste deseo, y es el modo bajo éste abordaje se propone el obsesivo.

Lo hemos dicho al terminar la vez pasada: aquí pasa algo que es diferente de esta identificación histérica que pertenece esencialmente a lo que la histérica, para encarar este deseo que para ella es un punto enigmático, es algo a lo que nosotros aportamos siempre, una suerte de interpretación forzada, que cárácteriza todos los primeros abordajes que Freud ha hecho del análisis de la histérica.

Freud no ha dicho que el deseo está situado para la histérica en una posición tal que, de decirle: "mirá, esto es lo que deseas", es siempre una interpretación forzada, siempre una interpretación inexacta, siempre una interpretación lateral. No hay un ejemplo de que una histérica, ya sea en la primera observación que Freud ha dado, ya sea más tarde, ya sea en el caso de Dora, o aún, si extendemos el sentido de histeria en caso de la homosexualidad que hemos cometido aquí, que Freud no haya de algún modo errado y tampoco en todas la cosas alcanzadas en ninguna especie de excepción, al rechazo de la paciente de acceder por el sentido del deseo de sus síntomas y de sus actos, cada vez que ha procedido así. En efecto el deseo de la histérica es esencialmente y como tal, no deseo de un objeto, sino deseo de un deseo, esfuerzo por mantenerse frente a ese punto donde ella llama su deseo, el punto donde está el deseo del Otro. Ella se identifica por el contrario, a un objeto.

Dora se identifica como el Sr. K. . La mujer de la que les he hablado, Elizabet Von R. se identifica igualmente a diferentes personajes de su familia o de su entorno. Es desde el punto donde ella se identifica a alguien para quien el determina de que yo o de ideal del yo son igualmente impropios cuando se trata de la histérica, alguien que deviene para ella su otro — yo, precisamente este objeto del cual la elección de la identificación siempre fue expresamente articulada por Freud de un modo conforme a lo que estoy diciéndoles, a saber, que es en tanto que ella o él reconoce a un otro o en una otra los indicios, si puede decirse, de su deseo, a saber, que ella o él están frente a un mismo problema del deseo de ella o que él, que se produce la identificación y todas las formas de contagio, de crisis, de epidemias, de manifestaciones sintomáticas que son cáracterísticas de la histérica.

El obsesivo tiene otras soluciones, por la razón de que el problema del deseo del Otro se le presenta de un modo totalmente diferente. Para articularlo vamos a tratar de hacer allí por las etapas que nos permiten la experiencia concernida al obsesivo.

Diré que de una cierta forma poco importa por qué extremos debemos tomar la vivencia del obsesivo. De lo que se trata de no olvidar la diversidad. Las guías trazadas por el análisis, el camino por el que nuestra experiencia a tientas, hay que decirlo, nos ha incitado a resolver, a encontrar las soluciones del problema del obsesivo, son parciales o parcelarias: ellas libran, por supuesto, para ellas mismas, un materia; las formas en que ese material es utilizado, podemos explicarlos de diferentes maneras por relacióna los resultadosobtenidos.

En principio, podemos también criticarlas asimismo. Esta crítica debe ser de alguna manera convergente. La impresión de tener al deletrear esta experiencia tal vez como ella se ha orientada la práctica es incontestable que la teoría tanto como la práctica tienden a sentarse sobre la utilización de fantasías (IV) del sujeto. Este rol de la fantasía en el caso de la neurosis obsesiva tiene algo de enigmático a pesar de que el término de la fantasía no está nunca definido. Hemos hablado mucho aquí y desde hace mucho de las relaciones imaginarias de las funciones de la imagen como guía, si puede decirse, del instinto como canal, indicaciones sobre el camino de las realizaciones instintuales. Sabemos por otra parte hasta qué punto es reducido, es delgado, es empobrecido en el hombre, este uso, en tanto que se lo puede detectar con certeza, de la función de la imagen, puesto que ella parece reducirse a la imagen narcisista, a la imagen especular; está, yo diría, reducida a una función extremadamente polivalente: no digo naturalizada, puesto que igualmente funciona sobre el plano de la relación agresiva y de la relación erótica.

¿Cómo podemos articular las funciones imaginarias incontestables esenciales, prevalentes, de la que todo el mundo habla, que está en el corazón de la experiencia analítica, las de la fantasía en el punto al que hemos arribado?.

Creo que en este lugar debemos ver que en el esquema aquí presentado nos abre la posibilidad de articular, de situar las funciones de la fantasía. Es sin duda por una suerte de cerco institutivo de esta tipología que les pido que empiecen primero por representarlos. Desde luego no se trata de un espacio irreal, sino que se trata de algo donde puede dibujarseestehomologías

(183) gráfico(184)

Si la relación con la imagen del otro se relacióna en efecto de algún lugar a nivel de la experiencia que está integrada al circuito de la demanda., al primitivo circuito de la demanda —esto en lo que el sujeto se dirige primeramente al Otro para las satisfacciónes de sus necesidades— y así es en algún lugar sobre este circuito que se realiza esta suerte de acomodación transitiva de efecto de presentación que pone al sujeto en una cierta relación con sus semejantes en tanto que tal, si entonces la relación de la imagen se allá ahí al nivel de la experiencia y del tiempo mismo de entrar en el juego de la palabra en el límite del pasaje del estado infans al estado hablante, diremos esto: en este campo donde buscamos las vías de la realización del sujeto por el acceso al deseo del Otro, es el punto homólogo que se encuentra la función de la función de la fantasía.

La fantasía la definiremos, si queremos, con el imaginario que es tomado en un cierto uso de insignificante. Si bien esto es importante y se manifiesta y se observa de manera carácterística, no sólo cuando hablamos de fantasía.—la fantasía sádicos por ejemplo, que juegan un papel tan importante a la economía del obsesivo— no nos basta con calificar esas manifestaciones fantastmáticas por el hecho de que ellas representan algo que es una tendencia calificada de sádica en relación con una cierta obra literaria, que ella misma, no se presenta como una investigación de los instintos sino como un juego del término de imaginario estaría muy legos de bastar para calificar, puesto que es una obra literaria, que son escenas, para decirlo todo, que son cuestiones, lo cual es algo profundamente articulado en el significante, de lo que se trata.

Y a fin de cuentas, cada vez que hablamos de fantasías no debemos desconocer el lado guión, en el costado libreto, que una forma de sus dimensiones esenciales. No es si puede decirse, una suerte de imagen cierta del instinto de destrucción, no es algo en el cual el sujeto, si se puede decir —por más que yo me haga la imagen para explicarles lo que quiero decir— vea de golpe tono rojo de lente de su ..(**ilegible**)... de que se trata. No es localmente algo que el sujeto articula en un guión, sino algo donde el sujeto se pone asimismo en el juego en este guión.

La formula $ con la pequeña barra es decir el sujeto en el punto más articulado de su presentación en relación a "a" minúscula, es algo valedero en toda especie de duplicación propiamente fantasmática de lo que llamaremos en esta ocasión la tentación sádica, en tanto que ella puede estar implicada en el guión o del obsesivo.

Usted notará que hay siempre escenas en las que el sujeto es presentado como tal baja forma diversamente enmascarada en el libreto, bajo la forma de implicaciones en imagenes diversificadas del otro, en las que un otro en tanto que semejante, en tanto que también refleja del sujeto, está allí presentificado.

Diría más: no se insiste lo suficiente sobre el carácter de presencia de un cierto tipo de instrumento. Ya he hecho alusión, luego de Freud, a la importancia de la fantasía que Freud articuló especialmente que parecía jugar con un rol muy particular. Era una de las caras de su artículo de la comunicación precisa que él ha hecho sobre este tema. Es sobre su papel en el psiquismo femenino. Lo he hecho porque lo he abordado bajo este ángulo de su experiencia. Seguramente ésta fantasía está lejos de estar limitada al campo o a los pasos de los que Freud ha hablado en esta ocasión, pero si se mira ahí más de cerca, su campo está por completo legítimamente limitado en tanto esta fantasía juega un rol particular en un cierto giro del desarrollo y en un punto particular del desarrollo de la sexualidad femenina, y muy particularmente en tanto que la intervención de la función del significante falo, que juega un rol particular en el interior de la neurosis obsesiva, y de todas las cosas donde vamos emerger las fantasías llamadas sádicas.

La presencia, la predominancia de éste elemento a fin de cuentas enigmática da su prevalencia en este instrumento del que se puede decir que de ningún modo la función biológica lo explica bien. Se lo podría imaginar o encontrar, en él, no se de que relación con las excitaciones superficiales , las estimulaciones de la piel. Ustedes sienten hasta que punto esta tendría un carácter incompleto, un carácter casi artificial y, más claro que en la función que aparece con tanta frecuencia en el interior de la fantasía de éste elemento. En esta función se agrega una plurivalencia significante que pone todo el peso en la balanza más bien del lado del significado que de cualquier cosa que pudiera remitirse a una reducción del origen biológico, del origen de la necesidad, del origen que sea.

Esta noción de la fantasía pues como de algo que sin ninguna duda participa del origen imaginario pero que no toma su función de fantasía en la economía y en cualquier punto donde se articule más que por su función significante es algo que nos parece — eso no ha sido formulado hasta ahora como tal — que nos parece esencial para hablar de la fantasía. Diré mas, no creo que haya otro medio de hacer concebir lo que se llaman las fantasíasinconscientes.

¿Qué son las fantasías inconscientes sino la latencia de algo que, lo sabemos por todo lo que hemos aprendido de la organización, de la estructura del inconsciente, que es solamente posible en tanto cadena significante? Que haya en el inconsciente cadenas significantes que subsisten como tal que desde allí estructuren, actúen sobre el organismo, influencien lo que aparece por fuera como síntoma, esto es todo el fondo de la experiencia psicoanalítica. Es como más fácil de conseguir la instancia, la inconsciencia inconsciente de los que esto tenga de imaginario, que poner la fantasía misma a nivel de lo que por lo común es lo que se presenta para nosotros al nivel del inconsciente, a saber al nivel del significante.

La fantasía es esencialmente un imaginario tomado en una cierta función del significante.

No puedo articular más lejos, por el momento, este abordaje, en una cierta forma simplemente de proponerles lo más tarde será articulado de manera más precisa, a saber, la situación del punto y S en la relación al "a" minúscula del hecho fantasmático, el hecho fantasmático, para decirlo todo, siendo él mismo una relación articulada y siempre compleja, un argumento. Esto es una carácterística, es algo que puede sobrepasarse en consecuencia, y permanecer latente durante largo tiempo en un cierto punto del inconsciente, que de todas formas está de aquí en más organizada como un sueño, por ejemplo, que no se concibe más que si la función del significante se basa para darle su estructura en su conciencia, y asimismo su insistencia.

Esta fantasía sádica por ejemplo, de la cual es un hecho de experiencia común y del primer abordaje de la investigación analítica de lo sucesivo de nuestra percepción del lugar

que eso tiene en el obsesivo —que eso tiene pero que no tiene forzosamente de una forma patente y manifiesta,— pero en el metabolismo de la transformación obsesiva la tentativa que el sujeto como tal hace hacia una reequilibración de lo que es el sujeto de su búsqueda, equilibrante, a saber esto que es reconocerse en relación a su deseo. Seguramente cuando vemos un obsesivo en bruto, en estado natural, tal como nos llega o es posible que nos llegue a través de la observación publicada, lo que encontramos en alguien que nos habla entre todos de todo tipo de impedimentos, de inhibición, de barrera, de miedo, de dudas, de prohibiciones. También tenemos que dar ahora el más no es en éste momento que él nos hablará de esta vida fantasmática. Sabemos también que en lo obsesivo en lo que, ya sea la intervención terapéutica, ya sean las tentativas automáticas de soluciones, de salidas, de su elaboración de su propia dificultad propiamente obsesiva, que debemos aparecer de una forma más o menos predominante, la investigación de su vida interior, y en su vida psíquica, de ésta fantasía que califica a la ocasión como una simple etiqueta de sádica, a saber de esta fantasía que nos propone ya y si se puede decir, el enigma, en tanto que nos podemos contener de articular como una manifestación de una tendencia, pero con una organización ella misma significante de las relaciones del sujeto del otro como tal.

Ustedes saben, por otra parte, cuanto esta fantasía pueden tomar en algunos sujetos una forma verdaderamente invasora, absorbente, cautivante, que puede engullir, si puede decirse, pedazo, trozo entero de su vida psíquica, y de sus vivencias y de sus ocupaciones mentales. Es precisamente en el rol económico que esta fantasía en tanto que aquí articulada y subsistente, que será tratada en tantas ocasiones intentar darnos una fórmula.

Esta fantasía que tienen por carácterística la de ser fantasía en los que los sujetos permanecen en el estado de fantasía, es que no son realizadas más que una forma totalmente excepcional, y que de toda forma para el sujeto por otra parte es siempre decepcionante sin embargo precisamente nosotros observamos en esta ocasión la mecánica de ésta relación del sujeto con el deseo, a saber, a medida que él puede intentar en la vía que le son repuesta aproximdas, es precisamente en esta medida que llega a la extinción al amortiguamiento y la desesperación de la aproximación y de sus deseos.

El obsesivo es un Tántalo, diría, si Tántalo no fuera una imagen que no es presentada, por la iconografía infernal auténtica que es bastante rica, como una imagen ante todo oral. Pero no es sin embargo para que yo se los presente, y como tal porque veremos que está subyacencia oral es lo que constituye el punto de equilibrio, el nivel, la situación del fantasma obsesivo como tal, es preciso igualmente que exista puesto que a fin de cuentas es tan pleno el que sobre el plano fantasmático es lo encontrado por el terapeuta, por el análisis mismo, en tanto que como lo han visto, como he hecho ya alusión a propósito de la línea terapéutica trazada en la serio de los tres artículos, es una suerte de obsesión fantasmática que cierto terapeuta en una gran parte de la práctica analítica se ha prometido, con los incontestablemente ciertos resultados que faltan criticar, se ha comprometido para encontrar la vía en la que el nuevo modo de equilibración, con un cierto temperamento si puede decirse, es dado al acceso el obsesivo en esta vía de la relación de su deseo.

Observamos sin embargo que tenemos las cosas por este extremo no vemos más que una cara del problema. Del otro lado, es bien preciso que despleguemos este abanico sucesivamente, y que no desconozcamos lo que presenta de la manera más aparente en los síntomas del obsesivo, lo que habitualmente es representado bajo la forma de lo que se llama la exigencia del Super Yo.

Es de la forma en que debemos concebir esta exigencia en el obsesivo, es de la raíz de ésta exigencia el obsesivo que va a tratarse ahora.

Lo que pasa en el obsesivo, creo que podemos indicarlo y leerlo al nivel de éste esquema, de una forma que creo que revela enseguida ser no menos frecuente.

Podría decirse que el obsesivo está siempre pidiendo permiso. Cree que esto lo reencontrará al nivel de lo concreto, al nivel de lo que le dice el obsesivo de sus síntomas. Aún más, esto está inscripto y muy frecuentemente articulado. él está siempre pidiendo permiso, y veremos cual es el paso siguiente, pero el hecho de que si nos fijamos en este esquema, lo que pasa en este nivel es importante. Pedir un permiso, es justamente tener como sujeto una cierta relación con su demanda. Un permiso para obsesivo a fin de cuenta restituir este Otro que es justamente lo que hemos dicho, y para entrar en esta dialéctica que está cuestionada para él, puesto que en tela de juicio, aún, puesto en peligro; es meterse en la más extrema dependencia en relación al otro, es decir al Otro en tanto que habla. Ella algo que nos indica hasta que punto es esencial para el obsesivo mantener este lugar. Diría aún que es justamente ahí que vemos las pertenencias, en Freud, de lo que él llama siempre "Versagung", rehusamiento (V) y permiso por otra parte implica en el fondo, el pacto de algo que es recusado (refusé), si puede decirse, sobre el fondo de promesa, en el lugar de hablar de frustraciones.

No es a nivel de la demanda pura y siempre que se plantea el problema de las relaciones con el Otro en tanto que se trata de un objeto completo. Esto se plantea también cuando hacemos un intento de recurso al "desarrollo", cuando nos imaginamos un niñito más o menos importante frente a su madre, es decir cuando nos imaginamos un objeto, alguno que está a merced de algún Otro.

Pero desde que el sujeto está en esta relación con el otro que hemos definido por palabra, hay más allá de toda respuesta del Otro, y muy precisamente en tanto que la palabra crea más allá de su respuesta, hay un punto en el lugar virtual —sin duda no solamente en virtual, sino en verdad, si no huera análisis no podríamos responder que nadie acceda ahí, salvo en esta suerte de análisis maestro y espontáneo que superamos siempre posible en alguien que relacióna perfectamente el "conócete tú mismo" — (VI).

Pero es cierto para nosotros que tenemos toda la razón para pensar que en este unto nunca ha sido designado hasta ahora de una forma estricta más que en el análisis. Lo que lo designa noción de "Versagung"es, hablando con propiedad, en sí mismo, ésta situación del sujeto a la demanda; y he aquí lo que quiero acentuar es esto (y diré que en este pequeño paso que les pido que hagan sobre el mismo frente de avance que el que les ha pedido a propósito de la fantasía).

De lo que hablábamos cuando hablábamos de estadio de relación fundamental con el objeto; lo que calificamos de oral, de anal, o aún de genital —Qué es? hay aquí una especie de espejismo que se establece por el hecho de que proyectado todo esto en el

desarrollo, aprendemos la noción, pero que no es nunca más una función central, es algo que define en el desarrollo de su relación con el mundo.

Dándole a todo lo que le llega en su entorno una significación especial.—esto no esta tampoco habitualmente articulado de una manera tal elaborada—, precisamente el hecho de que todas esta acciones, por ejemplo del entorno, sufriría, si puede decirse, la refracción a través del objeto típico: oral, anal, genital. Esto es, con mucha frecuencia eludido.

Se habla pura y simplemente del objeto, luego se habla, aparte, del entorno. No se cuida un sólo instante de ver la diferencia que hay entre el sujeto típico de una cierta relación definida por un cierto estadio —de desecho— en el sujeto, y en el entorno concreto con su incidencia múltiple, a saber la pluralidad de este objeto al que el sujeto, cualquiera que sea está siempre sometido, y esto, como quiera que se diga, desde la más tierna infancia.

La pretendida ausencia de lo sujeto, la pretendida ...(eleg.)... del alimento de algo sobre lo que, hasta nuevo orden, debemos tomar con la mayor de las dudas. Debo decirles, de ahora en más si ustedes quieren creerme, tendrán esta noción puramente ilusoria, puesto que se trata mediante el recurso de la observación directa en todos los niños, de saber que no hay nada de eso: que los objetos del mundo son para él tan múltiples como interesantes y estimulantes.

¿De qué se trata pues?

Los descubrimientos que hemos hecho podemos definirlos y articularlos como que son, en efecto un cierto estilo de la demanda del sujeto.

¿Los hemos descubierto dónde, a esta manifestación que nos ha hecho hablar de relaciones sucesivamente orales, anales y aún genitales, con el mundo?. Los hemos descubierto en análisis que era hecho en gente que desde hace mucho tiempo había pasado por los estadios en cuestión, en tanto que son estadios del desarrollo infantil, y decimos que el sujeto regresa a éste estadio.

¿Qué queremos decir cuando decimos que regresamos a estos estadios?

Creo que quiero decir que hay algo que sea lo que sea, que se parece a un retorno a la misma etapa imaginaria, a la medida en que ella son concebibles, aunque —supongamos las admisibles—, que son las de las fantasías. Es algo que nos engaña (VII) y que nos libra la verdadera naturaleza del fenómeno. Cuando hablamos de fijación por ejemplo a cierto estadio en el sujeto neurótico ¿Qué podemos tratar de articular que sea más satisfactorio que lo que nos da habitualmente?. Si efectivamente de lo que se trata lo que es nuestro fin, lo que es en todas las cosas nuestro camino, es en suma lo que vemos en el análisis, a saber, lo que el sujeto articula en el curso de la regresión, y veremos mejor, de inmediato, lo que quiere decir entonces éste término de regresión: articula su demanda actual en el análisis en términos que nos permite reconocer una cierta relación respectivamente oral, anal, genital, con un cierto objeto.

¿No ven ustedes que esto quiere decir en una cierta etapa es en tanto que son pasada a la función insignificante que las relaciones del sujeto ha podido ejercer sobre toda la secuencia de su desarrollo una influencia decisiva?. Es en tanto en un cierto nivel, que es el nivel del inconsciente, que el sujeto articula sus demandas en términos orales, que el sujeto está en una cierta relación aquí a nivel de una articulación significante virtual que es la del inconsciente; es en tanto que es en término de absorción que el sujeto articula su deseo, que podemos hablar a la vez de algo que se presentará en el momento de la exploración, con un valor particular, llama fijación, y aún cierto estudio y que, por otra parte habrá interés en llegar a este estadio, en hacer regresar al sujeto a éste estadio para que algo esencial pueda ser aludido del modo en que se presentan su organización subjetivas, pero es en tanto únicamente que lo que nos interesa no es dar a lo que ha sido un título más o menos justo en un momento dado la insatisfacción del sujeto sobre el plano de una demanda oral, anal, u otra, la insatisfacción donde se detendría el sujeto, que tendremos que dar compensación, gravitación, y aún, retorno simbólico. Es en tanto que en este momento de su demanda que se ha planteado para él de una cierta manera los problemas de sus relaciones con el otro, en tanto que ellos van a ser a continuación totalmente determinantes para la puesta en posición, la puesta en situación de su deseo. Es únicamente en eso que esto no se interesa. en otros términos, todo lo que es de la demanda y lo que ha sido efectivamente vivido por el sujeto es de una vez para siempre y en lo sucesivo revolucionado. La satisfacciónes o las compensaciones que no podemos darle no serán nunca, a fin de cuenta nada más que simbólicas, y darlas pude también ser considerado como un error. Es un error a pesar de que seguramente eso no es totalmente imposible, precisamente gracias a la intervención de la fantasía, de éste algo más o menos sustancial si puede decirse que está soportado por la fantasía. Pero creo que es un error de orientación del análisis porque eso deja a fin de cuenta, en el fin del análisis la cuestión de la relación con el Otro no (¿Esclarecida?).

El obsesivo, decimos, al igual que la histérica, tiene necesidad de un deseo insatisfecho, es decir de un deseo más allá de una demanda. El obsesivo resuelve la cuestión de la evanescencia de su deseo haciendo un deseo prohibido. El lo hace soportar por el otro, y precisamente por la interdicción del Otro. De todas maneras, ésta forma de hacer soportar, sostener su deseo por el Otro, es ambigüa, es ambigüa, porque un deseo prohibido no quiere decir sin embargo un deseo sofocado. La interdicción está allí para sostener el deseo, pero para que se sostenga tiene que presentarse. Esto es lo que hace el obsesivo, y se trata de saber como.

La forma en que lo hace es, como ustedes saben muy compleja. El lo muestra y a la vez no lo muestra. se camufla para decirle todo y es fácil comprender por que. Sus intenciones, si puede decirse, no son puras. Esto, ya nos habíamos percatado de ello, es lo que se ha designado precisamente por agresividad del obsesivo. Fundamentalmente, toda emergencia de su deseo sería para él ocasiones de ésta proyección o de éste temor de retaliación que inhibiría precisamente todas las manifestaciones de su deseo.

Creo que está ahí un primer abordaje de la cuestión, pero que no es todo, y que es de conocer aquello de lo que se trata por completo en el fondo, decir simplemente que el obsesivo se balancea sobre una suerte de columpio que va de la manifestación de un deseo que, de ir demasiado lejos deviene un deseo agresivo, y que desde allí redesciende o rebascula en una desaparición que estará ligada al temor de la retallación Afectiva por parte del Otro, de esta agresividad, a saber, sufrir por su parte una destrucción equivalente

a la del deseo que él manifiesta.

Creo que hay lugar para tomar en una aprehensión global esto de lo que se trata en la ocasión para hacerla, casi hay que pasar por las ilusiones que esta relación con el Otro desarrolla en el interior de nosotros mismo, yo diría, de nosotros analistas, de la teoría analíticamismа.

A fin de cuentas esta noción de la relación con el Otro es siempre solicitada por un deslizamiento que tiende a reducir el deseo al problema de la demanda. Si el deseo es efectivamente lo que he articulado aquí es decir éste algo que se produce en la hiancia que la palabra abre en la demanda y pues, como tal, más allá de tosa demanda concreta, es claro que toda tentativa de reducir el deseo es algo cuya satisfacción se demanda, choca con una contradicción interna. Diría que, gasta un cierto punto, el interno de oblatividad, a saber el reconocimiento del deseo del Otro como tal, de esto en lo que los analistas en su comunidad actualmente, colocan casi con la cima y el insumo de una realización feliz del sujeto de lo que ellos llaman la naturaleza genital y de lo que yo les daba un ejemplo anteriormente, en un pasaje del autor que puse en cuestión, a saber esta obtención profunda de satisfacción en la satisfacción dada la demanda del Otro; por decirlo todo, de lo que se llama comúnmente altruismo, es justamente éste algo que deja escapar lo que efectivamente hay que resolver en el problema del deseo.

Por decirlo todo, creo que el término de oblatividad, tal como nos es en esta perspectiva moralizante —puede decírselo sin forzar los términos— es una fantasía obsesiva. Es totalmente cierto que en el análisis, tal vez como las cosas se presentan, los temperamentos — hablo de los que la práctica teoriza por razones que son muy fáciles de comprender— los temperamentos histéricos son mucho más raros que las naturalezas obsesivas. Una parte del adoctrinamiento del análisis está hecho según la línea, según los encaminamientos de las vocaciones obsesivas: la ilusión, la fantasía misma, que está en la perspectiva del obsesivo ese, a fin de cuenta que el Otro como tal consienta con su deseo.

Esto comporta así dificultades extremas, apuesto que es necesario que él sea consistente, pero en una manera totalmente diferente a una respuesta a una satisfacción cualquiera, de una respuesta a la demanda. Pero es totalmente aludido. El problema es darnos una respuesta en cortocircuito. Eso es más deseable que pensar que a fin de cuenta basta con ponerse de acuerdo, y que para encontrar la felicidad en la vida alcanza con no influir en los otros las frustraciones de las que ha sido objeto uno mismo.

Una parte de la vertiente desafortunada y perfectamente confusionales del análisis encuentra la demanda a partir de un cierto momento del sujeto exhibido por la perspectiva de las buenas intenciones, que son las que se establecen rápidamente a partir de un cierto número de presupuestos de la feliz terminación de él tratamiento analítico, pero librándose a algo que es una de las pendientes más comunes del obsesivo, a saber esto que se explica más o menos así: "no hagas a los otros lo que no quieras que te hagan a ti mismo". Este imperativo seguramente categórico es comúnmente esencial y estructuralmente en lo moral pero no es siempre de un empleo práctico de la existencia. Esta con seguridad completamente al margen cuando se trata de una relación como la conjunción sexual.

El orden de la relación con el Otro que consiste en ponerse en su lugar es algo que con seguridad es un deslizamiento tentador, tanto más tentador cuanto que el analista, estando justamente cara a cara con este otro que el pequeño otro sus semejantes, en una relación agresiva, está muy naturalmente tentado de, en esta posición, apañarlo, si se puede decir apañar al otro, es lo que se está en el fondo de toda una serie de ceremoniales, precauciones, vuelta, brevemente, de todos los mensajes del obsesivo.

Si es para llegar a adoctrinar, a hacer una especie de generalización de eso que se manifiesta, sin duda no sin razón, de una forma mucho más complicada en sus síntomas, de hacer una especie de extrapolación moralizada y de proponerla como fin y resultados de sus problemas. Aquello que llamamos la salida oblativa, es decir la sumisión de la demanda del otro yo creo que no valdrá dar esta vuelta, para decirlo, esto no es verdaderamente más que sustituir, como lo muestra la experiencia, un síntoma, y un síntoma muy grave, porque no le hace falta, desde luego, engendrar aquello que va a producir, a saber, el resurgimiento, bajo otras formas más o menos problemáticas, del deseo de la cuestión del deseo, que no ha sido nunca y que no se podrá hacerlo porque estas vías, resultan de maneras iguales.

Es completamente claro que en esta perspectiva podemos decir que las vías que él encuentra y en las cuales busca la solución del problema, de deseo son las de otro modo adecuadas, si bien no están adaptadas, porque el problema de leer allí por lo menos en forma clara. Por ejemplo, hay muchos modos de solución, hay modo de solución precisamente, al nivel de una relación afectiva con el otro. La forma en que el obsesivo se comporta con sus semejantes cuando es aún capaz, cuando no está sumergido por sus síntomas, y es raro que lo está completamente, y es algo que en sí mismo es suficientemente indicativo y que da sin duda una vía en impasse, pero queda aún así una indicación que no es tan mala para la dirección.

Por ejemplo les he hablado de las manifestaciones, de las hazañas de los obsesivos —¿Qué es esta hazaña?.

Para que haya azada hace falta al menos tres s, porque hace su hazaña solo: hace falta dos al menos para que haya algo que lo refleje, para que haya perfectamente ganado, "sprint" luego, hace falta también alguien que registre y que sea testigo es bien claro que lo que busca obtener el obsesivo es la hazaña es muy precisamente esto; busca obtener eso que nosotros llamamos recién el permiso del otro, en nombre de algo que es muy polivalente.

Se puede decir en nombre de esto, que él merece lo que busca obtener, la satisfacción no es algo que se ubique del todo sobre el terreno donde él la ha merecido. Observen la estructura de nuestros obsesivos aquellos que llamamos afecto de supera —yo— ¿Qué quiere decir?

Eso quiere decir que él se inflige toda suerte de tareas particularmente duras, particularmente penoso; que aquello que la supera por otra parte, que la superen tanto más fácilmente porque es justamente lo que ellos desean hacer... pero allí ellos triunfan muy brillantemente y en nombre de eso tendría todo el derecho a unas pequeñas vacaciones durante la cuales se haría lo que se quisiera de dónde la dialéctica bien conocida del trabajo es posibilitante: se lleva a cabo para liberar el tiempo a todo trapo que

será él el de las vacaciones, y el paso de las vacaciones se revelará habitualmente como tiempo más o menos perdido. ¿Por qué? Porque, por supuesto, de lo que se trata de obtener el permiso del Otro, y como el Otro —hablo del otro que existe de hecho— no tiene absolutamente nada que hacer como toda esta dialéctica, por la simple razón de que el otro real está demasiado ocupado con su propio Otro, si no tiene ninguna razón para cumplir esta misión de dar el logro del obsesivo su coronita, saber este algo que sería justamente la realización de su deseo, en tanto que este deseo no tiene nada que ver con el terreno sobre el cual el ha demostrado toda su capacidad.

Esto es una frase por cierto muy sensible y que bien vale la pena exponer bajo sus aspectos humorísticos. Pero no se limita a eso, es justamente el interés de estos conceptos, como el gran Otro y el pequeño otro, y ser explicable, estructurar relaciones vividas en mucho más de una dirección. Se puede decir, también desde cierto ángulo, que en el resto, el sujeto domina, y eso ha sido dicho por otro además de mi, se apropia hasta domestica eso que llamamos una antigua fundamental, y en eso aún yo creo que se desconoce una dimensión del fenómeno, a saber que lo esencial no está en esta prueba, en éste riesgo corrido que es simple, en el obsesivo el riesgo corrido dentro de límites muy estrictos, quiero decir en el hecho de que una sabia economía distingue estructuralmente todo lo que el obsesivo arriesga en su prueba de cualquier cosa que se parezca a lo que se llama el riesgo de la muerte en la dialéctica Hegeliana.

Hay algo en la hazaña del obsesivo que permanece siempre remediable ficticio, por la razón de que la muerte, quiere decir, el verdadero peligro, está totalmente en otro lugar que en el adversario que él aparenta desafiar efectivamente. Está justamente del lado de este testigo invisible, de éste Otro que está allí como el telespectador, el que cuenta los golpes, el que va a decir al otro "decididamente —como se expresa en alguna parte en el delirio de Schreber— en un tipo corajudo"!.

Pero se reencontraba esta suerte de exclamación, de forma de acusar el golpe como implícita, como latente, como deseada, en toda esta dialéctica de la hazaña. El obsesivo pone aquí una cierta relación a la existencia del otro, como siendo su semejante, como siendo ese en cuyo lugar puede ponerse él, y justamente es porque puede ponerse en su lugar que no hay en realidad ninguna especie de riesgo esencial en lo que él demuestra en su efecto de prestación, de juego deportivo, de riesgo más o menos tomados: este otro con el cual él juega, esto no es nunca a fin de cuenta más que el otro que es él mismo, más que otro que, de aquí en más, le deja de otra manera y desde cualquier ángulo que tome las cosas, los laureles.

Pero el Otro frente al que pasa todo eso es el que es importante; es aquél también que hay que preservar a todo precio, es el punto, el lugar donde se registra si se puede decir, el récord, es ahí donde se inscribe, si se puede decir su historia, éste punto que debe ser mantenido a cualquier precio y que le hace tan adherente a todo lo que es de orden verbal, a todo lo que es del orden del cómputo, y de la recapacitación, de la inscripción y de la falsificación también, y que hace que lo que el obsesivo quiera ante todo mantener, sin que lo parezca, teniendo aire a apuntar a otra cosa, es este Otro (con. O mayúscula) en el que las cosas se articulan en término de significante.

He aquí pues un primer aspecto bajo el que podemos comenzar a abordar este voto; puesto que más allá de toda demanda y de lo que el deseo, se trata de ver que apunta, en su conjunto, la conducta del obsesivo. Es cierto que en este mantenimiento del Otro es para él el objetivo especial, porque es el objetivo primero, el obsesivo preliminar en el interior del cual solamente puede ser hecha esta validación tan difícil de su deseo, ¿qué puede ser, y que será, esta validación?. Es lo que habremos de articular enseguida. Pero primero es necesario que los cuatro vértices si se puede decir, si su conducta, están fijadas de modo tal que los árboles, si se puede decir, no nos esconden el bosque, y que para sorprender tal o cual de estos pequeños mecanismos no están de algún modo detenidos, fascinados por este mecanismo, que les da un aire — porque él tiene cierto estilo— encontrado ahí esta satisfecho.-

Evidentemente hay que detenerse siempre en un detalle cualquiera de un organismo, es una satisfacción que no es totalmente ilegítima, puesto que un detalle refleja, un efecto, siempre, al menos en el demonio de los fenómenos naturales, algo de la totalidad: pero en una materia que es una organización tan poco natural como las relaciones del sujeto con el significante, no podemos confiarnos por entero en la reconstrucción de todas las organizaciones obsesivas, a partir de tal mecanismo de defensa, porque desde luego, todo eso usted puede meterse a explicárselo a través del catálogo de los mecanismos de defensa.

Yo intento hacer otra cosa; trato de hacerles encontrar los cuatro puntos cardinales entorno a los cuales se orientan y se polariza cada vez una de las defensas del sujeto.

He aquí ya dos, por que, es a saber este extremo que hemos abordado primero, el rol de la fantasía. Vamos ahora a propósito de la hazaña que está presente del otro como tal es algo totalmente fundamental. Hay otro punto sobre él que querría al menos adelantarles un capítulo. Escuchando hablar del récord del obsesivo, usted ha pensado din duda en todas las formas de comportamiento de nuestro obsesivo. Hay una hazaña que no merece quizás por completo ser prendida bajo el mismo título: es lo que se llama en el análisis el "acting out". Allí me he librado y espero que ustedes también se libren con mi ejemplo, no más que para confirmar que adelanto, en algunas investigaciones en la que librará es muy sorprendente, a tal punto que no se sale de ella. Una persona ha hecho el mejor artículo sobre este tema a saber .... bajo el título; General Problem of Acting Ou". Es un artículo totalmente notable que muestra que hasta el presente nada valioso ha sido articulado.

Creo que hace falta limitar estos problemas. Creo que es completamente imposible delimitarlos si uno no se atiende a la noción general de que es un síntoma, de que es un compromiso que tiene un doble sentido, que es un acto de repetición, porque es ahogarse en todas las composiciones de repetición en sus formas más generales. Creo que si eso tiene un sentido, es algo que surge en el curso de una tentativa de solución de éste problema de la demanda y el deseo, y es por lo que esta clase de acto que se llama el acting-out se produce de una manera más electiva durante el análisis, porque, de todos modos cualquier cosa que se haga efectiva en el análisis son en verdad tentativas de solución de este problema de la relación del deseo y de la demanda. E "acting-out" se produce ciertamente en el camino, en el campo de esta realización en el análisis del deseo inconsciente. Es extremadamente introductivo, porque si buscamos de cerca lo que carácteriza los hechos del acting-out, encontraremos allí toda clase de componentes

absolutamente necesarios que harán por ejemplo que eso sea lo que los distingue absolutamente de lo que se llama un acto falido, a saber, de lo que llamo aquí de manera más propia un acto logrado, quiero decir un síntoma, por más que él deje aparecer claramente una (falta en el original).

El acting-out es algo que comporta siempre un elemento altamente significante, y justamente en esto en que es enigmático. No llamaremos nunca acting-out más que un acto que se presenta con este carácter muy estrictamente inmotivado. Esto no quiere decir totalmente que no tenga causa, sino que es justamente muy inmotivable psicológicamente. Porque es un acto siempre significado, El Rol por otra parte de un objeto en el acting-out, es un objeto en el sentido material del término, es decir aquel sobre el cual será llamado a retomar la próxima vez para mostrarles justamente que función limitada se trata de acordar en toda esta dialéctica al rol del objeto. Existe siempre en el acting-out por otra parte la función de la relación, casi la equivalencia que hay entre la fantasía y el acting-out quiero decir que el acting-out a la de un argumento. Es a su manera algo que está al mismo nivel que la fantasía, hay una cosa que lo distingue de la fantasía y que lo distingue también de la hazaña: es que si la hazaña es... (falta el final en el original-)



Del 4 de Junio de 1958

(185) gráfico(186)

Freud en el análisis de Psicología de las masas y análisis del yo consagra un capítulo a la identificación.

En los seminarios que nos quedan este año vamos a avanzar en este campo de la tópica abierto por Freud, luego de la primera guerra, hacia los años 1920. Hemos recorrido este año tratando de dar una dimensión de las formaciones del inconsciente y lo que ello representa nos permitirá sobre la cuestión no extraviarnos en los otros sentidos que ya son costumbre.

Tendremos que indicar lo que quiere decir esta tópica porque ella ha llegado al primer plano de la función del yo (moi) en sentido muy diferente del uso del que se hizo después.

Retengo de ese capítulo, es necesario leerlo, el valor de una mediación, una articulación, incluso de una interpretación de lo que es la estructura del inconsciente en tanto que profundamente articulada como una palabra, como un lenguaje y por otra parte lo que se despeja como tópica.

Freud distingue tres tipos de identificación, articulado y resumido en un párrafo.

"El primer tipo de identificación es la forma más original del lazo de sentimiento a un objeto". La segunda, sobre la que se extiende en este capítulo, es la base de su reflexión sobre la identificación ligada en profundidad a la tópica. Los diferentes órganos de la tópica surgen del esquema famoso en forma de huevo que tendría un ojo del que intuirán las relaciones del Ello, del Yo y del Superyó, un ojo y una pipeta que penetra en la sustancia que representa al Superyó. El inconveniente es que es un esquema cómodo porque las cuestiones topológicas no se pueden representar en esquemas espaciales. Mi tópica no escapa a esa dificultad tratando de reducir a un mínimo el inconveniente, porque la tópica de un esquema espacial —mi pequeña red, por ejemplo— hace posible que lo tomen, lo abollen y se lo metan en el bolsillo. En principio las relaciones quedan siempre iguales porque lo son de orden, de lugar. Esto es difícil con el esquema del huevo porque está enteramente inmerso en una proyección espacial.

Freud quiere designar el Ello estando en alguna parte como un órgano que soporta una suerte de protuberancia representada por el Yo, como un ojo. En el texto no hace ninguna alusión a algo que se represente con un carácter substancial que permita representarlo como una diferenciación organizada. El desarrollo de los órganos del cuerpo es otra cosa. La identificación es otra cuestión, sobre esas identificaciones están soportadas diferenciaciones de otra especie.

Hay gente que imagina que cuando hace anatomía quitan un trozo de Superyó y además lo escriben.

Articula Freud: "La segunda forma de identificación se produce sobre la vía de una regresión, como reemplazo de una ligadura a un objeto, ligadura libidinal que equivale a una introyección del objeto en el yo".

Esta forma es la que Freud a lo largo de Psicología de las masas y análisis del yo, pero también en............le plantea el máximo de problemas por su relación ambigüa con el objeto. Allí se reúnen todos los problemas del análisis y en particular el complejo invertido de Edipo.

¿Porqué en algunos casos de este tipo el objeto de atadura libidinal se torna objeto de identificación?

En algunos casos es más importante sostener el problema que resolverlo de cualquier modo. No hay obligación de dar una solución a lo que nos representa esta pregunta.

Puede ser la pregunta central, más acá de la cual estamos condenados a permanecer haciendo pivote allí. Hace falta que lo haya en alguna parte porque donde nos metamos para considerar que todas las preguntas están resueltas quedará siempre ésta: ¿porqué nosotros estamos allí? y ¿cómo hemos llegado al punto donde está todo claro?

Está claro que debe haber un punto que nos sumerja en la pregunta. No se trata de ese punto pero Freud gira a su alrededor sin pretender en ninguna parte haberlo resuelto.

Por el contrario es importante ver cómo las coordenadas de ese punto O varían. Allí está lo esencial, esa relación entre el amor por un objeto y la identificación que nos brinda la experiencia.

Aquí Freud introduce con claridad la distinción y la oposición, a la que aludí al final de uno de mis últimos seminarios, al problema de la relación al falo, a la oposición del ser y del tener. Así articula la diferencia que hay entre la atadura erótica libidinal al objeto amado y la identificación al mismo.

Freud nos dice que la experiencia le indica que esta identificación es siempre de naturaleza regresiva. Las coordenadas de esta transformación lo muestran.

Articulo así lo que la regresión testimonia: es la elección de los significantes lo que nos da una indicación clara. Regresar al estadio anal y oral, con sus matices, es lo que vemos oponer en el presente del discurso del sujeto: significantes regresivos.

No hay regresión en análisis aunque el sujeto se ponga a gemir en el diván como un lactante, lo que no es muy frecuente. Esa suerte de mohín se produce por parte del paciente y por lo general no es de buen augurio y no se lo llama en forma habitual regresión.

De las dos formas de identificación vamos a tratar de aplicarlas en nuestro esquema para ver qué quieren decir.

Nos ubicamos aquí, al nivel de la necesidad del sujeto, el término es empleado por Freud. En relación al advenimiento de la identificación y sus relaciones con la investidura de objeto nos dice: '`Más tarde se debe admitir que la investidura de objeto...".

Los capítulos traducidos por .... vuelve ininteligibles haciéndole decir a veces lo contrario al texto. Investidura de objeto está traducido por "concentración sobre el objeto" lo que aporta una increíble obscuridad.

"......que la investidura del objeto proviene del Ello que percibe las incitaciones eróticas como necesidad".

El Ello es algo que se propone como muy ambigüo, percibe las incitaciones, presiones y tensiones eróticas como necesidad. Aún en la perspectiva de la necesidad esas líneas nos dan los dos horizontes de la demanda, en tanto que articulada a la satisfacción de una necesidad que debe pasar por los desfiladeros que el lenguaje torna obligatorios y pasando al plano del significante (en su existencia y no en su articulación), al que se dirige la demanda, al plano del Otro, en términos de amor incondicional por estar ligada a lo que es él mismo simbolizado como presencia sobre un fondo de ausencia, es decir, que puede ser vuelto presente en tanto que ausencia: ese otro horizonte.

Antes de ser amado eróticamente el objeto, donde el Eros del objeto amado puede ser percibido como necesidad, la institución, la posición de la demanda crea el horizonte de la demanda de amor.

Estas líneas están separadas por una razón de necesariedad topológica lo que no obsta

para ser una misma línea, lo que articula el niño en la madre.

La ambigüedad, la simultaneidad del desarrollo de lo que sucede sobre esas líneas, en tanto que lo que es la necesidad del sujeto se articula como significante, esta superposición siempre se nos ofrece en estado permanente. Ustedes van a ver una aplicación inmediata: esta ambigüedad se sostiene en la obra de Freud en la noción de transferencia, entiendo en la acción de la transferencia en el análisis con la de la sugestión, él nos dice que aquella es en definitiva una sugestión que la usamos como tal, pero agrega, con la restricción de que hacemos de ella muy otra cosa, porque esta sugestión la interpretamos.

¿Qué quiere decir que podemos interpretar la sugestión? En el plano de fondo está la sugestión como transferencia en potencia. Eso existe y en seguida voy a darles un ejemplo. Esta es ya análisis de la sugestión. Es ella misma la posibilidad de este análisis de la sugestión. Es articulación segunda de lo que en la sugestión se impone puro y simple al sujeto. La línea de horizonte en que la sugestión se basa está al nivel de la demanda del sujeto al analista sólo por estar allí.

¿Cuáles son y cómo podemos situar esas demandas? El punto de partida varia en extremo. Hay gente para la que la demanda de cura está allí todo el tiempo presente. Otros más advertidos saben que será diferida al día siguiente. Y otros están allí por otra cosa, están para ver. Y algunos para devenir analistas. Es importante el lugar de la demanda porque el analista instituido al no responder, allí responde y es constitutivo de todos los efectos de sugestión pero no podemos decir que la transferencia se sitúa gracias a que opera la sugestión.

Es la idea que uno tiene habitualmente y hasta Freud en cierto momento escribe que si conviene dejar establecerse la transferencia, ¿es legitimo usar de su poder? Del poder de sugestión que da la transferencia concebida como la toma y el poder del analista sobre el sujeto, como lazo afectivo del sujeto que lo hace depender de él legitimado en su ejercicio para que una interpretación pase.

¿Por qué, en este nivel enunciado con claridad, nosotros usamos la sugestión? Porque el paciente ha llegado a amarnos es que las interpretaciones son engurgitadas. Freud no intenta limitarse al plano de la sugestión. Pero cuando decimos que vamos a analizar la transferencia se presenta una bifurcación que hace desvanecer la transferencia, —subrayo los términos que no son míos sino aquellos que están en toda discusión sobre el tema de la transferencia en tanto toma afectiva por el sujeto—, ahora si nos distinguimos de los que toman apoyo en el poder sobre su paciente para hacer pasar la interpretación, lo hacemos para analizar el efecto de su poder reenviando la pregunta al infinito.

Es a partir de la transferencia que analizaremos lo que acaba de acontecer en el hecho que el sujeto ha aceptado la interpretación. No hay ninguna razón para salir de la vía del circulo infernal de la sugestión. Por otra parte suponemos que es posible otra cosa. La transferencia no es el uso de un poder, es ya un campo abierto: la posibilidad de una articulación significante distinta de la que encierra al sujeto en la demanda.

Es legitimo, cualquiera sea el contenido, poner en el horizonte la línea de la transferencia y no la de la sugestión, como algo articulado, en potencia, más allá de lo que se articula, sobre el plano de la demanda.

Lo que está en ese horizonte es lo que produce la demanda o sea la simbolización del otro, a saber la demanda incondicional de amor donde posteriormente viene a alojarse el objeto en tanto que erótico. Allí este es alcanzado por el sujeto y la identificación que acontece en este alcance del objeto como amado, la identificación que lo reemplaza es una regresión. Se trata de la ambigüedad de las líneas de la transferencia y la sugestión, lo he articulado desde hace mucho tiempo, desde el comienzo, y Freud también allí. Y es sobre la línea de la sugestión que se produce la identificación en su forma primaria a las insignias que hace que el otro en tanto sujeto de la demanda, aquel que puede o no satisfacerla, marca en todo momento esta satisfacción por lo que está en primer plano, su lenguaje, su palabra, las relaciones habladas del niño con la madre, —de eso he subrayado la importancia, son esenciales— que hacen que todos los otros signos, toda la pantomima de la madre se articule en términos significantes cristalizados en el carácter convencional de esas mímicas llamadas emocionales por las que la madre se comunica con el niño y que dan a toda la especie de expresión de las emociones en el hombre su carácter convencional, que hace que su pretendida espontaneidad se revele al examen, sin forzarse en ser freudiano, como problemática y archifluctuante. Lo que en cierta área de articulación significante de las emociones puede en otra área, es una referencia, ser de muy otro valor desde el punto de vista de la expresión de las emociones.

La identificación, si es regresiva, es porque la ambigüedad permanece entre las líneas de la transferencia y la sugestión.

No nos sorprenderemos si en la continuación en el desarrollo del análisis vemos escandirse a las regresiones por una serie de identificaciones que les son correlativas y que les marcan el tiempo, el ritmo. Pero son diferentes pues no puede haber a la vez regresión e identificación, unas son detenciones de las otras. Pero si hay transferencia es para que esto sea mantenido sobre otro plano que el de la sugestión, no como algo que no responde a la satisfacción de la demanda sino como articulación significante, allí radica su distinción.

¿Cuál es la operación que permite mantener esta distinción? Es la abstinencia y consiste en no gratificar jamás la demanda. Pero aunque sea esencial no es suficiente. Salta a la vista que está en la naturaleza de las cosas que estas líneas permanezcan diferenciadas. Porque para el sujeto son distintas es que entre ellas no hay —a Dios gracias— un campo estrecho, jamás abolido, que es el campo del deseo.

Todo lo que se nos demanda de nuestra presencia como otro es no favorecer esta confusión, puesto que alcanza con que nos mantengamos como otro, sobre todo de la manera como ingresamos allí, con ese carácter permisivo del análisis, sólo sobre el plano verbal. ¿Porqué es suficiente con la permisividad en el plano verbal? No porque el paciente se satisfaga con eso puesto que sin embargo se satisface con eso, pero él permanece insatisfecho con los elementos de lo real. Alcanza con su satisfacción en el plano de la demanda para que la confusión se establezca irremediablemente entre los dos planos: el que llamo la línea de la transferencia y la línea de la sugestión.

Somos, por nuestra presencia, en tanto escuchamos al paciente, lo que tiende a hacer confundir las líneas de la transferencia y la demanda, eso quiere decir que estamos en el principio nocivo.

La regresión es nuestra vía descendente, que en relación al objetivo de nuestra acción no designa el fin sino el contorneo que es necesario que sostengamos sin cesar ante el espíritu. Gracias a Dios hay algo que impide que esta confusión irremediable se establezca aún, que haya una técnica del análisis que no tenga más objetivo que el de establecer esta confusión por ello culmina en la neurosis de transferencia. Vemos escrito en la Revue Française de Psychoanalyse que para resolver la cuestión de la transferencia sólo se puede hacer una cosa: hacer sentar al enfermo, mostrarle cosas amables, que afuera está lindo y decirle que franquee la puerta con paso lento sin levantar polvareda (rever les mouches); y esto por un gran técnico.

Por suerte hay entre las líneas que se oponen en esta confusión el deseo, cuya evidencia hasta los hipnotizadores, sin más, los que están interesados en la hipnosis, lo conocen bien en tanto que ninguna sugestión por más lograda se adueña por completo del sujeto.

¿Qué resiste? No tal o cual deseo del sujeto, es la evidencia, sino esencialmente esto: el deseo de tener su deseo, que sea aún más evidente no es razón para no decirlo, son las formas para el sujeto del sostén necesario del deseo. Gracias a lo cual queda lo que es de la naturaleza humana del sujeto como tal, un sujeto dividido. Si deja de serlo está loco, queda dividido porque hay allí un deseo cuyo campo no debe ser tan cómodo de sostener, porque una neurosis es construida como tal, histérica, obsesiva, para sostener algo articulado que es el deseo.

La neurosis no es ni una fuerza ni una debilidad grande o pequeña ni la fijación entendida en ese sentido intuitivo de imaginarla como un punto donde el sujeto ha puesto el pie en un tarro de pegamento. La fijación se asemeja más a piquetes destinados a sostener algo que de otro modo se soltaria (se sauverait).

Es muy variable lo que se llama el elemento cuantitativo, la fuerza del deseo en la neurosis, que es de lo más convincente para asegurar la autonomía de la modificación estructural en la neurosis, lo que salta a la vista en neurosis que tienen la misma forma es que hay gente muy diversamente dotada, a lo que uno de nuestros autores concerniendo a la neurosis obsesiva llama "la sexualidad exuberante y precoz" de uno de sus pacientes. Debo decir que esta sexualidad del paciente del cual se dice en alguna parte que "se masturbaba pellizcándose en forma ligera la periferia del prepucio, en la época en que se estaba persuadido de que se producían lesiones irreparables, él no osaba lavarse las..... porque temía lastimarse y perder de algún modo los consejos de su médico debió consultar un médico ante los fracasos repetidos en sus tentativas de coito".

Sabemos que esos son síntomas, el sujeto se revelará al medio, al menos donde el autor conduce su análisis, muy capaz de satisfacer a su mujer y cumplir sus deberes de marido. No hablaremos de inmediato de una sexualidad exuberante, aquella que por cierta fuerza que suponemos soportando a los síntomas se deja languidecer enseguida, engañosa en el punto donde podemos describir de un modo parecido a un sujeto de edad avanzada. Lo que no significa que por otra parte otra neurosis obsesiva les mostrará un cuadro diferente, por ejemplo una sexualidad que podemos calificar de exuberante, incluso precoz.

Es justamente esta diferencia, semejante en los casos clínicos, que por otra parte no nos impide reconocer siempre que en todos los casos clínicos se trata de una única neurosis obsesiva y que lo es por algo que se sitúa por fuera de ese elemento cuantitativo del deseo. Si interviene lo hace en tanto que tendrá que pasar por lo que yo llamo los desfiladeros de la estructura. Pero lo que carácteriza a la neurosis en la ocasión, es la estructura, ese algo que en el caso del obsesivo hace que su deseo sea débil, en plena pubertad o en su madurez, y que desee comprender aquello que no entendió en su existencia hasta el momento de la declinación de su deseo. En todos los casos se presentará no en forma absoluta como debilidad o fuerza del deseo, por el contrario débil o fuerte el obsesivo durante su existencia se ha ocupado de poner su deseo en posición fuerte, de constituir una plaza fuerte del deseo, y esto sobre el plano de las relaciones esencialmente significantes. En esta fortaleza puede habitar un deseo débil o uno fuerte.

La cuestión no está allí. En todos los casos las fortalezas tienen doble filo, las que están construidas sobre el exterior son más aburridas para aquellos que están adentro: allí está el problema.

La primer forma de identificación se nos define por el primer lazo al objeto en el nivel —para esquematizar— de la identificación a la madre.

La otra forma es la identificación al objeto amado en tanto regresiva y que deberla producirse en un punto externo, un punto del horizonte que no es fácil de alcanzar porque siendo incondicional, sumido a la sola condición de la existencia del significante puesto que por fuera de ella no existe ninguna apertura posible a la dimensión del amor como tal. Esta es por completo demandante siendo la única condición la existencia del significante, pero en el interior de esta existencia ninguna articulación particular y sólo a partir de esta hay la existencia de la articulación y es por eso que no es fácil de formular, porque nada sabría completarla, colmarla, ni siquiera la totalidad de mi discurso, en toda mi existencia, porque es el horizonte de mis discursos.

La cuestión es saber qué significa ese......en ese nivel. Dicho de otra manera, ¿de qué sujeto se trata?

No hay porqué asombrarse de que esto no constituya jamás sino un horizonte, a saber, el problema es lo que va a construirse, a articularse, en esta dirección, en este intervalo. Esta dirección en la que lo que se articula, se articula en suma para el neurótico, es la buena, ¿para el neurótico que vive qué? Que vive la paradoja del deseo, igual que todo el mundo, porque no hay humano insertado en su condición que escape a ello. La única diferencia entre la relación normal de deseo y la neurótica no es simplemente esa paradoja del deseo, que es fundamental, sino que el neurótico está abierto a la existencia de la misma, lo que no le simplifica la existencia pero tampoco lo ubica en una posición tan mala, desde cierto punto de vista, hasta el punto que podemos allí articular decididamente el punto de vista del filósofo. Su punto de vista tampoco es más claro. Se lo puede cuestionar igual que al neurótico más no sabemos si tiene la ocasión de hacerlo.

Más allá de su validez lo cierto es que está en la naturaleza de las cosas que esto sea así

y que sin embargo hay una vía que lo emparenta con lo que el filósofo articula o lo que deberla articular que es el problema del deseo, ustedes lo ven correctamente articulado en la vía del filósofo. Una de las mayores carácterísticas de la filosofía es que eso esté tan cuidadosamente evitado.

Tendría que abrir otro paréntesis para la filosofía de la acción que nos llevarla a conclusiones similares pues en la acción de la que se habla por todos lados se ve, no se qué suerte de intrusión de la espontaneidad, de la originalidad del hombre en tanto llega para transformar los alcances del problema y transformar el mundo, como es habitual decir. Es singular que jamás se valore lo que sin embargo es la verdad de nuestra experiencia, a saber, ese carácter tan profundamente emparentado con la paradoja del deseo a la acción, sus rasgos y sus relieves, que empecé a introducir la última vez cuando aludí al carácter de explosión, de rendimiento, de demostración, de acción, incluso de solución desesperada.

Esos términos no son míos, el término "veswerfoll" (?) está empleado por Freud para designar la acción en extremo paradoja! y generalizada, la acción humana. Esta se ubica donde se pretende designarla de acuerdo a la historia, como el pasaje del Rubicon.

Mi amigo Coges(187) habla de ello refiriendo allí el punto de concurso, porvenir de esas almas, aunque la última vez que crucé al otro lado lo he visto seco como siempre, era inmenso y en esa época estaba seco. No era la misma estación en que Cesar lo franqueó y tampoco el hecho de que él haya pasado el Rubicon con su genio, en ese hecho siempre hay algo que comporta que uno se tire al agua, porque es un río.

La acción humana no es algo tan armonioso como eso, y para nosotros analistas es algo muy sorprendente que nadie en el análisis se haya propuesto tratar de articular lo que concierne a la acción, justo en esta perspectiva paradoja! donde la vemos sin cesar, donde no vemos jamás nada diferente. Lo que suena mal para definir bien con propiedad lo que es acting out, este es en cierto sentido una acción como otra que toma su relieve por ser provocada por el hecho que utilizamos la transferencia, lo que nos puede llevar a hacer algo en extremo peligroso, y tanto más peligroso como ustedes lo ven a partir de lo que sugiero, no tenemos una idea muy precisa de lo que eso es.

Como indicación al paso quiero decirles que la resistencia de un modo sensible y natural en tanto que el sujeto en algunos casos no acepta interpretaciones tal como se las presentamos sobre el plano de la regresión, es algo que parece pegar también en el primer abordaje, a saber que eso no parece llegarle en absoluto y si el sujeto resiste terminará aflojando si insistimos, en la medida que siempre estamos al borde de la sugestión.

Esta resistencia expresa la necesidad de sostén del punto donde se trata de articular el deseo de manera diferente. Sobre el plano del deseo, ¿qué valor tiene esta resistencia? Es muy precisamente el valor que Freud le da en algunos textos. Si la llama "......." es porque es lo mismo que la transferencia en el sentido donde lo que se trata de sostener es la otra línea, la de la transferencia, donde la articulación tiene otra exigencia que aquella que le damos de inmediato en respuesta a la demanda.

Este recordatorio corresponde sólo a evidencias que tienen sin embargo necesidad de ser articuladas, por ello la segunda identificación quiere decir el punto donde se juzga lo que sucede en tanto que regresiva, que es ese llamado de la transferencia que permite ese escándalo de los significantes que se llama regresión y que debe llevarnos a algo más allá de sí mismo que queremos alcanzar en este instante, a saber cómo operar con la transferencia, pero como es natural tiende a degradarse en algo que podemos siempre satisfacer en su nivel regresivo, de algún modo, desde cierta concepción del análisis que se deja fascinar por la noción de frustración y por diferentes articulaciones que se expresan en la relación de objeto de mil maneras.

Todos los modos de articular el análisis siempre tienden a degradarse, lo que no impide al análisis en absoluto ser otra cosa.

La tercer forma de identificación Freud la articula de este modo: "Esta forma de identificación que puede nacer de una comunidad nuevamente percibida con una persona que no es del todo el objeto de una pulsión sexual".

¿Dónde se la sitúa?

Freud nos la ejemplifica de una manera sin ambigüedad para responder a ella sobre ese esquema. Da como ejemplo la identificación de la histérica. Nos lo articula exactamente. Como les decía todo este tiempo en Freud está dicho siempre de la manera más clara: para la histérica el problema es fijar en alguna parte, en el sentido en que un instrumento de óptica fija un punto, fijar su deseo que para ella viene a presentar algunas dificultades especiales.

Ese deseo está consagrado por ella, sin embargo, a alguna suerte de impasse porque sólo puede realizar esta fijación al punto de su deseo a condición de identificarse a cualquier cosa, a un pequeño trazo. Freud lo escribe: cuando les diga una insignia, un trazo, trazo único —dice él— poco importa cuál, de algún otro en el cual ella pueda presentir que hay el mismo problema del deseo, que el impasse de la histérica le abre todas las puertas grandes del otro, al menos de su costado, de todos los histéricos posibles y de todos los momentos histéricos de todos los otros en tanto que ella presenta en ellos por un instante el mismo problema que es el de la pregunta por el deseo.

He aquí entonces cómo Freud lo sitúa, se los mostraré: la pregunta, aunque se articule un tanto diferente, es desde el punto de vista de la relación topológica, exactamente la misma para el obsesivo, ¡y con justa razón!

Esta identificación está aquí en el lugar que les he designado en el obsesivo la última vez, el fantasma. Es en tanto que hay un punto para el sujeto donde puede establecer una relación imaginario con el otro, no en si, ¿porqué? Porque esa relación imaginaria le aporta satisfacción. Está bien precisado que se trata de una persona o de un objeto que no tiene ninguna relación con un objeto sexual(188) cualquiera. Es otra cosa, un soporte, una marioneta del fantasma. He dado al término fantasma toda la extensión que ustedes quieran. Se trata del fantasma, como lo he articulado la última vez y como volveré a ello, en tanto que puede ser inconsciente.

Aquí el otro no sirve para nada, lo que no es poco, para permitir al sujeto tener una cierta posición que evite ese colapso del deseo, el problema de la neurosis.

He allí una tercera forma de identificación absolutamente esencial.

No sé adónde nos llevarla esto porque siempre excede lo que uno piensa, el hecho de entrar en la lectura de la observación del articulo aparecido en la Revue Française de Psychanalyse donde está mi informe sobre la agresividad en psicoanálisis (Julio-sept. 1948, obs. 2 del art. llamado "Importancia del aspecto homosexual de la transferencia"), les pido leerlo. A partir de allí quiero situar hoy el error de técnica del análisis actual en la transferencia homosexual en la neurosis obsesiva.

Lo que se produce en tanto aparece en los fantasmas el objeto fálico, en especial el objeto fálico en tanto que es fantasmáticamente el falo del analista, en el punto de proliferación ya instituido pero que siempre puede ser estimulado en tanto que el sujeto obsesivo sostiene por su fantasma la posibilidad de sostenerse, en tanto que para la histérica es más escabroso y peligroso encarar su deseo.

Aquí aparece A, el falo fantasmático en tanto que por esta técnica el analista va a insistir con sus interpretaciones presentes, para que de alguna manera el sujeto consienta a comulgar, avalar, a incorporarse fantasmáticamente ese objeto parcial.

Esto es un error de plano, es hacer pasar sobre el plano de la identificación sugestiva, a nivel de la demanda, lo que es en ese momento puesto en causa, favoreciendo una identificación imaginaria del sujeto aprovechando la toma que da la posición sugestiva abierta al análisis sobre el fundamento de la transferencia, dando una solución falsa y desviada lateral a lo que está en causa, no en sus fantasmas sino en el material que efectivamente aporta el sujeto al analista, esto se lee en las observaciones sobre las que se construye toda una doctrina del objeto parcial, de la distancia y la introyección del objeto, para introducir lo que proseguiré la próxima vez en detalle, les daré un ejemplo.

Es sensible en todo momento de la observación que el problema que es la solución del análisis del obsesivo es que descubre la castración por lo que ella es, por la ley del otro. Es el otro que está castrado por razones que son las de su falsa implicación en el problema, el sujeto se siente él mismo amenazado por esta castración de modo tan agudo que no puede aproximarse a su deseo sin volver a sentir los efectos. Este horizonte del Otro, del gran Otro como tal, en tanto que distinto del otro y que a partir de allí surge el problema, es palpable en esta observación. Desde su anamnesis ese sujeto que desde la primera vez que tiene una aproximación a una chica huye, se presenta bajo la angustia y va a contárselo a su madre y se siente reasegurado cuando él le dice: "te diré todo", sólo hay que tomar ese material a la letra.

Sólo hay una referencia y un sostén virtual, un proyecto, una referencia perdida al Otro como lugar de la articulación verbal en el cual el sujeto va a investirse por completo en adelante. Es el único refugio posible al pánico que comprueba al acercarse a su deseo. Ya está inscripto y habrá que ver qué hay debajo.

Cuando luego de toda clase de solicitaciones del analista algunos fantasmas salen a la luz llegamos a un sueño que el analista interpreta. De inmediato se lo dice y tan pronto como lo hace deviene patente la tendencia homosexual pasiva en el sujeto. Aquí el sueño: "Lo acompaño a vuestro domicilio, en vuestra habitación hay una gran cama, me acuesto allí, estoy extremadamente incómodo. Hay un bidet en una esquina del cuarto. Estoy feliz, pero molesto,,.

Se nos dice que después de la preparación por un período anterior del análisis el sujeto no demuestra dificultades en admitir la significación homosexual pasiva de ese sueño.

¿Es suficiente a vuestros ojos para articularlo?

Retomando la observación encontramos todos los Índices de que eso no alcanza, pero hay algo cierto en el texto del sueño que muestra que el sujeto viene a ponerse en el lugar del otro, lo dice: "Estoy en vuestro domicilio y acostado en vuestro lecho".

¿Porqué homosexual pasivo? Nada manifiesta allí que haga del otro un objeto de deseo. Por el contrario está designado con claridad y en posición tercera, en una esquina, algo que está articulado de pleno y nadie parece prestarle atención, y no está allí para nada. El bidet.

Algo que a la vez presentifica el falo y no lo muestra porque no preveo que en el sueño esté indicado que alguien pueda ocuparse en servirse de ello, el bidet está allí indicando que lo que es problemático, es algo que está presente en la pregunta, no es por nada que adviene ese objeto parcial. Es el falo pero está puesto justo allí en tanto que pregunta: ¿el otro tiene o no tiene? Es la ocasión de mostrarlo. ¿El otro lo es o no lo es? Es lo que está por detrás, es la pregunta de la castración para ese obsesivo en pro de toda suerte de obsesiones de propiedad que muestran bien en qué punto en la ocasión este instrumento puede ser una fuente de peligro.

Esas obsesiones de propiedad se relaciónan con ese bidet que de por si durante tiempo ha presentificado el falo, al menos el propio. Es la pregunta por el falo en tanto que es puesto en juego al nivel del otro como siendo objeto de esta operación esencialmente simbólica que hace que en el otro y a su nivel y en el nivel del significante, el falo es el significante de lo que es herido por la acción del significante, de lo que es sujeto para la castración.

Es en esta articulación esencial en la que no importa si al final el sujeto se sentirá confortado en si para la asunción de una potencia superior, de la asimilación a un más fuerte que él, sino cómo habrá resuelto efectivamente la pregunta que está en el horizonte implicito en la línea misma de lo que indica la estructura de la neurosis, la aceptación o no del complejo de castración en tanto que siendo realizado en su función significante.

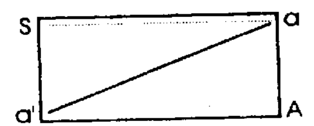
Aquí se distingue una técnica de la otra, independientemente de la legitimidad ligada a la estructura, en el sentido de la existencia del deseo del obsesivo, independientemente de eso, la solución terapéutica, el nudo, el bucle, la cicatriz obtenida, sólo vuelve absolutamente dudosa una cierta técnica desfavorable, no corresponde a lo que podemos llamar una cura, ni tampoco a una ortopedia, aunque fuese renga, que el otro pueda dar no sólo la solución correcta sino la solución eficaz.

Clase 26

Del 11 de Junio de 1958

Vamos a retomar nuestro propósito siempre con la ayuda de nuestro pequeño esquema.

Algunos de ustedes se plantean preguntas acerca del pequeño signo en rombo (losange) tal como esta empleado cuando escribo: S enfrente al pequeño "a", el pequeño otro. Esto no me parece complicado. Pero ya que han planteado la pregunta, recuerdo que el rombo es la misma cosa que el cuadrado de un esquema fundamental muy anterior:



Aquí se inscribe la relación de un sujeto al otro en tanto que objeto de la palabra y en tanto que mensaje del otro. En esta primera aproximación que hemos hecho, lo que viene del otro reencuentra la barrera de la relación a—a' que es la relación imaginaria.

Esto expresa la relación del sujeto barrado o no barrado según el caso, es decir marcado por el efecto de significante. Consideramos aquí al sujeto muy simplemente aún indeterminado, aún no escindido por la "spaltung" que resulta de la acción del significante, y la relación de este sujeto con algo que esta determinado por esta relación cuadrática. Cuando la escribo así no esta más que determinada por los vértices del cuadrado en esta matriz, por ejemplo el pequeño otro, el semejante; es decir el otro imaginario.

Si escribo S en relación a la demanda, S D, es lo mismo. Esto no prejuzga del punto del pequeño cuadrado sobre el que interviene la demanda en tanto tal, es decir la articulación bajo la forma del significante de una necesidad.

Aquí tenemos una línea significante y como tal articulada. Porque ella se produce en el horizonte de toda articulación significante, esta en el último plano fundamental de toda articulación de una demanda. Aquí (segunda línea) esta articulado en general. For peor que este, tenemos una articulación precisa, una sucesión de significantes, de fonemas.

Detrás, más allá de toda articulación significante, esto corresponde o representa al efecto

de la línea significante. de la articulación significante tomada en su conjunto, a partir del hecho que por su sola presencia trace aparecer algo de lo simbólico en lo real. Es en esta totalidad y en tanto que ella se articula, trace aparecer ese horizonte o eso posible de la demanda, esa potencia de la demanda que es esencialmente demanda de amor, demanda de presencia, a quien toda su ambigüedad.

Es para fijar algo que digo amor, el odio en esta ocasión esta en el mismo lugar. Unicamente en este horizonte puede concebirse la ambivalencia del odio y el amor. También en este horizonte podemos ver en el mismo punto, este tercer termino homologo del amor y del odio en relación, al sujeto que justamente he encontrado en un texto y en otro y que es la ignorancia.

Es allí que se encuentra el significante de A, en tanto que marcado por la acción del significante; es decir de A barrado. O sea que en ese punto preciso que es el homólogo del punto donde sobre la línea de la demanda aparece en el esquema fundamental de toda demanda este retorno del pasaje de la demanda por el otro que se denomina el mensaje.

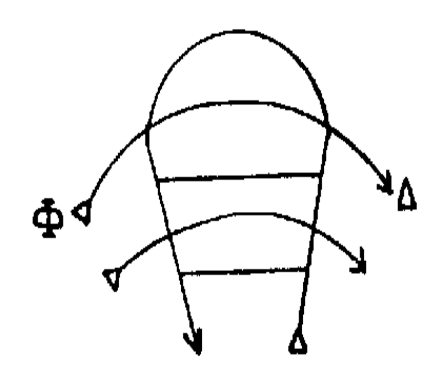
Si ustedes quieren de una manera homologa, aquí lo que tiene que producirse en un punto del mensaje en la segunda línea, es justamente ese mensaje de un significante, significando que el otro está marcado por el significante.

Esto no quiere decir que este mensaje se produce, está ahí en un punto homologo como posibilidad de producirse y por otra parte punto homologo de este punto donde la demanda llega al otro, es decir donde ella esta sumida a la existencia del código en el otro, en el lugar del otro, en el lugar de la palabra.

Ustedes igualmente tienen en este horizonte en el que puede producirse lo que llamamos esta referencia, cierta tome de conciencia. Pero esto no es simplemente tome de conciencia, esta articulación por el sujeto, en tanto que hablante, de algo que es su demanda como tal y en relación a la cual el se sitúa.

Que esto deba poder producirse es la presuposición fundamental del análisis mismo. Es lo que se produce en primer plano en el análisis. No es esencialmente y como primer paso, la renovación por el sujeto de sus demandas. Sin embargo, de una cierta manera, esta renovación es articulada: es en su discurso que el sujeto trace aparecer de una cierta manera, directa o en filigrana, esto que es siempre más importante para nosotros cuando es en filigrana que cuando es renovado directamente por la forma y la naturaleza de su demanda, es decir, por los significantes sobre los que la demanda se formula. En tanto que lo trace con significantes arcaicos podemos hablar de regresión anal, oral, por ejemplo.

Les recuerdo que la ultima vez he articulado e introducido que todo aquello que se produce que es de la naturaleza de la transferencia esta sujeto a la existencia de esta línea posterior que parte de un punto ? y termina en Δ de la cual precisaremos luego su sentido.



El fundamento de este efecto de significante en la economía subjetiva es tal que en tanto algo se sitúa en relación a esta línea se puede hablar de transferencia. Todo lo que es del orden de la transferencia, la acción o no acción del analista, su abstención o su no abstención, tiende siempre a jugar en esta zona intermediaria y puede siempre de un cierto modo ser guiada a la articulación de la demanda.

En cierto modo que yo diría normal, es en la naturaleza de la articulación verbal en el análisis que algo viene a articularse sobre el piano de la demanda. Pero si la legalidad analítica es que no será satisfecha ninguna demanda del sujeto, es porque nosotros especulamos sobre el hecho que en el análisis algo se encaminará a hacer jugar esta línea de la demanda, no sobre el plano de la demanda precisa, formulada, satisfecha o no. Todos estamos de acuerdo: no se trata de frustrar al sujeto de lo que pueda demandarnos en la ocasión lavándonos las manos o simplemente respondiendo. No es esto lo que esta en juego, es una frustración más profunda de la naturaleza esencial de la palabra en tanto que ella misma trace surgir este horizonte de la demanda. En suma, es siempre al nivel de este horizonte que la he llamado simplemente, para fijar las ideas, demanda de amor. Y como ustedes ven puede ser también demanda de otra cosa, puede ser una cierta demanda concerniente al reconocimiento de su ser. Esto es conflictivo porque el analista con su presencia, en tanto semejante, se lo niega.

La negación hegeliana de la relación de conciencias se perfila también en esta ocasión demanda de saber, hay eso en el horizonte de la relación analítica.

Esto nos incumbe porque esta interesado en los síntomas y sirve a la resolución de las neurosis, en tanto que en esa relación topológica con esas dos líneas que están formadas por toda articulación de la palabra en el análisis es que se sitúan los cuatro vértices de este otro. Lugar de referencia del sujeto al otro que es un lugar de referencia imaginaria, en tanto es un falso vértice. Ellos son realizados por la relación narcisista o especular del yo a la imagen del otro, en tanto está ya, más acá, anterior, enteramente implicado en la primer relación a la demanda. Y más allá, en la zona intermediaria entre la demanda articulada y su horizonte esencial también articulado, porque es la zona de todas las articulaciones de la cual se trata. Este esta articulado también como tal, porque esta soportado por lo que esta articulado, pero no quiere decir que sea articulable. Lo que esta en el horizonte, el ultimo termino en tanto que nada alcanza para formularlo de modo

satisfactorio sino por la continuación indefinida del desarrollo de la.... (falta en el original).

En esta zona intermediaria se sitúa ese algo que se llama el deseo, que esta puesto en cause en toda la economía del sujeto y que puede estar interesado en aquello que se revela en el análisis, a saber todo aquello que en la palabra se moviliza en el juego de: oscilaciones entre significantes, en concreto, de la necesidad y todo lo que resulta más allá de la articulación significante, de su presencia constante en tanto presente en el inconsciente del sujeto. En tanto que ya ha cuajado, formado, estructurado al sujeto en esta zona intermediaria donde, ya les he dicho porque, se sitúa el deseo. El deseo del hombre en tanto deseo del otro, es porque esta más allá del pasaje de la articulación de su necesidad en esta necesariedad de hacerlo valer por el otro. Este deseo, bajo su forma de condición absoluta, de algo más allá de toda satisfacción de la necesidad, se produce en el margen que existe entre la demanda de satisfacción de la necesidad y la demanda de amor.

La problemática del deseo consiste en que el deseo del hombre siempre es algo a buscar en el lugar del otro. Esto trace que el deseo sea estructurado en el lugar del otro, en el lugar de la palabra, que trace a toda la problemática del deseo humano y que lo torna sujeto en las formaciones del inconsciente. Esta dialéctica del inconsciente es de nuestro interés porque nos permite influir sobre el por el hecho de estar o no articulado en la palabra en el análisis. Sin esta situación fundamental no habría análisis.

Esto nos dice que tenemos su garantía, su soporte, el punto donde se fija sobre su objeto. Este no es natural si no constituido siempre por alguna posición tomada por el sujeto en relación al otro. Con la ayuda de esta relación fantasmática el hombre en su naturaleza, en su esencia, se reencuentra y sitúa su deseo. De ahí la importancia de los fantasmas y ustedes verán con que rareza en Freud esta empleado el termino instinto.

Se trata siempre de pulsiones, es un termino técnico dado a ese deseo en tanto que la palabra lo aísle, lo fragmenta y lo pone en esa relación problemática y desarticulada con su propio fin, es decir lo que se llama la dirección de la tendencia con su objeto.

Por otra parte está hecho esencialmente en la sustitución de desplazamiento, hasta todas las formas de transformación y de equivalencias sujetas a la palabra.

La ultima vez habíamos llegado a intentar situar de más cerca los problemas de algo que debe tener relación con lo que allí esta dicho.

Al fin de cuentas algunos elementos evidencian en los estudios, en especial de la neurosis obsesiva, que he puesto en vuestro conocimiento: termino, distancia al objeto, objeto fálico, relación de objeto; no pueden menos que convocarnos a ver cómo los juzgamos, estimándolos a la luz de lo que esto aporta.

La ultima vez tome en su relación a la cure dos caves de neurosis obsesiva del articulo "Importancia del aspecto homosexual de la transferencia" (cave Catherine, ... falsa obsesiva).

Les he remarcado cómo de una cierta manera se presenta problemático el resultado de tal o cual sugestión, digamos dirección o propiamente interpretaciones que son dadas en este fantasma. Les he remarcado a propósito de un sueno cuanto, por ciertos presupuestos, se encuentra simplificado en el sistema, se llega a eludir ciertos elementos de relieve y en consecuencia el sueño mismo. Se ha hablado del sueno de transferencia homosexual como si esto mismo pudiese tener un sentido allí donde el sueño da la imagen de aquello de lo que se trata, a saber de una relación que esta lejos de ser dual. En tanto les mostraba en la presencia sumamente picante bajo la forma de un objeto, que en la ocasión es el famoso bidet del que se habla en este sueño.

El sujeto, que estaba cómodamente en el sueño transportado a la calma del analista, actitud que se puede calificar a partir del contenido manifiesto del sueno, de espera, pero con la presencia esencial y articulada de la cama . Se puede estar, por otra parte, más sorprendido de que el analista no se detenga allí, porque en otro texto suyo se note que esta lejos de ignorar la significación fálica de eso que algunos analistas han llamado el pene en tanto que hueco o cope (le penis en creux ou la coupe), es una de las formas bajo las cuales puede presentarse en el nivel de la asunción de la imagen fálica, por el sujeto femenino, precisamente el significante falo. En suma esta suerte de Grial que es aquí presentado en el sueño es algo de una naturaleza que llama la atención para suscitar en aquel que interpreta, en términos de relación de a dos, cierta prudencia.

He releído esta segunda observación y la precedente. No es la más interesante para sostener la critica. Para llevarla a un nivel evidente les pido relean esta observación. Tomemos al azar esta frase: "Nosotros hicimos alusión a un tiempo ya segundo del análisis cuando una intervención de esta naturaleza había precedido, pero se retorna allí porque en cierto modo ya el sujeto que ha sido atraído sobre el hecho de profundizar la transferencia

La situación de transferencia devino cada vez más precisa. Hizo falta insistir para vencer ciertos silencios, la transferencia devenía entonces francamente homosexual........ Nosotros hicimos alusión al hecho que si existe, porque se trata de facilitar entre hombres relaciones afectuosas que se designan con el nombre de amistad, y que nadie ignore que estas relaciones tomen siempre un cierto carácter de pasividad para uno de los compañeros (partenaires) cuando aquel que se encuentra en la necesidad de rever las directivas....... Nosotros tuvimos en este difícil momento la idea de usar una analogía que podía ser sentida de piano para ese anciano oficial por quien sus hombres se hacen matar, por un jefe que amen porque ellos aceptan con un sentido absoluto de la obediencia sus consignas y sus órdenes. Ellos prueban así también los sentimientos y los pensamientos del jefe, que se identifican con él y hacen el sacrificio de su vida como el mismo lo haría si se encontrase en su puesto y lugar".

Ustedes ven que una intervención de esta especie debe demandar un sector bastante más serio de silencio.

"Ellos sólo pueden obrar así porque amen pasivamente al jefe. Esto hizo desaparecer inmediatamente toda discreción, pero le permitió continuar mostrándose objetivo, cuando él iba a revivir con nosotros situaciones homosexuales más precisas, aquellas".

Y en efecto esto no falta.

Es absolutamente claro que el hecho de orientar, de facilitar, de abrir el puente de toda una elaboración imaginaria en aquello que se llama la relación de a dos entre analizante y analista, de una manera de la cual es la observación misma que testimonia en que punto ella no es simplemente sistemática. Ella es verdaderamente insistente y sobre los dos términos, en los dos pianos, ella hubiera elegido todo lo que en el material va en el sentido simplificador de elaborar la relación de a dos en tanto que ella esta provista de una significación analista (analyste).

Aquí tampoco se trata de ese elemento sobre el que insistiré a continuación, que es la parte de la marca que otorga a la interpretación la introducción de un significante. Aquí la interpretación, que necesita ser algo de una naturaleza breve, es precisamente esto: que ella es y debe ser esencialmente reintroducida sobre el manejo del significante.

¿Que tenemos aquí? Tenemos manifiestamente una intervención en el párrafo mismo. Esta muestra el carácter significativo, comprensivo, persuasivo que consiste en inducir al sujeto a vivir precisamente esta relación que esta articulada y considerada en el nivel de la obra del autor como una relación de a dos.

Aquí nos encontramos, de la manera más manifiesta, cada uno puede palparlo, no es necesario ser analista para percibirlo, delante de algo semejante a la naturaleza de la sugestión por el sólo hecho que ella elige una significación que vuelve a reforzar en tres oportunidades. Nada en esta observación de una seis páginas nos muestra las etapas esenciales de la relación del analizado con el analista y se presenta bajo la forma de una facilitación de la comprensión de la situación de a dos en términos de relaciones homosexuales, en tanto que ellas nos son presentadas clásicamente en la doctrine freudiana como aquello de libidinal que esta subyacente a todas las relaciones consideradas bajo el ángulo social, bajo esta forma eminentemente ambigüa que no permite distinguir lo que es propiamente la pulsión homosexual que se distingue en la elección de un objeto erótico, de un sexo opuesto al que la norma puede desear.

Allí hay algo de otra naturaleza que el empleo del termino homosexual a propósito de cierta subyacencia libidinal. Esto propone toda suerte de problemas, pero su empleo bajo el término de adoctrinamiento en el interior de la terapéutica, no digo que en si sea ilegitimo, pero el hecho de que sea sistemático pone en problema toda la orientación, toda la dirección de la cure. Porque vemos bien en que medida esto puede ser portador de efectos. Pero, ¿no ven al mismo tiempo también que hay ahí alguna elección en el modo de intervención a propósito de la neurosis obsesiva y todo lo que ustedes saben de ella, recuerda que la relación del sujeto consigo, con su existencia en el mundo que se llama neurosis obsesiva, es algo más complejo que una relación de atadura libidinal al sujeto de su propio sexo en cualquier nivel que llegue a articularse?

Cada uno sabe, desde las primeras observaciones de Freud, el rol que ha jugado la pulsión de destrucción llevada contra el semejante y que retorna por ese hecho contra el sujeto. Hay allí otros elementos interesados: los de la regresión, de fijación en la evolución libidinal, que están lejos de ser tan simples, sino más bien embarazosos. La famosa ligazón de lo sádico y de lo anal no es algo que pueda ser tenido simple ni simplemente elucidado en un momento cualquiera.

Todo parece indicar que si tal orientación o dirección del tratamiento seguido esta provista de efecto, es justamente algo de una perspectiva mucho más amplia de lo que se trata, algo que viene a articularse.

No digo que sea enteramente suficiente pero esto ya nos permite ordenar mejor los diferentes planos registros en los cuales las cosas pueden efectivamente ordenarse.

A nivel de este plano podemos ver y situar algo que es un detalle de la economía del obsesivo, saber el rol que juega la identificación a un otro que es un pequeño a, un otro imaginario, y que es un de los modos gracias al cual equilibra, mal o bien, su economía de obsesivo.

Abundar, si se puede decir en este sentido, darle esta suerte de satisfacción que es la aprobación de su relación, aparece en la historia del sujeto la frecuencia, la constancia en la historia del obsesivo, de un otro en tanto que él es aquel al que se refiere, del que demanda la aprobación y las criticas, al cual el se identifica como a alguien. El autor en cuestión lo articula como alguien más fuerte que él, es sobre cual literalmente, se puede decir, tome apoyo una suerte de sueño.

He ahí algo que es bien conocido: el hecho de sancionar, si se puede decir, ese mecanismo que es seguramente de defensa en la ocasión, la manera con la cual el sujeto equilibra la problemática de s relación al deseo del otro puede tener algún efecto terapéutico, pero lejos de estar todo allí y por otra parte la continuación de los trabajos del autor sólo mostrará que las cosas irán en un sentido, que pondrá cada vez más el acento en lo que el llama en esta ocasión la distancia al objeto. Esto se encarna en ala que se produce especialmente centrado alrededor del fantasma de fellatio, de un falo cualquiera, más precisamente el falo que es una parte del cuerpo imaginado del analista. Esto culmina en la elaboración de una suerte de fantasma en el que esta especie de apoyo imaginario es tomado en el semejante y en otro homosexual. Se encarna, se materializa en esta experiencia imaginaria comparable a la comunión católica, a la absorción de la hostia. Vemos aquí que siempre en la misma línea de elaboración del fantasma, esta vez aún más impulsada, se produce algo donde vemos y podemos materializar sobre esquema eso de lo que se trata. Es de la producción de lo que pasa al nivel de los fantasmas originales.

Les mostrare que es exactamente del sujeto mismo, a partir del pasaje de esto, a saber la relación, a, que esta al nivel del fantasma y de su producción, que le ha permitido al sujeto situarse, arreglársela con su deseo, pasaje del fantasma al nivel del mensaje, aquel de la respuesta a la demanda, en tanto pasa se sitúa. En la observación van a verlo, esta articulado de este modo, vemos en ese momento la aparición de la imagen de la madre buena, benevolente, y que se nos habla de la atenuación del Superyó femenino infantil. En efecto, en tanto que esta al nivel de la significación del significado y del Otro (A).

Ratificar esta producción fantasmática del sujeto, es lo que nosotros sólo podemos expresar literal mente como una reducción de la complejidad de las formaciones en el sujeto, que es deseo. Como una reducción de esto en relación a la demanda, articulada en la relación directa del sujeto al analista.

Ustedes me dirán: ¿y si esto resulta? En efecto, ¿porque no? ¿No es esta una idea que uno se puede hacer del análisis?

Respondo, que no sólo es insuficiente, sino que nosotros veremos en estas observaciones del modo más perceptible, en lo que nos es dado, tenemos por otra parte los documentos que nos permiten, por I experiencia, ver cual es el resultado.

Seguramente esto comporta ciertos efectos, pero lo que allí se produce esta muy lejos de representa el hecho de la cure que podríamos esperar donde la pretendida maduración genital llegase a realizarse ¿Cómo no ver la paradoja que representa hablar de maduración genital cuando allí se articula claramente que la maduración genital es representada por el hecho que el sujeto se deja amar por su analista?

Hay aquí también algo de extraordinario, lejos que la maduración genital se realice en un proceso vemos por el contrario el hecho de una reducción subjetiva de los síntomas por intermedio de un desarrollo que por su naturaleza tiene algo de regresivo, no sólo temporal, sino desde el punto de vista tópico. En tanto hay una reducción al piano de la demanda de todo lo que es del orden de la producción de la organización del sostén del deseo. En efecto aquello que se produce en estas etapas lejos de ser interpretable como lo es a veces en la dirección de un mejoramiento, en el sentido de una normalización de las relaciones con el otro, se presenta como bruscas explosiones, por ejemplo, el acting out. El año anterior les mostré a propósito de la observación de las relaciones con un sujeto muy marcado por tendencias perversas, en las que las cosas han tenido por resultado un verdadero acting out. El sujeto yendo a observar tras la puerta del baño mujeres que van a orinar, literalmente yendo a buscar con precisión la mujer en tanto que talo, en una brusca explosión de algo que bajo la influencia de la demanda esta excluido. Aquí se reintroduce bajo la forma de este acto absolutamente aislado en la vida de sujeto, que tiene todas las formas compulsivas del acting out y la presentificación de un significante como tal.

Muchos otros testimonios aún nos muestran bajo otras formas, por ejemplo, en la de un enamoramiento que tiene este aspecto paradojal en los sujetos, que ni se sospechan homosexuales disidentes. Lo que tienen de homosexual, no lo tienen más que lo que se puede ver de un brusco enamoramiento a un semejante, problemático, verdadero producto artificial de esta clase de intervenciones. Este enamoramiento asume el aspecto de homosexual por la producción forzada de la relación del S al a, que en esta manera de orientar, de dirigir el análisis, es hablando con propiedad lo que ha sido forzado por la reducción a la demanda.

Les diré que al nivel de esa práctica, en ese momento falta de toda critica, de toda delicadeza, que desalienta todo comentario, es que retomare algo anterior aún. Ya les he dicho que en la obra de este autor siempre me pareció más propio e interesante mostrar que desarrollo quizás hubo podido tomar a condición de orientar de otro modo su elaboración de estos sujetos. Esto es lo que concierne a las incidencias terapéuticas de la tome de conciencia. Es el título mismo de "La envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina".

Esta observación tiene mucho interés porque no tenemos tantos análisis de neurosis obsesivas en la mujer, e igualmente para aquellos que pudiesen rozar el problema de la especificidad sexual de la neurosis, a saber por las razones que atañen a su sexo que los sujetos eligen tal o cual pendiente de la neurosis.

Veremos sin embargo en ocasión de la neurosis obsesiva femenina, como todo lo que es del orden de la estructura en la neurosis deja muy poco lugar a lo que la posición del sexo, en el sentido biológico y natural, puede tener de determinante.

En efecto la famosa prevalencia del objeto fálico que hemos visto jugar en las observaciones concernientes a las neurosis obsesivas masculinos, se reencuentra de una manera muy interesante.

He aquí cómo el autor en esta oportunidad, concibe, descubre, desarrolla el progreso del análisis y lo articula de la siguiente manera:

"Como el obsesivo masculino, la mujer necesita identificarse bajo un modo regresivo al hombre para liberarse de las angustias de la infancia. Pero ahora la primera se apoyara sobre esta identificación para transformar el objeto de amor infantil en objeto de amor genital".

Esto corresponde estrictamente a lo que les he remarcado sobre la paradoja de la identificación del sujeto masculino al analista, porque ella constituye el pasaje del objeto de amor infantil al objeto de amor genital. Aquí hay algo que plantea un problema:

"Ella (la mujer) se funda de entrada sobre esta identificación y tiende a abandonar este primer objeto y a orientarse alrededor de una fijación heterosexual, como si ella pudiese proceder a una nueva identificación femenina esta vez a la persona del analista".

El lo dice con una ambigüedad sin dudas sorprendente, pero necesaria, que es la identificación al analista aquí articulada como tal, que es determinada como tel. Dejando constancia que él es de sexo masculino, que esta identificación, en el primer cave, supone muy sencillamente y como yendo de si que asegura el acceso a la genitalidad. Si se tiene esta presuposición, esta hipótesis, resulta que en él cave de la mujer obtenemos: no se deja constancia de un mejoramiento extraordinario, pero se constata, con cierto embarazo y sorpresa, que esta identificación al analista se hará en forma sucesiva en dos modalidades: bajo un primer modo que será de entrada conflictual, es decir de reivindicación en el lugar del hombre y de hostilidad también en el lugar del hombre, porque es en la medida misma que esa relación, se nos va a decir, torna manejable una problemáticasingular.

Es siempre por la necesidad de concebir de una cierta manera ese progreso de una identificación femenina que se admite posible en razón, se nos dice, de la ambigüedad fundamental de la persona del analista. Esta explicación no nos resulta muy satisfactoria.

"... Una nueva identificación, esta vez femenina y sobre la persona del analista. Va a sentir que la interpretación de los fenómenos de transferencia es aquí especialmente delicada, si la personalidad del analista masculino es primero tomada como humillante, con todas las interdicciónes, los miedos, la agresividad que ella comporta, casi el deseo de la posesión

fálica..."

Esto es considerable y nos va a dar que hablar.

"... y correlativamente de castración del analista".

Y agrega: "Y por ese hecho, los efectos de relajamiento precitados han sido obtenidos. Esta personalidad del analista masculino ha sido asimilada a la de una madre benevolente".

Y agrega más: ''Esta asimilación no demuestra que la fuerza esencial de la agresividad antimasculina se encuentra en la pulsión de destrucción inicial de la cual la madre era el objeto".

Aquí un horizonte kleiniano puede siempre dar algún apoyo.

"La tome de conciencia de la una conlleva el derecho al libre ejercicio de la otra, y el poder liberador de la tome de conciencia del deseo de posesión fálica deviene de plano comprensible. como el pasaje de una identificación a la otra, en función de la ambigüedad fundamental".

Aquí reencontramos la frase antedicha. Todo esta allí. En principio todo se apoya sobre la interpretación de marras y de un deseo de posesión fálica correlativo al de castración del analista.

Mirando bien, esta lejos de representar lo que aparece en la observación. Tomemos la en el orden que se nos presenta.

Se trata de una mujer de 50 anos, de buena estampa, madre de dos hijos, que ejerce una profesión paramédica. Viene por una serie de fenómenos obsesivos muy comunes: la de haber contraído sífilis. Esto es importante porque ella ve allí no sé que prohibición sobre el matrimonio de sus hijos, al tiempo que no ha podido oponerse al de su primogénito. Obsesión de infanticidio, de envenenamiento y una serie de banalidades, especialmente en el tipo de manifestaciones obsesivas en la mujer.

Aún antes de darnos la lista el autor nos habla de una forma prevalente de obsesiones con temas religiosos. Como es carácterístico aparecen toda clase de frases injuriosas, escatológicas que se imponen al sujeto, en contradicción formal con sus convicciónes.

Comencemos por un elemento que de entrada subraya el autor en la relación del sujeto con la realidad religiosa Especialmente la realidad que, para esta mujer católica, es la presencia del cuerpo de Cristo en la hostia.

Pero además ella se representa imaginativamente los órganos sexuales masculinos, sin ser fenómenos alucinatorios se nos aclara, en el lugar de la hostia. Se nos ofrece acentuado, más adelante, un detalle importante concerniente a la tematización religiosa en esta obsesiva: su madre fue la única responsable de su educación católica y se nos dice que su conflicto en el piano espiritual podía relaciónarse con su carácter coercitivo y obligatorio. Esto es indiscutible y tiene todo su alcance.

Querría detenerlos, antes de las interpretaciones que serán dadas, un instante en ese síntoma. Su naturaleza es tal que nos incite a ciertas puntuaciones.

Se nos dice que los órganos genitales se nos presentan ante y en el lugar de la hostia.

¿Qué puede querer decir esto para nosotros los analistas? He aquí un caso donde esta superposición en ese lugar, si somos analistas, debemos darle su valor.

¿Que es lo que llamamos represión, retorno de lo reprimido, sino lo que aparece como algo que destine por debajo que surge a la superficie, como la escritura la califica, corno una mancha, que sube o que vuelve a subir con el tiempo, a la superficie?

Tenemos aquí una cuestión, si pretendemos darle a las cosas su importancia textual como nuestra posición de analistas nos lo indica, en que deberemos tratar de articular de que retorna.

El Cristo, según esta mujer que ha recibido una educación religiosa como todos los que pertenecen a la religión cristiana, no le es indiferente. El Cristo es el Verbo, el Logos, se nos ha machacado en la educación católica, y que sea el Verbo encarnado sin dudas es la forma más abreviada de lo que se puede llamar credo. En suma vemos, si nos referimos a este Logos, se nos dice que él es el Verbo, la totalidad del Verbo. A través de él vemos aparecer, sustituyéndolo en su lugar, algo que tratamos de formular de una manera convergente en nuestra experiencia analítica.

Nos hemos visto llevados a nombrar ese significante privilegiado, único, definido por el hecho de designar el efecto, la marca, la impronta del significante sobre el significado.

Lo que se produce en ese síntoma es la sustitución en una relación, que se nos presenta desde el sujeto al verbo en su esencia, al verbo total, al verbo encarnado. La sustitución en la totalidad de ese verbo por un significante privilegiado, que sirve para designar la marca, el efecto, la impronta, la herida del conjunto del significante que soporta el sujeto humano para que por la instancia del significante algo venga a significar.

Avancemos en la observación. ¿Qué encontraremos ahora?

Encontraremos ahora al sujeto en la ocasión de decir que ha sonado que destrozaba la cabeza de Cristo de una patada y que se parecía a la de su analista. Luego asocia: "Yo paso cada mañana para dirigirme al trabajo delante de un negocio de pompas fúnebres donde están expuestos cuatro cristos y al mirarlos tengo la sensación de pisar sobre su verga. Experimento una especie de placer agudo y de angustia".

Aquí encontramos la identificación de ese algo que es el Otro, el gran Otro, en tanto lugar de la palabra. Nos es dado en la ocasión que el sujeto rompe con su taco la figura de Cristo. No olvidemos que aquí esta materializada por un objeto, un crucifijo, en su totalidad, si se puede decir, que es el falo. No podemos dejar de conmovernos, siguiendo la observación, con estos detalles: algo muy particular va a intervenir en las relaciones del

analizante con el analista, los reproches al analista por lo embarazoso que le resultan los cuidados que él otorga a su existencia y que van a materializarse en el hecho de no poder comprarse zapatos.

Seguramente el analista no estará desprevenido acerca del valor fálico del zapato, en particular el taco al que se da gran utilidad para reventar la cabeza de Cristo, es algo que tiene todo su alcance.

Es de destacar que esto sucede en el interior de un análisis y que el fetichismo del zapato en la mujer es algo muy poco observado. La aparición de algo en relación al zapato con cierta significación fálica. La elaboración de una observación tal en el análisis tiene aquí un gran valor. Tratemos de comprenderlo sin alejarnos mucho.

Cuando el analista en ese momento trace todo para sugerir al sujeto que se trata de una necesidad, de un deseo de posesión del falo, lo que en sí me parece no es lo peor que pueda decir, si no fuera que para él eso representa, como se lo dice, el deseo del sujeto de ser un hombre. Contra esto ella se opone con la mayor energía hasta el fin. Ella jamás ha tenido el deseo de ser un hombre. En efecto, de ningún modo es lo mismo el deseo de poseer un falo y el deseo de ser un hombre. ¿Acaso la teoría analítica supone que las cosas puedan resolverse de una manera tan natural?

Veamos lo que replica la analizante: "Cuando estoy bien arreglada los hombres me desean y me digo con placer muy real que aún los puedo dejar pagando. Me satisface pensar que puedan sufrir".

Abreviando, ella vuelve a llevar al analista al terreno sólido, económico, a saber ¿cuál es el compromiso de su relación al falo en su relación con el hombre?

Tratemos ahora de articularlo nosotros. He aquí como les propongo articularlo precisamente, hay aquí muchos elementos: la relación a la madre, de la cual se nos dice es esencial, relación de verdadera coherencia entre el sujeto real cuya madre nos muestra sus relaciones problemáticas con el padre y sobre las relaciones de la enferma con el padre. Esta madre se ha manifestado de muchas maneras y en particular de esta: que el padre no pudo triunfar sobre la atadura de su mujer a un primer amor de carácter platónico. Para que una cosa como esa sea señalada en la observación trace falta que haya tenido un cierto lugar.

Por otra parte las relaciones del sujeto con la madre se traman sobre un fondo de juicios favorables, más inteligente que el padre, fascinada por su energía, etc.

"Los raros momentos en que su madre se detenía la llenaban de un gozo indecible..." "...Ella siempre ha considerado que su hermana más joven era la preferida..." "...Asimismo todo el que se inmiscuyera en esa unión con su madre se tornaba en objeto de deseos de muerte. Así quedará demostrado en un material importante, sea onírico o infantil, relativo al deseo de muerte de la hermana".

¿No hay allí bastante para demostrar en las relaciones del sujeto con su madre justo lo que he subrayado como la relación del sujeto al deseo de su madre? El modo en que el problema del deseo se introdujo en la vida del sujeto es precoz y particularmente manifiesto en la historia de la obsesiva.

Ese deseo que termina en eso que el sujeto ve perfilarse como fin, no de tomar esto o aquello, sino de ser el objeto de deseo de la madre con todo lo que esto comporta de desconocido, aún siéndolo. El objeto de deseo de la madre es justo eso de lo que esta suspendido todo lo que en lo sucesivo para el sujeto va a ligar el acercamiento de su propio deseo a un efecto de destrucción, que al mismo tiempo subordina, define el acercamiento de este deseo al significante del efecto del deseo en la vida de un sujeto, por sí mismo, a saber el falo.

Articulo de nuevo las cosas: el problema no es para el sujeto saber si la madre, como en el fóbico, tiene o no el falo. Es saber lo que es este efecto en el otro, de ese algo que es esa X, el deseo. En otros términos lo que adviene en primer plano para el sujeto es saber lo que él será, si es o no lo que ese deseo del otro es.

Lo que vemos en primer plano es algo muy bello, es el Logos encarnado en el otro en tanto que el verbo lo marca. Es la sustitución, en este punto ya en este nivel, del significante falo como tal.

Articularé mi pensamiento más lejos aún con otros términos: Freud ha visto y designado las fronteras del análisis deteniéndose en ese punto que en algunos casos se muestra irreductible. Se abate sobre el sujeto una suerte de herida que es para el hombre el complejo de castración y que guarda toda su manifestación prevalente, en suma: que no puede tener el falo sino sobre el fondo de no tenerlo. Lo mismo se presenta en la mujer que no lo tiene sobre el fondo de que lo tiene, poniéndose rabiosa por su penis neid rreductible . Recuerden que el "neid" en alemán no significa sólo un deseo, sino también literalmente enojo. Todas las subyacencias de la agresión y la cólera caben en ese "neid" original. tanto en el alemán moderno como aún más en el antiguo y en el anglosajón.

Si Freud ha marcado de algún modo "el carácter infinito", "proyectado al infinito", traducido mal por interminable, de aquello que puede suceder en el análisis, lo que el no ve es porque no tuvo oportunidad de hacerlo aunque este indicado en especial en ese último articulo sobre la spaltung del yo sobre el que volveré. Lo que el no ve es que la solución del problema de la castración, tanto en el hombre como en la mujer, no esta en el dilema de tener o no el falo, puesto que es únicamente a partir del momento donde el sujeto se apercibe que hay algo para reconocer y asentar, es que el no lo es. A partir de esta realización en el análisis, en que el sujeto no es el falo, es que puede normalizar esta posición, diría natural, donde lo tiene o no lo tiene.

Esto es en efecto el último término, la relación significante alrededor de la cual puede resolverse la impasse imaginaria engendrada por la función que la imagen del falo viene a tomar en el nivel del piano significante. Esto es lo que le ocurre a nuestro sujeto cuando por el efecto de las primeras manifestaciones de la tome en el mecanismo de la transferencia, de una articulación más elaborada de los efectos sintomáticos que se produce en ella de una manera muy reconocible en lo que hoy cité. Esto es el fantasma presentificado en el análisis ligado a la posesión o no del zapato, femenino, fálico, que llamaremos en esta ocasión "fetichista". ¿Que función tome para un sujeto masculino en

tanto que en su perversión lo que rehusa es que la mujer este castrada?

Esto es lo que quiere decir la perversión fetichista para el sujeto masculino: afirmar que la mujer lo tiene sobre el fondo de que ella no lo tiene. Sin eso no habría necesidad de un objeto mercantil para presentarle, manifiestamente independiente del cuerpo de la mujer.

Si la mujer se pone a fomentar en el curso de la elaboración transferencial, lo que aparentemente es lo mismo, que quiere tenerlo bajo la forma de vestimentas que van a excitar el deseo de los hombres para a su vez decepcionarlos. Es ella que lo articula así, y en apariencia es lo mismo, pero es absolutamente otra cosa, cuando esta planteado por la mujer que por el hombre y en esta ocasión lo demuestra al querer presentarse teniendo lo que ella sabe perfectamente que no tiene. Para ella tiene otro valor que he llamado el valor de la mascarada, porque trace de su femineidad justo una máscara.

A partir del hecho de que este falo que es para ella el significante del deseo, se trata de presentar su apariencia, que ella parezca ser el objeto de un deseo que sabe muy bien que sólo puede decepcionar. Ella expresa formalmente al analista lo que este va a interpretar como un deseo de posesión de falo. Se trata de algo que muestra una vez más la divergencia que se establece, que es esencial, entre ser algo que es el objeto del deseo del otro y el hecho de tener o no el órgano que porta la marca.

Así llegamos a la siguiente formula: el deseo original es querer ser lo que la madre desea y para ello es necesario destruir lo que es por el momento el objeto de su deseo, el sujeto quiere ser eso que él es, ese deseo. Lo que es necesario inducir a ver en el tratamiento es que no es el hombre en sí mismo el objeto de ese deseo, es mostrar justamente que el hombre no es más el falo que la mujer. Lo que trace al hecho de su agresividad -se los mostrare mejor la próxima vez- con respecto a su marido en tanto que hombre, es que ella considera que él es, no que lo tiene, el falo y bajo ese titulo que es su rival, es bajo ese titulo que sus relaciones están marcadas por el signo de la destrucción obsesiva.

Que ese deseo de destrucción se vuelve en contra de ella según la forma esencial de la economía obsesiva es exactamente la mete del tratamiento, remarcando que tú eres tú mismo lo que quieres destruir en tanto quieres ser el falo, esto trace de algún modo a la prosecución del tratamiento.

Observen la diferencia: tú eres esto que quieres destruir, se lo reemplaza por tu quieres destruir esto que es tomado en los fantasmas absolutamente improbables y fugaces. El detalle de la observación les mostrará esta destrucción del talo del analista. Tu quieres destruir esto, dice el analista, y yo te lo doy. La cure está concebida en su totalidad sobre el hecho de que el analista da fantasmáticamente, concede ante un deseo de posesión fálica. Ahora, no se trata de esto y una de las pruebas que podemos dar es la manera, en ese punto casi terminal en que ha proseguido el análisis, se nos dice que la enferma conserve todas las obsesiones y por otra parte no tiene más que una. Ellas fueron todas enterradas en bloque por el análisis, pero el hecho de que a pesar de todo existan tiene siempre su importancia.

¿Que es lo que hace la paciente?. Está dicho en la observación con entera ignorancia que ella interviene con toda su fuerza contra su hijo primogénito al que siempre ha considerado un pobre bisoño, porque a decir verdad es el único al que ella nunca pudo llegar a dominar sus reacciónes, diciéndole que es urgente que solicite un tuno para analizarse. El analista cree que siendo el falo aporta el resultado de la situación en tanto tomado en posición de madre benevolente y dice que le da ese falo y que ella se lo devuelve. Es porque justo en este punto ella es efectivamente el falo que lo devuelve. I a vuelta tiene valor de préstamo.

El analista ha orientado en pleno el análisis hacia el término en que la analizada quiere ser un hombre. Ella nunca llega a estar muy convencida pero algo le ha interesado, a saber, que es verdad que la posesión o no de ese talo ha encontrado allí su apaciguamiento. Pero lo esencial de la significación del falo en tanto lo es del deseo no queda resuelto.



Clase 27

Del 18 de Junio de 1958

El 1° de Junio es también el aniversario de la fundación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Nosotros hemos dicho no en su momento.

La ultima vez había comenzado a comentar la observación de una mujer obsesiva asistida por uno de nuestros colegas y yo había comenzado a enunciar algunos de los principios que pueden deducirse de la manera de la cual tratamos de articular las cosas de acuerdo al carácter bien o mal dirigido' correcto o no, de la conducción de un tratamiento centrado sobre algo que evidentemente se presenta como existente en el contenido de lo que aporta el análisis, a saber la tome de conciencia de la envidia del pene.

En conjunto ustedes ven el interés del empleo que nosotros hacemos de ello. Naturalmente hay siempre pequeños retrasos en las escenas en las que ustedes se han detenido, oposiciones que parecen fáciles de retener, y después que se encuentran un poco sacudidas o vueltas a poner en cuestión por la continuación de nuestro progreso, se desconciertan.

Sólo hay que preguntar, por ejemplo, si no hacia falta ver una contradicción entre lo que aporte la última vez y un principio en el cual se creyó querer detenerse. Yo decía que el desarrollo sexual para la mujer debía pasar por algo que podría llamarse: ella cree ser el falo sobre el fondo de no serlo. Para el hombre el complejo de castración se puede formular así: que tiene el talo sobre el fondo de que no lo tiene o bajo amenaza de no tenerlo.

Es evidente que son esquemas que desde un cierto ángulo, y cuando se habla o se opone el desarrollo sexual a tal o cual fase, pueden mostrar bien alguna oposición. Detenerse allí es insuficiente porque la dialéctica del ser y del tener vale para ambos. El hombre también debe percibir que no lo es. Allí también en esta dirección es que nosotros podemos ver situarse una parte de los problemas aplicados por la solución del complejo de castración y del penis neid. Lo veremos más en detalle y espero que ustedes poco a poco vuelvan a poner en su lugar estas cosas, que no son falsas en si mismas, pero que son parciales.

Por ello volveremos a partir de nuestro esquema.

Es muy importante articular de manera conveniente las diferentes líneas en las que se sitúa el análisis. Les aconsejo la lectura de un articulo de Glover que se titula "Efectos terapéuticos de las interpretaciones inexactas" .

Es uno de los artículos más destacables e inteligentes que pudo ser escrito sobre el tema. Alberga en verdad el punto de partida desde el cual puede abordarse la cuestión de la interpretación.

El fondo del articulo y el problema que el plantea es algo que poco a poco se sitúa así: Glover ha escrito en un momento en el que Freud, aún vivo, da un gran giro a la técnica analítica alrededor del análisis de l as resistencias y de la agresividad.

Glover articula que el análisis de la resistencia y de la transferencia es algo que con la experiencia y el desarrollo de las nociones adquiridas en un análisis, es algo que implica el recorrido. la cobertura. en el sentido que un terreno debe ser cubierto por el progreso analítico de la suma de los sistemas fantasmáticos (traducimos así los "fantases systems") que hemos aprendido a reconocer en el análisis. Es claro que en ese momento se conocía más de eso que al comienzo del análisis y la cuestión que se plantea es: ¿Que eran nuestras terapias cuando no conocíamos en toda su amplitud y su despliegue esos sistemas de fantasmas?

¿Lo que hacíamos en ese momento eran curas terapéuticas inconducidas menos valiosas que las del presente ? Es una pregunta muy interesante y a propósito de la cual el es llevado a hacer un cuadro de situación general de todas las posiciones articuladas, tomadas por aquel que se encuentra en posición de consultor en relación a un problema cualquiera. De un modo general extiende la noción de interpretación a toda posición articulada tomada por aquel que lo consulta y trace la escala de las diferentes posiciones del medico en relación al enfermo.

Hay allí una anticipación de la relación médico-enfermo, como se dice ahora, pero verdaderamente articulada de una manera que lamento que no haya sido desarrollada en ese nivel que coloca una suerte de vía general.

Es precisamente en tanto que conocemos la verdad inscripta en la neurosis que encontramos, a partir de ese hecho colateral, la certeza sintomática.

El ha tomado esto a partir de lo que el medico de medicine general dice al paciente: "cuídese usted, vaya a la campiña, cambie de ocupación", en conclusión, se pone en posición de desconocimiento. De inmediato ocupa un lugar que no es ineficiente porque se sitúa muy bien en el lugar mismo donde algunos síntomas se forman. A continuación ocupa una función en relación al paciente que es situable en los mismos términos de la tópica analítica. No insisto más sobre ello.

Remarca en un punto que toda la tendencia de la "Terapéutica analítica moderna" de su época, es la dirección del interprete y de lo que llama los sistemas sadicos y las reacciónes de culpabilidad. El resalta que hasta una época reciente esto no había sido puesto en evidencia. Sin dudes se alivíaba la ansiedad del enfermo pero se dejaba irresuelto, irreprimido, rechazado al mismo tiempo, el famoso sistema sádico.

He aquí un ejemplo de la dirección en la que no concluye sus observaciones sino que las incentive y que en nuestros días se trace interesante retomar.

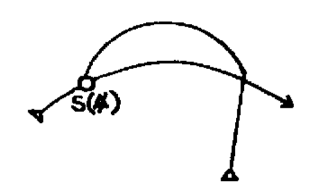
A propósito anotaremos esto: se trataría de situar ese advenimiento del análisis de la agresividad. Tomando un cierto tiempo los analistas han quedado a tal punto impresionados con el descubrimiento que han hecho, que llegó a ser una suerte de tarta a la crema. Se ha analizado también nuestra agresividad como los términos en los cuales los analistas en formación se reconocían al decirlo.

Se trataría de saber lo que en efecto ha representado este descubrimiento y pienso que podemos situarlo, en alguna parte sobre nuestro esquema fundamental. Es lo que he tratado de hacer recién pues allí también podemos ubicar nuestras preguntas. He remarcado a menudo cómo quedaba esta ambigüedad, cuando yo les enseñaba, proclamaba, en el sistema narcisístico en tanto que tal, como fundamental en la formación de reacciónes agresivas y que la agresividad que es provocada en la relación imaginaria al pequeño otro, no es algo que pueda confundirse con la suma de la potencia agresiva, como una función vital, una relación imaginaria.

Por otro lado es claro, para recordar las primeras evidencias, que la violencia es lo esencial en la agresión, al menos si nos ubicamos sobre el piano humano. No esta allí la palabra, por el contrario es la violencia donde la palabra que vale se produce en relaciones interhumanas,........, la violencia es algo en su esencia que se distancia de la palabra, la pregunta puede plantearse para saber en que medida la violencia como tal digo la violencia para distinguirla de...... que nosotros hacemos de la agresividad, pueda ser rechazada si seguimos lo que nosotros hemos planteado aquí como principio, eso no sabría en principio ser rechazado, lo que se revela señalado en la estructura de la palabra, es decir, en una articulación significante, es una pregunta que debe ser bien planteada.

En efecto por el sesgo de lo imaginario, de ese asesinato del semejante, esta latente en la relación imaginaria que lo que es del orden de la agresividad llega a ser simbolizado, tomado en el mecanismo de lo que es represión, de lo que es inconsciente, analizable, de lo que es en general interpretable.

Retomando las cosas, si seguimos, si volvemos a partir, recordando nuestro pequeño esquema bajo su forma más simple, a saber:



En este entrecruzamiento de la tendencia, de la pulsión en tanto que representa una necesidad individualizada con algo que es la cadena significante donde debe venir a articularse.

Esto sólo ya nos da algunos elementos y nos permite poner algunos acentos. Supongamos que para el ser humano sólo hay una realidad, esta famosa realidad de la cual hacemos un uso a tontas y a locas. Aunque haya sólo eso no es impensable que algo de significante lo articule. Para fijar las ideas supongamos que, como se lo quiere decir a veces en algunas escuelas, el significante sea sólo un condicionamiento, no de los reflejos, sino de algo reductible a los reflejos. Como si el lenguaje no fuese algo de otro orden que lo que creamos artificialmente en el laboratorio, en el animal que aprende a segregar jugos gástricos al sonar la campanilla. Su sonido es un significante y se puede suponer un mundo humano organizado alrededor de una coalescencia de cada una de las necesidades que tiene para hacerse oír con un cierto número de signos predeterminados. Si esos signos tuviesen valor para todos tendríamos una sociedad que funcione de un modo perfectamente ideal. Cada emisión pulsional a la medida de las necesidades estaría asociada al sonido variable de la campanilla que funciona a conveniencia del que lo escuche para satisfacer su necesidad. Esto es la sociedad ideal.

Lo que les he dibujado es lo que han soñado siempre los utopistas, una sociedad funcionando perfectamente donde cada uno obtenga su satisfacción según sus necesidades y participando según sus méritos. Allí comienza el problema.

En suma, ese esquema, ¿se queda en ese nivel del cruce del significante con el empuje o la tendencia de la necesidad, en que culmina? En la identificación del sujeto al otro. Este otro articula la distribución, pudiendo responder a la necesidad de distribución y de recursos. Esto ya les muestra que no es así, a saber que ese piano posterior de la demanda, es absolutamente necesario hacerlo entrar simplemente para dar cuenta de lo que sucede en esta articulación del sujeto. en esta tome de posición del sujeto, en un orden existente más allá de lo real, el orden simbólico, que lo -complica, que se superpone a el, sin adherírsele.

En este momento simple del esquema ya sucede algo del orden orgánico, natural, en el hombre que complica el esquema en este estadio, trazado en el pizarrón y que consiste en esto: el sujeto, ese que nos sirve, en un piano posterior, para nuestras especulaciones psicoanalíticas, el niño mítico, en presencia de su madre, al comenzar a manifestar sus necesidades reencuentra a la madre como sujeto parlante. Donde la madre lo satisface termina su mensaje. Les he acentuado que los problemas no comienzan cuando la madre lo frustra al no satisfacerlo. Eso seria demasiado sencillo por eso uno siempre cae en lo mismo.

Lo interesante del problema no ha escapado a Winnicott, que con su espíritu y su práctica cubre el amplio desarrollo actual del psicoanálisis y sus técnicas, comprendiendo una consideración precise de los sistemas fantasmáticos que hacen limite con la psicosis.

Winnicott, en su articulo acerca de los objetos transicionales, muestra con gran precisión que el problema es saber como el niño sale de la satisfacción y no de la frustración para construirse un mundo.

Es en tanto que, para el sujeto humano un mundo se articula más allá de la demanda satisfecha, no de la demanda frustrada. Esos menudos objetos, que el llama transicionales, muy temprano toman una gran importancia en su relación con la madre.

Una punta de la colcha que el niño tira con celo, un mendrugo cualquiera, un sonajero, son objetos transicionales que tienen un carácter esencial, para ver, situar y comprender en su precocidad, en el sistema de desarrollo del niño.

Si nos detenemos en la frustración vemos que el mensaje no viene a partir de esa fecha que hemos tratado de fijar, hace tres anos, cuando nos interesábamos en el estadio del espejo. Eso no se evaporo desde entonces. Me da gusto cuando alguno de ustedes me dice que todos los anos es diferente, que el sistema cambia. No hay cambio, sólo trato de hacerlos recorrer el campo.

Lo que encontramos en esa relación a la madre, que impone más que su ley su omnipotencia y su capricho, es que el niño humano, por más chico que sea, la experiencia demuestra que esta abierto a cierta relación imaginaria, a la imagen de su propio cuerpo y la imagen del otro. Esto lo vemos en el esquema, en el más allá de lo que sucede, sobre la línea de retorno de la necesidad, satisfecha o no. El prueba las reacciónes de decepción, de malestar, de vértigo, en su propio cuerpo en relación a una imagen ideal que tiene para el un valor prevalente a partir de un trazo de su organización, que hemos ligado bajo el titulo de prematuración del nacimiento.

Desde el origen vemos interferir, jugar dos circuitos, el primero es simbólico, para que ustedes fijen las ideas, y servirá para colgar las cosas en la percha que ustedes conocen, el Superyó femenino infantil, y por otra parte la relación imaginaria a esta imagen ideal de s; que en la ocasión de sus frustraciones o decepciones se encuentra un tanto afectada, incluso herida.

En consecuencia, desde el origen el circuito se juega en dos pianos, el imaginario y el simbólico, en relación a la madre como imagen del objeto primordial, el otro en tanto que ella es el lugar donde se sitúa la posibilidad de articular la necesidad en el significante. Y por otra parte la imagen del otro, pequeño a, como punto donde el sujeto tiene esa suerte de lazo a sí mismo, a una imagen que representa su, bien entendido, completamiento imaginario.

¿En que consistieron estas cosas que comenzamos a desarrollar a principios del ano en el nivel del chiste?

Es para tener la ocasión de darles este esquema, demostrarles su pertinencia, el carácter inevitable en el estado de animo, les he dicho que nada podría organizarse en una vía mental correspondiendo a lo que la experiencia nos da y articula en el análisis, si no hubiera un más allá de este otro primordialmente puesto en posición de omnipotencia. Su poder no se reduce a la frustración, puesto que es insuficiente, sino a la Versagung en su ambigüedad de promesa y rechazo. Que haya el otro del otro permite, por este otro lugar de la palabra, al sujeto percibirse como el mismo simbolizado. Si consideramos este otro del otro en el familiar triángulo edípico, observaran en este sistema algo más radical y fundamental que lo que nos da la experiencia social: la familia. La permanencia de la familia trace a la constancia del triángulo edípico y al descubrimiento freudiano.

Les he dicho que el Padre (con P mayúscula) jamas es un padre. si no muerto, portador de un significante como tal, significante en segundo grado, que autoriza y funda todo el sistema significante, que trace de alguna manera que el primer otro, es decir el primer sujeto al cual el individuo parlante se dirige es el mismo simbolizado.

Sólo al nivel de este otro, el otro de la ley, insisto encarnada, que el mundo humano puede tomar su dimensión tal como lo vemos ejercerse en la experiencia. Esta experiencia articulada en el piano posterior, de un otro en relación al otro, es indispensable para la eficacia del universo del lenguaje. Y no sólo para la estructuración y articulación de las necesidades sino de lo nuevo que, trato de demostrarles este ano, comporta el deseo en su dimensión original.

Se percibe en el nivel del otro, lugar de la palabra, que podría ser sólo el lugar de la campanilla, de la cual recién hablaba, que no sería propiamente un otro sino simplemente el lugar organizado de ese sistema de significantes que introduce su orden y su regularidad en los intercambios vitales en el interior de cierta especie.

Se ve mal quien habría podido organizarlo y después de todo se puede considerar que en una sociedad determinada los hombres plenos de benevolencia se esfuerzan en organizarlo y hacerlo funcionar. También podemos decir que esto es uno de los ideales de la política moderna.

Sólo que el otro no es eso. El no es pura y simplemente el lugar organizado, fijado y congelado sino un otro el mismo simbolizado. Esto le da su apariencia de libertad. Es un hecho que esta simbolizado y que lo que sucede en el nivel del otro, del padre en la ocasión, lugar donde se articula la ley, desde el punto de vista donde el depende de un otro, este otro esta el mismo sometido a la articulación significante, más aún, marcado por el efecto desnaturalizante —subrayemos— a partir de nuestro pensamiento, por esta presencia del significante que esta lejos aún de haber advenido a ese estado de articulación perfecta, que tomamos aquí como una especie de hipótesis de partida, únicamente para ilustrar nuestro pensamiento, a partir de este efecto del significante sobre el otro como tal, a partir de esta marca que el soportaba en ese nivel. Es esta marca que representa la castración como tel.

Si escribimos en otro tiempo en la triada castración, frustración, privación, que en la castración la acción es simbólica, que el agente es real, que es un padre real del que se tiene necesidad y que la castración existe, que es una acción simbólica que lleva sobre

algo imaginario, reencontramos allí la necesidad. En tanto que algo pasa de lo real al nivel de la ley, un padre medio desfalleciente comporta algo que lo reemplaza sosteniendo su lugar, que es reflejado en el sistema de la demanda. Allí se instaura en el sujeto ese algo que esta en su piano posterior, bien lejos de estar articulado, bien lejos de ser perfecto. bien lejos de estar en pleno rendimiento o en pleno empleo, el efecto de significante sobre el sujeto, marca del sujeto por el significante, dimensión de la falta introducida en el sujeto por ese significante.

Esta falta esta simbolizada como tal en el sistema significante como siendo el efecto del significante sobre el sujeto. El significado, que no viene como un simple aroma, como si la vida floreciera en significaciónes, sino que viene de otra parte, del lenguaje y del significante como tal para imprimir allí esta suerte de efecto que se llama significado.

Esto es primitivamente simbolizado como lo indica lo que hemos aportado sobre la castración. El hecho que lo que sirve de soporte a la acción simbólica propia, que se llama castración es una imagen elegida en el sistema imaginario sobre la que la acción simbólica de la castración elige su signo. En el dominio imaginario esta impreso algo en la imagen del otro que es elegido para llevar la marca de una falta por la que el viviente se percibe, porque es humano, porque esta en relación con el lenguaje, como excluido del conjunto (omnitude?) de los deseos, como algo límite, local, como una criatura, en la ocasión como un eslabón en la línea vital, como sólo siendo uno de aquellos para los cuales la vida pasa, a diferencia del animal, para uno de los que realizan el tipo, que nosotros conocemos como relación al tipo, cada individuo como ya muerto.

Nosotros lo estamos también ya para ellos. Estamos ya muertos en relación al movimiento mismo de la vida, que a cause del lenguaje somos culpables tle proyectarlo en su totalidad como llegado a su fin.

Esto es lo que Freud articula en la noción de índice de muerte. Quiere decir que para el hombre de ahora en adelante la vida se proyecta como habiendo llegado a su termino, es decir al punto donde ella retorna a la muerte.

La articulación freudiana del instinto de muerte es una posición esencial en un ser animal que es tomado y articulado en un sistema significante que le permite dominar su inmanencia de viviente, y percibirse como ya muerto.

Es esto lo que precisamente se efectúa de un modo imaginario, virtual, como en el limite. de una manera especulativa. No hay experiencia de la muerte, bien entendida. que pueda responder, por ello esta simbolizada de otra manera. Esta simbolizada sobre ese punto y ese órgano preciso donde aparece de la manera más sensible, eso que es ese empuje de la vida. Por eso es el falo en tanto que simplemente representa la elevación de la potencia vital que tome lugar en el orden de los significantes, en representar para el individuo humano en su existencia lo que esta marcado por el significante, lo que por el significante esta golpeado por esta caducidad esencial donde se puede articular en el significante mismo esa falta en ser de la cual el introduce la dimensión en la vida del sujeto.

Es lo que nos permite comprender en que orden las cosas están presentadas para el análisis, u partir del momento donde alguien simplemente no se fue de la escuela para ir al fenómeno, sino que se fue de los fenómenos tales como los veía manifestarse en las neurosis, terreno elegido para manifestar esta articulación en su esencia justo por el hecho de manifestarse en su desorden.

La experiencia ha probado que siempre es en el desorden que aprendimos a encontrar con facilidad la comprensión de los engranajes y las articulaciones del orden.

Lo que de un comienzo le fue dado a Freud en su experiencia, en un primer piano, promovido en la subyacencia del complejo de castración, es algo que partió de la aprehensión y la percepción de los síntomas del sujeto

¿Que quiere decir y dónde se sitúa en el esquema el síntoma?

El se sitúa en alguna parte en s(A), que se produce ai nivel de la significación. En esencia todo lo que Freud aportó es que un síntoma es una significación. Un síntoma es un significado que, lejos de interesar sólo al sujeto, implica toda su historia y todos sus ancestros. Por eso podemos simbolizarlo, con legitimidad, con la minúscula s(A). Entiendan significante (?) del Otro viniendo del lugar de la palabra.

Lo que también nos enseña Freud es que el síntoma nunca es simple, siempre esta sobredeterminado. No hay síntoma cuyo significante no sea aportado por una experiencia anterior, al nivel de lo reprimido, del corazón de lo que esta reprimido en el sujeto: el complejo de castración. Ese significante del A que se articula en el complejo de castración, no siempre ni forzosamente esta allí totalmente articulado. El famoso traumatismo, la escena primaria, del que se ha partido, es algo que entra en la economía del sujeto y que juega en el horizonte del descubrimiento del inconsciente, siempre como un significante. En tanto que esta definido por su incidencia, tal como comencé a articularlo, en la vida. El ser viviente esta capturado como tal, pero con ese desvío, de esa cierta distancia que justamente es la que constituye la autonomía de la dimensión significante, el traumatismo o la escena primaria.

¿Qué es entonces esta vida que sólo se capta en una visión horrible, en una extranjeridad total, en su opaca brutalidad como puro significante de una existencia intolerable para ella misma, desde que se desvía para ver el traumatismo y la escena primaria? Es lo que aparece en la vida, de ella misma, como significante en estado puro, como algo que aún no puede resolverse de otro modo en su articulación Esta necesidad, este piano posterior del significante en relación al significado, ese algo que Freud articulo desde el comienzo en lo que es un síntoma, implicado en su formación y que hemos visto en la histeria; ¿no es eso lo que nos permite situar dónde se encuentra el problema de la neurosis?

Este es un problema de relación del significante con esa posición del sujeto dependiente de la demanda. Es ahí que el histérico tiene algo para articular, que llamaremos por ahora su deseo, y el objeto de su deseo en tanto no es el de su necesidad, por ello insistí en el sueño de la bella carnicera.

Allí aparece con claridad lo que Freud dice desde inicio, desde el límite mismo del psicoanálisis, que para el histérico se trata de hacer subsistir el objeto del deseo en su distinción del objeto de toda necesidad.

Esa relación al deseo, a la constitución, al sostén bajo su forma enigmática, en su piano posterior en relación a toda demanda, es el problema del histérico que llamaremos X, ese indecible deseo.

¿Qué es el deseo de mi histérico? Es lo que le abre, no diría el universo, sino un vasto mundo, a saber la dimensión de la histeria latente en todo ser humano en el mundo, todo lo que puede presentarse corno interrogante sobre su propio deseo.

Aquí vemos con que el histérico se encuentra comunicando de lleno, primero con todo lo que puede pasar de este orden en todos los histéricos y que es lo que Freud articula como identificación histérica. En todo histérico trace eco todo lo que en la actualidad se coloca en otros como pregunta sobre su propio deseo, en tanto este otro es histérico, pero también en tanto que sólo de modo histérico se puede formular esta pregunta, incluso en alguien que sólo en alguna ocasión y de un modo latente puede ser histérico.

El mundo se abre a la histérica por esta pregunta sobre su deseo, un mundo de identificaciones que la pone en una cierta relación con la máscara, con todo lo que puede de cualquier manera fijar, simbolizar según un cierto tipo, esta pregunta sobre el deseo emparentada con la histeria, digamos allí, del llamado a los histéricos como tales. Por ello ha quedado identificada a una suerte de máscara general bajo la que se agitan todos los modos posibles de la falta.

Pasamos ahora al obsesivo. Su estructura también esta designada por una cierta relación con el deseo que no es esa relación d/x I que es la otra que ya les indique, diferente, que hoy llamaremos: d°...

La relación del obsesivo a su deseo esta sometida a eso que conocemos gracias a Freud, a saber el rol precoz que juega eso que se llama defusión de las pulsiones, aislamiento de algo que se llama destrucción.

Es en tanto que el primer abordaje del deseo del sujeto obsesivo, como para todo sujeto, ha sido el aporte del deseo del otro y que este ha sido primero destruido. anulado, que toda la estructura del obsesivo se compromete Es a partir de allí que esta determinada. No digo algo nuevo sino que lo articulo de un modo novedoso.

Cuando tengan a mano obsesivos sabrán que es un trazo esencial de su condición, de su estructura, que no sólo su propio deseo baja, parpadea, vacila y se desvanece a medida que se acerca, llevando la marca de esto: que primero el deseo ha sido abordado como algo que se destruye, porque primero la reacción de deseo del otro se presento como rivalidad. Como algo que de inmediato ha llevado la marca en la cual el se opone con el estilo de la reacción de destrucción que es subyacente en la relación del sujeto a la imagen del otro como tal en tanto lo desposee y lo arruina.

Esta marca que queda en el abordaje del deseo por el obsesivo. trace que toda aproximación lo haga desvanecer.

El autor del que les hablo y crítico en la ocasión y desde trace algún tiempo, percibe algo que denomina "distancia al objeto" y que confunde con lo que llama "destrucción del objeto". La idea que se trace de la psicología del obsesivo es la de alguien que tiene que defenderse a perpetuidad de la locura, definida como la destrucción del objeto.

No hay allí, les diré porque, sino una proyección del autor, dada la perspectiva desde la que opera y por la que quiere llegar a la resolución del problema del deseo del obsesivo, por la vía donde el la concibe, no sólo en función de la insuficiencia de su pensamiento en el piano teórico sino también por factores personales, puesto que sólo es un fantasma de alguna manera necesitado. Les mostrare que por la perspectiva imaginaria donde el engancha la solución del problema del deseo en el obsesivo es contraria a la experiencia patente, corriente, que no hay en los obsesivos típicos el menor peligro de psicosis. Donde ustedes lo lleven, se los diré en su momento, porque las cosas están articuladas de un cierto modo. se puede mostrar hasta que punto un obsesivo difiere de un psicótico.

Por el contrario, lo que es percibido allí, aunque mal traducido en efecto es esto: el obsesivo no se mantiene en una relación posible con su deseo sino a distancia. Lo que debe ser mantenido por el obsesivo es la distancia a su deseo y no la distancia al objeto. El objeto, veremos, tiene en la ocasión una función muy distinta y lo que la experiencia nos muestra del modo más claro es que el debe mantenerse a cierta distancia de su deseo para que este subsista. Pero hay también otra cara, que el obsesivo, observen bien en la clínica y en lo concreto, establece una relación con el otro, una relación que se articula en pleno al nivel de la demanda, ya se trate de su madre primero y a continuación con respecto a su cónyuge. Pues, ¿qué quiere decir para nosotros el análisis, que puede querer decir el termino cónyuge que tome su articulación plena, a nivel de las cosas donde ensayamos situarlas? Es aquel con quien trace falta de cualquier manera, de buen o mal grado, volver a estar todo el tiempo en una cierta relación de demanda, alguien con quien se esta todo el tiempo, aún si sobre toda una serie de cosas se "la enrula" ("la boucle"), eso no es jamas sin dolor. La demanda pide ser empujada hasta el fin.

¿Que sucede sobre el piano de las relaciones del obsesivo con su cónyuge? Esto es lo más sutil de ver, como lo verán si se toman el trabajo, es que el obsesivo se empeña en destruir el deseo del otro. Toda aproximación al interior del área del obsesivo se paga en el case normal, por poco que se pueda uno dejar allí tomar, con un sordo ataque, uno usura permanente que tiende en el otro, a partir del obsesivo, a terminar en la abolición, la devaluación, la depreciación de lo que es su propio deseo.

Están allí los matices, los términos cuyo manejo demanda un cierto ejercicio. Pero en nada diferentes como para no hacernos percibir la naturaleza verdadera de lo que sucede. Ya he dicho antes, del obsesivo. en su infancia, sobre ese carácter particular y acentuado que tome en el, con precocidad, la articulación de la demanda.

Sobre ese esquema ustedes comienzan a poder situarlo, pues ya les he representado ese niño pequeño que esta siempre para demandar algo y que, es sorprendente, tiene esta propiedad entre todos los niños que en efecto pasan el tiempo pidiendo algo, de ser aquel de quien esta demanda es siempre sentida y por los mejores intencionados de aquellos que lo rodean como siendo insoportable, un chico insufrible, como se dice.

No es que el pica cosas más extraordinarias que los otros. es su manera de pedirlo, es en

la relación del sujeto a la demanda que yace ese carácter específico y precoz y ya en el momento en que .se manifiesta en el período, por ejemplo, de declinación del Edipo llamado de latencia.

Hemos visto en nuestra histérica que para sostener su deseo enigmático debe emplear algo como artificio, que podemos representar por la formación de dos tensiones paralelas e idénticas en ese nivel de formación idealizante, de identificación a un pequeño otro. Piensen en el sentimiento del Sr. K. por Dora. Cada histérica, en una tase de su historia, tiene un soporte parecido que viene a jugar aquí el mismo rol de soporte que K.

El obsesivo no tome la misma vía, esta ocupado en arreglarse con el problema de su deseo, pero debe partir con otros elementos y de otra parte. Empiezo a mostrarles en que, precoz y esencial, es en cierta relación a su demanda que puede, en su relación al otro, manifestar su especificidad y el lugar, mantener la distancia necesaria que sea posible, en cualquier parte pero lejos, la posición de ese deseo anulado en su esencia, de este deseo ciego del que deberá mantener la posición.

Vamos a circunscribir esa relación del obsesivo a su deseo, en un primer trazo de la relación específica del sujeto a su demanda. Hay otras maneras, pero veamos esta. ¿Que es la obsesión? Ustedes conocen la importancia que adquiere allí la fórmula verbal, hasta el punto de poder decir que la obsesión siempre es algo verbalizado. Freud allí no dude, pues cuando el encuentra una conducta obsesiva. si se puede decir latente, considera que ella sólo ha revelado su propia estructura, en la forma de una obsesión verbal. El llegara a decir que en la articulación de los primeros pasos, aún en la cure de una neurosis obsesiva, cuando se ha hecho dar a sus síntomas lo que se llama todo su desarrollo por el sujeto, puede presentarse en la clínica como un agravamiento, es una suerte de destrucción de todas las formas obsesivas en algo bellamente articulado.

¿Es necesario insistir sobre el carácter de anulación verbal, de carácter verbal que va a partir de la estructura de la obsesión misma? Sabemos que lo que trace a la esencia y el poder fenomenológicamente angustiante para el sujeto es esto: una destrucción verbal por el verbo y por el significante. El sujeto se encuentra preso de lo que se llama destrucción, denominación mágica —no se porque— y no simplemente verbal. Mágica destrucción del otro dada por la estructura propia del síntoma.

Esto nos introduce a una fenomenología esencial a recorrer para comprender su necesidad.

Ustedes vieron como, igualmente, el circuito de la histérica termina sobre los dos pianos, en una idealización o identificación en el nivel superior del esquema que sólo es paralelo y la simbolización que pasa sobre el plano imaginario. Si utilizara este esquema hasta el fin diría que para la obsesión el circuito es casi lo mismo que reencontramos aquí.

El esquema de la obsesión verbal destructiva de la relación con el otro, ese miedo de hacer mal con los pensamientos, como decir palabras, puesto que son pensamientos hablados al otro, esta obsesión de la blasfemia es algo que nos introduce a una fenomenología en la cual convendría detenerse un tiempo.

La blasfemia, desconozco vuestro interés por ella, es una excelente introducción a la obsesión verbal.

¿Que es blasfemar? Sobre ello querría una respuesta de la teología. Es algo que hace decaer un significante eminente del que se trata de ver en que nivel de la autorización significante, donde se sitúa la relación con ese significante supremo, el padre desconocido. Aunque juegue un rol homólogo, no se confunde con que Dios tenga una relación con la creación significante. No hay dudes que la blasfemia sea algo que no se sitúa en esta dimensión, algo que trace decaer ese significante al rango de objeto que identifica al Logos en su efecto metonímico, que lo hace caer con osadía. No es sin dudas la respuesta correcta, la respuesta completa a la cuestión de la blasfemia, pero es un acercamiento esencial para lo que se trata en la obsesión, sacrilegio verbal, fenómeno que se constata en el obsesivo.

Recuerden el episodio de "El hombre de las ratas", esa cólera furiosa que lo capture contra su padre a la edad de cuatro años, revolcándose y diciendo: "tu servilleta, tu plato", etc. Como siempre, encontramos ya en Freud las cosas más colosalmente ejemplares, de una verdadera colisión y colusión del "tu" esencial del otro con algo de inerte, ese efecto decaído de la introducción del significante en el mundo humano que se llama objeto, en especial un objeto inerte, en tanto sea un objeto de intercambio, de equivalencia. Por otra parte toda la.........de la rabia del niño lo indica bastante, no se trata de saber si es el plato, la servilleta o la lampara sino que el "tu" desciende y es destruido en el rango de objeto.

Me dirán que la cuestión de esta destrucción del otro en la obsesión verbal es algo que trace sólo en una cierta articulación significante que el obsesivo llegue a preservar al otro, que en el efecto de destrucción al que aspire a sostenerlo gracias a una articulación significante -reflexionen en esto encontrarán la trama propia del mundo del obsesivo. El obsesivo es un hombre que vive en el significante sólidamente instalado, no hay nada que temer, ese significante le es suficiente para preservar la dimensión del otro, pero una dimensión un tanto idolatrada y su esquema nos da el tema que les recuerdo de "El hombre de las ratas". El francés permite articularlo de un modo, que alguna vez use de carnada, que no los sorprenderá al nivel de la relación al otro y del "tu" que comienza aquí y que articula al sujeto al otro, es un: "Tu eres el que me...".

Para el obsesivo eso se detiene allí. La palabra plena en la que se articula el enganche del sujeto en una relación fundamental con el otro, no puede acabarse, sino por una especie de repetición. Un humorista la hacía surgir del tamoso "To be or not...", y el tipo se agarraba la cabeza para continuar: "To be or not... to be or not...". Es repitiendo que él encuentra al fin de la frase: "Tu eres aquel que me... Tu eres aquel que me... Tu eres aquel que me mates".

La lengua francesa nos da aquí el esquema fundamental de esa relación con el otro, que esta fundada sobre una articulación que de alguna manera se forma el la misma sobre la destrucción del otro, pero que por ser articulación significante lo hace subsistir.

En el interior de esta articulación veremos cual es la relación, el lugar del significante falo en cuanto al ser y al tener —donde dejamos la ultima sesión— que nos permitirá ver la diferencia que hay entre una solución que permitiría mostrar al obsesivo lo que es en

verdad de su relación al falo en tanto significante del deseo del otro. o de satisfacer por una suerte de milagro imaginario de concesión de la...............de simbolización por el análisis del fantasma imaginario, esa dimensión en la que ustedes vieron esta observación, la que consiste en decir a la mujer: "¿Usted tiene envidia de pene? Y bien........" como decíael Sr. Casimir Périer a un tipo arrinconado contra un farol un poco: "¿Usted que quiere?" y el tipo le responde: "La libertad", —"Y bien, usted la tiene", le responde Casímir Perier, pasa entre sus piernas y se va dejándolo desconcertado. No es exactamente lo que podemos esperar de una solución analítica. La terminación de esta observación. esta especie de identificación eufórica, ebria del sujeto, la descripción que recubre por entero un ideal masculino encontrado en el analista es quizás algo que aporta al sujeto un cambio en su equilibrio, pero que seguramente no es la verdadera respuesta a la pregunta del obsesivo.



Del 25 de Junio de 1958

La última vez arribamos al punto donde tratamos de comenzar concéntricamente a dibujar la constelación del deseo del obsesivo. Les he anunciado que en el interior de esta aproximación al hablar de la posición de la demanda en el obsesivo, tan precozmente experimentada, por el otro como por ustedes, de esta insistencia especialmente acentuada que la torna tan difícil de tolerar; por otra parte esta necesidad de destrucción del deseo del otro, del obsesivo, que bordea hoy nuestro propósito: la función de ciertos fantasmas.

No es en vano que he tomado a este autor como base, no para criticarlo en términos de polémica sino en función de un análisis sistemático, para el examen de lo que resulta de lo que él articula, no en vano, este fantasma fálico, especialmente en el artículo de 1950 bajo la importancia que toma la envidia del pene en la mujer, en el curso del análisis de una neurosisobsesiva.

No es esto todo lo que les enseño acerca de la importancia del significante falo y que aquí probaré que se le da un valor exagerado. Se trata de ver cómo se lo usa, antes que librarse al jueguito liviano de criticar el resultado de un tratamiento que se presenta, por otra parte, como inacabado, ni de juzgar desde afuera algo a lo cual no se entró.

Lo importante en esta observación es que nada de los elementos que subrayo, incluso las dudas de la dirección francamente opuesta a la que podría parecernos lógica, nosotros lo hacemos no a partir de la observación como continuación y rendición de cuentas de hecho, sino a partir de las articulaciones del autor mismo, los interrogantes que se plantea que ustedes encontrarán siempre en el buen lugar. Puesto que las propiedades del espíritu humano, la sensatez en particular, como se lo ha dicho con justicia y no sin cierta

ironía, son la cosa del mundo más difundida, y no es dudoso que lo que aquí nos hace obstáculo ya lo ha hecho en el espíritu de los autores y que en esta observación están articulados de pleno. Hay interrogantes, más bien marcas concernientes al resultado paradojal, el no resultado de lo que se buscaba. Contradicciónes a las cuales el autor no les da importancia suficiente, pero que pueden ser calificadas como tales porque están escritas negro sobre blanco en el texto.

Entonces para llegar a lo que intentamos formular hoy concerniente a lo que constituye la dirección de este tratamiento, la manera en que se lo articula, iremos primero a lo vivo de la cuestión a saber lo que se presenta en la diferencia de ser algo articulado más no articulable y lo que luego se alcanza y se hace en efecto.

Partiendo de nuestro esquema comencemos por hacer de él el lugar de un cierto número de posiciones que él completa y que nos permiten reencontrar lo que nos es familiar, que allí se encuentra representado en un cierto orden y una cierta topología.

Planteamos una vez más la pregunta: ¿Qué es esta línea significante en la parte superior del esquema? Es una línea significante en tanto estructurada como un lenguaje. Por ello es precisamente que, esta especie de frase que el sujeto no puede articular, nosotros debemos ayudarlo en su logro.

¿Cómo lo podemos situar en el esquema para comprenderlo? Lo que allí se estructura es en suma, el conjunto de la neurosis idéntica, no a un objeto parásito ajeno a la personalidad del sujeto, sino a toda la estructura analítica que está en sus actos y su conducta.

A medida que avanzamos en el proceso de nuestra concepción de la neurosis nos percatamos que no está hecha sólo de síntomas desmontables en sus elementos significantes con sus efectos ce significado, porque así enseñé a retraducir lo que Freud articula, sino que toda su personalidad lleva la marca de esas relaciones estructurales y va más allá de lo que el término personalidad entraña en una primera acepción, estática, llamada carácter. No es eso sino la personalidad considerada en lo que dibuja en los comportamientos, en las relaciones al otro y a los otros, un cierto tipo de movimiento que se reencuentra siempre, una escansión, un modo de pasaje del otro al otro, a un otro incluso que siempre y sin cesar se reencuentra formando el fondo y la modulación de la acción obsesiva.

El conjunto del comportamiento obsesivo e histérico, que esta estructurado como un lenguaje y que, más allá, en su articulación se llama discurso, es algo que, tomando los actos del sujeto tendría una especie de equivalencia en el lenguaje de lo que se denomina un gesto. Un gesto no es sólo un movimiento bien definido, es un significante, aquello no alcanzaría a lo que el gesto recubre. Podríamos recurrir a la expresión francesa que pega perfectamente: "une geste" (una "esta) como se lo emplea en la canción de gesta, La gesta de Roland, es decir la suma de su historia !

Al fin de cuentas es una palabra y de un cierto modo la suma del comportamiento del neurótico se presenta como tal, como una palabra plena. Plena en su primitivo sentido. en que se empeña bajo la forma de un discurso, plena en su sentido criptográfico, desconocido para el sujeto en cuanto al sentido. No obstante él la pronuncia a través de todo su ser. por todo lo que manifiesta, evoca y ha realizado ineluctablemente en una va de acabamiento e inacabamiento, si allí no interviene algo del orden de la oscilación que se llama el análisis; se trata entonces de una palabra pronunciada por ese sujeto barrado en sí mismo que nosotros llamamos la conciencia.

Así lo representamos bajo la forma de un signo. Lo que ustedes ven discernirse en la distinción que hemos definido es que el Otro -con A mayúscula - como lugar de la palabra, se instituye y se diseña por el sólo hecho que el sujeto habla. A partir del hecho que se sirve de la palabra el Otro nace como lugar de la palabra. Eso no quiere decir que sea realizado como sujeto en su alteridad, el Otro es invocado cada vez que hay palabra.

Ustedes ven que ese más allá, aquello que se articula en la línea superior del esquema es el otro del otro. Esta palabra que esta articulada en el horizonte del otro como tal, es este otro del otro del que diremos que es el lugar donde la palabra del otro se dibuja como tal y no habría razón para que nos este cerrado. Es también el principio de la relación intersubjetiva en tanto este Otro nos es dado como sujeto, es decir, como sujeto que nos piensa a nosotros como su otro. Es el principio de la estrategia cuando juegan al ajedrez, le atribuyen al otro tanto calculo como el que ustedes ejercen.

¿Porque? Puesto que osamos decir que este otro del Otro, que debería ser el elemento máis transparente, está dado de cierta forma con la dimensión del Otro, que este otro del Otro es allí mismo donde se articula el discurso del inconsciente, ese algo que está articulado que no es articulable por nosotros. ¿Por que debemos hacerlo? ¿Qué nos da derecho a hacerlo?

Es simple: este otro en el cual en la experiencia y por las condiciones de la vida humane que trace que este enganchada en la condición de la palabra, este otro al cual estamos sometidos por la condición de la demanda, nosotros no sabemos lo que para él es nuestra demanda. ¿Por que no lo sabemos? ¿Que le da esta opacidad?

Allí están las evidencias, subrayen lo que digo, evidencias cuyos aportes no son menos útiles para articular. Nos contentamos con obscurecerlas siempre bajo la forma de objetivaciones prematuras. ¿Porque es ese otro del cual no sabemos como acoge nuestra demanda, en otros términos, porque en nuestra estrategia va a devenir A, y realizar esta posición paradojal de su discurso?

Esto quiero decir cuando insisto en que el inconsciente es el discurso del Otro. Es lo que sucede virtualmente en ese horizonte del otro del Otro, en tanto allí se produce la palabra del Otro, y esta palabra en tanto que deviene nuestro inconsciente, algo que viene a presentificarlo necesariamente por el único hecho que en ese lugar de la palabra hacemos vivir un otro capaz de respondernos. Es por ello que nos es opaco, porque hay algo que no conocemos en él y que nos separa de su respuesta a nuestra demanda, esto es su deseo.

Esto es suficiente para percibir algo de inmediato, es que el punto esencial de esta marca que sólo en apariencia es evidente tome su valor en función de que ese deseo esta situado allí entre el Otro como lugar puro y simple de la palabra y el otro en tanto ser de carne a cuya merced estamos para satisfacer nuestra demanda. Pero que ese deseo este

allí situado condiciona su relación con algo del origen de la palabra, la simbolización de la acción del significante sobre el sujeto como tal, lo que en suma hace lo que llamamos un sujeto y simbolizamos S. Es algo distinto de un sí mismo, que en inglés adquiere una expresión elegante: "self". Decirlo en ing1es permite aislarlo indicando bien lo que quiere decir, lo que hay irreductible en esta presencia del individuo en el mundo. Ese algo deviene sujeto, barrado en nuestra simbolización, marcado por esta condición que lo subordina, no sólo al Otro como lugar de la palabra, sino es el sujeto definido como momento, no en una cierta relación al mundo, del ojo al mundo, en una relación (sujeto objeto) de conocimiento en el sujeto; al nacer en el momento de la emergencia del individuo humano en las condiciones de la palabra y al tiempo que esta marcado por el otro, no simplemente como lugar de la palabra sino como el mismo. Este otro esta marcado y condicinado por las condiciones de la palabra.

¿Que vemos en ese horizonte opacado por el obstáculo del deseo del Otro? Es ese algo que reenvía al sujeto así marcado a su propia demanda, que lo pone en una cierta relación, designada por el símbolo del pequeño rombo, a su demanda en tanto que el Otro no responde más. El gran A no responde más, lo que es muy célebre bajo otras iniciales. Al nivel del sujeto lo que tiende en el horizonte a producirse es esta confrontación, este reenvío del sujeto a su propia demanda bajo la forma de significantes englobantes en relación al sujeto de los que el mismo deviene signo.

En el horizonte de esta no respuesta del Otro vemos dibujarse en el análisis, en tanto el analista viene a ser el lugar de la palabra, sólo una oreja que escucha y no responde, va a empujar al sujeto a desatarse, a oponerse a algo que la experiencia muestra en filigrana en su discurso, esas formas de la demanda que aparecen como fase oral, anal, y todas las formas que prefieran, ¿que se carácterizan por que? y ¿qué queremos decir cuando hablamos de tases? Sin embargo no olvidemos que nuestro sujeto no retorna ante nosotros progresivamente al estado de lactante. No nos libramos a una operación de faquír. Haría falta ver al sujeto remontar el transcurso del tiempo y reducirse al fin a la simiente que lo engendro. Eso de lo que se trata es de significantes. Lo que llamamos fases oral, anal, es la manera en que el sujeto articula su demanda por la aparición en su discurso, en sentido vasto, de todas las formas en que su neurosis se presenta, los significantes que se han formado en tal o cual etapa del desarrollo, que eran los significantes que le sirvieron en esas fases, los más recientes o los más antiguos, para articular su demanda.

Lo que en otros términos se llama fijación es la prevalencia guardada por tal o cual forma de significante oral, anal u otro con todos los matices que les enseñe a articular. Es la importancia especial que han conservado algunos sistemas de significantes y que se llaman regresiones. Es lo que sucede en tanto esos significantes están reunidos por la apertura en el discurso del sujeto, por ser simplemente en tanto palabra, sin que esta tenga nada especial que demandar, se perfila en la dimensión de la demanda y para eso toda la perspectiva es cubierta en forma retroactiva sobre lo que el sujeto ha vivido desde su primera y más tierna infancia, a saber: la condición de la demanda.

Se trata de saber que hacemos con la regresión. Toda la pregunta esta allí, donde nosotros estamos para responder a eso o para decir lo que sucede cuando no respondemos y hacemos algo diferente. Tal es el fin que merece ser alcanzado.

Los significantes que aquí están interesados en la regresión del discurso debemos considerarlos en la estructura del discurso mismo, siempre allí, donde lo descubrimos, en esas dos líneas significantes que vienen a continuación:

S1 .... S2 S3 .... S4

s1 .... s2 s3 .... s4

Las significaciónes están producidas siempre según la ley de la cadena significante. Esos dos curves se equivalen por una anticipación de la serie significante toda la cadena significante abriendo ella el horizonte de su propio movimiento y al mismo tiempo, por retroacción, una vez que ha llegado el término significante dobla la frase que trace que lo que se produce al nivel del significado tiene siempre una función retroactiva. Aquí el S2 se dibuja en el momento donde el S1 comienza y sólo termina cuando el S2 retroactiva sobre el S1. Siempre existe un cierto desajuste del significante a la significación, que da a toda significación (en tanto no es natural ni esta ligada a este bosquejo momentáneo de la instancia de la necesidad en el sujeto) ese algo esencialmente metonímico, es decir, ligado a lo que liga en si la cadena significante a lo que la constituye como tel. a esos lazos, a esos nudos que por el momento podemos nombrar justo aquí para distinguirlos de un cierto sigma, es decir, es más al la de la cadena significante en la cual tratamos de reducirlo, estos significantes que encontramos en la confrontación del sujeto a la demanda, en esta suerte de reducción de su discurso a esos significantes elementales, es lo que discernimos en filigrana en todo lo que nos evoca y trace el fondo de nuestra experiencia, eso por lo que reencontramos las mismas leyes estructurales en toda la conducta del sujeto y en el modo en el que nos lo expresa a veces, incluso hasta en la escansión en la manera motriz como lo articula. un tartamudeo, un balbuceo o cualquier tropiezo de las palabras, significativo de algo que es del orden de un significante de la demanda como falta oral o anal.

¿Que podemos concebir de aquí en adelante? Es esto, que ha sido un descubrimiento de Daniel Lagache, el más amigable de nuestros colegas, dirigiendo un pequeño grupo de estudio, con una sorpresa motivada por un malentendido permanente: en todas partes donde en francés leemos "instinto" en el texto alemán siempre aparece el termino "trieb" o pulsión como traducimos, lo que oscurece aún más la cuestión. El termino en inglés es "trensa" (?) y si quisiéramos encontrar algo en francés, no tenemos nada mejor que permita traducirlo dado el verdadero sentido de trieb. Es un termino que haría falta elegir entre una expresión científica: tropismo, hecho para designar los elementos irresistibles de algunas atracciónes irreductibles en lo fisico-químico ejercidas en el comportamiento animal, que nos permitiese exorcizar el costado más o menos finalista que ha en el termino instinto.

Yo diría que ese algo, al fin de cuentas, es del orden que reencontramos en nuestra noción freudiana de "trieb" traduzcámoslo con el termino francés atracción (attirance) que emplee recién para hablar de los tropismos. Este algo sitúa al sujeto humano en una dependencia necesaria, no puedo decir que el ser humano no es el sujeto obscuro escondido bajo las formas gregarias de la atracción orgánica hacia elementos climáticos, por cave, o de otra naturaleza. Es evidente que allí no se desarrolla nuestro interés en el

campo que estamos llamados a explorar en el análisis y es ese algo que nos trace hablar de las diversas fases oral, anal, genital y otras. ¿Que vemos allí entonces?

En la teoría analítica hay en efecto una cierta necesidad, una cierta relación de subordinación, de dependencia de organización y de atracción, ¿en relación a que? ¿A significantes tomados en que'? En el registro, en la batería de un cierto numero de sus propios órganos.

No es diferente decir que sobrevive una fijación oral o anal en un sujeto adulto para hacerlo depender de una especie de relación imaginaria. Lo que sin dudes aquí se articula lleva a la función significante. Si no estuviera aislado y mortificado como tal no sabría tener la acción económica que eso tiene en el sujeto, por una razón: que las imagenes como tal jamas están ligadas sino a la suscitación o a la satisfacción de la necesidad. Esto es así cuando se trata de la necesidad pura y simple, si el sujeto queda atado a esas imagenes, fuera de su texto, vales allí donde no se trata de alimentación, anales allí donde no se trata de excrementos. Sin embargo esas imagenes han tomado otra función: la función significante. La pulsión como tal es la expresión manejable de conceptos que nos expresan esta dependencia del sujeto en relación a un cierto significante.

Lo importante es que ese deseo del sujeto que se reencuentra más allá de la demanda es lo hace opaco a nuestra demanda y lo que también instala su propio discurso como algo absolutamente necesario en nuestra estructura pero nos es, por ciertos costados, impenetrable, porque de hecho es un discurso inconsciente.

Este deseo que es su condición, esta sometido a la existencia de un cierto efecto de significante que es lo que les vengo explicando desde Enero bajo el nombre de metáfora paterna.

Esto significa que cuando en el horizonte aparece el nombre del padre, siendo el soporte de la cadena significante, de su orden instaurado, que cuando esta metáfora se establece a partir del deseo primitivo, opaco, oscuro. que representa el deseo de la madre, de ese algo que primero está completamente clausurado para el sujeto y que sólo puede quedar cerrado en razón de la fórmula de la metáfora, a saber aquella que ya les he simbolizado por la relación de dos significantes, uno estando en dos posiciones diferentes:

SS'

S'X

El nombre del padre sobre el deseo de la madre y el deseo de la madre sobre su simbolización

Su determinación como significado es algo que se produce por un efecto metafórico. Ya les he dicho que donde el nombre del padre falta no se produce ese efecto metafórico. No puedo hacer aparecer lo que hace designar la "X", el deseo de la madre como siendo el significante talo:

S (S)

falo

Esto es lo que se produce en la psicosis en tanto el nombre del padre es rechazado, es objeto de una Verwerfung primitiva que no entra en el ciclo de los significantes, porque también el deseo del otro y en especial el de la madre no esta simbolizado. Representemos la posición de la psicosis en el esquema ese deseo como tal (no como existente) porque las madres de los psicóticos también tienen un deseo, aunque no sea siempre seguro, pero seguramente no esta simbolizado en los sistemas del sujeto.

Al no estar simbolizado vemos que en el psicótico la palabra del Otro no pasa en absoluto al inconsciente, le habla sin cesar en tanto lugar de la palabra. No es necesario que esto quiera decir usted o yo, eso quiere decir en suma lo que le es ofrecido como campo de percepción que le habla de nosotros. Para dar un ejemplo recordare lo dicho anoche por Reim, que en los delirios el color rojo de un auto puede querer decir que él es inmortal, todo le habla porque nada de la organización simbólica esta destinado a reenviar al otro, donde debe estar, en su inconsciente. Nada esta realizado de ese orden, por eso digo que el Otro habla de un modo enteramente humano en esta palabra primera y primitiva que es la de la demanda. Por eso todo se sonoriza, el ello habla en el inconsciente para el sujeto neurótico, afuera para el sujeto psicótico, en voz alta del modo más natural, esto no es ninguna sorpresa. Si el Otro es el lugar de la palabra, allí ello habla y estalla por todos lados.

Encontramos el caso extremo en el punto de desencadenamiento de la psicosis cuando lo que esta Verwerfung o rechazado de lo simbólico reaparece en lo real, la alucinación, el Otro en tanto que habla. Es siempre en el Otro que ello habla y tome la forma de lo real, el psicótico no dude que el Otro le habla y lo trace por todos los significantes, sólo es necesario inclinarse para recogerlos con una pala en el mundo humano.

El afiche, etc., todo lo que nos rodea tiene un carácter marcado de significante. El carácter de desajuste, de disolución será más o menos importante según el estado de la psicosis. Todo lo que vemos y que Freud nos articula, eso en lo cual la psicosis se organiza, se articula, esta hecho para suplir esta ausencia en su punto organizado, demandando de la estructura significante del deseo del Otro, en las formas más benignas de la psicosis como en las más extremes de disolución, vemos un puro y simple discurso del Otro que viene a escandir bajo la forma de una significación, en esas formas tan curiosas de descomposiciones de la palabra, que por la estructura misma de lo que se nos presentan no les pude mostrar en su momento, comprobándose necesariamente como código de mensaje. Sobre el código lo que es reenviado del Otro es de inmediato todo eso que el sujeto tiene a su disposición para hacer vivir el discurso del otro.

Recordemos la lengua fundamental de Schreber, cada termino que le es dado comporta en sí mismo esta especie de definición cuyo advenimiento se produce con el resultado del termino mismo. Es un código de mensaje sobre el código e inversamente estas frases "Como es....", "tu no tienes sino...".

Quizás él querrá y aún, lo querrá del todo en la frase pero no hay eso, es decir una serie

de mensajes que alcanzan sólo lo que en el código se relacióna al mensaje, lo que en el código designa a esas partículas, esos pronombres personales, esos verbos auxiliares que indican el lugar del mensajero.

Esto se relacióna estrictamente sobre este grafo. Ustedes verán en mi articulo sobre psicosis —de pronta aparición— la síntesis de mi curso de hace dos años con el de este año. Ahora quiero decirles que es muy evidente que algo como el delirio de celos, tal como lo articula Freud como la negación del sujeto, del "Yo lo amo" el "Yo lo amo" siendo menos el sujeto homosexual que el semejante, es decir como tal homosexual. Freud dice: no soy yo quien le ama, es ella. El deseo de celos en tanto hace obstáculo a ese puro y simple desencadenamiento de la palabra, de la interpretación, es justamente ese algo que trata de restaurar, de restituir el deseo del Otro. La estructura del deseo de celos es atribuir al Otro un deseo bosquejado, esbozado en lo imaginario que es el del sujeto. Se le atribuye al Otro: no soy yo quien lo ama, el sujeto, el rival, es su cónyuge. Como psicótico trato de instituir en el Otro ese deseo porque esa función, esa relación esencial no me es dada, porque soy psicótico porque en ninguna parte se ha producido esa metafórica esencial que da al deseo del Otro ese significante primordial, el significante falo. Ahora veremos lo que para esta paciente es la utilización de este significante falo Este queda no obstante como si fuera algo bastante obscuro de admitir como siendo esencial, preferencial sobre toda suerte de objetos. En la ocasión lo vemos por otra parte jugar un rol homólogo, las equivalencias que han sido hechas entre el significante talo y el significante excremencial, por ejemplo, el significante seno, y más exactamente su extremidad, objeto de toda alimentación están allí. Su privilegio es que esta abierto a toda equivalencia. Nos puede resultar difícil ver cual. Es evidente que lo que lo pone en un cierto lugar en relación a aquello que tiene las más altas funciones en la relación del individuo con la especie es la fase genital

Seguro, pero es justamente por eso que es más especialmente dependiente que cualquier otro en función de significancia, es que los otros objetos, el pezón materno, esa parte del cuerpo que bajo la forma de escríbalo se presenta para el sujeto como la ocasión de una perdida esencial Ese algo que hasta un cierto grado es dado desde afuera en tanto que objeto. Es una moneda en el intercambio amoroso que necesita pasar al estado de significante para servir de medio, pero a la manera de las escorias o conchillas que sirven en algunas tribus lejanas como objeto de intercambio. Esto sin embargo ya esta en el orden natural.

Observen bien que para el falo, sin embargo, la cosa no es tan parecida, porque bajo su forma orgánica, real, el pene o lo que le corresponda a la mujer, allí hace falta mucho más que para los objetos predeterminados, para que el sujeto encare un objeto, fantasmática o diferencialmente, un objeto desprendible. Nunca se insistirá suficiente sobre la articulación del enigma que comporta el complejo de castración o el penís neid, es decir que ese algo que es también verdaderamente algo que tiene en el cuerpo y que después de todo nada lo amenaza más que a cualquier otro miembro, brazo, pierna, incluso nariz, oreja, para que ese elemento que sólo esta sobre el cuerpo propio como punto de voluptuosidad.

Es así que primero el sujeto lo descubre. El autoerotismo masturbatorio que juega en efecto en la historia del sujeto un rol tan importante, no es del todo de una naturaleza capaz de desencadenar tales catástrofes, como lo sabemos por la experiencia, en tanto el órgano como tal no esta tomado en el juego significante, en la metáfora paterna, en la interdicción materna o paterna. Ese órgano no es nada diferente, justamente porque en el origen para el sujeto, en tanto no tiene relación con el mismo sino con un punto de voluptuosidad en su propio cuerpo y de seguro mucho menos sujeto a caducidad que otros elementos distintos que han tomado alcance de significante en su demanda anterior, ese elemento, ese punto de su cuerpo, de su relación orgánica a sí mismo, es más que un otro, la toma en una cadena metafórica en la metáfora paterna especialmente como tal, debe jugar su rol para hacer de ello un significante que de un mismo golpe advenga un significante privilegiado de esa relación al otro, del otro, que hace de él un significante absolutamente central del inconsciente.

Nosotros captamos, también, que toda la dimensión que nos ha abierto el análisis sobre ese tema, era algo nuevo desatendido por completo en relación a todo lo formulado hasta entonces, que ese algo es sólo un órgano con el que el sujeto sostiene relaciones en definitiva inocentes. No olvidemos que nuestra hermana especie de los simios, que vemos al pasear alrededor de esas pequeñas fosas en torno de cierta plataforma en el zoológico de Vincennes, que pasan el día en la tranquilidad, en la que podemos proyectar nuestras angustias, ocupándose de un sexo rutilante sin preocuparse por nada del mundo, de lo qué dirán sus vecinos salvo para ayudarlos, cuando se da la oportunidad, en sus goces colectivos.

Sin embargo ustedes sienten el mundo que hay entre esa relación de esta especie animal más o menos erigida en su estatura con lo que pende de su bajo vientre, y lo que en el hombre sin embargo hace esencial y primitivamente de falo objeto de culto, lo que hace que se emparente desde el origen de las edades con ese algo que hace de la erección como tal un significante y que hace sentir a todos que no es para nada que en las culturas más antiguas la piedra levantada tenga todo su alcance, su incidencia de significante en el agrupamiento de la colectividad humana.

Por consiguiente el rol del falo es fundamental, esencial, es su pasaje, su emergencia ciertamente no primordial pero dependiente de otra cosa, su emergencia metafórica en el rango de significante. de lo que va a depender toda situación posible del deseo del Otro como tal, en tanto el sujeto debe encontrar allí el lugar de su propio deseo. Es en el interior de los accidentes del encuentro del deseo del sujeto con ese deseo del Otro en tanto que es en su nivel que el debe encontrarse para significar su deseo, es natural que allí vayamos a ver funcionar el significante falo y lo que el sujeto habrá de tener para desarrollarse ante los cuatro puntos cardinales propuestos por la definición del deseo: el sujeto neurótico ubicado en condiciones atípicas, anormales, deficitarias y patológicas y por otra parte el psicótico en una constelación completa y no descompletada.

El obsesivo es aquel que en esa relación al deseo del Otro encuentra primordialmente la efusión de instintos. Es para reencontrar en una posición tal que el primer resultado, el del comienzo, es aquel que va a condicionar todas las dificultades ulteriores, será que ese deseo del Otro esta anulado.

¿Que quiere decir esto si le demos su sentido pleno? Anular el deseo del Otro no es lo mismo que haber estado en incapacidad de capturar el deseo del Otro, por carencia, deficiencia, del acto metafórico, significante del padre, del nombre del padre. En un real

más o menos delirante el deseo del Otro esta instituido, simbolizado por el falo, pero esta negado en tanto tel. La relación primitiva del sujeto obsesivo a su propio deseo esta fundada sobre la denegación del deseo del Otro. El termino Verneinwzg esta aquí aplicado al sentido donde precisamente Freud nos lo muestra en sus dos caras, articulado (simbolizado), en un modo segundo esta provisto del signo 'no'.

Allí esta aquello con lo que el obsesivo se encuentra confrontado como la base misma de su posición, aquella en la que debe responder en la formula de suplencia, de compensación. Esto no es nuevo, sólo lo aplico, la triada puesta allí por todos los autores en primer lugar, de la formación del obsesivo: anulación, aislamiento y formación reactive. Lo voy a rearticular ante ustedes. Observen esto, para poder hablar de anulación de cualquier cosa que sea en el nivel del sujeto hace falta que se trate de significantes porque no se anula nada que no sea significante. No hay la más mínima traza de anulación concebible en el nivel animal, y si encontramos algo de eso diremos que es un esbozo de formación simbó1ica, pero el termino anulación que no es allí sólo borramiento de una traza sino por el contrario, la toma de algo elemental y significante entre el paréntesis de algo que dice: eso no es, pero que al decirlo lo pone como significante. Se trata siempre del significante.

Así es en efecto, si el obsesivo es llevado a anular de tal modo las cosas es porque se formulan.

Lo que se formula es una demanda, sólo que es una demanda de muerte, y sabemos que cuando ella es precoz teniendo por objetivo destruir al Otro, su deseo en un principio, destruyendo de un sólo golpe con el Otro todo lo que el sujeto puede tener para articularse. Es no obstante más necesario aislar las partes del discurso que pueden ser conservadas en relación a esas partes que hace falta anular y borrar, para que en ese golpe no sea destruido el sujeto mismo. En ese juego perpetuo del si y del no de separación, y clasificar lo que en su palabra, en su demanda, lo destruye, en relación a lo que puede preservarlo, en la necesariedad de la preservación del Otro como tal, puesto que no existe sino en el nivel de la articulación significante.

En esta contradicción esta tomado el obsesivo constantemente, ocupado en mantener al Otro, la subsistencia en relación a todas sus formulaciones lenguajeras de las que el se ocupa más que cualquiera, instituidas justo para sostener al Otro en perpetuo peligro de caer y sucumbir bajo la demanda de muerte. Sin embargo este Otro es la condición esencial de su sostenimiento como sujeto y no sabría como subsistir ante su anulación.

Si algo se presenta en el nivel significante como anulado muy especialmente, lo que marca el lugar del deseo del Otro como tal, a saber, el falo, si aquí Otro del que les hable la ultima vez situando el deseo del obsesivo es equivalente a la anulación del falo, advertimos que es alrededor de algo que tiene la más estrecha relación con ese significante, que todo va a jugarse.

Les voy a explicar la división que se presenta entre un método consecuente, aquel que tendría en cuenta esta función del falo como significante, y aquí que a falta de haberlo elucidado es reducido a vacilar alrededor de algo que se juega en torno del significante falo en el sujeto, he aquí en que consiste esta diferencia, que será para ustedes la regla de oro si se toman la molestia de leer este articulo que les señalo, a riesgo de pedir de un modo extraordinario, eso quizás no sea tan grave, puesto que pueden pedir ese numero editado por Presses Universitaires.

Esta regla les permitirá discernir lo que es hecho de un cierto modo por esta conducta de tratamiento con algo diferente y reside en esto: ¿que comporta una relación acabada, complete, de un sujeto con su propio deseo sobre sus bases, sus premisas? El sujeto humano como tal, no sólo como animal, debe asumir su deseo genital, debe realizar como significante esencial de su deseo la función del significante falo. Es porque el significante falo esta en el circuito de la articulación inconsciente del sujeto que el sujeto humano lo es aún cuando besa.

Esto no significa que el humano no pueda besar como un animal, es también una suerte de ideal que se agita en lo más hondo de la esperanza de todos los humanos. No sé si la cosa esta frecuentemente realizada, algunos se han jactado de haber llegado hasta allí. No habría porque no creerles pero no importa.

Lo que nosotros sabemos, la experiencia lo ha mostrado, es que esta sometido a grandes dificultades que son significantes. Esto explica las perpetuas ambigüedades que se hacen hoy en día a propósito de: ¿se ha alcanzado el estadio genital o fálico en tal momento, ¿el niño lo alcanza antes del período de latencia o es sólo un estadio fálico?

Quizás las cosas fuesen menos obscuras si uno percibiera que el estadio fálico significa el acceso en el nivel de la significación del deseo genital. Las dos cosas son diferentes cuando en un primer abordaje se ha dicho que el niño no llegaba a acceder al estadio fálico, se ha leído con probabilidad algo muy verdadero, aunque sea discutible, a propósito de la actividad autoerótica, si es o no hablando con propiedad genital. Es verdad pero lo importante para nosotros, de incidencia esencial, no es el rasgo fisiológico carácterizado como genital, representando un primer empuje de la evolución fisiológica, se trata de su estructuración sobre el piano fálico y es decisivo en la prosecución de la neurosis.

Es verdad que algo debe realizarse en el nivel del inconsciente que sea equivalente a la palabra plena, donde el discurso se articula en el lugar del Otro, y retorna como un significado al sujeto interesando al yo (moi), en el sujeto como tal, que ha registrado de sí en concreto en relación a la imagen del otro. Toda especie de acabamiento de la articulación inconsciente no quiere decir nada diferente que este circuito que parte de la confrontación del sujeto a su demanda acabada, se formula en un deseo articulado como tal, satisfaciendo para el sujeto, al cual es idéntico y que viene a culminar en un cierto lugar en ese circuito, el lugar del otro, en tanto ser humano marcado de lenguaje, marcado del drama propio del complejo de castración, en tanto verdaderamente un otro yo mismo y no viene allá a formular ' soy el falo pero lo soy en el lugar mismo que el ocupa en la cadena, en la articulación significante'. El sentido de "Wo Es war, soll Ich werden" es que en tanto el sujeto esta tomado en ese movimiento de significante debe llegar a concebir que el ha sido precozmente confrontado a ese significante del deseo, que Ie sustraía el objeto total de la madre, ese falo no lo es, pero esta sometido a la necesidad que trace que ese falo ocupe un cierto lugar que e l sujeto viene a realizar, el no lo es y a partir de allí sólo puede aceptar lo que ha sido en todas partes el proceso con profundidad puesto en causa, de saber si lo tiene o no y lo acepta tenerlo cuando lo tiene y no cuando no lo

tiene.

Es en ese lugar, en la articulación de la cadena significante de fondo, en la elucidación de esa relación del sujeto al falo, en tanto no lo es pero debe venir a su lugar, que un acabamiento ideal tal como Freud lo articula en el "Wo Es war, soil Ich werden" es concebible.

Esto que es la condición necesaria para que orientemos nuestras intervenciones y nuestra técnica, será el objeto del seminario próximo: "El deseo y su interpretación", como se llega a eso. Tales son las direcciónes y directivas que nos permiten ver los modos de acceso a ese mensaje ultimo, en el que la formula freudiana con su vuelta lapidaria y presocrática se articula. Será el objeto de lo que trataremos de articular el año próximo. Todo lo que sucede de diferente es lo que la neurosis y toda otra anomalía de la evolución realiza espontáneamente. Lo que realiza en el caso obsesivo, igual que el lugar del deseo situado en una profunda incertidumbre en el histérico y fijado por la histérica por una cierta vuelta que describe sobre el modelo que le permite situar su yo (moi).

La histérica como todos los sujetos sabe muy bien que es un cierto rodeo y en tanto que se fija en relación a la imagen del otro encuentra que ha fijado el lugar de su yo (moi) en el nivel superior; si la histérica se separa, se desvía del otro y del significado del otro, llega a situarse en un cierto tipo ideal, en una cierta imagen a la cual ella se identifica. Es igual para un circuito análogo que Dora se ha identificado al Sr. K. Ella encuentra el lugar de ese deseo del cual busca situar el punto, a saber, como se puede, si es una mujer, desear a una mujer cuando se es impotente.

Para el obsesivo lo que precede es lo mismo en el nivel del idel de la máscara de la identificación en la que la histérica trataba de capturar las dificultades de su posición. Por el contrario es sobre lo que se puede llamar la fortaleza de su yo que el obsesivo se sitúa para tratar de encontrar el lugar de su deseo. El va a hacer en alguna parte esas fortalezas a la Vauban de las que les he hablado en otro lugar, en las cuales siempre algún deseo amenazado de destrucción se fortifica, lo hace sobre el modelo de su yo y en relación a la imagen del otro.

Esa relación a la imagen del otro consiste, con precisión, en el falo significante siempre amenazado de destrucción porque está tomado en una denegación para reencontrarlo en la relación al otro, es decir, ese algo señalado, por ejemplo, en las observaciones del autor en esta ocasión, que siempre en todo obsesivo hombre o mujer se ve jugar un rol fundamental en esta identificación al otro (con o minúscula —a—), un semejante, un camarada, un hermano mayor, un compañero contemporáneo, que tiene en todos los casos el prestigio de ser más viril que ellos, el que tiene la potencia.

Aquí el falo no aparece bajo una fórmula significante, simbólica, sino imaginaria, de complemento de una imagen más fuerte que ellos mismos, de potencia. Esto ya esta articulado en el artículo de marras. El autor establece en buen lugar los términos mismos que yo cito. Es reconocido por aquellos que su experiencia de esos sujetos inspira, que allí hay algo que funcionalmente es esencial. El acento está sobre la imagen del otro en tanto que imaginariamente la forma, esta vez sí en sentido imaginario, la forma fálica está allí acentuada, esto es lo que aquí toma valor y función, no de simbolización del deseo del otro, sino de relación imaginaria de prestigio, prestancia, de presencia que ya hemos marcado, la función en el nivel de la relación narcisística.

Esto es lo que se produce en el síntoma del obsesivo, en la historia del obsesivo, lo que marca la función especial que toma la relación del sujeto como tal en los fantasmas con este otro imaginario que es su semejante. Esta distinción de la presencia del Otro (con O mayúscula) y de la presencia del otro (con minúscula —o—) es sensible en la evolución misma de la observación. Si ustedes la leen con atención, su forma, verán por ejemplo una evolución muy curiosa entre el comienzo del tratamiento, donde ella no puede hablar y la continuación del mismo donde no quiere hablar, porque primero está en el nivel de la palabra que ha instituido la relación de la analizada con el analista y ella se niega y el analista percibe bien que ella se niega porque no es como b que el expresa, es igualmente como que su demanda sólo puede ser una demanda de muerte.

Luego sucede otra cosa y es divertido ver como el analista se ha percatado que había una diferencia: las relaciones han mejorado, sin embargo ella no habla siempre, ahora no quiere hablará la diferencia es que cuando uno no quiere hablar es en razón de la presencia del Otro. Lo que hay de inquietante es que si no puede hablar es porque lo que ha llegado al lugar de ese Otro, es justamente el otro, el analista ha hecho todo para presentificarlo.

Ha hecho todo para presentificarlo porque siguiendo las pistas de las cosas el ve bien por el contenido de lo que aporta el sujeto el lugar que juega allí el fantasma fálico. Entiéndase, es con eso que el sujeto se defiende, y pasa su tiempo machacando que querría ser un hombre.

Esto depende de cómo se lo entienda. Es verdad que el sujeto en el nivel imaginario hace en efecto de ese falo un seno, que la condición de hombre en tanto que provisto de falo y sólo por ello es algo que representa un cierto elemento de potencia.

Se trata de saber porque ella tiene tanta necesidad de esta referencia a este elemento que resulta ser de potencia, que es el falo. Por otro lado ella con toda autenticidad niega tener el mínimo deseo de ser un hombre. Sólo que allí no se la suelta, se la interpreta en términos sumarios de agresividad, incluso de deseo de castración del hombre, las cosas son de una articulación mucho más complejas y deben articularse de un modo diferente si seguimos aquí lo que tratamos de diseñar. Toda la evolución del tratamiento y el modo en que se lo dirige es donde se ubica toda la ambigüedad que hay entre interpretación y sugestión. Ese termino al contrario tiende a indicarle, por no mencionar otros, al sujeto acerca de algo que en efecto es el otro, nadie lo dude, el autor mismo lo subraya en el modo de articular su propia acción, y de manera diferente, que es una madre benevolente, un otro más gentil que el otro con el cual ha tenido un asunto el sujeto, que interviene para decirle, según la formula empleada por el autor, estos términos: "esto es mi cuerpo, esto es mi sangre, este talo puede usted fiarse de ello, en mi en tanto hombre, absórbalo, yo se lo permito, ese falo es lo que debe darle fuerza y vigor, es lo que debe resolver todas sus dificultadesobsesivas".

En efecto, lo que es dado al fin del tratamiento como siendo su resultado es literalmente esto, que ni una sola de las obsesiones ha cedido, son simplemente soportadas pero sin

ninguna culpa. Esto es lo que se modela alrededor de un cierto modo de intervención.

Inversamente sorprende ver terminarse el tratamiento por el hecho de haberlo dejado en el punto en el que ella envía al analista a su propio hijo. Esta acción sorprende porque —se nos dice— el sujeto ha cultivado durante su vida un santo terror ante ese hijo del cual se siente, a partir del contexto, la perspectiva, las imagenes que se trace de esto el analista, que siempre ha habido un problema. Es lo menos que se puede decir.

El hecho de que ese hijo sea ofrecido al analista en el fin, ¿no seria la marca, como acting-out, de lo que precisamente ha faltado? En ese punto de mediación donde el falo es algo diferente a un accesorio de la potencia, es ese medio por donde en el nivel significante esta simbolizado lo que sucede entre el hombre y la mujer. Ese niño, de la experiencia analítica, lo que Freud articuló de las relaciones de la mujer al padre, ¿nos ha mostrado la equivalencia entre ese deseo de don simbólico del falo y ese niño que viene luego a sustituirlo? En tanto que el niño ocupa el mismo lugar, que no ha sido trabajado ni elucidado en el tratamiento un lugar simbólico, el sujeto a pesar de sí de un modo inconsciente, como se presenta un acting-out cuando algo ha faltado en un análisis, muestra que algo diferente habría debido ser real izado, que lo que en el tratamiento l lega a esta especie de embriaguez de potencia, de bondad casi maníaca, que es lo ordinario y el signo de esos tratamientos que culminan con una identificación imaginaria, en definitiva ¿que es? No es diferente a ubicar en sus ultimas consecuencias, facilitar por la vía de la aprobación sugestiva, que ya se encontraba en los mecanismos de la obsesión, esta absorción o incorporación del falo en el nivel imaginario. Esto ya es uno de los mecanismos de la obsesión, es en la misma vía elegida entre los mecanismos de defensa de la obsesión, que la solución es dada, por lo que es la aprobación suplementaria de lo que ahora es una buena madre que permite absorber el falo.

¿Deberemos contentarnos para la solución de una neurosis con lo que allí es ubicado en ultimo termino, como uno de los componentes constitutivos de la neurosis, de un síntoma más logrado, redimido de entre los otros?

No creo que con eso podamos darnos por satisfechos. No pienso que haya dicho todo lo que pudiese sobre ese tratamiento. Elegiría para la próxima los tres o cuatro puntos en la observación que resaltara lo que bate de articularles hoy. Luego diremos unas palabras de conclusión sobre nuestras formaciones del inconsciente, a continuación de lo cual no quedara más que esperar al ano próximo para empeñarnos en una nueva etapa.



Clase 29

Del 2 de Julio de 1958

Arribamos al fin del seminario de este año que he puesto bajo la clave de las

formaciones del inconsciente. Quizás ahora ustedes pueden ver la oportunidad de ese título: formaciones, formas, relaciones, quizás topología. Tenía razones para evitar espantar de inmediato vuestros oídos con estos términos.

Pienso que si algo debe quedar como un paso, un escalón, algo sobre lo que se puede apoyar el pie para escalar el peldaño superior el año próximo, es lo que les muestra que no se sabría articular lo que sea que releva los mecanismos del inconsciente, que son el fundamento de la experiencia y el descubrimiento de Freud, por el sólo hecho de considerar las tensiones como siendo el objeto de una suerte de progreso madurativo en el registro que se abre en el abanico de lo pregenital y lo genital. No se puede tampoco dar por hecho el estado de las relaciones de identificación tales como aparentemente nos son dadas —digo aparentemente— en el curso de la obra freudiana.

Si se quería reducir en esa relación, a una suerte de colección de personajes al modo de una comedia italiana, vendrían a un primer piano términos como la madre, el padre, completados por algunos otros.

Les he querido mostrar lo que es imposible no articular, ni en ese progreso de la fijación del deseo ni por otra parte en esta intersubjetividad que en efecto viene al primer piano de nuestra experiencia y de nuestras preocupaciones en el análisis, si no las situamos en correlación a algo que se llama las condiciones, las relaciones necesarias que imponen no sólo al deseo del hombre sino al sujeto como tal relaciones de significantes.

Por eso todo el ano he tratado de familiarizarlos con este pequeño grafo que me ha parecido oportuno, desde hace un tiempo, ponerlo en uso para soportar mis experiencias, para distinguir por ejemplo, para tomar ese significante reencontrado en todas partes, y con cause porque no puede estar interesado de manera directa o indirecta cada vez que se trata de una significación especial expresamente engendrada por las condiciones que impone al organismo, este organismo viviente que ha devenido el soporte, la presa, incluso la víctima de la palabra, llamada hombre.

Retomo esto hoy para ponerlos en el borde de esta pluripresencia del significante falo en un determinado caso, el mismo que nos ocupa desde algunas sesiones, para indicar que es muy importante distinguir los lugares donde en el sujeto el significante falo hace su aparición.

Sin dudas decir que la tome de conciencia de la envidia del pene es capital en un análisis de una neurosis obsesiva femenina es obvio, puesto que si jamás se había reencontrado el talo en un análisis de una neurosis obsesiva, femenina o no, o de cualquier neurosis sería bastante extraño.

Es posible que a fuerza de impulsar el análisis en un cierto sentido, tal como, está articulado el psicoanálisis hoy en día, de reducir las produccións fantasmáticas de la transferencia a aquello que se llama esta realidad tan simple, la situación analítica y que hay allí dos personas que bien entendido no tienen nada que hacer con sus fantasmas, cuando se llegue a reducir las cosas a ese esquema totalmente, se llegara quizás a olvidarse completamente del falo en la interpretación, en un análisis. Hasta aquí no arribamos aún, puesto que son formulaciones incompletas, en verdad en ningún análisis sucede como se lo esquematiza en este viejo libro.

Es evidente que tenemos que hacer algo con ese significante falo, y decir que la tome de conciencia es la clave en esta oportunidad de la solución de la neurosis obsesiva no es decir gran cosa, puesto que todo dependerá del modo en que se lo interpretara, situara y comprenderá en los diferentes puntos donde aparece, en los que no juega más una función homóloga, esto no es más reductible a una envidia del pene en el sentido de una rivalidad con el macho, como en verdad en esta observación se termina por formularlo, a saber: asimilar relaciones de la enferma con su marido, con su analista, con los otros en general, esto esta controvertido por la observación misma.

Es evidente que es bajo este ángulo que el falo aparece. Y lo hace en muchos puntos, vamos a tratar simplemente, sin pretender hacer un análisis muy exhaustivo de una observación dada como un análisis no terminado, después de todo son documentos parciales pero suficientes para permitirnos hacernos de ello una idea justa.

Querría comenzar remarcando ciertas propiedades diferentes de ese grafo del que nos servimos, que los seducirán.

Algo aparece en esta observación señalado como sentimiento de culpabilidad muy vivo que acompaña en la paciente a sus obsesiones, las religiosas por ejemplo, con la paradoja que representa la aparición tan marcada que apunta el sentimiento de culpa en la neurosis obsesiva en la medida que parecería que el sujeto pueda considerar los pensamientos parasitarios que le son impuestos, en modo correlativo, como algo que le es extraño del cual él es más la víctima que el responsable.

Esto quizás nos permita articular algo sobre ese sentimiento de culpabilidad.

Desde hace un tiempo no se habla más que del término Superyó que parece tener todo cubierto. No se puede decir en verdad que el haya esclarecido muchas cosas, puesto que si quieren mirar las cosas de cerca y considerar con precisión que ha sido aportado en la noción de lo que es el Superyó, algo mucho más antiguo, arcaico como formación de lo que en principio se había pensado. Se había pensado que él podría ser considerado como la creación correspondiente de dos complejos de Edipo, y como se lo había escrito, en la introyección del personaje eminentemente interdictor. El complejo de Edipo es el personaje paterno. Saben que la experiencia nos ha forzado a mostrar que había un Superyó más antiguo o algo que por algún costado nos imponía este origen más antiguo no era sin relación, ni por una parte con los efectos de introyección ni por otra parte con los efectos de interdicción

Tratemos de mirar las cosas más de cerca. En esta neurosis obsesiva, como en toda neurosis, lo que nosotros tenemos primero para hacer aparecer, justamente porque no somos hipnotizadores, que no curamos por la sugestión sino que es en un punto más allá que nosotros demos al sujeto una cité y en ese punto, figurado aquí por la segunda línea, la superior, el horizonte de la articulación significante, y allí el sujeto, como expliqué largamente la última vez, esta confrontado a su demanda.

Esto quiere decir que cuando hablamos de ese proceso alternante de regresión y de

identiticación sucesivos, porque en la medida donde se la reencuentra por regresión, el para sobre el camino de una regresión que toda ella se inscribe en suma en esta cobertura retroactiva que se abre al sujeto desde que él articula su palabra en tanto que ella hace surgir todo lo anterior y la historia hasta su origen de esa demanda en la cual toda su vida de hombre hablante se ha insertado.

Si miramos de cerca sin dejar de encontrar lo que siempre se ha articulado en lo concerniente a la neurosis obsesiva, en esta demanda encontramos una forma fundamental que le concierne en el horizonte de toda demanda del sujeto que es justo lo que en él hace más obstáculo a la articulación de esta demanda, lo que la experiencia nos enseña a calificar de agresividad llevándonos progresivamente a la consideración y acceso de lo que se puede llamar voto de muerte.

La dificultad mayor e inaugural ante la cual se rompe, se fragmenta, se desarticula la demanda del obsesivo, motivando la anulación de todas las defensas y en modo muy primordial en los grandes obsesivos, ese silencio a menudo tan prolongado que a ustedes les hace sufrir todas las penes del mundo a veces, para vencer en el curve de un análisis, esto es precisamente lo evocado en el caso sobre el cual me fundo es que esta demanda es una demanda de muerte.

De hecho esto es muy conmovedor, ver absolutamente instalado, repetido a lo largo de la observación sin lograr ser propiamente articulado, como si la cosa formara parte de no se que expresión natural de una tensión que esta en el fondo de la ligadura de esta demanda de muerte con la dificultad misma de articulación que no obstante esta connotada en las mismas páginas, en algunas líneas cerca, y que jamas es puesto de relieve. Sin embargo, ¿no hay algo allí que demanda que nos detengamos?

Si es demanda de muerte y dibuja el horizonte de la demanda del obsesivo es, a saber, que sus primeras relaciones con el Otro, como lo enseña la teoría y Freud, han sido hechas en esencia de esta contradicción, que la demanda que se dirige al Otro del que todo depende tiene par horizonte, por una razón que por otra parte en este momento esta atada al gancho del punto de interrogación, no hace falta precipitarnos, veremos luego porque y como eso puede concebirse. No es tan simple hablar con la señora Melanie Klein de pulsión agresiva primordial si partimos de allí. Dejemos que suerte de ejercito, una: suerte de maldad primordial de ese niño del cual el Marqués de Sade nos subraya que su primer movimiento era después de todo, y si podía, morder y desgarrar el seno de su madre.

Seguro que esta articulación del deseo en su profunda perversidad es algo de lo cual no es en va no que nos lleva al horizonte del divino marqués, que no es el (único en su tiempo que ha planteado de una manera intensa y aguda la pregunta sobre las relaciones del deseo con la naturaleza, acerca de esta armonía o desarmonía que hace en suma el fondo de esta interrogación apasionada que es inseparable de la filosofía llamada "umklenang" y que soportaba toda la literatura de un tiempo que en mis primeros seminarios había tomado apoyo para mostrar una analogía sobre la cual retomare el ano próximo a propósito del deseo, sobre este parentesco entre la interrogación primera y la interrogación acerca del limite en su claridad filosófica, pero también en todo su acompañamiento, en todo su tema de erotismo literario que es un hecho correlativo indispensable.

No sabemos de dónde viene esa demanda de muerte. Antes de decirnos que surge de los instintos más primordiales, de una naturaleza vuelta contra sí misma, comencemos por situarla donde esta, en el nivel, no donde se articula, sino donde impide toda articulación de la demanda del sujeto, donde hace obstáculo al discurso del obsesivo, tanto cuando esta sólo consigo mismo como cuando comienza su análisis, cuando se encuentra en ese desorden que nos describe nuestro analista, es esta suerte de imposibilidad de hablar del analizado, al comienzo de su análisis que sólo se traduce por reproches, incluso injurias, también la instalación, la articulación de todo eso que hace obstáculo a lo que un enfermo dice a su medico:

"Conozco bastante bien a los médicos para saber que entre ellos se burlan de los enfermos.

"Usted es más instruido que yo. Es imposible para una mujer hablarle a un hombre".

Es un diluvio que muestra simplemente el surgimiento correlativo de la actividad de la palabra, de esta dificultad de la articulación simple. algo que de ningún modo puede evocar en el horizonte el fondo de esta demanda que ya hay al entrar en el campo de la terapéutica analítica que en efecto se presenta de inmediato.

Esta demanda de muerte se sitúa donde la hemos puesto, en ese horizonte de la palabra, en esa implicación que hace el fondo de toda articulación posible de la palabra, y si ella hace obstáculo el esquema nos mostrara mejor que esta articulación lógica puede hacerse también pero sin algunas suspensiones del pensamiento, que si la demanda es algo que representa para el sujeto obsesivo esta suerte de callejón sin salida de donde resulta lo que se llama impropiamente ambivalencia, que es ese movimiento de balanceo o de columpio en el que el obsesivo es reenviado como a las dos puntas de un callejón del que no puede salir. Si efectivamente esta demanda de muerte como lo articula el esquema, necesita ser formulada en el lugar del otro, en el discurso del otro, no es simplemente en razón de una historia en la que la madre haya sido el objeto de ese deseo de muerte a propósito de alguna frustración es en esencia y de un modo interno la demanda de muerte en tanto que concierne a ese otro porque el es el lugar de la demanda, implica la muerte de la demanda.

La demanda de muerte no puede sostenerse en el obsesivo en tanto esta organizada según las leyes de la articulación significante, sin en ella misma conllevar esta especie de destrucción que llamamos aquí muerte de la demanda. Esta condenada a ese balanceo sin fin, que desde que ella esboza su articulación esta se extiende y allí yace el fondo de la dificultad de articulación de la posición del obsesivo.

Esto nos permite decir que entre la relación del obsesivo a su demanda y ese sostén del otro que le es tan temiblemente necesario pero que lo mantiene, puesto que sin eso seria algo diferente de un obsesivo. encontramos ese deseo en sí mismo anulado pero el lugar esta mantenido, ese deseo que hemos carácterizado por una "Verneinung" que aparece cuando el analizante nos dice: "No es que yo piense en tal o cual cosa", 6l nos articula lo que es un deseo agresivo, descalificante, despreciativo a nuestro respecto.

Allí en efecto manifiesta algo que es su deseo que no puede manifestar. Allí está el hecho que nos da la experiencia concerniente a la "Verneinung": se manifiesta bajo ese fondo denegado.

¿Como se hace para que esta forma denegada no sea menos correlativo con el sentimiento de culpa por estar negada? Es allí que el esquema nos va a permitir algunas distinciones que luego serán de utilidad.

Las oscuridades concernientes a las incidencias del Superyó que han correspondido a nuestra experiencia sobre esta distancia, provienen en esencia de esto: conviene distinguir la culpa, que en definitiva conserve que hay una relación del sujeto a la ley, que no hay culpa sin referencia a la ley. Esto lo aporta la experiencia analítica.

En otros términos, el paso ingenuo de la dialéctica de la relación del pecado a la ley desde que el nos ha sido articulado en la palabra de San Pablo, en tanto la ley hace el pecado, de donde resulta la frase del viejo Karamawv, en la que insistí en algún tiempo: "Si no hay Dios entonces todo esta permitido".

Es claro que lo que nos aporta la experiencia es merced al análisis. Una cosa muy extraña se nos muestra en que no hay ninguna necesidad de referencia alguna ni a Dios ni a su ley para que el hombre se bafle literalmente en la culpa. Hasta podría formular la expresión contraria, a saber que si Dios ha muerto —el mundo ha dicho— nada esta permitido.

¿Como podremos tratar de comprender y articular esta relación tal como surge en el neurótico llamada sentimiento de culpa? Vayamos a los primeros pasos del análisis en ese sentido.

¿Con que propósito Freud la ha hecho aparecer como fundamental y como concerniente a una manifestación esencial del sujeto?

A propósito del complejo de Edipo. Los contenidos del análisis hicieron surgir la relación de un deseo, no cualquiera, un deseo muy oculto hacia la madre con la intervención de este padre tal como surge en las primeras aprehensiones del complejo de Edipo, destructor, que especialmente interviene bajo la forma de los complejos dados en el comienzo por los fantasmas de castración, descubiertos en el análisis, de lo cual no había la menor sospecha antes del mismo. Descubrimiento del cual les he articulado este año el lazo con la necesaria imposibilidad, a partir de que el falo tiene ese rol de llevar una imagen privilegiada, vital, a la significación de significante, a saber, la imagen del falo, pero que tome función de ese algo que va a marcar esta suerte de incidencia, de impacto, por el cual el deseo es golpeado por la interdicción.

Si queremos distinguir las tres etapas que corresponden estrictamente a aquellas que son esquematizadas 1, 2, 3, en las que todo lo que se relacióna con la experiencia del Superyó debe articularse, su línea de horizonte es la que no se formula en la neurosis. Por eso es neurótico. Allí reina el mandamiento, porque no los diez mandamientos. Ya les dije que ahí estaban las leyes de la palabra, a saber, que todos los desórdenes comienzan a entrar en el funcionamiento de la palabra a partir de que los diez mandamientos no son respetados.

Tomémoslos bajo cualquier forma, pues se trata de una demanda de muerte evidente en "tu no matarás" que es el horizonte para hacer el drama. Pero ustedes ven que no es tampoco a partir de la respuesta en ese lugar para castigar a aquel que mate que efectivamente el mandamiento tome su impacto, sino que la demanda de muerte por razones atinentes a la estructura del otro, es equivalente a la muerte de la demanda.

Este nivel del mandamiento existe, existe a tal punto que en la verdad, emerge. Las notes de Freud sobre el hombre de las ratas —se trata de un suplemento publicado en la Stanclairt Erlifión— vemos preciosos elementos cronológicos aparecer allí. El contenido obsesivo de los primeros decires del sujeto refieren ordenes que recibe: "Darás tu examen antes de tal fecha", o que pasaría si recibiera el mandamiento, dice el: "Te cortaras la garganta", sin esfuerzo podemos imaginar el estado de pánico en que entra con el mandamiento aue invade su espíritu: "Le cortaras la garganta a la viejita", que en ese momento esta lejos de su enemigo.

En otro contexto estos mandamientos también aparecen en los psicóticos que los reciben y configura el punto ciego de la clasificación de la psicosis saber en que medida los obedecen.

La autonomía de esta función en el horizonte de la relación del sujeto a la palabra del mandamiento es algo fundamental.

Este mandamiento puede quedar velado, fragmentado y en nuestro obsesivo aparece en pedazos. entonces la culpa ¿donde vamos a situarla?

La culpa, como diría el Sr. de La Palice, es una demanda sentida como interdicta y es habitual que así se la perciba, todo se ahoga en el termino interdicción, al quedar la noción de demanda eludida parece que van juntas. Esto es falso pero hay algo que les pido que retengan, la dimensión esencial en el piano fenomenológico y que deja estupefacto que ningún analista ni ningún fenomenol0go lo hayan estimado. ¿Por qué es sentida como interdicta? Si estuviera sentida pura y simplemente como interdicta porque esta prohibido no habría ningún problema. ¿Cómo vemos en la clínica el punto en el que estamos habituados a decir que la culpa interviene?

Hemos hecho distinciones para articular la cuestión de la culpa neurótica y para indicar en que consiste.

Es un hecho que no se la articula como tal y que no se ha establecido un criterio acerca de ella. Es esencial hacer de el la un criterio. La demanda es sentida como interdicta o mis exactamente como sentimiento de culpabilidad, en tanto que esta aproximación de la demanda es lo que le permite distinguirse de la angustia difusa, en tanto que la demanda es sentida como prohibida porque mate al deseo.

Es en la relación del deseo a la demanda, por el hecho de que todo lo que va en la dirección de una formulación de la demanda se acompañe por un resorte, mecanismo del que aquí vemos los trazos, los hilos, escritos en el pequeño grafo sobre la pizarra, por eso no puede ser sentido, determinado en su resorte vivido por el sujeto porque esta condenado a estar siempre en alguno de sus lugares pero no puede estar en todos al

mismo tiempo. Eso es la culpa. Es ese algo sobre lo que cae la interdicción no tanto formulando sino castigando al deseo haciéndolo desaparecer, matándolo.

Esta claro que el obsesivo esta condenado a llevar su batalla de salvación para su autonomía subjetiva en el nivel del deseo, que todo lo que aparece en ese nivel incluso bajo la forma denegada, esta ligado a la culpa y por debajo, en el tercer nivel, que llamaremos el nivel del Superyó, que es llamado, no se porque en la observación que hemos seguido en la Revue de Psychanalyse, Superyó femenino. Digamos maternal. De ordinario es considerado como el Superyó maternal en todos los otros textos del mismo registro. Hay una anomalía inherente a la observación misma en esta suerte de obsesión engendrada por el hecho que se trata allí de la envidia del pene y que algo de eso interesa a la mujer como tal.

Ese Superyó materno arcaico al cual están atados los efectos del Superyó primordial del que habla Melanie Klein es algo que nosotros ahora comprendemos que ha sido puesto en la misma línea en que se produce el mandamiento de la culpa ligado, como se ve, al otro del otro. Es en el primer otro, soporte puro de las primeras demandas, emergentes casi inocentes del sujeto en el nivel de las primeras articulaciones de gemidos de su necesidad en el nivel en el que tanto se insiste hoy, de las primeras frustraciones.

Allí tenemos lo que se ha denominado dependencia. Alrededor de la cual se articula todo lo que es del orden del Superyó materno.

¿Que hace que podamos ponerlos en el mismo registro? Ponerlos en el mismo registro y no distinguirlos profundamente. Quiere decir que ya esta estructura de dos pisos debe estar ahí, si sólo había al comienzo el lactante y la madre, si la relación fuera dual seria algo muy diferente a lo que hemos articulado en la relación del mandamiento en referencia a la culpa.

Desde el origen, es por el sólo hecho de que se trata del significante que hay esos dos horizontes de la demanda, porque detrás aún de la demanda más primitiva, la del seno y el objeto que representa. esta este desdoblamiento creado en la demanda, puesto que la demanda es demanda de amor y es absoluta y simboliza al otro como tal distinguiéndolo como objeto real capaz de dar satisfacción, del otro en tanto que objeto simbólico que da o rechaza, lo que se llama presencia o ausencia y que es la matriz en que van a cristalizarse esas relaciones obscuras que están en el horizonte de toda demanda y que se llamaron el amor. el odio y la ignorancia.

Es porque la primer relación de dependencia esta ligada a esta amenaza que se llama perdida de amor y no simplemente a la amenaza que se llama fin o privación de los cuidados maternos, que hay algo que ya en si es homogéneo en lo que se organizara a continuación en la perspectiva del mandamiento, de las leyes de la palabra. De aquí en más ellas son instantes virtuales, preformadas desde la primera demanda. Ellas no están completadas ni articuladas y por eso un lactante no comienza a ser un obsesivo desde su primer mamada, pero desde ahí puede comenzar a crear en esa apertura que hará en el rechazo de alimentarse el testimonio exigido del amor de su pareja maternal.

Es allí donde se ven aparecer con precocidad las manifestaciones de la anorexia mental.

¿Que es lo que especifica el caso del obsesivo?

El caso del obsesivo suspendido en la formación precoz de ese horizonte de la relación de la demanda, aquí articulada como demanda de muerte, no es una simple tendencia mortífera. Es una demanda articulada porque no se produce en el nivel de relación al otro, porque no es una relación dual, sino que ella apunta más allá del otro a su ser simbolizado y es por ello que es sentida, vivida, por el sujeto en su retorno. El sujeto no puede alcanzar al otro sin alcanzarse a sí mismo porque es hablante, por ello la demanda de muerte es la muerte de la demanda.

En su interior se va a situar lo que llamare los avatares del significante falo por que no veo manera de no caer en el estupor y la sorpresa cuando se lo ve -una vez que se sabe leer-resurgir en todos los detalles de la fenomenología del obsesivo, nada diferente permite concebir esta especie de polipresencia del significante falo en el nivel de los distintos síntomas, si no se encuentra la confirmación de la función del falo como significante de la incidencia del significante sobre el ser viviente que por su relación a la palabra esta consagrado a fragmentarse a cualquier efecto de significante.

Se nos dice que esta mujer esta poseída por el penisneid. Pero ¿por que la primer cosa que encontramos en la observación concierne a las obsesiones y la primera es el temor a haber contraído sífilis, lo que lleva, se escribe, a la oposición, vana por otra parte, al matrimonio de su hijo primogénito del cual he destacado su significación en el curve de lo observado?

No es difícil advertir los efectos milagrosos de los juegos de manos para recuperar cada tanto nuestra capacidad de asombro. ¿Qué vemos en los hombres obsesivos? El temor de ser contaminados y de contaminar, la experiencia común nos lo muestra en su importancia. El hombre obsesivo es iniciado de modo precoz en los peligros de las enfermedades venéreas, esto incide en su psicología en gran numero de casos, no en forma constante pero estamos habituados a interpretarlo como algo que va más allá de la relación a la cosa. Esto existe en Hegel como siempre y las cosas van muy bien gracias a algunas intervenciones medicamentosas, que al obsesivo no le queda más que obsesionarse con sus actos impulsivos en el orden libidinal. ¿No estaremos, quizás, habituados a considerarlos como que? Que bajo esta impulsión libidinal la agresividad transparentaría que de algún modo el falo es una cosa peligrosa.

Si tenemos la noción de que el sujeto esta en una relación de exigencia narcisística en el lugar del falo nos parece muy difícil hacerlo motivar. Porque en ese nivel el hace uso de eso de modo equivalente a aquel del que hará un hombre. Por intermedio de su hijo esta mujer se considera peligrosa. Ella lo da como una especie de prolongación y en consecuencia ninguna envidia del pene la detiene pues lo tiene en la forma de ese hijo, tiene ese falo porque sobre el va a cristalizar la misma obsesión que se haría un enfermo varón.

Las obsesiones infanticidas que continúan, incluso las de envenenamiento y las otras que refiere la observación confirman lo que avanzamos sobre ese sujeto , vamos a leerlo porque vale la pena: "La violencia misma de sus quejas contra su madre eran el testimonio

de la afección inmensa que ella le aportaba" —se nos dice— luego de dar algunos rodeos en torno a la posibilidad o no de una relación edípica, tratándose de argumentos por completo extraños a la cuestión.

"Ella la encontraba de un medio más elevado que el de su padre, la juzgaba más inteligente, sobre todo estaba fascinada con su energía, su carácter, su capacidad de decisión, su autoridad".

Esta es la primer parte de un párrafo donde se trata de ver algo que existe de manera incontestable, el desequilibrio de la relación parental, el aspecto oprimido, aún deprimido del padre en presencia de una madre que pudo ser viril. Así se interpreta que el sujeto exige que el atributo fálico le este ligado a titulo de algo.

"Los raros momentos en que la madre se detenía la llenaban de una alegría inenarrable Pero hasta aquí no hay nada de un deseo de posesión, francamente sexualizado de la madre".

No hay allí nada por el estilo Veamos como se expresa: "Renée estaba ligada a ella sobre un piano exclusivamente sadomasoquista. Y aquí se pone al día la alianza madre hija que se juega con un rigor extremo y toda transgresión del pacto provocaba un movimiento de gran violencia que hasta los últimos tiempos jamas fue objetivado. Toda persona que se inmiscuyera en esta unión era objeto de anhelos de muerte".

Este punto es muy importante y lo encontraran no sólo en las neurosis obsesivas sino en los lazos potentes de hija a madre bajo el ángulo cuyas incidencias nos da cuenta nuestra experiencia analítica, esta especie de nudo donde encontramos que va más allá de la distinción carnal de los seres, pues lo que se expresa en esa ambigüedad, esa ambivalencia que hace equivaler la demanda de muerte y la muerte de la demanda mostrándonos más allá que la demanda de muerte esta allí. Ya Freud lo percibió muy bien, la demanda de muerte que la Sra. Klein tratara de referirnos a las pulsiones agresivas primordiales del sujeto. Pero la observación muestra que no es sólo la demanda de muerte el lazo que une al sujeto con la madre, es la demanda de muerte de la madre misma en tanto que lleva en si esta demanda y la ejerce sobre ese desgraciado personaje paterno, brigadier de gendarmería, que a pesar de su bondad y su gentileza, de la cual la enferma habla primero, se muestra toda su vida triste, deprimido, taciturno no llegando a sobreponerse a la rigidez de la madre ni a triunfar sobre el apego de su mujer a un primer amor, platónico, celoso, sólo rompiendo su mutismo por una demanda de la cual siempre salía vencido. Sin dudes la madre allí esta para algo.

Esto se traduce para nosotros bajo el ángulo y la forma de lo que se llama madre castradora. Vemos que el termino demanda de muerte (mas que castración, privación) para este hombre, del objeto amado que parece haber sido la madre y la inauguración de su posición depresiva que es la que Freud nos enseña a reconocer como siendo aquella determinada por un anhelo de muerte sobre sí mismo, si observamos con más atención, ¿a que apunta? A un objeto amado y perdido, que la dialéctica de la demanda de muerte presente ya en la generación anterior, ¿la encarna la madre? Es porque esta demanda aquí no esta mediatizada, no al nivel del sujeto, si no, no habría para la madre este horizonte edípico que permite aparecer la demanda en el piano de la palabra y no en su inmediatez, de lo que resultaría ya no un obsesivo sino un psicótico.

Por el contrario en la relación de los padres esta demanda de muerte no esta mediatizada por nada que testimonie un respeto por el padre, de una puesta en posición de autoridad y de soporte de la ley por la madre respecto del padre. La demanda de muerte donde el sujeto la prueba, la ve ejercer entre sus padres, es efectivamente manifestada por algo que retorna en el padre por medio de la agresión hacia sí mismo, la pena, la cuasí sordera y la depresión es muy diferente de la demanda de muerte de la que podría tratarse, de la que se trata siempre en toda dialéctica intersubjetiva y que se expresa ante un tribunal cuando el procurador dice: "Pido la muerte", el no la demanda al sujeto en cuestión sino a un tercero que es el juez, eso es la posición edípica normal.

En este contexto tenemos el penis neid del sujeto llevado a jugar su rol. Lo vemos bajo la forma de un arma peligrosa. ¿Que quiere decir eso? Sólo esta allí como significante del peligro manifestado por el surgimiento del deseo en el contexto de esta demanda, este carácter de significante lo veremos hasta en los detalles de algunas obsesiones del sujeto, por ejemplo una de las primeras, muy bella por cierto: temía poner alfileres en el lecho de sus padres, para pinchar a su madre y no a su padre.

Este es el primer nivel de aparición del significante fálico. Es el significante de ese deseo en tanto peligroso y por lo tanto culpable. No es la misma función que la que surge en otro momento. No aparece bajo la misma forma pero si muy clara.

Allí aparece bajo la forma de imagen pues, como se los he mostrado, el esta velado y situado en el síntoma, el viene de otra parte y es interferencia fantasmática. Es a los analistas a los que el falo nos sugiere el lugar donde él existe como fantasma, pero creo que es distinto cuando aparece en muy otra función, cuando se proyecta ante la imagen de la hostia, para el sujeto. Ya he aludido a las obsesiones profanatorias de las cuales el sujeto esta habitado, en tanto que esta vida religiosa tan remanida esta infiltrada de síntomas y en la que por otra parte por una suerte de curiosa conformidad esta vida sacramental se muestra muy apropiada para dar a los síntomas del obsesivo la vía, el sitio, por donde se desliza con facilidad. en especial en la religión cristiana. No tengo experiencia con la religión musulmana, serla interesante investigar cómo el horizonte del Islam puede llegar a implicarse en la fenomenología obsesiva. Es seguro que en el cristianismo esto puede verse, Freud ha demostrado su importancia en los obsesivos tanto en el hombre de las ratas como en el hombre de los lobos, ambos de formación cristiana incidente en su evolución y en su economía. La religión cristiana por sus artículos de fe nos pone ante esta solución en efecto sorprendente y atrevida , lo menos que se puede decir es: calzoncillo (¿),(culottes) hacer soportar sobre un hombre dios, una persona encarnada, esta función porque él es el verbo, es esta función de significante en la cual decimos que está marcada con precisión la acción del significante sobre la vida en tanto tal.

El logos cristiano en tanto que encarnado da una solución precisa a este misterio de la relación del hombre y de la palabra, es por ello que el Dios encarnado se ha llamado el Verbo.

Que sea renovada siempre esta encarnación en el nivel del símbolo, que el sujeto haga

aparecer el significante falo que allí se sustituye y que no forma parte en si del contexto religioso, no debe sorprendernos. Pero cuando el sujeto lo ve aparecer en ese lugar es seguro que juega otro rol que cuando lo vimos interpretado al comienzo y creo que es abusivo interpretar la función del significante falo como homogénea en el aspecto bajo el que aquí se interviene al nivel del síntoma, cuando en una etapa avanzada de la observación el sujeto comunica a su analista este fantasma: "He sonado que aplastaba la cabeza de Cristo a patadas, y esa cabeza se parecía a la suya".

Aquí la función del falo esta identificada, no como se cree que hay que decirlo, al analista como portador del falo, si no que es evidente que en ese punto de la historia de la transferencia el analista esta identificado al falo. Esta identificado a aquel que en ese momento para el sujeto encarna ese efecto del significante, esa relación a la palabra que comienza a proyectar mediante un cierto numero de efectos de detención y que interpretarla de un modo homogéneo en términos de penis neid es justamente perder la ocasión de poner en relación a la paciente con lo que hay de más profundo en su situación: percatarse de la relación que quizás en otro tiempo ha sido para ella hecho algo que ha provocado fundamentalmente en el lugar del otro, esta demanda del otro, de muerte de la demanda y la primera percepción del modo en que para ella ha aparecido primero la rivalidad intolerable en la ocasión en que el deseo de la madre en tanto amor lejano la distraía de su marido y de su niño, por ejemplo.

El falo aquí, y de un modo repetido, luego hay un ejemplo similar, aparece en una posición que debe situarse en el nivel del significante del otro como tal, en tanto alcanzado, barrado e idéntico a la más profunda significación que el otro haya alcanzado para el sujeto, no debe ser descuidado como tal. Por otra parte, cuando el falo aparece en otros momento del análisis, ligeramente posterior, tenidas en cuenta muchas interpretaciones aparecidas bajo este ángulo, en esos sueños donde la paciente, sueños comunes en las neurosis, ella se realiza como ser fálico en el que uno de sus senos es reemplazado por un falo, incluso situado entre sus senos. Es uno de los fantasmas oníricos más frecuentes en todo análisis.

La cuestión me parece ligada absolutamente en esta ocasión a otra cosa que a un deseo de identificación masculina con posesión fálica. Se especula si ella ve sus senos transformados en pene. "¿No lleva ella sobre el pene del hombre la agresividad oral dirigida primordialmente sobre el seno materno?".

Es una manera de razonamiento. Pero si de otro modo se observe la extrema extensión bajo la forma dada, del hecho que esas formas pueden seres esencialmente polifálicas, desde que hay más de un falo, nos encontramos ante una imagen fundamental de la Diana efesiana de cuyos senos chorreantes todo su cuerpo está hecho.

Vemos aquí, porque el analista ya ha hecho la equivalencia entre el calzado y el falo. que esta paciente ve lo que sigue inmediatamente: los dos primeros ensayos considerados por otra parte como confirmándolos.

"Hago reparar mi calzado por un zapatero, luego subo a una tarima decorada con lámparas azules, blancas y rojas en la que sólo hay hombres. Mi madre esta en el gentío y me admira".

¿Podemos contentarnos con hablar de penisneid? No es evidente aquí que la relación al falo es de otro orden del que trata el sueno e indica que está ligado a una relación de exhibición no delante de los otros hombres que lo portan y la acompañan sobre el e strado, las lámparas nos evocan pianos posteriores diversamente obscenos, y que es ante su madre que ella se exhibe. Aquí nos encontramos ante esa relación fantasmática compensatoria, de la que hablaba la ultima vez, esa relación de potencia al tercero que es su madre, que se produce al nivel de la relación donde el sujeto esta con la imagen de su semejante, del pequeño otro, la imagen de su cuerpo. Es para estudiar, la función de esa relación fantasmática en el equilibrio del sujeto y de interpretar y asimilarlo pura y simplemente a la función y aparición del falo nos indica la falta de criterio en la orientación de la interpretación. a fin de cuentas ¿a que tienden las intervenciones del analista en esta oportunidad? A facilitar la toma de conciencia de no se sabe que falta o nostalgia del pene como tal facilitando el resultado de sus fantasmas, centrando sobre ese fantasma como tal siendo uno de menos potencia, cuando la mayor parte de los hechos contradicen esta interpretación.

¿Que hace el analista devolviendo a la paciente o al sujeto el falo legítimo'? Se lo cambia de sentido. Por eso se hace algo que vuelva casi a enseñarle a amar sus obsesiones. pues es lo que nos es presentado como balance de esta terapéutica: las obsesiones no han disminuido sino que la enferma no las siente más con culpa, producto de la intervención, centrada en la trama de los fantasmas. y sobre su valor en tanto de rivalidad con el hombre por una simple suposición transferida a una no se que suerte de agresividad con la madre cuya raíz no se alcanza en absoluto.

Esto termina así: que en suma la trama de las obsesiones es disyunta de la demanda fundamental de muerte, por la operación autorizante (manuscrito en el original) del analista.

Al legitimar, al hacerlo en bloque, al autorizarse el fantasma por la interpretación, el abandono de la relación genital es consumado, es decir que a partir del momento en que el sujeto aprende a amar sus obsesiones como tales en tanto están investidas de la plena significación que les llega, vemos desarrollarse al final de la observación toda suerte de intuiciones en extremo exaltantes.

Léanlo ustedes, no tengo tiempo para leérselos.

Esto tiene el aspecto de ese estilo de efusión narcisística que algunos han valorado como fenómeno sobreviviente al fin de los análisis sobre el que el autor nos ilusiona.

"El trazo positivo, escribe, es precisamente con esas carácterísticas de Edipo muy fuertemente genitalizado".

Concluye con una note de profundo inacabamiento y de muy poca ilusión en lo concerniente a una solución verdaderamente genital, concerniendo al fin de este análisis.

Esto que no parece, es precisamente que se trata de una correlación exigua con el modo mismo de la interpretación, el centrado de una interpretación sobre algo que apunta a la

reducción de la demanda, más que a su elucidación profunda y esto es mucho más paradojal en nuestros días habituados a mostrar la importancia de la interpretación de la agresividad como tal. Este termino es demasiado vago tal que los practicantes siempre vuelven allí y el termino de demanda de muerte que le seria sustituido, con más ventaja en alemán, es lo exigible de alcanzar como nivel de la articulación subjetiva de la demanda.

En relación a los mandamientos del cristianismo debo llamar la atención, no es uno de los mandamientos menos misteriosos, no es una moral ni un mandamiento moral, y justamente esta fundado sobre la identificación, en el horizonte de todos los mandamientos, es promovido por la articulación cristiana en los términos de: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

No se si se han detenido en lo que ello comporta: toda suerte de objeciones que nos van a sorprender. Las bellas almas proclamaran: "¡Como a ti mismo!", "¡Pero más!", "¿Por qué como a ti mismo? ¡Es muy poco!" Por otra parte la gente con experiencia se dirá: "Después de todo ¿es tan seguro que uno se ame a sí mismo?". La experiencia muestra los sentimientos más contradictorios y singulares con nosotros mismos y después de todo, esta referencia a ti mismo parece en suma de un golpe poner en una cierta perspectiva al egoísmo de corazón, y como hacer de ello la medida, el modulo, el paradigma del amor.

En verdad, yo creo que las objeciones son admisibles y que se podrían encarar más fácilmente en la imposibilidad de responder a esta interpelación a la primera persona. Nunca nadie ha supuesto que en este "Tú amaras a tu prójimo como a ti mismo" hay un "Yo amo a mi prójimo como a mí mismo" como respuesta, porque esta a la vista que la ....de esta formulación estallaría en mil pedazos.

Si algo permite retener esto por su interés es por la profundidad de lo que he llamado el horizonte del mandamiento, el horizonte de la palabra desde el lugar del otro, simétrica y paralelamente al punto: "Tu eres el que me mate", que les mostraba aquí subyacente a la tome de posición del otro, en el simple nivel de la primera demanda, el "Tú amarás a tu prójimo como a ti mismo" es un circulo y tu (toi) nos ha llevado en ese "tú mismo" a no reconocer nada diferente que el tu (tu) en el nivel del cual el mandamiento mismo se articula al acabarse por un "como tú mismo", como tú mismo tú estás en el nivel de la palabra, aquel que tu odias en la demanda de muerte porque lo ignores. A ese nivel el mandamiento cristiano reúne en un punto el horizonte donde articulamos la consigna de Freud: "Wo Es war, soil Ich werden". Es aún lo mismo que otra sabiduría expresa en el tú eres quien al fin de cuentas debes terminar una asunción auténtica y plena del sujeto en su propia palabra que él reconozca allí donde el esta, en ese horizonte de la palabra sin el cual nada en el análisis se puede articular sino falsas rutas y desconocimiento.

Final del Seminario 5